

4

archivo
SALVADOR ALLENDE



UNA VIDA
POR
LA DEMOCRACIA Y EL SOCIALISMO

Semblanzas de Allende

**Alejandro Witker
Compilador**

4

archivo

SALVADOR ALLENDE



**UNA VIDA POR LA DEMOCRACIA
Y EL SOCIALISMO**

SEMBLANZAS DE ALLENDE

**Compilador
Alejandro Witker**

**Prólogo
Raúl Padilla López**

**Universidad de Guadalajara
Guadalajara 1988**

Proyecto
ARCHIVO "SALVADOR ALLENDE"

Auspicia:

Centro de Estudios Latinoamericanos
"Salvador Allende"

Centro de Estudios Latinoamericanos
"Salvador Allende"
CELASA

Colaboran:

- Universidad Nacional Autónoma de México
- Universidad de Guadalajara.
- Universidad Nacional Autónoma de México
- Universidad de Guadalajara.
- Universidad Autónoma Chapingo.
- Universidad Autónoma de Guerrero.
- Universidad Autónoma Metropolitana (Xoch)
- Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Universidad Pedagógica Nacional
- Universidad Autónoma de Puebla.
- Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Universidad Autónoma de Tlaxcala
- Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Universidad Vera cruzana
- Instituto Politécnico Nacional. México
- Cámara de Diputados. Congreso de la Unión
- SEP. Consejo
- Gobierno del Estado de Michoacán
- Casa de Chile. México D.F.
- Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, México.
- Diario "El Día". México D.F.
- Diario "El Nacional" México D.F.
- Instituto para el Nuevo Chile. Santiago
- Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. México.

PRESIDENCIA HONORARIA

Presidente

Dr. Pablo González Casanova
México

Vicepresidentes

Hortensia B. de Allende, Raúl Ampuero, Galo Gómez y Aniceto Rodríguez (Chile), Sergio Bagú (Argentina), Gonzalo Martínez Corbalá y Raúl Padilla (México).

Director

Dr. Alejandro Witker.

Subdirector: Manuel Rodríguez. *Secretario Ejecutivo:* Santiago Araneda. *Coordinadores:* Osvaldo Arias, Helia Barra y Salvador Dides.

Consejeros: Isabel Allende Bussi, Carlos Briones, Sergio Bitar, Francisco Fernández, Jaime Gazmuri, Ricardo Lagos, Juan P. Letelier, Luis Maira, Julio Stuardo y Jaime Tohá.

Colaboradores: Fernando Alegría, Carmen Ansal-di, María Avaca, Alberto Beltrán, Vladimir de la Cruz, Carlos Figueroa, Daniel González, Beethoven Herrera, José Ordoñez, Iván Planell, Arturo Sáez, Enrique San Martín, Gregorio Selser, Jorge Valle, Martha Ventura, Rodrigo Witker y Sergio Poblete.



INDICE

Prólogo.	9	15. LUIS MAIRA	Allende y el proyecto nacional de Chile.	81
PRIMERA PARTE		16. TOMAS MOULIAN	Allende y la Unidad Popular.	87
ALLENDE DESDE CHILE		17. PABLO NERUDA	Allende.	93
1. CLODOMIRO ALMEYDA		18. RICARDO NUÑEZ	Reencuentro con el Presidente Allende.	96
Los legados de Salvador Allende.	13	19. CARLOS PRATZ GONZALEZ	La política militar de Allende.	103
2. CARLOS ALTAMIRANO		20. JOSE RODRIGUEZ ELIZONDO	El testamento de Allende.	105
Salvador Allende.	21	21. MANUEL RODRIGUEZ	Allende está presente.	108
3. JORGE ARRATE		22. LAURA SOTO GONZALEZ	Ante la tumba de Allende.	111
Allende: Héroe consciente	23	23. VOLODIA TEITELBOIM	El hombre de las grandes alamedas.	114
4. SERGIO BITAR		24. OSCAR WAISS	Allende. ¿Reformista o revolucionario?	118
Homenaje a la memoria de Salvador Allende.	29	25. OTTO BOYE	Allende: Socialismo y Democracia.	124
5. RAUL CARMONA		26. JOSE JOAQUIN BRUNER	Allende socialismo democrático.	127
Allende: pensamiento mágico.	33	27. JORGE TAPIA VALDEZ	Allende: los medios y los fines.	130
6. EDGARDO CONDEZA				
Allende: ante todo socialista.	39	SEGUNDA PARTE:	ALLENDE DESDE EL MUNDO	
7. LUIS CORVALAN		1. ENRICO BERLINGUER	La herencia viva de Allende.	137
Los comunistas y Allende.	43	2. TOMAS BORGE	Allende desde Nicaragua.	
8. BELARMINO ELGUETA				
Salvador Allende héroe nacional.	45			
9. JAIME ESTEVEZ				
La herencia de Allende.	55			
10. MANUEL ANTONIO GARRETON				
Drama y legado de Salvador Allende.	57			
11. JAIME GAZMURI				
Allende estadista: ¿teórico de la revolución?	59			
12. GALO GOMEZ				
Salvador Allende y la Universidad.	68			
13. LUIS JEREZ				
Allende: presente en el futuro.	74			
14. BERNARDO LEIGHTON				
Allende: respeto y admiración.	77			

3. CUAUHEMOC CARDENAS Allende: murió como vivió.	151	18. GONZALO MARTINEZ CORBALA México: Solidaridad con el Presidente Allende.	222
4. JOSE P. CARDOSO Evocación de Salvador Allende.	155	19. FRANÇOIS MITTERRAND Evocación de Allende.	227
5. HEBERTO CASTILLO Allende y el colonialismo ideológico.	159	20. OLOF PALME Allende no era violentista.	230
6. FIDEL CASTRO El más alto ejemplo de heroísmo.	161	21. SANDRO PERTINI La muerte de Allende.	231
7. NATHANIEL DAVIS Salvador Allende Gossens.	177	22. GERARD PIERRE-CHARLES Homenaje a Salvador Allende.	235
8. REGIS DEBRAY Murió en su ley	180	23. DARCY RIBEIRO Allende y la Izquierda desvariada.	240
9. SOCORRO DIAZ PALACIOS Allende desde México.	183	24. LIBER SEREGNI Allende en mi memoria.	246
10. JOSE DIAZ. Allende un gigante del pensamiento y la acción.	187	25. ENRIQUE TIERNO GALVAN Allende: un símbolo para la historia.	247
11. APOLINAR DIAZ CALLEJAS El asesinato de Allende.	191	26. JOSEPH BROS TITO Ha sido asesinado un gran hombre.	249
12. GABRIEL GARCIA MARQUEZ La última cueca feliz de Salvador Allende.	195	27. ANDRE VAN DER LOW En la tumba de Allende.	251
13. HORACIO LABASTIDA Renace Salvador Allende.	203	28. ALFREDO VAZQUEZ CARRIZOSA Allende prefirió cesarse al código del honor.	254
14. PALIGORIC LJUBOMIR Allende, símbolo del pueblo chileno.	205	29. JACOBO ZABLUDOVSKY Martes negro: pero Allende estaba tranquilo.	260
15. JAIME LUSINCHI Allende y los exiliados venezolanos.	213		
16. SAMUEL MALPICA URIBE Vigencia de Salvador Allende.	215		
17. POMPEYO MARQUEZ Allende era la convivencia democrática.	219		



Obra de José Venturelli donada al Partido Socialista de Chile en el 50 aniversario de su fundación:
9 - IV - 1983.



Holande



PROLOGO

El 2 de diciembre de 1972, el Presidente de Chile, Dr. Salvador Allende, fue recibido en la Universidad de Guadalajara por sus más altas autoridades, sus maestros y estudiantes, todos anhelantes de conocer y escuchar a un hombre, que tras largos años de lucha, había llegado a la Presidencia de la República decidido a realizar una tarea histórica.

En efecto, si algo distingue a Salvador Allende, es la consagración de su vida entera a luchar por la justicia social, por las libertades públicas, por el ensanchamiento y profundización de la democracia, por la defensa de la soberanía nacional y por las relaciones civilizadas y fraternales entre todos los pueblos del planeta. Con ese ideario lo conoció todo Chile; siempre firme en sus convicciones, siempre resuelto a luchar por ellas con grandeza, con amplitud, con pasión revolucionaria.

Desde que asumió el mando del gobierno, fue claro que se disponía a cumplir promesas que siempre estuvieron más allá de las contiendas electorales: "no quiero sólo votos", repitió ininidad de veces, "quiero conciencias".

Con decisión empezó a transformar las estructuras económicas, sociales y culturales enfrentando sin vacilaciones a los viejos intereses oligárquicos. Por eso, cuando entró en nuestra institución teníamos la certeza que habríamos de escuchar a un hombre que conjugaba con singular valentía *el verbo y la acción*.

Fue la percepción nítida de su autoridad moral la clave que explica nuestra entrega a sus reflexiones críticas sobre la política universitaria y su enérgico llamado a comprometerse con las necesidades, anhelos y sentimientos de los pueblos latinoamericanos, hermanados por seculares tradiciones, traicionados por cuantos gobernantes y convocados, dramáticamente convocados para ser o perecer en la definitiva encrucijada del subdesarrollo, el vasallaje y la dispersión.

Esta valoración del hombre y del estadista, elevada a la inmortalidad con su gesta increíblemente heroica del 11 de septiembre, explica su arraigo en esta casa de estudio, que desde entonces y hasta siempre, vivirá con su memoria, con

sus enseñanzas, con su ejemplo, como parte destacada de su patrimonio intelectual y moral.

La Universidad de Guadalajara no podía estar ausente de un proyecto de la trascendencia del *Archivo Salvador Allende*, que se propone ofrecer, como dicen sus patrocinadores, "la más completa fuente para el estudio de la vía chilena al socialismo: 1970-1973 y del pensamiento y trayectoria de su principal protagonista" SALVADOR ALLENDE GOSSENS (1908-1973).

Nos corresponde presentar este volumen que reúne más de un centenar de semblanzas, homenajes, poemas y canciones, surgidas de todo el mundo y creadas por políticos, científicos, escritores, artistas, del más amplio arco ideológico, expresión plural de la valoración de una vida que hizo, precisamente del pluralismo, un ideal y una política sin reparos.

Esta valoración múltiple en ideas, territorios, sectores sociales y oficiales, habrá de servir a las jóvenes generaciones para ilustrarlas, no sólo sobre la grandeza de un hombre; sino también sobre los grandes valores que la humanidad reconoce como suyos, que llama a exaltarlos y a defenderlos.

De manera relevantes, estos documentos habrán de ser útiles en las horas que vive el pueblo chileno enfrentado al poderío de las armas puestas al servicio de la antinación; apuntando contra la inteligencia y los derechos elementales de los chilenos.

Que el amor de Allende a su pueblo y que la consecuencia con que ofrendó su vida a la lucha por el pan y la libertad, aceren las fuerzas morales de los que trabajan por que la democracia sea pronto una realidad en Chile y que bajo este marco político, se abran pronto las grandes alamedas para que transite el hombre libre en el que creyó y por el cual cayó combatiendo el compañero Presidente.

Raúl Padilla López
Rector de la Universidad de Guadalajara



PRIMERA PARTE

ALLENDE DESDE CHILE

LOS LEGADOS DE SALVADOR ALLENDE

Clodomiro Almeyda. Abogado. Sociólogo. Ministro de Relaciones Exteriores y Vice-Presidente de la República del Gobierno Popular. Dirigente nacional del Partido Socialista de Chile.



Resulta imposible intentar identificar y valorar el aporte de un hombre a la historia, de un actor político a la sociedad en que vivió, sin referirse al menos sumariamente a la vida del personaje de que trata, a su entronque con el tejido social y al ambiente político y cultural de los cuales se nutrió, nexo que en último término explica el por qué de su permanencia más allá de su muerte a través del mensaje que entrega a su posteridad y de la vigencia de los valores que contribuyó con su obra y su vida a crear o enfatizar.

Salvador Allende constituye un ejemplo típico del hombre de la clase media intelectual chilena, forjada en la escuela democrática del liceo y de la universidad liberal y progresista, producto de las luchas sociales y políticas del siglo XIX y que tanta influencia ha ejercido en la conformación ideológica de las clases políticas de Chile en la presente centuria.

Los valores decimonónicos que diseminó por el mundo la Revolución Francesa, permearon hegemónicamente el ambiente cultural de la mesocracia chilena y alimentaron

ideológicamente a los partidos liberales y al radicalismo chileno. En ese clima espiritual se formó Salvador Allende. En su adolescencia y luego en la universidad experimentó el impacto ideológico del socialismo y de la Revolución de Octubre, vivió intensamente los efectos sociales aleccionadores de la gran crisis de 1929 en nuestra patria, y se insertó ya en esa época como estudiante, en el agitado y convulso quehacer político de su tiempo, que vio emerger a la efímera, pero penetrante República Socialista de Chile del 4 de junio de 1932 y cuya estela cristalizó el año siguiente en la creación del Partido Socialista, del cual fue uno de sus fundadores.

En íntimo contacto desde entonces con el movimiento obrero, Allende ayudó desde su partido a la conformación en 1936 del Frente Popular y, muy joven, luego de una primera experiencia parlamentaria, fue requerido por el presidente radical Pedro Aguirre Cerda—quien triunfara al frente de aquella alianza política—, para integrar, en su calidad de médico y militante, uno de sus gabinetes como Ministro de Salubridad. Ello le permitió adentrarse profundamente en la problemática social del pueblo chileno y ser observador participante en los esfuerzos del gobierno por desarro-



LO ESENCIAL DE SU LEGADO:

- Democracia
- Unidad
- Nacionalismo
- Agrarismo
- Antimperialismo
- Latinoamericanista
- Internacionalista
- Militante socialista

llar hacia adentro la economía del país, promover su industrialización bajo la inspiración y estímulo del Estado, ampliar y profundizar la participación democrática del pueblo en los asuntos públicos, y mejorar sus condiciones de vida, redistribuyendo en su favor el ingreso nacional.

Desde esa época pudo Salvador Allende constatar a través de su práctica, cómo el pueblo organizado podía influir desde el poder para avanzar hacia superiores y más justas formas de convivencia colectiva, como asimismo comprobar las limitaciones que esos avances tienen dentro del modo de producción capitalista y del estado burgués, y de la necesidad de transformarlos en la dirección del socialismo si no se quiere que los procesos reformistas se desvíen y se deformen integrándose sus logros en la estructura de poder de las clases dominantes.

Se confundieron pues, muy pronto, en la vida de Allende los roles de luchador social, de hombre de Estado y de combatiente por el socialismo. Su perspectiva para juzgar la realidad se enriqueció notablemente, también, en la medida que como dirigente del Partido Socialista, del cual llegó a ser su Secretario general en 1943, y como parlamentario durante treinta años, estuvo presente como actor permanente en todos los episodios políticos chilenos de la época, sin abandonar nunca la militancia partidaria y sin dejar tampoco nunca de mantener relaciones directas y personales con lo más representativo de las organizaciones populares chilenas, ya sea en el plano sindical, cultural, profesional o de las relaciones internacionales.

No fue casualidad que Allende fuera elegido presidente del Colegio Médico de Chile, varias veces candidato presidencial de la izquierda, ascendiera a la presidencia del Senado de la República y representara en esos largos cincuenta años de su vida política a la izquierda, a su partido, al gobierno y al parlamento chilenos en la más variada gama de torneos y organismos internacionales gubernativos o no gubernamentales, culminando su vida política como presidente de Chile, tras su elección en 1970 como representante de las fuerzas democráticas avanzadas, aglutinadas en la Unidad Popular.

Allende no fue un ideólogo. Y si bien su acceso a la política y los parámetros fundamentales que definieron su trayectoria pública estuvieron determinados siempre por su opción consciente y cada vez más profunda por el socialismo, entendido en los términos del pensamiento marxista, su quehacer político estuvo siempre motivado en la coyuntura por las exigencias concretas de la lucha, por las demandas reales y objetivas de los trabajadores y de la sociedad chilenas y por la aspiración a ganar siempre más influencia y poder para el pueblo organizado.

Tampoco fue un político puramente pragmático, y aunque siempre quiso y logró intervenir en la coyuntura, nunca lo hizo perdiendo de vista el objetivo final, sino adecuando su propuesta política a la realidad concreta, pensando siempre —intuitivamente y con razón—, que el proceso político se da en el terreno de las fuerzas y no en el de las ideas, lo que no significa menospreciar a estas últimas, sino valorarlas en cuanto esclarecen y no en cuanto confunden, en cuanto movilizan y no en cuanto sumen en la perplejidad, en el desconcierto y en el inmovilismo. Siempre tuvo claro que la política era una cuestión de poder, y no de tener la razón. De ahí que muchas veces su aproximación a las cuestiones políticas divergiera y se distanciara de las políticas ideologizantes, cuya relación con lo concreto se empobrece y distorsiona, porque no son capaces de captar

lo particular, de descubrir en la apariencia la manifestación de lo esencial, y no pueden así encontrar en la vida y por los caminos de la vida, la vía posible para transformarla y convertir en los hechos la idea en realidad.

Confieso que en más de una ocasión pensé que el innegable sentido de la realidad que percibía en Allende por la vía del pragmatismo podía conducirlo a posturas oportunistas; pero cuando junto a él y como su inmediato colaborador en el Gobierno de la Unidad Popular, desde el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, estuve en condiciones de vivir y ya no sólo suponer su conducta política, pude también constatar y dar fe que Allende en todo momento actuó en función de su compromiso con el pueblo y el socialismo, rasgo esencial de su personalidad moral y política, que rubricó con su muerte en combate, dando con ello una muestra elocuente e indesmentible de su lealtad a la causa democrática y socialista que abrazó desde su juventud y por la que entregó su vida peleando, ese día siniestro del 11 de septiembre de 1973, día que ingresará a nuestra historia más por la luz con que el sacrificio de Allende ha contribuido a iluminarla, que por la oscuridad y el oprobio con que quisieron empañarla la traición y la cobardía de un puñado de repugnantes generales vendepatrias.

Diseñada así, en breves palabras, la vida, la experiencia y la personalidad política de Allende, intentaremos recoger de ellas lo esencial, lo vigente, lo que constituye su legado al pueblo de Chile y a la historia, su mensaje a quienes tienen la tarea de reemprender el camino interrumpido por su muerte, luchando por reencontrar a Chile con sí mismo, para hacer retomar creativamente a su pueblo la faena de ir reconstruyéndolo en la dirección del socialismo, en términos —como acostumbraba decirlo Salvador Allende— de democracia, pluralismo y libertad.

El legado democrático

En primer lugar, quiero destacar la significación de esta trilogía —*democracia, pluralismo y libertad*— que también, no por casualidad, estaba siempre presente en el discurso político de Allende.

A través de esta trilogía se refleja la forma en que se vierte en su pensamiento y en su obra política, el ingrediente democrático y libertario de la tradición política republicana de Chile.

Se acostumbra decir por nuestros adversarios que la adhesión de la izquierda chilena a los principios democráticos es sólo instrumental, mediatizada y oportunista. Nada más lejos del pensamiento de Allende. Su formación ideológica, su vida y lo que hizo desde la oposición o desde el gobierno, acreditan precisamente lo contrario. La internalización en su espíritu del contenido permanente del humanismo democrático y libertario, inspiró toda su conducta política. Y lo prueban no sólo su palabra reiterada, sino que la gestión misma de su gobierno donde imperó siempre la más absoluta libertad, se respetaron los derechos humanos y donde fueron la Constitución y la ley los parámetros fundamentales en los que se enmarcó su conducta, hechos todos que adquieren hoy en día especial relevancia cuando es la expropiación de la soberanía del pueblo, el atropello a las libertades y derechos del hombre, y la arbitrariedad más acusada, el rasgo principal que define a la dictadura represiva militar.

El mensaje democrático y libertario de Allende cristaliza valores nacionales producto de nuestra propia historia, expresa una característica señalada del ser nacional, de la manera de ser de los chilenos, en que el respeto a la opinión ajena y la tolerancia con los que disiente, le dan sentido pleno al levantamiento del pluralismo, como senda y camino para la búsqueda de la solución a los problemas sociales y nacionales.

Por eso no es extraño que acorde con esta orientación de su mensaje, todas las fuerzas democráticas que se oponen y resisten a la dictadura coincidan en que el retorno a la democracia, la vigencia de los derechos humanos —tal como se expresan en la Carta de Naciones Unidas—, y el reconocimiento al pluripartidismo, son supuestos básicos para la reconstrucción de Chile, de manera que en un clima de libertad pueda escoger después el pueblo —una vez derrocada la dictadura—, libre y soberanamente, la mejor opción a su juicio de las que le ofrezcan las diferentes fuerzas políticas del país.

En este orden de cosas, el legado de Allende tiene también una complementaria e indirecta significación. El hecho de que la contrarrevolución haya logrado derribar a su gobierno y él muriera combatiendo contra ella, nos enseña también que el proceso de transformación revolucionaria de una sociedad debe ser capaz de defenderse, tener la fortaleza necesaria, emergida del hegemónico apoyo popular y del respaldo de fuerzas armadas comprometidas con él, como para enfrentar y vencer a los enemigos, que necesariamente han intentado e intentarán usar la violencia y sembrar el caos y la anarquía para desestabilizar y derrocar a los gobiernos populares y revolucionarios.

El respeto a los derechos humanos y a la ley, el reconocimiento del pluralismo ideológico y político en la sociedad, no es incompatible, sino complementario con la existencia de un Estado fuerte, sustentado en la adhesión consciente del pueblo organizado y dotado de las armas necesarias para defender ideológica, política y materialmente el proceso revolucionario y para orientar y dirigir a las masas hacia el logro de sus ambiciosos y difíciles objetivos.

El imperio de la libertad sin el fortalecimiento del poder revolucionario, crea las condiciones no sólo para el éxito de la contrarrevolución, sino también para que ésta suprima esa libertad, expropie la soberanía al pueblo y lo someta a la más abyecta de las opresiones, como lo demuestra elocuentemente la experiencia chilena y el trágico fin de Salvador Allende, su principal protagonista.

Su legado unitario

Una de las características que singularizan a la izquierda chilena, dentro de sus congéneres latinoamericanos, es que desde la gran depresión de los años 30 en adelante —cuando se inicia la época del desarrollo económico hacia adentro—, hasta el presente, ha sido la de haber predominado siempre en su seno —salvo períodos excepcionales—, las tendencias unitarias, dando origen a distintas formas de alianzas políticas entre las clases medias y el movimiento obrero, a través de sus partidos más representativos.

Tanto en los planos social como político e ideológico, las izquierdas chilenas se han comportado en general, durante los últimos cincuenta años, reconociendo siempre en las fuerzas conservadoras a su enemigo principal, y enten-

diendo las pugnas entre los partidos populares como antagonismos secundarios.

La primera cristalización de esta tendencia unitaria progresivamente prevaleciente la constituyó el Frente Popular, desde 1936 hasta los primeros años cuarenta, que reunió en una sola coalición política a radicales, democráticos, socialistas y comunistas, fenómeno inusitado en América Latina y coetáneo al surgimiento y desarrollo de semejantes frentes populares en Francia y España. A esa combinación política sucede, siempre en los años cuarenta, la llamada Alianza Democrática, con una semejante estructura partidista. En los años cincuenta se constituye el Frente del Pueblo —en el que ya los partidos ligados al movimiento obrero son hegemónicos y no los representativos de las capas medias, como en las alianzas anteriores—, el que se va progresivamente ampliando y fortaleciendo, se proyecta en el Frente de Acción Popular, hasta constituirse a fines de los años 60 la Unidad Popular, como frente que comprende ahora a socialistas, comunistas, radicales, sectores de izquierda segregados de la Democracia Cristiana y los residuos también de izquierda del populismo ibañista que tuvo efímero florecimiento a principios de los cincuenta.

Esta tendencia unitaria predominante y que se ha mantenido en lo esencial hasta ahora, atravesando la difícil coyuntura de la caída del Gobierno de la Unidad Popular sin fracturas importantes, constituye una valiosa conquista del pueblo chileno, un logro de relevante significación en nuestra historia política y que permite, si se sostiene y profundiza, abrigar un responsable optimismo estratégico en relación al futuro político de nuestro país.

Como todas las grandes conquistas populares, la unidad de la izquierda chilena no ha sido fácil alcanzarla. Las pugnas entre socialistas y comunistas primero, entre radicales y socialistas y entre radicales y comunistas en ciertos tiempos, y del populismo ibañista contra los partidos populares tradicionales, pusieron en peligro en más de una ocasión la unidad de las fuerzas populares. Pero siempre estas contradicciones tendieron a resolverse en último término, con salidas políticas favorables a la unidad. Sin este fenómeno no podría comprenderse la performance electoral de la izquierda en las contiendas presidenciales de 1958 y 1964 y luego la victoria de Salvador Allende en 1970.

Durante el medio siglo en que se desarrolló este proceso político en la izquierda, en el que siempre la unidad salió triunfante, el esfuerzo y la presión unitaria de Salvador Allende jugó un papel decisivo. Se puede decir que el mayor aporte de Allende a la historia de su país y de su pueblo ha sido su determinante contribución a forjar la unidad esencial de las fuerzas populares chilenas, unidad cuya defensa, consolidación y superación constituyen tarea prioritaria para los demócratas y revolucionarios chilenos de hoy y del mañana, como prolongación del quehacer unitario de Allende y como cumplimiento de su principal legado a la historia de Chile. Empresa ésta que no fue fácil, pues el Partido Socialista nació con una fuerte vocación hegemónica que lo hacía proclive al aislacionismo y era fuente de un notorio chauvinismo partidario que dificultaba su inserción unitaria en el seno de la izquierda.

Y durante los años cincuenta, Salvador Allende fue el arquitecto fundamental durante los años en establecer los cimientos del entendimiento y la unidad socialista-comunista, firme pilar que otorga una sólida base de sustentación hasta el presente a la unidad de las fuerzas populares chilenas. Esta empresa estaba erizada de dificultades. Las quere-

las ideológicas con los comunistas —todavía influidos por las prácticas intolerantes del período stalinista y agravadas por su parte por las fuentes reminiscencias anarquizantes y trotskizantes en el Partido Socialista—, y por otro lado, la virulenta rivalidad entre ambos partidos por el predominio sindical y su lucha competitiva por hegemonizar al movimiento obrero, hacían de este intento por favorecer el entendimiento socialista-comunista una tarea ardua y compleja.

Allende trabajó persistentemente en esta tarea y es obra en gran parte suya el que en Chile —a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los países del mundo, con gran daño para las fuerzas progresistas de la humanidad—, socialistas y comunistas se hayan ido acostumbrando a entenderse, conocerse recíprocamente e influenciarse entre sí, hechos todos que, principalmente con vistas al futuro de Chile, tienen una importancia extraordinaria.

Durante los años sesenta, el empeño de Allende en su política perseverante por construir la unidad política del pueblo chileno, estuvo marcada en primer lugar por su esfuerzo por vencer la resistencia sectaria del Partido Socialista para coligarse junto con los comunistas y otras fuerzas de izquierda con el Partido Radical, al que se lo identificaba, a mi juicio erróneamente, como expresión transparente de la burguesía productiva nacional, clase social a la cual los socialistas le negaban con razón la condición de componente idóneo de una coalición de fuerzas democrático-revolucionarias. También Allende pudo triunfar en estos empeños y el radicalismo, purgado de sus ingredientes más conservadores, pasó a ser parte integrante de la Unidad Popular.

En segundo lugar, durante este decenio, Allende fue activo promotor y el más entusiasta partidario de que la izquierda se abriera para recibir en su seno a los sectores avanzados de la Democracia Cristiana que habían abandonado ese Partido, por discrepancias con la orientación de derecha que había asumido durante la segunda parte de la administración del presidente Frei. Igualmente se esforzó Allende por ligar a los partidos tradicionales de izquierda en ese período, con los remanentes más progresistas de lo que fue el populismo ibañista de los años cincuenta y que todavía tenían alguna significación política. De este modo puede afirmarse que Salvador Allende fue el constructor fundamental de la unidad de la izquierda chilena, que cristalizó a fines de los sesenta en la Unidad Popular y que lo llevó a la victoria en la campaña presidencial de 1970.

Pese a los cambios fundamentales ocurridos en Chile desde el golpe fascista hasta el presente, y a las tendencias disgregadoras que siempre acompañan a los reflujos políticos, los parámetros esenciales para mantener y desarrollar en el futuro la unidad social y política del movimiento popular chileno, siguen siempre vigentes y cada vez más necesarios.

Durante su gobierno, Allende comprendió a través de la práctica que el grado de homogeneidad y de concierto de la alianza política que constituía la Unidad Popular, era insuficiente. Vislumbró entonces la posibilidad de convertir a esta alianza en un bloque político con una conducción única, en el que los diferentes partidos que lo integraban pasaran a constituir segmentos de este bloque, a los que propuso llamar "destacamentos", distinguidos por el nombre de la más relevante personalidad histórica de cada uno de ellos. Los socialistas habrían de denominarse destacamento Eugenio Matte; los comunistas, destacamento Luis Emilio Re-

cabarren; los radicales, destacamento Pedro Aguirre Cerda; los partidos de origen cristiano, destacamento Rafael Luis Gumucio, y así los demás partidos de la Unidad Popular. Intentó dar forma a esta iniciativa a propósito de las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, logrando que los partidos de izquierda inscribieran sus candidaturas como partido unido de la Unidad Popular.

Pero, desgraciadamente, en aquella ocasión no estaban creadas las condiciones para darse ese gran salto adelante en el proceso de profundización de la unidad política de las fuerzas populares chilenas. La Unidad Popular no logró forjar una conducción única durante el gobierno de Allende, ni homogeneizar su estrategia y táctica políticas. Ni siquiera fue ello posible en el propio Partido Socialista, en cuyo seno surgieron orientaciones políticas contradictorias que se neutralizaron recíprocamente entre sí y debilitaron su influencia política.

No pudo nuestra alianza política entregarle al presidente Allende —que la reclamaba— una orientación única, coherente y compartida que hubiera significado darle mayor eficacia y fuerza a su gestión política, las que de haberse logrado habrían hecho difícil o imposible el éxito de la contrarrevolución.

Pero lo que Allende no logró entonces —profundizar, renovar y superar a la Unidad Popular, con la mira de constituir un compacto bloque democrático hacia el socialismo—, sigue siendo la más importante tarea actual del movimiento popular chileno. Sin ese bloque conformado sobre todo a través de la acción común y en el seno del pueblo, descontento y sediento de conducción unitaria y renovada, será difícil derrotar a la dictadura militar, poniendo término a esta fase contrarrevolucionaria de nuestra historia. Lo más que se podrá lograr sin esa superior unidad será un retorno a la democracia tradicional, formalista y parlamentaria, lo que está muy lejos de satisfacer la demanda popular de participación activa y permanente en la cosa política y conducción unitaria en la acción práctica. Esta última es, a su vez, condición necesaria para conquistar la hegemonía ideológica en el seno del pueblo por esa izquierda renovada, disputándole a las fuerzas conservadoras el control de las conciencias y conductas políticas, sin lo cual no es viable pensar en retomar el camino de las transformaciones sociales democráticos-revolucionarios que puedan superar el punto muerto y el empante social que subyace como telón de fondo de la situación política chilena, tras la frustración de la etapa democrático formal en lo político y desarrollista en lo económico, sobre determinadas por la estructura capitalista hegemónica en la sociedad.

De ahí por qué recobre relevante actualidad la trayectoria y el legado unitario de Salvador Allende, en un momento en que bajo una u otra forma han ido emergiendo en el campo popular y progresista chileno, al calor de la cultura política del reflujo que siguió a la derrota, tendencias que, so pretexto de renovarlo todo y de cuestionarlo todo, con un marcado tinte de diversionismo ideologizante, conducen en la práctica a introducir y magnificar en el seno de la izquierda antagonismos secundarios, en torno a diferentes utopías que inspiran a las diversas fuerzas políticas. O en torno a problemas que todavía no ha resuelto nadie en el mundo, y a los que sólo la historia, la lucha y la vida darán respuesta definitiva.

Es en el decurso de esa lucha del pueblo chileno, interrelacionada con la de los demás pueblos, donde estas interrogantes encontrarán respuesta, y no en cenáculos



académicos alejados de las concretas cuestiones que inquietan a las masas, y en relación a las cuales el papel de la instancia y el pensamiento político es convertir su descontento en lucha y su rebeldía difusa en combate organizado. Esa es la tarea del día, y no otra. Con lo que ya se ha logrado como consenso entre todas las fuerzas democráticas para combatir la dictadura y concebir la transición a la democracia plena, hay más que suficiente como para justificar un quehacer unitario y avanzar hacia la conformación de un pensamiento y una conducción unificada de las luchas populares.

No se comprendería el alcance y la actualidad del mensaje unitario de Allende si no aludiera a lo que su necesario complemento: el espíritu abierto, amplio, antisectario y antidogmático de Salvador Allende.

Nunca creyó tener "la verdad en el bolsillo", siempre escuchaba las opiniones que le parecían autorizadas y responsables. Nunca anatematizó ni descalificó a los que en el seno del pueblo pensaban diferente de él y siempre quiso encontrar en ellos la parte de verdad que contenían sus opiniones.

En la hora actual, la lucha contra el sectarismo y el dogmatismo —a los que en sus palabras y en sus actos siempre Allende combatió—, es elemento decisivo para que podamos enriquecer, unir y renovar a la izquierda chilena, pensando siempre que en el seno del pueblo las diferencias no son antagónicas ni justifican enconadas querellas, sino por el contrario, cada una de ellas refleja valoraciones complementarias de la realidad, la cual no se puede ni comprender ni transformar si no se le capta en su totalidad y en sus matices, para lo cual la erradicación del espíritu sectario y la estrechez dogmática es condición indispensable.

Su legado nacional

Cuando de modo folklórico Allende afirmaba que la revolución chilena debía tener "sabor a empanada y vino tinto", estaba apuntando a la necesidad de enraizar al movimiento popular a nuestra historia y sus tradiciones, y poder así proyectarlo hacia el futuro. La vía chilena al socialismo, de la cual hablaba Allende, no debe entenderse como si hubiera creído que nuestra sociedad escapaba a las leyes generales que rigen los procesos sociales, sino al hecho de que esas leyes se manifiestan en nuestra historia a la manera chilena, de acuerdo con la forma que en nuestro país se han ido dando las constantes de la historia universal, y que como en todas partes resultan inéditas y expresivas de lo particular de las situaciones específicas.

Su valoración del ingrediente democrático en la búsqueda concreta de la revolución chilena, como un elemento siempre presente en la forma como el pueblo chileno se ha ido abriendo camino en la sociedad global y en la historia, resulta ser así un componente que no se puede negar o desconocer si se quiere que el movimiento popular se sustente en las luchas del pasado y del presente y no aparezca como una irrupción inusitada, sin relaciones de continuidad con las conquistas democráticas con que ese movimiento fue permeando la vida nacional a lo largo de su historia.

No se trata, pues, de que nuestra democracia, supuestamente a diferencia de otras, esté por encima de las clases, y de que la pugna entre ellas no sea en nuestro país irreconciliable —como lo demuestra la contrarrevolución contra el gobierno de la Unidad Popular—, sino que en Chile el apoyo y el sustento democrático de las mayorías nacionales es condición para el avance victorioso del proceso de cambio, el que no puede ser impuesto artificialmente desde arriba, sino que debe edificarse sobre el consenso de las masas populares, su organización y sus iniciativas.

Este carácter nacional del legado de Allende se mani-



fiesta claramente si recordamos que su apasionada solidaridad y apoyo a las experiencias de otros pueblos, entre ellos los de América Latina, no implicaban para él que nosotros tuviéramos que imitar esas experiencias y diluir nuestra particularidad nacional en lo general o en lo específico de otras situaciones, sino sólo vertebrar nuestra lucha con la de los otros pueblos del mundo.

Su legado antimperialista y agrarista

Allende tenía conciencia de que la brega contra el imperialismo constituía un rasgo esencial e insoslayable de nuestro proceso de liberación nacional.

Su nombre estará siempre presente en nuestra historia como el de mandatario bajo cuyo gobierno se nacionalizaron las empresas de la gran minería del cobre, la llamada "viga maestra" de la economía chilena y nuestro principal recurso natural en la época.

No es por casualidad tampoco que se haya denominado "Doctrina Allende" a la doctrina expropiatoria de las riquezas que en los países dependientes están bajo propiedad foránea, tomando en cuenta para los efectos de la indemnización el hecho de que las empresas imperialistas han obtenido en el pasado abultadas y exorbitantes utilidades cuya magnitud hace legítimo el descontar lo que de ellas exceda a las utilidades normales, cuando se quiere determinar el precio de la expropiación.

También Allende comprendía que la emancipación social de los chilenos no podía consumarse sin la incorporación efectiva y participante del campesinado a la vida nacional. De allí su decisión de profundizar el proceso de reforma agraria, entregándole a los campesinos la tierra pa-

ra ser trabajada particular o cooperativamente, estimulando al mismo tiempo la organización y la concientización del campesinado, proceso que alcanzó especial relevancia durante su gobierno.

De esta forma, las dimensiones antimperialista y antilatifundista como contenidos sustantivos del programa de la revolución chilena —consignas que amplios sectores del pueblo a veces no sienten o no valoran en su urgencia—, se vieron materializadas e impulsaron nuevos esfuerzos y movilizaciones que multiplicaron el compromiso de las masas trabajadoras con el que fue, efectivamente, *su gobierno*, el mas justiciero y patriótico de la historia de Chile.

Su Legado Latinoamericano e Internacionalista

Allende comprendía que la lucha contra el imperialismo no era sólo una lucha del pueblo de Chile, sabía que también lo era de los otros pueblos latinoamericanos y que era menester plantearse unitariamente, a escala continental, la realización de la gran tarea reivindicadora de nuestra soberanía y nuestras riquezas.

De allí su decidido y resuelto apoyo desde el comienzo a la Revolución Cubana, su estímulo a las iniciativas que en los años sesenta propiciara el ex-Presidente Cárdenas para organizar un gran movimiento social y nacional de alcance latinoamericano en pro de la liberación nacional y de la emancipación social de nuestros pueblos. De allí su presencia entusiasta en todas las iniciativas que desde su fundación propugnara el Partido Socialista chileno para coordinar las luchas de los partidos afines del continente.

Durante su gobierno, Allende llevó a la práctica esa dimensión bolivariana de su pensamiento. Por eso se empeñó

en la realización del proyecto integrativo subregional del Pacto Andino; de allí también sus esfuerzos por mejorar nuestras relaciones con los países vecinos, las que alcanzaron señalado éxito, e igualmente su empeño por anudar por vez primera relaciones fraternas y solidarias con México.

Proyectada más allá de América Latina, Allende comprendió la necesidad de ligar a Chile al Movimiento de los No Alineados, y de vincularlo a los esfuerzos que los pueblos del Tercer Mundo realizaban por construir un más justo nuevo orden económico internacional, inspiración que logró cristalizar con la celebración en Chile de la Tercera Conferencia Internacional para el Comercio y el Desarrollo, en la cual su participación como presidente de Chile fue descollante y decisiva.

Allende comprendió a través de la experiencia y de la correcta lectura de la realidad de nuestro tiempo, la verdad y la profundidad del contenido internacionalista del socialismo. Supo valorar, en consecuencia, la significación del respaldo que la comunidad de estados socialistas entregaban a las luchas liberadoras de los pueblos y la importancia de las transformaciones sociales que se llevaban a cabo en su seno, sin adoptar tampoco frente a ellos una actitud acrílica y obsecuente, que no se avenía ni se aviene con el carácter autónomo del socialismo chileno ni con su acendrada convicción de la necesidad que Chile contruyera su propia inserción en el movimiento revolucionario mundial.

En este contexto Allende fue un activo luchador por la causa de la paz, y no escatimó energías en respaldar con su actividad y su presencia todas las iniciativas destinadas a favorecer la distensión y a promover el desarme, convencido como estaba que el conjurar el peligro de una guerra nuclear —a lo que conducía la agresiva conducta imperialista—, era y es uno de los principales objetivos de las fuerzas avanzadas y progresistas de la humanidad.

Su Legado Partidario y Socialista

Salvador Allende expresó en un torneo partidario próximo a su asunción a la Presidencia de la República, después de la victoria electoral del 4 de septiembre de 1970: "Todo lo que soy se lo debo a mi partido". Hablaba entonces el presidente electo de Chile, por la voluntad popular.

En esas breves, pero significativas palabras se encierra toda una definición de su postura política. Allende no era un caudillo. No era un líder populista. No era un personaje mesiánico que se encumbraba al calor de los sentimientos y en la fragilidad de las coyunturas. Allende era un militante del Partido Socialista, un hombre cuya personalidad política se forjó en el seno del pueblo organizado, consciente y en ascenso.

Allende era un hombre de partido. No en el sentido menguado de la asistencia escrupulosa a las reuniones, por las reuniones; ni en el sentido de la introvertida conducta del hombre de aparato, para quien el partido es un fin en sí mismo y su orgánica un sustituto caricaturesco de las masas. Muy por el contrario, Allende era un socialista presente donde había que pelear, fuera ante una multitud enervada de huelgistas, fuera en el Congreso Nacional para disputarle la hegemonía en el debate parlamentario al adversario de clase. Fuera en un torneo internacional donde debía escucharse la palabra chilena y socialista, fuera en el

gabinete de un ministro para exigir con firmeza el respeto por los derechos del pueblo. Fuera estimulando con su conducta a los pobladores que se "tomaban" un terreno para construir allí sus viviendas, fuera ante la Asamblea de las Naciones Unidas, para plantear como presidente de Chile las grandes reivindicaciones nacionales.

Así entendía Allende ser hombre de partido. No encapitulándose en el seno de los comités ni en conciliábulos más o menos estériles para discutir sobre cuestiones accesorias sino abriéndose al pueblo y yendo hacia él, para hacer conciencia, movilizarlo y organizarlo.

Y en esa apertura hacia los trabajadores chilenos él veía la acción de una idea cristalizada en una organización: el Partido Socialista.

Por eso expresó, dirigiéndose a sus camaradas: "Como militante socialista y compañero presidente de Chile, no puedo pedirles otra cosa a ustedes, mis hermanos en la idea y en la acción, que hagan del partido un instrumento duro firme y acerado, flexible, combatiente, con centralismo democrático y auténtica conciencia revolucionaria".

Lejos pues del pensamiento de Allende el menosprecio de la instancia partidaria y el personalismo descontrolado. Desde el gobierno de la Unidad Popular, lo que él exigía y reclamaba era orientación y línea, elaborada por la instancia política unitaria para hacerla realidad desde el poder. Y su principal descontento provenía de las insuficiencias de la alianza política que lo llevó al poder, para inspirar y proyectar la acción gubernativa, pues nunca se sintió por encima de los partidos, sino que quiso siempre y aspiró a serlo, un legítimo y consecuente intérprete de las aspiraciones populares, procesadas por los partidos —que esa es su misión—, y traducida luego en una línea política, la que debía servirle de faro orientador.

Importante y actual resulta en esta hora remarcar el rol que Allende le asignaba a los partidos políticos populares en un momento como el actual en que ingenuos espontaneismos y liquidacionismos desmovilizantes, pretenden cuestionar el papel imprescindible, necesario y esencial que la instancia política cumple en el proceso social transformador, como el verdadero sujeto real consciente y eficaz de los cambios que se quiere producir en la realidad social.

El legado moral de Allende

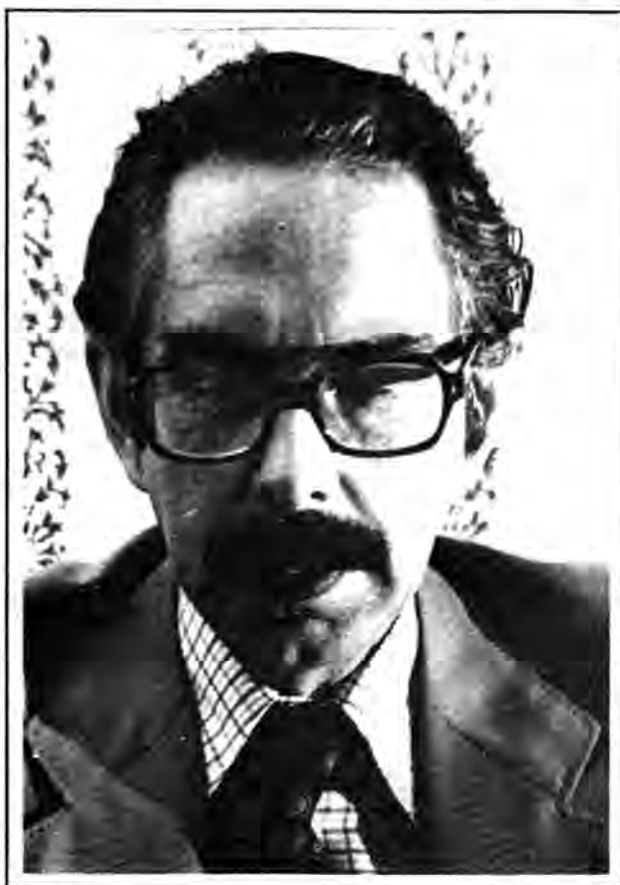
No podría culminar esta evocación al mensaje que Allende entregó a la posteridad, a las generaciones actuales y venideras, sin reparar en la lección moral que deja su compromiso político, sellado por la entrega de su sangre en aras de sus ideales, que eran los de su pueblo y de su patria.

¡Cuán gigantesca y distinta aparece su imagen ante la historia, si se la compara con la de tantos caudillos y caudillitos, políticos y politiqueros, que han hecho del quehacer público sólo un trampolín para satisfacer ambiciones personales o de grupo!

Los chilenos, y en especial los socialistas, nos inclinamos ante su figura histórica, cuyo legado ético, cuya estela moral es y será motivo de orgullo para quienes fuimos sus camaradas y somos ahora responsables de restaurar y renovar la Democracia Chilena enrubrándola en la dirección del socialismo.

SALVADOR ALLENDE

Carlos Altamirano Orrego. Abogado, diputado, senador, ex-Secretario General del Partido Socialista de Chile.



El 11 de septiembre fue el día de la infamia. Pero también el día de la dignidad revolucionaria. Mientras los cuatro generales traidores emporcaban la historia de Chile, Allende la ennoblecía.

Aquel día pertenece a Salvador Allende. Durante su vida entera había predicado y practicado el respeto a la ley y a la Constitución. Había abrazado con pasión la alternativa de una vía al socialismo, liberada de la violencia, consustancial a otras experiencias. Sin embargo, en el instante definitivo coge las armas y combate. Las balas fascistas encontraron sus balas. Durante horas resiste junto a un reducido grupo de combatientes. Contra esa defensa frágil el adversario cobarde y sorprendido sólo atina a utilizar su inmenso poder destructor: el ataque de la artillería, el fuego de los tanques y el bombardeo implacable de los aviones. El coraje de Allende hace vacilar a los junteros asesinos. Más de una vez retroceden, intiman la rendición, le ofrecen respetar su vida. La respuesta fue invariable: "Los generales traidores desconocen lo que es un hombre de honor" Enfrenta la muerte sereno. Con frialdad profética anticipa el

significado de su sacrificio: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto."

La muerte de Allende cierra un ciclo en la historia nacional y abre las puertas de una nueva etapa en el proceso revolucionario. La evolución política y social de Chile ha sido dramáticamente rota. El hilo conductor que entrelazaba el acontecer nacional desde los inicios de la República hasta hoy, fue sangrientamente cortado por los generales mercenarios, coludidos con el gobierno norteamericano. La historia de Chile se reescribirá, a partir de septiembre de 1973, considerando la honda brecha de odio abierta por el terror fascista.

El sacrificio proyecta a Allende violentamente en la historia y le selecciona como uno de sus más relevantes protagonistas, transformándolo en la más alta voz moral y revolucionaria de nuestra patria. Su personalidad política centrará el debate de los años venideros.

Aun mirando desde un punto de vista tradicional y conservador, ninguna figura nacional en este siglo, alcanza perfiles tan fuertes y profundos.

Gabriel García Márquez, con la pasión de su pluma ex-

traordinaria, afirma que Allende murió "defendiendo toda esa parafernalia apollada de un sistema de mierda que se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro".¹ Creemos que se equivoca. Su sacrificio tiene un sentido más profundo e históricamente más trascendente. No es la democracia burguesa la engalanada con su muerte. Por el contrario, son sus miserias y lacras las puestas al desnudo cuando los militares traidores deciden ultimarle. No empuñó las armas ni entregó su vida por un sistema político y social en descomposición. Lo hizo para defender la legitimidad moral y revolucionaria de lo que alguna vez denominó "el segundo modelo de transición a la sociedad socialista". Es su última contribución, honesta e inmovible, a una vía de transformación concebida como factible, en la singular realidad de Chile. Su muerte tiene además el contenido de una notable demostración histórica. Ante su pueblo y los pueblos del mundo, Allende pone en evidencia los harapos principistas de la burguesía. El desenlace trágico reivindica la vigencia de una ley, a veces cuestionada desde perspectivas abstractas y teóricas: las clases dominantes jamás respetarán un proceso revolucionario, aun cuando esté legitimado en la voluntad del sufragio universal; nunca aceptarán pacíficamente cambios que cuestionen sus privilegios de clase.

Allende había empeñado su palabra de respetar la Constitución y la ley. Así lo hizo, y al hacerlo no dejó de ser revolucionario. Aquel respeto era condición básica del camino que entendía correcto y defendió apasionadamente.

Pocas veces en los anales de las luchas populares un sacrificio fue históricamente más útil. La verdadera humanidad, ha recogido su nombre, su vida y su palabra. Las grandes corrientes del pensamiento humano han convergido en una formidable y ecuménica expresión solidaria. Antagonismos hondos y prolongados salvan brechas aparentemente insuperables para protestar por el dolor de Chile. La muerte de Allende sacude la conciencia universal y su nombre se transforma en una insólita bandera de lucha y unidad. Raro privilegio que el fascismo no llegó a imaginar. Privilegio del revolucionario caído; extraordinaria herramienta de combate para el futuro de nuestro pueblo.

NOTAS

1. Gabriel García Márquez, "Cómo mataron a Allende", *Harper's*, Estados Unidos, 1974.



ALLENDE FUE UN HEROE CONSCIENTE

Jorge Arrate. Abogado. Economista. Director de la Corporación del Cobre y Ministro de Minería del Gobierno Popular. Dirigente nacional del Partido Socialista de Chile.



Recuerdo

El epílogo de la resistencia de Allende en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, hizo inequívoca la derrota de aquellos chilenos que compartían sus ideas. Turbulento final de un período áspero y sorprendente que conjugó esperanzas y decepciones, ideales y temores, éxitos y fracasos, el 11 de septiembre dividió finalmente a Chile —como no ocurría desde 1891— entre vencedores y vencidos.

Las derrotas no son nunca completas salvo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No ha sido este el caso, afortunadamente. Razones para la fortaleza de una memoria que no sólo no dismuye, sino que crece, hay varias. Salvador Allende es una de ellas. Para los vencedores esta constatación diaria es frustrante evidencia de lo incompleto de una victoria que quisieran total y no es imposible que por algún tiempo todavía, obsesionados con lograrla, intenten continuar imponiendo sus normas de olvi-

La fuerza democrática de la idea socialista. Documentas-Ornitórinco, Barcelona-Santiago, 1986. pp 19-29.

do. No es un optimismo ciego —es más bien puro realismo— suponer que, una vez más, fracasarán.

Allende, el socialismo, la izquierda, son parte histórica de Chile. Aquel que pretenda suprimirlos como recuerdo, referente, idea, partido, movimiento o fuerza, tendrá que suprimir parte de Chile.

Está lejos aún el momento en que los hechos de esta época puedan ser juzgados por los historiadores con menos apasionamiento y emocionalidad que la nuestra. Sería tarea imposible hacer referencia a Allende aspirando a una objetividad inexistente. Y, sin embargo, se trata de eludir la tentación de la apología.

Allende fue un héroe consciente. Su decisión de morir no constituyó un arranque del instante, una súbita llamada interior de aquellas que impulsan a un hombre a sacrificar su vida en nombre de objetivos superiores. Allende enfrentaba la eventualidad trágica de su destino sin fatalismo, pero con una racional serenidad. Quien escuche hoy la grabación de sus últimos discursos radiales desde La Moneda bombardeada no podrá evitar la sensación de hallarse ante la voz firme de un hombre que habla con coherencia y con sentido de la historia, para quien la muerte próxima, en el



“Ese proyecto fue la ‘vía chilena al socialismo’. Pocas ideas o hechos surgidos o acaecidos en el Chile lejano y austral, han tenido mayor impacto universal que el proyecto de Allende. Casi con seguridad, ninguno. Es que la relación entre democracia y socialismo es hoy día un tema principal para la humanidad progresista y preocupación diaria de los teóricos y de las fuerzas políticas de todas las latitudes.”

fragor de la lucha no habrá de transcurrir como sorpresa sino como un encuentro que siempre se consideró como posible y, a veces, como muy probable.

Sus enemigos, creyendo así disminuirlo, pretenden atribuir la muerte de Salvador Allende a su propia decisión en vez de a sí mismos. Para la historia será ésta una cuestión banal, aunque se comprende que no lo sea para los verdaderos responsables. Las circunstancias y forma en que fue atacada La Moneda el 11 de septiembre de 1973 no admiten interpretaciones en cuanto a la decisión de los atacantes de aniquilar a aquellos que allí se defendían. Por otra parte, la tenaz voluntad de Allende y sus compañeros de permanecer en su sitio hasta el fin y de no aceptar la rendición, no dejan lugar a dudas sobre su vocación de ofrendar la vida si ello era necesario.

Han transcurrido quince años desde aquella noche del 4 de septiembre de 1970 en que, ante una Alameda pletórica de seres humanos que cantaban y bailaban, Salvador Allende pronunció el discurso de la victoria desde el estrecho balcón del desaparecido edificio de la Federación de Estudiantes ubicado entre las calles Santa Rosa y San Isidro, en pleno corazón de Santiago. Cada vez que se reinicia la ronda inagotable de los recuerdos de aquella época, es vivificante observar cómo todos atesoran los suyos con inmenso cariño y los repiten una y otra vez como para no olvidarlos. Es que cualquiera que haya sido el grado de conocimiento personal que cada uno tuvo de Salvador Allende, su nombre y su figura representan para varias generaciones de chilenos algo excepcionalmente importante y absolutamente propio. Allende se fue convirtiendo en un símbolo y su nombre, repetido incansablemente en infinitas reuniones y en incotables mítines durante decenios, se transformó en una especie de propiedad común a la que todos accedían sin necesidad de invitación especial. Era un personaje en la vida de cada uno. Por eso se le criticaba con normalidad y se le aclamaba con pasión. Fue un "hombre público" no sólo en el sentido de su dedicación a la vida política, sino en cuanto cada uno de sus actos, de sus gestos, de sus movimientos, de sus aciertos y de sus errores, eran sometidos al tamiz severamente crítico de sus seguidores casi tanto como al de sus adversarios.

Allende poseía una capacidad notable de percibir los problemas de lo cotidiano y de incorporarlos siempre a su discurso infatigable. Ajeno como era a esquemas grandilocuentes, mucho más político que ideólogo, ni teorizador ni pragmático sino realizador de grandes ideas, comprendió en profundidad el ser chileno y percibió como nadie las fuentes del dolor y sufrimiento del pueblo, al igual que las de su alegría y liberación. Su lenguaje estuvo siempre marcado por este rasgo fundamental.

La idea del socialismo era en sus manos una idea bien custodiada: consistía en un mundo más justo, donde el ser humano fuera más libre y más pleno, más igual a sus iguales. Ese era, esencialmente, su proyecto.

Las dimensiones de un liderazgo

La capacidad de liderazgo político es por definición multidimensional. Si bien siempre incompleta, por ser humana e imperfecta, la condición de líder implica un conjunto de capacidades que, en una particular mixtura, configuran una superior aptitud de orientación y dirección sobre los demás.

Que Allende poseía esta competencia está fuera de duda. Cuáles fueron los principales elementos que la configuraban —fortalezas y debilidades— es un tema que será, en el futuro, examinado por historiadores, politólogos y psicólogos sociales. Del mismo modo, algunos tópicos precisos tendrán indispensablemente que ser considerados en el análisis del liderazgo allendista: la forma como relacionó medios y fines, la conexión entre el mundo teórico y el quehacer político y el equilibrio específico, en la acción, entre lo ilusorio y lo posible. Las páginas siguientes no aspiran a examinar estos temas que requerirían una investigación prolongada, sino a referirse a aquellas constantes de la actuación de Allende que podrían señalarse más claramente como ejes invariables.

Una de ellas es la dimensión latinoamericana de su pensamiento. Allende fue un latinoamericanista convencido y, por lo tanto, declarado enemigo del imperialismo. Entendió América Latina como una realidad diferenciada, en la que siempre postuló para Chile una especificidad propia. Muchísimos serían los ejemplos concretos en que estos planteamientos surgen con claridad. Entre ellos, la relación de Allende con la Revolución Cubana resulta ejemplar. En el libro-entrevista que publicara Debray cuando Allende ya era Presidente, se relata su primer contacto con la Revolución recién triunfante. Surgiría de una iniciativa personal que lo llevó a La Habana poco tiempo después del triunfo de Fidel Castro y su movimiento revolucionario, iniciando una relación intensa marcada por el apoyo de Allende —que tuvo siempre adecuada reciprocidad— a un proceso que constituía una gesta liberadora de impresionante trascendencia para todo el continente. Señalando siempre las diferencias que estimaba existían entre la realidad cubana y de otros países latinoamericanos y la realidad chilena —la Conferencia en que surgió las OLAS en la La Habana fue uno de esos momentos— Allende fue capaz de sintetizar su visión nacional con su espíritu internacionalista amplio. En el curso de los años trabaría una amistad profunda con los principales líderes cubanos. Cuando la guerrilla guevarista fue derrotada en Bolivia y los restos de la falange guerrillera arribaron a Chile, Allende no vaciló un instante en prestarles su apoyo y solidaridad, aún a riesgo de ser violentamente atacado por sus adversarios. Acompañó a los refugiados hasta Tahití, desde donde fueron repatriados a Cuba, para garantizar su seguridad. De regreso a Santiago enfrentó a sus críticos en un memorable programa de televisión en que sorteó con maestría de polemista las acusaciones que se le formularon y resultó fortalecido en su imagen política.

Como Presidente de la República visitó seis países latinoamericanos: Argentina, Perú, Colombia, Ecuador, México y Cuba. Fue objeto de masivas y calurosas recepciones y transmitió un mensaje de liberación y democracia. Su viaje a la Argentina de Cámpora fue el segundo de su mandato. Previamente se había reunido en Salta con el Presidente General Alejandro Agustín Lanusse, quien al poco tiempo devolvió el gesto visitando Antofagasta. El encuentro con Lanusse se produjo en el primer viaje al exterior de Allende como Presidente y tuvo como resultado el rechazo por ambos gobiernos de la tesis sobre "fronteras ideológicas" entre los países del continente. La relación de Chile con Argentina era fundamental para evitar una suerte de cerco geográfico-político que amenazaba potencialmente al proceso chileno. El viaje logró su propósito y permitió establecer mecanismos arbitrales para resolver antiguas con-



Habla el presidente Allende a los trabajadores del cobre: "El cobre es el sueldo de Chile". En el estrado, Jorge Arrate, vice-presidente de la Corporación del Cobre, CODELCO.

traversias limítrofes entre ambos países. Un tiempo después la fina arquitectura cuidadosamente diseñada se vio en grave peligro cuando dirigentes de grupos de la izquierda argentina escaparon de la cárcel de Trellew en el extremo sur de su país y llegaron en avión a Santiago. Allende no tuvo vacilaciones: su respuesta cortés pero firme a la demanda argentina fue que no devolvería a los fugitivos, quienes, en definitiva, partieron a Cuba. Los principios prevalecieron, sin requerir mayores ejercicios reflexivos, sobre las graves consecuencias circunstanciales que la decisión podía significar.

En la nacionalización del cobre, proceso al que Allende atribuyó la máxima importancia —recuérdese la frase: “el cobre es el sueldo de Chile”— intentó no perder nunca de vista la dimensión internacional. La nacionalización tenía un significado patriótico para el país, hasta el punto que su aprobación parlamentaria mediante reforma constitucional fue el único aspecto del programa de la Unidad Popular acogido por unanimidad en el Congreso Pleno. Pero, al mismo tiempo, tenía un contenido antimperialista claro que se expresaba, especialmente, en la decisión presidencial sobre cual era la tasa de beneficio “legítima” que podían haber obtenido las empresas norteamericanas durante su explotación. El mecanismo de las “rentabilidades excesivas”, incorporado a la Constitución, permitía descontar del valor a pagar a los expropiados todo beneficio obtenido, durante un cierto período anterior, por sobre este límite. Allende, luego de prolongados estudios, fijó en un 10% esa tasa de rentabilidad en el decreto que dictó sobre la materia en septiembre de 1972. Uno de los elementos más presentes en su decisión —del que dejan constancia los considerados del decreto— fue la trascendencia internacional del criterio, en cuanto constituía, de uno u otro modo, un precedente para otros procesos de nacionalización que pudieran emprender países del Tercer Mundo en vías de recuperar la plena soberanía sobre sus riquezas básicas.

Un segundo aspecto clave de la acción política de Allende es el contenido de unidad que imprimió siempre a su quehacer. Examinarlo a fondo significaría introducirse en el análisis de cuatro décadas de historia política chilena y, especialmente, de la historia del movimiento popular. La fundación del Partido Socialista en 1933, en la que Allende participó creando el Partido de Valparaíso, fue en sí misma un hecho unitario, de acumulación de fuerzas no idénticas pero con suficiente base común de entendimiento, al agrupar a diversos sectores de inspiración socialista en un sólo partido. En su primera década de vida el Partido Socialista participó en la creación del Bloque de Izquierdas, alianza con otros partidos de raigambre popular y, muy luego, del Frente Popular, primera ocasión de entendimiento entre socialistas y comunistas que, junto a radicales y democráticos, constituyeron la coalición triunfadora en las elecciones presidenciales de 1938. Allende fue uno de los tres ministros socialistas en el gobierno del Frente Popular, asumiendo la cartera de Salud. La década siguiente fue un difícil período para el socialismo chileno. Allende, Secretario General en 1943, debió encabezar una disputa lacerante con Marmaduke Grove, figura carismática de la primera década, y con un sector disidente proclive a un entendimiento con González Videla. En 1951 se marginó de las filas partidarias junto a un grupo de militantes como protesta por el apoyo acordado por el Partido a la candidatura de Carlos Ibáñez. Realizó su primera campaña presidencial apoyado por el Frente del Pueblo, coalición de socialistas y otros sectores de iz-

quierda con el proscrito Partido Comunista. Contribuyó a impulsar la unidad sindical que culminó en 1953 con la fundación de la Central Única de Trabajadores y la constitución del Frente de Acción Popular (FRAP) en 1956, en el que participaban los dos partidos socialistas, los comunistas y otros partidos de avanzada, y, finalmente, en activar la reunificación socialista lograda en el Congreso de Unidad de 1957. De allí en adelante se constituyó en el principal líder de la clase trabajadora, posición desde la cual aportó decisivamente a la coalición que se denominó Unidad Popular, creada en 1969, y que, además de los partidos socialista y Comunista, incorporó a sectores cristianos de izquierda y el Partido Radical. La Unidad Popular fue la más amplia alianza que la estrategia política impulsada por sus principales integrantes fue capaz de constituir, habida consideración del cuadro general de fuerzas existentes en Chile.

El tema de la unidad —sus bases políticas, más o menos amplias; su alcance, mayor o menor— constituyó uno de los puntos de tensión más serios y permanentes entre Allende y su partido. Su carácter de unidad diferenciada que expresara fuerzas plurales, fue, sin embargo, un tópico en que no hubo apreciables diferencias. Allende entendió siempre la unidad como una aspiración ni puramente táctica, ni objeto de maniobras políticas de corto alcance, sino como un fenómeno social que se traducía en agrupar tras objetivos comunes a clases y capas sociales diversas que se expresaban políticamente en forma distinta. En 1943, cuando fue elegido Secretario General, el Congreso Socialista aplaudió la disolución de la Tercera Internacional como un paso positivo que permitiría un mejor entendimiento entre socialistas y comunistas. El ataque nazi a la Unión Soviética y la consiguiente ruptura del Pacto Molotov-von Ribbentrop que había separado gravemente a ambos partidos, colocaron a todas las fuerzas progresistas en la misma barricada. El gesto de Stalin al declarar disuelta la Comintern constituyó una concesión a sus aliados norteamericanos y un paso destinado a otorgar mayor flexibilidad a los Partidos Comunistas para impulsar sus propias políticas nacionales. Fue a propósito de este episodio que el Partido Comunista chileno formuló una proposición para constituir un solo partido que fundiera a ambas fuerzas, socialistas y comunistas. Los socialistas en su IX Congreso Ordinario, celebrado en Rancagua en enero de 1943, en el que Allende asumió la jefatura máxima, expresaron sobre la disolución de la Comintern que se complacían “en constatar la justeza de la posición del Partido Socialista al sostener que los partidos populares deben actuar conforme a sus propias directivas nacionales y a los intereses de sus respectivos países sin perjuicio de la solidaridad que debe existir entre los pueblos y los trabajadores del mundo”.² A los pocos meses el IV Congreso Extraordinario, celebrado en Valparaíso en junio de 1943, se pronunció formalmente sobre la oferta fusionista, acordando una fórmula cautelosa cuyo primer acápite expresaba: “El Partido Socialista declara que acepta la concepción teórica de unificación de los sectores populares, sobre la base del socialismo científico y con un programa nacional”.³ En diciembre del mismo año Allende se dirigió por escrito al Partido Comunista, entendiendo que era necesario pronunciarse sobre el tema del Partido Único, “con precisión y claridad”.⁴ En un Pleno realizado en enero de 1944 informó in extenso sobre el sentido de la comunicación mencionada, expresando: “Somos partidarios de la unidad, somos partidarios de crear un instrumento nuevo, pero esto a su debido tiempo. La unidad no la entendemos

con el sacrificio del Partido, con la traición al Partido Socialista, con el entreguismo del Partido Socialista; la creación de un Partido nuevo la entendemos como una etapa de superación, ella vendrá cuando tengamos la evidencia de que este instrumento es mejor que el actual que tenemos, ella vendrá cuando la acción conjunta que puedan desarrollar socialistas y comunistas, pruebe que es posible un amplio entendimiento".⁵ Con el tiempo, este planteo socialista se hizo común a las fuerzas de izquierda.⁶

Las alianzas, más allá de la constituida por socialistas y comunistas, fueron en cambio, puntos de arduo debate en el seno del socialismo chileno y entre los dos partidos mencionados. En páginas posteriores se examinarán algunas circunstancias de esta disputa. Por ahora baste con anotar las tendencias: Allende fue siempre más allá que su Partido en cuanto a la flexibilidad con que definía las bases de la coalición popular para, de esa manera, alcanzar un mayor espacio. La victoria de la tesis de la Unidad Popular en 1969 —que Allende había previsto como un "Frente de la Patria"— permitió elaborar un Programa de bases muy amplias y extender la coalición de izquierda, no obstante que el arco de fuerzas que en definitiva se jugó tras el Programa resultó claramente insuficiente. Allende fue consciente de este hecho durante su mandato presidencial y realizó esfuerzos infructuosos por repararlo.

La figura política de Allende está marcada por su gran identidad socialista y su poderosa voluntad unitaria. Jamás nadie pudo poner en duda lo primero. La historia política de Chile testimonia lo segundo.

Esta doble capacidad le permitió contribuir significativamente a la elaboración de las grandes líneas de un proyecto nacional y a su encarnación en una impresionante fuerza de masas, activas y movilizadas, que durante un cuarto de siglo lo reconocieron como su líder indiscutido.

El Socialista que pertenece a Chile

Ese proyecto fue la "vía chilena al socialismo". Pocas ideas o hechos surgidos o acaecidos en el Chile lejano y austral, han tenido mayor impacto universal que el proyecto de Allende. Casi con seguridad, ninguno. Es que la relación entre democracia y socialismo es hoy día un tema principal para la humanidad progresista y preocupación diaria de los teóricos y de las fuerzas políticas de todas las latitudes. El socialismo ha tenido una vida azarosa y su encarnación estatal en el Este de Europa, si bien ha permitido realizar avances sociales de dimensión innegable, abrió un capítulo polémico en cuanto a su capacidad emancipadora y a su aptitud para hacer al hombre más libre y más participante en las decisiones que le interesan a él y a su grupo. Las imperfecciones del socialismo realizado han inducido a diversos teóricos socialistas a negarle el carácter de tal, suscitando una polémica intensa y prolongada que aún continúa. Mientras los más "realistas" sostienen que aquél es el único socialismo posible en las condiciones actuales, los más "utópicos" le niegan tal carácter. Y los más encarnizados adversarios atribuyen al socialismo una tendencia estructural, de su esencia, a convertirse en totalitarismo. Allende creyó exactamente lo opuesto y ha sido uno de los líderes

políticos que más aportó con su acción a sostener la indisolubilidad de la idea de democracia con la idea del socialismo.

Allí estaba lo esencial de la experiencia transformadora que encabezó Allende. La victoria —entendiendo por tal la consolidación de la continuidad de un proceso y no el logro de propósitos de contenido finalista— hubiera significado que por primera vez sobre la faz de la tierra, en un mismo acontecimiento social, se materializaran avances paralelos y decisivos en profundizar las libertades del hombre concreto y su ejercicio y en modificar la estructura económica en un sentido socialista. Sus consecuencias eran enormes.

La tentativa allendista, y su derrota en 1973, han dejado una huella imborrable en el pensamiento y la práctica política de las fuerzas progresistas del mundo. El debate teórico continúa aún y no está ni llegará a estar cerrado por un largo período. Importantes corrientes políticas europeas siguieron de cerca el proceso chileno. François Mitterand, hoy Presidente de Francia, viajó a Chile durante el mandato de Allende, a conocer por sí mismo la experiencia en curso. Enrico Berlinguer, el extinto Secretario General del Partido Comunista Italiano, escribió pocas semanas después del 11 de septiembre de 1973 su famoso ensayo "Consideraciones sobre los acontecimientos de Chile", en el que formuló una estrategia nueva para el partido Comunista italiano —el más importante de occidente— que lo inspiraría durante un decenio y que, más allá de coyunturas tácticas, pareciera seguir siendo el eje central de su visión de largo plazo. Diversas fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana resolvieron emprender con más decisión aún que antes de 1973, vías opuestas a la que Allende sostuvo para Chile. En algunos, la experiencia chilena pareció inducir tendencias a la cautela y a la prudencia política. En otros, el fracaso del llamado "pacifismo" de la vía, incitó a una radicalización de las perspectivas. Empero, la mayoría reivindica lo esencial del mensaje y busca nuevos caminos que puedan hacerlo realidad.

Pero, más allá de las diversidades, Allende es inspiración para todos los que postulan una sociedad más democrática y más justa. Allende es el socialista que se hizo patrimonio común, que pertenece a Chile.

Es esta una categoría que va asociada a una real proyección histórica. En la vida del país ninguna de las figuras políticas que trascienden hasta hoy por su pensamiento o su obra fue unánimemente reconocida en su tiempo. Más bien fueron duramente combatidos por sus adversarios. Los "grandes chilenos" del siglo XIX fueron hombres cuya vida estuvo marcada por la lucha, la polémica, y el dramatismo: O'Higgins y Carrera en la época de la Independencia, Portales en la primera mitad del siglo y Balmaceda en la segunda. La perspectiva que da el tiempo, permite juzgarlos hoy con un cristal diverso y la historia los incorpora como un patrimonio común que asume la nación entera. No hay, ni podría haber una interpretación unánime sobre la dirección de su obra, su intencionalidad y consecuencias. Pero son indiscutiblemente "nacionales".

Cuando se haga el balance del siglo XX Allende será el socialista que es "nacional", que pertenece a todos los hombres libres de su tierra.

"Allende es inspiración para todos los que postulan una sociedad más democrática y más justa. Allende es el socialista que se hizo patrimonio común, que pertenece a Chile".

HOMENAJE A LA MEMORIA DE SALVADOR ALLENDE

Sergio Bitar. Ex-Ministro del Gobierno Popular. Discurso Universidad Central de Venezuela, Caracas, 26-VI-1978.



Es un honor expresar hoy unas palabras en nombre de la Unidad Popular al conmemorarse los 70 años del nacimiento de su más grande dirigente.

Servir la memoria de Allende es poner en vigencia sus ideas para nuestra lucha de hoy e inspirarnos en sus ideales para construir nuestro proyecto futuro.

La trascendencia de la obra de un hombre se mide por su permanencia en el tiempo y por la amplitud y resonancia universal de sus ideas y acciones. En ambos planos la imagen de Allende se agiganta. Sin duda, la figura de Allende será la más importante de la historia de Chile en el siglo XX. La magnitud del intento de transformación profunda, la alta movilización social que desata, la elevada conciencia de los trabajadores que le acompañan, su profundo arraigo a los valores democráticos y el compromiso social y moral por la causa de los pobres son elementos únicos.

Entre los chilenos quedará siempre grabada, por encima de las diferencias ideológicas, la personalidad consecuente y recia de un hombre que luchó siempre por los

pobres, sin flaqueza, sin derrotismo, aún en los peores momentos, y que culminó entregando la vida por sus ideales.

Carácter Universal de la figura de Allende

La figura de Allende es universal. La resonancia de sus tres años de gobierno no tienen parangón en la historia de Chile y escasamente en América Latina, ¿por qué esa resonancia? El proceso chileno de la U. P. tiene vigencia tanto para países del Tercer Mundo como para países desarrollados. Expresó los anhelos y realidades de muchos pueblos. Para los países pobres, Chile fue el ejemplo de una economía subdesarrollada y dependiente que emprendía con originalidad la misión de controlar sus medios de producción estratégicos, redistribuir el ingreso y reorientar la economía para satisfacer las necesidades de los más pobres.

Para los países desarrollados, Chile mostraba cómo se podía avanzar al socialismo con una institucionalidad madura y una estructura social compleja, que se asimila a la de países de Europa Occidental.

El intento de transformación económica y social desde

dentro de la institucionalidad democrática atrae y atraerá la atención de los movimientos progresistas del mundo.

Sin duda, lo que concitó y concita el mayor interés es el intento de Allende por conciliar Socialismo y Democracia, y la lucha por construir una nueva sociedad sin sacrificar ningún derecho democrático; por el contrario, ampliándolos permanentemente.

Fuerza del Proyecto que encabezó Allende

La fuerza del proceso que encabezó Salvador Allende ha sido aplacada temporalmente. Para revitalizarla en el futuro tenemos que explorar cuál ha sido la fuente de esa fortaleza.

En primer lugar, Salvador Allende encarnó la síntesis entre Democracia y Socialismo. El socialismo es liberación y sólo lo entendemos como un desarrollo superior de los derechos políticos que alguna vez alcanzó el pueblo chileno, sin retrocesos. La democracia nunca fue un don generoso de las clases dominantes sino una conquista dura y prolongada de los trabajadores. Y esos derechos políticos los valoramos en toda su magnitud y nuestra lucha de hoy es por reconquistarlos.

Pero a su vez, la democracia no puede profundizarse si la propiedad está en pocas manos, si el ingreso está fuertemente concentrado, si la economía está controlada desde el extranjero y si el pueblo está marginado de toda participación. El socialismo desarrolla la democracia. Democracia y Socialismo están íntimamente vinculados. Esta es nuestra idea-fuerza. Con esta convicción luchamos.

En segundo lugar, Salvador Allende luchó por conformar un amplio bloque social, capaz de transformar democráticamente la sociedad.

Nuestra tarea es proseguir ese camino. Es preciso comprender la complejidad y eficacia, superando concepciones simplistas, dicotómicas, encerradas en esquemas excluyentes.

Un bloque social amplio supone integrar a los vastos estratos medios y ser capaces de representar sus intereses de obreros y campesinos. No está allí la contradicción principal.

Además, un bloque social amplio exige incorporar a vastos sectores cristianos progresistas y realzar en el proyecto democrático y socialista los valores cristianos de justicia, igualdad y la enorme fuerza del compromiso personal y la fe para movilizar a un pueblo.

La Unidad Popular culminación de un proceso y base para el futuro.

La Unidad Popular fue la culminación de un proceso de convergencias. Fue más que el Frente Popular del 1938, por

cuanto su proyecto tenía carácter socialista. Fue más que el Frente del Pueblo de 1952 y más que el Frente de Acción Popular de 1958 y 1964. Sumó más fuerzas, atrajo nuevos sectores y conformó un proyecto político autónomo.

Hoy debemos avanzar hacia una nueva etapa, inspirados en esos criterios. La Unidad Popular, como alianza política, reflejaba la situación de 1970. Debemos superarla. Pero superarla no significa desarmarla. Una nueva organización política debe partir de lo que tenemos, y surgirá de la maduración de nuevas ideas y de la acumulación de nuevas fuerzas. La nueva alianza política surgirá como una fase de unidad y amplitud superiores, no como un acto voluntario, como si un simple cambio de nombre transformara el contenido.

Sin embargo, para recoger las enseñanzas del presidente Allende, debemos actuar con originalidad, fomentando y apoyando nuevas formas de organización y lucha populares. Existen elementos nuevos que de no ser entendidos se sobrepondrán a los esquemas antiguos. Los sindicatos son una nueva realidad y están cobrando una fuerza y una autonomía desconocidas. El rol de la iglesia y su efecto sobre todos los chilenos democráticos y progresistas no es algo pasajero. La entrega y compromiso individuales, como lo atestiguan las huelgas de hambre, son niveles superiores de conciencias no vistos antes.

Un Proyecto Propio

La Unidad Popular alcanzó su significación en cuanto encarnaba un proyecto político propio de las fuerzas progresistas. Esta fue una línea sostenida por los partidos populares por largos años. El futuro también exige de un proyecto propio con metas socialistas. Pero si bien ese proyecto debe expresar básicamente los intereses de los obreros y de los pobres del campo y la ciudad, también debe integrar a grupos sociales más diversos, en particular a las llamadas capas medias.

Debemos superar las insuficiencias que en el pasado llevaron a confundir proyecto político propio con proyecto político aislado o excluyente, en oposición frontal con el de otras fuerzas democráticas. Tampoco significa descartar alianzas para objetivos específicos. La contraposición de esquemas ideológicos o doctrinarios excluyentes rigidizó enormemente en el pasado del cuadro político chileno, impidiendo acometer acciones comunes con la gran mayoría del país. Aislarse en torno a posiciones maximalistas, que no comprendan la realidad, nacional y continental y que conciban un proceso desvinculado de las masas y formas de lucha no preparadas para la etapa actual, sería un grave error y provocaría una división de las fuerzas de izquierda.

Más grave y errado aún sería el sumarse subordinadamente a un proyecto político que, si bien democrático, pre-

“Unidad, socialismo en democracia, amplio bloque social, proyecto propio son las líneas estratégicas que Allende, con gran intuición, prosiguió toda su vida”.

tende perpetuar, con modificaciones marginales, las bases económicas y sociales del sistema chileno actual.

Esta suma simple no tiene destino. Un proyecto propio significa buscar el acuerdo y la conformación de un bloque social amplio, como meta estratégica, explorando las alianzas necesarias en cada fase, pero excluye la simple agregación, sin perfil propio, a un proyecto distinto.

Tampoco se puede desconocer que esta estrategia es una de las contempladas por los centros políticos del capitalismo internacional.

Hoy el País vive con máxima vulnerabilidad

El país vive hoy día su situación de máxima vulnerabilidad en la historia. Sus cimientos como nación están minándose.

La economía no tiene capacidad de crecimiento, salvo en cuanto sea recuperar los niveles anteriores al golpe militar.

Las nuevas inversiones son prácticamente inexistentes. Fluye a Chile sólo un capital especulativo, altamente volátil, cuyo destino es aprovecharse del mercado financiero montado por los 4 o 5 grupos económicos que hoy gobiernan Chile.

La industria está siendo desmantelada.

Las llamadas reservas internacionales son una falacia. El endeudamiento externo supera hoy los 5000 millones de dólares y el grueso es de corto plazo, capital especulativo. Parte de esas nuevas deudas se depositan en bancos externos: tales son las reservas, deudas nuevas.

El aparato estatal ha sido desmantelado. El trabajo acumulado por décadas por todo el pueblo ha sido revertido a unos pocos grupos.

Poco queda de los instrumentos del Estado para impulsar la economía, invertir y crecer.

El capital humano se deteriora a diario, tanto por la miseria y el hambre de un gran número de niños, como por la incesante emigración de médicos, ingenieros, arquitectos, abogados, profesores, científicos, artistas, técnicos, empleados y obreros especializados.

El aislamiento internacional jamás llegó a ser tan peligroso para la seguridad de la nación.

El desprestigio moral de los máximos exponentes de la junta militar, por su participación en los desaparecimientos y los asesinatos de Orlando Letelier y del general Prats y el atentado a Bernardo Leighton, los afecta inexorablemente. Quien siembra vientos, cosecha tempestades. La justicia caerá sobre ellos más temprano que tarde.

No hay salida viable sin amplio consenso, desde ahora

No hay salida a esta situación sin un amplio acuerdo y una férrea unidad. Ningún gobierno que carezca de un vasto apoyo puede enfrentar la situación que se avecina.

Un modelo económico que sólo se sostiene con la represión, a la menor apertura política se desplomará. Es extremadamente vulnerable a la percepción de "seguridad" por parte de los grandes propietarios.

La deuda externa masiva y de corto plazo será fuente de una fuerte presión sobre cualquier gobierno.

La cesantía enorme (sin incluir los emigrados) y las necesidades reprimidas irrumpirán incontenibles.

Esta situación crítica requerirá de un gran apoyo consistente a un gobierno de consenso. No deben engañarse quienes piensen que solos, aliados con una nueva derecha inventada ad-hoc y con una pseudo social democracia, también inventada, podrán marginar a la izquierda o a algunos de sus componentes. Es una tentación peligrosa para el país.

A esta situación, que probablemente enfrentemos, reaccionaremos con la seriedad y flexibilidad que exige el momento actual, pero con una unidad inamovible.

El exilio y Venezuela

Desde el exilio y hasta que podamos retomar, nuestro trabajo seguirá fortaleciendo el esfuerzo interno. Nuestras labores en el campo de la solidaridad internacional y de creación intelectual son las preferentes.

Esta tierra venezolana, que nos ha acogido y que ha compartido con honda solidaridad nuestra lucha, ha sido un estímulo enorme.

La Memoria de Allende

Unidad, Socialismo en Democracia, amplio bloque social, proyecto propio son las líneas estratégicas que Allende, con gran intuición, prosiguió toda su vida.

La mejor forma de honrar su memoria es luchar por ellas, con inteligencia, lealtad y eficacia.

Su firmeza y consecuencia en la lucha por un ideal y su entrega total, hasta la muerte, harán reverdecer sus esperanzas.

¡Compañero Salvador Allende estás presente hoy y siempre!

¡Compañero Salvador Allende con tu ejemplo venceremos!

ALLENDE, PENSAMIENTO MASONICO

Raúl Carmona Soto. Médico veterinario, catedrático de la Univesidad de Chile; actualmente Coordinador y Planificador del Instituto Agrario Nacional de Venezuela y asesor de la Secretaría Agro-industrial de la Federación Campesina de Venezuela.



Salvador Allende proviene de una familia masónica, ya que su padre, Salvador Allende Castro, de profesión abogado, militante del Partido Radical, perteneció a la Masonería. Pero tal vez el que ejerció una mayor influencia en su personalidad masónica, política y profesional fue su abuelo, el Dr. Ramón Allende Padin, quien era apodado en su época como "el rojo Allende", a lo que él respondía: "no me importa que me llamen así si mis ideas están al servicio del pueblo". En una oportunidad, Salvador Allende expresó lo siguiente: "Quiero ser como mi abuelo Ramón. Abrazaré la Medicina para servir a los humildes, a los necesitados".

Este deseo expresado por él, fue más allá del campo profesional, al campo político, al campo masónico y al campo social. Por esta razón, cabe decir algunas palabras de Ramón Allende Padin que fuera el séptimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, nacido el 9 de marzo de 1845, en Valparaíso.

Realiza sus estudios humanísticos en el Instituto Nacional, el mismo en que estudiara, más tarde, su nieto Salvador.

Ingresa a la Universidad de Chile para cursar sus estu-

dios de Medicina y Cirugía y obtiene el mismo título que posteriormente alcanzara su nieto.

En 1868, Ramón Allende Padin ingresa a la Masonería en la Logia *Aurora* No. 6, de Valparaíso. Funda la primera escuela laica en Chile y fue el primer Presidente del directorio de la misma, llamada "Blas Cuevas".

Preparó un compendio de moral sin fundamento religioso.

Ardoroso defensor contra los ataques clericales y conservadores que entonces se dirigieron a la escuela masónica.

Promueve las conferencias populares en Valparaíso, donde asisten los obreros para su preparación en el saber humano.

Fue venerable Maestro de la Logia "Aurora" No. 6 durante los años 1871, 1872, y 1873.

Se traslada a Santiago y se incorpora a la Logia "Justicia y Libertad" No. 5 y es designado orador adjunto de la Gran Logia de Chile. En Santiago, estableció las conferencias populares sobre todos los ramos del saber humano y los obreros acudieron en gran cantidad a recibir las enseñanzas.

Por inspiración de Allende Padin, la Logia "Justicia y

Libertad" No. 5 funda el periódico "Guía del Pueblo", en 1874.

Promueve la fundación de bibliotecas populares, reuniendo fondos en las Logias de Santiago y Valparaíso.

En el campo político, Ramón Allende Padin, militante Radical, fue diputado electo por Santiago, en 1876, y elegido senador por Atacama, provincia del norte del país, en 1884.

Sirve gratuitamente la superintendencia del servicio sanitario en la camapaña del Pacífico, por lo cual abandonó su asiento en la Cámara de Diputados.

La sensibilidad social que animaba a su espíritu, atendía con cariño y lejos de lucrar con las dolencias del desvalido, dejó, en mil ocasiones, junto con la receta, el valor de las medicinas.

En Junio de 1884 la Gran Logia de Chile lo designa Gran Maestro, cargo que ocupa hasta el 14 de octubre de ese mismo año, fecha en que deja este mundo para pasar a decorar el Oriente Eterno, ya inmortalizado por su obra y generosidad.

En resumen, el abuelo de Salvador Allende se destacó por ser un distinguido médico, gran filántropo y fundador de escuelas, promotor del progreso de las instituciones políticas, secularizador de las conciencias y servidor abnegado de la Patria.

Es indudable que la vida profana y masónica de Ramón Allende Padin, ejercieron una fuerte y decidida influencia sobre su nieto Salvador, quien abrazara, al igual que su abuelo paterno, la institución masónica, la profesión de médico y la política inspirada en el bienestar social del pueblo.

El pensamiento masónico de Salvador Allende tiene una raíz importante y trascendente en la figura señera de Ramón Allende Padin.

Salvador Allende G. se inicia en 1938 en la Logia *Progreso* No. 4 de Valparaíso, con la más profunda convicción —como dijo esa noche— en esta institución progresista, universalista y humanitaria por esencia. Ya tenía sólidos principios masónicos inculcados en el seno de su hogar. Posteriormente, por razones de su activa vida profana en el campo político y profesional de la capital se afilia a la Logia *Hiram* No. 65, de Santiago, permaneciendo en la Masonería por espacio de 35 años.

Salvador Allende, siendo Presidente de la República, mientras hacía sus visitas a las provincias del país, nunca

dejaba de asistir a los Talleres masónicos. Estas visitas, realizadas a las distintas Logias del país, tenían la finalidad de estar en contacto permanente con sus hermanos e informar su gestión como Primer Mandatario de la Nación. Por esto mismo, en varias oportunidades tuvimos la suerte de compartir una tenida con él. Pero, la que recordamos con más emoción fue cuando en 1971, ya Presidente, hace entrega de un cuadro al óleo de su abuelo, masón como él, Ramón Allende Padin a la Logia "Aurora" No. 6, de Valparaíso, donde como decimos, recibió la luz masónica en 1868, siendo posteriormente su Venerable Maestro por tres períodos consecutivos.

En visita de Salvador Allende a Colombia, en su calidad de Presidente de la República, aprovecha la oportunidad, como lo hacía en todos sus viajes, de visitar la Gran Logia de Colombia, el 28 de Agosto de 1971. En esa ocasión expresa "que en la Orden Masónica no había ni jerarquías sociales ni fortunas, y siendo esto así, su contribución al gran proceso de renovación en este Continente debe ser persistente. Unica manera de liberarnos de la humillante sujeción que económicamente se vive en estos pueblos llamados subdesarrollados".

El 30 de noviembre de 1972, Salvador Allende Gossens, visita la masonería mexicana, donde es recibido por el Gran Maestro Jorge A. Hernández Montes, miembros de la Logia "Benito Juárez" No. 48 y otros distinguidos masones con quienes reafirmó su convicción de luchar sin tregua por el advenimiento de una sociedad más justa, más libre y fraterna.

La Logia "Benito Juárez" No. 48 le entregó la Medalla de Oro Año de Juárez al ilustre masón Salvador Allende Gossens, Presidente de Chile.

Salvador Allende Gossens al agradecer, expreso "la decisión de unirse más en la búsqueda de una íntegra justicia social para lograr la felicidad de los pueblos y encontrar el mejoramiento de las masas".

Allende tenía plena conciencia de que la Orden no es una secta ni un partido y que al desbastar el hombre la piedra bruta, los prepara para actuar en un mundo profano y es obligación de los masones actuar en él sobre las bases de los principios permanentes de la Masonería de justicia social, libertad, paz, progreso y bienestar.

Salvador Allende recordaba, con especial añoranza, la noche de su Iniciación, de su ingreso a la Masonería en 1938, cuando oyó por primera vez en el ritual, que los hom-

Disuelven la Logia Masónica a la que Pertenecía Salvador Allende

SANTIAGO DE CHILE, 24 (EFE). — La logia masónica "Hiram 65" a la cual perteneció el ex presidente Salvador Allende, fue suspendida en sus derechos masónicos para discutir problemas políticos. La decisión fue adoptada por el Gran Consejo de la Gran Logia de Chile, según se supo hoy.

De acuerdo a las escuetas informaciones logradas, la Logia habría planteado posiciones críticas frente a la actual situación político-gubernamental e intentado que otras logias adoptaran posiciones frente a lo que ocurre en el país.

bres sin principios y sin ideas arraigadas, son como las embarcaciones que, roto su timón, se estrellan contra los roqueríos.

Su idea sobre la tolerancia estaba muy clara y la hacía valer tanto en sus principios masónicos, como en sus principios políticos. Es así como en más de una oportunidad expuso su pensamiento al respecto, a pesar que muchas veces, por este motivo, fue incomprendido en el partido. Muchas veces en los Congresos del Partido Socialista —que fundara nada menos que un ex Gran Maestro de la Masonería Chilena, Eugenio Matte Hurtado, y varios miembros de la Orden— se planteó la absurda incompatibilidad entre ser masón y ser socialista. Pero Salvador Allende sostuvo este derecho. Manifestó públicamente en esos Congresos, que si se planteaba esa inconsecuente incompatibilidad, dejaría de ser militante del Partido Socialista; de la misma manera que sostuvo que el día en que la Orden planteara la incompatibilidad entre su idea política y ser masón, dejaría los Talleres, convencido que la tolerancia no era una virtud practicada. Supo sortear esta realidad, y ofreció a sus Hermanos una vida leal a los principios de la Masonería, dentro de la Orden y en el mundo profano.

Sostenía que no puede haber igualdad cuando unos pocos lo tienen todo y tantos no tienen nada. Pensaba que no puede haber fraternidad cuando la explotación del hombre por el hombre es la característica de un régimen o de un sistema.¹ Porque la libertad abstracta debe dar paso a la libertad concreta. Por eso luchó. Sabía que era dura la tarea y tenía conciencia de que cada país tiene su propia realidad y modalidad, su propia historia e idiosincrasia, y respetaba, por cierto, las características que dan perfil propio a cada nación y con mayor razón a las de este Continente.

Allende dio siempre muestra que su calidad de masón iba a la par con su calidad de hombre político. Y ningún ejemplo más elocuente que en la oportunidad de los funerales del ex Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Aristóteles Berlendis Sturla. Como Presidente de la República fue el primero en llevar la urna de tan ilustre Hermano, junto al Gran Maestro de la Gran logia de Chile, René García Valenzuela.

Nunca tuvo reparos en expresar su pensamiento y los principios de la Orden. En casi todos sus discursos, con audiencia de todos los credos y todas las clases sociales, se advertía su formación masónica. En el discurso del Estadio Nacional, el 5 de noviembre de 1970, frente a la libertad, expresaba: "Libertad para la expansión de las fuerzas productivas, rompiendo las cadenas que hasta ahora han sofocado nuestro desarrollo. Libertad para que cada ciudadano, de acuerdo con su conciencia y sus creencias, aporte su colaboración a la tarea colectiva. Libertad para que los chilenos que viven de su esfuerzo obtengan el control y la propiedad social de sus centros de trabajo".

Simón Bolívar, masón también, intuyó para Chile que: "si alguna república permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de la libertad". Allende agregaba: "Nuestra vía chilena será también la de la igualdad. Igualdad para superar, progresivamente, la división entre chilenos que explotan y chilenos que son explotados. Igualdad para que cada uno participe de la riqueza común de acuerdo con su trabajo y de modo suficiente para sus necesidades. Igualdad para reducir las enormes diferencias de remuneración por las mismas actividades laborales. La igualdad

es imprescindible para reconocer, a todo hombre, la dignidad y el respeto que debe existir".

El 30 de agosto de 1971, en su discurso en el Congreso de Colombia, manifestaba: "Hemos asegurado la libertad de reunión, libertad de asociación, libertad de prensa, libertad de pensamiento y el respeto irrestricto a todas las creencias. Sobre esa base marchamos con la decisión de convertir la libertad abstracta en una libertad concreta que la sienta y la viva, que la comprenda y la defienda el pueblo. En democracia, pluralismo y libertad, caminamos con decisión a construir en Chile una nueva sociedad".

De ello se desprende que la actuación de Allende como masón y político estuvo siempre signada, en la palabra y en la acción, bajo su formación masónica. Y esta formación, inspirada por la Orden, la mantuvo durante toda su vida, hasta el instante supremo.

Salvador Allende G., político

El pensamiento político de Salvador Allende tuvo varias vertientes, que convergieron a formar su recia personalidad. Está la figura de su abuelo Ramón Allende Padín, el médico, el masón y político de ideas avanzadas y con gran sensibilidad social.

Los acontecimientos que ocurrían en esa época en el plano internacional, como la Primera Guerra Mundial y la revolución de la Unión Soviética. Los acontecimientos que se desarrollaban en su país, como la persecución y atropellos que sufrían la clase trabajadora. Y la influencia que ejerce, en su adolescencia, a los 14 y 15 años, ese modesto zapatero anarquista Juan Demarchi, de gran cultura, que le va explicando los temas políticos, como la injusticia social, las persecuciones, las guerras, la cesantía, la odiosa división de los seres humanos entre muy ricos y muy pobres. Le habla del proletariado, de sus luchas, de su organización, de los grupos reaccionarios y los partidos de avanzada, de sus ideales, de los reales enemigos de Chile y de los verdaderos patriotas. Estas largas conversaciones, más los libros que Demarchi le prestaba, encontraron en el alma receptiva y llena de inquietudes del joven Salvador, un excelente campo de cultivo.

Su deambular por los cerros de Valparaíso van despertando su conciencia social al ponerse en contacto con el pueblo, al conocer sus necesidades, la falta de alimentación, el analfabetismo, la vivienda deficiente e insalubre, los insuficientes servicios, la promiscuidad, etc.

Este conjunto de hechos sociales lo motivan y promueven a consolidar una posición política de lucha junto al pueblo, junto al trabajador, hasta constituirse en uno de los fundadores del Partido Socialista, el 19 de abril de 1933, junto a figuras relevantes del nuevo partido, como Eugenio Matte Hurtado, Gran Maestro de la Masonería Chilena, los masones Marmaduke Grove, Eugenio González Rojas y Oscar Schnake.

El Partido Socialista, decía Schnake, "nace como una necesidad y por eso es recibido como el partido del pueblo. Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile".



Allende concurre a la fundación del Partido Socialista chileno en Valparaíso, donde va ocupando los diferentes cargos hasta alcanzar, a nivel nacional, el máximo galardón partidario, el de Secretario General. Corría el año 1934. Su carrera política sufrió vaivenes particularmente cuando el hombre abraza los principios y doctrinas de un partido de la clase trabajadora, con la consecuencia de sus postulados. Sufre relegación al pueblo minero de Caldera. Recibe sentencia de la Corte Marcial por sus actitudes en defensa del pueblo. Pero estos sacrificios y otros largos de enumerar, reciben el apoyo y fervor populares, que se cristaliza con su elección de diputado y senador, perteneciendo al Congreso de Chile por espacio de 27 años. Legisla en bien del pueblo y la clase trabajadora, sostén ideológico de su quehacer político.

Postuló cuatro veces a la Presidencia de la República y, finalmente, la cuarta, es elegido para el máximo cargo.

Tales fueron los grandes trazos de su larga marcha hasta conquistar la victoria electoral en 1970. Un solo camino transitado con obstinada perseverancia, animado por el fuego de un ideal interiorizado en su conciencia y en su corazón.

Salvador Allende G., gobernante

Salvador Allende fue elegido Presidente de la República el 4 de septiembre de 1970. No habiendo obtenido una mayoría absoluta y de acuerdo a la Constitución que regía los destinos del país, era necesario que su elección fuera ratificada por el Congreso Nacional, hecho que se realizó el 24 de octubre del mismo año. A pesar de que las fuerzas reaccionarias y fascistas habían asesinado, como una forma de frenar el proceso libertador al general René Schneider, Comandante en jefe del Ejército² la madurez democrática del líder del Partido Demócrata Cristiano Radomiro Tomic, permite el apoyo en el Congreso al Presidente electo y así llega a la Presidencia el 4 de noviembre en el año de su elección.

Allende fue apoyado por un bloque político de avanzada, que formó la Unidad Popular, integrada por un pluralismo político e ideológico, en el cual habían confluído las diferentes tendencias, como la laica, cristiana y marxista, para trabajar por el bien del pueblo tantas veces postergado y relegado en sus verdaderas aspiraciones sociales, económicas y políticas.

Estos partidos estaban unidos por un programa de gobierno, cuya acción se centraba en los siguientes aspectos más importantes:

Reforma Agraria, expropiación del latifundio improductivo; matrícula gratuita, libros, cuadernos y útiles escolares, sin costo para todos los niños de educación básica; medio litro de leche diaria para todos los niños para aminorar la desnutrición crónica; eliminación del analfabetismo; política internacional dirigida a afirmar la plena autonomía política y económica de Chile; garantizar el ejercicio de los derechos democráticos y respetar las garantías individuales y sociales de todo el pueblo. También la libertad de conciencia, de palabra, de prensa y reunión.

El programa determinó, en la parte económica, la existencia de tres áreas de acción: a) *Área privada*, integrada por capitales exclusivamente privados; b) *Área mixta*, donde se produce la confluencia de capitales del Estado y privados;

c) *Área de la propiedad social*, que generaría la transformación de la economía, la cual estaría en las manos del Estado, con la expropiación de la Gran Minería del Cobre, salitre, yodo, hierro, carbón mineral; el sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros; el Comercio Exterior, las empresas y monopolios de distribución; y los monopolios industriales estratégicos.

Chile iniciaba así el lento y difícil camino hacia el socialismo, mediante la aplicación de un programa de gran contenido social y económico, cultural y político, cuyo principal norte era sacar al país del subdesarrollo y alcanzar la independencia económica.

Los padres de la Patria tuvieron la gran responsabilidad de independizar a estos países latinoamericanos del colonialismo³ pero ahora correspondía conquistar la independencia económica.

Allende fue, como gobernante, como político y como masón, consecuente con sus principios y su pensamiento al tratar de concientizar sus principios, en la palabra y en la acción, en un programa de Gobierno de bienestar social.

Su gobierno se caracterizó por ser democrático, pluralista en lo ideológico y lo político, de amplias libertades, de creencia, de prensa, de pensamiento y de expresión; pero es derrocado por dar cumplimiento a un programa de contenido económico y social. Para mejorar las mayorías, debían tocarse indudablemente los intereses económicos de monopolios y transnacionales.

La Masonería puede y debe cumplir un rol importante en los países latinoamericanos, poniendo en práctica el rigor de sus principios, proyectándolos con decisión al mundo profano mediante la preparación de sus miembros y los instrumentos de que dispone. Este llamado debe ser escuchado, antes que sea demasiado tarde, por la explosión social que se está generando en América Latina. Demasiado son los ejemplos que golpean a diario los medios de comunicación; los casos más patentes están en Centroamérica y en el Cono Sur; pero ninguna solución se plantea con un verdadero sentido social, económico y político. Esto debe llamar a la reflexión para que la Orden, a través de la Confederación Masónica Interamericana⁴, exprese su opinión sobre los acontecimientos que aquejan a Latinoamérica y entregue su aporte decidido, eficaz y verdadero a tan extrema y dura situación.

El legado de Allende

El Presidente constitucional de Chile, Salvador Allende es el símbolo de la lucha de los pueblos por su liberación nacional. Su vida y su obra son, sin duda, el testimonio más lúcido y generoso de entrega a la defensa de los valores fundamentales del hombre.

Como Chileno, como auténtico patriota, como masón y socialista, Salvador Allende deja una lección inolvidable en la conciencia de todos los pueblos subyugados y en todas las generaciones que anhelan la verdadera independencia de sus pueblos sometidos, de luchar sin pausa ni tregua, entregando la propia vida si fuese necesario, por establecer territorios de dignidad, de soberanía, de libertad y de democracia.

Nunca como entonces quedó en mayor evidencia la raíz brutal de la penetración imperial, la base siniestra del pensamiento retrógrado y conservador, ni nunca como en-

tonces quedó más en descubierto el odio al progreso y al pensamiento liberalizador. 35 mil muertos, 1,200.000 exiliados, 2,500 desaparecidos, miles de hogares destruidos, cesantía, atraso y destrucción jamás conocidos en el desarrollo histórico de Chile quedan como testigos elocuentes y dramáticos del establecimiento de la fuerza, el atropello y la iniquidad.

Pocas veces los principios de la Masonería tienen un mejor abanderado que en el Presidente Allende. La lucha por el bienestar de las mayorías nacionales; por terminar con la explotación de grandes contingentes de trabajadores honestos; la defensa de la dignidad humana al buscar el ejercicio pleno de la vida, asegurando la educación, la salud y el trabajo; el perfeccionamiento de valores éticos a través de niveles dignos de subsistencia capaces de garantizar la familia y las células básicas de la sociedad; el respeto al ejercicio plural del pensamiento constituyen algunos de los principios fundamentales, hondamente masónicos también, por los cuales luchó en su vida el Presidente Allende. En la medida en que los masones se acercan a las bases mismas de la masonería se desarrolla, sin duda, esa alianza con la decisión de luchar por la justicia, la libertad, la paz y la democracia.

Desde sus días iniciales, la Masonería es testimonio de lucha denodada, frontal y pujante. Toda la historia de América Latina está llena de figuras ilustres que bebieron en los talleres masónicos esa vocación irrevocable de trabajar por el advenimiento de una sociedad libre e independiente. Los que se apartan de esta tarea y de ese mandato masónico, están oscureciendo el papel fundamental de la Orden Masónica, procurando vanamente arrastrarla a estadios superados de atraso y conservadurismo.

Con el Hermano Allende la Orden se estremece y siente que uno de los suyos es capaz de darle la fuerza y el vigor que a veces suele perder bajo el peso de inconsecuencias repetidas.

Con el Hermano Allende están, pues, la fidelidad a los principios básicos de la Orden, el espíritu de lucha en defensa de la justicia social y la liberación nacional y el propósito irrenunciable de trabajar sin desmayo por el advenimiento de una sociedad mejor, más justa, más humana. Su nombre es, por ello, también, un nombre de esperanza y fe en los días que vienen para Chile, para América Latina y para los pueblos que anhelan vivir en democracia, pluralidad, paz y libertad.

Conclusiones

El Hermano Salvador Allende es el símbolo de la lucha de los pueblos por su verdadera independencia.

Los principios fundamentales de la Masonería encuentran en él a uno de sus más esclarecidos y lúcidos intérpretes. La lucha contra la explotación del hombre por el hombre; la lucha por la dignidad y el acceso a los bienes fundamentales de educación, trabajo y salud; la defensa intransigente de los recursos básicos del país, constituyen, sin duda, en él los signos más relevantes de su vida, plenamente ajustados al auténtico quehacer masónico.

El Hermano Salvador Allende es el testimonio más alto de la entrega verdadera a trabajar por el advenimiento de una sociedad más justa, más humana, más libre, más democrática.

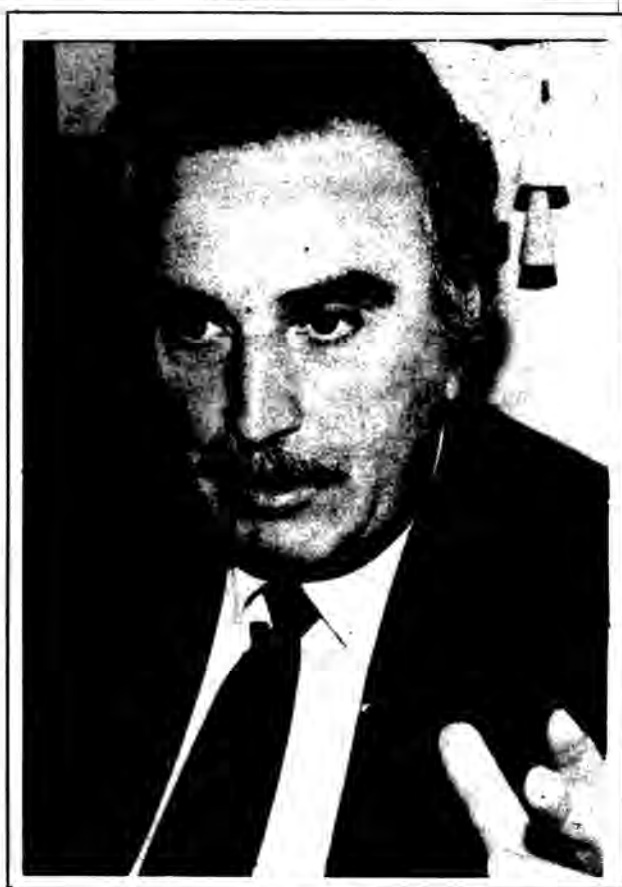


NOTAS

1. En la Declaración de Principios de la Franc-Masonería se aceptan "los postulados de Libertad, Igualdad y Fraternidad y, en consecuencia, combate la explotación del hombre por el hombre, los privilegios y la intolerancia". En la misma Declaración se exige, de parte de todos sus adeptos una contribución indispensable al mejoramiento de la colectividad y un ejercicio útil al progreso moral, intelectual y material de la sociedad.
2. El general Schneider fue asesinado el 28 de octubre de 1970 por un comando de extrema derecha integrado, entre otros, por el general Roberto Viaux.
3. Los venezolanos Simón Bolívar, Francisco de Miranda y Simón Rodríguez; los chilenos Bernardo O'Higgins, José Cortés de Madariaga, Manuel José de Salas, Juan Antonio de Rosas, Gregorio Argomedo, Juan Antonio Rojas y José Manuel Carrera; los granadinos Antonio Mariño, Francisco Antonio Zea, José María Vergara y Lozano; el gaditano Francisco Izardí; los quiteños Carlos Montúfar, Vicente Rocafuerte y Juan Pío del Montúfar, los peruanos Pablo de Olavide, José del Pozo y Sureda y Bernardo Monteagudo; el mexicano Servando Teresa de Mier; el centroamericano José Cecilio del Valle; el cubano Pedro José Castro y los argentinos José de San Martín, Carlos María Alvear y José María Zapiola, todos ellos masones, lucharon por la independencia política de sus pueblos, haciendo realidad los principios de la Masonería.
4. La Confederación Masónica Interamericana agrupa a todas las grandes Logias de América Latina y fue constituida en Montevideo, en abril de 1947 precisamente para luchar, en forma coordinada y armónica, por el establecimiento práctico de los principios libertarios y progresistas de la Masonería en el continente. Hasta 1980 se habían realizado 11 reuniones.

ALLENDE: ANTE TODO SOCIALISTA

Edgardo Condeza. Médico especialista en salud pública. Destacada personalidad del Partido Socialista de Chile.



Durante los años del gobierno de la Unidad Popular y con posterioridad a su muerte, la figura de Allende se agiganta. Sus características personales, su decisión, heroísmo y consecuencia fueron suficiente mérito como para constituirse en uno de los más grandes revolucionarios de la historia de nuestra América Latina.

Pero, además de la riqueza y el valor de su personalidad, la grandeza de Allende está en que él es causa y efecto, simultáneamente de uno de los procesos contemporáneos más interesantes del continente, intérprete de las aspiraciones más sentidas de los pueblos del tercer mundo.

Allende fue, ante todo un socialista.

Constató la incapacidad del sistema capitalista de dar bienestar material, justicia y felicidad a las grandes mayorías de nuestros pueblos.

El 5 de noviembre de 1970 al asumir la presidencia de Chile explicaba a su pueblo, la doble explotación que determina el atraso en que estaba sumido después de más de 150 años de vida independiente: la explotación imperialista y la

explotación interna de unos pocos hombres sobre la inmensa mayoría.

Decía:

Hemos sido los pueblos explotados. Aquellos que no existen para sí, sino para contribuir a la prosperidad ajena. ¿Y cuál es la causa de nuestro atraso?

¿Quién es responsable del subdesarrollo en que estamos sumergidos?

Tras muchas deformaciones y engaños, el pueblo ha comprendido.

Sabemos bien, por experiencia propia, que las causas reales de nuestro atraso están en el sistema.

En este sistema capitalista dependiente, que, en el plano interno, oprime las mayorías necesitadas a minoría ricas; y en el plano internacional, oprime los pueblos poderosos a los pobres; y los más costean la prosperidad de los menos.

Heredamos una sociedad lacerada por las desigualdades sociales.

Una sociedad dividida en clases antagónicas de explotadores y explotados.

Una sociedad en que la violencia está incorporada a las instituciones mismas....

“Profundamente humanista y flexible, supo apreciar y valorar las características positivas, negativas y particulares de la sociedad que el gobierno de la Unidad Popular heredara. En parte, por defender la democracia, el pluralismo y la libertad, entregó su vida. Su insistencia en el carácter constructivo y no destructivo del gobierno del pueblo, la necesidad de mantener los valores antes enumerados, están presentes en todos sus pensamientos, en todos sus discursos.”



Nunca ocultó su aspiración socialista. Nunca enmascaró su vocación revolucionaria. Tempranamente identificó la necesidad de desarrollar el Partido Socialista de Chile y de unir las fuerzas anticapitalistas.

Entendía el socialismo no como una utopía, sino como un sistema perfectamente posible de desarrollar.

Comprendía que el capitalismo fue un sistema progresivo —si se le compara con los anteriores—, pero no un sistema permanente, inherente a la naturaleza humana. De hecho constreñía el desarrollo de las fuerzas productivas.

Creía que el hombre tiene un valor de excelencia.

Sostenía que era perfectamente posible organizar racionalmente las fuerzas productivas para hacerlas servir los intereses del hombre y de su vida.

Pensaba que debían tener preeminencia los intereses de la mayoría. Era partidario de un sistema de economía solidaria y planificada. Los medios de producción, base de la economía, debían de ser de propiedad colectiva. El objetivo de esto es hacer la existencia del hombre mejor...

Concentrando y planificando el esfuerzo social en vez de la competencia, se producirá mucho más y mejor. La producción se distribuirá de acuerdo a las necesidades del conjunto de la sociedad y de cada uno, de cada familia. De este modo se solucionarán las necesidades básicas, permitiendo el desarrollo del hombre integralmente, en todas sus manifestaciones. Sólo la solución de estos menesteres permitirá una real libertad.

Era partidario de un sistema que ampliara, extendiera y perfeccionara incesantemente las libertades. Que tuviera por base la satisfacción de las necesidades tanto morales como materiales de toda la población.

El propósito de su vida fue que los chilenos vivieran más felices. Deseaba realizar una contribución a la realización de una situación aparentemente contradictoria: sobre la base de la igualdad socioeconómica, la similitud de oportunidades para todos, desarrollar armónica y plenamente las desigualdades de las potencialidades personales.

Para Allende la solución no estaba en teorías abstractas o vagas. Había que transformar radicalmente la sociedad chilena. Años antes de llegar al gobierno decía:

Rechazamos que exista otro sistema económico y político diverso al socialismo que pueda contraponerse al capitalismo ... Los sistemas económicos y sociales no se enuncian con meras fórmulas verbalistas. Se sabe hoy científicamente, que la naturaleza de ellos depende del tipo de propiedad de los medios de producción; de las relaciones de producción... No se habla "en abstracto" sino con referencia a factores muy precisos y que, en su conjunto pasan a configurar un sistema. No hay revolución sin cambio de propiedad en los medios de producción.

Consecuente con sus ideas socialistas, tenía confianza y fe absolutas en quienes debían asumir en un proceso las tareas de dirección de la nación: las clases trabajadoras, las mayorías del país. Innumerables son sus citas en relación a ello:

La transformación del régimen legal e institucional chileno no puede ser producto de la acción voluntaria de una minoría osada, sino resultado de la acción consciente y organizada de las grandes masas...

Con la seguridad y tranquilidad que tenía de ser auténtico intérprete de su pueblo sabía que podría y debía conversar los problemas y dificultades porque eran comunes y había que buscar soluciones entre todos:

Este gobierno siempre dirá la verdad al pueblo... creo que es

mi deber manifestar honradamente que hemos cometido errores... y enumeraba los problemas del momento. Nunca se ocultaron las dificultades y por eso siempre los trabajadores creyeron en su gobierno, nunca ocultó la larga y dura tarea que se avecinaba. Es un problema difícil construir la nueva sociedad. No se realiza ni en días, ni en horas, ni aún en años...

Profundamente humanista y flexible, supo apreciar y valorar las características positivas, negativas y particulares de la sociedad que el gobierno de la Unidad Popular heredara. En parte, por defender la democracia, el pluralismo y la libertad, entregó su vida. Su insistencia en el carácter constructivo y no destructivo del gobierno del pueblo, la necesidad de mantener los valores antes enumerados, están presentes en todos sus pensamientos, en todos sus discursos:

...Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro; se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas, ampliarlas.

Vamos hacia el socialismo de inspiración revolucionaria, en pluralismo y libertad. Democracia para que el pueblo —a través de sus partidos y organizaciones— tenga acceso a los niveles de nuestra existencia y política, social, económica y administrativa... Hemos asegurado la libertad de reunión, libertad de asociación, libertad de prensa, libertad de pensamiento y el respeto irrestricto a todas las creencias. Sobre esta base marchamos con la decisión de convertir la libertad abstracta en libertad concreta que la sienta y la viva, que la comprenda y la defienda el pueblo. En democracia, pluralismo.

Un 4 de septiembre de 1970, Salvador Allende obtenía el triunfo en las elecciones presidenciales. Culminaban en esa forma las luchas que por decenas de años venían desarrollando, jóvenes, mujeres y hombres, en los sindicatos, en el campo, la ciudad y las minas. En los centros estudiantiles, en los barrios marginales. Terminaba un período, empezaba otro, el de la esperanza, el de la cristalización de las aspiraciones. Se presentaba ante el pueblo chileno la perspectiva de la construcción de una nueva sociedad. De esa magnitud era nuestra tarea colectiva. Iba a significar un enorme esfuerzo. El pueblo celebró ese 4 de septiembre de 1970 con alegría, la gente se volcó a los caminos, los parques, las calles de las ciudades fueron invadidas. Mujeres, hombres, niños y ancianos bailaban, sonreían y se reían. Unos arriba de árboles o postes de la luz, para alegrarse con los sentimientos propios y observando los sentimientos de los demás, alegrarse doblemente. No hubo un sólo vidrio quebrando; ese día no se lanzó una sola piedra.

El 11 septiembre de 1973, hace ya 10 años, temprano en la mañana, las fuerzas armadas declaraban estado de guerra, guerra contra el pueblo de Chile. Guerra, cohetes, balas, cañones, bombas contra un pueblo que había querido transformar su sociedad en una mejor para todos los hombres. Estas eran las armas del imperialismo, especialmente norteamericano, de la burguesía chilena y de sus instrumentos, los militares, aviadores, policías y marinos. Había que destruir lo construido. Asesinar, torturar, perseguir, asediar. Se bombardearon radios, emisoras, el palacio presidencial, centros de trabajo, centros sindicales. Dos fechas, dos concepciones de la vida.

La una busca una existencia esforzada, generosa para construir. Humanista proletaria. Satisfacer las necesidades de carácter material y moral de todos.

La otra, torva, sórdida, siniestra, deshumanizada para defender privilegios de minorías egoístas tanto extranjeras como nacionales.

Dos formas de enfrentar la existencia, una solidaria con la humanidad.

La otra contra la mayoría de la humanidad.

Esta última es la forma como enfrenta la burguesía la vida. Una clase social que sabe que no tiene un destino histórico salvo el de desaparecer. Una clase social sin futuro, que se aferra a su poder temporal con cualquier medio. Una clase social sin principios, salvo la rapifia, la ganancia, el dominio de la minoría sobre la inmensa mayoría.

Allende quería evitar la guerra civil. Hacía mucho tiempo que no se preocupaba por sí mismo, pues, su decisión estaba tomada desde el principio de su gobierno. En diciembre de 1971 ya había dicho:

y yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me dirá.

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno Popular porque es un mandato que el pueblo me ha entregado; no tengo otra alternativa, sólo acibillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

El capital foráneo, el imperialismo, la reacción interna y las Fuerzas Armadas ejecutan el golpe militar y asesinan al presidente Allende. La dictadura impuesta en Chile es una de las más brutales de la historia de América Latina.

Y sin embargo, y aun cuando muchos de los chilenos que luchan contra la dictadura eran apenas unos niños en 1973 y no recuerdan lo que fue el Chile antes del Golpe Militar renacen con fuerza las ideas y conceptos humanistas: La violencia la ejerce la dictadura, el país protesta en forma pacífica, el pueblo pide "pan, justicia, trabajo y libertad" y se cubren las calles de marchas con letreros de "Democracia ahora". Las ideas socialistas se abren paso con fuerza y en las esquinas de las calles aparecen por las mañanas borrados sus nombres y en su lugar un papel pegado con el nombre "Salvador Allende".

El compañero presidente tenía razón cuando dijo, el 11 de septiembre de 1973 en sus últimas palabras desde la Moneda en llamas: "...me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria".

Y en la misma oportunidad ya avizoraba la realidad de hoy cuando decía:

¡Trabajadores de mi patria! Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

La vida de Allende fue la existencia de un hombre que quiso que la vida de los hombres fuera mejor, más feliz.



LOS COMUNISTAS Y ALLENDE

Luis Corvalán. Profesor y periodista. Senador y actual Secretario General del Partido Comunista de Chile.



Queremos referirnos a la figura del presidente Allende, que encabezó este proceso y que ocupará en la historia un sitio preeminente por la magnitud de su obra y su lealtad.

En relación a la orientación del gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del Partido Comunista con la política de Salvador Allende. Nuestro partido consideró, desde el comienzo hasta el fin, un asunto esencial de su política la necesidad de afirmar el gobierno del compañero Allende. Con él tuvimos siempre buenas relaciones, basadas en la amistad, la franqueza y el respeto mutuo. Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado. Se lo dijimos. De su lado, él nos expresó sus opiniones discrepantes cada vez que lo consideró necesario. Sin embargo, lo cierto es que, al margen de estas y otras diferencias, hubo una gran coincidencia en la línea gruesa, en cuanto al carácter de la Revolución, a sus etapas, a la política de alianzas, a la combinación de la presión de masas desde abajo

con la actividad del gobierno desde arriba para llevar adelante los cambios revolucionarios, a la aplicación irrestricta del programa.

La ultraizquierda acusó muchas veces a Allende de reformista. Nosotros dijimos alguna vez, que en el gobierno había rasgos reformistas. Pero esto no era lo que caracterizaba al gobierno. Era un gobierno revolucionario y lo era también gracias a su personal contribución.

Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política. Todo esto y, por qué no decirlo, su sentido de la historia y de su papel en ella, eran sentimientos tan fuertes que le daban capacidad para pasar por encima de cualquier concepción idealista a la que hubiese adherido, y lo decidían a llevar la Revolución hasta el fin.

Salvador Allende no tenía una formación marxista-leninista acabada. Pero era un hombre dispuesto a la lucha sin concesiones para que la clase obrera y el pueblo alcanzaran posiciones de Poder. En él pesaba fuertemente una es-

pina del pueblo de Chile: las traiciones de que había sido objeto aquél por demagogos burgueses, las frustraciones que había experimentado tantas veces. No vacilaba para enfrentar con coraje a los enemigos. Lo que hizo y lo que no hizo estuvo ante todo determinado por el afán de dirigir los acontecimientos con miras al acceso del pueblo al Poder. En las últimas semanas, cuando la subversión reaccionaria ponía jaque al gobierno y la insolencia de *El Mercurio*, llegaba a extremos inauditos, él sentía, por una parte, el deseo de aplastarla y, de otro lado, la impotencia en que ya se encontraba su gobierno por el deterioro de la correlación de fuerzas. Pero en esos momentos lo escuchamos exigir consecuencia a aquellos críticos de su gobierno, a los que lo habían calificado más de alguna vez de reformista, diciéndoles: "Yo no puedo, no estoy en condiciones de hacer nada contra *El Mercurio*, pero háganlo ustedes". Esto demuestra que en él primaban sus propósitos revolucionarios, su gran propósito de hacer la Revolución, por encima de las concepciones de tolerancia, a las que nunca se atiende la burguesía, pero que habían formado parte de su ideario.

Salvador Allende fue un consecuente luchador por la paz mundial, amigo del campo socialista, principalmente de la Unión Soviética, de Cuba, de Viet-Nam y de la República Democrática Alemana. Fue un campeón de la unidad socialista-comunista, de la unidad de la clase obrera y de la unidad del pueblo y fue un gran educador de las masas populares en las ideas de la transformación social. Durante un cuarto de siglo, por lo menos, con lenguaje sencillo, sembró las semillas de los grandes cambios que necesitaba el país, como la nacionalización del cobre y la reforma agraria. No fue el único. Y los partidos, ante todo el nuestro, hicimos en este sentido lo que era de nuestro deber. Pero, considerado como personaje histórico, *Nadie, después de Recabarren, ha sido un tan grande educador social.*

Su último servicio a la Revolución fue su holocausto. Le ofrecieron salvar su vida, pero no aceptó tratos con los fascistas, ni siquiera para eso. Su sangre estigmatizó para siempre a los traidores.

Tenemos en alta estima, sentimos un gran orgullo de



haber marchado por largos años en un acuerdo tan estrecho con él, en aras de asegurar el éxito del proceso revolucionario, del esfuerzo por conseguir su culminación victoriosa y lo estimamos como un gran símbolo de la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular.

"Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política".

SALVADOR ALLENDE: HEROE NACIONAL

Belarmino Elgueta. Ex-diputado del Partido Socialista de Chile. Autor de artículos y libros sobre temas políticos.



Las revoluciones victoriosas proyectan, como legado, instituciones más avanzadas a las sociedades que remecen; las revoluciones transitoriamente derrotadas a su vez dejan enseñanzas que, si se saben aprovechar, asegurarán su triunfo en el futuro, las cuales deben extraerse mediante un análisis cuidadoso de esas derrotas. Sin embargo, para que el análisis sea fecundo, no puede realizarse desde un punto de vista dogmático —como ha ocurrido predominantemente en el caso chileno entre los medios de izquierda— basado sólo en consideraciones absolutas acerca de la idea de la revolución. Por el contrario, con una posición como ésta, la apuesta está ganada de antemano, ya que es difícil, por no decir imposible, contradecir las críticas negativas. Ciertamente, dicho resultado se obtiene con el deliberado olvido de que este proceso no se inscribe en ningún arquetipo de aquellos que inflaman de entusiasmo, como la comuna de París o la revolución bolchevique, sino que corresponde a una experiencia singular y concordante con nuestro desarrollo nacional.

La única manera de analizar situaciones como la que

vivió Chile, entre 1970 y 1973, para extraer conclusiones útiles, es por lo mismo la de un punto de vista histórico, esto es, fundado en consideraciones objetivas concernientes a la experiencia misma y las circunstancias en que se desarrolló y por las cuales fue condicionada. En este sentido y en el marco de un bien entendido policentrismo, es correcto hablar de la experiencia de la Unidad Popular como una "vía chilena" al socialismo, sin confundirla por cierto con la vía pacífica en los términos en que ha sido formulada por el partido comunista.

Este proceso no fue, en efecto, el resultado de la casualidad, sino que tuvo sus antecedentes en un período de germinación. "Toda revolución opera en el medio ambiente que la ha producido y sobre los materiales que encuentra en ese medio ambiente". 'Estamos construyendo un nuevo orden', gustaba decir Lenin, 'con los ladrillos que el antiguo orden nos ha dejado...' El pasado se refracta a través de la obra innovadora de la revolución, no importa cuán audaces sean las innovaciones".¹



“Hay, en este sentido, una reiterada tendencia a mostrar al líder socialista más próximo a la política del Partido Comunista que a la de su propio partido. Nada más lejos de la realidad. Allende sostuvo siempre la política diferenciada del socialismo chileno, no sólo con su permanente militancia, sino a través de su discurso personal, aprovechando las más significativas coyunturas para hacer contar dicha congruencia”.

El movimiento popular actuó, por eso, de la única manera que podía hacerlo, de acuerdo a su propia evolución. En este sentido, corresponde también considerar a Salvador Allende, en cuanto intérprete y conductor de dicho movimiento, como producto de un doble proceso que lo condiciona: el escenario histórico y el proyecto nacional de su partido. Sólo ubicado en dicho prisma es posible juzgar su comportamiento como gobernante. Cualquier análisis que prescindiera de esta realidad objetiva no ayuda a extraer lecciones para el futuro. La vida política de Allende se enmarca, en efecto, en un período de ascenso vertiginoso de las luchas de los trabajadores, comprendido entre 1931 y 1973, que es preciso examinar —aunque sea de manera por demás somera— refiriendo particularmente este análisis al desarrollo del socialismo chileno.

Escenario histórico

Sin desconocer los antecedentes históricos que se remontan al siglo pasado, en que emerge la conciencia social de las masas, la gran crisis de 1929-1931 puso en evidencia las contradicciones del sistema capitalista y generó condiciones favorables a la perspectiva socialista. Desde la caída del general Carlos Ibáñez en el último de aquellos años, la doctrina socialista se extendió, en efecto, entre los núcleos obreros y en los sectores medios ilustrados, surgiendo diversos grupos que sostenían sus postulados y realizaban una intensa propaganda en las organizaciones obreras. Estos grupos se vincularon con el descontento existente entre los militares nacionalistas, desarrollando un movimiento revolucionario que proclamó el 4 de junio de 1932 la república socialista.

El fervor popular se extendió, y el programa de gobierno —aunque difuso— ayudó a desarrollar la conciencia revolucionaria que habrá de influir decisivamente en la izquierda. Proliferaron nuevos organismos en la base social que, junto con ofrecer su apoyo a la república socialista, exigieron soluciones concretas a sus problemas. Pero la burguesía interna y los consorcios extranjeros, apoyados por el sector oligárquico de las fuerzas armadas, dieron un contragolpe el 16 de junio del mismo año poniendo término al ensayo revolucionario.

El pensamiento socialista se expandió en el país en el lapso transcurrido entre 1931 y 1933 sin un movimiento obrero estructurado y sin un partido poderoso, capaz de orientar y conducir a las masas. En estas circunstancias, se fundó el Partido Socialista el 19 de abril de 1933 para poner fin a la crisis de dirección de la clase trabajadora. La república socialista había dado un vigoroso empuje a las multitudes desposeídas, arraigando en ellas su programa. Por eso, ella explica, a pesar de su derrota, la fundación y crecimiento del Partido Socialista.

Esta organización política ha participado, durante más de cuatro décadas, en el desarrollo del movimiento popular, aportando pensamiento y acción. Ha compartido sus triunfos y ha sido solidaria con sus derrotas, dispuesta siempre tanto a reconocer sus errores como a destacar sus aciertos. Así, ha asimilado con las masas experiencias decisivas, viviendo momentos de esperanza y desesperanza, que se repiten una y otra vez. Después de su colaboración en los gobiernos de frente popular, recuperó su impulso

revolucionario y se convirtió en oposición al sistema socio-político imperante.

El Partido Socialista ha desarrollado un proyecto nacional. Este proyecto se esbozó ya en la república socialista de 1932 y culminó en el programa básico de gobierno de 1970. Los hombres de la revolución socialista, en efecto, caracterizaron el estado de la economía del país al tiempo que afirmaron la conciencia antimperialista que se venía formando desde los días del Centenario, cuando los grandes precursores del pensamiento social promovieron resonantes controversias sobre el desarrollo nacional.

El programa de acción económica inmediata ofrecido al pueblo en 1932 expresó dicha voluntad. "Todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero", señaló, a consecuencia de lo cual la administración del crédito, el ejercicio del comercio interno y externo, el control de los salarios y el mercado del trabajo "se han escapado de nuestras manos". La situación era más grave aún. Las empresas extranjeras se habían apoderado ya de todas las actividades productivas de materias primas y una gran parte de los servicios públicos.²

He ahí el balance de una economía dependiente, caracterizada por el abismo abierto entre la prodigalidad burguesa y el pauperismo obrero.

El programa de los revolucionarios del cuatro de junio de 1932 define el carácter antinacional de la burguesía. El monopolio del comercio por las casas extranjeras —expresa— las ha llevado a ser árbitros de los precios de nuestro mercado, arma que ha sabido esgrimir para esquilmar a los productores y esclavizar a los consumidores, concluyendo con un juicio lapidario.

Nuestra clase privilegiada ha vivido embriagada con los lujos y la molición que le proporcionaba el capitalismo extranjero a cambio de nuestras riquezas naturales y de la miseria del pueblo. Por eso, en la advenediza burguesía de Chile, más que en ningún país que se diga libre, se ha evidenciado un mayor respeto por todo lo que no es nacional.³

Es el retrato hablado de la burguesía cipaya.

Fundamentos de un programa

En 1947, el Partido Socialista aprobó un programa dentro de un riguroso marco teórico, cuya fundamentación ha sido analizada en otros trabajos. En esta oportunidad, sólo queremos referirnos a la perspectiva de nuestro país proyectada por dicho documento. Después de contrastar la situación paradójica de Chile, en el contexto de América Latina, como un país adelantado en el orden institucional, pero subalterno en sus bases naturales de progreso material, afirma que esto último le impide desempeñar en la determinación de los destinos comunes la función rectora que conforme a la primera condición debiera tener.⁴

Esta situación obliga a Chile a no apartarse en la consideración de sus problemas del punto de vista continental. En el marco de la lucha por la unidad del subcontinente, el Partido Socialista postuló entonces el desarrollo de una economía orgánica antimperialista.

La política socialista en la América Latina —dice— tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental.⁵

Para lograr estos objetivos, el programa formuló dos

líneas de acción en el marco de la lucha por el poder, mediante la organización de los trabajadores. La primera preconizó la nacionalización de las industrias básicas, la reforma agraria, el manejo estatal de los servicios públicos, especialmente de los de seguridad social, salubridad y educación. La segunda, una activa industrialización, técnicamente planificada, contando para ello con las condiciones naturales del medio geográfico y las aptitudes predominantes de la población. La convergencia y movilización de las fuerzas sociales comprometidas con estos objetivos se orientarán, previamente, hacia la conquista del Estado y su reestructuración.

Este proyecto nacional alcanzó su máximo desarrollo en el programa básico de gobierno de la Unidad Popular, aprobado el nueve de octubre de 1969. Este instrumento parte de un diagnóstico de la realidad nacional. Ella es caracterizada como de profunda crisis, que se manifiesta esencialmente en la pobreza generalizada y en la injusta distribución de los bienes, expresiones concretas que a su vez están condicionadas por una economía capitalista dependiente del imperialismo que lleva implícita su incapacidad de crecimiento. En esta forma, surge la contradicción fundamental entre los recursos materiales y humanos potenciales del país y su estado de subdesarrollo, que sólo puede superarse mediante el socialismo.

Por eso, el programa proclamó:

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el gobierno del pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

Así, en el programa se planteó la lucha por el socialismo como un proceso ininterrumpido, en el que se combinan las tareas nacionales y democráticas —no cumplidas por la burguesía— con las tareas socialistas, concepción sostenida con tenacidad por el Partido Socialista.

De este modo, el cambio en la sociedad se realizará a través de las relaciones de clase, de la movilización de las fuerzas populares contra los intereses monopolistas —nacionales y extranjeros—, para romper las actuales estructuras y avanzar hacia el socialismo. Este proceso responde, pues, a una agudización de las contradicciones del sistema capitalista dependiente, de la lucha de clases, en procura del traspaso del poder a las fuerzas populares. En el programa, la concepción del Estado y la nueva organización política se definen por consiguiente en términos de proceso.

Esta misma concepción se presentó en el ámbito de la economía. La lucha política se planteó entonces de manera alternativa: continuar con el modo de producción capitalista o sustituido por el socialista. En esta perspectiva, el programa perseguía objetivos económicos inmediatos, como la nacionalización de las riquezas básicas, de las empresas monopólicas y estratégicas, de los latifundios y de la banca; objetivos a mediano plazo, como las concernientes a la sustitución de la estructura capitalista por la socialista, y objetivos coyunturales, como el aumento de la producción, la reducción de la cesantía, la disminución de la dependencia económica, etcétera. Del avance de aquellos dependería el éxito de estos últimos.

El programa señaló claramente, por último, sus objetivos de política internacional dirigidos a afirmar la plena autonomía política y económica de Chile, a mantener relaciones con todos los países del mundo sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses nacionales, a esta-

blecer vínculos de solidaridad con los pueblos dependientes o colonizados, a promover un fuerte sentido latinoamericano y antimperialista y a reforzar las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas. Esta política exterior debía promoverse como la acción de pueblos antes que de cancillerías.

Dialéctica del proceso

La década de los setenta marcó el vórtice de la crisis del estado burgués. Durante ella se produjo, en efecto, el máximo ascenso del movimiento popular en el camino hacia el poder; pero como contrapartida la burguesía, apoyada en las fuerzas armadas, instauraría la más brutal dictadura. El gobierno popular condujo un proceso de cambios socioeconómicos que duró mil días, impulsado por las masas, que se derrumbó con el golpe militar de 1973. El capitalismo salvaje destruyó desde sus cimientos todas las conquistas democráticas, imprimiéndole al Estado una connotación de contrainsurgencia. Es la colisión definitiva de los proyectos históricos de la burguesía y de los trabajadores.

Salvador Allende accedió al gobierno como culminación de un proceso democrático, inscrito en una acentuada lucha de clases, que exhibe dialécticamente aspectos contradictorios. El movimiento popular había avanzado, en efecto, en medio de las contradicciones interburguesas, las que buscaban a su vez la neutralización de dicho movimiento, unas veces mediante la represión y otras por medio del compromiso. De este modo, se crearon espacios políticos dentro de los cuales se discutía, bajo ciertas reglas, la participación de los trabajadores en el ingreso nacional y en el juego político.

Esta larga marcha facilitó la formación de la conciencia social de las masas y trajo consigo importantes conquistas parciales, logradas en una constante lucha de clases. Son los aspectos positivos. No obstante, esta forma de inserción en la dinámica de la sociedad capitalista produjo su contrapartida, convirtiendo por largo tiempo a los trabajadores en soporte político de una fracción burguesa e inculcándoles una confianza exagerada en la democracia formal. Son los aspectos negativos.⁶

Entre dos golpes

El gobierno popular desarrolló su programa entre dos golpes militares. El primero se frustró con el asesinato del comandante en jefe del ejército Rene Schneider en octubre de 1970 por un comando de derecha. El segundo, tres años después, derrocó al gobierno de la manera más sangrienta, con la intervención de las mismas fuerzas sociales, económicas, políticas y militares que se movieron en el primero. En ambos quedó en evidencia la inspiración, financiamiento y asesoría de los aparatos del imperialismo y de la institucionalidad burguesa, los que combinaron, en el interior y en el exterior, el sabotaje económico con el bloqueo financiero, las maniobras de desestabilización política con las campañas de propaganda mixtificadora, el terrorismo con el apoyo logístico.

Los militares actuaron como la fuerza de choque de la alianza burguesa, contrariando todas las exhortaciones, no sólo del Presidente, sino también de los partidos populares,

hacia el respeto a las reglas del juego democrático. En su diario, el general Prats anotó el 27 de agosto de 1973:

Creo que ni el presidente Allende ni los partidos de la UP saben cuán profunda es la influencia estadounidense en nuestras fuerzas armadas y especialmente en la mentalidad del militar chileno. Esa influencia sin contrapeso [...], es un factor que puede jugar un papel terriblemente negativo en los próximos acontecimientos.

Se sabía entonces en la izquierda que sólo un ejército popular como en Cuba y Nicaragua, podría garantizar el proceso revolucionario, pero la orientación general de éste y la sucesión consiguiente de los acontecimientos no dio lugar a su formación. Esta fue su mayor debilidad.

La contrarrevolución de 1973 no fue producto exclusivo del designio de Pinochet y de la acción de las fuerzas armadas, sino que correspondió más bien a un profundo trastorno social que puso en tensión a todos los elementos en que descansa la sociedad de clases. De la misma manera que en el derrocamiento del Presidente Balmaceda en 1891, todos los partidos tradicionales, representativos de los distintos segmentos de la burguesía, favorecieron el golpe militar que abatió al gobierno popular. Su papel en este drama histórico consistió en preparar el clima social y político que ofreciera una coartada a la conspiración, por medio de la más grotesca farsa en torno a la defensa del estado de derecho.

Esta ruptura también se expresó en las fuerzas armadas, a pesar de su organización jerarquizada y del verticalismo de sus mandos. Ciertamente, la unidad del pueblo y los sectores más conscientes de las fuerzas armadas que encarnara Grove en 1932 se expresaron —40 años después— en la resistencia en los cuarteles o en la renuencia de muchos leales hombres de armas a sumarse al golpe, que Pinochet y sus secuaces se ven obligados a reducir a cañonazos o con viles persecuciones.

El complejo de culpa por los males causados al país con el golpe militar induce a muchos —la Democracia Cristiana, entre ellos— a ignorar al gobierno de Allende cuando hacen comparaciones entre el pasado y el presente, entre el período anterior al 11 de septiembre de 1973 y el período posterior a dicha fecha. Este mecanismo psicológico para borrar de la memoria colectiva el recuerdo de los mil días de Allende es particularmente patente en los análisis de Eduardo Frei. El gobierno popular no existe, para ellos, en el horizonte histórico. No quieren reconocer que su obra, a pesar de su brevedad en el tiempo y de la resistencia interna y externa, es una de las más trascendentales en nuestro desarrollo nacional, constituyendo ella, por lo mismo, objetivo de reconquista.

Esta obra resiste cualquier comparación, incluso algunas que parecen imposibles por la distinta naturaleza de los intereses y valores que persiguen los respectivos sistemas. Resulta de interés, con todo, un paralelo entre la democracia obrera y la dictadura burguesa, entre el socialismo humanista y el capitalismo salvaje, entre el presente convertido en pasado mediato y el pasado inmediato convertido en porvenir, entre la obra de liberación nacional y la acción de entrega al imperialismo, entre la lealtad y la traición a Chile. Aunque un paralelo entre Allende y Pinochet es imposible, conviene mostrar los rasgos que diferencian su posición ante la historia, el carácter distinto de sus respectivas políticas.



Obra revolucionaria

El gobierno popular, en un corto lapso, nacionalizó las riquezas básicas del país, entre ellas el cobre, sin indemnización. Expropió en algunos casos, requisó e intervino en otros, las más importantes empresas industriales monopólicas y/o que condicionaban el desarrollo económico nacional, conformando un área de propiedad social predominante. Expropió a la oligarquía terrateniente, entregando la tierra a los campesinos. Socializó los bancos, pasando a controlar el sistema financiero. Incorporó plenamente a las masas al trabajo y al consumo, ampliando el mercado interno. Extendió las libertades y derechos políticos, así como la cultura, hasta hacer de Chile la más avanzada democracia del continente.

En el período 1970-73, Chile tuvo relaciones diplomáticas con todos los países del mundo y procuró diversificar sus vinculaciones económicas para enfrentar las dificultades internas y externas derivadas de la ejecución del programa de transformaciones socioeconómicas. Asimismo, se incorporó al movimiento de Países No Alineados, asegurando su autonomía y libertad de acción en materia de relaciones internacionales. De este modo, el gobierno popular contrarrestó además la campaña maliciosa de la oposi-

ción conspirativa que trataba de presentarlo como satélite soviético.

Como réplica a la política de las fronteras ideológicas promovida por Estados Unidos, el gobierno popular planteó las relaciones interamericanas en el marco del pluralismo ideológico, logrando óptimos resultados. En muchas materias, sostuvo posiciones comunes a los países andinos, así como con países ajenos al Acuerdo de Cartagena (México y Cuba). Las relaciones con los países limítrofes o contiguos, con quienes Chile tiene conflictos latentes que se arrastran desde el siglo pasado, alcanzaron contornos de verdadera amistad, arribando a un acuerdo con Argentina sobre arbitraje en el problema del Beagle.⁶

Protagonista de este profundo proceso de cambios fue la clase trabajadora. Por su participación, a través de sus partidos, de sus organizaciones sindicales y de sus nuevos organismos generados durante esta viva experiencia social, fue posible tal hazaña política. No pudo continuar con las tareas socialistas contenidas en su programa, porque la correlación de fuerzas no le permitió desarrollar plenamente sus órganos de poder alternativos al poder burgués, que sólo alcanzaron a germinar, así como por la carencia de una dirección política resuelta a encarar la lucha final por el poder.

Alcances de la contrarrevolución

La contrarrevolución irrumpió con una violencia salvaje, demoliendo el estado democrático-burgués existente hasta 1973. Para ello, ya no respetó la división clásica de los poderes del estado, sino que se proyectó a través de dos ramas centrales en las que se toman decisiones. La primera es la militar, que funciona de acuerdo con la estructura vertical de este aparato, teniendo a la cabeza el estado mayor de las fuerzas armadas, compuesta de un consejo de seguridad nacional y de los servicios de inteligencia, en los cuales predominan los militares. La segunda es la rama económica, constituida por los ministerios técnico-económicos y las empresas estatales, órganos que pueden ser atendidos tanto por civiles como por militares en su carácter de tecnócratas, que representan políticamente al capital.⁹

Conforme a esta estructura, el gobierno militar revistió al Estado burgués de las formas más represivas imaginables, poniendo término a la democracia representativa que el gobierno popular había llevado a su más alta expresión. En este sentido, suprimió las libertades públicas y los derechos humanos, clausuró el congreso nacional, asumió las atribuciones constituyente y legislativa, supeditó a su autoridad a los tribunales de justicia y a la contraloría, intervino las universidades, ilegalizó a los partidos populares, disolvió la Central Única de Trabajadores y las federaciones obreras y campesinas, limitando el funcionamiento de los sindicatos.

Para asegurar la eficacia política de estas medidas, la dictadura organizó la represión masiva y sistemática. Desde el 11 de septiembre de 1973, inició el exterminio físico de miles de chilenos, aplastando el creciente descontento social. En esta operación de guerra de clase ha utilizado la delación, tortura, campos de concentración, juicios militares, fusilamientos, desaparecimiento forzado de detenidos y el toque de queda. Esta política represiva ha producido más muertos que la guerra de independencia o que el conjunto

de las guerras civiles del siglo pasado, así como el éxodo del país de un millón de seres humanos.

Reversión estructural

La dictadura revirtió los cambios estructurales impulsados en la economía por el gobierno popular. Formuló un modelo de desarrollo dirigido, entre otros objetivos, a privatizar y desmantelar el estado empresario. La privatización no se ha detenido en las empresas propiamente tales, que configuraron el área social, sino que se ha extendido a los servicios sociales, como la educación, la salud y la previsión, que se han convertido en lucrativos negocios. En el campo se devolvieron tierras a los latifundistas y se promovió la venta en el mercado de los predios ya asignados a los trabajadores agrícolas, así como se entregaron extensas áreas forestales para su explotación indiscriminada. La única obra importante del gobierno popular que permanece aún en pie es la nacionalización del cobre, aunque Pinochet pagó a las empresas estadounidenses expropiadas 391 millones de dólares por concepto de indemnización.

La privatización de la economía ha resultado, por sobre todas las cosas, en la centralización del poder económico de ciertos grupos y en la consiguiente oligopolización de algunas industrias. Más que en extensión y expansión del poder empresarial, esta centralización del poder económico se traduce en el desplazamiento de sectores de pequeños y medianos empresarios. De otra parte, se ha insertado la economía en el sistema transnacional, estrechando los sectores dominantes internos cada vez más sus relaciones con los consorcios financieros externos, abriendo las venas del país a la succión imperialista al tiempo que operan también en los mercados externos como partes integrantes de dicho sistema.

Para cerrar el círculo de hierro, se ha hecho funcionar la economía a través del mercado. Así, la privatización y su consiguiente concentración económica, la liberación de precios, la sobreexplotación del trabajo, determinaron el traspaso de recursos a la gran burguesía y la reducción de los ingresos reales de los asalariados. Para esto último, se mediatizaron las organizaciones sindicales, se prohibieron las huelgas y se fijaron arbitrariamente las remuneraciones al trabajo. Las fuerzas del mercado fueron liberadas mediante la supresión de todas las facultades reguladoras del estado, presentando este proceso como la suprema expresión de la libertad.

El repudio generalizado ha conducido a la dictadura al aislamiento internacional, que contrasta con el prestigio alcanzado por el gobierno popular en el concierto de las naciones civilizadas. Actualmente, la dictadura no tiene relaciones diplomáticas con los países socialistas, excepto China y Rumania, y con varias naciones democráticas de Europa y América, acentuando su dependencia de EEUU.

La torpe política de la dictadura ha deteriorado gravemente su posición en América Latina hasta el punto de marginarse del Pacto Andino, enfrentar un delicado conflicto con Argentina y hacer muy difíciles las relaciones tradicionales con otros países. A todo ello se agrega la circunstancia infamante de ser condenada, año tras año, por las Naciones Unidas y otros organismos internacionales por su política genocida.

Transfiguración del héroe

Salvador Allende nació políticamente con el Partido Socialista y condujo a éste a la cima del gobierno. Como Arturo Alessandri, el caudillo de los años veinte, fue un hombre de partido. Ello lo llevaría a repetir, una y otra vez, "todo lo que soy y he sido se lo debo a mi partido y al pueblo chileno". Recogiendo la voluntad de poder de los románticos conductores de la revolución socialista de 1932, inició una lucha sin tregua por conducir a su partido y a su pueblo hacia la conquista de sus objetivos estratégicos. De manera no deliberada, se produjo una carrera a la Moneda entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista, entre Frei y Allende. El primero llegó en 1964, el segundo en 1970, si bien estuvo a punto de lograrlo en 1958.

En medio de este patético proceso, el político se transfiguró en héroe, cuya dimensión es comparable al movimiento mismo del cual fue intérprete y conductor. Allende es, en efecto, un héroe nacional del siglo XX que ha difundido el nombre de Chile con dignidad representativa a todos los confines de la tierra, a través del análisis de aquella experiencia. Ningún otro país de su tamaño ha despertado tanto interés y por un tiempo tan prolongado. Ni la revolución cubana, la primera que rompe las cadenas en América Latina, ni la epopeya de Nicaragua, la segunda revolución victoriosa en el continente.

En el centro de esta preocupación mundial se encuentra la personalidad de Allende. Magnánimo por excelencia, su figura resplandece y conmueve la conciencia de los pueblos y, entre ellos, la del propio Chile. José Ortega y Gasset distingue entre las virtudes de la magnanimidad y las virtudes de la pusilanimidad. Las primeras son aquellas que proyectan al hombre en la historia, que le conceden clarividencia

para avizorar el porvenir, para transformar los ideales en realizaciones. Las segundas se refieren al acatamiento de las normas de urbanidad, de las reglas morales de catecismo, productos por lo general de convencionalismos sociales.

De verdad, se trata de una distinción significativa. "El magnánimo —dice Ortega— es un hombre que tiene misión creadora: vivir y ser es para él hacer grandes cosas, producir obras de gran calibre. El pusilánime, en cambio, carece de misión; vivir es para él simplemente existir él, conservarse, estar entre las cosas que ya están ahí, hechas por otros, sean sistemas intelectuales, estilos artísticos, instituciones, normas tradicionales, situaciones de poder público".¹⁰ Allende poseía todas las virtudes de la magnanimidad y, en cambio carecía de muchas de la pusilanimidad.

Continuidad histórica

Antes que él, Balmaceda fue un magnánimo en nuestra historia, si bien ambos representan, en realidad la síntesis entre el nacionalismo democrático y el socialismo revolucionario. Este sentido de la continuidad histórica está presente en el pensamiento y la acción de Salvador Allende. En el momento de su victoria electoral, el cuatro de septiembre de 1970, expresó: "Yo sólo tomo en mis manos la antorcha que encendieron otros junto al pueblo, con el pueblo." La misma idea se repite como una constante. Cuando asumió la Presidencia de la República, reiteró: "Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien vence hoy con nosotros." Recorre entonces en emocionada síntesis nuestra historia, mencionan-



Presidente Allende: tierra adentro en busca de los campesinos

do el legado de Lautaro, Caupolicán, O'Higgins, Rodríguez, Balmaceda y Recabarren.

El se presenta, pues, como continuación de un proceso popular que encarnaron en el pasado otros héroes que nos dieron libertad. Consciente de la responsabilidad de este legado, afirmará en la despedida a Fidel Castro en diciembre de 1971:

...defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

Así sucedió el 11 de septiembre de 1973, rompiendo todos los precedentes a que estábamos acostumbrados en América Latina.

No obstante, Allende ha sido sometido a las más severas críticas, comprendiendo algunas de ellas burdas simplificaciones. Desde el golpe militar ha proliferado entre quienes tuvieron responsabilidades individuales y colectivas en la conducción del proceso una suerte de filosofía a lo "pílatos", sin la elevación del romano para preguntarse siquiera ¿qué es la verdad? Con ese dogmatismo es fácil sacudirse de las responsabilidades propias. Allende no fue el reformista que se identificó con la política del Partido Comunista ni el único "responsable" de la derrota popular. Mucho menos un camarada de ruta.

Posición frente al comunismo

Desde posiciones de derecha, una de las desfiguraciones más burdas del pensamiento de Allende se refiere a su posición frente al comunismo. Hay, en este sentido, una reiterada tendencia a mostrar al líder socialista más próximo a la política del Partido Comunista que a la de su propio partido. Nada más lejos de la realidad. Allende sostuvo siempre la política diferenciada del socialismo chileno, no sólo con su permanente militancia, sino a través de su discurso personal, aprovechando las más significativas coyunturas para hacer contar dicha congruencia.

En política internacional, las líneas preconizadas por socialistas y comunistas en nuestro país son por lo general divergentes. Es ésta una constante histórica. La más violenta ruptura entre ambos partidos se produjo, precisamente, a raíz del pacto nazi-soviético celebrado el 22 de agosto de 1939, que fue denunciado por el partido socialista como una "traición" de los comunistas a la lucha antifascista, condenando además el reparto de Polonia. Allende era entonces miembro del comité central y ministro de gobierno del Frente Popular.

El Partido Socialista impugnó, en carta del 10 de diciembre de 1943 dirigida al partido comunista, la política de unidad nacional preconizada por éste. En ella analizó también la política de buena vecindad del gobierno de Franklin D. Roosevelt y sus proyecciones en la posguerra, rechazando la idealización hecha por los comunistas, hasta el punto de plegar sus banderas antimperialistas y sostener la posibilidad de contar con la ayuda del capital privado extranjero en el desarrollo de los países latinoamericanos. Criticó la desviación política crónica de su competidor en el movimiento obrero. "Mantenemos, pues, una firme lucha antimperialista —dice— en contraposición a los camaradas comunistas que han pospuesto toda acción programática o

popular a la lucha antifascista. "Esta carta fue suscrita por Salvador Allende, en su carácter de secretario general del partido socialista.

Desde fines de la segunda Guerra Mundial en 1945 y hasta 1973, este partido adoptó frente a la política internacional del comunismo posiciones definidas que contaron siempre con la opinión favorable de Allende. En este sentido, condenó la ruptura del Cominform con Yugoslavia en 1948, el aplastamiento de la revolución húngara en 1956 y la invasión de Checoslovaquia en 1968, sosteniendo los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos.

La superchería de la vía pacífica

Desde posiciones de izquierda se atribuye a Salvador Allende la superchería de la vía pacífica al socialismo. Es otra falsificación de su pensamiento y ejecutoria. El sostuvo con su ejemplo —ya no sólo con las palabras— la utilización de todas las vías: conquistó el gobierno por el sufragio y lo defendió con las armas hasta la muerte. Pero el peso de la evolución democrática era fuerte y prolongado en el país.

El propio Allende recordó que el congreso nacional tenía 160 años de existencia, siendo uno de los tres más antiguos del mundo.¹¹ Habría que agregar que el sufragio universal se estableció en 1884. Por esta singularidad pensó en algún momento que Chile contaba con las "instituciones políticas y sociales necesarias para materializar la transición del atraso y la dependencia al desarrollo y la autonomía, por la vía socialista". Así lo expresó el día en que asumió la presidencia de la república.

Pero él no tuvo nunca una confianza ciega en la institucionalidad burguesa, como algunos han tratado de presentarlo. No es en este medio, sino en el fin que persigue en lo que confía. Con orgullo pudo decir, por eso, en el discurso pronunciado en la Universidad de Guadalajara, el dos de diciembre de 1972:

Yo tengo una experiencia que vale mucho. Yo soy amigo de Cuba: soy amigo hace diez años de Fidel Castro, fui amigo del comandante Ernesto "Che" Guevara. Me regaló el segundo tomo de su libro Guerra de Guerrillas; el primero se lo dio a Fidel. Yo estaba en Cuba cuando salió, y en la dedicatoria que me puso dice lo siguiente: "A Salvador Allende que, por otros caminos, trata de obtener lo mismo."¹²

Ni siquiera el "Che" discutía, pues, la existencia de variadas formas de lucha para la conquista del poder. Por lo demás, el mismo destino trágico de Guevara y de miles de mártires de la revolución latinoamericana constituyen un testimonio irrefutable de que la vía en sí no asegura la victoria. En Chile había también una experiencia distinta a la del proceso de 1970-1973: el golpe armado del cuatro de junio de 1932, que fue derrotado después de retener el gobierno por algunos días.

Contradicción por resolver

La trágica paradoja de Allende es que, habiendo comprendido las dificultades para avanzar dentro de la institucionalidad burguesa, no encontró la fuerza suficiente para cambiar de camino en el momento oportuno. "La gran cuestión y que decidirá la suerte de Chile —advirtió en su segundo

mensaje al congreso pleno— es si la institucionalidad actual puede abrir paso a la transición al socialismo.”

Con profunda penetración y clarividencia, agregó en esa misma oportunidad: “No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de ruptura violenta.”

De que Allende tenía conciencia de esta situación no cabe duda alguna, si bien traducía en sus opiniones una contradicción que hasta hoy la izquierda chilena no ha podido resolver. Se encontrarán muchas expresiones de adhesión hacia el camino del socialismo en democracia, libertad y pluralismo, que son reflejos de la resistencia de su propio partido al autoritarismo represivo del socialismo realmente existente. Pero también no dejó nunca de señalar la necesidad de solucionar el problema del poder. Dirá, por eso, en las conversaciones con Regis Debray cosas inequívocas como éstas: “En la actualidad, el pueblo está en el gobierno y desde él lucha por ganar el poder.”¹³

Nada más condenable pues, que

una imagen de Allende que pareciera dibujada intencionalmente como para que absorba, sin más reflexión, el sueño imposible de la revolución pacífica, del tránsito a lo nuevo sin la destrucción de lo viejo, de la legalidad burguesa capaz de disolverse mansamente en la institucionalidad socialista.¹⁴

Su muerte, con las armas en las manos, en el palacio presidencial, significa la recurrencia en el momento supremo a esa vía para la cual las fuerzas políticas que sustentaban la experiencia de cambio social no estaban preparadas.

Ello explica también que mientras Allende resistía en La Moneda, el Comité Político de la Unidad Popular, reunido en la industria Sumar de Santiago, acordaba no combatir. Así él fue fiel a su compromiso revolucionario; muchos de sus críticos no.

El general Carlos Prats comprendió cabalmente este comportamiento de Allende.

El combate de La Moneda —expresó el 21 de septiembre de 1973 en su diario— fue una lucha suicida, comparable a los más grandes gestos heroicos de la historia. La figura del presidente Salvador Allende, luchando hasta el último aliento, pasará a la historia.¹⁵

Es este episodio, sin lugar a duda, la coronación del héroe, en contienda desigual, como el comandante Arturo Prat en el combate naval de Iquique, durante la guerra del Pacífico.

Todos los medios

¿Queda todo dicho con el análisis anterior? De ninguna manera. Esta es la crisis social y política más grande de Chile en el siglo XX, a la vez que la mayor derrota de su pueblo, lo que la constituye en fuente inagotable de enseñanzas para las luchas del porvenir. Por ahora sólo podemos referirnos a dos órdenes de problemas en torno a los cuales han girado principalmente las críticas y autocríticas en la izquierda. Sin embargo, es preciso recordar antes que las revoluciones son procesos colectivos impulsados por agudas luchas de clases que comprometen la acción de millones de seres humanos, tras la conquista del poder. El éxito de estos procesos no depende, por lo tanto, de la voluntad de un solo hombre, sino de la conciencia y decisión de las masas en condiciones objetivas favorables.¹⁶

La primera de las cuestiones por dilucidar es la viabili-

dad de la vía pacífica o legal hacia el socialismo. Al respecto, cabe advertir, por una parte, que la izquierda no eligió entre varias opciones el camino de las urnas en 1970, sino que éste fue el único abierto y posible entonces. Desde su lugar de oposición al sistema, con una fuerza electoral relativa, una clase trabajadora sin preparación para la lucha armada, con un ejército profesional vigilante, no podía hacer otra cosa que iniciar el proceso revolucionario conforme a la institucionalidad vigente. De otra parte, tampoco había vivido la experiencia como para desechar este camino sin interarlo, con la sola enseñanza extraída de la lucha revolucionaria en otras latitudes.

No obstante, los hechos —ya no los prejuicios teóricos— comprobaron que los instrumentos institucionales y el ordenamiento jurídico burgueses no permiten dicho tránsito por la resistencia de la clase dominante. Ellos tienen por objeto la defensa, por todos los medios, del sistema capitalista. El gobierno popular, por consiguiente, al someter el desarrollo de su programa a dicha legalidad, se autolimitó y con ello selló su propia sentencia de muerte.¹⁷ A los que todavía sueñan con una revolución desarmada, es preciso recordarles que, a lo menos, la contrarrevolución nunca es pacífica ni legal.

La segunda de las cuestiones por despejar es la validez de las alternativas críticas que desde posiciones de derecha y de izquierda se formulan a la conducción del proceso. La primera reduce las causas de la derrota a una fundamental: la falta de una alianza centrista con la Democracia Cristiana, que habría podido consolidar al gobierno popular. La segunda resume también estas causas en una principal: la carencia de una política militar para neutralizar la acción conspirativa de las fuerzas armadas y, llegado el caso, enfrentarla con una fuerza armada popular. Los hechos históricos han dado respuesta a ambas eventualidades.

La alianza de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana fue imposible porque los objetivos estratégicos de una y otra era antagónicos. Una alianza táctica habría sido deseable, pero la dirección de esta última no sólo se opuso a ella, sino que impulsó la desestabilización del gobierno y el golpe final, con todas sus consecuencias. Para viabilizar esa alianza habría sido necesario que la Unidad Popular paralizara el proceso de cambios revolucionarios, renunciando a sus objetivos socialistas antes de resolver la cuestión del poder. El resultado, de seguro, habría sido el mismo: la dictadura burguesa. No debe entenderse de lo anterior que, en ningún caso, el movimiento revolucionario puede contraer compromisos tácticos, sino más bien que en tanto no se resuelva la cuestión del poder toda concesión estratégica daña el proceso.¹⁸

La izquierda a su vez no tenía comprensión cabal del problema militar, pasando a constituir hoy una de sus principales preocupaciones. Ahora, parece claro que si bien es posible acceder al gobierno a través de las urnas, la defensa de las posiciones de poder conquistadas y el avance hacia el socialismo exigirán siempre la utilización de formas armadas. Ello supone preparar a las organizaciones políticas y al conjunto de las masas para sustituir, en un momento determinado, unas formas por otras. Tarea por demás difícil como quiera que se trata de enfrentar a un ejército profesional que, a medida que avanza el proceso revolucionario, se convierte en la última línea de resistencia de la sociedad burguesa. La brutal represión desatada prueba este aserto, sin perjuicio de las fracturas producidas en su seno.

Imperativo actual

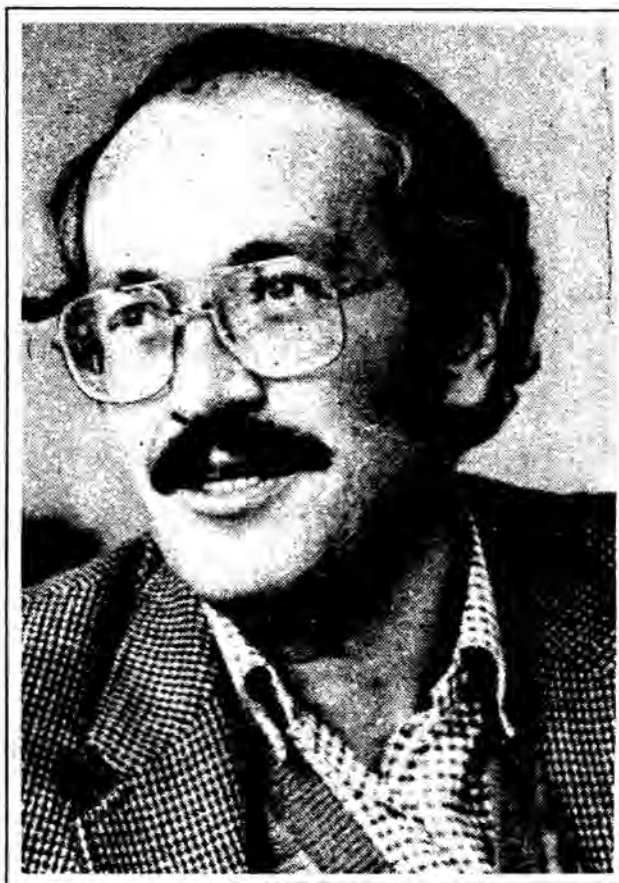
De acuerdo a esta interpretación del desarrollo de Chile en la última década, el imperativo de hoy es impulsar el reagrupamiento del pueblo en torno a un nuevo proyecto nacional que combine la lucha por la democracia con la lucha por el socialismo. Este proyecto nacional supone el derrocamiento de la dictadura por la acción de las masas, empleando todos los medios y formas de combate. Para ello se requiere una poderosa fuerza socialista conjuntamente con una izquierda unida. Este es también el legado del compañero Salvador Allende, la bandera que él nos entregó el 11 de septiembre de 1973, en el marco de la continuidad de las luchas populares.

NOTAS

1. Isaac Deutscher: *La revolución inconclusa*, Ediciones ERA, México, D.F., 5a edición, 1956, p 18.
2. Citado por Julio César Jobet, Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1951, p 176.
3. *Ibid*, p 177.
4. Eugenio González. *Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de 1947*, Caminos de Libertad, México D. F. 1979, p 47.
5. *Ibid*, p 46
6. Belarmino Elgueta, *La historia como guía para la acción*, México D. F. 1980, mimeo. Este estudio es un proyecto de periodización de los últimos 100 años del desarrollo chileno.
7. Carlos Prats, *Una vida por la legalidad*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1976, p 87.
8. no está
9. no está
10. José Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político*. Revista de Occidente, Madrid, 1974, p 21.
11. Salvador Allende, *La vía chilena al socialismo*, mesa redonda, Siglo XXI Editores, México DF., 1973, p 3.
12. Salvador Allende, *12 Discursos sobre América Latina*. Casa de Chile, México, 1978, p 128.
13. Regis Debray, *Conversaciones con Allende*, Siglo XXI Eds, 5a edición, México D. F., 1973.
14. Pedro Vuskovic, *Una sola lucha*, Editorial Nuestro Tiempo, México D. F., 1978, p 70.
15. *Ibid*, p 92.
16. Raúl Ampuero, "Militares y políticos en la crisis chilena del 73" *Le monde diplomatique*, en español, 1980.
17. Eduardo Novoa. *Vía legal hacia el socialismo*. Editorial Jurídica Venezolana, Caracas, 1978. Este eminente jurista chileno niega dicha posibilidad a la luz del proceso 1970-1973.
18. Kiva Maidanik: "En torno a las enseñanzas de Chile": *América Latina* núm. 2, Moscú, 1975, p 99 en adelante. Excelente análisis, en el que demuestra que esta alianza era imposible en las condiciones.

LA HERENCIA DE ALLENDE

Jaime Estévez. Economista. Dirigente nacional del Partido Socialista de Chile.



Salvador Allende, como sucede con muchos grandes hombres, ingresó antes a la historia universal que a la de su país. Mientras en Chile la mención de su nombre o la visita a su tumba se calificaba de un acto subversivo y una propaganda persistente denigraba el recuerdo de su gobierno, en países lejanos al nuestro y diversos entre sí se le rendía tributo como luchador social, demócrata consecuente, líder popular y símbolo de la emancipación del Tercer Mundo. Su viuda fue invitada a dirigirse al plenario del Movimiento de Países No Alineados y ha sido recibida por mandatarios de casi todos los países de Europa y América.

Al cumplirse diez años de su muerte, la paradoja continúa. En todas las grandes ciudades del mundo y en muchas de las pequeñas, hombres de diversos colores, idiomas y religiones recordarán con emoción su obra, mientras en Chile será todavía limitado el homenaje popular a su memoria. Muchos factores explican esta paradoja. El más evidente es que reconocerse allendista era y continúa siendo peligroso; pero no se trata sólo de temor. Parte de los sectores de-

mocráticos que hoy se movilizan contra Pinochet lo hicieron también contra Allende, y quienes estuvimos con él hemos dedicado durante estos años más atención a la imprescindible crítica de nuestros errores que a la reafirmación de los impresionantes logros del Gobierno Popular y la reivindicación de sus válidos objetivos.

Una valoración justa de la figura de Allende, que recoja su legado y su aporte, está por hacerse, y es urgente realizarla si queremos acometer las tareas del presente, consolidado la unidad democrática. La democracia no podrá ser estable ni hacerse hegemónica negándose una parte de su historia, manteniendo tres años innombrables.

El legado central de Salvador Allende es la utopía de una sociedad en la cual todos fueran ciudadanos de primera clase, en un país digno y soberano. Un Chile plenamente democrático, de iguales oportunidades, exigía que las clases subalternas, los explotados, marginados y desposeídos conquistaran su lugar de sujetos de nuestra historia, se adueñaran de su país, en igualdad y justicia social; a ella dedicó su vida. Con la misma pasión con que luchó por radicales transformaciones económicas y sociales. Allende defendió la necesidad de respetar la democracia y la



“Allende defendió la necesidad de respetar la democracia y la institucionalidad. Muchos de sus partidarios lo criticaron por ello y hoy comprenden cuánta razón tenía en su política de principios, su sentido de la historia y de la nación.”

institucionalidad. Muchos de sus partidarios lo criticaron por ello y hoy comprenden cuanta razón tenía en su política de principios, su sentido de la historia y de la nación.

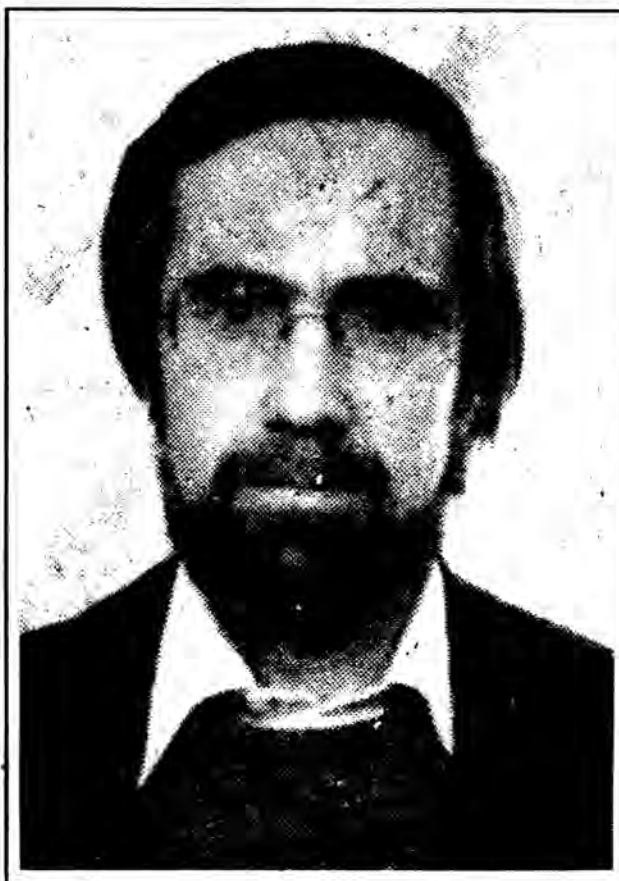
En el gobierno de la Unidad Popular se cometieron muchos errores y quienes tuvimos ocasión de colaborar con Salvador Allende, debemos recoger su memoria confrontándola con esos errores y con la realidad del presente, para renovar profundamente el mensaje y la propuesta.

El proyecto de Allende quedó inconcluso, pero parece hoy evidente que el aporte del socialismo chileno a la supe-

ración de la grave crisis que vive el país, puede ser muy sustantiva si se funda en recoger su herencia: el compromiso radical con los desposeídos, la fe y confianza en la democracia como valor permanente, la participación plena del pueblo en la gestión de su propio destino, el respeto por la política como una actividad que exige responsabilidad personal, ética y sentido de la historia, y la responsabilidad de todos por la nación que supone el respeto por los que piensan diverso y la común defensa de la soberanía económica y la autonomía política.

DRAMA Y LEGADO DE SALVADOR ALLENDE

Manuel Antonio Garretón. Sociólogo y politólogo. Investigador de FLACSO. Autor de numerosos libros y artículos.



Se cumplen diez años de dictadura militar. Eso está presente en la mente de todos. Pero se cumplen también diez años de la muerte de Salvador Allende, sobre cuya inmolación, y la de tantos otros que lo siguieron, se edificó esta dictadura. Y esto, como que quisiera olvidarse o silenciarse porque a muchos incomoda.

Y hay que reconocer, sin embargo, que sin la reivindicación nacional de la memoria de Allende, la reconstrucción de Chile será siempre incompleta y las reconciliaciones quedarán a medio camino. Un país que no hace justicia a quienes ayudaron a construirlo es un país trunco y condenado al autoengaño. Así como en su momento la izquierda chilena fue capaz de reconocer los valores de Eduardo Frei, a quien combatió políticamente en vida, las diversas fuerzas políticas deberán ser capaces de rendir el homenaje que aún falta al que fuera por décadas líder máximo de la izquierda y Presidente constitucional legítimo de Chile.

No hay un juicio de la historia. Hay muchos. Y eso ennoblecce a las naciones. Pero cualquiera sea ese juicio, éste debe partir de un principio: la grandeza de un país y su pro-

yección en el porvenir está hecha de muchos hitos y contribuciones que no se pueden negar sin negar a la nación misma. Y en ese proceso de colocar cimientos sólidos sobre los que se edifica el país y las relaciones entre su gente, Allende tiene un lugar insustituible y de enorme significación.

Cuando el país pueda mirarse a sí mismo sin temores, censuras, propagandas obligadas o injurias, se irá haciendo masiva la conciencia de lo que podría llamarse el legado de Allende, que muchos en Chile guardan como un tesoro que será reconocido algún día.

No son la alabanza acrítica o, para otros, la renegación de sus antiguas posiciones las mejores manera de rendir un homenaje, sino el rescate leal de aquello que constituye el aporte de un ser humano al mundo que le tocó vivir.

Y así, la historia honesta nos dirá de Allende que él resumía los mejores valores a que pudo aspirar la clase política chilena, hoy tan injustamente vilipendiada. Allende fue un político democrático: conocía el país y su gente, tenía capacidad de representar e interpretar a vastos sectores sociales, poseía firmeza de principios y la necesaria flexibilidad para negociar y concertar, era honesto a toda prueba. Pero junto con pertenecer a este mundo de los políticos, respe-

tuoso de las instituciones y consciente de su responsabilidad, Allende fue por largos años un líder popular, que desbordaba las adhesiones estrictamente partidarias, compenetrado de los sufrimientos y esperanzas de la gente común, del pueblo chileno. En esa tensión entre representante político en las instituciones republicanas y encarnación de demandas y aspiraciones populares, en su lealtad irreductible a ambas, radican la grandeza y el drama de Allende. Su muerte trágica en la Moneda es el símbolo final de esa doble lealtad: no abandonar ni las instituciones democráticas ni el proyecto político que le había sido confiado. Su asesinato no podía entonces sino significar la destrucción de todo vestigio democrático y la venganza contra todo el movimiento popular.

La doble lealtad mencionada se manifiesta en la lucidez, privilegiada, de Allende, aun en contradicción con sectores que lo apoyaban, para entender que en un país como Chile son inseparable la democracia política y la transformación de la sociedad para responder a las necesidades de los trabajadores y los oprimidos. Su afirmación histórica en el Primer Mensaje Presidencial condensa en parte este legado:

El combate sostenido para abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales... es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando.

La vinculación indisoluble del ideal democrático con el ideal socialista recorre toda la vida política de Allende.

Tal vinculación fue formulada por él con mucha anterioridad a su sistematización por las corrientes que en diversas partes del mundo lo han convertido hoy en patrimonio de las luchas de grandes masas por una sociedad mejor.

La imagen histórica de Allende, defensor de la democracia política y comprometido con las aspiraciones popu-

lares de una sociedad humana, no puede ser reducida al período 1970-1973. Su lucha es inseparable de la historia política chilena de una buena parte de este siglo. Pero si queremos referirnos a este período, al margen de la propaganda, los traumas y los idealismos acríticos, y sin negar críticas legítimas a algunos aspectos de la conducción política, debemos reconocer que Allende fue el político que más claramente entendió el carácter de esa época y lo que estaba en juego. Fue también el más responsable en respetar los compromisos asumidos y al mismo tiempo buscar una solución al drama que se avecinaba. Fue fiel a su vocación democrática y también a la alianza política que él expresaba y representaba. En el desgarramiento permanente entre su papel de Jefe de Estado y árbitro de una coalición política, Allende llevó al extremo su lealtad a ambos.

Así es. La más alta virtud de un político es la lealtad y Allende selló toda su trayectoria con ese rasgo. Ello no podrá ser nunca olvidado, especialmente en épocas proclives a la precariedad de las adhesiones y veleidad de los compromisos.

Recordar y reivindicar a Allende hoy no es querer volver a otras épocas. La historia no se repite y nadie aspira a ello. Recordar y reivindicar a Allende es hacer justicia con Chile y con nosotros mismos. Es mostrar a las chilenas y chilenos las virtudes del gran político y el compromiso ineludible de la democracia con la lucha por transformar la sociedad hacia formas más equitativas y humanas. Es decirle a las mujeres y hombres de izquierda que, en Chile, democracia política y socialismo van unidos y que ello debe expresarse en las estructuras orgánicas, los discursos y las acciones junto a los sectores populares. Recordar y reivindicar a Allende es recordar y reivindicar también ante Chile a los miles de seres humanos que fueron muertos por creer en una misma causa. Es también reivindicar el juicio sereno, la razón y, sobre todo, la esperanza.

“Recordar y reivindicar a Allende hoy no es querer volver a otras épocas. La historia no se repite y nadie aspira a ello. Recordar y reivindicar a Allende es hacer justicia con Chile y con nosotros mismos”.

ALLENDE ESTADISTA: ¿TEORICO DE LA REVOLUCION?

Jaime Gazmuri. Ingeniero agrónomo. Ex-secretario general del Mapu-Obrero-Campesino y actualmente miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile (Núñez).



No cabe duda que Salvador Allende se ha convertido en la figura política más universal que ha producido Chile en su historia.

La epopeya de su muerte en La Moneda, ejercicio poco frecuente de coraje y dignidad, bastaría para asegurarle un lugar de privilegio en la galería de los latinoamericanos ilustres de este siglo.

La trascendencia de Allende, sin embargo, tiene que ver principalmente con la importancia del proceso histórico que encabezó—el del gobierno de la unidad popular—, con las esperanzas que despertó en su tiempo la posibilidad de conjugar plenamente el socialismo y la democracia, y con la conmoción de su derrota. Mal que nos pese, su antítesis—Augusto Pinochet— ha logrado simbolizar todo aquello que la civilización repudia en política.

El triunfo de la unidad popular en 1970 y la naturaleza del programa de transformaciones que se propuso realizar desde el gobierno sólo se pueden explicar en función de la larga historia de luchas y polémicas de la izquierda chilena

—particularmente a partir de su unificación en el Frente de Acción Popular en 1957—, y de las características de la sociedad y la política chilenas en la década de los sesenta. En ese proceso Allende jugó un rol político de primera magnitud: fue el líder indiscutido de las masas que se identificaron con el proyecto histórico de la izquierda chilena por cerca de veinte años. Fue, así mismo, determinante su protagonismo durante los mil días del gobierno que presidió.

La figura y el mito de Allende tienen, pues, sólidas raíces de las que alimentarse. Toda la izquierda chilena hace suyo su patrimonio ético y político, y con razón, pues fue quien con mayor tesón batalló por su unidad. El período de su gobierno constituyó una empresa común que marcó el punto más alto alcanzado por la izquierda en su historia.

A estas alturas no es tampoco aventurado afirmar que la figura del presidente Allende —una vez decantadas las ásperas y dramáticas luchas en las que participó en vida— se convertirá en un patrimonio de la nación chilena, y no sólo de quienes fueron sus seguidores.

La herencia de Allende, sin embargo, tiene también un aspecto más complejo y necesariamente polémico. Porque

Colaboración especial para el *Archivo Salvador Allende*.



“No se trata de sacralizar la herencia teórica de Allende, obviamente discutible y circunscrita a unos tiempos que irremisiblemente no son los nuestros. Largo y penoso ha sido el camino de superar una cultura marxista dogmática, libresca y escolástica. Ya sabemos que no existe el libro en el que se puedan desentrañar los rumbos de la historia. Se trata, simplemente, de avanzar solidamente apoyados en la experiencia de quienes —como Allende— supieron, en su momento, mirar más largo y mejor que la mayoría de sus contemporáneos.”

no fue solo un hombre de acción y un político práctico, sino también un líder con un definido pensamiento respecto de las principales cuestiones que enfrentaba la revolución chilena. Sin ser un intelectual en el sentido estrecho del término, y compartiendo muchos de los elementos de la cultura política de su partido y de la izquierda de su época, es posible afirmar que Allende elaboró una visión propia y original del proceso que le correspondió encabezar. Visión que en determinados aspectos cruciales contradecía el sentido común dominante en la izquierda, y que —mirada con la perspectiva del tiempo— demostró ser mucho más penetrante y lúcida que la de la mayoría de sus contemporáneos. Fue el caso de un indiscutido liderato político que no logró convertirse en la fuente de una hegemonía cultural respecto del movimiento que representaba y que —junto con los partidos— conducía.

Durante los largos años posteriores a la derrota se ha iniciado la recuperación de este aspecto particular de su herencia: la del Allende teórico de una vía original de construcción del socialismo. Para quienes nos formamos en el clima cultural de la izquierda de los sesenta, incluso hoy día la imagen de un Allende teórico nos parece desproporcionada, lindante casi en una apolegética condenable.

Sin embargo, el análisis de los textos de su madurez como político y estadista —los principales de los cuales se presentan en El Archivo Salvador Allende— abruma con la evidencia de un presidente preocupado de dar un estatuto teórico a la vía chilena al socialismo y de medirse —en este plano— tanto con la tradición marxista, cuando con muchas de las concepciones dominantes de la izquierda. Su pensamiento podrá ser compartido o confrontado, pero no eludido. Para bien o para mal se preocupó de dejarlo por escrito en textos que, como sus tres mensajes al congreso pleno o el discurso cuando asumió la presidencia de la República, por su misma naturaleza y trascendencia fueron prolijamente trabajados. Aparece en ellos en primer plano el político y el gobernante, pero es notable en todos la preocupación por fijar una línea de pensamiento sobre las cuestiones más generales y de fondo implicadas en la experiencia inédita de un gobierno como el suyo.

Jorge Arrate, discutiendo las diversas denominaciones con que se intentaba atrapar la singularidad de la experiencia chilena —vía pacífica, no armada, institucional, democrática— ha propuesto con acierto la de “vía allendista

al socialismo”, significando con ella la existencia de un núcleo de pensamiento original.¹

Como socialista me parece fundamental rescatar ese núcleo original del pensamiento allendista que, aunque no compartimos plenamente en los años cruciales del triunfo y la derrota de la unidad popular, es capaz de iluminar algunos de los dilemas contemporáneos del socialismo en Chile y América Latina. No se trata de sacralizar la herencia teórica de Allende, obviamente discutible y circunscrita a unos tiempos que irremisiblemente no son los nuestros. Largo y penoso ha sido el camino de superar una cultura marxista dogmática, libresca y escolástica. Ya sabemos que no existe el libro en el que se puedan desentrañar los rumbos de la historia. Se trata, simplemente, de avanzar sólidamente apoyados en la experiencia de quienes —como Allende— supieron, en su momento, mirar más largo y mejor que la mayoría de sus contemporáneos.

La revolución indispensable

El diagnóstico de los problemas principales que frenan el desarrollo de la nación y la naturaleza de las soluciones necesarias que realiza Allende, coinciden en lo fundamental con el pensamiento dominante de la izquierda de la época. El elemento propio en este plano es que obvia la discusión que enfrascó durante largos años a socialistas y comunistas, respecto de la cuestión del carácter de la revolución: o democrática nacional o socialista. En su primer mensaje como presidente al congreso pleno ya se afirma directamente que la tarea que está planteada al país es la superación del capitalismo y la construcción de un nuevo régimen social: el socialismo. Más adelante —y en otros textos— se insistirá en que la construcción del socialismo no consiste en un acto único, que supone la maduración de determinadas condiciones, pero el objetivo final está planteado desde el comienzo con claridad. La novedad de su gobierno es el carácter explícitamente revolucionario de sus objetivos desde el mismo día que se ha instalado en el poder.

El concepto de revolución de Allende tiene una nítida filiación en el marxismo clásico: es un proceso de radical sustitución del modo de producción capitalista, de construcción de un nuevo orden jurídico y estatal y de creación de una cultura nueva.

“Hay en Allende una ambición de carácter histórico universal: construir un nuevo modelo de socialismo en el mundo, en un país ubicado en un rincón del planeta. Esta conciencia de la naturaleza singular de la experiencia chilena va mucho más allá de la discusión del problema de las ‘vías nacionales’, común en el debate de la época del movimiento revolucionario. Lo característico del modelo socialista de Allende es su régimen político: pluralista, democrático y libertario.”

La revolución es indispensable porque la situación de atraso del país obedece a causas estructurales:

Las causas del atraso estuvieron —y están todavía— en el maridaje de las clases dominantes tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasista interna. Ellas lucraban con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a estos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad de trabajo.

La tarea, entonces, consisten en “deshacer esta estructura constrictiva que genera un crecimiento deformado”. De allí que en la visión de Allende —que en este aspecto es compartida por el conjunto de la unidad popular— la realización de profundas reformas estructurales se convierte en el objetivo prioritario del nuevo gobierno, ya que la remoción de “esta estructura constrictiva” es la condición indispensable de todo progreso.

A la distancia, impresiona la insistencia permanentemente en la necesidad de realizar cabalmente el programa de la unidad popular en este aspecto. Ella va más allá del deseo del gobernante honesto de dar puntual cumplimiento a sus promesas electorales: constituye el núcleo de realizaciones que justifican la existencia misma del gobierno popular. Este es visto —y presentado— como radicalmente distinto de todos los que anteriormente ha tenido el país, tanto por la naturaleza revolucionaria de su programa, cuanto por la firme voluntad de realizarlo. Estas afirmaciones se reiterarán desde el día del triunfo electoral de septiembre:

... de ninguna manera, vamos a claudicar, a comerciar el programa de la Unidad Popular, que fue la bandera del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile.

Son asimismo claras desde el comienzo las transformaciones estructurales que el nuevo gobierno se propone realizar:

hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.

Sobre la base de estas modificaciones sustanciales en la estructura económico-social será necesario implementar un proceso simultáneo de construcción de una nueva economía, de modo que una suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguimos pese a las vicisitudes del subdesarrollo. Durante el transcurso del proceso se harán patentes las dificultades para realizar estos propósitos debidas en parte a las resistencias de las clases dominantes, y también a la complejidad mayor de la prevista para generar excedentes mediante meros procedimientos expropiatorios. Con todo, lo medular del programa de la Unidad Popular en el terreno socio-económico se mantendrá como un elemento central —e incontrovertible— del proyecto revolucionario. A lo más surgirá alguna discusión sobre los ritmos de aplicación de las reformas.

Pero la revolución no consiste solamente en la manera a través de la cual Chile puede crear las premisas de su desarrollo: constituye un proceso universal, una característica del mundo contemporáneo, una empresa históricamente posible y que apunta, en definitiva, a “la autosuperación de la propia condición humana, hasta ahora envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos”.

En el pensamiento de Allende están presentes con gran

énfasis los elementos utópicos del marxismo clásico, así como su optimismo histórico respecto de las virtualidades de progreso de la sociedad contemporánea:

Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales para realizar las utopías más generosas del pasado. Solo nos impide realizarlas el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas...

Es en la periferia del mundo capitalista desarrollado donde la revolución adquiere urgencias más gramáticas. Sin embargo se trata de un proceso universal, en el que la lucha de los pueblos atrasados contribuirá también a la liberación de los países poderosos:

La ordenación interna de todas las sociedades bajo la hegemonía de los desposeídos, la modificación de las relaciones de intercambio internacional exigidas por los pueblos explotados, tendrán como consecuencia no solo liquidar la miseria y el atraso de los pobres, sino liberar a los países poderosos de su condena al despotismo. Así como la emancipación del esclavo libera al amo, así la construcción socialista con que se enfrentan los pueblos de nuestro tiempo tiene sentido tanto para las naciones desheredadas como para las privilegiadas, ya que unas y otras arrojarán las cadenas que degradan su sociedad.

El proceso que inicia en Chile la existencia de un gobierno popular se vincula, entonces, a uno mayor, que apunta a escala planetaria a la superación del capitalismo. En este sentido no es casual la alusión a la revolución de octubre que hace Allende en su primer mensaje del congreso pleno. Ella le sirve para una doble operación teórica y política: para destacar la profunda originalidad del proyecto socialista que se propone realizar en Chile y al mismo tiempo su parentesco con las revoluciones socialistas contemporáneas. En esta doble afirmación se encuentra, a mi juicio, la clave del internacionalismo que caracterizó el pensamiento y la práctica del presidente Allende.

La revolución original: la primacía de la política

Uno de los ejes de la discusión de la izquierda de los años sesenta fue el de las vías de la revolución. A la tesis de que en Chile era posible acceder al gobierno —y luego al poder— por la vía pacífica, utilizando los mecanismos y las instituciones de un estado democrático de base capitalista, se oponían aquellos que sostenían la necesidad estratégica de la vía armada. Se impuso finalmente el primer camino, sostenido en la época principalmente por Allende y los comunistas.

Sin embargo, para éste la originalidad del proceso chileno era más profunda y esencial, tenía no solo que ver con la cuestión táctico-estratégica de la forma de acceso al poder, sino con el tipo de sociedad socialista que se pretendía construir.

Hay en Allende una ambición de carácter histórico universal: construir un nuevo modelo de socialismo en el mundo, en un país ubicado en un rincón del planeta. Esta conciencia de la naturaleza singular de la experiencia chilena va mucho más allá de la discusión del problema de las “vías nacionales”, común el debate de la época del movimiento revolucionario.

Lo característico del modelo socialista de Allende es su régimen político: pluralista, democrático y libertario. Es explícita su referencia a la novedad histórica de esta empresa: “Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada



a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista”.

Es también explícita su referencia respecto del aspecto central que lo diferencia del “primer modelo”:

“Allí (en la Rusia del año 17) se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado”.

Lo peculiar de la nueva experiencia consiste entonces, esencialmente, en que la organización política no asumirá las formas estatales de la dictadura del proletariado. Es reiterada la afirmación de este elemento de novedad histórica respecto de toda la experiencia socialista contemporánea:

¿Sería demasiado sostener que nosotros los chilenos tenemos en las manos antiguos y nobles anhelos de la humanidad para encontrar soluciones nunca antes contempladas?

...Es lo menos que se puede admitir al evaluar nuestro intento, en germen todavía, pero más promisorio que cualquier otro, de crear una sociedad socialista en democracia, pluralismo y libertad.

La concepción de Allende sobre la vía chilena entraba en contradicción con la cultura leninista predominante en los principales partidos de la izquierda chilena en la década del sesenta. Esta admitía, a lo más, el carácter singular — nacional — de la forma de acceso al poder.

En lo demás, en Chile no podrían, eludirse las “leyes de la revolución”. Una de las cuales —de acuerdo a la codificación del marxismo-leninismo al uso— era la necesidad de establecer la dictadura de las nuevas clases emergentes sobre las minorías desplazadas del poder. Podrían variar las formas de esta nueva dictadura de las mayorías, pero era ineludible su necesidad histórica. Libertad, sí, pero no para los explotadores, era el consenso de la cultura dominante en la izquierda, salvo como una concesión impuesta por las circunstancias y las correlaciones de fuerzas.

La contradicción propia de la izquierda de esos años entre una práctica de permanente y consecuente lucha por afirmar y ampliar la democracia política y una teoría que no terminaba de hacer bien las cuentas con ella, en Allende es-

tuvo enteramente ausente. Recogía una antigua tradición socialista, opacada en esos años pero no muerta, cuyo máximo exponente había sido Eugenio González y su programa del partido de 1947.

Durante los años de su gobierno, Allende en su polémica muchas veces implícita, —otras abierta— con la cultura dominante de la izquierda, se preocupó de fundamentar su visión del proceso en el pensamiento del marxismo clásico. Así, en su primer discurso como presidente en ejercicio se apoyaba en las palabras de Engels:

Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra todo el poder, donde, de acuerdo con la constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación.

Sin embargo la posibilidad de realizar una experiencia revolucionaria inédita se fundamenta básicamente en las características del desarrollo de Chile como nación y al mismo tiempo en una opción política y ética.

Allende realiza una lectura de la historia nacional en la cual rescata como un componente esencial de la personalidad histórica del país el haber resuelto los conflictos sociales y políticos por la vía de la acción política, como norma general:

Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por la vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista imperecedera. En efecto a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política.

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo más profundo de nuestras conciencias las luchas fratricidas. Pero sin renunciar jamás a reivindicar los derechos del pueblo. Nuestro escudo lo dice: Por la razón o la fuerza. Pero dice primero por la razón.

No se trata de una visión idílica de la historia, no se pinta una República donde ha reinado la armonía. El énfasis es que existe una tradición mediante la cual los antagonismos y las contradicciones de clase tienden a resolverse de manera fundamentalmente política. Esta tradición, por otra parte, es esencialmente popular: "nunca nuestro pueblo ha roto esta línea histórica... Las pocas quiebras históricas fueron siempre determinadas por las clases dominantes".

El triunfo de la Unidad Popular y la emergencia de un gobierno que se propone alterar drásticamente el orden social forma parte de un largo y complejo proceso histórico, mediante el cual se hace posible el cambio sin una ruptura institucional, en la medida que las instituciones, si bien han servido de soporte al viejo orden, contienen también la acumulación progresiva de muchas conquistas populares. Entre ellas dos se destacan por su carácter permanente las libertades políticas y el principio de legalidad. Respecto de las primeras:

...las libertades políticas son una conquista en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el periodo histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto deben permanecer...

Se trata de fortalecer las libertades políticas, pero al mismo tiempo de asegurar las condiciones materiales de su plena realización: "Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica".

La legalidad también es reivindicada como una con-

quista popular y como un componente esencial del nuevo régimen socialista:

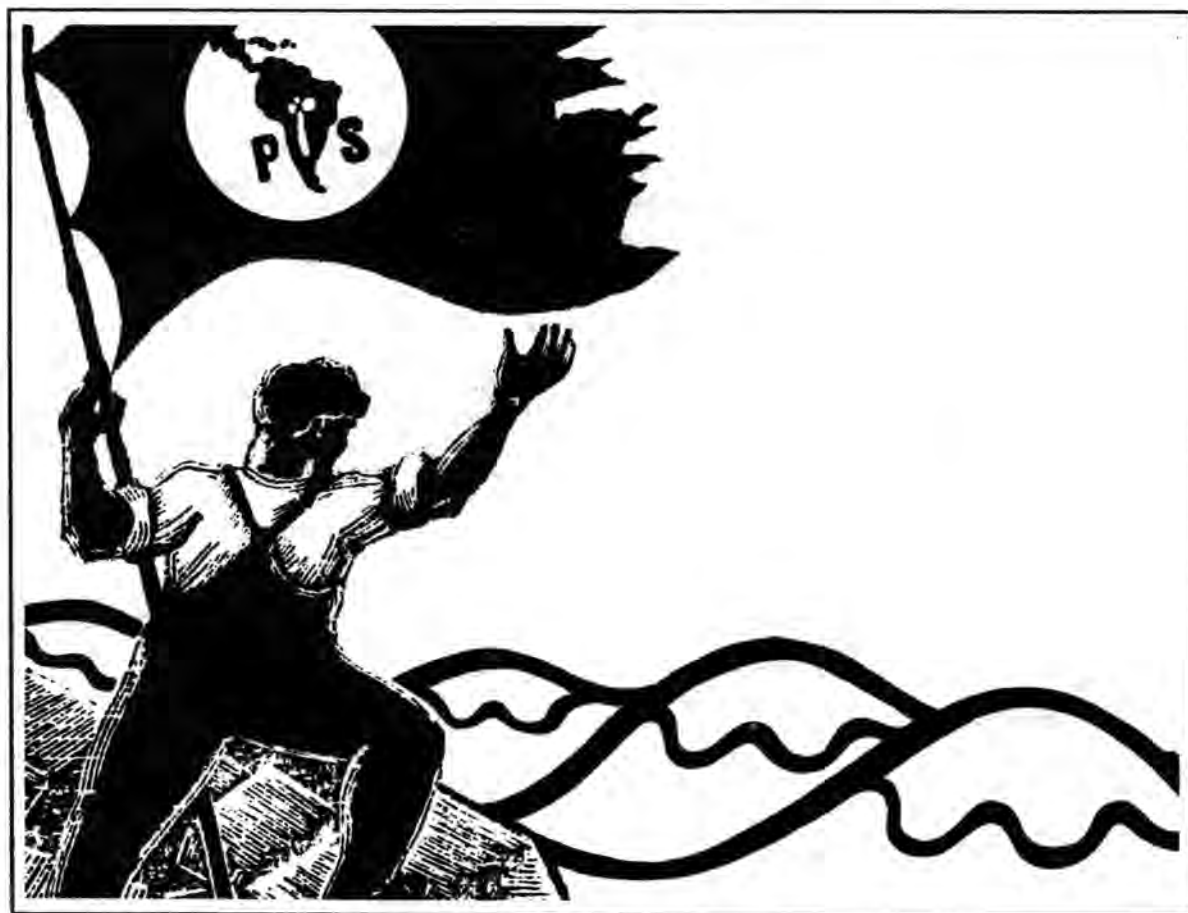
El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado. Es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados.

La afirmación del principio de legalidad se acompaña de la exigencia de una profunda transformación del régimen jurídico, de manera de adecuarlo a los procesos de cambio económico sociales.

Para Allende la posibilidad de construir un nuevo modelo de socialismo surgen del pleno desarrollo de determinadas características de la evolución histórica del país, pero también de una opción de naturaleza ética y política. El objetivo de renunciar a la violencia y rescatar la supremacía de la política para la acción revolucionaria está estrechamente vinculado a la posibilidad de construir una sociedad socialista plenamente democrática:

La guerra civil, cuando es impuesta el pueblo como única vía a la emancipación, condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el uso del poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares.

El esfuerzo en que se compromete como presidente de la República consiste en el ejercicio de una enérgica voluntad política para evitar que en Chile se den esas condiciones



de manera de "alcanzar la satisfacción de las aspiraciones populares dentro de nuestras tradiciones".

Las condiciones de la vía allendista

En los textos del Allende presidente se da un permanente contrapunto entre la certeza de que el país enfrenta un grande y hermoso desafío en términos de construir una sociedad más justa y libre, y la aguda conciencia de los inmensos obstáculos que es necesario enfrentar para ello. Domina finalmente su optimismo histórico, pero aparecen también —y cada vez con más fuerza en la medida que avanza el proceso— observaciones bastantes lúcidas sobre lo que podríamos denominar las condiciones para la viabilidad de la experiencia que encabeza. No se pretende en estas páginas un balance de ella, sino tan sólo una reflexión sobre el pensamiento de su principal protagonista. Nos parece de interés subrayar cómo Allende percibe dichas condiciones.

a) Paz civil, orden público y transformaciones revolucionarias

Es notable como Allende es capaz de asumir —en el terreno de las concepciones— la íntima relación entre el rechazo a la violencia como instrumento de transformación y la necesidad de que los conflictos y tensiones sociales agudos que necesariamente provocará la realización del programa de gobierno, se resuelvan mediante procedimientos políticos y en el marco institucional. Ello supone que las principales clases y actores políticos respeten las reglas del juego democrático o —al menos— que quienes intenten sobrepujarlas puedan ser políticamente aislados y sean incapaces de movilizar recursos militares de consideración. En el caso de Chile, ello suponía impedir que los sectores dispuestos al quiebre institucional pudieran contar con apoyos significativos en las fuerzas armadas.

La institucionalidad y el principio de legalidad en las nuevas condiciones creadas por la existencia de un Gobierno Popular juegan un papel fundamentalmente progresista, el Estado de la vieja sociedad no debe ser destruido sino profundamente transformado desde sí mismo, para dar origen a uno nuevo que exprese la nueva hegemonía social y política que realiza la revolución. En este cuadro las clases desplazadas tenderán a utilizar la violencia para detener el proceso y a crear una situación de guerra civil. Para el movimiento popular la tarea es frustrar ese diseño, garantizar la paz civil y realizar las transformaciones revolucionarias sin quiebra institucional:

Régimen democrático y paz civil se implican de manera recíproca y lo que atenta contra uno atenta directamente contra el otro. Sólo en la medida que logremos mantener operantes y activos los mecanismos democráticos, podrá Chile vencer a quienes anhelan la violencia para imponer sus propósitos.

En tal situación la mantención del orden público adquiere una connotación nueva para las fuerzas de la transformación y la cultura de la izquierda:

El gobierno ha cumplido y cumplirá su deber de preservar el orden público, al mismo tiempo que impulsa la transformación de la sociedad. Contrariamente a lo que ocurría en el pasado, el orden público ha dejado de estar al servicio del orden

capitalista y es hoy un factor coadyuvante del avance del proceso revolucionario.

No es necesario recalcar los elementos de novedad de esta concepción sobre el rol de un Estado democrático, con un grado importante de desarrollo como el chileno, en el proceso de sustitución del capitalismo respecto de la ortodoxia leninista sobre el particular.

b) Un sistema institucional flexible

Sin perjuicio de las afirmaciones anotadas en el párrafo precedente para Allende es también claro que el marco institucional y el ordenamiento estatal heredados del capitalismo son incapaces de contener las nuevas relaciones económicas, culturales y de poder que se van gestando en el proceso revolucionario. La defensa que hace del principio de legalidad no se confunde con una visión estática ni conservadora de la institucionalidad vigente:

...al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en el momento oportuno someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesidad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento liberal, por una Constitución de orientación socialista.

Para que ello sea posible resulta fundamental que las instituciones no se conviertan en un obstáculo para las transformaciones que van madurando en la sociedad. Para Allende ello es posible:

Por mi parte declaro, señores miembros del congreso nacional, que fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse en el parlamento del pueblo. Y afirmo que las fuerzas armadas chilenas y el cuerpo de carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad expresada en los términos que la constitución establezca.

Si la naturaleza del sistema institucional no impide su propia transformación, el problema se traslada al terreno directamente político y a la actitud que asuman las diversas fuerzas frente al proceso en marcha. Es la apelación que realiza el presidente a las fuerzas representadas en el congreso:

nuestro sistema legal debe ser modificado. De allí la gran responsabilidad de las cámaras en la hora presente... Del realismo del congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar.

No existe, sin embargo, ni en Allende ni en la unidad popular una estrategia clara para conquistar una mayoría en el parlamento. Se asume que el proceso revolucionario descansa en el apoyo de los partidos de la coalición popular y se apela a que la democracia cristiana realice una oposición responsable y sea consecuente con sus postulados programáticos de 1970. La estrategia implícita era el crecimiento sostenido de los partidos de izquierda en función de las realizaciones del gobierno y el acuerdo puntual con el centro para determinados aspectos del programa, objetivos difíciles dada la tendencia del sistema de partidos políticos a mantener sus bases sociales de sustentación.

c) Organización popular, participación y poder de los trabajadores

Para Allende el desarrollo de la democracia va mucho más allá de garantizar las libertades políticas y las reglas del juego de la democracia representativa. Estas no se niegan, al contrario se les atribuye como hemos visto —el valor de una conquista permanente y de componentes esenciales del orden político socialista al que se aspira.

El objetivo consiste, entonces, en sumar el pleno ejercicio de los derechos sociales a los políticos; en desarrollar la democracia económica y en crear múltiples canales de participación del pueblo —y en particular de los trabajadores— para la gestión y dirección de la vida social. En esta concepción la revolución no es un proceso que se realice fundamentalmente desde arriba —desde las alturas del estado— sino supone una creciente y múltiple participación de los ciudadanos en la gestión del poder. Se advierte en este aspecto la recuperación plena de la utopía de la autogestión de la sociedad tan presente en la tradición marxista original.

La democratización del mundo del trabajo y de la vida económica adquiere en esta visión una importancia primordial:

La auténtica democracia exige la permanente presencia y participación del ciudadano en los asuntos comunes, la vivencia directa e inmediata de la problemática social de la que se es sujeto, que no puede limitarse a la entrega periódica de un mandato representativo. La democracia se vive, no se delega. Hacer vivir la democracia significa imponer las libertades sociales.

Refiriéndose a la nueva realidad que se iba creando en el sector estatizado de la economía e insistiendo que no se trataba solamente de cambiar las relaciones de propiedad sino de la organización y gestión de la producción, en 1972 Allende decía:

De ese modo la mina, la fábrica, la oficina, la empresa agrícola comercial, irán perdiendo el aspecto inhumano, orientado exclusivamente hacia la búsqueda de ganancias que les confirió la sociedad capitalista, para adquirir la fisonomía de instituciones sociales que anticipen el carácter socialista de la futura sociedad chilena, al volcar sus preocupaciones tanto a la producción y a la productividad, como a llenar las necesidades existenciales de belleza y felicidad de los trabajadores.

Desde el gobierno se promueve la participación popular en todos los ámbitos de la vida social y estatal, a través de múltiples organizaciones: consejos comunales campesinos, juntas de abastecimientos y precios en barrios y poblaciones en diversas estructuras de la administración. El movimiento sindical, asimismo, es un interlocutor privilegiado en la formulación de las políticas económicas y sociales.

Es claro que este proceso recogía una rica tradición de organización popular desarrollada durante decenios. Lo nuevo era que desde el poder del estado era alentada como un aspecto esencial de su proyecto político. Detrás de este aliento se percibe la fuerza de una concepción socialista libertaria:

La actividad humana conforma un todo, aunque aparezcan fragmentadas sus manifestaciones concretas. Nuestros conciudadanos deben asumir responsabilidades directas en la toma de decisiones tanto en sus centros de residencia, como en sus centros de trabajo, y en la comunidad nacional.

d) La mantención del nivel de la actividad productiva

Una preocupación central del Allende gobernante es compatibilizar las profundas transformaciones estructurales que su gobierno se propone realizar con la mantención y la ampliación de los niveles de producción y productividad ya alcanzados en la economía. Existe la profunda intuición que la vía elegida para la construcción del socialismo supone evitar también quiebres abruptos en los procesos productivos, y que al mismo tiempo que las tensiones sociales tienden a expresarse inevitablemente en la economía. A estas certezas iniciales se suma luego la evidencia de que las clases amenazadas por el proceso, como también el gobierno norteamericano, han resuelto convertir el terreno económico en uno de los principales escenarios de la lucha política en curso. Este dato no hace sino reforzar la idea de que existe una estrecha vinculación entre las singularidades políticas de la vía chilena al socialismo, con aquellas que es necesario asegurar en el plano económico:

El modelo político que mi gobierno está siguiendo para encauzarse al socialismo exige que la revolución socio-económica tenga lugar simultáneamente con la expansión económica ininterrumpida. Esta es una empresa de duras proporciones. Si no somos capaces de llevarla a cabo, el proceso revolucionario proseguirá su curso a través de medios más inciertos y mucho más costosos que los actuales como demuestra elocuentemente la experiencia histórica de las revoluciones en el resto del mundo.

Es conocida la estrategia general seguida en este aspecto por el gobierno. Se pretendió realizar en un plazo relativamente corto, la expropiación de la gran minería, de la banca, de la industria monopólica y del latifundio con el objeto de crear una área de propiedad social dominante capaz de servir de base a una economía planificada democráticamente y generar los excedentes fundamentales para asegurar el desarrollo, y simultáneamente garantizar el pleno funcionamiento de una extensa área privada —subordinada a la anterior— de manera de aprovechar integralmente los recursos productivos de la nación.

En la base de esta estrategia estaba el propósito de romper la subordinación económica —y también política— de los sectores medios y pequeños de la burguesía productiva y comercial respecto de los sectores monopólicos y el capital trasnacional. En esta perspectiva Allende hacía la poco ortodoxa afirmación de que:

la superación del capitalismo y transición al socialismo, de acuerdo con nuestro camino requiere la presencia y el aporte de la capacidad empresarial de una área activa de medianos y pequeños productores.

e) La preservación de la soberanía nacional

Para Allende la instauración de un gobierno como el que presidía significaba también una modificación sustancial de la ubicación internacional del país. La ruptura de la dependencia económica y política respecto de los Estados Unidos era un objetivo explícito y declarado desde el comienzo del nuevo régimen. Las evidencias de animosidad del gobierno norteamericano respecto de la experiencia que se iniciaba en Chile se hicieron presentes, asimismo, antes de que este entrara formalmente en funciones. Su política internacional partía de la premisa de que era fundamental evitar el aislamiento del país, proyectar la legitimidad institucional del

nuevo gobierno en los diversos organismos de la comunidad mundial, afirmar la inserción de Chile en América Latina, seguir una política de no alineamiento activo y multiplicar las vinculaciones económicas, políticas y culturales mediante el restablecimiento pleno de relaciones con todos los países socialistas y la mantención y ampliación de las existentes con Europa Occidental. Tanto las condiciones de Chile, cuanto las opciones políticas del nuevo gobierno no significaban que su traducción en el terreno internacional consistiera en un simple cambio de campo: del capitalista al socialista. En este plano la vía chilena suponía afirmar el carácter latinoamericanista, no alineada y tercermundista de su política internacional. La legitimidad interna del gobierno lo llevaba a afirmar su soberanía en el terreno del derecho internacional.

En la medida que crecía el cerco económico, diplomático y político de los Estados Unidos crece la apelación a la solidaridad de los sectores progresistas del mundo y la conciencia de que en Chile están en juego valores que interesan vitalmente al conjunto de las fuerzas antimperialistas:

El mundo ve en nosotros la realización simultánea de algunas de las más trascendentales aspiraciones que interesan a la ci-

vilización actual: la lucha de un pueblo por su dignidad, por liberarse del dominio capitalista extranjero, por acabar con la opresión social de la clase dominante, por avanzar hacia el socialismo con libertades pluralistas y tolerancias de ideas y credos...

En diversos países, no solo de América Latina, sino también de Europa, estamos presentes en el debate político interno. En ellos, las principales fuerzas en pugna, capitalistas y socialistas, nos toman como un punto de referencia. Los movimientos populares para defendernos y recoger la experiencia de la clase trabajadora chilena; los capitalistas, para detractarnos y loar su orden social, exagerando las dificultades inherentes a un país subdesarrollado y dependiente que lucha por su liberación.

NOTAS

- 1) Jorge Arrate, A Fuerza Democrática de la Idea Socialista.
- 2) Todas las citas de Salvador Allende utilizadas en este prólogo, corresponden a textos que integran el volumen. Para no cansar al lector no se han incluido con referencia específica en cada caso.

SALVADOR ALLENDE Y LA UNIVERSIDAD

Galo Gómez. Catedrático universitario. Ex-vice-rector de la Universidad de Concepción. Dirigente nacional del PSCH. Autor de Estudios sobre educación y política.



Allende estudiante

Allende nació el 26 de junio de 1908 en la ciudad de Valparaíso. Su bisabuelo fue guerrillero en las luchas de la independencia contra el colonialismo español. A su abuelo médico y senador del partido radical, por sus ideas avanzadas le decían el "Rojo" Allende. Su padre, un distinguido abogado de pensamiento progresista.

Salvador Allende era apenas un adolescente cuando ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Allende, estudiante universitario destaca como líder estudiantil, siendo elegido presidente del centro de estudiantes de medicina y delegado ante el consejo universitario; más tarde, es designado vicepresidente de la siempre combativa Federación de Estudiantes de Chile. En sus tareas de estudiante y dirigente estudiantil participó activamente en la lucha por el derrocamiento del régimen dictatorial de Carlos Ibáñez del Campo, desarrollando una intensa actividad revolucionaria que lo llevó a la cárcel, condenado a relegación

Cuadernos de Orientación Socialista, núm. 21, Berlín, DDR, IX-1985.

al puerto de Copiapó y expulsado de la Universidad. Estaba en prisión, procesado por una corte marcial, cuando falleció su padre; obtenido el permiso para asistir a sus funerales, de pie, junto a la tumba de su progenitor, Allende juró solemnemente consagrar su vida a la lucha social. Toda la humanidad sabe que cumplió su juramento con lealtad, pasión, honor y gloria.

En la universidad se apasiona por las ideas del socialismo, estudia la historia de la Revolución de Octubre, dirige un grupo estudiantil, *Avance*, comienza a leer a los clásicos del marxismo: Marx, Engels, Lenin (pero según el mismo, desde temprana edad comenzó a estudiar las teorías marxistas). Ingresa en la masonería a la *Logia Lautariana*, donde militaron próceres latinoamericanos como Bolívar, San Martín, y O'Higgins.

Cuando Carlos Ibáñez del Campo es derrocado el 26 de julio de 1931, Allende regresa a la universidad y recibe su título de médico cirujano.

En 1932 colabora en el apoyo a la célebre República Socialista de los doce días, efímera pero luminosa experiencia revolucionaria de la época, que conmovió a Chile. Al año siguiente, participa en la fundación del Partido Socia-

lista de Chile y a los 25 años es el primer secretario regional del PS en Valparaíso.

El 4 de septiembre de 1970, Allende triunfa en las elecciones presidenciales, pasada la medianoche, desde el balcón del viejo edificio de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, expresión y símbolo de lucha y combate por las mejores causas de Chile, se dirige a su pueblo.

El Triunfo Popular y las Universidades Chilenas

Cuando asciende al poder el presidente Allende, Chile contaba con ocho universidades —dos estatales y seis privadas— que aspiraban a coordinarse entre sí a través de un Consejo de Rectores. La universidad había alcanzado una importante expansión de sus matrículas y había dirigido su acción a distintas zonas del territorio nacional. Hacia 1970, en conjunto constituían un sistema nacional compuesto por cincuenta sedes y subsedes que, prácticamente, cubrían el país.

Importa, ahora y siempre, destacar cuál fue la reacción de las universidades de Chile ante el veredicto histórico del pueblo Chileno —4 de septiembre de 1970—, acto por el cual fuera elegido y libremente honrado como presidente de la República, en una contienda democrática de resonancia continental y mundial.

La universidad de Concepción, a través de su consejo superior expresó, entre otras ideas, las siguientes:

— La elección del presidente Allende es la respuesta integral y popular a cuanto significa la construcción de una sociedad nueva y de un hombre nuevo, lo que coincide plenamente con los principios que informan la misión de esta universidad reformada.

— La elección del presidente Allende es un imperativo del más alto humanismo para los trabajadores universitarios, y

nos exige situarnos en definitiva ante la realidad que debemos transformar junto a la clase trabajadora y demás sectores populares, de acuerdo con un compromiso estricto entre lo que pensamos y lo que hacemos.

— La elección del presidente Allende y la decisiva responsabilidad de la ciudad y de la región en ella, ponen de relieve otra vez la idea de que siempre fue Concepción un ámbito dinámico en la historia de Chile desde las primeras décadas de la independencia nacional—. La elección del presidente Allende para esta universidad templada en la lucha constructiva se identifica con un impulso plenamente compartido por el desarrollo de esta Cuenca geoeconómica y por la liberación creadora, tanto nacional como latinoamericana...¹

La universidad católica de Santiago, por medio de su rector Fernando Castillo Velasco, manifestó, entre otras cosas, lo siguiente:

La reciente elección significa la ratificación de una opción mayoritaria de la nación en favor de instaurar en Chile una sociedad libre y justa. Es mi deber, como rector de la universidad católica, expresar, en esta hora que vive Chile, mi propio pensamiento y el de quienes me acompañan en mi gestión, sobre la actual circunstancia política y proponer los criterios básicos para nuestra acción futura.

Nuestra palabra se funda en una historia y en una experiencia colectiva: la reforma universitaria chilena. Pensamos que los postulados básicos de ese movimiento renovador —que no son patrimonio de nadie, sino creación de muchos y que expresan la vitalidad de la institución universitaria— deben ser hoy expuestos a la nación como un aporte y una afirmación de nuestro trabajo comprometido...

La tarea revolucionaria es responsabilidad del pueblo de Chile, no hay ni pueden haber dueños o administradores de la revolución. La revolución es un acto de creación colectiva y permanente y es la suprema vocación de un pueblo libre. Nadie podría pretender imponerles a los chilenos un camino diferente de aquel que las mayorías vayan conquistando con su propio esfuerzo e imaginación.



El acto trascendental por el cual un pueblo reivindica el derecho de ser protagonista de su propia historia exige de nosotros —universitarios— un acto superior de desprendimiento y de fe...

Volvemos a afirmar que no somos ajenos a los cambios que experimenta nuestra sociedad. Aspiramos a ser parte comprometida de la nación: científicos, profesionales, artistas, intelectuales, jóvenes y funcionarios que desean servir a la liberación de nuestra sociedad, a la instauración de un mundo humano, dignificado por la presencia activa de la igualdad, la solidaridad, la justicia, la libertad y el pluralismo...

El papel de la universidad en esta hora es, pues, más importante y su responsabilidad aún mayor; debe llevar adelante su reforma con el fin de participar activamente en la construcción de la nueva sociedad, aportando a través de su trabajo específico los conocimientos y al personal con formación superior apto para impulsar la transformación independiente y acelerada de Chile.

Los que profesamos los ideales cristianos, debemos en esta hora identificarnos con nuestra más profunda vocación y procurar desde nuestras diferentes posiciones que irradian poderosamente la construcción de esta nueva sociedad que anhelamos para Chile. La fe en Dios, comprometida y vivida a fondo, es un impulso para la liberación del hombre y la creación de una sociedad más justa y fraternal. La esperanza cristiana genera nuevos motivos y fuerzas para romper las alineaciones económicas, sociales y culturales y crear así una sociedad en la que rijan relaciones transparentes de verdad, amor y justicia...²

También emitió una declaración la universidad Austral, cuyo rector en esa época era Willian Thayer (personaje muy vinculado a la dictadura de Pinochet, siendo actualmente miembro del consejo de estado), la que expresa su conformidad a las "afirmaciones de fe democrática que el doctor Allende ha formulado, en plena concordancia con su personal trayectoria republicana..."

Finalmente, el consejo de rectores de las universidades Chilenas —el 26 de septiembre de 1970— reunido con la asistencia del presidente Allende en la universidad de Concepción, tomó una serie de acuerdos relativos al triunfo de Salvador Allende; señaló, en esa oportunidad:

... con el fin de iniciar un estudio reflexivo del papel que corresponde a las universidades frente a las nuevas realidades que vive el país, reafirmar lo acordado por el mismo consejo en mayo del presente año, como puntos básicos de una política y regulación universitaria chilena y esbozar algunas líneas de acción futura que nos sugiere el actual momento que vive el país. Este último aspecto será ampliado en forma importante en el futuro, con el aporte de todas las comunidades universitarias del país.³

En otra parte, referida a los puntos básicos para una política universitaria decía:

Las diversas ideologías y creencias coexisten dentro de la universidad y ésta garantiza el pluralismo de opiniones y métodos científicos y la libertad de expresión, discusión y crítica, dentro del marco de la convivencia universitaria y el respeto por la objetividad de las ciencias.

Las universidades garantizan el libre acceso de todas las personas idóneas, sin discriminación de ninguna especie. El estatuto legal debe consagrar mecanismos operacionales que aseguren la igualdad de oportunidades para todos en el acceso a las Universidades y contemplar medidas especiales que faciliten el ingreso a ellas de las personas de escasos recursos. Las universidades asumen el compromiso de desarrollar sus actividades en beneficio de una efectiva democratización de la cultura y la sociedad, como condición para su propia democratización. En efecto, el pueblo es sujeto y destinatario de

la cultura. La cultura universitaria ha de constituirse pues, también, como cultura del pueblo. Ambas deben identificarse como aspectos integrados de una misma forma de vida, la vida del pueblo. Con el fin de reencontrarse a sí mismo con autenticidad, en su esencial vocación democrática, la universidad debe ponerse al lado del pueblo y con él participar en la transformación de la sociedad...⁴

En esa oportunidad las Universidades reclamaron el lugar que les correspondía en el desarrollo del país en cuanto a aportar al estudio de los problemas nacionales y sus investigaciones.

El documento a que se hace referencia fue suscrito por los siguientes rectores: Doctor Edgardo Enríquez F., universidad de Concepción; Señor Enrique Kirberg B., universidad Técnica del Estado; Señor Raúl Allard N., universidad Católica de Valparaíso; Señor Roberto Maldonado V., Vicerrector universidad Federico Santa María; Señor Miguel Campos R., universidad del Norte.

La Idea de Universidad

En Chile la universidad fue considerada siempre como el instrumento necesario en la construcción de nuestra vida cultural y social.

Con dos años de anterioridad al triunfo popular, Eugenio González, rector de la universidad de Chile, decía:

...es tarea, ahora, la de preparar a la universidad para que pueda cumplir plenamente sus funciones cuando las fuerzas progresistas de Chile configuran un nuevo estado al servicio de una nueva sociedad.⁵

Así también, se había expresado que:

la lucha de los universitarios por la democratización y el desarrollo de la universidad es sólo un aspecto de la lucha más general que libra el conjunto de las fuerzas progresistas y que se orientan en el sentido de abrirle paso a un proceso de profunda democratización nacional que incorpore más y más sectores del pueblo a la tarea de buscar un nuevo rumbo para Chile.⁶

Pensamientos relacionados con el proceso de reforma universitaria, pero que de alguna manera eran expresión de que el día de la victoria del movimiento popular estaba cercano.

El programa básico de la Unidad Popular planteaba cuatro nociones respecto al desarrollo de la reforma universitaria y su compromiso crítico con el destino del país, esto es:

— respaldo al proceso de reforma y reorientación de las funciones académicas de docencia, investigación y difusión en función de los problemas nacionales;

— recursos suficientes para asegurar el cumplimiento de las funciones universitarias;

— el gobierno universitario corresponderá a sus respectivas comunidades. Se reafirma, por tanto, la autonomía;

— admisión progresiva a las universidades de los hijos de los trabajadores y, también, de los adultos. Estos últimos a través de becas especiales o mediante el sistema de estudio y trabajo simultáneo que permita su ingreso a cursos del nivel superior.⁷

Así Allende, a pocos días de su victoria, decía ante los rectores de las universidades Chilenas, que la universidad debía ser un factor dinámico en el gran y profundo proceso de transformación que Chile reclamaba y que el pueblo, hecho gobierno, iba a realizar.

En la misma oportunidad señalaba que la Universidad, conservando plenamente su autonomía lo que no significaba estar aislada, debía ser una universidad vinculada en la profundidad de los anhelos y realidades de la patria para convertirse en un laboratorio de ideas y de pensamientos al servicio del pueblo y del progreso nacional. Una universidad, a su juicio, participando estrechamente en el gran quehacer nacional para romper las dependencias que han sujetado a Chile en lo económico, en lo político y en lo cultural.

Así, ante los universitarios dijo:

...como gobernante declaro que para nosotros la educación superior es un derecho de los jóvenes trabajadores y no un privilegio de los jóvenes de las clases acomodadas. Pongo énfasis sobre los derechos en la libertad de la juventud para objetar y terminar con el paternalismo del viejo régimen universitario que por cierto no cabe citar en esta universidad que supo de la dignidad en horas duras, cuando fue violada su autonomía, y que supo siempre abrir horizontes intelectuales para que hombres de todas las latitudes trajeran su pensamiento y su inquietud y que ha sabido ahora, presurosamente, pero con la responsabilidad necesaria, estar junto al pueblo, y estas jornadas así lo señalan, no sólo para difundir nuestro programa sino que para defender la victoria de Chile.⁸

No quería Allende, una universidad anquilosada, sin vida, oculta tras la fachada de aparente seriedad académica o científica, sino una universidad que diera la más amplia cabida a todas las formas del pensamiento y de la acción revolucionaria, constituyéndose así en auténtica vanguardia del desarrollo científico, técnico, artístico y cultural. Una universidad concebida, además como habitación y símbolo de todas las grandes aspiraciones revolucionarias y de la profunda voluntad de cambio que labora muy hondo en la entraña del acontecer social y cultural latinoamericano.

Habíamos dicho durante el proceso de reforma que:

está entendido, además, que cambiar la universidad ahora no es hacer de ella una revolución. Que no basta con trasladar el poder universitario de unas manos a otras, sino que es necesario hacerlo de una clase social a otra ligados a los cambios en las formas de producción. No puede ignorarse, por tanto, que eso no puede ocurrir sino mediante una transformación de estructuras y relevo de clases a escala nacional. Pero tampoco puede desconocerse que esa transformación nacional sólo es posible en la medida en que se vayan impulsando las transformaciones parciales que la coyuntura permita.⁹

Allende, en su histórico discurso, pronunciado en la universidad de Guadalajara, expresó ante profesores y estudiantes:

la revolución no pasa por la universidad y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas; la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen esencialmente los trabajadores...¹⁰

Sin embargo, los problemas de la universidad no son inseparables de los problemas de la sociedad en que ella se desenvuelve así el compromiso de la universidad con el destino del pueblo tendría que cristalizar en la real adecuación de las tareas que le son inherentes al complejo de necesidades que surgen de las mayorías nacionales, en procura de superar el atraso social, económico y cultural del país.

Mantener la universidad al margen de la política es una respetable consigna. Pero ¿es esto posible tratándose de una institución pública? ¿Es siquiera prudente en un régimen como el nuestro? la respuesta es obviamente un no.

La universidad debe ser por virtud de su misión inte-



gradadora y de su independencia crítica algo así como la conciencia vigilante de la comunidad nacional.

La Autonomía Universitaria

Antes del gobierno de la Unidad Popular, la autonomía universitaria estaba reconocida en Chile por un decreto de ley que no precisaba a qué tipos de autonomía se refería. Los diferentes gobiernos, la habían respetado en general. Influyó en ella la tradición, pues una disposición tan amplia y, por lo mismo vaga, era fácilmente "interpretable" y susceptible de ser burrada.¹¹

El consejo de rectores de las universidades de Chile, en la reunión ya mencionada, señaló con relación a la autonomía universitaria lo siguiente:

La autonomía universitaria debe ser asegurada en todos sus aspectos. Autonomía de gobierno, o sea, la potestad de elegir sus propias autoridades, dictar las políticas que convengan al cumplimiento de sus funciones propias y autorregular su realización, dentro del marco de la política cultural de la nación determinada por el poder representativo del pueblo.

Autonomía académica, o sea la facultad de decidir y organizar las más adecuadas a sus funciones, adoptar los métodos de trabajo que convengan a su realización, establecer sus propios programas de estudio y los procedimientos para verificar y reclutar su personal de acuerdo a las disposiciones generales que contenga un Estatuto legal de las Universidades.

Autonomía administrativa, o sea, el derecho a adoptar y organizar los sistemas más eficientes para su funcionamiento y por último, autonomía financiera, o sea el derecho a disponer de las asignaciones presupuestarias del estado, por mandato constitucional y de sus recursos propios, sean de origen público o privado.

La autonomía consagrada en estos términos no es más que una manera de concebir las universidades —dentro de la sociedad— como autonomías sociales, es decir, ámbitos reconocidos por el estado como autónomos en función de las actividades que allí realizan comunidades de hombres al servicio de la cultura y el desarrollo nacional.

Allende, hablando en el foro abierto de la universidad de Concepción, el día 26 de septiembre de 1970, minutos después de haber estado reunido con los rectores de las universidades Chilenas, expresó:

...reitero en que la universidad, conservando plenamente su autonomía, lo que no significa estar aislada, será una universidad vinculada en la profundidad de los anhelos y realidades de la patria...

En la misma ocasión reiteró que Chile cumpliría su destino histórico afianzado, apoyado y fortalecido en la acción de las amplias mayorías nacionales y entre cuales las universidades y los estudiantes serían un factor esencial.

El 9 de enero de 1971, a iniciativa del gobierno de Allende, se promulgó una reforma a la constitución que, en lo referente a las universidades, decía textualmente:

las universidades estatales y particulares reconocidas por el estado son personas jurídicas dotadas de autonomía académica, administrativa y económica. Corresponde al estado proveer a su adecuado financiamiento para que puedan cumplir sus funciones plenamente, de acuerdo a los requerimientos educacionales, científicos y culturales del país.

En cuanto a la autonomía territorial fue aprobada por ley de la República promulgada el 8 de junio de 1971. En esta ley se garantizaba a:

Todos los miembros de la universidad, dentro de cada una de sus estructuras y organismos, y, a cualquiera dentro de su ámbito, la libre expresión y coexistencia de las diversas ideologías y corrientes de pensamiento, sin otra limitación que su ejercicio se sujete a normas de mutuo respeto.

Como consecuencia de la reforma universitaria, el 5 de junio de 1971 se promulgó el estatuto orgánico de la universidad de Chile, que en su artículo 50. señalaba lo siguiente: "la universidad de Chile es un establecimiento público, autónomo, independiente de la administración central del estado de..." En esa oportunidad el presidente Allende declaró: "Seremos decididos partidarios del respeto más absoluto a la autonomía universitaria y, por cierto, como lo consagra este estatuto, a su inviolabilidad territorial".

La Juventud

Allende, varias veces señaló

no hay querrela de generaciones: hay jóvenes viejos y viejos jóvenes, y en estos me ubico yo.

Hay jóvenes viejos que no comprenden que ser universitario por ejemplo, es un privilegio extraordinario en la inmensa mayoría de los países de nuestro continente. Esos jóvenes viejos creen que la universidad se ha levantado como una necesidad para preparar técnicos y que ellos deben estar satisfechos con adquirir un título profesional...

Y estos jóvenes viejos, si son arquitectos, por ejemplo, no preguntan cuántas viviendas faltan en nuestros países y, a veces, ni siquiera en su propio país.

No hay, expresaba, querrela de generaciones. La juventud debe entender su obligación de ser joven; y si es estudiante, darse cuenta que hay otros jóvenes que no son estudiantes. Y si es universitario mirar al joven campesino o al joven obrero, y tener un lenguaje de juventud.

Es importante que la juventud universitaria, comprenda, que no puede pasar por la universidad al margen de los problemas de su pueblo, de allí que ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica.

Frente a cómo debía ser el dirigente estudiantil decía:

Yo no le he aceptado jamás a un compañero joven que justifique su fracaso porque tiene que hacer trabajos políticos: tiene que darse el tiempo necesario para hacer los trabajos políticos, pero primero están los trabajos obligatorios que debe cumplir como estudiante de la universidad. Ser agitador universitario y mal estudiante, es fácil; ser dirigente revolucionario y buen estudiante, más difícil...¹²

Pienso, decía, que para los jóvenes chilenos los problemas personales deben estar conectados con las cuestiones públicas. En consecuencia, toda acción de las masas estudiantiles deben ser el resultado de la preocupación constructiva de los estudiantes por los problemas de la educación, de la reforma universitaria y los grandes problemas de la política nacional e internacional.

La juventud, señalaba, va a ingresar a las universidades con grandes perspectivas no sólo meramente educativas y profesionales sino en relación con lo que los jóvenes consideran una experiencia liberadora tanto cultural como social. La universidad moderna, por estar dentro de la sociedad, debe ejercer influencias sobre el carácter de la sociedad.

Pensaba que la juventud debía ser movilizadora y politizada, especialmente la juventud estudiantil y universitaria, y cobrar conciencia de su responsabilidad social. Las universidades chilenas deben colocarse contra las principales corrientes de la sociedad burguesa, de los privilegios económicos de la intoxicación cultural imperialista.

Los jóvenes por el hecho de ser jóvenes, son los que deben ser más permeables a las corrientes renovadoras, al pensamiento creador, a la voluntad de acción constructiva y revolucionaria. Debemos buscar, cada vez que sea posible —y siempre lo será— el diálogo abierto con la juventud porque sin ella, sin su participación; sin su apoyo no se comprende un proceso revolucionario ni puede uno imaginarse que pueda tener contenido y proyección una labor revolucionaria.

Ser estudiante universitario en un mundo que cruje en sus viejas estructuras, tener la información internacional al segundo y poder estudiar y documentarse —no tan sólo es obligación básica hacerlo—, en la disciplina que se ha buscado como carrera, en la ciencia o en el arte, sino además, tener una visión más amplia y entender que un profesional, que un técnico, que un científico tiene que estar entroncado con los procesos esenciales de su patria y de su pueblo. Un universitario en cualesquiera de las universidades chilenas, tiene la obligación fundamental de entender que es universitario porque millones de chilenos, con su trabajo anónimo ignorado, miles de obreros, campesinos y empleados, con su esfuerzo crean las condiciones materiales para que se levanten las universidades. No deben dejar de recordar que la inmensa mayoría de esos compatriotas nunca pudo pasar por una universidad, nunca va poder pasar todavía por una universidad.

Las generaciones que construyen la nueva sociedad tienen que entender —y los jóvenes con mayor razón, que se beneficiarán auténticamente en una sociedad distinta—, que la construcción socialista obliga a un sacrificio que a veces tiene que ser heroico.

Un joven universitario de derecha, de centro o de izquierda, tiene la obligación de estudiar. No pido, decía que todos piensen como nosotros, pero los que no piensan como nosotros tienen que tener como argumento ideas y cifras, para poder criticarnos.

Así expresaba su gran preocupación por la juventud: ¿Qué vamos a hacer por la juventud obrera? ¿Qué vamos a

hacer por la juventud campesina? ¿Qué vamos a hacer en cuanto a becas, hogares? ¿Qué vamos a hacer por los estudiantes de los sectores medios? ¿Qué vamos a hacer por el deporte? ¿Qué representa el porcentaje todavía alto de muchachos de la clase elevada que entran a las universidades y los que quedan al margen? ¿Cuál es el problema esencial de un país en donde hay subalimentados?

¡Cuánta es la necesidad de arrancar a la juventud de la frustración, del vicio, para que se entregue con pasión siquiera, aunque no sean nuestras ideas, a la defensa de sus ideas! ¡Cuánto hay que trazarse por delante!¹³

Los Profesionales

La reforma universitaria, que recibió el pleno apoyo del presidente Allende y su gobierno, aspiraba a formar un profesional con conciencia y juicio crítico frente a los problemas de nuestro tiempo.

Refiriéndose a la dramática realidad social, cultural y económica de los pueblos de este continente, señalaba que la universidad que entiende que para que termine esta realidad brutal que hace más de un siglo y medio pesa sobre nosotros y lograr los cambios estructurales se requiere un profesional que no se sienta un ser superior porque sus padres tuvieron el dinero suficiente para que él, ingresara a la universidad; se necesita un profesional con conciencia para que entienda que su lucha, si es arquitecto, es para que se construyan las casas necesarias que el pueblo necesita. Se necesita un profesional que, si es médico, levante su voz para reclamar que la medicina llegue a las barriadas populares y, fundamentalmente, a los sectores campesinos.

Se necesitan profesionales que no busquen engordar en sus puestos públicos, en las capitales de nuestras patrias. Profesionales que vayan a la provincia; que se hundan en ella.

Así mismo, el socorrido apoliticismo del científico —del profesor o del alumno— forma hoy día, parte esencial de la compleja estructura ideológica del pensamiento reaccionario. No existe el apoliticismo o los políticos. El apoliticismo es una mera consigna levantada por intelectuales desubicados de la realidad contingente, refugio de tecnócratas, o bien, de reaccionarios incapaces de proclamar abiertamente sus creencias.

Escudándose en este concepto, se pretende justificar falsa e hipócritamente la falta de compromiso del hombre contemporáneo, con los grandes temas que agitan y conmueven a la sociedad actual.

Luis Reissig ha expresado:

una educación sin política no sería concebible. Desde los días

de Sócrates se afirma que toda educación debe ser política. ¿Pero qué es tener una política? Saber a dónde se va, cómo se va y a qué se va. Sin ideales, sin educación, sin política el hombre se sitúa en el mismo peldaño zoológico que la amiba. La política es como los ojos para descubrir los ideales y las manos para llevarlos a la práctica por medio de la educación.

Por ello, el llamado apoliticismo no existe, pues sustenta la tesis de una universidad de espaldas a la realidad que vive el país, tesis que no tiene ni puede tener vigencia en el mundo de nuestros días, además que es falsa. La desmiente la propia concepción científica de lo que es política.

Por ello proclamamos categóricamente no sólo el derecho sino la obligación de todos los ciudadanos del mundo, sean científicos, obreros, intelectuales, campesinos, artistas, profesionales o empleados, de tomar conciencia y asumir una posición frente a la vasta y compleja problemática contemporánea.

NOTAS

1. Voto del Consejo Superior de la Universidad de Concepción, Revista *Paideia*. Esc. de Educación. Universidad de Concepción, No. 10, 1970, p. 173.
2. *La Universidad Católica de Chile y el momento actual*. Op. cit. pp 175-176.
3. "Acuerdos tomados por el consejo de rectores relativos al triunfo del señor presidente don Salvador Allende". Op. cit. p 177.
4. Op. cit. pp 181-182-183.
5. González, Eugenio. *¿Crisis Universitaria?* Santiago, Prensa Latinoamericana, 1968, p 13.
6. Gómez Galo, Diario *El Sur*, Concepción-Chile, mayo 14, 1969 p. 21.
7. Gómez Galo, *La Universidad y el Cambio Social*. Revista *Paideia*. Escuela de Educación. Universidad de Concepción-Chile No. 11, 1971, p. 32.
8. Allende, Salvador *Rol de la Universidad* Revista *Paideia*, Escuela de Educación. Universidad de Concepción-Chile No. 10, 1970, p. 189.
9. Op. cit. p. 103
10. Casa de Chile, Salvador Allende y América Latina. México, 1978, p. 127.
11. Enríquez, Edgardo. *La obra del gobierno de Allende. Imágenes de Salvador Allende*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1981, p. 236.
12. Casa de Chile, Salvador Allende y América Latina. México 1978, p. 131.
13. Allende, Salvador, Discursos. La Habana. Ed. de Ciencias Sociales. 1975.

ALLENDE: PRESENTE EN EL FUTURO

Luis Jerez. Abogado, diplomático, dirigente nacional del partido socialista de Chile.



Poco después del asalto de los generales, Gabriel García Márquez sentenció: "Allende murió defendiendo toda esa parafernalia apolillada de un sistema de mierda que se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro".

El juicio precipitado, que muchos compartieron, expresaba más la ira y la exasperación de un combatiente derrotado, que la serena dimensión del formidable significado de aquella muerte. No obstante, la irritada afirmación nos coloca en el centro de una interrogante que debe ser despejada.

Restringir el sacrificio a la cuadratura limitada del heroísmo es temerariamente insuficiente. Aislarlo en la implacable concreción de una decisión reiteradamente anunciada es despojar el hecho de su esencia trascendente y arrebatarle a Allende la razón de su vida. La decisión no es impuesta en el juego azaroso de una instancia dramática, no es una respuesta desesperada que se improvisa en el marco confuso de la tragedia que empezaba a oscurecer la Patria. Es un acto frío, racional, presentido y autorreclamado como la culminación consecuente de un ciclo vital. Es la decisión de

un conductor que afirma su presencia en las luchas del futuro.

Digamos que la opción por la muerte está anticipada por su vida. La prefiguran los perfiles que diseñaron su condición de hombre y de luchador social, el respeto que se tenía a sí mismo y, sobre ello, la fuerza de sus convicciones y la seriedad de los planteamientos que había hecho al pueblo. Lo había anticipado y su afirmación no fue el arresto arrogante de un demagogo. No sería un mandatario en el exilio de aquellos que deambulan entre el buen pasar, los trajines conspirativos y el aguardar paciente de tiempos mejores. La subversión uniformada le ofreció la vida. Ya entonces no entendía nada. Sabían sí, que su muerte los perturbaría, y lo ha hecho durante catorce años.

No había en Allende un solo rasgo que anticipara una vocación de mártir. Amó la vida, la saboreó simplemente en cada instante, en el combate cotidiano, en el vértigo de cada nuevo desafío y en las horas de solaz. Es ello lo que le otorga a su sacrificio un más alto grado de valor y generosidad. "Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo". Lo dijo esa mañana de septiembre. Había aprendido tempranamente el valor de la lealtad. Del pueblo recibió y al pueblo en-

tregó lealtad. Mientras en otras latitudes, los líderes populistas que encendieron las esperanzas de la América morena naufragaban en la tradición, Allende maduraba en la consecuencia. Fue receptivo al cambio social, al proceso renovador que bullía incesantemente en el trasfondo de la sociedad latinoamericana. Supo apresurar el paso cuando la Historia caminó más rápido. Cuando la revolución cubana —treinta años atrás— se transformaba en un test de consecuencia para el reformismo continental, Allende aprehendía su significado profundo.

La lealtad a la que ofrendaba su vida, plasmaba una siembra larga, paciente, duramente trabajada. La conquista del gobierno en 1970 no fue una ironía del azar, explicable por "la ley de las sorpresas", como alguna vez lo afirmara Regis Debray. El éxito electoral de las fuerzas del cambio estuvo determinado por un complejo de variantes que entretejieron, en la lenta evolución del país, las condiciones que lo hacían inevitable. La alternativa negada por la ortodoxia y el escepticismo, se fue construyendo pacientemente sobre una realidad nacional singular que incorporaba a una estructura económica atrasada, de profundas desigualdades sectoriales, dimensiones políticas y sociales que no se daban en otras latitudes del subdesarrollo. Desde luego, un movimiento obrero sólidamente estructurado, con una larga tradición de combate y una resuelta voluntad de poder, al cual se alineaban en una decidida demanda de transformación social, un amplio espectro de sectores postergados. El movimiento popular no fue una ola de irrupción súbita, en el horizonte nacional. Era una fuerza secularmente acumulada. Un patrimonio de ideas, sentimientos y aspiraciones enclavado en el subsuelo de la conciencia nacional. Hay una demanda irrenunciable de transformación social, de libertad, de afirmación soberana y de democracia; demanda que catorce años de dictadura, lejos de abrogar, reproducen con más resuelta insistencia.

Un demócrata cabal

La tarea suspendida se replantea en la reconstrucción del país, con renovada exigencia. Ayer, con Allende a la cabeza. En las luchas venideras, tras el legado político que emerge de su vida y de su muerte. El país degradado, ha tensado en el tiempo negro sus desniveles socio-económicos, reivindicando hoy —más que antes— la bandera de una justa redistribución del ingreso en favor de los desposeídos. Está pendiente la aspiración colectiva de cientos de miles de campesinos victimados por la explotación centenaria. Se reformula la necesidad de construir un país soberano, cuyas riquezas accedan al bienestar de su pueblo.

El movimiento popular, con Allende a la cabeza, reivindicó para la nacionalidad un valor profundo que emerge con extraordinaria dimensión cuando se le confronta con el nacionalismo estrecho, de arenga cuartelaria, que la dicta-

tura ha rescatado en su discurso político y en su quehacer demoledor. Chile ha sido destrozado "como un asno muerto" para entregarlo a la voracidad de la burguesía nativa y de los consorcios extranjeros.

Esta es la semilla que, como lo anticipara en su oración postrera, no pudo ser segada. Es la que esparció en su largo peregrinar por los caminos de Chile y cuya supervivencia cautelo al inmolarlo.

¿Qué hay heroísmo y consecuencia en su muerte? Por cierto. Pero hay muchísimo más que eso. Allende entregó la vida por la democracia sin cuyos atributos estimaba el socialismo inimaginable. En su tranquear por la Historia de Chile, había llegado a entenderla como un logro del progreso de la humanidad, una conquista del hombre —incesantemente enriquecida—, un valor estratégico, irreversible e irrenunciable. Pero muere también por el socialismo, que recoge las conquistas políticas de la buurguesía para otorgarles —en un estadio superior— la plenitud de su sentido humano. La constitución y la ley, que se había comprometido a respetar como jefe supremo del estado, eran el símbolo de la democracia, pero a la vez constituían el marco preciso de aquel "segundo modelo de transición al socialismo" en cuya legitimidad moral y revolucionaria había puesto su fe.

Allende se instala en La Moneda para defender el poder que la nación le había conferido. Algo más que un detalle escénico. El palacio es el símbolo de la constitución, expresión formal "del sistema de mierda que se había propuesto destruir sin disparar un tiro". Y en aquel instante fue más revolucionario que nunca. Es la burguesía soliviantada la que, a cara descubierta, se ve forzada a violar su propia constitución y a destruir la forma de Estado que había creado, para salvar su injusto contenido de clase. Allende no fue un teórico. Fue un agitador, en el sentido riguroso del término. Un conductor que es capaz de aprehender la infinita potencialidad de las masas, sus aspiraciones, sus aptitudes creadoras. No obstante, a diferencia de otros grandes agitadores sociales del Continente, aporta un ideario vigoroso y coherente. En términos sociológicos, hay "un pensamiento", preservado y rescatado, hay un conjunto de ideas-fuerza que no se agotan en el ciclo de su existencia y que seguirá animando los tiempos de construcción.

El "pensamiento" de Allende, su aporte formidable a la utopía vigente es el diseño de una "vía al socialismo" y una concepción de sociedad que se reconoce en las especificidades de Chile, que se enraíza en su realidad concreta, en su historia, en sus tradiciones, en la idiosincracia de sus gentes. Allende anticipó respuestas al generalizado debate contemporáneo sobre la democracia, las modalidades de la transición, el rol del partido y el tipo de estado que servirá de continente institucional a la nueva sociedad.

En estas respuestas, que Allende va plasmando en el marco de la práctica del conjunto del movimiento popular, se encuentran los lineamientos centrales que diseñarán una

"Allende entregó la vida por la democracia sin cuyos atributos estimaba el socialismo inimaginable. En su tranquear por la historia de Chile, había llegado a entenderla como un logro del progreso de la humanidad, una conquista del hombre —incesantemente enriquecida—, un valor estratégico, irreversible e irrenunciable. Pero muere también por el socialismo, que recoge las conquistas políticas de la burguesía para otorgarles —en un estadio superior— la plenitud de su sentido humano".

nueva izquierda, reconstituida en el compromiso pleno con el contenido y las reglas de la democracia, recreada en una fase superior y potenciada para reasumir la conducción política que adeuda a los trabajadores chilenos.

La renovación del socialismo chileno tiene la impronta del aporte de Allende. Hemos redimensionado los valores de la democracia que en la reflexión del antaño parecían difusos y postergados. La objetividad de sus limitaciones en el marco de la sociedad capitalista, apuraban una percepción desdeñosa que ignoraba su existencia como un producto del progreso de la humanidad y de la lucha de los pueblos.

El extraordinario mérito de Allende es haber hecho de su acción política un testimonio vital de la necesidad de compatibilizar, práctica y teóricamente, la democracia y el socialismo. Quiás sea ésta la parte más importante de su legado político. El socialismo chileno lo ha recogido y hoy se reconstruye resueltamente —a despecho de un presente formalmente fragmentado— en esta definitiva redimensión de los valores democráticos.

El proyecto social que Allende impulsó como mandatario, "la segunda vía" como algunos la denominaron, se reconoce en la recusación de la fatalidad de la conmoción violenta, en el rescate del pluralismo político como elemento intrasable y en la participación plena de las grandes mayorías nacionales en el proceso de construcción socialista. Esta "segunda vía" no es una inspiración de laboratorio, ni un capricho de combatiente. Hay una lúcida percepción de lo que hay de específico y singular en la realidad de Chile, de lo que hay de propio y diferenciador en el contexto latinoamericano, y más precisamente, en la existencia de una vocación democrática, presente en la dilatada evolución política y social del país y que el golpe militar fracturó brutalmente. En el primer mensaje al congreso Nacional, Allende explicitó el marco, geográficamente restringido, de su concepción: "Chile es la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición al socialismo".¹ Más tarde, precisaba así la opción asumida: "consecuentes con lo que ha sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria, profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con las estructuras jurídicas que el país se ha dado, no sólo manteniendo, sino ampliando, las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas".²

Pudiera sostenerse que la derrota política de 1973 clausuró la "vía allendista" como opción histórica. La afirmación, producto del desaliento, fue reiterativa en el tiempo inmediato al golpe militar. Algunos —dentro y fuera del país—, se habían anticipado a cancelarla. Los custodios de la ideología codificada, habían denunciado la experiencia encabezada por Allende como una mera expresión de reformismo estatal. El "izquierdismo", que hizo una faena demolidora, recusaba la "vía inédita" en tanto ésta se negaba a reconocerse en las concepciones talmúdicas. Otros, más tarde, inferirían del desenlace sangriento, un definitivo test de inviabilidad.

Nuestra lectura es diversa. Este largo tiempo "uniformado" no invalida el aporte sustantivo de Allende al pensamiento revolucionario. Por el contrario, a la sombra del terror institucionalizado, se reformula con renovada vigencia, una percepción de futuro, realista y utópica a la vez, una herencia quizás, que diseña un camino al socialismo que no se reconoce en modelos pre-existentes.

Un Legado que obliga

Desde esta perspectiva, nos parece inútil y mezquino cualquier intento de instrumentalización de la figura y el prestigio universal de Allende que ignore la fuerza y validez de sus convicciones. En los días que corren, esta instrumentalización ha sido recurrente. Se agita su nombre desde posiciones y trincheras que antagonizan la médula de un cuerpo de concepciones expresado en una reflexión sostenida y en una práctica política consecuente. Desde luego, es un abuso irritante el que se le rescate para cohonestar alternativas violentistas que se ubican en la antípoda de su pensamiento.

El legado de Allende es inalterable. La coherencia notable de su discurso y de su acción no dejan margen a la exégesis. Y es la fuerza de sus convicciones la que le permite enfrentar la muerte con la serenidad con que él lo hizo.

En su mensaje final no hay frustración ni desaliento. No hay el sentimiento de fracaso, la percepción dolorosa de haber arado en el mar que tortura el adiós de Bolívar. Se mantiene intacto el hombre, el patriota, el humanista. Inconmovible su fe en Chile y en su destino. Inconmovible la convicción de que otra generación de combatientes "superará el momento gris y amargo" y que "el hombre libre" retomará la búsqueda de una sociedad más justa.

Han transcurrido catorce años y empiezan a "abrirse las grandes alamedas". La noche empieza a disiparse, se aflojan las ataduras del temor y el cuerpo social empieza a sacudir el letargo prolongado y a tomar conciencia de los abismos de indignidad a que fue arrastrado. Para aplastar la utopía, la burguesía chilena debió demoler 150 años de evolución política y aventar todos los valores históricos que se acuñaron en su decurso. Tuvo que hacer explosionar, hasta sus cimientos, la organización estatal que se había creado bajo su hegemonía social. Durante tres lustros se ha ideologizado el crimen y se ha llegado a proveerle una justificación doctrinaria. Con cargo a la noción de "las fronteras internas", las fuerzas armadas asumieron la necesidad de una guerra contra su propio pueblo, negándose a percibir la drástica demanda que hierve en el subsuelo de la miseria y que la voracidad del "chicaguismo" se ha encargado de exacerbar. Con increíble ceguera histórica, los hombres de uniforme han terminado por distanciarse de la sociedad civil, autoasignándose la tutoría de la nación interdicta. Lentamente, han devenido en un compartimiento lejano y solitario, que se enclaustra en el sonambulismo de un poder que, perdido el último vestigio de autoridad, se agota en la fuerza, pero también se agotan los tiempos de la fuerza. En nuestros días, la percepción de una "cultura de muerte" que se materializa en la cotidiana violación de la vida, está haciendo apremiante, lo que el subconsciente colectivo quería evitar; mirar hacia atrás y horrorizarse al descubrir el mal.

Y en el despertar estará Allende.

NOTAS

- 1) Primer Mensaje al Congreso Nacional. 21 de Mayo de 1971
- 2) Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Desarrollo (UNCTAD), 13 de Abril de 1972

ALLENDE: RESPETO Y ADMIRACION

Bernardo Leighton. Fundador y destacada personalidad del Partido Demócrata Cristiano. Ministro del Interior y vice-presidente del gobierno de Eduardo Frei.



Me es muy grato tener la ocasión de agradecer al Concilio de Piamonte esta reunión que estamos celebrando. La agradezco en nombre de la representación chilena que ha nombrado el señor presidente al comienzo, y que yo también integro. En esta representación hay componentes que participaron en el gobierno de Salvador Allende formando la unidad popular. Estoy yo que no formaba parte del gobierno de Allende, que formaba y formo parte de la Democracia Cristiana de Chile, y que durante el gobierno de Allende estaba en la oposición. Yo represento a la oposición democrática al gobierno de Allende. Por eso, cuando fue derrocado el gobierno constitucional y democrático de Salvador Allende, fuimos parlamentarios y dirigentes de la Democracia Cristiana quienes firmamos una declaración categórica condenando el golpe militar. Esa condenación que nosotros hicimos no se conoció en Chile, pero se conoció en Europa y en el mundo. Esa condenación representaba el alma de la Democracia Cristiana chilena que condena los golpes militares.

Discurso pronunciado durante una reunión efectuada en Turín en favor de Chile, 1974.

Esta reunión de Torino, tiene como motivo especial tratar los crímenes en los regímenes fascistas. Aquí se han hecho exposiciones por los amigos de España y de Grecia respecto a la experiencia en España y Grecia. Yo voy a traer aquí otra experiencia.

Los tribunales especiales creados después del golpe militar han pretendido fundarse en viejas leyes existentes en Chile, pero ese es un problema, que a mi juicio tiene menos importancia que otro asunto, sobre el cual voy a hablar inmediatamente.

Los tribunales chilenos después del golpe han actuado de acuerdo con disposiciones dictadas por la junta militar que modificaron las leyes chilenas dictadas con anterioridad por la democracia chilena.

Yo tengo experiencia personal qué dar sobre esta materia. Al día siguiente del golpe militar, presenté un recurso de Habeas Corpus, de defensa individual en favor de un grupo de parlamentarios y dirigentes de la unidad popular que había sido detenido. Lo presenté como abogado, aparte de ser yo también parlamentario. Pero ese recurso fue denegado en virtud, no de una ley, sino de un decreto ley que los tribunales chilenos aceptaron, desgraciadamente cumplir.



“Allende, puedo también decirlo aquí, ante hombres que como yo tenemos por Allende respeto y también admiración por la forma como terminó su vida, Allende murió en su puesto, murió en defensa de la transformación profunda, social, económica y cultural de Chile dentro de la democracia chilena.”

De tal manera que la situación de los tribunales de mi país es algo diferente a la de otros países, porque se está pretendiendo aplicar leyes o modificar leyes, por leyes de la junta militar para penalizar las acciones judiciales que interesan a la junta militar. Además sobre esta materia, aquí en Europa tienen más antecedentes que en Chile, porque se han publicado todas las situaciones que ya se han producido. Han asistido últimamente a Chile, abogados de distintos países. Ahora mismo está en viaje hacia Chile o ya se encuentra allá, un diputado italiano que irá a defender al secretario general del partido comunista de Chile, senador Luis Corvalán.

Además, se ha publicado también en Europa una declaración de la mayoría de los Obispos chilenos que ha condenado los procedimientos empleados para tramitar los procesos en contra de los detenidos políticos. En esa declaración está el mejor retrato que podría hacerse de cómo se está ahora aplicando la llamada justicia en mi país.

Yo por consiguiente me voy a referir brevemente, no tanto a lo ocurrido después del 11 de septiembre que nosotros condenamos, sino a lo que había en mi país antes del 11 de septiembre.

Yo creo que tiene importancia para los pueblos democráticos, como el pueblo italiano, saber lo que ocurría en otro pueblo democrático como Chile antes del golpe militar.

Allá vivíamos nosotros una experiencia democrática. El pueblo de mi país era un pueblo en desenvolvimiento pacífico con muy breves lapsos de situaciones violentas.

Desde el año 31 del siglo pasado Chile vivía en un régimen de derecho y de democracia con breves intervalos. Todas las fuerzas políticas podían expresarse. Todas las grandes ideas del mundo que fundamentalmente nacían aquí en Europa tenían allá libertad para expresarse: en el siglo pasado el liberalismo, en este siglo el socialismo, el comunismo, el marxismo.

También en los últimos años conocimos algo que no es una idea, que no es una doctrina, que es una reacción irracional frente a las ideas, una reacción irracional para destruir las ideas. También conocimos eso en Chile, en los años del 36 al 37. Conocimos el fascismo. Pero frente al fascismo en Chile en esos años 35, 36 y hasta la guerra, todos los hombres de ideas democráticas, desde los cristianos hasta los comunistas, estuvimos en contra del fascismo que había aparecido en Chile, porque el fascismo no es una doctrina, es una reacción criminal contra la doctrina.

Nosotros los Demócratas Cristianos tenemos una clara inspiración, pero es una inspiración ideológica. Por eso en Chile contra el marxismo, los Demócratas Cristianos no buscábamos la violencia. Contra el marxismo que inspira a los partidos comunistas y socialistas en Chile, nosotros combatíamos con nuestras ideas al marxismo, pues la lucha democrática es la que abre paso al proceso del pueblo. La lucha democrática estaba garantizada en Chile. Gracias a esa lucha democrática nosotros los Demócratas Cristianos estuvimos también en el gobierno chileno y tratamos de realizar con nuestras ideas la transformación de la sociedad chilena. Fuimos derrotados democráticamente en el año 70 y entregamos el gobierno democráticamente al que había obtenido la primera mayoría, que era Salvador Allende. Pero las democracias no se defienden solas. Las fuerzas de la democracia en el mundo de hoy están muy amenazadas por las grandes fuerzas económicas y sociales que no están de acuerdo con la democracia. Porque dentro de la democracia

se pueden realizar las transformaciones del pueblo. Se pueden realizar los logros del pueblo. Se puede llevar a los trabajadores, como lo estábamos haciendo en Chile, a una situación de hegemonía dentro de la sociedad. Pero este proceso tiene grandes enemigos. Aquí también se conocen esos grandes enemigos, que buscan muchas veces sistemas hipócritas. Dicen que también defienden la democracia, dicen que también luchan por la libertad, cuando en el fondo están minando las bases de la libertad y de la democracia.

Con el triunfo de Salvador Allende y aún desde antes, durante el gobierno nuestro se quiso también destruir la democracia chilena. Se quiso también derrocar al gobierno constitucional Demócrata Cristiano para que no siguiera el proceso de transformación, pero el pueblo unido defendió al gobierno y pudo continuar el proceso.

Con el gobierno de Salvador Allende, los Demócratas Cristianos procuramos llegar a acuerdos en todo aquello que significaba mantener el proceso de transformación profunda de nuestra sociedad. En muchos aspectos lo conseguimos, pero en otros no. Para la unión de los trabajadores, por ejemplo, se dictó una ley durante el gobierno de Allende apoyada por la Democracia Cristiana para que las autoridades en los organismos laborales se generaran democráticamente. Gracias a esa ley los hombres Demócrata Cristianos del campo, los trabajadores intelectuales y manuales se unieron con hombres de otras ideas. Desde ese momento la CUT representó a todos los trabajadores, de todas las ideas.

También en tiempos de Salvador Allende nosotros apoyamos la ley que reservaba para Chile el cien por ciento de la propiedad de las minas de cobre. Las universidades chilenas que estaban en un período de reforma, provocada por los propios profesores, estudiantes y sectores administrativos, tuvieron también una ley que le dio estabilidad a su reforma. Cuando se produjo un conflicto universitario, fueron a mi casa el presidente Allende y el presidente de mi partido, y ese conflicto universitario se solucionó por un acuerdo de los demócratas cristianos con la Unidad Popular, y la reforma universitaria siguió adelante.

Yo quiero contar estas experiencias porque aquí en Europa se ha sostenido por algunos sectores que el gobierno de Allende conducía a la dictadura comunista; que era la Rusia Soviética la que iba a gobernar a Chile si continuaba Allende en el poder; que se iba a destruir la democracia. Eso no es verdad.

Hay sectores que tienen vinculaciones con otros grandes sectores que están allá en la América del Norte, con sectores ultranacionales, con esas grandes empresas supranacionales que tienen una misión que cumplir porque el desarrollo científico técnico necesita de un gran esfuerzo empresarial para poder realizar los proyectos maravillosos de la ciencia y de la técnica del mundo de hoy. Pero al mismo tiempo tratan a los países pequeños de dominarlos, porque prefieren el dominio a la lucha democrática. Ese peligro, lo tengo que decir también, contaban con aliados fuera del campo de los grandes intereses. Hay sectores políticos ingenuos, colocados muchas veces dentro de las propias fuerzas populares que no comprenden estas cosas y que son precipitados, que son violentistas, y que contribuyen a servir, no las transformaciones democráticas sino a la reacción antidemocrática.

Además, los gobiernos cometen errores. El gobierno Demócrata Cristiano cometió errores. El gobierno de Salvador Allende también los cometió, pero podíamos combatir-

los. Teníamos libertad para rectificarlos. En eso estábamos, tratando de rectificar los errores, tratando de salvar la democracia cuando vino el golpe militar. Por eso nosotros lo condenamos. Allende, puedo también decirlo aquí, ante hombres que como yo tenemos por Allende respeto y también admiración por la forma como terminó su vida, Allende murió en su puesto, murió en defensa de la transformación profunda, social, económica y cultural de Chile dentro de la democracia chilena. Así lo dijo, y eso fue lo más valioso que tuvo al final de su vida. Murió en defensa de la vía chilena hacia una nueva sociedad. El, puesto que era socialista, quería que esta nueva sociedad fuera de inspiración socialista. Pero nosotros, los demócratas cristianos, buscábamos también una nueva sociedad y si no la buscamos, no somos demócratas cristianos.

Lo importante es buscarla por el mismo camino y Allende la buscaba por el mismo camino que nosotros, por el camino democrático, por la vía chilena como él la llamaba. Cayó, cayó de acuerdo con sus ideas. Por eso nosotros

en nuestra declaración le rendimos el homenaje de nuestro respeto. Y por eso, yo creo que la experiencia chilena, es una experiencia valiosa para todos los pueblos del mundo, cada cual de acuerdo con sus propias características. Nosotros, como decía Marcos Ana, también como los españoles y como los griegos, resolveremos los chilenos el problema de Chile, pero necesitamos que todos los pueblos del mundo conozcan nuestras realidades y nos expresen su solidaridad en la forma como lo están haciendo los pueblos europeos.

Esa solidaridad no significa introducirse en el interior de nuestro país, porque el interior de Chile es el interior de un pueblo tradicionalmente democrático que tiene en su historia, a través de todos los gobiernos, de todas las ideas, desde los conservadores del siglo pasado, los liberales, los radicales, los demócratas cristianos, los socialistas, tienen una sola línea democrática. Esa línea a mi me inspira confianza y la debemos devolver a Chile.



ALLENDE Y EL PROYECTO NACIONAL DE CHILE

Luis Maira. Abogado, politólogo. Diputado y actual coordinador de la Izquierda Cristiana.



Si el proceso de democratización de la sociedad chilena no se hubiera interrumpido brusca y brutalmente en septiembre de 1973, el último presidente constitucional de Chile; Salvador Allende Gossens probablemente habría cumplido 73 años el 26 de junio pasado. De haber ocurrido así, Chile tendría más de 10 años de desarrollo de la experiencia de transformaciones de la economía, la política y la organización social que se conoció bajo el nombre de "vía chilena al socialismo" y que el propio Allende sintetizó en la fórmula de "un camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad".

Siempre es difícil reflexionar sobre la historia que no fue, precisamente porque las fuerzas materiales y el cruce de los intereses en pugna la llevaron en un sentido distinto. Pero, así y todo no deja de tener algún valor imaginar cómo podría haber sido ese Chile que Salvador Allende proyectó en sus sueños y que, con su tenacidad y sentido de la histo-

ria, comenzó a plasmar difícilmente en los tres años que duró su mandato como presidente de Chile.

Una victoria semejante del proyecto nacional basado en los objetivos del desarrollo económico, la democratización social progresiva y el afianzamiento de la independencia nacional, las tres ideas-fuerzas del programa de la Unidad Popular, seguramente habría permitido la superación de los principales problemas históricos que Chile enfrentaba y para los que este diseño nacional intentaba ser una respuesta: miseria, analfabetismo, desigualdad social, explotación, dependencia.

Chile sería un país con mayor capacidad para ejercer su soberanía económica y política y para contribuir al afianzamiento del progreso y la autodeterminación en América Latina y en el mundo. La recuperación del cobre, el salitre, el hierro, y el carbón y las demás riquezas naturales habrían permitido consolidar esa dimensión económica de la geopolítica y de la independencia del país que, con tanta visión, el general Carlos Prats avizoraba como una de las grandes potencialidades de la existencia de un gobierno popular. Los problemas de manejo y el conocimiento eficiente de estas organizaciones productivas que, por largos años perma-

Discurso, acto conmemorativo del 73 aniversario de Salvador Allende; auditorio Jaime Torres Bodet, México 26 de Junio 1981.

necieran bajo control extranjero, sustraídas desde el punto de vista técnico y de la administración al control interno, tal como lo prueban las experiencias de numerosas naciones en desarrollo se habrían resuelto y un volumen de ingresos y de utilidades ampliadas posibilitaría el inicio de nuevos proyectos destinados a explotar las cuantiosas riquezas naturales de Chile que constituyen la base de su porvenir. El ejercicio del dominio sobre el cobre al que Allende gráficamente llamó "el sueldo de Chile", realizado con una efectiva voluntad política, junto a otros ingresos nacionales diversificados habrían ensanchado la posibilidad de disponer de los recursos financieros que permitieran ir resolviendo las carencias y restricciones que impedían a los chilenos más pobres alcanzar un mínimo de vida digno, porque como el compañero presidente señalara:

Cuando nosotros planteamos nacionalizar nuestras minas no lo hacemos para agredir a los inversionistas de Estados Unidos. Si fueran japoneses, soviéticos, franceses o españoles, igual lo haríamos. Es que necesitamos el cobre para Chile, necesitamos lo que sale más allá de nuestras fronteras como utilidad de esas compañías, para poder impulsar el desarrollo de la nación.

Unido a esto, asistiríamos también al impacto de una política exterior basada en los principios de la paz, el respeto a la independencia y libre determinación de todos los pueblos y el no alineamiento. Chile, que en los últimos años de su existencia democrática salió de su enclaustramiento parroquial para asumir una posición definida y un papel activo en la decisión de los asuntos internacionales que atañen a todos los pueblos y naciones, estaría en condiciones de reforzar la que hoy sigue siendo una difícil marcha hacia la dignidad y el afianzamiento de una nueva conciencia histórica latinoamericana. Tendríamos la oportunidad de expresar más activamente nuestra hermandad con la revolución de Nicaragua, con la lucha por la democracia y la libertad que hoy libra el movimiento popular de El Salvador y de reforzar las posiciones que el gobierno de México sostiene en favor de los principios fundamentales del derecho internacional de nuestra época. Seríamos parte de las fuerzas que se levantan para impedir el bloqueo y las amenazas a la revolución Cubana, extenderíamos nuestro compromiso con los pueblos jóvenes que en Asia y Africa transitan también el camino de la liberación nacional y mantendríamos dignas y fraternas relaciones con las naciones del campo socialista.

En el plano interno Chile con toda seguridad habría seguido desarrollando y profundizando las mejores potencialidades de su propio desarrollo histórico. País pequeño, con riquezas abundantes, pero difíciles de explotar, el nuestro paradójicamente conoció primero el desarrollo político que el económico. Estado nacional organizado tempranamente en América Latina en las décadas inmediatas a la declaración de su independencia. Chile pudo hacer del desarrollo de la inteligencia, de la práctica activa de la tolerancia y de la incansante profundización de una democracia liberal estrecha, la base de sus acciones de crecimiento como nación. Y para ello descansó, sobre todo en la expansión incesante de su movimiento popular al interior de la sociedad civil. De algún modo este movimiento popular fue generando gradualmente el germen de un estado y de una sociedad alternativa que su propio crecimiento cuantitativo y el ascenso de su conciencia fue tornando más posible.

Porque a todo lo largo de la existencia de Salvador Allende, el horizonte histórico de un gobierno popular se



"Concibió a la democracia como el marco estratégico en el que el gran desafío del socialismo es ampliar las libertades públicas y las garantías fundamentales de aquellos límites estrechos que en el capitalismo no se pueden traspasar".

fue gestando jornada a jornada, durante décadas. Tuvo que ver con el surgimiento del movimiento obrero en las inhumanas explotaciones salitreras ubicadas en ese desierto enorme y sobrecogedor que conforma nuestro Norte Grande. Allí donde Luis Emilio Recabarren puso la semilla del movimiento obrero, donde se gestaron los primeros sindicatos, donde se aprendió a organizar las primeras grandes huelgas y donde se gestó una prensa, un teatro y una cultura proletarias que permitieron que nuestras organizaciones sindicales tuvieran una dimensión de "clase para sí" y que trabajaran no sólo por las reivindicaciones inmediatas que reclamaba una vida llena de privaciones, sino por el designio de construir una sociedad diferente, una sociedad de trabajadores que, como ya lo señalaran los estatutos del Partido Obrero Socialista en 1912, fuera capaz de "dejar atrás para siempre la explotación del hombre por el hombre".

Este Chile popular al que Allende dio su expresión más alta se enriqueció desde principios de este siglo también con la acción solidaria de la juventud chilena que en los centros de enseñanza media y superior proclamó y cultivó el lema de la unidad obrero-estudiantil. La Federación de Estudiantes de Chile, de la que Salvador Allende fuera vicepresidente, en 1932, junto a las federaciones de las restantes universidades del país, fueron motores para enraizar el compromiso más hondo de la juventud y los estudiantes con su patria y con su pueblo. Permitieron así que el horizonte de la lucha y no el conformismo fueran el norte de amplias capas profesionales que buscaron hacer de su conocimiento de la ciencia y de la técnica herramientas colocadas al servicio de un mundo más justo y no del simple beneficio individual.

Desde los años treinta el movimiento popular chileno se vio, además, enriquecido por la acción organizada de los campesinos que luchaban por conquistar el derecho a la tierra. Esta acción decisiva para la demolición del segmento más tradicional que aún subsistía en la sociedad chilena; la estructura de la vieja hacienda de raíz colonial y su prolongación política, el predominio de la clase terrateniente en el poder originó también heroicos combates para alcanzar la legalización de las nacientes organizaciones campesinas; para hacer posible una reforma agraria que diera efectivamente la tierra a quien la trabaja, para defender mediante las heroicas insurrecciones de las comunidades Mapuches los últimos restos de las tierras que habían sido de sus antepasados. Los obstáculos fueron muchos, al punto que en 1947 se llegó a dictar una ley especial que en la práctica establecía la poscripción de los sindicatos agrícolas. Sin embargo, la fuerza de los hechos y las exigencias de la modernización llevaron finalmente al triunfo incontenible de la organización popular en el campo y centenares de miles de campesinos, medieros y pequeños propietarios emergieron en Chile como una decisiva fuerza social cuyas reivindicaciones y objetivos ya no se podía desconocer.

En los años cincuenta, con el crecimiento de las grandes ciudades emergió también una nueva instancia de lucha y organización: el movimiento poblacional; enormes masas de trabajadores venidos del campo, habitantes jóvenes de las ciudades chilenas demandaron el derecho a la vivienda y a condiciones de vida dignas de su condición de seres humanos. Así, desde la histórica toma del campamento Victoria en 1957, la lucha por el pedazo de suelo propio y una casa adquirió dimensiones masivas, movilizó las mejores reservas de solidaridad del movimiento popular y dio lugar a una impresionante estructura de juntas vecinales, coope-

rativas de autoconstrucción y consumo, centros de madres y otras entidades que hicieron más denso y rico el tejido social chileno y ampliaron los nervios que canalizaban las energías de los que luchaban por una sociedad basada en las esperanzas y las necesidades de los hombres, rechazando las motivaciones de lucro y la explotación que caracterizan a la sociedad capitalista.

Así, el horizonte del socialismo, de un socialismo surgido, como Allende tantas veces lo subrayó, de la historia y los rasgos específicos de Chile, se fue convirtiendo en la bandera que aglutinaba a capas cada vez más amplias de la sociedad chilena y en la base de un conjunto de aspiraciones que, a la vez, surgidos al calor de la lucha, como instancias coordinadoras, unificadoras y de dirección del movimiento popular.

Por eso, el significado superior del gobierno de Salvador Allende fue precisamente haber elevado a la condición de protagonistas de la historia a los que por décadas habían sido sostenedores materiales del progreso nacional, pero habían terminado como víctimas humilladas de la acción del capital extranjero y de los grupos internos más poderosos. "Ha llegado por fin el día de decir basta", subrayaba Salvador Allende a los trabajadores chilenos en su primer discurso como presidente constitucional:

¡Basta a la explotación económica!

¡Basta a la desigualdad social!

¡Basta a la opresión política!

Hoy con la inspiración de los héroes de nuestra patria, nos reunimos aquí para conmemorar nuestra victoria, la victoria de Chile, y también para señalar el comienzo de la liberación. El pueblo, al fin hecho gobierno, asume la dirección de los destinos nacionales.

En el prolongado conflicto social que se extendió a lo largo de los mil días que duró el gobierno del presidente Allende, estas características de vinculación entre el crecimiento de las organizaciones sociales y populares y la ampliación de los márgenes de apoyo de un proyecto nacional transformador y democrático, se fortaleció constantemente. El gobierno popular pudo sostenerse en el poder durante tres años, por el apoyo prodigioso que recibió de las organizaciones que expresaban las mejores inquietudes de nuestro pueblo; recíprocamente el acceso a las decisiones del Estado y la participación en la ejecución de las políticas públicas que el presidente y su gobierno buscaron en todo momento, hicieron crecer y madurar a las organizaciones sindicales, campesinas y a los organismos de base de la comunidad. Qué duda cabe que de haberse profundizado en el tiempo esta perspectiva de trabajo Chile hoy sería un país en que el papel de las organizaciones populares y su peso y compromiso activo en la ejecución de las tareas nacionales sería uno de sus factores sobresalientes como nación.

Vista a la distancia, la figura de Salvador Allende aparece como un símbolo, tanto de las posibilidades alcanzadas como de las opciones tronchadas para nuestro pueblo durante toda una época histórica que se abre en la lucha contra el régimen autoritario del general Ibáñez, a fines de los años 20; que se prolonga en las convulsiones que siguieron a su caída en 1931, de las cuales la fugaz República Socialista fue el acontecimiento más importante y que remata en los 40 años de continuidad democrático-liberal que Chile vivió, desde el segundo gobierno del presidente Arturo Alessandri hasta el trágico final del gobierno popular el 11 de septiembre de 1973. A lo largo de esas cuatro décadas el proceso político chileno estuvo atravesando por dos tenden-



cias bien definidas; de una parte del agotamiento de las opciones y programas que buscaban afianzar el destino capitalista de la nación; de otra el desarrollo y fortalecimiento de las corrientes que buscaban un cambio profundo de la sociedad chilena y el abandono del modelo político económico de inspiración capitalista.

Entre 1946 y 1970, por ejemplo, en Chile se ensayaron todas las formas que, dentro de un proceso democrático burgués, podían intentar las clases dominantes para dar estabilidad política a sus intereses fundamentales: el gobierno de González Videla inscribe a Chile dentro de los esquemas de la Guerra Fría, siguiendo los lineamientos de la doctrina Truman e inauguró un primer ciclo represivo sobre el movimiento obrero y el partido comunista; en 1952, el retorno del general Ibáñez exhibió la fragilidad y los límites de las opciones populistas, en 1958, el gobierno conservador de Jorge Alessandri devolvió el ejercicio del poder en forma directa a los grandes empresarios y se ensayaban, fallidamente, muchos de los esquemas que hoy levanta el pensamiento neoconservador; en 1964 Eduardo Frei y la democracia Cristiana llegaron a hacer el último y más espectacular esfuerzo de reestructuración del destino capitalista de Chile con su programa de revolución en libertad. Ninguno de estos programas y alternativas, sin embargo, fue capaz de sostenerse. Todos fracasaron y originaron un cambio de timón que nos muestra a una burguesía nacional desorientada al no encontrar una fórmula política que establezca su dominación y que, en su desconcierto, busca más y más apoyo y la subordinación directa con el gobierno de Washington para mantenerse en el poder. A qué recordar los episodios más sórdidos en esta larga historia, suficientemente documentados en las investigaciones realizadas exhaustivamente en el propio Senado de los Estados Unidos.

Entretanto, en el otro extremo del arco ideológico, el movimiento popular y los partidos de izquierda vivieron

una tendencia constante al ascenso. Primero con la experiencia del Frente Popular que entregó a Chile el inicio de su expansión industrial y un afianzamiento de su autonomía internacional. Luego, con los esfuerzos, cada vez más exitosos de unidad y consolidación de la clase obrera y los partidos populares que llevaron a la creación de la central única de los trabajadores en 1953, el establecimiento del frente de acción popular en 1957, y la creación, finalmente, de la Unidad Popular en 1969.

En toda esta era de nuestra historia política, Salvador Allende emergió como un conductor político cada vez más importante. Fundador del Partido Socialista en 1933, diputado por Valparaíso en 1937, ministro de salubridad en 1939, senador ininterrumpido desde 1945, por sus dotes de organizador, por su voluntad de trabajo incansable, por su sentido internacionalista probado en mil luchas en el mundo entero, por la fuerza de su espíritu unitario y por su capacidad para establecer una relación directa y creadora con los sectores populares y sus organizaciones, en todo Chile, Allende se fue convirtiendo en un motor de ascenso de las fuerzas de izquierda y en uno de los más decididos arquitectos de su proceso de unidad. Dirigente genuino, nunca caudillo de las organizaciones populares, en toda su reflexión política por lo mismo está vivo el sentimiento de su compromiso con todos los que contribuyeron a hacer posible, por su intermedio, la presencia del pueblo en el poder. Por eso, en el momento mismo de la victoria popular, Allende expresa:

esto que hoy germina es una larga jornada. Yo sólo tomo en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y por el pueblo. Este triunfo debemos tributarlo en homenaje a los que cayeron en las luchas sociales y regaron con su sangre la fértil semilla de la revolución Chilena que vamos a realizar.

Salvador Allende fue un gran presidente de Chile. Más

allá de las luces y las sombras que hacen parte del balance final del gobierno de la Unidad Popular y en el que la mayoría de los errores no le son en absoluto atribuibles, Salvador Allende desplegó con voluntad e imaginación el difícil empeño de dar forma a un nuevo modelo económico y político de transición social del capitalismo al socialismo en una sociedad atrasada y dependiente. Concibió a la democracia como el marco estratégico en que el gran desafío del socialismo es ampliar las libertades públicas y las garantías fundamentales de aquellos límites estrechos que en el capitalismo no se pueden traspasar. Fue un presidente que cumplió con su promesa de comprometer hasta su vida en la realización del programa que su pueblo le había confiado ejecutar. Que llevó adelante con valor y creatividad el conflictivo proceso de nacionalización de las riquezas fundamentales del país, estableciendo una doctrina jurídica que hoy universalmente lleva su nombre, conforme a la cual es el derecho de los pueblos pobres ajustar la indemnización de las empresas extranjeras nacionalizadas, teniendo el derecho de descontar del pago del valor de sus activos el monto de las utilidades excesivas que, en perjuicio del país huésped, hubieran extraído durante su ejercicio, pues, este es claramente el único camino que hace posible el fortalecimiento de la soberanía nacional evitando que los países pobres se vieran envueltos en el círculo vicioso de la imposibilidad de recuperar sus riquezas, porque carecen de recursos financieros para indemnizar o de ver anuladas todas las ventajas de una expropiación en beneficio nacional porque, tal como Estados Unidos lo pretendía, se debe pagar a las compañías afectadas el monto en que estas estimen el valor de sus instalaciones.

En el plano doméstico no fueron menores las realizaciones del gobierno popular. Profundizó la reforma agraria y entregó la tierra a los campesinos terminando con el latifundio. Desarrolló un área de propiedad social que devolvió al estado el control de las actividades industriales y estratégicas, casi todas ellas de característica oligopólicas. Incorporó a los trabajadores a las decisiones políticas fundamentales de su gobierno. Redefinió con respeto, quizás excesivo, para los altos mandos de las fuerzas armadas una nueva política de defensa nacional fundada en su incorporación a las tareas del desarrollo económico nacional. Y convirtió a la cultura en un patrimonio abierto para los trabajadores y el pueblo, posibilitando a la vez que los valores y las esperanzas de estos fueran de la tarea de creación de un pensamiento nacional.

La labor de su gobierno se vio comprometida por errores que las fuerzas populares no estuvieron en condiciones de superar como el sectarismo que llevaba a privilegiar el estrecho desarrollo partidario, por encima de los intereses y el progreso de la alianza de la izquierda; como el burocratismo que paralizó en muchos casos el funcionamiento eficiente de las actividades estatales, estableciendo una contradicción entre la burocracia y las masas que hizo que estas no encontraran en el estado cauces para canalizar su energía, pese a que, por otra parte, esta constituía la única fuerza capaz de resolver en favor del presidente la intensa pugna planteada, casi desde el principio de su gobierno, con los segmentos más retardatarios del estado Chileno que controlaban el congreso, el poder judicial y la contraloría general de la República. Como si esto fuera poco, Allende tuvo que hacer frente también a la tendencia a distribuir, mediante cuota, los puestos de mayor importancia en el gobierno entre los diferentes partidos, lo que además de privilegiar una

mal entendida lealtad partidista, por encima del apoyo a la línea general del gobierno, contribuyó a marginar a muchos especialistas competentes e identificados con el programa popular cuyo único delito fue carecer de un partido que los patrocinara.

En estas circunstancias, la estrategia contrarrevolucionaria levantada por aquellos que muy precisamente entendieron el sentido profundo de los objetivos de su programa de gobierno, encontró facilidades para obstruir los esfuerzos de consolidación de su posición que el presidente Allende, tenaz y reiteradamente intentó. Y estos todavía fueron apoyados desde afuera por las grandes corporaciones transnacionales y por el departamento de estado norteamericano que hizo un "caso prueba", precisamente en base al argumento de que el mayor riesgo que conllevaba la experiencia chilena era el de su propagación a países mucho más importantes para el interés estratégico de los Estados Unidos. Sin embargo que "la historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen", como Allende lo dijera en su último mensaje, ha sido una verdad que acabamos de ver confirmada en la victoria electoral de la izquierda francesa. Esa sola imagen que ha dado vueltas al mundo de la noble y combativa viuda del presidente Allende, nuestra Sra. Hortensia Bussi, sentada en el lugar de honor a la derecha del presidente de Francia, François Mitterrand, en el primer acto oficial de su gobierno, constituye una confirmación más, por si hiciera falta alguna, de que la vida y el combate del presidente de Chile ha sido capaz de prolongarse para vencer en la lucha democrática de todos los pueblos que triunfan en el combate por edificar una sociedad mejor.

Por cierto que a los chilenos no nos basta esta certeza. Nuestra deuda con el legado del compañero presidente, que se extiende ya por casi ocho años, solo será saldada cuando al interior de nuestra propia patria las ideas por las cuales él vivió y murió logren encarnarse definitivamente. Por ello, así como es importante hacer el balance de su labor creadora y de lo que pudo haber sido la sociedad chilena si su acción no hubiera sido interrumpida por la fuerza, lo fundamental es entender que si en aquella ocasión no pudo ser así, es nuestra responsabilidad trabajar por restablecer los surcos de su tarea interrumpida. Salvador Allende es sin lugar a dudas uno de los pocos chilenos de dimensión universal que nuestro país ha producido en este siglo.

Apenas otros dos nombres pueden ser colocados al nivel de su importancia: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, nuestros más grandes poetas que obtuvieron el premio Nobel de literatura. Y no deja de ser importante subrayar que estos tres chilenos que han ganado el reconocimiento de la humanidad, compartieron una identificación popular y una vocación nacional que los llevó a nutrir lo esencial de su pensamiento en el conocimiento y la comprensión de los sentimientos y la esperanza de la gran mayoría de nuestro pueblo. Pero ciertamente la grandeza de Allende es la más específicamente política de entre los tres. Su inmortalidad se vincula a la consecuencia final para defender sus ideas que hicieron de él al mismo tiempo, como Fidel Castro lo captara acertadamente, el último defensor del viejo ordenamiento constitucional que la contrarrevolución hundía y el primer combatiente en la lucha contra la dictadura que le arrancó la existencia.

En estos ocho años, la dictadura de Pinochet ha intentado borrar la faz de nuestra Patria todas las huellas y los recuerdos del gobierno popular y de su conductor, Salvador Allende. Ha exaltado de su gobierno el caos y el desorden

que las propias acciones de sabotaje crearon. Ha atacado la política y la acción de los partidos tratando de ignorar el hecho de que la política no es otra cosa que la adopción de decisiones obligatorias desde el poder olvidando que, como los clásicos de la política ya lo señalaron "Si el poder político corrompe, el poder absoluto acaba por corromper absolutamente". El ejercicio real del gobierno ha pasado así de las manos del pueblo y de sus partidarios a un pequeño grupo formado por los altos mandos de las fuerzas armadas a los que se exige obediencia absoluta al dictador y una emergente burguesía financiera, apta para el juego especulativo y la actividad mercantil, pero despojada de capacidad productiva y de vocación nacional, como lo prueba su dócil subordinación al nuevo esquema de división internacional del trabajo y su índole política que ha destruido todo el esfuerzo de desarrollo industrial que el país entero había construido en muchas décadas.

Un nuevo orden económico y un nuevo esquema político ha sido levantado en estos ocho años bajo el amparo de la represión. Todas las organizaciones populares han sido proscritas e ilegalizadas por su peligrosidad estratégica para la suerte de este modelo que no resiste el desacuerdo, el debate democrático, ni mucho menos la consideración de los intereses de Chile como nación o de su pueblo como sociedad solidaria al que le asiste el derecho de una existencia más humana.

Por lo mismo, en esta época de derrota y dispersión, de exilio y reflujo de movimiento popular resultan más importantes que nunca las certezas y las esperanzas de Salvador Allende. No para volver a un pasado que quedó atrás, el del gobierno de la Unidad Popular, sino para recoger de su larga y ejemplar jornada de luchador revolucionario aquello que nos puede servir para afianzar "más temprano que tarde" el horizonte de un mundo mejor. Hoy, que tenemos conciencia, de la inmensa falta que Salvador Allende nos hace como conductor del movimiento popular chileno debemos ser capaces de recoger algunas inquietudes y desaffios que estuvieron en el centro de su pensamiento y de su acción.

Digámoslo claramente: no es exaltando su memoria como le rendimos homenaje, sino haciendo posible la parte incumplida de su tarea. Para ello necesitamos colocar la unidad en el centro de nuestras preocupaciones por encima de los pequeños chauvinismos partidistas, debemos aprender a comprender que el proceso de resistencia es ante todo, un proceso de reconstrucción de las organizaciones populares y de definición de nuevas plataformas de lucha; debemos aprender, otra vez a combinar el peso de una lucha social crecientemente politizada, con la capacidad de acumulación de fuerza propia y el uso de la violencia para

al igual de los padres de nuestra patria, conquistar en el combate el derecho a una existencia libre; debemos ser capaces de levantar un nuevo proyecto nacional a partir de la comprensión profunda de los cambios que la dictadura ha realizado en la organización productiva, en la estructura de clases y en la cultura durante todos estos años, especialmente ahora que los objetivos que cubren el vasto campo de lo democrático, lo nacional y lo popular han sido definitivamente abandonados por quienes usurparon el poder y por los sectores democráticos que han optado por el camino de ganar el reconocimiento de una existencia legal.

Para las jornadas futuras que serán duras y más largas de lo que él mismo lo pensó, necesitamos recoger de Allende esa voluntad indomable de lucha, capaz de sobreponerse a todos los obstáculos, esa ternura por los pobres y los desamparados que lo llevó a sentir como propia cualquier forma de injusticia y esa capacidad para pensar a Chile en el horizonte superior del socialismo, pero profundizando sus raíces en nuestra propia historia nacional.

Nuestra deuda con Allende, con su vida, con su obra, con su sacrificio final no es una deuda de recuerdo sino de porvenir. La pagaremos cuando otra vez se abran entre la cordillera y el mar del Pacífico Austral de América Latina "las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor". Cuando de nuevo, al final del combate podemos pronunciar como propias las palabras que Allende dijera al iniciar el gobierno popular.

Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence con nosotros. Están Lautaro y Caupolicán hermanos de la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru.

Hoy, aquí, con nosotros, vence O'Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica.

Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero.

Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren, con los trabajadores organizados tras años de sacrificios.

Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la población José María Caro; aquí con nosotros vencen los muertos de El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigüa por qué y para qué hemos llegado al Poder.

Compañeros: seremos finalmente dignos del legado de Allende cuando las organizaciones democráticas y revolucionarias de Chile puedan decir bajo el cielo de Santiago como él ayer:

"De los trabajadores es la victoria".

ALLENDE Y LA UNIDAD POPULAR

Tomás Moulián. Sociólogo. Investigador de FLACSO. Autor de importantes trabajos sobre política chilena y la problemática socialista.



Hablar de Salvador Allende requiere partir desentrañando aquel acto que marca su sitio en la memoria colectiva. Ese gesto, a través del cual necesariamente se interpreta toda su existencia, fue morir por sus ideas.

Por esa donación de su vida, Allende siempre tendrá dos significados diferentes. Uno es el político-conceptual, descifrable por el análisis de su actividad política, de sus posiciones en el curso de los años o en el período crítico de la Unidad Popular. Pero siempre, sobreponiéndose a aquél, existirá otro significado, el simbólico. Ese último sentido está más allá de sus discursos y de sus posiciones; incluso trasciende, en muchos aspectos, lo que efectivamente hizo y fue.

Por ello cualquiera sean los esfuerzos que la dictadura despliegue para enlodar el nombre de Allende o para silenciarlo, sofocándolo bajo el peso del olvido público, siempre surgirá como un héroe, siempre vivirá por el gesto de morir. Esta tesis no proviene como algunos quisieran pensarlo, de la pasión política. Mas bien se trata de una fría observación sociológica. Allende estará presente en la me-

moria por lo que hizo o dijo en sus largos años de lucha. Pero, con mayor fuerza, estará presente por su último gesto, por su donación.

Es inevitable que así sea, que aquel acto definitivo se transforme en la síntesis de una vida, que la purifique de todas sus contradicciones y debilidades. La existencia concreta de Allende político no podía estar exenta ni de ambigüedades ni de errores ni de flaquezas, en la medida misma que fue la expresión de una izquierda contradictoria y desgarrada. Pero en la memoria simbólica nada de eso será importante. En ella la vida entera de Allende aparece y aparecerá sublimada por su inmortalización. Puede ser un contrasentido usar esa palabra, cargada de contenido religioso, para describir un acto que fue, finalmente político. Pero la actitud de Allende, tanto en sus palabras como en sus acciones, estuvo traspasada por una lógica sacrificial, expresada, además en la forma más pura de los actos inmolatorios. Allende ni siquiera trató de hacer un gesto de incitación. En sus palabras finales no llamó al pueblo a hacer lo que él estaba haciendo. Fue una despedida, el anuncio de que ofrecía su vida, arriesgando la muerte, para que otros pudieran sobrevivir.

Análisis. "Allende 10 años después". Santiago, IX-1983.

Quizás uno de los sentidos de esa donación de la vida fue preparar nuestro futuro, recrear por ella la posibilidad de la esperanza después de un fracaso y de una derrota. Allende tomó sobre sus hombros las culpas colectivas, así como las esperanzas que el proceso había catalizado, asumiendo en sí y para sí las consecuencias desgarradoras de la experiencia histórica. Al proceder de esa manera nos permite rescatar ese pasado en toda su complejidad, asumiendo sus errores y también las verdades que representó.

Unidad Popular: Historia múltiple

Como ninguna otra experiencia política en la historia chilena, la Unidad Popular representó simultáneamente muchas realidades contradictorias. Para algunos significó justicia, esperanza, camino hacia el mañana; para otros fue un tiempo de miedo, de amenazas, de expropiación arbitraria, de dudas. Es importante aceptar que fue vivido así, más aun, que fue así. En ese tiempo denso y multiforme convivieron la voluntad de borrar para siempre la injusticia y la humillación de los pobres con la ingenuidad y el fanatismo de quienes creyeron a la mano el "reino (revolucionario) de este mundo". Convivieron la lucha de quienes veían en la Unidad Popular un peligro antidemocrático con la conspiración totalitaria, que no trepidó ante nada.

En todo caso, ningún disfraz propagandístico puede hacer olvidar que aquel fue un momento alto de democratización, no solamente por las medidas redistributivas o de acceso a oportunidades o por la creación de ámbitos nuevos de participación. También lo fue porque la politización apasionada de la sociedad significó la involucración de las masas en la política. Muchos ciudadanos, hasta entonces privatizados o corporativizados, se asumieron como sujetos políticos, a favor o en contra de la experiencia. Pero también fue un momento de crisis, de polarización y de aumento de la violencia política, de desajuste total de la economía y de entorpecimiento de la vida cotidiana. Tiempo contradictorio y ambivalente, en que la esperanza y la crisis se combinaban.

Algunos suponen que esa dualidad se explica por el diseño estratégico de la Unidad Popular: producir cambios profundos y decisivos en el desarrollo capitalista de la sociedad, utilizando el marco institucional preexistente y sin usar contra los adversarios ni la represión política ni las armas de una dictadura. Sería el drama de un poder ambicioso, que intentaba refundar la sociedad chilena, pero que estaba limitado por las condiciones de funcionamiento de una democracia pluralista.

El desarrollo posterior a 1973 parece darles la razón a esos fatalistas: un gran cambio social, sea éste regresivo o progresivo, solamente es posible por y con la violencia. El período de la Unidad Popular representaría la derrota de la ingenuidad, la crisis del "liberalismo de izquierda" que creyó en la posibilidad de cambios profundos desde y con la democracia política.

Aquí está diseñada una primera pregunta importante. ¿Cuál fue el proyecto derrotado? ¿Qué estrategia condujo a la Unidad Popular al fracaso?. Después de contestar estas preguntas preliminares podremos hablar con propiedad del papel de Allende, de sus virtudes y también de sus flaquezas.

El proyecto posible

En realidad el fracaso de la Unidad Popular no fue debido al intento de cambiar profundamente la sociedad chilena conservando el marco de la democracia política. Al contrario, fue la consecuencia de insuficiencias y ambigüedades en la realización de ese diseño. Por tanto el drama de 1973 no demuestra la inviabilidad de avanzar hacia formas nuevas de sociedad desde dentro de la democracia, no es el fracaso de lo que Allende denominó la "vía chilena al socialismo". Más bien significó el fracaso de una política que fue incapaz de crear las condiciones políticas para que aquel proyecto originario se cumpliera.

Las condiciones principales que requería el éxito de un proyecto de cambios profundos en y desde la democracia fueron dos: a) la unidad política de las fuerzas gobernantes, y b) la capacidad de constituir una amplia mayoría política social que permitiera superar la estrechez del frente de partidos de izquierda, a través de la constitución de un "bloque por los cambios".

Ninguna de esas condiciones se cumplieron. Entre 1972 y 1973, es decir, cuando la crisis nacional se desplegó en medio de una lucha política cada vez más polarizada, resurgieron en la Unidad Popular las antiguas divergencias estratégicas, que estuvieron escondidas en los primeros años. Desde octubre de 1972 la Unidad Popular se dividió en dos campos antagónicos. Uno encabezado por los comunistas y por Allende, buscaba una consolidación del proceso a través de la negociación política con el centro o con los militares. El otro, encabezado por la dirección socialista, buscaba una rápida resolución del problema del poder, se negaba a la negociación, criticándola como "conciliación centrista" y favorecía la creación de un "poder popular", alternativo al del estado. Esa línea se situaba objetivamente en una perspectiva insurreccional, cuya semejanza con el modelo bolchevique originario era nítida y explícita.

Ese desgarramiento progresivo de la izquierda después de la crisis de octubre fue el efecto de un error estratégico previo. No bastaba que la Unidad Popular hubiese mantenido su cohesión. Sin duda, al superarse el empate catastrófico entre diseños contrapuestos, se hubiera evitado lo peor, vivir los últimos meses en la parálisis política. Pero ya entonces restaurar la unidad perdida no bastaba para asegurar la estabilidad ni la capacidad productiva (de acción y dirección) del gobierno. Ya entonces, y en ese octubre de 1972 marcó un punto de ruptura, se había completado el ciclo fatal de la polarización. El centro, que había tratado de implementar una estrategia de neutralización de la Unidad Popular a través de la legalización de sus iniciativas de reforma, se vio obligado a abandonar la posición centrista y a perfeccionar sus vínculos políticos con la derecha, en un frente opositor cada vez más unificado.

El bloque democratizador

El problema de fondo, aquel cuya ausencia explica más comprensivamente el fracaso de la Unidad Popular, fue la imposibilidad de formar un "bloque por los cambios". No se construyó una coalición que superara la división entre los diferentes segmentos del mundo popular y movilizara, detrás de un programa de cambios, a aquellos sectores de las

capas medias políticamente representados por la democracia Cristiana.

Un bloque de ese tipo había existido, entre la izquierda y el centro, en la década de los cuarenta. Esa coalición democratizadora, pese a todas sus insuficiencias, había sido capaz de fortalecer un orden político pluralista, de acelerar la industrialización, de modernizar la sociedad, de promover los derechos sociales de importantes sectores de trabajadores y de capas medias. Al contrario, los dos proyectos de transformación de la década de los sesenta, fueron promovidos, el primero por un centro aislado, el segundo por una izquierda aislada.

Esa carencia de un "bloque por los cambios" fue mucho más significativa en el caso de la Unidad Popular. La razón principal era un carácter más radical del proyecto y la presencia en el gobierno de fuerzas que, por su discurso obrerista, anticapitalista y su propuesta de superación de la "democracia burguesa", generaban una imagen de amenaza. El proyecto de la Unidad Popular introdujo tendencias de polarización mucho mayores que el de la democracia Cristiana. El programa de cambios de ésta, pese a que atacó el latifundio, fue básicamente un programa de reformas sociales y de modernización capitalista.

La otra razón por la cual el proyecto de la Unidad Popular requería un "bloque por los cambios" era la escisión existente en el mundo popular. Una de las características más salientes de la democracia Cristiana ha sido su capacidad de representar políticamente a una parte de ese mundo popular. Ese segmento era caracterizado (o caricaturizado) por la categoría típica de conciencia de clase atrasada. Pero, en realidad, la democracia Cristiana estaba implantada tanto entre campesinos y marginales urbanos como en sectores industriales modernos o de las empresas cupríferas.

Por lo tanto, la separación política entre los dos mundos populares impedía a la izquierda hablar legítimamente por la totalidad. Ese mismo hecho la impulsaba a diferenciarse de la parte "contaminada" y la obligaba a combatirla en nombre de la "buena conciencia de clase". Cuando se intentan transformaciones revolucionarias en nombre del pueblo, ese divorcio no solamente tiene efectos sobre la correlación de fuerzas, también debilita el principio de legitimación del proyecto. En verdad, no era posible una auténtica hegemonía popular sin reconstituir la unidad escindida. Por lo tanto, en la situación chilena, por las formas históricas de representación popular, la constitución de un "bloque por los cambios" era más que una necesidad política para dar estabilidad a una experiencia democratizadora. Además era un requisito para que los sectores populares fueran un sujeto protagónico, mediante la superación de su fragmentación en dos mundos competitivos.

La causa principal del fracaso de la Unidad Popular residió en la imposibilidad de constituir ese tipo de bloque democratizador. Conseguirlo hubiera significado resolver, simultáneamente, dos grandes problemas: la unificación de los dos segmentos del mundo popular y la movilización de una parte importante de las capas medias tras un programa de cambios profundos. Permitía articular una sólida mayoría político-social que hubiera evitado un empate catastrófico.

Nueva síntesis programática

Evidentemente que la formación de un bloque de ese tipo requería un programa común, diferente del de la Unidad Popular, pero también distinto de las propuestas tradicionales del centro reformador. Para la Unidad Popular ello hubiera exigido reformular la vinculación entre "gobierno popular" y "transición al socialismo". Esa temática de la simultaneidad de tareas, por la cual se definía al "gobierno popular" como el momento inicial de una fase ininterrumpida de construcción socialista, solamente había aparecido en el discurso de la izquierda a mediados de la década de los sesenta. Ella reflejaba las características ideológicas de esa izquierda: la obsesión antireformista, la creencia de que solamente el socialismo resolvía los problemas del desarrollo económico, la oscura culpabilidad con que participaba en la política parlamentaria y electoral, tan lejana del heroísmo revolucionario. Para estar en condiciones de buscar un nuevo consenso programático con el centro reformador, la izquierda hubiese necesitado tener mucho más clara la perspectiva gradualista de su política y la idea de que el socialismo que se quería construir surgía por la profundización de la democracia.

Pero tampoco la democracia Cristiana de la época estaba en condiciones de contribuir a crear una nueva síntesis programática. Para ello hubiese sido necesaria una más real demarcación entre las diferentes corrientes internas. Las tendencias reformadoras más avanzadas del partido tenían una visión doctrinaria, utopista y "alternativista" de la realización del contenido anticapitalista de su política. Eso las llevaba a enfatizar el "camino propio" más que la colaboración con la izquierda o bien las llevaba al otro extremo, a resolver sus contradicciones a través de la ruptura. Además esas tendencias estaban contrabalanceadas por la fuerza de las corrientes moderadas, que conformaban un programa puramente modernizador.

La estrategia de cambios no negociados

La ausencia de este "bloque por los cambios", que era principal condición política de viabilidad del proyecto de la Unidad Popular, condujo a la izquierda a una estrategia de reformas que favoreció objetivamente las tendencias a la polarización. En las elecciones municipales de abril de 1971 la Unidad Popular superó largamente la performance de la elección presidencial de 1970. Esos resultados aumentaron su legitimidad pero no su poder parlamentario. Siguió siendo una fuerza minoritaria en el congreso, que era el ámbito decisivo para la legalización de las reformas. Es verdad que la correlación de fuerzas en el parlamento ya no reflejaba adecuadamente las nuevas tendencias existentes en la sociedad. Pero este reclamo carecía de efectos prácticos, no resolvía la situación política. En parte la Unidad Popular fue una víctima de las fallas de representatividad del sistema político que dificultaban la constitución de mayorías sólidas.

Todo eso es verdad. Pero la existencia de una densa red de casamatas definitivas era un dato de la situación, no un hecho nuevo. Justamente la habilidad de la política reformadora se probaba por la capacidad de sortear aquellos obstáculos. En ese terreno la Unidad Popular eligió un camino peligroso. En el corto plazo la fórmula usada permitía



avanzar, con más rapidez que ninguna, en la realización de los cambios. Pero en el largo plazo generaba una polarización catastrófica del sistema político.

A comienzos la Unidad Popular se enfrentó con la imposibilidad de establecer una gran coalición por los cambios y con el dato de que, por las astucias de la institucionalidad, el éxito electoral de comienzos de 1971 no mejoraba sus posiciones de poder en el parlamento. ¿Qué hizo la Unidad Popular frente a estas restricciones de su fuerza estatal? No recurrió a una estrategia moderada que, a falta del "bloque por los cambios" buscara acuerdos parlamentarios puntuales con el centro. En vez de eso recurrió a una estrategia de ofensiva, consistente en implementar las reformas prescindiendo de la negociación parlamentaria.

La argumentación legalista usada por la izquierda demostró fehacientemente la existencia de normas residuales que permitían promover los cambios económicos por simple iniciativa del ejecutivo. Pero esa argumentación formal dejaba de lado los problemas principales. El asunto central era que la estrategia de reformas no negociadas negaban en la práctica principios constitutivos de la organización estatal, entre los cuales figuraba el carácter transaccional de todo proceso de elaboración legislativa y, por supuesto, de la definición de cambios o reformas. Esa garantía había sido decisiva en la legitimación del sistema de relaciones políticas.

La Unidad Popular al usar esa estrategia de reformas no negociadas, favoreció objetivamente la línea de derrocamiento propugnada por la derecha. Aquella táctica requería la polarización y, por tanto, la destrucción de la política mo-

derada del centro. Como esa fuerza no pudo ser "físicamente" destruida, a través de la erosión de su peso electoral, la derecha buscó afanosamente obligarla a abandonar sus posiciones céntricas. Para ello era básico favorecer los enfrentamientos entre la democracia cristiana, que intentaba la negociación de los programas de cambio, y una izquierda "fundamentalista", que impulsaba sus iniciativas contra viento y marea y que, además, no demostraba ninguna voluntad de acotarse dentro del sistema de poderes contrabalanceados.

La línea de cambios no negociados, combinada con la crisis política y el deterioro económico, produjeron una radicalización de las capas medias. Ese proceso de base permite explicar fácilmente el desplazamiento final del centro hacia la derecha. Cuando ese ciclo se completó ya estaba escrito el final del drama. Entonces cada actor ya tenía su papel, para subir al escenario, solamente faltaba que se maquillaran y vistieran. Pero el desenlace de la obra no estuvo escrito desde el comienzo. La Unidad Popular hubiese podido intentar una experiencia fructífera de cambios, quizás menos profundos pero mucho más consolidados, a través de la formación de un bloque democratizador.

Dos visiones de la democracia

La búsqueda consecuente de una "vía chilena al socialismo", que implicaba intentar transformar la sociedad en y desde la democracia, exigía ciertos métodos políticos cu-

yos, principales elementos eran dos, promover la articulación y aceptar las reglas y condiciones de la competencia política pluralista.

La aplicación de ese diseño requería una izquierda sin complejos, ni culpabilidades, que asumía la construcción del socialismo a través de un camino de reformas. Pero la izquierda de esa época estaba tensionada entre dos mundos. Por una parte aceptaba que en Chile solamente con la democracia podía avanzarse hacia el socialismo, lo que implicaba realizar una política que convocara a la mayoría.

Pero esa visión luchaba contra otra, absolutamente contradictoria. Era la concepción tradicional de la revolución como asalto al palacio de invierno o como guerra popular. En los dos casos lo principal era la resolución militar del problema del poder, cuya gran ventaja era que permitía disponer del estado sin compartirlo, sin necesidad de aceptar contrabalances.

Se trataba mucho más que de dos teorías sistemáticas, de dos universos culturales que se estructuraban en torno al eje de la democracia. Había una izquierda que la valoraba, que veía ligada su propia historia al desarrollo estable de la competencia política. Esa izquierda había llegado a apreciar los grados de libertad y de dignidad que el sistema democrático permitía, aun siendo tan imperfectos como era en Chile.

La otra izquierda soñaba con la revolución, partera de una nueva sociedad; con la violencia que otorgaba el poder total, dejando a la burguesía sin capacidad de represión y sin recursos de dominación. Esa izquierda veía en la democracia chilena solamente lo que ella tenía de neutralizadora, sus astucias para regular la energía popular, para digerir hasta volverlos insulsos los discursos revolucionarios.

Cada una de estas visiones reposaba sobre diversos conceptos de la política. La concepción revolucionaria, que confundía la hegemonía popular con la "dictadura del proletariado", tenía una visión "fundamentalista". Para ella la fuente de legitimidad no era la voluntad popular (con sus ambigüedades, vacilaciones), sino el partido, quien administraba el marxismo, esa construcción intelectual donde se definían y sistematizaban los intereses objetivos de la clase obrera.

La difusión de estas teorías y universos culturales de carácter integrista dificultaron la aplicación de la "vía chilena al socialismo". Para impulsar esa línea estratégica era necesario asumir sin ambages el hecho que las elecciones y las mayorías parlamentarias eran expresivas de la voluntad popular, por lo menos permitían formas operacionales de verificación. Era necesario afirmar, sin culpabilidades, que no se aspiraba a sustituir la competencia política pluralista, porque ninguna dictadura representaba una superación de las imperfecciones de la democracia. Sin embargo, una parte de la izquierda no se atrevía a realizar esas afirmaciones, veía en ellas una renuncia a la tradición revolucionaria.

Eramos herederos de las tensiones y dilemas con que el movimiento socialista internacional había vivido sus relaciones con la democracia. Hay que recordar que todavía no se había desarrollado el eurocomunismo ni se había puesto tan en evidencia la naturaleza de las sociedades socialistas. Tampoco nosotros habíamos vivido la experiencia crucial que nos impide aceptar toda tolerancia hacia cualquier dictadura, por muy nobles que sean sus palabras.

Era entonces muy difícil escapar de la fascinación de algunos: la violencia proletaria como purificadora, el poder total como condición de una verdadera libertad. La década

del sesenta, había proporcionado a esas visiones de la política los contornos épico-heroicos de la lucha contra Batista y de la guerra contra el imperialismo.

Todo esto tiene muchas explicaciones. Una de ellas era que el partido comunista, en ese entonces la fuerza de izquierda que mejor supo comprender las exigencias políticas del proceso, no se expresaba en un discurso que diera cuenta plenamente de su práctica democratizadora. Atrapado dentro de la matriz leninista realizaba un discurso instrumental sobre la democracia, justificándola sólo en cuanto medio para llegar al socialismo. En el interior de ese paradigma los comunistas chilenos habían elaborado el mejor análisis posible. En la práctica eran uno de los principales factores de estabilidad del régimen político, puesto que contribuían a canalizar las demandas populares y a combatir el "izquierdismo". En el período de la Unidad Popular tenían una visión mucho más realista y moderada que otros grupos. Pero no fueron capaces de realizar el salto teórico que se necesitaba para pensar el proceso chileno.

El significado de Allende

Allende fue quien estuvo más cerca de jugar ese rol. Su principal legado fue haber sabido comprender, con más lucidez que nadie, las características del proceso chileno.

Quizás la gran virtud de Allende como político era la primacía de los aspectos histórico-prácticos por sobre los aspectos libresco, a los que era tan aficionada la izquierda marxista o marxistizada. En Allende había intuiciones que se basaban en la vivencia histórica más que en las elaboraciones intelectuales; en el conocimiento desde dentro del sistema político y de sus complejas dinámicas más que en conceptualizaciones abstractas sobre el carácter del estado.



Menos atrapado que los comunistas dentro de una matriz conceptual fue capaz de construir una visión más integral que la que de ellos. Percibió la necesidad de promover una efectiva alianza entre la clase obrera y las capas medias, captando mejor que nadie el papel crucial de la Democracia Cristiana como representante de ese mundo cultural. Percibió la urgencia de promover condiciones de estabilidad, buscó la negociación y los acuerdos, combatió con fuerza las tendencias "izquierdistas". Sus análisis sobre la estructura de clases y sobre la naturaleza del estado superaban la tendencia prevaleciente a las clasificaciones binarias.

La riqueza de Allende como político dentro de la izquierda chilena se basaba en su valoración de la democracia. Estaba más allá del típico enfoque instrumental y de los análisis conspirativos que ven en la democracia sólo un recurso de la dominación burguesa. Tenía la intuición que una crisis del régimen político, facilitada por la polarización, significaba encaminarse hacia el abismo.

La gran ventaja de Allende sobre otros fue que no se dejaba influir por ortodoxias ni sacralizaciones, que no pensaba siguiendo una lógica del modelo. Era un político de principios pero realista, cuyo principal instrumento cognitivo siempre era la evaluación de la experiencia histórica.

Por eso fue quien mejor percibió las exigencias del proceso y sus condiciones teóricas. Con menos ambigüedades que otros, sin dejarse confundir por mitos y complejos de culpabilidad, percibió la importancia del bloque democratizador, de respetar las reglas del juego democrático, de representar la defensa de la legalidad constitucional. No pudo imponer sus tesis dentro de la izquierda. Su muerte representa una forma de enfrentarse con ese fracaso, de asumir, con una consecuencia extrema, la responsabilidad de la catástrofe a la que habíamos conducido al movimiento popular.

Las debilidades de Allende

Como no se pretende construir una visión edificante, deben

señalarse también las flaquezas de Allende como político. Siempre he creído que vivió esos últimos momentos alucinantes con la desesperación de no haber impuesto sus intuiciones centrales con más vigor y fuerza.

La política de Allende durante la Unidad Popular tuvo dos defectos. Ellos fueron la renuncia a ejercer el liderazgo presidencial y el papel asignado a la unidad de la izquierda. La situación de crisis nacional y de empate catastrófico (entre gobierno/oposición y dentro de la propia Unidad Popular) requería que el presidente, figura central del sistema político, jugara un rol de dirección más que un rol de arbitraje y conciliación. No bastaba tener, como la tenía Allende, una visión clara. Era necesario estar dispuesto a usar, hasta el límite, los recursos de poder de que se disponía. El ejercicio de un rol presidencial, autónomo de las decisiones de los partidos, hubiese significado la ruptura de la coalición gobernante. Mantenerla exigía realizar políticas ambiguas, zigzagueantes o simplemente contradictorias. No basta una función de arbitraje cuando existen diferencias radicales. Pero Allende no era un caudillo. Se había socializado en el estilo, si se quiere en la ética, de la representación.

Su lucidez sin pretensiones y su realismo concreto se estrellaron, una y mil veces, contra las brillantes especulaciones abstractas y el optimismo irresponsable de los profetas del "polo revolucionario". Diez años después todos se reconocen en la línea de Allende. Pero en ese entonces muchos se dejaron encandilar por las esperanzas insurreccionales, por el fervor de las masas cuya capacidad combatiente parecía no reconocer límite. Allende, viejo conocedor del pueblo cuyas luchas había compartido, tenía la intuición del Chile real. ¿Cuántas veces no nos pareció un político prosaico, demasiado realista, con su fervor mellado por los hábitos, parlamentarios? Allende estaba en las antípodas del romanticismo revolucionario quizás porque tenía un enorme sentido de la responsabilidad. En estos momentos es imposible no pensar en su ejemplo y en su destino.

ALLENDE

Pablo Neruda. Poeta nacional de Chile. Premio Nóbel de Literatura 1972. Militante destacado del partido Comunista.



Mi pueblo ha sido el más traicionado de este tiempo. De los desiertos del salitre, de las minas submarinas del carbón, de las alturas terribles donde yace el cobre y lo extraen con trabajos inhumanos las manos de mi pueblo, surgió un movimiento liberador de magnitud grandiosa. Ese movimiento llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las garras extranjeras.

Donde estuvo, en los países más lejanos, los pueblos admiraron al presidente Allende y elogiaron el extraordinario pluralismo de nuestro gobierno. Jamás en la historia de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, se escuchó una ovación como la que le brindaron al presidente de Chile los delegados de todo el mundo. Aquí en Chile, se estaba construyendo, entre inmensas dificultades, una sociedad verdaderamente justa, elevada sobre la base de nuestra soberanía, de nuestro orgullo nacional, del heroísmo de los mejores habitantes de Chile. De nuestro lado, del lado de la

revolución chilena, estaban la constitución y la ley, la democracia y la esperanza.

Del otro lado no faltaba nada. Tenían arlequines y pochinelas, payasos a granel, terroristas de pistola y cadena, monjes falsos y militares degradados. Unos y otros daban vueltas en el carrusel del despacho. Iban tomados de la mano el fascista Jarpa con sus sobrinos de "Patria y Libertad", dispuestos a romperle la cabeza y el alma a cuanto existe, con tal de recuperar la gran hacienda que ellos llamaban Chile. Junto con ellos, para amenizar la farándula, danzaba un gran banquero y bailarín, algo manchado de sangre; era el campeón de rumba González Videla, que rumbeando entregó hace tiempo su partido a los enemigos del pueblo. Ahora era Frei quien ofrecía su partido demócrata-cristiano a los mismos enemigos del pueblo, y bailaba al son que éstos le tocaran, y bailaba además con el ex-coronel Viaux, de cuya fechoría fue cómplice.

Estos eran los principales artistas de la comedia. Tenían preparados los víveres del acaparamiento, los "miguelitos", los garrotes y las mismas balas que ayer hirieron de muerte a nuestro pueblo en Iquique, en Ranquil, en Salvador, en Puerto Montt, en la José María Caro, en Frutillar, en Puen-

Allende visto por sus contemporáneos. Casa de Chile, México 1983.

te Alto y en tantos otros lugares. Los asesinos de Hernán Mery bailaban con naturalidad, santurronamente. Se sentían ofendidos de que les reprocharan esos "pequeños detalles".

Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empequeñecido por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.

Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron de jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.

En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos "aristócratas". Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores.

Sin embargo, estos dos hombres fueron muy diferentes. Balmaceda fue un orador cautivante. Tenía una compleción imperiosa que lo acercaba más y más al mando unipersonal. Estaba seguro de la elevación de sus propósitos. En todo instante se vio rodeado de enemigos. Su superioridad sobre el medio en que vivía era tan grande, y tan grande su soledad, que concluyó por reconcentrarse en sí mismo. El

pueblo que debía ayudarlo no existía como fuerza, es decir, no estaba organizado. Aquel presidente estaba condenado a conducirse como iluminado, como un soñador: su sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes extranjeros y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros, la propiedad y las concesiones; para los criollos, las coimas. Recibidos los treinta dineros, todo volvió a su normalidad. La sangre de unos cuantos miles de hombres del pueblo se secó pronto en los campos de batalla. Los obreros más explotados del mundo, los de las regiones del norte de Chile, no cesaron de producir inmensas cantidades de libras esterlinas para la City de Londres.

Allende nunca fue un gran orador. Y como estadista era un gobernante que consultaba todas sus medidas. Fue el antidictador, el demócrata principista hasta en los menores detalles. Le tocó un país que ya no era el pueblo bisoño de Balmaceda; encontró una clase obrera poderosa que sabía de qué se trataba. Allende era un dirigente colectivo; un hombre que, sin salir de las clases populares, era un producto de la lucha de esas clases contra el estancamiento y la corrupción de sus explotadores. Por tales causas y razones, la obra que realizó Allende en tan corto tiempo es superior a la de Balmaceda; más aún, es la más importante en la historia de Chile. Sólo la nacionalización del cobre fue una empresa titánica, y muchos objetivos más se cumplieron bajo su gobierno de esencia colectiva.

Las obras y los hechos de Allende, de imborrable valor nacional, enfurecieron a los enemigos de nuestra liberación. El simbolismo trágico de esta crisis se revela en el bombardeo del palacio de gobierno; uno evoca la Blitz Krieg de la aviación nazi contra indefensas ciudades extranjeras, españolas, inglesas, rusas; ahora sucedía el mismo crimen en



Salvador Allende, Pablo Neruda y Luis Corvalán.

Chile; pilotos chilenos atacaban en picada el palacio que durante siglos fue el centro de la vida civil del país.

Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi gran compañero el presidente Allende. Su asesinato se mantuvo en silencio; fue enterrado secretamente; sólo a su viuda le fue permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras visibles de suicidio. La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A renglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo

hombre: el presidente de la república de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete, sin más compañía que su gran corazón, envuelto en humo y llamas. Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque jamás renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aquella gloriosa figura muerta iba acribillada y despedazada por las balas de las ametralladoras de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile.

“Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y solo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende.”

REENCUENTRO CON EL PRESIDENTE ALLENDE

Ricardo Núñez. Sociólogo, Secretario General del Partido Socialista de Chile (PS-N).



Lo escuchamos tantas veces en este mismo lugar. Cuántas veces su palabra encendida, llenó los espacios de este teatro, en medio de las banderas libres de nuestro pueblo, imposible ocupar esta tribuna sin sentir la emoción de su presencia, sin escuchar nuevamente el metal de su voz, sin evocar la noble dimensión de su coraje. Sustraer su imagen del silencio vil a que se pretendió condenarla, redimir su memoria agraviada en esta noche larga del fascismo; este es el sentido profundo de esta reunión.

Estamos aquí para reencontrarnos con el presidente Salvador Allende.

Este es un acto de desafío que incomoda a quienes detentan el poder de la Nación, que perturba conciencias culpables y que agita las aguas de la historia que la dictadura quiere mantener quietas y apacibles. Este es un acto de desafío porque el nombre de Salvador Allende, de nuevo en las gargantas de su pueblo, es un hierro ardiente que le quema el alma a todos los que dejaron su huella en la demoli-

ción de la democracia chilena y en el dolor infinito de la Patria.

Este es un acto de constatación formal y de imposterizable justicia.

Hace apenas unos días, un alto personero del gobierno puso en evidencia el malestar del régimen ante el anuncio de este homenaje. Le parecía inconcebible que se pretendiera reivindicar a Allende como "un héroe olvidado". Eso hubieran querido. Que fuera sólo un héroe olvidado. Hicieron lo posible para que así fuera. Pretendieron borrar su nombre. Quisieron expulsarlo de la historia. Intentaron arrancarlo de la memoria de su pueblo, encarcelaron su recuerdo, ocultaron su sepultura.

Durante diez años, han perseguido su pensamiento. Han deformado su obra y han escarnecido su magnífica utopía. Y hoy, cuando la noche empieza a disiparse, cuando se aflojan los mecanismos del temor, cuando Chile sacude su letargo, cuando la nación toma conciencia de los abismos a que fue arrastrada, los estrategas de la dictadura descubren con alarma, que la muerte del hombre no implicó la muerte de la idea.

Discurso pronunciado en el primer acto público de homenaje a Salvador Allende por el Bloque Socialista, teatro Caupolicán, Santiago, 23-III-1984.



“Aquí no hay un héroe olvidado. Hay un conductor presente. Allende, al igual que ayer, empieza a recorrer de nuevo los caminos de Chile como un fantasma impertinente, que altera los nervios de la tiranía y se resitúa en la vanguardia de la lucha por la democracia y del socialismo”.

¿Cómo apagar su voz en Chile cuando ella sigue escuchándose en todas las latitudes de la tierra?

Aquí no hay un héroe olvidado. Hay un conductor presente. Allende, al igual que ayer, empieza a recorrer de nuevo los caminos de Chile como un fantasma impertinente, que altera los nervios de la tiranía y se resitúa en la vanguardia de la lucha por la democracia y del socialismo.

¿Cómo pretendieron proscribirlo en Chile, si goza del raro privilegio de pertenecer al mundo?

La humanidad lo ha ubicado en la cofradía selecta de los estadistas que tienen audiencia imperecedera. Su memoria ha sido perpetuada por los pueblos de cinco continentes, su imagen es familiar a hombres y mujeres de todas las razas, de todos los credos y de todas las lenguas. Su nombre ha sido escrito en calles, plazas y monumentos en todos los ámbitos del planeta.

Estadistas de cuño diferente han reconocido inspiración en su pensamiento, en su obra y en su ejemplo.

Lo había dicho en la antesala de su muerte: "Me seguirán escuchando. Siempre estaré junto a ustedes y por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, que fue leal con la patria y los trabajadores".

Tuvo conciencia de que su voz, la voz de su vida y de su muerte, trascendía su existencia. Hoy, ella es infinitamente más vigorosa. Tiene un sentido más profundo y un auditorio sin fronteras.

Digámoslo esta noche: con infinita satisfacción y hasta con íntimo deleite. Los torvos inquisidores de la dictadura no pudieron desterrarlo de la conciencia de Chile. Digámosle a los generales golpistas, a la burguesía criolla y al imperialismo norteamericano: "El muerto que vos matásteis goza de buena salud". ¡Allende vive!

El pueblo escondió su nombre para protegerlo. Preservó su recuerdo en hielo de ira y de dolor. Y hoy reconoce a su capitán callado, tras años de ignominia y de sombra.

Para el socialismo chileno, es este también un acto de legítima reivindicación. Allende trasciende a quienes fuimos sus camaradas. Pero somos nosotros los que con mayor legitimidad aspiramos a la preservación de su memoria. Pertenecen a todos, pero forma parte del patrimonio de ideas, de sentimiento y aspiraciones que alentó la presencia del partido socialista en la sociedad chilena.

"Todo lo que soy se lo debo a mi partido". Lo dijo tantas veces, y no era aquella una afirmación condescendiente.

El líder, que despuntó temprano en las asambleas estudiantiles de Valparaíso, irá sellando su compromiso con los trabajadores de Chile en el seno del partido, en la fraternidad militante, en la escaramuza interna, en el cumplimiento leal de tareas modestas y trascendentes.

Del partido fluyó la fe, la esperanza insatisfecha, la dimensión de una sociedad superior, el diseño de la utopía irrenunciable. Pero, a su vez, el partido recogió para sus luchas la impronta del conductor, los perfiles sólidos de su personalidad política y la fuerza vigorosa de su pensamiento.

Fue como militante socialista, en su largo peregrinar por los caminos de Chile, que Allende entrecruzó la percepción de una sociedad marcada por los signos del subdesarrollo y la dependencia, con el diseño de un camino al socialismo que se reconoce en la especificidad de nuestra sociedad y que se enraza en su historia, en sus tradiciones, en la idiosincrasia de su gente.

Así mismo, con espíritu abierto y generoso compren-

dió el significado de nuevas fuerzas e ideas que surgían para enriquecer al socialismo chileno.

Este encuentro multitudinario satisface un requerimiento formal de rescate, de necesaria precisión del aporte de Allende a las luchas de hoy. Para reintegrar a Chile a la libertad y a la democracia y a las luchas de siempre por construir el socialismo. Es el patrimonio de que somos legatarios.

El se mide en cada arista de su personalidad, en los perfiles que determinan su estatura lidal, en el ejemplo de su lealtad a los trabajadores, en su valoración de la unidad del pueblo y en las variantes de su pensamiento.

El compromiso con los trabajadores es un compromiso que se escribe en mutua lealtad. La recibió del pueblo y la entregó al pueblo. La aprendió lentamente en el caserío campesino, en la miseria del suburbio, en el dolor de los humildes y en la rebeldía de la juventud de Chile.

Su muerte estuvo anticipada por ese aprendizaje.

Eso no podían entenderlo los militares golpistas que le ofrecieron un avión para abandonar el país. Su mandato se lo debía al pueblo. Lo había ganado en la identificación vital con sus sufrimientos, en un itinerario de derrotas y de victorias.

El patrimonio político y moral que representaba ese mandato no era transferible a la subversión uniformada que lo reclama en nombre de la fuerza.

Como ningún otro, midió el valor de la unidad, educó a los trabajadores en ella y se movilizó para darle contenido. La entendió y la practicó como un instrumento vivo de combate que eleva a un nivel superior, sin degradarlos, los aportes potenciales de sus componentes.

La entendió y la practicó cara al pueblo, en las explicitaciones de las diversidades y no en su ocultamiento piadoso. Su más grande mérito es haber hecho de su acción política, un testimonio vital de la necesidad de compatibilizar, práctica y teóricamente, la democracia y el socialismo, entendiendo que éste es inimaginable sin aquélla, y que la democracia sólo puede alcanzar la plenitud de su contenido humano, precisamente, en el socialismo.

La alternativa que Allende explora como gobernante, se vino elaborando en la afanosa percepción de una realidad nacional singular, que incorpora a las estructuras económicas de un país subdesarrollado, dimensiones políticas y sociales que no se daban en otras latitudes del mundo dependiente.

Allende asume el mando de la nación, creyendo en esa segunda vía, que no busca referentes en las experiencias históricas en las cuales se ha construido, hasta hoy, el socialismo y que intenta aprehenderlo en la ampliación de la democracia, en la reservación irrestricta de la libertad, en el respeto del pluralismo político; como un componente intransable, y en la participación plena y objetiva de las grandes mayorías nacionales.

Allende forjó su personalidad política en el seno de la institucionalidad chilena. En ella descubrió la actitud suficiente para autogenerar las transformaciones que harían posible la sustitución del sistema capitalista, sin un quiebre del funcionamiento de la sociedad y la economía.

Ese tránsito nacional, esa vía allendista al socialismo, que se factibiliza en una política legal de consenso, que rechaza la violencia y la represión, que, lejos de cancelar, conserva y desarrolla las conquistas civiles del sistema que se sustituye, en especial respecto a las libertades individuales y a los derechos del hombre, reconoce a la democracia no

como un estatuto permisivo de una clase, sino como un logro del progreso de la humanidad, como un valor estratégico, irreversible e irrenunciable.

Esta concepción constituye un aporte formidable al pensamiento revolucionario contemporáneo y no fue invalidado por el desenlace trágico de la experiencia de la Unidad Popular. La constitución y la ley, que se había comprometido a respetar como jefe supremo del estado, eran el símbolo de la democracia, pero, a la vez, constituían el marco preciso de aquel segundo modelo de tránsito al socialismo, en cuya legitimidad moral y revolucionaria había puesto su fe.

Allende no muere en un "búnker", muere en La Moneda, símbolo del poder constitucional.

Compañeras y compañeros:

Porque Allende y su familia son parte de nuestro pueblo, porque todos sus familiares directos se encuentran escarncidos por la cruel medida del exilio, porque sólo se ha permitido el retorno de su nieto mayor, Gonzalo Meza, que se encuentra entre nosotros esta noche, solemnemente queremos invitar al pueblo de Chile para iniciar una gran campaña nacional destinada a reunir un millón de firmas, a través de las cuales exigiremos el fin del exilio y el retorno de la Familia Allende, de Tencha, Isabel y Carmen Paz.

Desde esta tribuna, queremos rendirle un homenaje al exilio chileno. A los muchos compatriotas que, en medio de otras culturas y otros pueblos, mantienen su fe, su fuerza y su coraje para contribuir a la causa democrática de Chile.

Hacemos un reconocimiento a todos aquellos que, teniendo como norte a Chile, han asimilado creadoramente las multifacéticas experiencias que les ha tocado vivir; aquellos que han dedicado largas horas, día a día, a mantener la solidaridad con nuestro pueblo en lucha.

Desde esta tribuna, a esos compañeros les decimos que no descansaremos a fin de lograr su pronto retorno.

Queremos ejemplificar esta disposición exigiendo el retorno de importantes dirigentes del bloque socialista.

Exigimos el retorno de Jaime Gazmuri, secretario general del MAPU obrero campesino; de Oscar Guillermo Garretón, secretario general del MAPU; de Bosco Parra, dirigente de la izquierda cristiana, y de los dirigentes y ex-secretarios generales del partido socialista de Chile, Aniceto Rodríguez, Carlos Altamirano y Raúl Ampuero.

Compañeras y compañeros:

El país, convulsionado por la más profunda crisis de su historia, demanda con urgencia una renovación que lo reconstruya como nación.

Chile necesita construir de nuevo su esperanza en un destino democrático, independiente y transformador. Esa es la tarea de trascendencia histórica que como Patria enfrentamos en estos días.

Los socialistas chilenos tenemos la resuelta voluntad de jugar un papel de primera magnitud en su cumplimiento. Ese es el gran propósito común que reúne a los partidos y movimientos que han constituido el Bloque Socialista. Ese es el propósito a que aspiran los que han contribuido decididamente a su constitución.

Esa es la aspiración del MAPU, del MAPU Obrero Campesino, de la Izquierda Cristiana, del grupo por la Convergencia Socialista, del Movimiento de Convergencia Universitaria y del Partido Socialista de Chile.

Concebimos al Bloque Socialista no solamente como una herramienta destinada a pensar en el futuro de Chile, a mirar la gran perspectiva de futuro, sino también como un paso fundamental en la construcción de una gran fuerza política, popular, socialista, democrática y renovada.

Emanamos un proyecto de Socialismo Nacional que se propone renovar radicalmente a la Izquierda Chilena, recontrándose con las líneas maestras del legado de Salvador Allende y con toda su enorme organización socialista, democrática y unitaria.

Somos legítimos herederos, en consecuencia, del presidente de Chile que entregó su vida en defensa de la democracia.

Queremos ser los continuadores de la obra de quien, con su vida y su martirio, se ha convertido en el símbolo de la lucha por la libertad, en el inspirador de un nuevo régimen que tenga como piedra angular la participación organizada de la mayoría de los chilenos en todos y cada uno de los terrenos de la vida del país.

Surgimos también con la firme disposición de rescatar los grandes valores del socialismo histórico chileno. Estamos convencidos de la necesidad de rescatar las grandes constantes que hicieron del socialismo chileno, una experiencia tan singular.

Somos también los herederos de los fundadores y de los grandes dirigentes del Partido Socialista de Chile que fueron capaces de darle un profundo sentido popular, democrático y revolucionario al socialismo chileno. Somos herederos de aquellos que, mirando más allá de nuestras fronteras, sostuvieron la necesidad de hermanar las esperanzas de los pueblos latinoamericanos.

Los socialistas que surgimos del viejo tronco partidario hicimos del marxismo un medio que nos permitiera comprender mejor la realidad histórica en que vivimos. Nunca lo consideramos como un sistema acabado de dogmas sino como una savia vital que nos permitiera asumir mejor las responsabilidades del momento.

Surgimos también con la disposición de asumir los nuevos fenómenos sociales que caracterizan al mundo popular. Entre ellos, queremos que el Bloque Socialista sea capaz de cobijar en su seno, las experiencias del mundo popular cristiano, en tanto es un hecho de trascendencia histórica innegable.

Hoy más que nunca una gran mayoría de cristianos han asumido el mensaje liberador del evangelio, capaz de emancipar las conciencias oprimidas. El mundo popular cristiano, es parte constitutiva del Chile democrático y socialista, en el que los credos y religiones tendrán la libertad para su ejercicio y en el que jamás ningún muro de las iglesias será profanado y ninguna autoridad eclesiástica será amenazada, ofendida, ni menos reprimida.

El bloque socialista, nace también, con el trascendental aporte hecho por las fuerzas socialistas surgidas en la década del sesenta. Dichas fuerzas legitimaron su presencia en el escenario político nacional, no sólo gracias a las contribuciones que hicieron durante los mil días del Gobierno Popular, sino porque han sabido enfrentar, durante estos diez años de tiranía, la brutal represión que pretendió aniquilarlos, sin lograrlo.

En dichos partidos, debemos reconocer una fuerza efi-



caz que, portadora de distintas experiencias, han asumido desde siempre una impronta socialista singular que enriquece la base social, política y cultural del conjunto del Socialismo chileno y que se caracteriza por el esfuerzo hecho en la renovación del movimiento popular desde la base, y en la búsqueda de nuevas formas de hacer política.

De igual manera, somos portadores de la inquietud de muchos grupos y organizaciones socialistas que en la universidad y en la escuela, en el movimiento de mujeres, en el taller o en la fábrica, enfrentan creadoramente la histórica necesidad de la renovación y enriquecimiento del ideario socialista.

El bloque socialista aspira a constituirse en la negación más cabal y consecuente del capitalismo que caracteriza la esencia del régimen nefasto que se nos ha impuesto.

Los socialistas somos antagonistas radicales de todo lo que Pinochet y su régimen representan. A la dictadura, a la exclusión, a la imposición, a la arbitrariedad, oponemos la democracia, la que entendemos como la irrupción masiva del pueblo, de sus organizaciones, de su pensamiento y de sus decisiones en la conducción política y económica del país.

Al atropello cotidiano de la dignidad de cada chileno, oponemos un régimen político que convierta los derechos humanos en su fundamento permanente, hoy, mañana y siempre. A la militarización terrorista del país, oponemos el predominio de una nueva cultura de solidaridad nacional, de amplio acuerdo pluralista, de supremacía de las mayorías.

No queremos nunca más dictadura para Chile. Ninguna consideración ideológica, ni política, nos apartará de esa definición fundamental. Porque no queremos dictadura. Porque queremos democracia, es que queremos socialismo, por eso somos revolucionarios.

Cuando decimos socialismo, lo decimos mirando a Chile inspirándonos en su historia y en su tradición comba-

tiva; no somos importadores de experiencias ajenas, ni vivimos obsesionados por la veneración de ningún modelo.

Socialismo y democracia son así, para nosotros, dos caras de una misma moneda, dos aspectos de un mismo proceso, dos facetas de una misma e histórica transformación del país.

El pueblo chileno que lucha y se juega por la democracia no quiere, por motivo alguno, que sobre sus hombros, sus sacrificios y sus luchas, se reconstruya el viejo tradicionalismo político con su sectarismo, su pequeñez y su espíritu manipulador. Todos hemos aprendido de las experiencias del pasado.

La revalorización de nuestra vocación democrática, en la que inscribimos nuestro modo de concebir la transformación del país, es parte integrante y esencial de ese aprendizaje.

La renovación que impulsamos, contiene como afirmación central, la firme creencia de que la política debe alcanzar un profundo sentido ético y moral, para reinstalarse con fuerza en la conciencia de cada chileno.

Tantos años de ataque y de descalificación persistente a los partidos políticos por parte de la dictadura, han dejado en claro el propósito antidemocrático abierto que tal campaña relleja, pero no podemos negar que ella ha llegado a calar en algunos sectores atrasados, en los cuales la dictadura ha pretendido vender su menguado mensaje.

Consideramos a los partidos políticos como organizaciones insustituibles en la democracia, como portadores de la voluntad popular, como expresión articuladora de las grandes corrientes ideológicas, políticas y espirituales que constituyen la nación chilena.

Concebir, sin embargo, a los partidos políticos como los únicos vehículos de participación popular y como los únicos actores de peso real en la vida política, sería un error.

En la futura democracia, junto con enaltecer el valor de los partidos políticos, tenemos la obligación de elevar sus-

tancialmente el papel de las organizaciones sociales que el pueblo libremente va creando.

Apoyamos la constitución de organizaciones autónomas pluralistas, portadoras de propuestas nacionales propias, y en condiciones de desempeñar su papel, sin manipulaciones de ninguna naturaleza. No creemos en definitiva, en la concepción de que un partido es poseedor de la verdad que el pueblo constantemente crea.

Concebimos la liberación popular como obra del pueblo mismo, expresado a través de la pluralidad de fuerzas políticas como a través de sus propias organizaciones democráticas.

Esta nueva cultura política que contradice arraigados hábitos, debe también expresarse en la sustitución del viejo esquema en que se ordenó por décadas la política chilena.

Hemos superado la idea de que la reproducción de un frente de izquierda estructurado en torno al eje socialista/comunista es el único capaz, por sí solo, de expresar políticamente el conjunto de las fuerzas transformadoras del país.

La amplitud de este esfuerzo histórico por los cambios, la extensión inmensamente mayor que cobra día a día, nos lleva a plantear la necesidad de concertar a todas las fuerzas políticas y sociales que estén por las transformaciones que el país requiere.

Ni la reproducción mecánica de la Unidad Popular y menos aún la repetición de una experiencia reformista de centro, constituyen una solución real y viable a los problemas históricos de nuestro país.

Esta nueva unidad del pueblo, heredera del Movimiento Popular y de vastos sectores medios, expresados en la izquierda y el centro político, tiene la responsabilidad de constituirse en una gran mayoría que sostenga y amplíe los cambios en el futuro democrático.

Esa unidad ya está en desarrollo en la convergencia natural que se da en el seno de las organizaciones sociales. Profundizar los consensos por las transformaciones al interior de esa mayoría, es una tarea que no podemos pastergar para mañana. Es por ello, que discrepamos radicalmente de cualquier política de exclusión, que divida a aquellos que es indispensable unir, si queremos salir adelante.

Por ello es que nos diferenciamos profundamente del intento de reproducir el viejo modo de agrupación de la izquierda, que la encierra en su propia frontera, impidiéndole asumir una auténtica voluntad de representar a la nación chilena.

Queremos un país libre y solidario para los 11 millones de chilenos que pueblan sus variadas regiones. Queremos el ejercicio pleno de la soberanía popular y el respeto a los derechos humanos como principios fundamentales de la convivencia nacional. Queremos un país orgulloso de su independencia y su autodeterminación. Queremos una economía comprometida con la justicia social.

Para lograr estos anhelos, los socialistas chilenos decimos: ¡No a la estrechez y a las exclusiones! y nos pronunciamos por un reordenamiento de las fuerzas que establezca bases mayoritarias para la democratización y los cambios que el país deberá enfrentar en las próximas décadas.

El rumbo cada vez más provocador que asume la errática conducta de la dictadura, hace aún más urgente la constitución de una oposición nacional única, que todo el país reclama, creando las bases para entendimientos que expresen la responsabilidad histórica compartida, que todos tenemos en la hora actual.

En ese marco de consideraciones debemos trabajar por la búsqueda de consensos que aproximen a las diversas expresiones de la izquierda chilena.

Queremos, sin embargo, aprender de nuestra propia experiencia y consideramos, por tanto, que tal unidad será posible si establecemos una estrategia común, que incluya acuerdos claros respecto de nuestra concepción de la democracia y el socialismo, de las fuerzas que es necesario unir para impulsarla, y de las formas a través de las cuales debemos combatir a la dictadura.

No estamos por coincidencias aparente ni por unanimidades que posterguen problemas de fondo que preferimos asumir y enfrentar abiertamente desde hoy.

Sólo así, el país puede contar con una izquierda que expresa de modo real, la diversidad de las fuerzas que la componen, el respeto a las definiciones de cada cual y la superación definitiva de los hábitos de imposición de unos sobre otros.

Compañeras y compañeros:

Sin dramatismo decimos que Chile está al borde del precipicio. Es fundamental que las fuerzas políticas y sociales responsables, sean capaces de romper las camisas de fuerza que les impide avanzar con mayor flexibilidad para hacer propuestas.

Nuestro país puede caer en un abismo de desgracia, en donde el enfrentamiento, el terrorismo y el odio desatado, pueden llegar a cegar muchas vidas de compatriotas.

Desde nuestra perspectiva socialista, no claudicando de lo que son nuestros postulados esenciales, hacemos un llamado a la iglesia, al presidente de la corte suprema, a las autoridades intelectuales y morales de la nación chilena, a las organizaciones sociales del pueblo y a las organizaciones políticas democráticas, a buscar caminos que nos permitan evitar las desgracias que se ciernen sobre nuestra patria.

Por eso llamamos a la movilización de las mayorías, para presionar por una salida democrática, sin dilaciones. Las fuerzas que componemos el Bloque Socialista estamos convencidos, que se puede avanzar en la dirección de esos caminos.

Con tal propósito en esta ocasión damos a conocer nuestras propuestas para la hora presente.

1. Por el desarrollo de la fuerza del pueblo y la desobediencia civil contra la dictadura.
2. Por la unidad sin sectarismos.
3. Por el fin del régimen militar y por democracia ahora.

Junto a estas tres propuestas queremos establecer nuestra posición frente a las FF.AA., para que lo escuchen ustedes y lo escuchen ellas.

También queremos hacer un llamado a esa gran mayoría nacional que se define por los cambios para que profunde sus consensos.

Por último queremos reafirmar que el fortalecimiento del Bloque Socialista es una tarea con la cual nos comprometemos ante Chile y su pueblo.

Compañeras y compañeros:

Queremos referirnos brevemente a algunos acontecimientos de los últimos días. Estamos asistiendo a hechos que revelan la desesperación de la dictadura. No se puede explicar de otra forma, que el Gobierno pretenda tender la burda trampa de los plebiscitos y las consultas, cuando él mismo se ha encargado de desacreditarlos. Todo el país ha rechazado esas proposiciones.

Esa misma desesperación en el caldo de cultivo para que los afiebrados de siempre imaginen salidas de fuerza, en la forma de nuevos golpes de Estado. La historia no retrocede. Un nuevo 11 de septiembre agregaría nuevos mártires a la causa de la democracia pero no podría detener esta larga marcha que ha emprendido el pueblo chileno por la justicia, la libertad y la democracia.

Este pueblo tiene una sola arma; un sólo escudo, que oponer en contra de estos aventureros irracionales, es su unidad, sus organizaciones, su voluntad de cambio, que no dudarán en ejercer en contra de quienes intenten masacrarlo.

Cada hombre o cada mujer de nuestro país tiene un lugar y una responsabilidad para terminar con la violencia, antes de que la violencia termine con el país.

No se puede explicar de otra forma, la reacción brutal en contra de los dirigentes opositores, que hoy son objeto de la represión.

Solidarizamos con los compañeros Juan Gutiérrez y Carlos Moya dirigentes del Bloque Socialista encarcelados con falsas acusaciones.

Solidarizamos con el compañero Manuel Almeyda sometido a juicio por el hecho de expresar valientemente sus opiniones e ideas.

Solidarizamos con los habitantes de Punta Arenas perseguidos, especialmente por el dirigente José Ruiz Di Giorgio.

Al mismo tiempo, exigimos la inmediata libertad de ellos y de todos los presos políticos. Sólo esa desesperación puede explicar la canallasca agresión sufrida por Jorge Lavandero, a quien enviamos desde aquí nuestro deseo de pronta recuperación, para que vuelva a tomar su destacado puesto en la lucha por la democracia.

Permítanme, compañeras y compañeros, insistir en nuestra firme adhesión a la protesta nacional del próximo martes 27, llamándolos a seguir con responsabilidad, las instrucciones emanadas del Comando Nacional de Trabajadores.

Compañeras y compañeros:

Todos aquellos que nos identificamos con el socialismo y la



renovación, aspiramos hoy, a entrar en la fase de organizar en todos los rincones de la nación el Bloque Socialista y a convertirnos en una fuerza de vanguardia, en el impulso de la unidad de la oposición y en el fortalecimiento de la movilización contra la dictadura.

Aspiramos a representar la voluntad nacional por la democracia y el socialismo.

Llamamos a desarrollar con energía y combatividad el bloque socialista para convertirlo en instrumento eficaz de la lucha contra la dictadura y para completar la tarea inconclusa del Presidente Allende, es decir, construir una vía chilena al socialismo.

¡Con Allende por la democracia y el socialismo!

¡Viva Chile!

¡Vivan los trabajadores!

¡Venceremos!

LA POLITICA MILITAR DE ALLENDE

Carlos Prats González. General de ejército. Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Chile. Ministro y vice-presidente de la República en el gobierno del presidente Allende.



Será una cruel ironía del destino que, cuando se escriban serenamente las páginas de la Historia de Chile de los últimos 40 años, se esclarezca que el gobierno que en dicho lapso tuvo una concepción más nítida de la seguridad nacional y demostró con hechos el mayor interés por los problemas de la defensa nacional, fue, justamente, el gobierno de Allende, derrocado por las fuerzas armadas y de orden.

Podrá argumentarse que la visión y el interés por implementar una política militar fue ideológicamente interesada. Se podrá decir que Allende quiso "neutralizar" a las FF. AA. y a Carabineros o "comprarse" a estas instituciones, para llevar adelante, sin amargos inhibitorios, su proceso de socialización.

Acepto que, desde el punto de vista de la estrategia de la Unidad Popular se haya considerado que la renuncia al recurso de la "vía armada", como transición al socialismo exigía "contemporizar y complacer" al "aparato armado de la burguesía". Pero lo evidente es que el único presidente de Chile que en 40 años abrió un camino de coherencia a los

intereses de la seguridad nacional fue Salvador Allende. Comenzó por exigir de los partidos de la U P que se respetara su carácter de "Generalísimo de las FF. AA.", negándoles a ellos toda ingerencia en la vida profesional de los Institutos Armados. Prosiguió depositando su confianza en los Comandantes en Jefe, a quienes dio amplia libertad de acción en los problemas (que preocupan a los presidentes) de designación de mandos, llamados a retiro y prebendas en el extranjero. Pero, más allá de lo doméstico, compartió e hizo suya la nueva concepción de "soberanía geoeconómica" que le propusieron las FF.AA. No radica ahí el rol de ellas en la tradicional y estática lucha fronteriza, sino que las hace contribuir en las tareas del desarrollo económico-social que tengan incidencia en la seguridad nacional. Y más allá de lo conceptual, impulsó, con personal entusiasmo, los planes de aumento de planta, expansión de la infraestructura y adquisiciones en el exterior que propusimos los comandantes en jefe ante el consejo superior de seguridad nacional, así como diversos asuntos de desarrollo tecnológico, sin descuidar el mejoramiento del nivel de vida de los cuadros institucionales mediante arreglos del sistema de remuneraciones y del impulso asistencial, especialmente en cuanto a

Memorias. Testimonios de un soldado. Carlos Prats González, Pehuén, Santiago, 1987.

disponibilidad de viviendas para los distintos niveles jerárquicos.

Los más obcecados podrán acotar que diversos planes de estímulo no lograron concretarse. También eso es cierto, porque el flagelo inflacionario, a partir de mediados de 1972, tornó en irrealizables algunos proyectos estudiados sin tal presunción.

Sin embargo, lo realmente importante fue comprobar

una decidida intención de lograr un despegue de las FF. AA. en su capacidad operativa.

Varios integrantes de la actual cúpula militar gobernante participaron con sus ideas y compartieron responsabilidades ejecutivas con personeros del gobierno de Allende y no tendrían argumentos para desmentir o rectificar las afirmaciones precedentes.



“Lo evidente es que el único presidente de Chile que en 40 años abrió un camino de coherencia a los intereses de la seguridad nacional fue Salvador Allende”.

EL TESTAMENTO DE ALLENDE

José Rodríguez Elizondo. Abogado, periodista, autor de importantes libros y artículos sobre derecho y política. En la actualidad trabaja en el Centro de Información de la ONU en Madrid.



En Chile, ocho años después de su muerte, Salvador Allende es un nombre que limita con el tabú.

Quienes se dicen o sienten vinculados a los partidos de la Unidad Popular, saben que no tendría sentido expresarle públicas admiraciones o reconocimientos. La autocensura tiene una lógica que aplasta.

Los demócratacristianos, por su parte suelen rendirle homenajes crípticos, insertando frases del fallecido presidente en sus discursos o textos escritos. "Más temprano que tarde" por ejemplo, es un giro que aparece hasta en boca de Eduardo Frei. Y, sin saber sabiendo, todos piensan en las últimas palabras de Allende, cuando anunciara que "más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre".

En cuanto a los variopintos hombres de gobierno, los últimos años marcan una curiosa contención. Ya nadie quiere acordarse, al parecer, de esos primeros días posgolpe, cuando la TV mostraba, denunciante, el guardarropa de Allende y algunas botellas de whisky, desde la destruida residencia de la calle Tomás Moro. O cuando la prensa publi-

caba fotos de él y de su secretaria privada, tratando de montar un folletón escandaloso.

Algo indica, en ese sector, que los militares han impuesto un mínimo de respeto al caído. Profesionalmente formados en la valoración del coraje, no pueden mantenerse insensibles ante el gesto de un líder que anunció que de La Moneda sólo lo sacarían "con los pies para adelante". Además, la evidencia y la documentación históricas demuestran que el civil Allende siempre comprendió y valoró —a la inversa del antimilitar clásico— el rol social y profesional de las FF. AA. Sus palabras del día final, definitivamente, no contienen un solo ataque contra los militares como institución.

Unanimidad póstuma

En cuanto a los chilenos de la diáspora, el fenómeno Allende es el recuerdo que ennoblece las miserias del exilio y que compensa, a menudo, la falta de estatura de otros dirigentes de los partidos proscritos. "El Chicho es el único que todavía no me decepciona", comentaba irónico un exiliado chi-

leno en México, aludiendo el aniversario de su muerte. El culto a su memoria comprende desde los miristas, para quienes Allende no pasaba de ser un "reformista burgués", hasta sus independientes amigos personales, para quienes ningún partido de la Unidad Popular supo comprender el pensamiento del líder.

Por lo mismo, el de Allende es un nombre que no se discute. Y esto no deja de ser llamativo si se recuerda que su proclamación para las elecciones de 1970 fue el resultado transaccional de una dura pugna interpartidaria. El no era el mejor candidato para los comunistas ni para los socialistas —que formaban el eje de la Unidad Popular— y puede decirse que fue un mandatario con fuerte base social, pero sin base política propia.

En la práctica, esto implicaba la mediatización de muchas órdenes y directivas presidenciales. Estas llegaban a destino tan tamizadas por los aparatos partidarios, que muchas veces se perdían. Allende, por tanto, resultaba la víctima principal de las crónicas discrepancias entre los partidos de gobierno y del suicida "cuoteo" que sus dirigentes impusieron en el aparato estatal.

Rompiendo virginidades

¿Por qué no era, Allende, el candidato más idóneo para socialistas y comunistas?

Para decirlo con algunos estereotipos: porque no creía que la revolución chilena, "con sabor a empanadas y a vino tinto", pasara por el modelo cubano, que entonces subyugaba a la tendencia mayoritaria de su partido socialista, ni por el modelo soviético, homogéneamente valorado por el partido comunista. Es decir, ni lucha armada inevitable, ni dictadura proletaria ejercida a través de un partido único.

Ya en 1943, en un documento que no ha sido recogido por los investigadores, Allende afirmaba que la segunda guerra mundial, en desarrollo, "va rompiendo los viejos moldes imperialistas y ha destruido (...) la concepción político-social de la dictadura totalitaria". Para los países pequeños esto era importante, porque facilitaría la conquista de sus libertades políticas y económicas. Además, porque señalaba, para los socialistas, "la evidencia y la necesidad de poder realizar el socialismo en un ambiente de libertad", garantizando "el pleno ejercicio de los derechos establecidos en una verdadera democracia".

Como Allende era un hombre coherente, retomó estos conceptos el primer día de su gobierno, en su discurso del Estadio Nacional. Allí sostuvo la necesidad de perseverar en el "socialismo en democracia" y, cuidadosamente, anotó que "los teóricos del marxismo nunca han pretendido que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo". Meses más tarde, en su primer mensaje al congreso pleno —según dicen, elaborado con la asesoría del cientista político catalán Joan Garcés—, provocó una tormenta ideológica al sostener que "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista". Modelo que debía ser "democrático, pluralista y libertario", y cuya implantación no suponía "recorrer a formas autoritarias de gobierno".

A esa temprana altura del partido, ya la tendencia más radicalizada del Partido Socialista había consolidado posiciones, llevando a su jefatura máxima al senador Carlos Al-



Los presidentes Allende y Echeverría en el Auditorio de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

tamirano. Los comunistas, por su parte, no estaban en condiciones de revisar la concepción leninista de la dictadura proletaria (y no deja de ser curioso que haya sido la propia experiencia chilena la que influyera en el abandono de esta tesis por parte de algunos partidos eurocomunistas). Por eso, frente a las voces de escándalo doctrinario, Allende debió defenderse con una pragmática ironía: "si acaso rompiéramos la virginidad de los ortodoxos pero hiciéramos las cosas, me quedo con lo segundo".

Dictador frustrado

Con posterioridad al desenlace, Régis Debray escribiría que Salvador Allende fue políticamente "un reformista, un adepto del compromiso, la transacción y el diálogo". Lo cual es bastante exacto, al margen de que, para el actual asesor de Mitterrand, eso tenía una fuerte connotación peyorativa.

¿De dónde emana entonces, esa imagen de demócrata simplemente "táctico" y de dictador en potencia, que sus enemigos le han querido atribuir?

La verdad es que ella no puede fundarse en ningún texto o discurso propio. Escrito o dicho por Allende en sus más de 40 años de actividad política. Tan es así, que sólo la entrevista que le hiciera Debray ("Conversaciones con Allende") pudo servir los propósitos ideológicos de la junta de gobierno, expresados en el Libro Blanco que publicara, para explicar y justificar el golpe de septiembre de 1973. Y, como una digresión, habría que decir que esa entrevista disgustó al presidente chileno, quien estimó que distorsionaba su pensamiento en aspectos importantes. Hasta hubo rectificaciones puntuales que Debray, curiosamente, no tomó en cuenta en las ediciones posteriores.

Consecuentemente, es hora de que los historiadores comiencen a investigar, sin prejuicios, la personalidad política del líder socialista. Especialmente a partir de esas últimas palabras, que son una confesión dramática y definitiva de su esencial soledad. En las que no hay mención alguna a los partidos de gobierno. Donde se pronostica que sólo "otros hombres" —¿nuevos dirigentes?— podrán superar "este momento gris y amargo". En las cuales él se presenta, simplemente, como "un hombre digno que fue leal con su patria".

Clave histórica

Una reunión social cualquiera, efectuada en Santiago, este mes de aniversarios —gozosos y dolorosos— para los chilenos, ilustra con propiedad esta nueva percepción sobre Allende. Uno de los asistentes, simpatizante de las fuerzas derrotadas, rinde franco homenaje a su valentía. Otro, entre socarrón y provocador, manifiesta que todavía no se sabe si se suicidó o murió en combate. Un tercero, fiero enemigo de la Unidad Popular en "los mil días de Allende", interviene secamente para decir que la discusión no tiene sentido. Manifiesta que cualquier oficial que guarde la última bala para sí, antes de caer en manos del enemigo, es un hombre de honor y de coraje.

Incidentalmente, durante su vida, Allende fue un gran admirador de José Manuel Balmaceda, líder liberal y presidente suicida. Víctima de la guerra civil de 1891 y autor de un testamento político que, durante muchos años, fue subestimado. Hoy día, Balmaceda tiene un monumento en el corazón de Santiago y en él se lee que "amó a la patria por sobre todas las cosas de su vida".



Quería un socialismo sin dictaduras sin lucha armada y sin partido único.

ALLENDE ESTA PRESENTE

Manuel Rodríguez. Ex-diputado socialista. Actual sub-director de Casa de Chile en México.



La multitud coreaba de viva voz en el curso de las protestas nacionales, haciendo patente un sentimiento profundamente enraizado en nuestro pueblo sobre la figura moral, humana y política del presidente Salvador Allende.

En estos años oscuros, de terror y sangre; de incineración de la democracia y consagración del fascismo; en estos penosos y prolongados años de afirmación también de una voluntad fundada en la fe de un destino mejor, de rearticulaciones y resistencias, de dignidad y avances, ha estado presente Salvador Allende.

En la voluntad unitaria y el temple combativo de los trabajadores.

En la dignidad de los desaparecidos.

En la convicción de victoria de los resistentes.

En la perseverancia de las mujeres que luchan.

En la tenacidad de las masas oprimidas.

En el recuerdo y autenticidad de los intelectuales.

En el holocausto de los que murieron en defensa de sus ideales.

En el corazón del pueblo que apoyó su revolución.

El 11 de septiembre se cumplen diez años de la caída en combate del presidente Salvador Allende en defensa de la libertad. Su batalla frente a los alzados, fue el punto culminante de una vida consagrada consecuentemente junto a los trabajadores por las transformaciones revolucionarias; y su resistencia heroica lo elevó a dimensiones universales.

Hablar de Salvador Allende es hablar del largo camino recorrido por el sembrador de las ideas unitarias; de un luchador que optó por la visión y los intereses de los obreros, independientemente de la situación objetiva de éstos, porque asumió el socialismo como el norte de sus ideales y el motivo que inspiró sus luchas; hablar de Allende es hablar del miliciano socialista que combatió a los nazis, del parlamentario sagaz que convirtió la tribuna en arma de combate contra la oligarquía y el imperialismo, del forjador del frente popular, del frente del pueblo y del FRAP, frases por las que surcó la conciencia y la voluntad de victoria del movimiento popular chileno.

Convertido en el más genuino intérprete del pueblo, Salvador Allende encabeza el planteamiento por aglutinar bajo nuevas formas a los más vastos sectores sociales y

políticos que confluyen en la lucha antimperialista, antioligárquica y antimonopólica, después del fracaso de la denominada "Revolución en Libertad". Se trataba de iniciar el rumbo a una verdadera y auténtica revolución. "un camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad", como él mismo lo definió.

Alcanzada la victoria, el presidente Salvador Allende se dio a la histórica tarea de cumplir el mandato del pueblo, en la firme resolución de realizar sin vacilaciones el programa de la Unidad Popular.

La acuciante realidad heredada planteaba un desafío impostergable: "La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el gobierno del pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile". A esta misión se abocó resueltamente y la historia de Chile registra la obra del gobierno popular como la más profunda y significativa a lo largo de nuestra evolución democrática.

Los mil días del gobierno popular muestran a Salvador Allende como un gran estadista y gobernante; como un conductor político que se ratificó —ante todo— como un hombre íntegro que guardó lealtad y fidelidad a sus compromisos con los trabajadores.

Por ello, no podríamos comprender su vida, sin referirnos a su resistencia heroica el 11 de septiembre de 1973. Es verdad, ese día negro es el día del oprobio, el día de la traición, de la derrota; pero también es el día de la dignidad, de la grandeza de los principios, de un heroísmo singular, de la consecuencia revolucionaria. Un día que cierra y abre nuevos capítulos en la historia por la liberación de Chile.

Ese día Allende ratifica el derecho a defender una revolución; enseña el camino de enfrentarse al enemigo sin doblegarse; legitima el empleo de todos los métodos de lucha. Exhorta a la unidad y a la amplitud para vencer.

Todo ello constituye un extraordinario legado, cuya validez se patentiza en la hora actual.

Recordar su memoria y su ejemplo no podría hacerse fuera del contexto de una lucha preñada de la presencia de sus lecciones y enseñanzas.

El Legado de Salvador Allende: La Unidad

Uno de los legados fundamentales es el espíritu de unidad que encarnó el compañero Allende. Toda su vida fue un constante batallar por la unidad.

Tal vocación y voluntad no equivalen a ocultar discrepancias —por demás naturales en la dialéctica de la política—, pero sí un combate resuelto al sectarismo. Construir la unidad impone enfrentar la diversidad desde una perspectiva unitaria y no divisionista.

Es cierto que no siempre basta el espíritu unitario para alcanzar la unidad, pero nunca se logrará ésta sin aquella voluntad.

La amplitud

Otra cualidad subrayada del compañero Allende era la de poseer un peculiar horizonte de amplitud para comprender la necesidad de articular a las más vastas heterogéneas fuerzas tras los objetivos populares.



"Allende fue un genio para unir y sumar. Siempre le caracterizaron sus denodados esfuerzos por ampliar los consensos más extensos, comprometidos a las más diversas fuerzas".

Allende fue un genio para unir y sumar. Siempre le caracterizaron sus denodados esfuerzos por ampliar los consensos más extensos, comprometiendo a las más diversas fuerzas.

Su último intento de convocatoria a un plebiscito nacional fue la expresión suprema por alcanzar un acuerdo democrático que buscó afanosamente y que le fue negado.

Sin embargo, tal amplitud en Allende estuvo siempre fundada en los intereses del movimiento popular. La base de la amplitud en Allende pasaba por la búsqueda de un consenso que le era básico y prioritario: el acuerdo de las fuerzas con las cuales compartía responsabilidades de conducción.

Jamás entendió la amplitud en menoscabo de las fuerzas políticas que servían de sostén a la alianza popular.

Confianza en las masas

La tenacidad y perseverancia de Allende siempre se basaron en su infinita confianza en las masas, en los trabajadores. Ello explica que Allende asumiera —lo que para otros eran derrotas insuperables— cada prueba adversa como una base necesaria en el largo bregar por los cambios revolucionarios.

Siempre reemprendió la lucha con nuevos bríos para cultivar las ideas del combate, de la unidad, de la victoria.

¡Jamás perdió la confianza en las masas! porque abrazó el socialismo no como una postura intelectual derivada del liberalismo democrático, sino en tanto proyecto histórico,

el movimiento obrero, y compartió sus opciones en tiempos de triunfos y derrotas.

Esa tenacidad, esa perseverancia en Allende, deberá guiar nuestra lucha larga, difícil y probablemente todavía muy cruenta, tras el objetivo de un gobierno verdaderamente democrático en Chile. Los notables avances experimentados en estos meses —con alcances cualitativos— no nos eximirán de otras duras pruebas más adelante.

Tal tenacidad será indispensable incluso para enfrentar eventuales recambios en la situación actual del país. No basta con disponer de una política justa, si ésta no es defendida y expuesta perseverantemente a las masas, para salvar los obstáculos lógicos que se presentan. Allende jamás se arredró a los obstáculos, y siempre —a veces siendo minoritaria su opinión— optó por reafirmar sus convicciones antes de subordinarse en un acto de oportunismo, a lo largo de su dilatada trayectoria política. Allende siempre mantuvo en alto determinados principios de validez permanente, aun cuando dichos postulados no dieron resultados políticos inmediatos. De este modo, siempre fue un consecuente luchador de la unidad del pueblo, un defensor intransigente de la unidad de la izquierda, y batalló siempre por ésta, aun cuando enfrentara la más resultosa oposición o incomprensión por sus ideas.

En estos días en que recordamos en Chile y en el mundo el sacrificio heroico de su vida en defensa de la libertad, en lucha por defender una revolución, no cabe sino emprender las elecciones de su legado, para comprometernos a impulsar la unidad, a impulsar la lucha, a impulsar la solidaridad.

ANTE LA TUMBA DE ALLENDE

Laura Soto González. Presidenta del Grupo de Estudios Constitucionales Valparaíso. Consejera de la Comisión Chilena de Derechos Humanos.



Hace 10 años, el último Presidente Constitucional de Chile, Salvador Allende, murió defendiendo los grandes principios humanista. Desde entonces, su holocausto y el de su pueblo recorren los rincones del mundo.

La conciencia de la humanidad no ha cesado de asombrarse del horror y la impiedad, de la violencia y la astucia, de aquellos que han querido mutilar el alma y destruir la tierra.

De aquellos que, al amparo de un nuevo orden de cosas, fusilaron al padre, violentaron a la madre y torturaron al hijo.

De aquellos que, en ausencia de toda moral humana y divida, han optado por la injusticia y la mentira, blasfemando para ello, al invocar el nombre de Dios.

Durante 10 años ha sido imposible gozar de las estrellas y de la sonrisa de un niño porque, agazapados por la noche, han asaltado los hogares, destruyendo sus flores, matando de impresión a los ancianos, al apuntar las metralletas a los niños.

Hemos desesperado, el corazón oprimido, los ojos cegados porque ya no es posible admirar las colinas de esta patria, sin estremecerse y saber que allí, a cal y canto, agoniza eternamente un pequeño campesino de 16 años.

Y tantos otros, mujeres y hombres jóvenes, los mejores y más puros, entre cordillera y mar andan perdidos. Y manos temblorosas van esparciendo rocas, arenas y tierra, para ver si algún día, ellos germinan.

Y los otros, altivos e iracundos, que por luchar por la justicia andan a la deriva del mundo, llenando academias, minas, barcos y aviones, sintiendo cada día el desgarró de la patria lejana y amada.

Y aquellos héroes de jornadas mejores, combatientes de ideas, soñadores de un mundo mejor, empalidecidos pero no vencidos, tras los muros terribles de las cárceles.

Y todos nosotros, que cada día hemos visto asesinar, torturar, envilecer, hemos vivido en el terror porque la persuasión no es posible.

Porque ausente de los medios, nos negamos a legitimar los homicidios, nos negamos a aceptar el horror y la injusticia.

Y a pesar del terror de la oscuridad, de los cuarteles se-



Tumba de Salvador Allende en el cementerio de Viña del Mar.



Cementerio Santa Inés: Homenaje puños en alto.

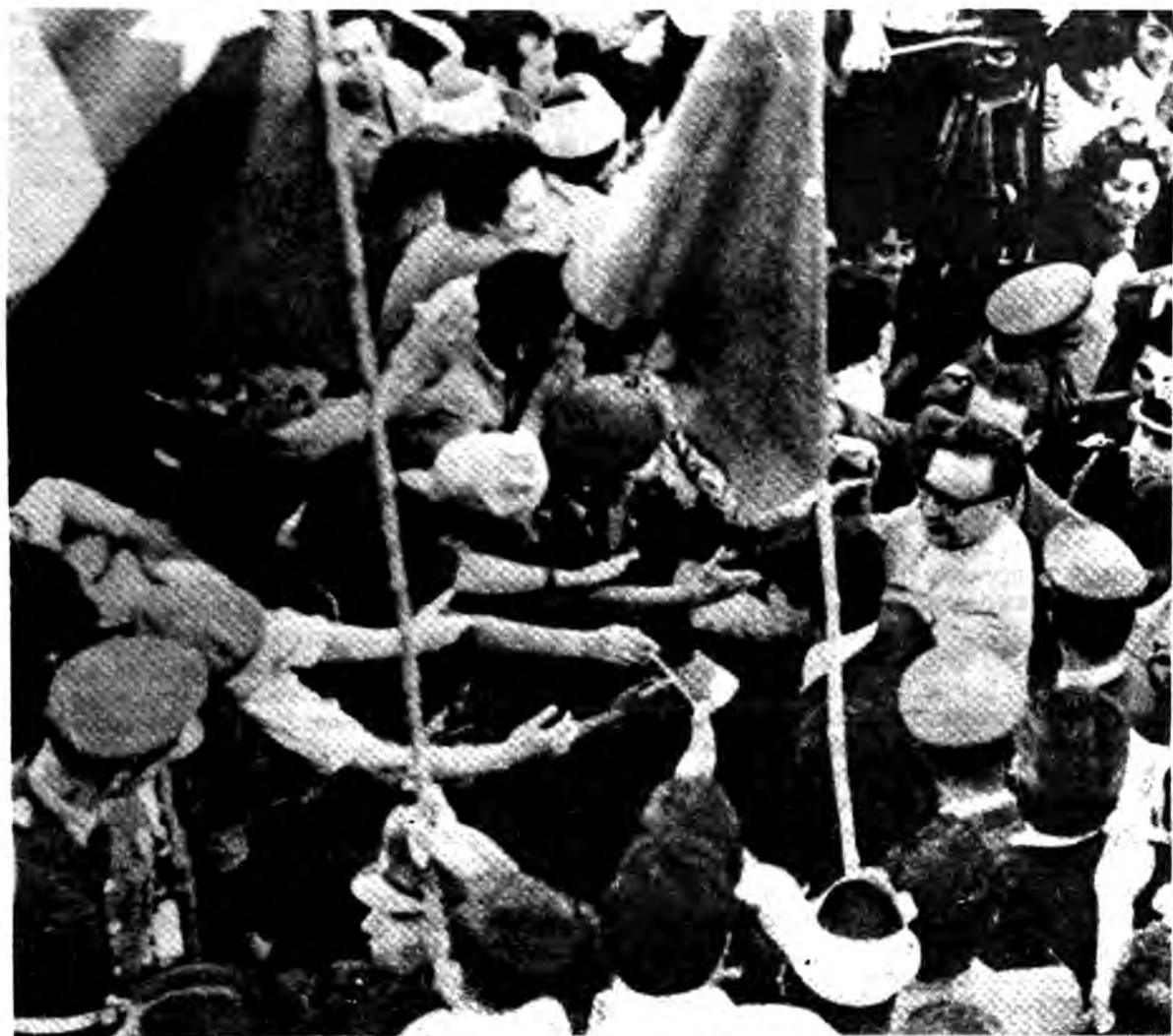
cretos, de la mirada última del fusilado, sabemos que triunfará el espíritu, haremos hablar a la sangre y a la altivez del pueblo para vencer la desvergüenza, el crimen y las sombras.

El corazón se nos oprime —es cierto— pero el dolor nos ha enseñado y valorado. Juntos, recomencemos la historia; así como a porfía, la rosa crece cada primavera, así esta primavera brotará nuestro coraje, y con ella la certidumbre de la victoria.

Todos estos jóvenes, mujeres, hombres, niños, ante tu tumba. Presidente, prometemos, juramos solemnemente luchar, porque vuelva el reino de la justicia, de la libertad, la paz y la fraternidad.

Nuestra obstinación y nuestra esperanza trascendente la basamos en el hombre, y el hombre, bien sabemos —como dice Camus— es esa fuerza que acaba por derribar tiranos y dioses.

Es la fuerza de la conciencia.



EL HOMBRE DE LAS GRANDES ALAMEDAS

Volodia Teitelboim. Abogado, escritor, senador, dirigente y figura nacional del Partido Comunista de Chile.



Tengo a la vista la fotografía de cuatro soldados sacando de La Moneda incendiada, envuelto en un poncho, el cadáver de Salvador Allende. Diez años después, ¿llegó la hora de poder decir en Chile toda la verdad a su respecto?

Quisiera testificar algo sobre él, en vista que nuestra relación personal y política duró casi cuarenta años. Se hizo más directa a partir de 1952, cuando Allende militante del Partido Socialista, se negó a apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, que como se sabe, había sido en Chile un dictador militar, derrocado el 26 de julio de 1931 por un gran movimiento de Protesta Nacional. No olvidaba que bajo ese régimen tiránico, perseguido por la policía como dirigente estudiantil subversivo, durante los funerales de su padre, donde apareció intempestivamente, él había jurado dedicar su vida a la lucha por la libertad, la democracia, la emancipación de los trabajadores. Incluso sostuvo allí que sería capaz de ofenderla por esa causa. Tenía la cualidad del gesto grande y se inspiraba en el gesto de los grandes. Tal vez en Bolívar subiendo al Monte Aventino para prometer no darse pausa de reposo mientras no quebrara

las cadenas del poder extranjero. Quizás en Balmaceda. Acaso en el Che.

Fue entonces candidato del Frente del Pueblo. Como secretario general de esa campaña, debimos acompañarlo incluso a los puntos más apartados del país. ¡Qué postulación tan pobre! No eran pocos los que la apodaban con un mote que estimaban despectivo: saludo a la bandera. Si. No se vendía la bandera en el mercado del éxito, al precio de sacrificar los principios. Así era él.

Repudiaba el golpismo. Sustentaba que la democracia, una democracia que entendía en su sentido prístino: gobierno del pueblo, no podía ser inmolada en el altar de las conveniencias, llamando o inclinándose ante el gendarme necesario. Y entregó su vida por esos ideales.

Demócrata medular, tenía algo de su bisabuelo paterno, guerrillero por la independencia de Chile, de su abuelo Ramón, médico y senador radical, "El Rojo Allende". Se formó en ese ambiente familiar. Adolescente, se embebió en la lectura actualizada de la revolución francesa. Pero como hombre de su tiempo, no podía ni quería ignorar los cambios acaecidos, la nueva revolución que sacude el siglo XX. Se integraría totalmente a su signo. Ser contemporáneo era

para él ser socialista. Se adentró en el marxismo. Estudió las diversas revoluciones producidas en cuatro continentes. Aprendió de todas y propuso para Chile un camino hacia la sociedad justa con que soñaba, la cual, acogiendo contenidos universales, adoptaría formas propias.

Pensó en una transformación social de fondo, realizada por un gran movimiento de millones de chilenos, que pasara por las urnas, haciendo del voto título legítimo y constitucional que refrendara una revolución verdaderamente en libertad y democracia. Nadie puede negar, si se atiende a los hechos, que fue un pluralista decidido. Bajo su gobierno actuaron en Chile sin limitaciones todos los partidos. Según la certera ironía de Luis Corvalán, el nuestro era entonces el único país del mundo donde la oposición perseguía al gobierno. La libertad fue tan sin cortapisas que los que preparaban el golpe la convirtieron en libertinaje. ¿Y quién honestamente puede desconocer que Allende cayó defendiendo la legalidad, la constitución, la democracia y la libertad de Chile?

Quería, eso sí, una democracia para el cambio. Y esto no lo aceptaron los señores del status y los políticos del inmovilismo. Todo el mundo sabe que para impedir su acceso a la Moneda incluso se asesinó al Comandante en Jefe del Ejército. Luego, a fin de derrocar al Presidente legítimo, se recurrió al violentismo más desenfrenado.

Hablando de modo muy directo, Allende pagó con su vida la nacionalización del cobre, del salitre y el hierro. Las grandes compañías afectadas montaron la conspiración desde el mismo día del triunfo en las urnas. Para aquel que sinceramente quede sorprendido por esta afirmación, le decimos que todo ello está acreditado con una montaña de pruebas, contenidas en tomos y tomos de documentos del Senado de los Estados Unidos, el cual realizó, bajo la presidencia del demócrata Frank Church, una acuciosa investigación que no deja lugar a dudas respecto a la paternidad norteamericana de la conjura. Las reuniones en Washington —algunas de las cuales contaron con la participación de Agustín Edwards— se originaron en la orden del presidente Nixon de no pararse en medios para derrocar a Allende.

El plan aprobado en la Casa Blanca dio la pauta a la contrarrevolución en todas las áreas... El objetivo era: "asegurarse que Allende no pase los cruciales próximos seis meses". Nuestro país fue inundado por dólares negros que servían para pagar todos los trastornos. Se montó al detalle la desestabilización, la especulación, el ocultamiento de alimentos; se organizó el caos mejor programado. Y luego se lo achacó al gobierno. El complot político, económico, publicitario, institucional delineado en USA se aplicó como si fuera una receta local, usando hombres nacidos en esta tierra.

La máquina propagandística del golpismo repetía un estribillo: "estamos al borde del abismo". Siempre al borde... Hasta que alguien ordenó dar un paso al frente y el país cayó efectivamente al abismo.

Quiso el acuerdo con la Democracia Cristiana

Se ha hablado muchísimo sobre un supuesto sectarismo de Allende. En verdad, alentó el propósito de un acuerdo con la Democracia Cristiana. Se esforzó largo tiempo por lograrlo. Apenas triunfante en las urnas, suscribió las denominadas Garantías Democráticas. Trabajó contacto con la dirección demócratacristiana entonces encabezada por el senador Benjamín Prado, para delinear en conjunto las concordancias. Si se estudian los programas de las candidaturas presidenciales de Salvador Allende y Radomiro Tomic se advertirá que existía base para un consenso constructivo. Hubo adversarios de tal entendimiento tanto en la Democracia Cristiana como en la izquierda. El Partido Comunista lo estimaba altamente conveniente; más aún indispensable. En la obra "El Hermano Bernardo", recogida por Otto Boye, y publicada en separata por la revista Análisis, se evocan a través de un actor y testigo abonado, el demócratacristiano, ex-presidente de la República, Bernardo Leighton, algunas de aquellas tentativas en tal sentido, emprendidas tanto por el Presidente Allende como por el General Carlos Prats, por destacados demócratacristianos y hombres de la Unidad Popular, incluidos varios ministros comunistas. Hubo momentos en que el acuerdo pareció a punto de cuajar. Pero prevaleció, desgraciadamente para el país, un oposicionismo ciego, movido por cálculos equivocados, que hizo el juego a la maquinación extranjera y el salto sobre el vacío tenebroso.

Allende nunca fue un chovinista. Para ser preciso digamos que tenía la obsesión justa de la patria. En Chile la nomenclatura de las coaliciones políticas en el siglo XX ha sido pródiga. El prefería, por su connotación, una que nunca existió en nuestro país: El Frente de la Patria. Soñaba con la unión de todos los que deseaban el cambio social, fueran marxistas, cristianos, librepensadores.

No aceptaba ninguna autocracia; tampoco, desde luego, la castrense. Pero no era un antimilitarista. Juzgaba necesario integrar las Fuerzas Armadas al proceso de desarrollo del país. Durante su gobierno les brindó un trato cuidadoso y atento. Fue celoso en la observancia de su institucionalidad. Suscribía la Doctrina Schneider, de un ejército constitucionalista, respetuoso del poder civil. Admiró en Prats y en otros generales patriotas la concepción del militar al servicio de Chile. No consideraba las Fuerzas Armadas un compartimento estanco. Aparte de la misión de defender el país en caso de agresión extranjera, las concibió elemento activo para su emancipación económica, un valor eje de la soberanía. Jamás aceptó la falaz doctrina de una mal llamada Seguridad Nacional, que no es fórmula chilena, sino engendrada en Alemania nazi, patentada por el Pentágono para imponerla en América Latina, con el supuesto monstruoso de que el enemigo de Chile no es el que ataque sus fronteras, permita su saqueo o conduzca a la ruina al país, sino su pueblo.

"Admiraba a los leales. No le gustaron nunca los traidores".



Murales pintados para la campaña de 1964, borrados por la Junta en 1973 y que reaparecen el año 1979. Santiago, 1979. (Foto Marcelo Montecinos)

Admiraba a los leales. No le gustaron nunca los traidores. No quiso ser un González Videla que, elegido presidente, sobre todo por el apoyo de los comunistas, los ilegalizó en los años de la Guerra Fría, se coludió con el imperio, anunció la Tercera Conflagración Mundial a tres meses plazo; dictó la "Ley de Defensa de la Democracia"; abrió el campo de concentración de Pisagua y borró a 30 mil chilenos de los registros electorales. Allende profesaba el culto de la fidelidad cívica. Sustentaba la concepción de la responsabilidad histórica, que pasaba por el autorrespeto a su dignidad personal.

Socialista convencido, no ocultó su simpatía por los pueblos que se habían sacudido del capitalismo a partir del triunfo de la Revolución de octubre. Víctima directa de la conspiración imperialista, Allende luchó siempre por la segunda independencia de América Latina. Fue un amigo resuelto y franco, un defensor permanente de la Revolución Cubana. Ella, por razones históricas bien determinadas, siguió un camino que se ejemplifica en el Moncada y la Sierra Maestra. Allende estimó que en Chile el camino era distinto: pasaba, a su juicio, por las urnas. Las urnas le dieron en 1970 la victoria. Pero tres años más tarde la fuerza sin la razón se impuso a la razón sin la fuerza. Es una lección de la historia sobre la cual los chilenos han tenido una década para reflexionar. La democracia, la Libertad deben saber y tener con qué defenderse. En caso contrario, ellas serán arrolladas una y otra vez por sus enemigos.

Vigencia actual de su último mensaje

No estoy seguro que todos los chilenos sepan que a través

del mundo se han erigido a Allende centenares de monumentos. Innumerables calles y plazas, numerosas escuelas y hospitales llevan su nombre. A partir de su derrocamiento Allende se ha transformado en una leyenda contemporánea en un héroe de nivel mundial. ¿Por qué? Porque es un símbolo. El símbolo de la democracia, de la libertad, de la revolución que, con ellas y a través de ellas, accionada por la voluntad del pueblo, quiso llegar a la justicia social, suprimir la explotación del hombre, asegurar el pan, el trabajo, la habitación, el derecho a la salud, a la educación, a la participación de todos en la dirección del estado y de la sociedad. Tal programa (lo visualizó como algo más que un noble sueño) es un propósito compartido por los espíritus democráticos de cien países marxistas y no marxistas. Explica la fuerza de ese movimiento solidario mundial, casi sin paralelo, que durante diez años, ininterrumpidos ha llenado primero de estupor y desconcierto y luego de rabia e impotencia a los que menospreciaron la capacidad de indignación de los pueblos ante la destrucción a sangre y fuego de valores universales irrenunciables.

Los del exilio hemos podido palpar la solidaridad internacional. Ella quiere ser sobre todo apoyo a los que adentro padecen persecución y luchan. En el destierro siguen todavía incontables familias chilenas hechas pedazos, miles de ellas separadas y divididas. En el ostracismo están aún la infatigable viuda de Salvador Allende, dos de sus hijas, Otra, así como su hermana Laura, ya no están en el exilio, no porque pudieran regresar sino porque se fueron de esta vida afectadas por el duro extrañamiento.

El allá, o sea, el Chile de adentro, es la preocupación cotidiana de los chilenos que están afuera. Hasta ahora han sido autorizados para volver menos del 1% de ellos.

¿Cuál es el sentir del exilio? Vivir, sobrevivir para tra-

bajar por la libertad de Chile. Aunque hay demasiados motivos para inquietarse, en su conjunto éste no se deja ganar por el desaliento. Combatir por la libertad de Chile es una tarea diaria de los compatriotas desterrados.

El Partido Comunista que apoyó a Allende en sus cuatro postulaciones presidenciales, aceptó su proposición de formar parte del gobierno. Lo hizo en términos modestos, dos o tres carteras, que nunca fueron las del Interior, Relaciones Exteriores ni la de Defensa, lo cual demuestra, de paso, que el slogan presentando el suyo como un gobierno comunista constituye una mentira. Participaban en el ministerio todos los partidos de la Unidad Popular. En varios gabinetes hubo representantes de las Fuerzas Armadas, hecho probatorio que Allende nunca fue para ellos la madrastra que les reservara un trato de Cenicienta. Por supuesto, no se servía al gobierno sólo en el gabinete. Era el pueblo entero quien debía incorporarse a la tarea. Millones de chilenos, lo hicieron con abnegación, respaldando un régimen que sentían entrañablemente suyo.

Allende tenía una personalidad asequible y orgullosa a la vez. Nunca fue un títere de nadie. Queremos dejar constancia que la relación entre el presidente y el Partido Comunista fue cordial y de mutuo respeto. Se basaba en la observancia del programa. Naturalmente hubo muchas discusiones para encontrar la solución más adecuada a los críticos problemas de la época. Coincidimos en todo lo fundamental. Como partido en el gobierno abogamos siempre por la amplitud, el realismo económico y la consecuencia política. Rechazamos los extremismos, el intento de impulsar líneas contradictorias, el afán de ruptura y precipitación, quemando etapas que empujarían las capas medias al campo de la contrarrevolución. Se ha dicho que el gobierno de Allende fue condenado a desaparecer no tanto debido a sus errores —que existieron, sin duda— sino a causa de la magnitud y profundidad de sus realizaciones históricas, sobre todo el reintegro al patrimonio nacional de las riquezas fundamentales de Chile, la culminación de la Reforma Agraria iniciada en el período de Frei, la adopción de una política internacional independiente, que no agradó el Departamento de Estado. Toda medida en favor del pueblo se convirtió en un cargo acumulado para la condena sin atenuantes y fue motivo de enconadas calumnias. Hasta el inocente, humano y frugal medio litro de leche para los niños o la bajísima tasa de cesantía se transformaron en objetos de befa y guerra psicológica. “Juntar odio” fue la consigna impartida públicamente, en primera plana por la conspiración exterior-interior desde sus diarios. Se trataba de traumatizar al país, de obnubilar la conciencia. Es otra lección que debe ser asimilada. La responsabilidad de una televisión, de una prensa escrita y radial, algunas de cuyas empresas, como “El Mercurio”, recibieron coimas de millones de dólares (dato establecido con cifras por el senado de Estados Unidos) para contribuir a derribar ese gobierno de los desposeídos.

A la luz de todo lo ocurrido, adquiere, a nuestro juicio, cierto cariz profético de la última alocución de Allende. “Pagaré con mi vida —dijo— la defensa de principios que son caros a esta patria...” Pero, en justicia, no debe considerarse un postrer mensaje como documento de derrota sino de esperanza y de lúcida visión del futuro. ¿Acaso los hechos no le están dando la razón? Allende, en ese momento

de la suprema despedida, se dirigió especialmente a los trabajadores. “Quiero agradecerles —subrayó— la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo”. Salta a la vista que cuando el tiempo madura los trabajadores asumen un primer plano. En el país las cosas comienzan a cambiar en serio, sobre un trasfondo de crisis total del sistema imperante. Ahora los trabajadores, pobladores, estudiantes —y a ellos se va sumando casi entera la sociedad civil— toman el toro por las astas. Convoacan a decir ¡basta! a todos y a cada uno, como lo hizo el pueblo, según cuenta Lope de Vega, en Fuenteovejuna.

Ese multitudinario reclamo de los chilenos no es simplemente espontáneo. Surge de la necesidad más imperiosa. Responde a una conciencia, a una historia, a una acendrada costumbre de libertad y democracia, desarrollada a lo largo de más de un siglo, que nunca desapareció del alma del pueblo ni murió con la muerte de Allende. Ese sentir profundo, esa manera de ver la vida no sucumbió aunque durante años permaneciera en silencio y sólo la Iglesia pareciera ser “la voz de los que no tienen voz”.

Hoy ese pueblo rebelde a la injusticia ensaya métodos de acción que no van más lejos que las enseñanzas de teólogos famosos, la Constitución de los Estados Unidos o la Carta Universal de los Derechos Humanos. Ansioso de ser libre y ciudadano, busca los medios y caminos adecuados para lograrlo. A su juicio, no puede haber oposición de primera, segunda o tercera clase. Su idea es no excluir a nadie que anhele el fin de la anomalía. Una vez alcanzada la libertad, los chilenos podrán decidir democráticamente por sí mismos qué gobierno, qué sociedad quieren.

En sus palabras de adiós Allende puntualizó que los procesos sociales no se detienen. En su ausencia ojalá interpretemos bien su pensamiento. Si Allende viviese seguramente no se empeñaría en repetir al Allende que cayó hace diez años. Ninguna existencia, ningún hombre, ninguna experiencia de la sociedad pueden reproducirse una segunda vez, como si se tratara de proyectar de nuevo un film ya exhibido. Nadie entre nosotros piensa reeditar el período de la Unidad Popular, sino continuar la historia en una fase diferente. Pero hay que tener en cuenta el acontecer vivido y sufrido, porque aquel que pretenda ignorar el pasado, prescindirá de sus útiles enseñanzas. Los pueblos no son como Peter Pan, el niño que no quería crecer. Los hombres y los pueblos están destinados a crecer. Hay que avanzar con las realidades actuales para poner al país a tono con un siglo XXI que ya está a la vuelta de la esquina.

Ninguna hada madrina conseguirá que Chile sea como una nación que un día se durmió, tuvo una larga y sangrienta pesadilla y despertó del maleficio para volver al momento anterior de sumergirse en el sueño. Nadie podrá retornar al país a un lejano 10 de septiembre de 1973. Nadie podrá resucitar los muertos.

Un pueblo que no quiere venganza pero anhela justicia mira hacia adelante, para abrir, entre todos los que estén dispuestos a ello, “las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”, como lo propuso de viva voz Salvador Allende segundos antes de caer inmolado.

ALLENDE: ¿REFORMISTA O REVOLUCIONARIO?

Oscar Waiss. Escritor, periodista, figura destacada del socialismo chileno.



El 26 de Junio de este año 1985 se cumplen los setenta y siete años del natalicio de Salvador Allende. Y ya van transcurridos casi doce desde su muerte en combate. Es hora de comenzar a ubicarlo en su aporte real y con una perspectiva histórica.

Aunque no se trata de esbozar una biografía —helada y convencional— resulta necesario recordar algunos antecedentes elementales. Pertenece a una familia burguesa de buena situación: su padre fue abogado y Notario Público, desarrollando su actividad especialmente en el puerto de Valparaíso, donde sus hijos hicieron los estudios primarios y secundarios. Muy joven, Salvador ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, en Santiago, vinculándose a los grupos universitarios que se oponen al gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez. Funda, con un puñado de universitarios, el Grupo Avance, integrado por estudiantes e intelectuales de izquierda, adhiriendo así a la ideología y a la filosofía del marxismo, aunque por otra parte ingresa a la Logia Masónica, impregnándose de un idealismo republicano.

Surge en la vida pública encarnando, pues, dos inspiraciones esenciales: una representa la aspiración nacional y democrática, mientras la otra refleja el volcamiento de nuestra generación —la del año 30— al marxismo o sea a la concepción de un camino revolucionario hacia el socialismo. En virtud de la primera se hace masón pero, en función de la segunda ingresa al Grupo Avance y, posteriormente, es uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933.

Desde aquellos años no dejó de militar jamás en las filas del socialismo chileno y ese es uno de los factores que deben apreciarse en toda exégesis certera; su perseverancia en la organización y la lucha es ejemplar y muy pronto deja de practicar la medicina para dedicarse plenamente a la actividad política; fue, sucesivamente, jefe de núcleo, o sea la primera base de los militantes socialistas, Secretario Regional de su partido en la provincia de Valparaíso, diputado por la misma zona, Ministro de Salud en el gobierno del Frente Popular encabezado por el radical Pedro Aguirre Cerda, Secretario General del partido, senador en varios períodos y cuatro veces candidato a la Presidencia de la



*"Resulta que hoy es ejemplar el hombre al que denunciaban, en vida,
como socialdemócrata y reformista".*

República, a la que accedió al fin limpiamente, elegido en votación inobjetable, el 4 de septiembre de 1970.

Como presidente de la república transforma el programa en acción e impone "cambios" profundos en las estructuras económicas y sociales, iniciándose un periodo que Fidel Castro definió como el "proceso revolucionario" chileno; esto significa que, manteniéndose aún el Estado burgués y las estructuras capitalistas, se impulsaba una transformación profunda encaminada a volcar todo el poder hacia las capas pobres de la población. Fue así como el gobierno popular aceleró la reforma agraria destruyendo la base social de la oligarquía terrateniente, expropió sin pagar indemnización alguna los minerales de cobre que estaban en poder de empresas transnacionales, arrasó con los monopolios y estableció el área social de la economía, nacionalizó los bancos comerciales, socializó el crédito y ejerció, en sus relaciones internacionales, su absoluta soberanía.

Hablando en la Plaza de los Héroes, de la ciudad de Rancagua, el día 11 de julio de 1971, para solemnizar el acto de recuperación para Chile de sus riquezas mineras, Allende expresó, enfáticamente, que estaba ahí para asegurarle al pueblo que cumpliría "implacablemente" su programa. De ahí la extraordinaria repercusión alcanzada por la experiencia chilena, pues ella no se limitó a un verbalismo inefectivo, que suele caracterizar a las aventuras "populistas" en esta zona del mundo, sino que procuró avanzar hacia el socialismo imponiendo transformaciones y medidas que afectaban directamente los intereses del imperialismo y las empresas transnacionales, por un parte, y de la oligarquía terrateniente y la gran burguesía financiera y especulativa, por otra.

Enemigos y falsos amigos

Con posterioridad a su heroica muerte se han dicho y se han escrito muchas cosas sobre Salvador Allende y parece útil ir ya separando la paja del grano. Para los jefes del motín, como para los sectores reaccionarios y fascistas, representa la "encarnación del mal"; con escaso espíritu cristiano — pese a que sostienen defender los valores de la civilización occidental y cristiana — dejaron caer sobre su memoria una lápida de soeces distorsiones. En Chile, como en el resto de América Latina, la historia suele ser desfigurada y falsificada por los "sabios" burgueses, aunque tal método no resulta nunca suficiente para ocultarle al pueblo las grandes verdades. En especial el diario *El Mercurio*, vocero de los principales clanes económicos del país y que fue denunciado en el senado norteamericano como receptor de abundantes fondos destinados a preparar el golpe militar, no ha dejado calumnia por divulgar ni mentira por presentar, acerca de la figura y las actuaciones del mandatario asesinado.

Un pequeño sector de la ultraizquierda coincide con *El Mercurio* en la difamación organizada sobre Allende. Se trata, generalmente, de jóvenes burgueses de buenas familias que se sienten llamados por la divina providencia a la gran tarea de hacer una revolución y otorgarle sus resultados a la gran masa popular, como regalo generoso. Debemos hacerles el honor de reconocer que su diatriba se inició en vida del mandatario y que llegaron a convertirse, en pleno periodo del gobierno popular, en un obstáculo que se sumaba a los levantados por las fuerzas contrarrevolucionarias. No me refiero al factor subjetivo, a la intención o a la

conciencia, sino a los fríos y porfiados hechos que resultan indesmentibles.

Otro sector de la ultraizquierda, que no contribuyó precisamente al respaldo unitario que el gobierno popular requería, ha resuelto ahora "apoderarse" del recuerdo de Allende para utilizarlo como bandera de posiciones que él jamás compartió. Resulta que hoy es "ejemplar" el hombre al que denunciaban, en vida, como socialdemócrata y reformista. Ahora se dicen sus seguidores a pesar de que, durante los tres años de su gobierno, no cesaron de hostigarlo. No me refiero, por supuesto, a polémicas de tiempos pasados, muy anteriores al triunfo de la Unidad Popular, porque Allende fue uno de los protagonistas de esas agitadas polémicas y en ellas se debatieron con pasión los fundamentos de la acción política futura. A lo que aludo es a la conducta asumida durante los tres años de gobierno, pues en ese periodo se estaba decidiendo el porvenir de los trabajadores, y si bien era lícito criticar o discrepar, no lo era sumarse a la derecha para desacreditar y vejar al presidente. Es inhumano, desde un punto de vista político-revolucionario, reclamar la herencia popular dejada por Allende que se dirigió, al borde mismo de la tumba, en su último y dramático discurso, a quienes estarían llamados a "superar este momento gris y amargo".

Sólo el pueblo es el dueño del recuerdo y de la tradición de Salvador Allende, circunstancia que se irá agigantando con el transcurso del tiempo. Y para su partido, el Partido Socialista de Chile, existe una perentoria obligación: depurar su perfil histórico, destacar su contribución al proceso revolucionario chileno y avanzar por la huella que él trazó, regándola con su sangre.

Entre los innumerables héroes que han jalonado la vida de nuestro partido, está el joven escritor Hector Barreto, segado en la flor de la edad por una emboscada fascista; él dijo una vez que "el color de la sangre no se olvida; es tan rojo, tan intensamente rojo". Tal vez por eso el pueblo no olvida a sus combatientes que caen en la lucha demostrando con su sacrificio la plena entrega a los objetivos comunes. Los políticos de palabra son apenas la sombra de los políticos de acción. La sangre "intensamente roja" de Salvador Allende ha redimido, ante la conciencia de los trabajadores chilenos — y también del resto del mundo — todos esos "repliegues estratégicos" invocados, a posteriori, como excusa vacilante.

Su concepción de la lucha de clases

En los tiempos del Frente Popular Salvador Allende participó activamente en los debates que precedieron a su formación, intentó que se mantuviera la candidatura presidencial de Marmaduque Grove — como expresión del arrollador avance socialista — y cedió, igual que el resto de los dirigentes de esa época, a las múltiples presiones que impusieron la postulación de Pedro Aguirre Cerda.

Pero, a diferencia de otros socialistas, comprendió las limitaciones de una acción confiada al mando de un sector de la burguesía nacional y fue asimilando, a partir del año 1957, la concepción de un "frente de trabajadores", con un programa audaz, capaz de gravitar seriamente en el juego democrático tradicional. El Frente de Acción Popular (FRAP), primero, y la Unidad Popular, después, fueron la expresión de una alianza estratégica que se sostenía princi-

palmente sobre el eje socialista-comunista pero que abarcaba, también, a importantes sectores de la burguesía inferior y de las capas medias, a través de la presencia de un fuerte sector del viejo radicalismo y de importantes grupos de cristianos cuya inquietud social sobrepasaba los tímidos escarceos de su partido base.

Salvador Allende tenía fe en el vigor de una acción sostenida por la clase obrera y sus aliados y trató de convencer a los dirigentes políticos de la izquierda para que unificaran sus puntos de vista; en su *Carta a los Jefes de los partidos de la Unidad Popular*, enviada en julio de 1972, expresó: "Si los partidos impulsan con decisión las tareas que se entregan al pueblo, para que él construya su propio destino, se producirá una movilización gigantesca y el enemigo tendrá que retroceder ante la fuerza de los trabajadores". Todos sabemos que la dirección pluripartidista y, en cierto sentido, también pluriclasista, no fue capaz de actuar con la suficiente agilidad y esa falla no se le puede imputar exclusivamente a un solo hombre, porque ello implica una interpretación histórica retardataria y, en todo caso, extraña a la concepción marxista.

En una rueda de prensa efectuada en septiembre de 1972, el presidente recordó a un obrero que llevaba un cartel en el que se leía: "Prefiero comer un pan de pie que una gallina arrodillado". Señalando esa expresión de la dignidad popular dijo: "Esta es la fuerza del pueblo, la conciencia en que él es el factor de la historia, y este es su gobierno, por lo tanto sus errores, son sus errores, los errores de los trabajadores, porque este es el gobierno de los trabajadores".

Con una gran sencillez, Allende destacó ese día una gran verdad. Todo el movimiento popular chileno estuvo impregnado por un exeso de confianza en las instituciones

de la democracia burguesa y la clase obrera en su conjunto se había adecuado paulatinamente al juego de los reajustes periódicos de sueldos y salarios, al economicismo frustrante y al tira y afloja de los conflictos laborales. En los sindicatos se manejaban mucho más los textos de las leyes y los decretos que la literatura social. Los proletarios discutían con sus abogados los múltiples vericuetos de los juicios del trabajo incoados ante los tribunales especiales. Aún la masa campesina, incorporada algo tardíamente al engranaje del sindicalismo legal, mostraba preocupaciones similares.

Al impulsar los cambios estructurales que el gobierno popular logró concretar se estaba, pues, dando un salto "cualitativo" por encima de esas limitaciones. Los errores de los trabajadores, que señalaba Allende, y en consecuencia los errores de su propio gobierno, son la expresión de una época, de un sector de la sociedad, de una falta de madurez ideológica y política, de una debilidad teórica y práctica del equipo dirigente. Si los pueblos hacen su historia necesitan comandos políticos dotados de una gran capacidad de maniobra y de una efectiva flexibilidad para adoptar decisiones oportunas; no se trata de la figura mesiánica de un hombre, sino de la expresión popular mayoritaria; no se trata, entonces, de los "errores" de Allende, porque los errores, que fueron muchos y muy graves, son imputables a toda la dirección. Esa cuenta todavía no se ha rendido.

La Patria-Continente

Quisiera destacar otra dimensión de Salvador Allende: su vocación latinoamericana. El recogió los viejos sueños de Bolívar, cuyo anhelo unificador se derrumbó ante la lucha de fracciones y las rivalidades personales; sintió como pro-



pia la gesta del Che Guevara que quiso hacer de la Cordillera de los Andes, la Sierra Maestra de la revolución continental; llevó personalmente, a varios países de la zona —Colombia, Ecuador, Perú, México y Cuba— su mensaje unitario que sintetizó en un llamado a reconocer la “Patria-Continente”. Interpretó así, fielmente, la voluntad de nuestro partido, el Partido Socialista de Chile, que hizo desde su fundación una meta en el deseo de unificar la resistencia al imperialismo mediante la lucha común de estos pueblos colonizados. Hablando ante el Congreso Pleno de Colombia, el 30 de agosto de 1971, dijo: “Queremos un Estatuto del hombre americano para sentirnos, en realidad, hombres de un mismo pueblo, sin perder nuestra nacionalidad”. Al despedir a Fidel Castro, en diciembre de ese mismo año, durante una concentración realizada en el Estadio Nacional, terminó expresando “el anhelo de que ambos caminemos para luchar por la América libre que soñaron nuestros próceres”. En el Congreso Nacional de México, en diciembre de 1972, señaló: “Necesitan estrecharse más los vínculos con los amigos y con los pueblos hermanos de este Continente. Sabemos que estamos dentro de América Latina, y América Latina está inmersa en el Tercer Mundo; y que son muchos los millones de seres humanos, de distintos colores y razas, que viven, o nacieron en geografías tan desiguales, los que tienen la misma pasión y el mismo anhelo: hacer de sus pueblos y de sus patrias, pueblos y patrias independientes”. Idéntico sentimiento expresó el 4 de diciembre de 1972, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, recibiendo una ovación pocas veces conseguida en esa tribuna mundial.

Tuve la oportunidad de presenciar, integrando la comitiva del presidente chileno, la emoción suscitada en Colombia, Ecuador y Perú, por la oración americanista y continentalizadora de Allende; el sueño de Bolívar sigue alimentando las ilusiones de nuestros pueblos; Salvador Allende, un siglo y medio después, revivió la esperanza y se hizo intérprete del vehemente deseo liberador de los trabajadores latinoamericanos.

Conducta revolucionaria

Allende fue amigo de Ernesto Che Guevara y éste le regaló su libro “Guerra de Guerrillas” con una dedicatoria que decía: “A Salvador Allende, que por otros medios busca lo mismo”. Usaron otros medios pero terminaron en la misma forma, asesinados por los esbirros de la reacción y el imperialismo. Es que la revolución no se repite en diversas naciones, ni los caminos son los mismo, ni existen “modelos” esquemáticos para imitar. Los hombres sirven al progreso de la historia en la medida en que los pueblos han llegado a reunir los factores objetivos y subjetivos necesarios para cambiar su realidad agobiante. Los hombres hacen historia cuando saben interpretar la voluntad colectiva hasta ese momento aplastada por minorías privilegiadas. Cuando intuyen la hora, el minuto, el segundo preciso en que se desencadenará la lucha.

La trayectoria social de Allende está marcada por su adhesión a un proceso que se confunde con los avances orgánicos y políticos del proletariado chileno, de los campesinos, de los empleados y de las capas medias. Su despertar coincidió con la fundación del Partido Socialista de Chile y contribuyó eficazmente a su vertiginoso crecimiento.

Participó en la permanente polémica política y en los choques internos de su colectividad, con la misma pasión de todos los demás. Tuvo aciertos y cometió errores, en la forma habitual a todos los que fueron actores de esa etapa.

Ya nos hemos referido a los errores, que comparte con tantos otros. Hablemos ahora de los aciertos, o sea de su aporte vital a la acción emancipadora de los trabajadores chilenos.

Contribuyó desde su juventud a la organización y fortalecimiento del Partido Socialista de Chile lo que significa, por una parte, la búsqueda consciente de una respuesta nacional y democrática a los cuestionamientos económicos y sociales y, por otra, la adopción de un ideario marxista y revolucionario.

Asimiló la experiencia del Frente Popular y pudo convertirse en el abanderado de un movimiento en que gravitó principalmente el peso social de los trabajadores. Encabezó esa tendencia con una perseverancia incomparable y, conseguida la victoria electoral del año 1970, se afirmó en una posición de clase y transformó el programa en acción.

Pese a múltiples y constantes presiones, no cedió a los intentos de la burguesía nacional, representada principalmente por la Democracia Cristiana, y prosiguió el camino hacia el socialismo, intentando seriamente la sustitución de las estructuras capitalistas por una sociedad socialista.

Rompió las ataduras del país con el bloque imperialista, lo vinculó a los países no alineados y al mundo socialista y trató de forjar una conciencia latinoamericana para enfrentarse a la dominación foránea.

Comprendió la necesidad de la unidad de los trabajadores chilenos, centrada en el eje socialista-comunista, proyectado además hacia los sectores de la baja burguesía y las capas medias, aplicando en la vida real el concepto teórico de un “frente de trabajadores”. Interpretó, entonces, correctamente la significación de una alianza estratégica de clase rechazando los pactos que implicaran la colaboración de clases.

Supo, finalmente, llegar al sacrificio supremo, muriendo en combate, para dejar su ejemplo como bandera intransigente de lucha a las futuras promociones revolucionarias.

Contestamos, ahora, la pregunta: ¿Reformista o Revolucionario?. Y lo hacemos categóricamente: un revolucionario cuya figura histórica seguirá creciendo con el tiempo. Más allá del criterio maniqueísta tan en boga, sin ubicarlo más allá del bien o del mal, interpretándolo como la expresión de una época y el abanderado de un pueblo, definimos a Salvador Allende como un revolucionario consecuente, honesto, valeroso y señero, cuyos errores emanan de circunstancias imprevistas y que no empañan la nitidez de su papel; errores, por otra parte, que tampoco le pueden ser imputados a él exclusivamente, ya que recaen, más bien, sobre el conjunto de la dirección política, en un contexto muy complejo cuyo análisis servirá para futuras experiencias.

Lo que resulta intolerable es que se trate de explotar su sacrificio con fines utilitarios y mezquinos, por individuos o por grupos que, durante los años críticos del gobierno popular, no escatimaron los improperios y hasta las calumnias y que hoy pretenden apoderarse de su efigie y de su ejemplo para reclutar seguidores. Tentativa pueril condenada a fracaso. Tal como lo dijo en su discurso final, al borde mismo de la tumba, el pueblo lo seguirá oyendo, y sus últimas palabras son como campanas entonando un requiem frente a los simuladores y los falsificadores.

ALLENDE: EL HOMBRE Y LA OBRA

La revista *Plural*, editada por el *Instituto para el Nuevo Chile*, con sede en Rotterdam, incluyó en su número 2 de agosto-diciembre, 1983, tres entrevistas a distinguidos politólogos chilenos: Otto Boye, José Joaquín Bruner y Jorge Tapía, quienes respondieron al siguiente cuestionario:

1. ¿Hubo en la trayectoria de Salvador Allende una particular relación entre su dimensión vital como ser humano y el ejercicio de la acción política?
¿Cuál es hoy, a diez años de su muerte, su apreciación sobre ese "estilo" y su significado?
2. Allende marcó una época del desarrollo del movimiento popular y democrático chileno. ¿Cuál es a su juicio la contribución teórica y práctica de Allende al socialismo?
3. Las peculiaridades del proyecto de Allende tuvieron resonancia mundial. También la tuvo el contenido de su política exterior. ¿Cuál es a su entender la dimensión internacional de la experiencia que Allende encabezó?
4. Si hay algún aspecto específico de la vida, pensamiento y acción de Salvador Allende, que no haya sido tocado en las preguntas o respuestas anteriores y que a Ud. le parezca necesario destacar, por favor desarróllelo.

Sus respuestas han sido recogidas en el presente volumen del *Archivo Salvador Allende* en el orden que corresponde al ordenamiento alfabético de sus autores.

ALLENDE: SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Otto Boye. Co-director del Instituto para el nuevo Chile.



Pregunta 1

Creo que en todo hombre de acción, y desde luego en los políticos, existe necesariamente una relación entre esos dos aspectos. Allende no escapó a esta regla ni mucho menos. Cualquier chileno que lo observara con un mínimo de atención podía constatar cómo su acción política estaba marcada directamente por su dimensión vital que le salva por todos los poros.

A diez años de su muerte pienso que su estilo personal tuvo mucha importancia para el desarrollo de su carrera política y de las metas que él se trazó. No me cabe duda de que su gran logro político, esto es, la unidad de la izquierda que él presidió con bastante autoridad durante un lapso de tiempo, se basó en una medida muy importante en su dimensión vital, que la permitía ser flexible y, a la vez, actuar con firmeza; que lo llevaba al diálogo sin perder nunca la franqueza, y que, por último, lo conducía a exteriorizarse a través de un temperamento rico, que mezclaba la seriedad con el humor, la astucia con el mal humor, la sencillez con la solemnidad.

Pregunta 2

Teórica y prácticamente su contribución máxima estuvo constituida por su intento persistente —rubricado con su muerte— de vincular en forma indisoluble su ideal socialista con la democracia. Fue ciento por ciento demócrata. Allende buscó con mucha energía estos valores. Las vacilaciones de que ha sido acusado, que producen en muchos la impresión de que se inclinaba más hacia un lado o hacia el otro, provenían a mi juicio, de las dificultades concretas que le planteaba su otra meta central que él definía como unidad de la izquierda. En coyunturas concretas fue, ciertamente tironeado desde lados opuestos y él, en aras de la unidad, se negó a optar por uno o por otro.

Pregunta 3

La dimensión internacional que Allende encabezó es múltiple y compleja. No puedo responder amplia y extensamente, pero puedo destacar algunos aspectos. Hay uno que



1970: Mitterand en Chile, identificación y solidaridad con rumbo democrático de la vía allendista.

“Allende interpretó en cierta manera un sueño compartido por muchos europeos, el sueño de conciliar la democracia con el socialismo, sueño fundado en la decepción producida en ellos por los socialismos reales y en la valorización que adquirió la idea democrática después del trauma nazista y fascista que azotó a Europa. La vía chilena al socialismo fue vista como un camino posible para los pueblos del tercer mundo y también para muchos países altamente desarrollados. La social democracia europea apoyó fuertemente el gobierno de Allende. Más aún, en términos concretos, el apoyo financiero a través de créditos provenientes de las democracias occidentales europeas fue varias veces superior al flujo que provino de los países socialistas”.

me tocó experimentarlo directamente en Europa, cuando llegué a vivir a Alemania Federal en agosto de 1973. Comprobé entonces —y esto se acentuó después del 11 de septiembre— que el gobierno de Allende había producido en los países occidentales de dicho continente un impacto mayor al que podía preverse. Buscando las causas llegué a la siguiente conclusión: Allende interpretó en cierta manera un sueño compartido por muchos europeos, el sueño de conciliar la democracia con el socialismo, sueño fundado en la decepción producida en ellos por los socialismos reales y en la valorización que adquirió la idea democrática después del trauma nazista y fascista que azotó a Europa. La vía chilena al socialismo fue vista como un camino posible para los pueblos del tercer mundo y también para muchos países altamente desarrollados. La socialdemocracia europea apoyó fuertemente al gobierno de Allende. Más aún, en términos concretos, el apoyo financiero a través de créditos provenientes de las democracias occidentales europeas fue

varias veces superior al flujo que provino de los países socialistas.

A esto hay que agregar algunas líneas de acción que insertaban al país plenamente en las realidades propias de su condición subdesarrollada. Allende mantuvo a Chile dentro del Pacto Andino con decisión firme. Tendió también a situarlo en la posición de los No-Alineados, procurando ser una expresión tercermundista que planteaba a los países altamente industrializados de la tierra, capitalistas o socialistas, los problemas específicos que lo aquejaban como tal. Chile, a pesar de vivir bajo Allende una experiencia polémica como pocas, no conoció el aislamiento internacional.

La especificidad de su experimento político-social le daba, por último, una dimensión internacional casi única. Chile no se pareció nunca a Cuba, por ejemplo. O a Yugoslavia. Y menos todavía a Checoslovaquia, Bulgaria o a la Unión Soviética. Pienso que esto le dio una capacidad de maniobra bastante grande, mayor en cualquier caso a la que habría tenido si hubiese carecido de perfiles.



ALLENDE SOCIALISMO DEMOCRATICO

José Joaquín Bruner. Sociólogo, actual director de FLACSO, uno de los principales ideólogos de la renovación socialista en Chile.



Pregunta 1

Muchas veces escuchamos decir que la política no la hacen los grandes hombres. Lo que es, por lo demás, evidente. Pero, no es acaso igualmente cierto que la política crea entre los hombres algunas dimensiones por lo menos de la grandeza? Sólo unos pocos lograrán, en los momentos decisivos de la historia de un país o de una época, interpretar el sentido de su tiempo y podrán, además encarnarlo en la acción colectiva. Quién pueda desentrañar los signos de su tiempo y leer por eso con inteligencia la historia aspirará a ejercer su influencia en el movimiento de las ideas, como un profeta o un intelectual. El dirigente político necesita mucho más: debe impulsar sus ideas en medio de muchos; debe organizarlas colectivamente; debe convertirlas en pasión y en sentido común y en disposición para la acción.

En un momento de tan profunda confrontación como el que vivimos en nuestra patria, separados como nos encontramos por la lucha, con la historia reciente que nos pesa demasiado con su secuela terrible, resulta difícil hacer un juicio justo y persuasivo de la figura del Presidente Allende. Y es, sin embargo, tan decisivo hacer ese juicio. Situar a

Allende otra vez entre nosotros ya no es meramente un ejercicio nostálgico. Es un trabajo con nuestra propia historia; personal y colectiva; es un modo, por lo mismo, de recuperar la memoria nacional; es dimensionar, sobre todo, el futuro a que aspiramos y que vamos a construir.

Y, claro está, Salvador Allende fue —en la dimensión de nuestra historia nacional moderna— un gran hombre; nuestro más importante dirigente político. Pero, ¿cómo sostener esa afirmación, aparentemente militante y nada más, contra el fondo de la derrota y sus consecuencias inexorables? Pues el juicio que nos debemos exigir no puede eludir los hechos de la historia. No si desea recuperar para el país el sentido de su futuro y clasificar las razones de su pasado. Que es entre esos dos momentos que nos movemos hacia la emancipación nacional y la reconstrucción democrática de la sociedad.

En estas condiciones resulta inapropiado, por emprobrecedor, hablar de un estilo y de su significado. El presidente Allende, en efecto, recogió de la sociedad chilena en pleno proceso de modernización el sentido más importante de su desarrollo, cual era la alternativa de su profundización democrática. Pusó, pues, el socialismo, en su especificidad

nacional, como una maduración y extensión de la democracia. Entendió así defender la continuidad de un proceso de varias décadas de luchas sociales y la posibilidad de introducir una ruptura para la profundización de la democracia, que justamente requería una nueva organización de la economía; nuevas bases sociales de participación y movilización y nuevas condiciones de conciencia y aprendizaje colectivos. Pienso que tal fue su pasión y que por esos ideales luchó hasta la muerte, cuando llegó la hora de poner — política y personalmente — la vida frente a la muerte.

Pregunta 2

La derrota del 73 expresó en su momento más dramático las limitaciones de la izquierda chilena y del conjunto de sus partidos y dirigentes. De algún modo, el proyecto histórico de esa izquierda, su voluntad de construir una sociedad que por la profundidad de su democracia accedía a las formas socialistas de organización del trabajo, desbordó políticamente a las fuerzas que lo sostenían y a los hombres que lo dirigían.

Pero esa perspectiva de construcción histórica, ese modo de concebir el socialismo como plenitud de la democracia, esa forma de organizar unas ideas de emancipación social a través de partidos diversos y de la activa movilización popular, todo eso permanece como el legado más importante del Presidente Allende para nuestra historia y nuestra cultura política.

Es evidente que esas ideas no tuvieron, ni tienen probablemente todavía, el desarrollo teórico que requieren. Una vieja tradición dogmática y de raíz sectaria en la izquierda chilena, una relación mimética y floja con las ideas y con el trabajo intelectual, han resultado en esa insuficiencia teórica. En este sentido es que puede decirse, rigurosamente, que el diseño de la Unidad Popular, su concepción incluso de la revolución chilena, fueron siempre por delan-

te de nuestra capacidad de reflexión y de nuestra conciencia política. Mientras ésta y aquella permanecían fijadas en los debates etéreos y en las consignas fáciles, la experiencia del Gobierno Popular, de sus partidos, pero sobre todo de los hombres y mujeres que se identificaban con ese proyecto socialista y democrático, reclamaban una originalidad y una sensibilidad que sólo unos pocos tuvieron. Pienso que el presidente Allende miró en ese sentido más lejos y más profundo que las dirigencias políticas que los acompañaron. Mil hechos cotidianos de la historia, que conocemos demasiado bien aunque no siempre existan las condiciones para debatirlos tranquilamente, hicieron imposible que fuera finalmente la percepción, el pensamiento y el lenguaje del presidente Allende los que decidieran los cursos de acción y la historia.

A esta altura, cuando se han abierto otra vez perspectivas reales de poner fin a la experiencia autoritaria de estos últimos diez años, adquiere el mayor sentido político y cultural recuperar esas inspiraciones básicas del presidente Allende y su concepción de un socialismo basado en la unidad de las mayorías, en el pluralismo político y en la profundización de la democracia. En el hecho, en ese legado teórico y práctico reside la fuerza más significativa de la izquierda chilena, independientemente, por ahora, de las formas de organización que ella adopte. Más aún, me parece que la recomposición del campo socialista chileno en torno a una poderosa corriente histórica de renovación que pueda recoger los variados aportes surgidos de las luchas de estas últimas décadas, funda su trabazón con el pasado y se proyecta hacia adelante recogiendo y enriqueciendo el legado del presidente Allende.

Pregunta 3

El pensamiento y la acción del presidente Allende, pero sobre todo su modo de construir una alternativa socialista en

“La vida y la muerte de Salvador Allende fueron testimonio de ese proyecto que ha significado el momento más radial de capacidad creativa en la historia moderna de Chile. Camino de una proporción significativa del pueblo chileno, su recorrido consistente pudo significar la construcción de una alternativa que habría cambiado la vida de los chilenos y asegurado un futuro estable para la democracia, profundizando sus posibilidades como todavía no se ha hecho en el mundo. Esa tarea, en nuevas condiciones, pero con la enorme experiencia de nuestra historia —y también de nuestra derrota— nos pertenece”.

Chile a lo largo de varias décadas de intensa lucha política, social y cultural, tuvieron ciertamente significación más allá de las fronteras nacionales. Surgida en un momento de profundas conmociones de América Latina y el mundo, y en medio de un período de intensas transformaciones en el plano ideal y cultural, la alternativa chilena del socialismo democrático representó en el mundo un signo de renovación y esperanza. Frente a los caminos populistas que conducían sencillamente a puntos muertos de la historia si no a reacciones autoritarias, y frente a la doble ilusión de un socialdemocratismo sin capacidad transformadora en nuestros países o un socialismo real sin perspectivas de democracia política, la alternativa del camino chileno hacia el socialismo abrió un nuevo horizonte y movilizó la conciencia de muchos alrededor del mundo. La derrota del 73 representó por lo mismo un hecho internacional. La solidaridad con el pueblo de Chile, y su voluntad sostenida a lo largo de todos estos años por miles y miles en tantos países, expresan justamente la reacción frente a esa derrota, que busca arrastrar tras de sí las esperanzas en el socialismo libertario y en la viabilidad de la democracia como la organización de un pueblo para construir su historia.

Creo que es importante no equivocarse en esto. La experiencia autoritaria que hemos vivido no sólo se enfila contra las posibilidades y los motivos del socialismo, sino que a la vez se vuelve contra la democracia y busca destruir en la sociedad sus bases intelectuales, morales y sociales. Por eso precisamente se trata de una experiencia tan radicalmente regresiva y por eso, otra vez, pone en tensión la conciencia civilizada y la solidaridad de tantos hombres y mujeres, movimientos y organizaciones, iglesias, partidos, intelectuales y artistas alrededor del mundo.

Señales firmes, en fin que la experiencia del gobierno del presidente Allende encontraba en muchos lugares significación, puesto que se abría sobre el fondo de una crisis del pensamiento de izquierdas, a la vez que reforzaba las tendencias democráticas en el mundo, estableciéndose en medio de él con autonomía de los bloques de poder y de su incesante lucha por extender su hegemonía ideológica.

Claro, no se trata de pasar por alto, tampoco en este caso, las tensiones y las limitaciones que tuvo este proyecto renovador: no pudo dejar de ser, por las condiciones de la época y por la composición política de su diseño, tributario de una variedad de influencias que a ratos desdibujaron su perfil. Sobre todo, la vinculación de ese proyecto con las bases culturales de América Latina; su sentido en el desarrollo de una nueva tendencia mundial de encuentro entre las

masas y la democracia; y la independencia de su propuesta socialista incluso frente a la experiencia cubana, nada de lo cual restaba a una activa solidaridad con esa revolución y a la construcción de unas relaciones independientes de beneficio nacional con los bloques, digo que esos elementos, por lo menos, experimentaron con el tiempo un relativo desdibujamiento y con ello se debilitaron.

Pregunta 4

La vida y la muerte de Salvador Allende fueron testimonio de ese proyecto que ha significado el momento más radical de capacidad creativa en la historia moderna de Chile. Camino de una proporción significativa del pueblo chileno, su recorrido consistente pudo significar la construcción de una alternativa que habría cambiado la vida de los chilenos y asegurado un futuro estable para la democracia, profundizando sus posibilidades como todavía no se ha hecho en el mundo. Esa tarea, en nuevas condiciones, pero con la enorme experiencia de nuestra historia y también de nuestra derrota nos pertenece.

Creo entender de la vida del Presidente Allende, y de su largo recorrido como dirigente y como hombre público, que esa tarea sólo es posible concitando la voluntad poderosa de una mayoría. Reunificando al pueblo con la democracia, única alternativa posible, en Chile, para avanzar hacia una experiencia radical de libertad y de igualdad. Levantando hoy una alternativa socialista, renovada en sus bases teóricas y organizacionales, que aspire a la identidad de la nación en torno a un nuevo eje de integración popular. Avanzando en la transformación de la cultura nacional para hacer posible una nueva combinación de sus factores concurrentes, que dé paso a una hegemonía democrática y socialista.

Creo haber entendido de la vida de Salvador Allende que la construcción de una alternativa tal tiene eficacia solamente en la medida que ella es asumida como una tarea de organización social; de educación política; de aprendizaje colectivo ejercido no autoritariamente por medio de los partidos sino, junto con éstos por un amplio movimiento popular dispuesto a construir su unidad en la diversidad.

Creo, por último, que la muerte del presidente Allende nos enseña a todos que las propias convicciones y los ideales propios tienen la dimensión de la vida, y merecen por lo mismo llevarse con generosidad y tolerancia.

ALLENDE: LOS MEDIOS Y LOS FINES

Jorge Tapia Valdés. Abogado. Catedrático universitario. Fue Ministro de Justicia y de Educación en el gobierno del Presidente Allende. Autor de libros y artículos.



Pregunta 1

A fin de darle un tono más "documental" a mi respuesta, comienzo con una anécdota. Antes de asumir el Ministerio de Justicia y ya al fin de una larga conversación con Salvador Allende, me pareció oportuno advertirle que, tanto por mi manera de vivir —que muchos calificarían de "aburguesada"— cuanto por mis puntos de vista respecto a la naturaleza y conducción del proceso, era previsible que recibiera fuertes críticas del seno de la misma izquierda. En tal evento, agregué, quiero que sepa que mantendré mi estilo de vida y mis opiniones y que ello puede provocar fricciones. La respuesta de Allende fue un retrato de su personalidad: "No se preocupe Ministro. Eso sólo significa que seremos dos los criticados por los mismos razones". Para Allende, amante de la vida y sus cosas hermosas, dotado de una gran capacidad de emoción estética y de sentido del humor, hombre seguro de sí mismo que jamás percibió el socialismo y la revolución como escape freudiano para amargados o frustrados, el "vivir bien" nunca mediatizó sus aspiraciones sociales, sino que, por el contrario, actuó como una fuente de impulsos creativos. Allende llega al socialismo no por

necesidad y evidencia material, sino por necesidad intelectual e impulso idealista de encontrar una racionalización científica del proceso social que tuviere, a la vez, capacidad transformadora del mismo para hacerlo más justo.

De prosapia burguesa e idealista, se convierte no obstante en el más importante luchador social y líder popular de Chile, en términos tales que, sin caer en mistificaciones, podemos afirmar que la estatura histórica internacional de su figura reduce al ridículo los enconados ataques que otrora le hicieran la reacción y el ultricismo. Sus condiciones como conductor de masas se ligan de manera importante a lo que hemos denominando aquí "su estilo político". En este sentido, "allendismo" significa la voluntad de usar, en la consecución de un proyecto socialista democrático, medios que por su naturaleza son conducentes a los fines perseguidos.

Algún día dijo Allende, retórica y sentimentalmente, que todo cuanto él era se lo debía a su partido. Sin perjuicio que su partido y la izquierda reconocieran con justicia, que la situación es más bien la inversa, nos parece que existen además otras razones y causas de sus actitudes y conductas políticas.

La primera es su entronque con los hombres de la "Generación del 20", y con su trasfondo anarco-marxista-positivista. Como Eugenio González lo dijo: "Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres".

A partir de ese periodo, los actos importantes de su vida aparecen marcados por un equilibrado balance entre sus convicciones personales y las de aquellos de sus camaradas que hacen un análisis y aplicación generalmente menos realista y más reduccionista de la teoría revolucionaria. Creo que ello le permitió ser leal a sí mismo, a su Partido, y a la causa popular, y que allí se encuentra el origen de la consistencia entre sus opiniones y sus acciones políticas. Pero mientras el periodo juvenil lo define como revolucionario, dos experiencias posteriores influyen en el desarrollo de lo que serían su integral personalidad y estilo políticos: su afiliación a la Masonería y su participación en el parlamento.

Dijo Allende: "En el debate público taladré mi personalidad, respetando al adversario, pero reclamando el derecho — que nunca se me negó — para exponer con claridad mis pensamientos y mis principios". El contexto y contenido de esta frase la refiere principalmente a sus 27 años en el Congreso Nacional. Consciente de las limitaciones, pero también de las posibilidades que para la lucha popular presentaba un parlamento de típico corte liberal, desempeñó su cargo de parlamentario — como todos los que sirvió — con dedicación, seriedad y responsabilidad. Respetuoso de los formalismos y tradiciones del Parlamento, no se dejó atrapar, sin embargo, por complejos y prejuicios que limitaran su personalismo o sus acciones. La Masonería — la de entonces —, influyó sin duda en su disposición antidogmática, relativista, alejada de todo sectarismo fanático y mesianismo. La suma de estas influencias se trasunta en su capacidad para usar el diálogo y adaptarse a la concurrencia o pluralidad de opiniones como mecanismo de decisión democrática. En ambas instituciones encuentra motivos para convencerse que las instituciones no son buenas o malas en sí, sino en función del tipo y motivaciones de sus integrantes. Aquí se encuentra también, probablemente, el germen de sus debilidades como conductor: carencia de sentido ejecutivo, derivado de un casi exceso de "democratismo parlamentarista" — que naufragó frente a las discrepancias dentro de la UP —, y una suerte de "sentimentalismo" que le impidió pasar más allá de la crítica fraternal cuando debió adoptar contra-medidas políticas respecto de las actividades de algunos de sus camaradas, amigos o parientes.

Sin ser un teórico, estuvo siempre intelectualmente dotado para unir teoría y práctica. En este sentido, él se transforma en un "profesional" de la política, como resultado de su clara comprensión de la importancia de la función y del

político. El respeta la política y se auto-respeta como político actuando con responsabilidad, método, información, y al margen de toda demagogia. Cuando sus discursos se tornan aburridos, lo es porque recurre a cifras, estadísticas, hechos concretos, como fundamentos empíricos de sus afirmaciones. Había en él gran consideración por el científico y técnico, cuya colaboración buscaba. De allí su constante mensaje a los jóvenes y estudiantes, para que no se extraviaran en el verbalismo revolucionario y se dedicaran con celo a obtener una formación que pudiera efectivamente servir al pueblo. Pese a esta característica, su lenguaje de orador popular era sencillo, claro, directo y no exento de emoción estética. Por eso encantaba a las masas, que lo aceptaban como su educador porque no sólo percibían la hermosura de la frase, sino la información, orientación y guía que de ellas emanaban. En actitud de educador, no rehuyó la crítica de aquellos sectores de débil moralidad laboral o directiva, haciendo claro que un pueblo que reclama sus derechos debe estar dispuesto a cumplir sus obligaciones, y que por tanto no hay disculpa para el ausentismo laboral, para "aristocracias obreras", para el burocratismo sindical. Le gustaba usar la anónima frase juvenil francesa: "La revolución se hace primero en las personas y después en las cosas."

Su vocación democrática no melló ni sus metas revolucionarias ni opacó su percepción de los peligros envueltos en la vía elegida. Nadie podría acusarlo de político ingenuo. Estuvo más alerta y más consciente que nadie frente a la forma y naturaleza fascista de la dictadura que podría reemplazar a su gobierno, si los intentos sediciosos de los sectores heridos por los cambios prevalecían. Muchas veces advirtió — para disuadir a los causantes de provocaciones irresponsables o decisiones antinaturales — que a él sólo lo sacarían de La Moneda acribillado a balazos, pero que él entregaría el cargo a quien ganara la próxima elección presidencial, quienquiera que fuera, si la izquierda era incapaz de mantenerse en el poder. Hubo en él una clara, profunda y dolorosa comprensión de que allí estaba en juego no sólo el socialismo, sino la democracia. Hay, así, un halo de tragedia griega en este hombre que con profunda sinceridad ofreció la vía democrática y no violenta para engrandecer la patria, y que murió defendiendo la democracia con la metrallera en las manos y el optimismo en los labios.

Pregunta 2

Tengo la convicción que, pese a que no fue un teórico del socialismo, Allende esclareció con su práctica política importantes aspectos y develó los más serios problemas del socialismo democrático, dándole al mismo más viabilidad a futuro.

"En Allende alumbra una concepción de la viabilidad democrática del socialismo no de mero fundamento táctico, sino estratégico."



Hacer un rescate, siquiera esquemático, de su contribución tiene actualidad e importancia, porque la necesidad y la viabilidad de la vía democrática al socialismo continúa siendo una cuestión acuciantes, tanto en las sociedades democráticas desarrolladas, cuanto en las naciones jóvenes que volverán a la democracia en los próximos años.

Fiel a su partido, procuró no entrar en conflicto con sus declaraciones de principios; pero inexorablemente aflora en sus escritos y discursos una concepción personal, nítidamente democrática y muy chilena, y que coloca a Allende en la línea de los grandes precursores y creadores del pensamiento socialista democrático nacional; como Aracos, Lastarria, Balmaceda, Valentín Letelier, Eugenio González y Aguirre Cerda. Aunque menciona —no muchas veces— con respeto a Lenin, no es su hábito invocar el marxismo-leninismo, ni aun después que el Partido Socialista se define como tal. Cuando menciona a Lenin en su conocido artículo sobre el socialismo chileno, lo es a propósito de su aporte a la comprensión de la naturaleza y rol del Estado liberal-burgués, del Estado socialista y de la dictadura del proletariado.

Pero Allende, a quien no le gustaba tipo alguno de dictadura ni la ortodoxia marxista —expresó alguna vez que prefería romper la ortodoxia que dejar de avanzar hacia el socialismo— se apresura en su artículo a centrar su atención en la esencia del socialismo. Su respuesta categórica y reiterada se refiere a la naturaleza libertaria, humanitaria, igualitaria y democrática del mismo. En párrafos posteriores, junto con advertir los peligros de la aplicación mecanicista de las tácticas seguidas en otros lugares, tiempos y realidades, anticipa a grandes rasgos la médula de lo que sería luego el programa de la UP y su propia política de gobierno. Mis conversaciones con él y la lectura atenta de sus discursos y actuaciones en el período 1953-1973, son la base de mi opinión respecto a cuál fue su aporte teórico y práctico al socialismo, que me atrevo a sintetizar en los siguientes puntos:

1. Carácter patriótico del proyecto socialista, en el sentido que dicho proyecto, al revés de lo preconizado por algunos pseudoteóricos de izquierda, entronca directamente con la obra libertadora de nuestros grandes héroes: O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, Pinto, Balmace-

da, etc. Como Allende lo expresa, "somos los herederos legítimos de los Padres de la Patria", llamados a realizar la segunda independencia: la independencia económica.

2. Carácter nacional del proyecto socialista, en cuanto es un proyecto de la clase trabajadora para toda la nación y su pueblo. El propósito es construir una patria más grande y generosa para todos los chilenos, sin exclusiones. En otras palabras, no es un proyecto de una clase social para ella misma exclusivamente.

3. Carácter democrático del proyecto socialista, lo que supone —dado un contexto previo de tipo democrático— la renuncia a la vía armada, y a la dictadura del proletariado, y su sustitución por la vigencia del pluralismo, el principio mayoritario y el Estado de Derecho. En Allende alumbró una concepción de la viabilidad democrática del socialismo no de mero fundamento táctico, sino estratégico. En la medida en que se dispone de una democracia sólidamente aceptada y adecuadamente comprendida, estamos en un sistema que ni es de por sí funcional al capitalismo —tal vez al contrario— ni es concepción graciosa de sus más iluminados sectores. En la medida que se trata de una "socialización del poder político", ha sido históricamente el resultado de largas y no siempre incruentas luchas de los trabajadores y sus organizaciones. Por ello, mientras la fe de la burguesía en la democracia adquiere un carácter coyuntural y contingente la de los trabajadores puede ser permanente, supuesto que mecanismos básicos de participación e información permiten que sean las mayorías las que efectivamente determinen qué es justo y conveniente.

A este respecto, es hoy clara la absurdidad de la tesis que preconizaba el uso "resquicial" o "intersticial" de la legalidad burguesa, en la medida que no reparaba que la legislación política y social de los últimos 50 años estaba marcada por orientaciones socializantes y avalada por la participación en gran parte de ella de los representantes de los trabajadores. Por esa misma razón, el uso de esa legislación para fines del proceso de transición no era un "abuso del derecho" sino una legítima aplicación extensiva del espíritu de la legislación chilena. Naturalmente la otra condición para la utilización de

la vía legal en forma ventajosa supone una política de maximización de las fuerzas de apoyo al gobierno que permita disponer, en el momento en que la moral de las fuerzas de oposición es más baja, de una correlación de fuerzas positiva.

4. Carácter gradual y transicional del proyecto socialista. Su convicción es que el socialismo no se impone por decreto, sino que se trata de un proceso social de transformación de las viejas estructuras hecho posible merced a una adecuada sincronización de los cambios económicos y político-institucionales. Mientras la gradualidad supone avanzar paso a paso—tanto por tratarse de un proceso cuanto porque la vía utilizada es la legal y sus procedimientos—, la característica transicional denota la voluntad de pasar del modo capitalista de producción a otro en que esté garantizado el control social del producto social y la racionalización de la economía, en términos de eficacia productiva, justicia distributiva y posibilidades de desarrollo. A este respecto, Allende critica constantemente el infantil esquematismo de izquierda y niega validez a las pretensiones de ciertos sectores apenas “alfabetizados” en marxismo, que pretenden dar al proceso una dirección táctica y estratégica distintas.
5. Carácter pluri-clasista del proyecto socialista y de las fuerzas en que se sustenta. Sin perjuicio de reconocer el papel directivo que la clase trabajadora debe jugar, la noción misma de ésta es ampliada para dar cabida en ella a otros sectores, en función de su modo de inserción en el aparato productivo. Quedan comprendidos allí no sólo los obreros y campesinos, sino los empleados, los intelectuales, profesionales, técnicos, estudiantes, pequeños propietarios y empresarios de la industria, el comercio o la agricultura. Allende señala muchas veces que hasta sectores de la mediana empresa en general, por la asimetría de sus relaciones con la gran empresa en general, pueden ser al menos aliados de las clases trabajadoras.
6. Utilización, y aun reforzamiento de la institucionalidad estatal mediante instancias de participación popular, para llevar adelante las transformaciones estructurales de inspiración socialista. Para Allende, bajo el gobierno popular el pueblo está en el estado. Este, en lugar de ser destruido, debe ser por tanto perfeccionado, haciéndolo más eficiente, moderno, justo y revolucionario. En vez de debilitarlo mediante la creación de poderes paralelos de pretendido origen popular, debe ser democratizado, y sus instituciones adaptadas, teniendo presente que no es posible superar estructuras o instituciones preexistentes sin antes haber desarrollado mínimamente las de reemplazo.

La concencción de Allende sobre socialismo democrático parte del supuesto, no negado en la práctica chilena, que es posible la conquista democrática del poder. Los dos problemas que quedan vigentes son los de la posibilidad real de llevar adelante el programa socialista y el de la conservación del poder. Mientras la respuesta a la primera de estas cuestiones depende en parte importante de la táctica seguida por las fuerzas populares—no es fácil convencer al enemigo que se rinda cuando es mayoría— su solución y la de la cuestión de cómo conservar el poder democrático, están ligadas a la respuesta que pueda darse a los cuatro grandes problemas que la práctica del gobierno de Allende permitió identificar con nitidez y que aquí simplemente enunciamos: democratización de las fuerzas armadas, democratización de los medios de comunicación, real independencia del poder judicial y neutralización de la intervención política y económica de potencias extranjeras y de las transnacionales.

Pregunta 3

Para nadie es un misterio que el gran interés despertado a nivel mundial por el modelo que Allende preconizó, es su característica de alternativa frente al modelo soviético de construcción del socialismo y a su suave variante latina, el modelo cubano. Los elementos del modelo socialista democrático que tienen directa incidencia en el plano de la política internacional son su énfasis en la vigencia irrestricta del deber de no intervención, del derecho de autodeterminación de los pueblos, y del derecho de las naciones a disponer de sus recursos naturales y a nacionalizar las empresas extranjeras que los explotan. Todos estos derechos fueron llegados en la práctica por el imperialismo, mientras el desarrollo del país y su transformación se vio dificultada por la condición estructural de dependencia.

Para vencer estos obstáculos, aparte la comprensión, interés y solidaridad del mundo internacional de pensamiento libre, Allende necesitaba el apoyo de su propio pueblo. Por distintas razones, eso no se concretó. Allende prometió al pueblo cumplir un programa y prometió al país cumplir con la constitución. El cumplió, pero Chile no supo hacer su parte. Creo que la opinión mundial lo entendió así. Por eso el nombre de Allende está esparcido por el mundo en alamedas y avenidas, universidades, escuelas y libros, plazas y parques, monumentos y barcos. Por eso, y como lo cuenta un amigo, cuando en la sierra mexicana se le pregunta a algún caminante a qué pueblo va, a veces contesta: “Voy para Salvador Allende”.





VEA, 4 de Septiembre de 1958

SEGUNDA PARTE

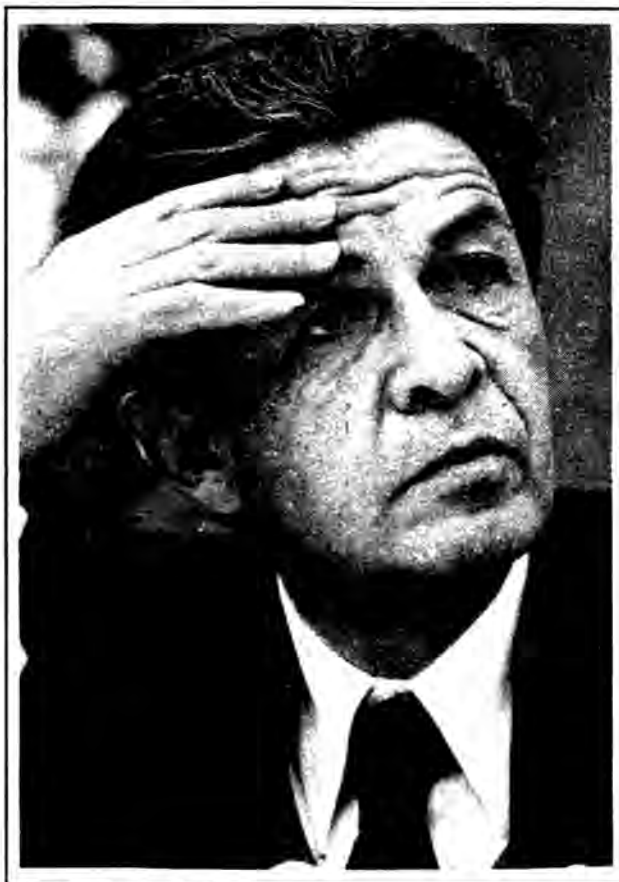
ALLENDE DESDE EL MUNDO



EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, Dr. Salvador Allende Gossens, acompañado de los Presidentes del Senado y de la Corte Suprema, Tomás Pablo y Ramiro Méndez.

LA HERENCIA VIVA DE ALLENDE

Enrico Berlinguer. Secretario General de Partido Comunista Italiano, notable aporte a la renovación del pensamiento marxista en nuestro tiempo.



Me parece que este aniversario debiera sugerir una reflexión que trascienda el homenaje a la memoria de Salvador Allende para tratar de recoger —con el alcance que tuvieron las elecciones presidenciales de 1970— el significado total de su vida, su obra, su muerte y, también, el sentido de la herencia que él ha dejado a su propio pueblo y a quienes, en el mundo entero y a través de las vías más diferentes, luchan por la libertad y la justicia. Con este ánimo quisiera participar, aun cuando sea mediante alusiones necesariamente breves, a la celebración del aniversario.

El 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende, candidato de la Unidad Popular a las elecciones de Presidente de la República de Chile, obtuvo el 36.42 % de los votos, seguido del candidato del Partido Nacional, Jorge Alessandri, con el 34.9% y de Radomiro Tomic, candidato del PDC, con el 27.8% de los sufragios. Según la norma constitucional, el 24 de octubre siguiente, el Senado y la Cámara de Diputados se reunieron en el Congreso para elegir el Presidente entre los depositarios de la “primera” y la “segunda” mayoría:

Allende visto por sus contemporáneos. Casa de Chile, México, 1983.

resultó elegido Salvador Allende, incluso con el voto decisivo del grupo de los parlamentarios demócratacristianos (más consistente en número que los grupos de la izquierda).

Ante el resultado de las urnas del 4 de septiembre, se habló de casualidad, de “ruleta rusa”, en los cuocientes electorales; mientras que la decisión demócratacristiana en el Congreso fue reducida a mero saludo a la tradición, que ha visto siempre en la historia la elección del candidato que consigue la 1a. mayoría de los escrutinios: juicios no sólo mordaces, sino superficiales, puramente formales. En realidad, el voto popular y la decisión del Congreso, por una parte, constituyen el índice de la profundidad de la crisis que afligía a Chile mientras que, por otro lado, señalaban la perspectiva de la superación.

La crisis venía de lejos, de las estructuras socioeconómicas del país, y de sus relaciones internacionales. Desencadenada a comienzos de los años 60, ya la crisis se mostraba no superable en el cuadro del viejo Estado “liberal” a la vigilia de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1964, a cuyas características hay que volver para entender lo que sucedió en Chile entre septiembre y octubre, seis años después.

“Sentimos que Salvador Allende no es una memoria, sino ‘presencia invisible’, presencia operante en nuestras conciencias y en la realidad del proceso histórico contemporáneo”.



SOLIDARIDAD — 15 Diciembre 1972

A comienzos de 1964, el Frente de Acción Popular — formado por comunistas y socialistas — con su ramificación orgánica, su programa electoral y la candidatura de Salvador Allende, pareció constituir la salida del gran movimiento que atravesaba a la sociedad chilena, de lucha contra la degradación de la economía, la miseria generalizada, el desorden institucional, por un profundo cambio revolucionario del orden social.

Agilmente, la clase dominante advirtió que la vetusta organización electoral mediante la cual había mantenido el poder hasta entonces (clubes, notables, organizaciones clientelares, etc.) no habría podido resistir al empuje popular. Con una decisión imprevista y sin precedentes — probablemente no sólo en Chile — ella retiró el apoyo a Julio Durán y se volcó al apoyo incondicional a Eduardo Frei, al candidato del PDC que había entrado en liza enarbolando el estandarte de la “revolución en libertad”.

Mientras la competencia electoral procedía, el bipolarismo se exasperó al extremo: sostenido por la fragorosa formación de la derecha interna e internacional, el 4 de septiembre de 1964 Eduardo Frei fue elegido Presidente con el 56%, una mayoría absoluta en la cual las inquietudes, la aspiración sincera de cambio de una parte tan notable de la ciudadanía chilena en torno a la “revolución en libertad”, se mezclaron a la maniobra de los enemigos jurados de la libertad — como así de la revolución — terminando por serles subalternas (como los hechos sucesivos se encargarían de demostrar).

El candidato liberal-conservador recogió los votos de pocos íntimos; el porcentaje de 39% obtenido por Salvador Allende atestiguó la profundidad y la vitalidad de las raíces de la izquierda obrera que, no obstante, fue derrotada en el choque frontal al cual se vio forzada.

El proyecto reformista del cual el PDC se había constituido en portador, fue asumido como una tentativa de mediación entre las contradicciones que habían puesto en crisis al Estado “liberal”, y no obstante su organicidad, sus fundamentos teóricos, sus enlaces internacionales, comenzó a deteriorarse a partir del primer período de la Presidencia de Frei.

Cierto que aquí es imposible recorrer los seis años en los cuales el “primer presidente democratacristiano de América Latina” día tras día debió amainar el estandarte de su elección.

Baste decir que a cada iniciativa suya los “grandes electores”: que habían patrocinado su ascenso respondieron presentándole la cuenta: así ocurrió cuando fue aprobada la ley de reforma agraria, a la cual los latifundistas opusieron resistencia, sea desde dentro de la mayoría como de fuera, volviendo incierta su aplicación (mientras que a la ley de sindicalización de las masas campesinas — prohibida hasta la fecha por el Estado “liberal” — ellos reaccionaron inclusive con el asesinato de militantes democratacristianos). Lo mismo ocurrió y en escala bastante más compleja cuando Frei, respecto a las intenciones programáticas, debió redimensionar el proyecto de “chilenización” de las minas de cobre (explotadas hasta entonces por las gigantescas compañías transnacionales — la Anaconda, la Kennecott, etc. —), que mantenía sustancialmente intactos el poder y las ganancias (con la represión, también sangrienta, de las huelgas de los mineros). Mientras la política exterior de la presidencia democratacristiana, aun cuando estaba dirigida a la diversificación de las relaciones internacionales, políticas y económicas, de Chile (la reanudación de las relacio-

nes con la URSS, búsqueda de acuerdos con la CEE, constitución del Pacto Andino, etc.) chocó con la barrera opuesta por parte de Estados Unidos, que redujo a contradictorias veleidades los enunciados de Frei sobre la soberanía nacional, expresados cada vez con menor convicción.

En los seis años de experimento gubernativo el PDC (que en la victoria de septiembre de 1964 había sido orgulloosamente presentado como la alternativa al orden existente y al así llamado “castrismo” y destinado a durar hasta el fin del siglo y a expandirse en escala continental) se puso en evidencia cuán exiguos o inexistentes eran los márgenes de modernización de un orden social que, en cambio, debía ser atacado y renovado en profundidad; cuán precarias y destinadas a la derrota eran las posibilidades de modificación meramente cuantitativa de las relaciones que volvían a Chile subalterno del imperialismo estadounidense y que, en cambio, debían ser refundadas sobre bases cualitativamente nuevas y paritarias.

La política de la izquierda obrera, encarnada en la unidad entre socialistas y comunistas, mantenida en lo sustancial aun cuando eran frecuentes los momentos de debate y polémica durante los años de la presidencia de Frei, fue de firme oposición en el país y en el Parlamento y, en todo caso, dirigida siempre a estimular en las filas del PDC el respeto a los compromisos asumidos en 1964 y a perfilar incansablemente la perspectiva en la cual se pudieran reconocer y sumar las fuerzas populares que sinceramente habían aspirado a la revolución en libertad.

En el Parlamento, comunistas y socialistas rechazaron siempre, incluso para la elección de Salvador Allende a Presidente del Senado, toda convergencia de votos con la derecha (que estaba tomando distancia del PDC bajo la consigna de “tanto peor, tanto mejor”); mientras la Central Unica de Trabajadores, la CUT, que tantas huelgas había promovido contra las vacilaciones, los aplazamientos y las medidas antipopulares de Frei, en 1969 movilizó a las masas en un Paro General en apoyo del Gobierno y la República, amenazados por el levantamiento del Regimiento Tacna, encabezado por el general Viaux, rechazando así la tentación “peruana” (a la cual por un momento parecieron ceder algunos exponentes socialistas) a sabiendas de que dicho atajo, en el contexto histórico-político chileno, habría conducido indefectiblemente a la aventura reaccionaria.

El reformismo del PDC, al chocar con la “fuerza objetiva de las cosas”, había comenzado pronto a disgregarse, pero la política de la izquierda obrera, a fuerza de su dinámica unitaria, constituyó el factor subjetivo de mayor relieve a efectos de dar razones y soluciones a la crisis de orientación y de dirección que caracterizó la vida del partido de gobierno en el sexenio de la presidencia de Frei. La dialéctica interna del PDC, entre debates elevados, golpes de efecto del Presidente, vuelcos de la mayoría, permaneció viva, se tornó convulsionada hasta la división de 1969, que dio origen al MAPU: expresión de la bifurcación entre la originaria expresión del partido y la praxis gubernativa, de las oscilaciones de la base social del partido (“clase media”, en primer lugar), pero así mismo, repetimos, de la fuerza de sugestión de la proposición que desde la oposición, nunca dejó de manifestar la izquierda obrera, respecto del empañamiento de la “revolución en libertad”.

La derecha se organizó en el Partido Nacional; en torno a los comunistas y socialistas nació la Unidad Popular que comprendía al Partido Radical y al MAPU, el más antiguo y el más joven partido de la historia chilena, con un



programa de cambios revolucionarios de la sociedad. No obstante la escisión a la izquierda, el PDC acentuó su batalla contra las fuerzas conservadoras que, desde el fracaso del reformismo demócratacristiano, concebían la arrogante previsión de que estaba por sonar la hora de su regreso.

La polarización de centro-derecha de 1964 no había resistido al esfuerzo que recorría cada fibra de Chile y cada una de sus instituciones, inclusive la Iglesia que en la inminencia de las elecciones presidenciales proclamó la propia neutralidad (mientras un consistente sector del clero, en todo nivel de jerarquía, descendería después en campo en apoyo de la Unidad Popular).

La campaña electoral de 1970 señaló de este modo la repetición del esquema tripolar de competición (izquierda, centro, derecha) y esto no significaba que la situación fuese más relajada que en 1964, sino al contrario. El deterioro del sistema político-social que la mediación reformista no había resuelto, en esa ocasión tocó el vértice, proponiendo la elección última, a estas alturas ya sin cobertura.

La victoria de Allende del 4 de septiembre de 1970 (por estrechísimo margen sobre la candidatura de la derecha, que se reveló muy fuerte) pasó a través de la brecha abierta en la formación que seis años atrás había sido un solo bloque en torno a Frei: ¡nada de "ruleta rusa" de los cuocientes electorales!

Después de una campaña electoral conducida prevalentemente contra la derecha, al abrirse las urnas Radomiro Tomić fue a abrazar a Allende, mientras en las calles de Santiago y de otras ciudades chilenas, militantes de la Unidad Popular y del PDC se mezclaban en manifestaciones de conmovida exaltación. Esto es lo que está detrás de la elección de Salvador Allende: ¡una cosa muy diversa, como salta a la vista, del obsequio a la tradición!

He aquí por qué he afirmado al comienzo que el voto del 4 de septiembre y la decisión del Parlamento del 24 de octubre constituyeron un índice de la crisis de la sociedad y del Estado y, al mismo tiempo, la hipótesis de la superación de la misma.

La derecha oligárquica, subalterna del imperialismo y

por tanto el "enemigo principal", había sido aislada. De aquí su derrota.

Ciertamente, ni definitiva ni irrevocable, como se puso de inmediato en evidencia en esos días que todavía recuerdo como si fuese ayer: la fuga de capitales de Chile, las medidas restrictivas inmediatamente puestas en ejecución por parte de las instituciones financieras internacionales, los anuncios amenazadores del embajador estadounidense en Santiago. Después, dos días antes de la reunión del Congreso, la tentativa de secuestro del general Rene Schneider, Comandante del Ejército (votante declarado de Jorge Alessandri, pero soldado leal a la Constitución que había garantizado la lealtad de las fuerzas armadas en la transmisión del mando), su resistencia a los criminales y su feroz asesinato. No se trataba de coletazos, de simples episodios, sino de la batalla de retaguardia del enemigo en derrota. Desde el sabotaje económico a la conspiración terrorista, desde la esfera interna al ajedrez internacional, el enemigo se revelaba listo a conducir implacablemente su acción de asedio y de subversión contra el nuevo cuadro histórico-político que la clase obrera chilena había configurado con el ascenso a la cumbre del Estado de Salvador Allende, después de largos decenios de lucha por la conquista o la reconquista de los derechos democráticos y del sistemático ejercicio de los mismos.

Primer presidente socialista

El "Primer Presidente Socialista" del continente del Sur del Canal de Panamá constituía el símbolo del torturado camino del proletariado y de los trabajadores chilenos, porque de tal modo su vida se había vuelto un todo con su propia historia y con la historia de su patria.

Participó muy joven en la fundación del PS, en 1933, fue deportado por dos años y luego ministro del gobierno del Frente Popular que, bajo la presidencia del radical Agui-

rrer Cerda, colocó a Chile dentro del gran movimiento mundial contra el fascismo y la guerra.

Fue sin interrupción parlamentario de la República, y desde los bancos del Senado condujo en los años de la guerra fría, la batalla contra la ley maldita que había puesto fuera de la ley a los comunistas (con persecuciones y campos de concentración).

En 1952 había aceptado ser su candidato a la Presidencia de la República, desafiando incluso la prohibición del grupo dirigente socialista, obteniendo el 4% de los votos que seis años después (reconquistada la legalidad del PC chileno y reiniciada la dialéctica sindical y política en el país) subieron a un porcentaje capaz de permitirle una gran afirmación como candidato una vez más de socialistas y comunistas, otra vez unidos, en las elecciones presidenciales de 1958.

He aquí la primera y constante peculiaridad del pensamiento y la acción de Salvador Allende: la conciencia acerca del origen común de los dos partidos, de su común misión histórica, factible apenas ellos lograsen consolidar ininterrumpidamente la propia unidad, dentro del respeto a la recíproca autonomía y de sus diversas características, formadas durante las vicisitudes de la nación chilena.

Luis Emilio Recabarren, apóstol, organizador, combatiente revolucionario que desde principios de siglo había recorrido el territorio chileno, desde los desiertos del norte al extremo austral, conociendo todas las cárceles, imprimiendo periódicos, predicando y actuando por el nacimiento del sindicato unitario de clase, había fundado en 1912 el Partido Obrero Socialista.

En 1922 éste se transformó bajo su guía en el Partido Comunista, manteniendo viva en su caracterización programática la intuición de su fundador: que por la historia misma de la patria correspondía al proletariado chileno la misión de avanzar hacia el socialismo en la unión más amplia de fuerzas y en la batalla por la defensa y la incesante expansión de la democracia.

En la década sucesiva tal impostación se ofuscó dentro del PCCh (también a consecuencia de las críticas dirigidas a la obra de Recabarren por parte del Comintern) y precisamente por la contracción sectaria que en esos años conocieron los comunistas y del espacio político que ella abrió, nació el Partido Socialista.

Pero tanto en este período de resquemores como en los largos años sucesivos de creciente entendimiento y luego de unidad en la acción de los partidos Comunista y Socialista, Salvador Allende se remitió a la herencia de Luis Emilio Recabarren como fuente y origen de inspiración para ambos partidos, hasta poner la enseñanza del fundador del movimiento obrero chileno al centro de su discurso cuando el 4 de noviembre de 1970 asumió el poder de Presidente de la República de Chile, delante de cientos de miles de ciudadanos y de las representaciones diplomáticas de todo el mundo, convocados a la ceremonia de "transmisión de mando".

Creo que el secretario del PCCh., el compañero Luis Corvalán, ha captado bien esta peculiaridad del pensamiento y de la acción de Allende cuando respondió a un periodista que lo entrevistaba en 1972:

... Durante muchos años Salvador Allende ha sido defensor del principio de la unidad popular y ha realizado un gran trabajo de educación política de las masas chilenas. También, por lo menos durante veinte años y en forma permanente, ha descollado en el esfuerzo de volver conscientes a las masas

acerca de la importancia de los cambios revolucionarios, por la solución real de los problemas del pueblo y de la nación...

Inspiración unitaria, fe en los trabajadores, firmeza en la enunciación de objetivos, eran algunos de los rasgos característicos del Compañero Presidente, que pudieron manifestarse desde los primeros días de la asunción a su alto cargo, después de una victoria cuyas peculiaridades y problemática no debían escapar entonces, como tampoco hoy, a una reflexión desapasionada.

La victoria no había sido conquistada ni con las armas ni con la mayoría en el país y en el Parlamento, sino por la división de la formación que sólo seis años antes se había mostrado férreamente compacta.

Había obtenido la Unidad Popular, no para gobernar lo existente, sino en un programa de lucha contra las viejas y nuevas estructuras de la dependencia y el subdesarrollo, por el renovamiento del sistema político cuya crisis había sido agudizada por la intervención reformista y, por lo tanto, para echar las bases mediante las cuales iniciar la edificación de la sociedad socialista, según los tiempos que el proceso histórico habría señalado.

Era un programa de transición cuya proyección internacional se precisaba en el compromiso de actuar la política de no alineación necesaria y a la vez posible en virtud de los cambios en ejecución, sea en escala continental o a nivel mundial, con el avance de la política de coexistencia pacífica y en la derrota, que ya se perfilaba, de la agresión estadounidense al Vietnam. Con dicho programa la Unidad Popular había conquistado, en el ámbito de la anterior legalidad, el Ejecutivo, una de las posiciones fundamentales del poder político, pero no la única, no obstante la preeminencia que le otorgó la República Presidencial chilena (baste considerar a propósito el poder del Parlamento —donde la Unidad Popular permanecía en minoría— de censurar al Ejecutivo y destituir al gobierno).

La contradicción —que se encarnaba en el Compañero Presidente, supremo aval de la legalidad vigente y líder del movimiento popular para su profunda renovación— podía resolverse en la medida que la Unidad Popular hubiese logrado mantener aislado al "enemigo principal", por un lado y, por el otro, fundir en la sociedad la alianza entre las masas inorgánicas, el proletariado y las capas medias (además de mantener en el Parlamento un entendimiento mínimo entre las fuerzas que habían elegido a Salvador Allende). Así, la realización del programa habría dado origen al nacimiento de una mayoría social —antes que electoral— o sea, la formación de un "bloque histórico" que —en su proceso de desarrollo— iba a fundar la nueva legalidad, la nueva democracia chilena.

A esta tarea árdua y hasta el presente no experimentada, Salvador Allende dirigió su sagacidad, su vigor, siempre en el respeto real de las "reglas del juego" heredadas del pasado.

El comienzo de la realización del programa señaló etapas de notable relieve en esta dirección. La aceleración en la actuación de la reforma agraria, la nacionalización de las minas de cobre en julio de 1971 y, dos meses, después, la incautación de todas las propiedades de la International Telephone and Telegraph Co. —la ITT— sorprendida con las manos en la masa de la conspiración subversiva, se dieron sobre la base de un amplísimo consenso en el país y en el Parlamento. Contemporáneamente el Gobierno inició una inmediata e incisiva redistribución de las rentas que, con el fuerte aumento del poder adquisitivo de las masas popula-



res, debía determinar la salida del anterior empantanamiento del aparato productivo, hacia el empleo pleno y la reanudación de las inversiones masivas.

El año 1971 fue de éxitos en ambas líneas de iniciativa del Gobierno, la estructural y la de alianzas; sin embargo a la expansión comenzaron a entrelazarse síntomas negativos que ya en 1972 empezaron a prevalecer con la explosión vertical de la inflación (cuya tasa de incremento había sido reducida notablemente el año anterior).

He dicho ya que estaría fuera de lugar tratar de recorrer en detalle el arco de los acontecimientos que habían hecho madurar la victoria del Gobierno de Unidad Popular en septiembre-octubre de 1970; tanto menos puedo aquí profundizar el análisis de la dinámica especial y política que se cerró tres años después, el día 11 de septiembre.

Pero para entender sus grandes líneas hace falta también recordar las condiciones del país que la administración de Allende había heredado de la anterior: terrible mortalidad infantil, subutilización del aparato productivo, 8% de cesantía en la población activa, una deuda externa equivalente a 3 mil 900 millones de dólares, emigración caótica desde el campo, un tercio de la población viviendo en tugurios, tasa de inflación igual a 36% anual.

En tales condiciones la actuación programática del Gobierno de Allende se realizó con éxito en 1971 y esto a su vez extendió, aceleró la movilización social del proletariado y de las grandes masas sin trabajo, del subproletariado que ejercía una presión tanto incontenible como inorgánica (carente en verdad de organización y representación sindical). En el otro polo de la sociedad estaba la exigua minoría oligárquica estrechamente aliada (y subordinada) a las centrales del poder económico y financiero internacional. El bloque de poder herido por el programa estructural y coyuntural de la Unidad Popular pasó inmediatamente al contrataque, con una agresión económica que incidió sobre todo en el diseño del gobierno, cada día y sin pausa. No se trataba sólo del complot subversivo de la CIA, denunciado por sus mismos organizadores a la comisión del Senado estadounidense después del escándalo de Watergate, sino de otra cosa bien distinta y aún más peligrosa.

Baste recordar que los latifundistas del sur, al "acercar-

se" la reforma agraria, respondieron a menudo vendiendo el ganado, trasladándolo a Argentina (o incluso destruyendo los rebaños).

Baste recordar la caída vertical del precio del cobre (de 64 a 48 centavos de dólar por libra) en el mercado mundial, que siguió inmediatamente a la nacionalización y a la maniobra dirigida por las grandes compañías estadounidenses para el embargo del cobre, ahora propiedad del Estado chileno. Baste pensar en el bloqueo del crédito internacional (iniciado con el rechazo por parte del Exim-Bank estadounidense de un crédito ya decidido en favor de Chile por 21 Millones de dólares, el 15 de agosto de 1971) generalizado hasta la denegación de refinanciar su deuda externa y de la concesión de nuevos préstamos. Ciertamente sería bien "ingenuo" esperar del adversario respeto por los principios, los valores, las aspiraciones, de los cuales la Unidad Popular era portadora, en una suerte de duelo leal entre caballeros antiguos. Más bien habría que preguntarse si el gobierno tomó en cuenta de manera adecuada el poder aplastante que la incógnita de la dependencia habría podido jugar, en caso de ser maniobrada despiadadamente —como en realidad ocurrió— por la coalición imperialista-oligárquica, considerando la extrema debilidad de los centros autónomos de acumulación o sea el carácter dependiente de la economía de Chile.

Es un hecho que en 1972 el rebrote de la inflación tuvo consecuencias devastadoras, sea en la esfera psicológica como en la objetiva, sobre todo para las "clases medias", de fuerte peso numérico y cultural —otra peculiaridad de la sociedad chilena— que después de la oscilación a la izquierda de los años anteriores comenzaron a tomar distancias del gobierno (en divergencia siempre más abierta respecto de la movilización social de las masas populares y subproletarias), encabezadas ahora por los gremios de categoría del terciario y de los profesionales liberales que en ellos se habían organizado. En rápida progresión, ellos fueron reabsorbidos por el contrataque del polo oligárquico-imperialista.

Dadas las distorsiones y la dependencia estructural de la economía chilena, dada la inmensa distancia entre la meta de la superación del subdesarrollo y la limitación de los

medios a disposición del gobierno para afrontar la realidad, ¿era inevitable esa divergencia? ¿inevitable que ella se transformase en antagonismo?

Rechazar simplificaciones

Toda simplificación determinista debe ser rechazada. De la esfera de la producción, de la economía, hay que llegar a la esfera más propiamente político-parlamentaria, captando las interacciones, los condicionamientos recíprocos. Aquí surge la pregunta acerca de las relaciones entre la Unidad Popular y el PDC. Este aprobó las medidas fundamentales y estructurales del gobierno en 1971, se alineó con él contra el embargo proclamado por la Kennecott y la Anaconda aún en septiembre de 1972, pero al mismo tiempo utilizó todos los medios para oponerse y debilitarlo, desde el paralizante obstruccionismo parlamentario al desencadenamiento de todos los medios de comunicación de masa que tenía en sus manos, con una ensordecedora campaña de terrorismo ideológico.

El PDC trató de fomentar las desesperadas necesidades de los "marginales"; infló las reivindicaciones económicas de algunos grupos de obreros de las empresas nacionalizadas (¡obviamente!), pero sobre todo movilizó a los colegios profesionales de las "clases medias", en conjunto con el Partido Nacional, con el cual compartía su dirección en la casi totalidad.

El Viraje del centro

El desplazamiento a la derecha del PDC fue determinado entonces por un proceso complicado a lo largo del cual se percibían sus tentativas de confirmar su propia identidad ideal, puntualmente en contradicción con el comportamiento práctico. La continua oscilación entre atisbos de búsqueda de un entendimiento con la Unidad Popular y la decisión de nuevos embates de oposición frontal: así el PDC sufría y, dialécticamente, promovía la orientación de las "clases medias" en la dinámica de la lucha política y de clase durante esos años. En marzo de 1971 el Consejo Nacional del PDC reafirmó solemnemente el carácter "socialista comunitario, pluralista y democrático del partido" renovando la explícita declaración del propio interés en el éxito de la obra del gobierno; un año después, en octubre de 1972, en relación directa con el Partido Nacional, apoya el famoso: "paro general de los camioneros", arma de choque en el ataque a la economía y a la autoridad del Estado.

Son múltiples los factores que jugaron en dicho vuelco, desde la falta de rotura profunda con la derecha al revanchismo de Frei, de la miope ilusión de poder volver a la cumbre del poder, al carácter subalterno respecto del acentuarse de las presiones imperialistas, al prevalecer la línea integralista sobre el "sentido del Estado" (que en cambio en 1969 había alineado a la izquierda en sostén del presidente Frei, con motivo del levantamiento militar). No me corresponde analizar todos estos factores en toda su complejidad y gravedad. Ciertamente pesaron también los errores de la izquierda. Me refiero también a la acción de los grupúsculos de ultraizquierda, bien poca cosa dentro de la amplitud del proceso de reforma que se realizaba en el respeto riguroso de las libertades cívicas y de las leyes vigentes (aun

cuando tales acciones, dilatadas instrumentalmente por la red de comunicaciones de masa produjeron gran confusión en la opinión pública). Pero más perniciosas políticamente fueron las consecuencias que actitudes respecto del PDC, en la espiral de las reacciones emotivas tomaron pie en algunos sectores de la Unidad Popular: rechazo de acuerdos que podían perfilarse (convergiendo paradójicamente en ello con el ultrancismo de la derecha del PDC) según acres teorizaciones que concluían por considerar a la izquierda demócratacristiana como la más peligrosa cobertura ideológica de la coalición oligárquico-imperialista.

En mayo de 1972 Luis Corvalán debió manifestar en una conferencia de prensa de amplia resonancia que "los comunistas no pueden considerar fascistas a los demócratacristianos, ni regalarlos al fascismo".

En este terreno los comunistas estuvieron siempre completamente con Salvador Allende. Creo que se debe recordar su batalla, lúcida hasta el final, en la amargura de no ser comprendido siempre por algunos sectores de la Unidad Popular, por dejar abierta la vía de la reanudación de la alianza político social que solamente habría podido volver irreversible la victoria nacida del entendimiento de septiembre-octubre de 1970, aun cuando sea bajo las tormentosas dificultades de la situación cargada de ambigüedades, de contradicciones, de dilemas desgarradores, así como se había ido perfilando (necesariamente diría, dadas las premisas) en el período sucesivo.

Batalla entretrejada de iniciativas sin interrupción, la de Allende, unida a la inmensa capacidad de sacrificio de los trabajadores, permitió a la Unidad Popular poder salir significativamente de la trinchera en la cual estaba siendo progresivamente constreñida en actitud defensiva, después de las grandes reformas.

Recuerdo, entre todas, el llamado al general Prats y de otros militares constitucionalistas al gobierno, en octubre de 1972, ante el paro de los camioneros. No quiero ni puedo detenerme aquí a discutir si la opinión según la cual las fuerzas armadas chilenas, en cuanto cuerpo que por su propio estrecho profesionalismo debían ser consideradas indefectible garantía del cuadro constitucional, no constituyera un reflejo ideológico de la imagen de dicha institución que la clase dominante había difundido en el modo de pensar del país y también en la izquierda obrera. Tal vez, con ese llamado de los militares al Gobierno, Salvador Allende pensó que ellos podían asumir el rol de suplencia y de garantía respecto de las "clases medias", que la oposición demócratacristiana y reaccionaria estaba movilizándose contra el Estado. Y tal llamado habría tenido probablemente validez estratégica siendo actuado, no ya como expediente de estabilidad temporal hasta las elecciones legislativas del 4 de marzo de 1973, sino como momento de revivir la línea nacional, de alianza democrática, que había constituido el eje de la victoria popular de 1970.

Las elecciones se celebraron dentro del orden. Ellas se caracterizaron por la subida de la Unidad Popular del 36% de 1970 al 44% de la votación: éxito extraordinario alcanzado en las condiciones de hiperinflación (un punto de aumento al día), de la escasez, la bolsa negra, la aguda tensión político-social. El PDC y el PN, concentrados en lista única para arrebatar la mayoría de dos tercios necesaria para derrocar al Presidente, habían fracasado en su objetivo y, juntos, no habían totalizado los votos recogidos tres años antes por Tomic y Alessandri.

Pero el examen analítico del voto demostró cuán pro-

funda y vertical era la división que existía en el país: los barrios proletarios y de pobres habían votado masivamente por la Unidad Popular, los de "clase media", de la oligarquía y la mayoría de las regiones agrarias habían votado por el bloque PDC-PN. Se puso en evidencia así el cerco en torno a la Unidad Popular; el fin del esquema tripolar de la lucha política, pero con la radicalización del centro ya no más en torno de la ilusión reformista de la "revolución en libertad" de 1964, sino bajo la guía de la extrema derecha (interna y exterior al PDC) ya desencadenada para derrocar a Salvador Allende a cualquier precio.

En ese momento sobre la onda del aumento del consenso, ¿habría podido la iniciativa de la Unidad Popular reabrir el juego, despedazar el cerco, consciente también del necesario repliegue para salvar lo esencial? La historia no está escrita con el "si condicional".

En la realidad, no obstante la aspiración de Salvador Allende, los militares debieron dejar el Gobierno; la alta oficialidad reaccionaria se encontró en posición de mayor autoridad respecto de los generales constitucionalistas, mientras la totalidad de los acontecimientos volvió a la institución aún más sensible al chantaje de la derecha, al flagelo de la inflación, a la pérdida de poder por parte del Estado sobre la sociedad civil, atacada de fiebre, atravesada por las correrías y los atentados de las bandas fascistas, siempre reforzadas.

Cuando los generales fueron llamados al gobierno en los meses sucesivos, no habían cambiado ciertamente las intenciones del Presidente y la lealtad de Prats. No se puede decir lo mismo de la ubicación de las fuerzas armadas en el contexto de la crisis, ya galopante hacia el epílogo, y de la relación entre los oficiales constitucionalistas y los golpistas que se enfrentaban más o menos abiertamente dentro de la institución.

El "factor internacional" venía adquiriendo peso siempre más notable. Las relaciones con Cuba seguían fraternales, buenas con Perú, México, Venezuela, Panamá. El provechoso restablecimiento de las relaciones con los países socialistas, desde la URSS a la China, continuaba desde 1970. Pero en 1971 el gobierno progresista de Juan José Torres, después de menos de un año de existencia, había sido ya derribado sangrientamente; en los primeros meses de 1973 la Argentina era presa de la convulsión del retorno de Juan Domingo Perón, el Uruguay se estaba precipitando en la dictadura militar y en el Brasil de entonces la represión no tenía tregua. Y sobre todo, el asedio económico-político de las compañías transnacionales y de los Estados Unidos se estaba volviendo asfixiante, colaborando a la disgregación en marcha de la sociedad chilena.

Los comunistas lanzan y lanzan llamados, reconocen errores de sectarismo cometidos por la Unidad Popular, sostienen la necesidad del diálogo con la DC, para intentar un acuerdo que esboce la reorganización de la economía y salve el cuadro democrático. La mayoría de la dirección del Partido Socialista contraponen en cambio la necesidad de "avanzar sin transigir". Pero los llamados no se traducen en acciones y quien desea avanzar permanece detenido.

El PDC, presa de una avasalladora crisis de identidad, cabalga el tigre de la subversión (mientras los mejores dirigentes de su izquierda, tres años antes mayoritaria y ahora derrotada y en silencio, tratan de tomar contacto con el ala más abierta de la Unidad Popular, con el empeño también del Episcopado chileno, con un método de encuentros privados que ya no tiene incidencia alguna con respecto de la

inminente erupción). El 7 de septiembre Allende denuncia por la radio la amenaza de la guerra civil y llama a todas las fuerzas políticas a un entendimiento para salvar a Chile de la catástrofe.

En noviembre de 1973 en una reunión secreta del PDC, Radomiro Tomic dirá, condenando como injustificable el golpe de estado del 11 de septiembre:

... En Chile no había una tiranía. El Parlamento funcionaba, criticaba y destituía ministros, el poder judicial podía afrontar abiertamente al Ejecutivo y así lo hizo durante meses hasta la caída del gobierno; la prensa, la radio y la televisión de la oposición atacaban al gobierno sin tregua y —como hicieron repetidas veces— podían llegar a promover la movilización contra el gobierno, el levantamiento de las fuerzas armadas. Todo esto ocurría mientras de una parte y de la otra se desgarraba un rosario de injurias, de calumnias; se sucedían huelgas, cierres, ocupaciones, y los desfiles de protesta no eran patrimonio exclusivo de la Unidad Popular sino, sobre todo en los últimos meses, eran aprovechados por parte de grupos y partidos de oposición en forma jamás vista antes en Chile.

Esta es la verdad. Ciertamente la libertad no era amenazada por el gobierno. En cambio, atacado por el enemigo en todos los frentes, extenuado por la iniciativa pasada a manos enemigas, sin interrupción, después de las elecciones de marzo de 1973, ulteriormente debilitado por las divergencias emergidas en su seno, éste había entrado en la etapa de "navegación a vista", perdiendo la dirección de la sociedad chilena.

Pérdida de la hegemonía

La Unidad Popular había perdido la batalla por la hegemonía sobre el proceso de movilización de la sociedad, abierta en septiembre de 1970; el PDC había terminado por reducirse a correa de transmisión de la influencia oligárquico-imperialista sobre las "clases medias".

En el país dividido en dos, el golpe de estado fue la conclusión militar de la contrarrevolución que, bajo la guía de Salvador Allende, la Unidad Popular había resistido por dos años, antes de la derrota política.

El Presidente había tratado de evitar la catástrofe hasta el final, hasta el último milímetro de espacio disponible. Bernardo Leighton, límpida figura de demócratacristiano, quedó sumergido por las convulsiones esquizofrénicas que habían arrastrado a su partido en los últimos meses y dirá en una entrevista ofrecida en Roma, poco tiempo antes de caer gravemente herido, junto a su esposa, por mano de los asesinos venidos de Santiago (los mismos verdugos del compañero socialista Orlando Letelier, en Washington, y del general Prats, en Buenos Aires) el 15 de julio de 1974:

El 11 de septiembre de 1973 se impusieron la furia y la violencia que echaron a tierra la democracia en Chile. Las mentes desesperadas a las cuales les faltó el coraje de contribuir a poner fin o por lo menos a aliviar los graves tormentos del pueblo chileno en el cuadro de la democracia, aplicaron ese día la ley del más fuerte, la ley de la selva. Nosotros, en cambio, que siempre habíamos tenido fe en la eficacia de la razón y de la fraternidad humana estábamos llegando a acuerdos precisos con Salvador Allende, pero esa triste mañana fuimos derrotados. Derrotados, pero no vencidos...

¡Exacto! En "esa triste mañana", Salvador Allende fue asesinado por Judas sin honor ni gloria, capaces solamente de traicionar. Otros fueron los vencidos: los que esperaban

que el gobierno les fuera entregado por parte de las instituciones. En cambio los traidores, derrumbando el sistema político e instaurando su dictadura, por una parte han acabado con las ciegas, mezquinas ilusiones del viejo personal conservador, reaccionario, transformista, por la otra han puesto implacablemente a la luz la esencia de la alternativa que la crisis del Estado liberal hasta 1964 había propuesto al pueblo chileno. O la democracia, de salvar mediante su profunda renovación y esto a través de la unidad del proletariado y su entendimiento con las "clases medias", o el fascismo en versión criolla

La herencia de Allende

¿Cuál es la herencia que Salvador Allende ha entregado a su patria y a todos nosotros?

La herencia ideal, moral y política de Salvador Allende creo que es tan elevada como compleja. Querría individualizar solamente dos aspectos.

El primero concierne a la batalla por la conquista de la soberanía de Chile, que él supo conducir en el terreno del derecho internacional así como con la movilización de las mejores energías chilenas, con inteligencia de la historia, noción de las posibilidades y los límites puestos por las fuerzas en campo, parangonables a la energía de su capacidad de operación.

Recorriendo el texto de sus escritos y discursos, examinando las fórmulas legislativas pertinentes a la nacionalización del cobre, que llevan el sello de sus concepciones, se percibe cuán aguda fue en él la conciencia de que la afirmación del poder del Estado-nación del Tercer Mundo en un sistema internacional que apuntaba —y apunta— a situarse más allá de las soberanías nacionales (sobre todo a través de la expansión de las sociedades transnacionales) debía ocurrir con el nacimiento de nuevas normas de derecho internacional contextuales al ejercicio pleno del derecho del Estado a las propias riquezas, sus propios recursos: manifestación primera de la soberanía nacional.

Hay que releer el discurso pronunciado por Salvador Allende en la tribuna de las Naciones Unidas el 4 de diciem-

bre de 1972, que ha quedado como uno de los momentos más altos de la historia de la ONU, por el respiro universal de aquella exposición, por el calor de la interminable manifestación de aplauso y de consenso que saludó a las conclusiones.

... Debíamos acabar con la situación de que nosotros, los chilenos, debatiéndonos contra la pobreza y el estancamiento, tuviéramos que exportar enormes sumas de capital, en beneficio de la más poderosa economía de mercado del mundo. La nacionalización de los recursos básicos constituía una reivindicación histórica. Nuestra economía no podía tolerar por más tiempo la subordinación que implicaba tener más del 80% de sus exportaciones en manos de un reducido grupo de grandes compañías extranjeras, que siempre han antepuesto sus intereses a las necesidades de los países en los cuales lucran... El cambio de la estructura del poder que estamos llevando a cabo, el progresivo papel de dirección que en ella asumen los trabajadores, la recuperación nacional de las riquezas básicas, la liberación de nuestra patria de la subordinación a las potencias extranjeras, son la culminación de un largo proceso histórico. Del esfuerzo por imponer las libertades políticas y sociales, de la heroica lucha de varias generaciones de obreros y campesinos por organizarse como fuerza social... Hemos nacionalizado las riquezas básicas. Hemos nacionalizado el cobre... Queremos que todo el mundo lo entienda claramente; no hemos confiscado las empresas extranjeras de la gran minería del cobre. Eso sí, de acuerdo con disposiciones constitucionales, reparamos una injusticia histórica, al deducir de la indemnización las utilidades por ellas percibidas más allá de un 12% anual, a partir de 1955. Las utilidades que habían obtenido en el transcurso de los últimos quince años algunas de las empresas nacionalizadas eran tan exorbitantes que, al aplicársele como límite la utilidad razonable del 12% anual, esas empresas fueron afectadas por deducciones de significación.

Tal es el caso, por ejemplo, de una filial de Anaconda Company, que entre 1955 y 1970, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 21.5% anual sobre su valor de libro, mientras las utilidades de Anaconda en otros países alcanzaban solo un 3.6% al año. Esta es la situación de una filial de Kennecott Copper Corporation que en el mismo período obtuvo en Chile una utilidad promedio del 52% anual... El promedio de las utilidades de Kennecott en otros países alcanzaba, en la misma época, a menos del 10% anual... Cabe destacar que en los años inmediatamente anteriores a la nacionalización, las

L'Unità

Giornale
del Partito
comunista
italiano

grandes empresas del cobre habían iniciado planes de expansión los que en gran medida han fracasado, y para los cuales no aportaron recursos propios, no obstante las grandes utilidades que percibían, y que financiaron a través de créditos externos. De acuerdo con las disposiciones legales, el Estado chileno ha debido hacerse cargo de esas deudas, las que ascienden a la enorme cifra de más de 727 millones de dólares. Hemos empezado a pagar incluso deudas que una de estas empresas había contratado con Kennecott, su compañía matriz en Estados Unidos. Estas mismas empresas, que explotaron el cobre chileno durante muchos años, sólo en los últimos cuarenta y dos años se llevaron en ese lapso más de cuatro mil millones de dólares de utilidades, en circunstancias que su inversión inicial no subió de treinta millones... Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra, sin bandera, con armas poderosas... Su influencia y su campo de acción están trastocando las prácticas tradicionales del comercio entre los Estados, de transferencia tecnológica, de transmisión de recursos entre las naciones y las relaciones laborales. Estamos ante un verdadero conflicto frontal entre las grandes corporaciones transnacionales y los estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales —políticas, económicas y militares— por organizaciones globales que no dependen de ningún Estado y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún parlamento, por ninguna institución representativa del interés colectivo. En una palabra, es toda la estructura política del mundo la que está siendo socavada... El portavoz del Grupo Africano, al anunciar en la Junta de Comercio y Desarrollo, hace algunas semanas, la posición de estos países frente a la denuncia que hizo Chile por la agresión de la Kennecott Copper, declaró que su Grupo se solidarizaba plenamente con Chile, porque no se trataba de una cuestión que afectara sólo a una nación, sino que potencialmente a todo el mundo en desarrollo. Esas palabras tienen un gran valor, porque significan el reconocimiento de todo un continente, de que a través del caso chileno está planteada una nueva etapa de la batalla entre el imperialismo y los países débiles del Tercer Mundo. La batalla por la defensa de los recursos naturales es parte de la que libran los países del Tercer Mundo para vencer el subdesarrollo.

En esa lucha, él, su gobierno, su patria quedaron derrotados. La derrota, no vale esconderlo, fue tremenda, y sin embargo, fue derrota en la inmediatez de la lucha en la cual los gigantes tuvieron a su lado la razón de la fuerza más despiadada: pero las ideas y los logros que Salvador Allende expuso desde la tribuna de la ONU ¡qué camino han recorrido en lo más profundo de las relaciones económicas y políticas internacionales y en el escenario del mundo contemporáneo!

Merece recordarse lo siguiente: en septiembre de 1973, cuando él cayera asesinado en Santiago de Chile, la 4a. Conferencia cumbre del Movimiento de los Países No Alineados adoptó en Alger la plataforma que constituiría el gran instrumento para la acción de la OPEP; el 12 de diciembre de 1974 la Asamblea General de la ONU votó la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados (mérito histórico de México, sobre todo, que lo asumió como tarea propia y fundamental); el 12 de octubre de 1979, desde la misma tribuna de Naciones Unidas, el presidente del Movimiento de los Países No Alineados, que algunas semanas antes había celebrado su 6a. Cumbre, el compañero Fidel Castro, expuso el balance de las innumerables necesidades, de las tempestades enfrentadas pero también de los triunfos logrados por el Tercer Mundo, que en la década de los 70 ha subido definitivamente al escenario entre los que protagonizan la historia universal.

Ahora bien, en esa plataforma, en la "Carta" y en el ba-

lance del Tercer Mundo, se percibe también la huella dejada por el pensamiento y la obra del pueblo chileno tal como quedaron expresados por el Presidente Allende, con su línea ganadora en el plano histórico —pese a la derrota en lo inmediato— en defensa de la soberanía nacional, para el rescate de los continentes ex coloniales.

Por otro lado, en el "Informe de la Comisión Independiente" sobre los problemas del desarrollo que presidiera Willy Brandt, se puede apreciar cuánto la inspiración de Salvador Allende ha penetrado en la reflexión que las mentes más esclarecidas del occidente capitalista están desarrollando hoy en día alrededor de las exigencias que hay que enfrentar orgánicamente para alcanzar la liberación de los pueblos, del atraso, del hambre, de la vieja y nueva dependencia.

Hoy, en estos mismos días, la comunidad internacional en su foro más representativo —la ONU— está debatiendo el tema de la estrategia para la "Tercera década del desarrollo", mientras el horizonte mundial está cargado de tensiones, de nubes que amenazan el porvenir de la humanidad. La lucha para el desarme y la lucha para el desarrollo —en su más amplia significación— aparecen y son los momentos, los rieles esenciales de cara a la perspectiva de la superación de la crisis actual, camino de la coexistencia y de la paz.

Reclamos del Tercer Mundo

En lo que se refiere al desarrollo del Tercer Mundo, se trata de conquistar relaciones de igualdad con los países de adelantada industrialización y con los países socialistas, que permitan negociaciones equilibradas y un reparto también equilibrado de las ventajas que de cada acuerdo se derivan.

Se trata de definir reglas comunes que tomen en cuenta efectivamente el *handicap* inicial del que adolecen los países más débiles que no disponen, de partida, del potencial tecnológico, financiero, administrativo —y muchas veces ni de recursos naturales, siquiera— para negociar sobre una base de igualdad con los *partners* más poderosos.

En una palabra, la lucha de hoy es para la realización procesal de un nuevo ordenamiento mundial fundado en la cooperación paritaria, como condición y marco referencial para el desarrollo económico del Tercer Mundo. Lucha notable, hay que estar plenamente conscientes de eso, que no admite alternativas que no sean catastróficas: ella supone grandes movimientos de masas, decisiones responsables de Estados —empezando por los más poderosos— y el desplegar de ideas de contenido universal, que no se queden sin embargo en la esfera flotante de las promesas y de las intenciones, sino que cristalicen en debates definidos, en soluciones específicas que tengan fuerza de normativa jurídica internacional.

Uno de estos debates que se están desarrollando en la actualidad, atañe a la definición de la noción de "justo precio" y de "justo provecho", esencial para la finalización del Código de conducta de las compañías transnacionales que debería constituir uno de los cimientos del nuevo orden económico y político mundial.

Ahora bien, fue mérito precioso de Salvador Allende, a la cabeza del gobierno de la Unidad Popular, el haber abstraído por primera vez la noción de "justo provecho" del

contexto ético-religioso medieval, precapitalístico, en que nació, para instalarlo como principio jurídico internacional: con la ley de nacionalización del cobre chileno que fija en el 12% anual los márgenes de provecho reconocido a las compañías que habían explotado las minas, sustrayendo de la indemnización debida a raíz de la nacionalización, lo que ellas habían percibido más allá de ese *plafond* (individualizado de acuerdo con cálculos económicos por que no hay por qué mencionar aquí).

De ahí uno de los aspectos de la herencia viva que Salvador Allende nos ha entregado. Y otro, de valor inconmensurable, también. He dicho que en septiembre-octubre de 1970, al ser elegido Presidente de Chile, Salvador Allende asumió un papel bivalente.

Por un lado él debía ser el supremo garante de la "legalidad" vigente; por otro, él era el líder del movimiento popular encaminado a cambiar de raíz esa legalidad.

He añadido que esa contradicción objetiva pudo haberse superado en la medida en que la Unidad Popular hubiese hecho más sólida y estable la alianza social y política entre pobres, proletariado, capas medias, en la actuación del programa de renovación nacional. No lo logró, sobre todo a raíz del poder agobiante del enemigo y también porque, bajo el peso de su ataque, perdió el sentido del camino unitario que le había permitido alcanzar el gobierno.

Salvador Allende murió ejerciendo su papel de magistrado supremo de una legalidad pisoteada por traidores, por fascistas; luchando con el valor de un joven soldado de la revolución de un peón de Emiliano Zapata, de un guerrillero de la Sierra Maestra: magistrado y soldado de la democracia.

He allí el mensaje de consecuencia intelectual, ética, política que sigue manando desde aquella "triste mañana": aquí está en primer lugar la explicación de las razones profundas por las cuales, diez años después de su elección, siete años después de su asesinato —en un mundo en que todo parece destefnirse a raíz de la sucesión de los acontecimientos cada vez más convulsa, de la presión de los massmedia, de la explosión de "grandes cinismos"— el nombre de Salvador Allende sigue alentando la misma emoción, sigue solicitando viva e incesante la solidaridad con el pueblo chileno y el rechazo de la acomodación con los asesinos.

Verdad que su muerte mereció por parte de Henry Kissinger el comentario: "América Latina ha sido refrigerada", que nos libra de todo comentario.

Sin embargo, un peso moral infinitamente superior tiene la ruptura de las relaciones que el presidente López Portillo, con decisión digna de la historia de México, quiso reiterar años atrás respecto de los predones que ocupan el poder en Santiago de Chile.

El comentarista malévolo podría insinuar que tal ruptura corresponde a la amistad que Salvador Allende supo ganarse en México. En realidad, en su discurso en las Naciones Unidas que citamos con anterioridad, dijo:

... es imposible describir el apoyo profundo, firme afectuoso que me han brindado el gobierno y el pueblo mexicano. He recibido tales demostraciones de solidaridad por parte del presidente Echeverría, del Parlamento, de las universidades y sobre todo del pueblo que sigo todavía afectado y emocionado.

El mismo comentarista podría argumentar sobre la inexistencia de relaciones diplomáticas entre Italia y Chile (cuestión que hace honor a la República Italiana nacida de la Resistencia) y que ese estado de cosas se debe a la fuer-



za de la izquierda obrera, laica y católica de mi país. Y todo esto es indudablemente cierto. Pero ¿qué decir de la afrenta hecha por el Presidente de Filipinas hace pocos meses al Presidente-traidor de Chile, devuelto a casa sin ser siquiera recibido? ¿No ha sido esa una prueba concluyente — otorgada por un bando más allá de toda sospecha — de la fuerza de la herencia que Salvador Allende ha dejado y, de otra parte, del aislamiento ignominioso del régimen actual, sobre el cual deberían reflexionar los hombres de las fuerzas armadas chilenas realmente preocupados del interés nacional?

Chile dominado por la regresión

Lo se bien yo, y la emoción y la esperanza no deben atenuar ese juicio, que el camino de la vuelta a la democracia en Chile será una tarea probablemente larga, y ciertamente, no fácil.

El país está dominado por la regresión; ingresan capitales extranjeros; se moderniza tal o cual estructura productiva. A pesar de la protesta del cardenal Silva Henríquez, la única voz que puede hablar a nombre de quienes fueron y son obligados a sufrir en silencio, a pesar de la oposición y de la resistencia de las fuerzas que rechazan la rendición y que, desafiando la represión más dura, mantienen encendida en las vanguardias la voluntad de cambio, el país parece haber vuelto a los años posteriores a la "contrarrevolución oligárquica", cuando, después de la muerte del presidente Balmaceda, el banquero E. Matte, en 1892, podía escribir en el diario *El Pueblo*: "los patrones de Chile somos nosotros, los patrones del capital y de la tierra; los demás son masa influenciada y vendible, que no cuenta ni como opinión ni como prestigio".

Pero el mundo moderno es atravesado por las tres revoluciones: la nacional, la social, la tecnológica; a pesar de las tensiones y de las amenazas a la paz, las fuerzas que trabajan por la soberanía, la justicia, la cooperación paritaria entre los Estados, pueden prevalecer. También en Chile, como en América Latina, donde a pesar de la resaca de los años 70, a pesar de la permanencia de tantos regímenes abominables, los cambios de signo positivo continúan abriéndose camino, muchas veces por caminos desconocidos, sorprendentes por su misma originalidad.

Son caminos siempre duros para los pueblos que los protagonizan, sembrados de mártires, de hombres ilustres como Salvador Allende, como Ernesto Guevara, como el general Juan José Torres, como Héctor Gutiérrez Ruíz, presidente de la Cámara de Diputados de Uruguay, como el obispo Arnulfo Romero, o menos conocidos e ignorados co-

mo las decenas y decenas de miles de campesinos, obreros, estudiantes, intelectuales, soldados, sacerdotes, políticos, periodistas que en estos últimos años han caído en América Latina. Cada uno alimentando el sacrificio del otro y, juntos, la incansable movilización de los pueblos.

Una italiana, Anna Borhini, viuda del alcalde de la ciudad de Guatemala, el social demócrata Emanuel Colón Argueta, asesinado el año pasado por un homicida a sueldo de la reacción desencadenada en ese país, vuelta a Florencia, su ciudad natal, fue elegida regidora por el P. C. I. en las elecciones administrativas de junio pasado. Los compañeros de nuestra organización en Florencia nos cuentan cómo ella recuerda frecuentemente que uno de los factores que más influyeron en su esposo para asumir posiciones de lucha abierta contra las tiranías fue, precisamente, la reflexión sobre el ejemplo que Salvador Allende había dado a cada ciudadano de América Latina.

¿No se percibe acaso en el sustrato ideológico de los combatientes que hace un año derrocaron en Nicaragua la satrapía de los Somoza y que hoy guían su patria en pluralismo y libertad hacia la reconstrucción y la realización de un destino digno para su pueblo, junto a la gran estampa de César Augusto Sandino, la enseñanza específica del pensamiento de Salvador Allende, además del fermento de su ejemplo moral?

Por otra parte, querido senador Miranda, junto con agradecerle sinceramente el que haya pedido este testimonio, así como también a la editorial que lo publicará, yo querría hacer una última consideración.

El diario francés *Le Monde*, en un servicio del 5 de julio desde Sao Paulo, Brasil, refiriéndose al encuentro entre Juan Pablo II y la enorme multitud reunida para saludarlo, más de un millón de ciudadanos, señala que entre los slogans predominantes en la manifestación se veía aquel que fue bandera de las esperanzas chilenas: "El pueblo unido jamás será vencido".

Salvador Allende y sus compañeros no lograron traducirlo en la realidad, pero sirviéndolo con todas sus fuerzas, hasta la muerte, no solamente rindieron un trágico testimonio de su verdad, sino que lo escribieron, indeleble, en el ánimo de las masas, lo sembraron en la corriente viva de la historia. Antes que nada de América Latina.

De tal modo que hoy, recordando a Salvador Allende, creo se puede repetir lo que Pablo Neruda escribió a la muerte de Jose Carlos Mariátegui, el genial pensador marxista peruano: sentimos que Salvador Allende no es una memoria, sino "presencia invisible", presencia operante en nuestras conciencias y en la realidad del proceso histórico contemporáneo.

ALLENDE DESDE NICARAGUA

Tomás Borge. Fundador del Frente Sandinista. Ministro del Interior del Gobierno de Nicaragua. Escritor.



Septiembre de 1973 será recordado por todos los pueblos de América Latina como la versión andina de "la noche de los cuchillos largos". Porque en ese mes fueron asesinados las esperanzas de un pueblo. Pero también será recordado como el mes de las grandes lecciones, la efeméride de la luz, porque de las sombras de la traición brotó el rayo que iluminó el camino que sin duda habrá de conducir a nuestros pueblos a la victoria final.

La Revolución Sandinista fue protagonista y legataria del ejemplo del compañero Allende, inmolado de pie por las mismas balas asesinas que masacraron al pueblo nicaragüense, después de su vibrante llamado a la conciencia de los pueblos oprimidos. Su mensaje, arropado con la misma bandera de nuestros máximos próceres antimperialistas, como Andrés Castro, Benjamín Zeledón y Augusto César San-

dino, repercute con eco de campanas en todo lo ancho y largo de nuestra tierra, donde los hijos de Sandino, fusil en mano, abrimos el surco del porvenir de nuestra patria. Y sabemos, recordamos bien, que el mensaje póstumo de Allende fue como una voz de mando.

Allende, como Sandino y Carlos Fonseca, es de los muertos que nunca mueren. Porque su lucha y su pensamiento pasaron a formar parte del arsenal de la libertad de nuestros pueblos; y su sangre, sangre fecunda de héroes inmortales, está germinando en millones de árboles que crecen como puños.

Evocar la figura vertical del compañero Allende, desde el amanecer a una Nicaragua Libre, es para nosotros el mejor homenaje que podemos rendirle en el décimo aniversario de su elección como Presidente de Chile.

Allende visto por sus contemporáneos. Casa de Chile. México, 1983.



Така се пише първата
страница на тази исто-
рия. Моят шрапел и Ла-
тинска Америка ще
намерят оставателно

САЛВАДОР АЛЕНДЕ
11 декември 1973

ЩЕ ПОБЕДИ

ALLENDE, MURIO COMO VIVIO

Cuauhtémoc Cárdenas. Ingeniero. Ex-Gobernador del Estado de Michoacán y candidato a la Presidencia de la República por el Frente Democrático Nacional.



Se cumplen hoy 70 años del nacimiento de Salvador Allende, militante por excelencia de las causas populares de Chile y de la humanidad.

Sus innumerables enseñanzas, las lecciones que nos da su vida, hoy nos sirven como ejemplo y guía para continuar la tarea emancipadora en estas tierras latinoamericanas.

Con pasión y entrega plena se lanzó, desde muy joven a luchar por la liberación de su pueblo y de su patria, con clara comprensión de que al luchar por Chile lo hacía no sólo por su gente y por su tierra, sino por todos los pueblos y las naciones oprimidas y explotadas; con la clara comprensión de que luchaba por edificar una sociedad justa, libre y solidaria, contribuyendo así a conformar un mundo integralmente mejor. Sintió como propias las injusticias sufridas por los demás: por los chilenos y por otros países, y sólo así se explica la entrega que hace de su persona a las causas en las que creía, las que defendió y por las cuales luchó, y su capacidad y sensibilidad para interpretar y abanderar el sentir y los ideales de su pueblo.

Inicia sus actividades políticas como estudiante. Consolida su formación oponiéndose y combatiendo la dictadura de Ibáñez y participa con decisión en las ilusiones, en el profundo humanismo, en la entrega generosa de aquel intento por hacer surgir en nuestro continente una República Socialista, que se mantuvo durante doce días en junio de 1932, movimiento político que planteó las grandes reivindicaciones del pueblo Chileno: reforma agraria, nacionalización de las explotaciones de salitre, pleno empleo, control del comercio...

Esa República fue vencida como régimen de gobierno, pero ella constituye la semilla que fructificó en las organizaciones populares y en la ideología reivindicadora, democrática y universalista del Chile combativo de hoy.

Allende se incorpora desde un principio al Partido Socialista y como miembro del mismo, apoyado por el partido o por coaliciones en las que participa, es electo, a lo largo de tres décadas, diputado y senador en repetidas ocasiones. Llega a representar así, prácticamente, a todo Chile. En 1939 forma parte, como Ministro de Salud, del Gobierno del Frente Popular que encabezara Pedro Aguirre Cerda. En cuatro elecciones se presenta como candidato a

Discurso en homenaje a Salvador Allende. 26-VI-1978. Auditorio Jaime Torres Bodet. México, DF.



"Sus armas fueron la ley, el respeto al compromiso contraído con el pueblo Chileno, su valor personal y sus profundas convicciones democráticas".

la Presidencia: 1952, 1958, 1964 y 1970, y el 4 de septiembre de ese año, su pueblo lo elige Presidente de Chile, al respaldar con el voto el programa de la Unidad Popular.

Empieza ese día una de las más fructíferas experiencias para los pueblos del mundo, una etapa de reivindicaciones nacionales y populares para Chile, en la que se hacen realidad viejas aspiraciones y se ven surgir formas nuevas de vida, de organización, de participación en el modelado de una democracia, de una sociedad y una nación libres y soberanas.

Al tomar posesión de la Presidencia el 5 de noviembre de 1970, expresaba:

...Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos.

Lo asume para orientar el país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases...

Hacia la consecución de estos objetivos se orientan la acción de la Unidad Popular, del Gobierno y del Presidente de Chile.

Desde que apuntó la posibilidad de que Salvador Allende llegara a la Presidencia de la República (en 1964 y con mucha mayor intensidad a partir de septiembre de 1970), comenzaron las maniobras del imperialismo, alentadas y secundadas por la reacción local, primero, para impedir que el movimiento popular triunfara en las elecciones, después para que el Presidente Electo no asumiera el cargo, más tarde, para buscar por todos los medios obstaculizar al gobierno y llegar a su derrocamiento.

Latinoamérica, en su vida independiente, ha sufrido numerosas intervenciones y agresiones de los poderes coloniales e imperialistas. Ha habido intervenciones abiertas y solapadas; ocupaciones militares e imposición de gobiernos entreguistas y dependientes; han intervenido gobiernos y consorcios económicos extranjeros en la vida política de nuestros pueblos.

Por otra parte, la historia del continente muestra también los casos de partidos y grupos de nuestros países que llamaron y se entregaron al extranjero para mantener privilegios, oprimir y explotar, sirviendo así y proporcionando beneficios mayores a la metrópoli colonial o al imperialismo, y recibiendo lo que estos quisieron dejarles como pago a los crímenes de lesa patria.

Todas las formas de intervención, de incumplimiento de las normas del derecho internacional, de violación a los principios de la constitución y las leyes de Chile, de cesión de soberanía, de deslealtad y traición, de falta a la palabra empeñada, hacen presencia para derrocar al Gobierno, de la Unidad Popular y la reacción alcanza el éxito el 11 de septiembre de 1973.

Los militares golpistas, la reacción extrema y el imperialismo norteamericano bañan con la sangre de los patriotas las ciudades y los campos de Chile. El régimen militar instaura la guerra contra el pueblo; paga y premia al imperialismo y a la reacción acordándoles nuevos y mayores beneficios, producto de la opresión y la expropiación; restaura los privilegios de minorías; anula el progreso y el desenvolvimiento de la cultura.

Ese 11 de septiembre muere heroicamente Salvador Allende; muere tal como vivió: consecuente consigo mismo; haciendo congruentes las ideas con las acciones.

Ese día, empieza, inducida sin duda también por los intereses imperialistas, una discusión: si había contradicciones en el seno de la Unidad Popular y si fueron éstas las que condujeron a la caída del régimen, si los cambios se hicieron demasiado pronto o a un ritmo muy rápido, que por qué no se armó al pueblo, que si ante el supuesto desorden era indispensable la toma del poder por los jefes de las fuerzas armadas...

A veces se olvida o quiere olvidarse que junto a todo esto que quiere discutirse, había una intensa y activa oposición del imperialismo y la reacción, una acción muy consecuente con su finalidad de impedir todo avance democrático y popular a cualquier costo; una oposición contradictoria y confusa en los principios sostenidos, cambiantes de un día a otro de un instante al siguiente, justificados únicamente por el utilitario fin perseguido; acciones ajenas a todo derecho, extrañas a todo sentimiento humano y carentes de toda moral. Quiere olvidarse que había intereses ilegítimos, que si algo no resistían era el avance y la imposición de la legalidad.

Salvador Allende tuvo siempre una clara comprensión del contexto político en el que actuaba, de los intereses en juego, de la importancia relativa de las fuerzas de apoyo y de la oposición, y de las posibilidades de acción.

Sus armas fueron la ley, el respeto al compromiso contraído con el pueblo Chileno, su valor personal y sus profundas convicciones democráticas. Sabía que de transgredir él la ley, se rompería desfavorablemente el equilibrio de fuerzas que había logrado establecerse. Sabía también que un ejército que no había surgido de una revolución o de un movimiento popular, sino que se había preparado para sostener regímenes antidemocráticos y entrenado en la represión del pueblo, difícilmente, en el corto plazo, podría cambiar sus convicciones y su postura política; que si tradicionalmente sólo los jefes participaban en la vida política, aunque pudieran mantenerse ajenos a los procesos electorales, difícilmente permitirían que la tropa, el soldado que puede ser pueblo, recuperara derechos políticos y participara, fuera de su compromiso de obediencia al superior jerárquico, en el sitio al que lo llevaran sus convicciones e ideología.

La reacción llamó desesperada y se entregó aún más al imperialismo, cuando confirmó que por primera vez en Chile, el Gobierno cumplía con el compromiso contraído con el pueblo, cuando las estructuras del sistema político y económico empezaron a transformarse y los privilegios comenzaron a desaparecer.

La experiencia de la Unidad Popular, experiencia de un cambio radical que se originó en un proceso electoral, democrático y constitucional, fue posible gracias a la decisión, a las capacidades, habilidad y la fuerza moral de Salvador Allende.

Es el ensayo de un pueblo políticamente avanzado, que tiene un logro y una enseñanza fundamentales: que el pueblo de Chile conoció y conoce ya lo que es vivir con libertad y practicar la democracia; sabe lo que puede lograr la unidad y el esfuerzo conjunto; como nación ejerció su soberanía. Ese aprendizaje está en las conciencias y en las voluntades de la gente, que sabe que puede y tiene que hacerse de nuevo dueña de sus destinos, que debe recuperar su patria. Ahí está la fuerza mayor y la mejor garantía de que en Chile se restaurarán las libertades y la democracia.

A lo largo del Gobierno de la Unidad Popular y en los prolegómenos y con el golpe militar mismo, el mundo com-

probó una vez más, de lo que es capaz un pueblo decidido a triunfar y también confirmó su conocimiento de los extremos y excesos a los que pueden llegar las fuerzas de la reacción y los intereses de la explotación para no ver disminuidas sus situaciones de lucro y de privilegio.

Por eso es que tienen vigencia —expresó el Presidente Allende en México—, sabiendo quienes son nuestros enemigos y nuestros amigos, las palabras que anticipó Juárez: el triunfo de la reacción es moralmente imposible.

Salvador Allende se cuenta entre los grandes latinoamericanos y entre los grandes de la humanidad.

Recordarlo aquí no sería válido, si ese recuerdo no va acompañado de una militancia efectiva en favor de las causas que él defendió y por las cuales luchó.

Las causas de los pueblos necesariamente triunfan y la humanidad progresa, así sea a costa de dolorosos sacrificios y de superar dificultades enormes. Allende, siempre, invariablemente, tuvo confianza en su causa y en su gente.

El 11 de septiembre trágico, al defender la razón con las armas en la mano, desde La Moneda expresó esas palabras que todos nosotros llevamos bien grabadas en mente y corazón:

Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor
¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!



EVOCACION DE SALVADOR ALLENDE

José Pedro Cardoso. Figura histórica del socialismo uruguayo, Senador y actual Presidente del PSU.



Conocí a Salvador Allende cuando era Ministro de Salud Pública del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, en ocasión de haber concurrido, en representación del Partido Socialista del Uruguay, a un congreso de partidos socialistas realizado en Santiago.

Teniendo en cuenta mi condición de médico, entonces en plena actividad, Allende me condujo a visitar algunos establecimientos asistenciales y otras dependencias del Ministerio a su cargo. El objeto principal de sus preocupaciones era la protección —asistencial técnica y social— de lo que llamaba “el binomio madre-hijo”.

Desde entonces quedó establecida una vinculación personal y política que nunca se interrumpió. El venía periódicamente a Montevideo. Durante su presidencia lo visité varias veces.

En esas visitas encontré siempre al mismo socialista que conocí como Ministro de Salud Pública, al mismo Allende que visitaba nuestra *Casa del Pueblo* en sus estadías en Montevideo para conversar con los compañeros uruguayos sobre cuestiones de Chile, de Uruguay y del

Colaboración especial para el *Archivo Salvador Allende*. Montevideo, 21-I-1985.

mundo. Era el mismo Allende que concurrió a aquella reunión que, como réplica independentista, antimperialista, a la reunión de Presidentes de países con distintos regímenes de gobierno, se había realizado en Punta del Este, en cuya oportunidad dictó, integrando la réplica una memorable conferencia en el paraninfo de la Universidad de la República; en fin, el mismo militante socialista que, como Presidente de Chile, actuaba con la estatura de un estadista revolucionario.

Evocando su obra y su holocausto, vivamente presente en nuestras conciencias a través de más de once años de regresión y oscurantismo en su patria y en la mía, surge, cada día con más claridad, junto a las grandes realizaciones de su gobierno, su irrevocable vocación latinoamericana, su solidaridad con los pueblos que levanten banderas de liberación, su decisión de ofrendarlo todo en la defensa de un Chile libre de opresiones y dominios en un Continente también liberado.

Pensando en la profunda significación histórica de su acción como conductor político, en sus realizaciones como gobernante socialista, en el drama aleccionante de su definitivo sacrificio, he dicho ya varias veces, aquí en el Uru-



“Llegará el día en que los socialistas de este continente o los pueblos latinoamericanos en su conjunto, levanten en suelo chileno el monumento a Salvador Allende”.

guay y en otros lugares de América Latina, que llegará el día en que los socialistas de este Continente o los pueblos latinoamericanos en su conjunto, levanten en suelo chileno el monumento a Salvador Allende.

Cuando el gobierno de la *Unidad Popular* presidido por él comenzaba, por ejemplo, su vasto plan de viviendas, cuando impulsaba la reforma agraria, cuando expropiaba monopolios, cuando nacionalizaba el cobre, cuando daba al crédito un sentido social, cuando elevaba el poder adquisitivo del pueblo, estaba llevando adelante, en poco tiempo, hasta que llegaron la agresión externa y la traición interna, una obra, la primera etapa de una obra, que era trascendente para la vida institucional, política y social de Chile y que

ofrecía a nuestros pueblos la visión real de un camino hacia la construcción socialista.

Creo que pronto podremos comenzar la campaña para la erección del monumento a Allende, en tierra chilena, porque no pasará mucho tiempo sin que caiga la dictadura que comenzó matando a Allende, para matar luego las libertades y los derechos del hermano pueblo chileno.

Al dar perennidad a su lucha y a su siembra estaremos nosotros sembrando la misma semilla, que está germinando de nuevo en el surco fecundo de la conciencia obrera y popular de Chile.

Es la misma semilla que está brotando, y crece ya, en la vasta extensión de nuestra América irredenta.



Presidente Allende junto a indígenas andinos del norte.

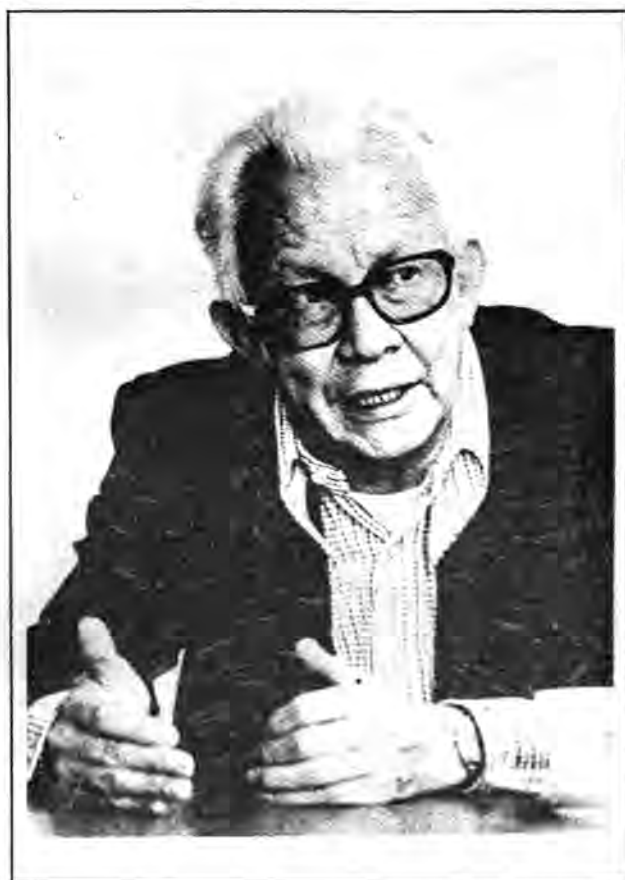


EL PUEBLO CHILENO APLASTARA AL FASCISMO" "THE CHILEAN PEOPLE WILL SMASH FASCISM"
LE PEUPLE CHILIEN ECRASERA LE FASCISME" معب الشعبيلن سحقم الفاشية



ALLENDE Y EL COLONIALISMO IDEOLOGICO

Heberto Castillo. Ingeniero, diputado, destacada figura del Partido Mexicano Socialista.



¿Qué ofrecemos desde la izquierda a la mayoría de la población? ¿Qué a la clase media, tan abundante y activa?

La izquierda debe romper enajenaciones. Tenemos que luchar contra el colonialismo ideológico que padecemos. Esta demanda la lancé hace 20 años en La Habana, en la Tricontinental. Encontré eco. Salvador Allende, esa figura legendaria, fue el único hombre de prestigio en la izquierda latinoamericana que desde posiciones no guerrilleras se levantó en apoyo de lo que yo afirmaba en el piso 20 del hotel Habana Libre ante la hostilidad de las fuerzas comunistas de América Latina allí reunidas. Luis Augusto Turcios, el héroe guerrillero de Guatemala, apoyó también. Chedi Yagan, de la entonces Guyana Inglesa firmó, con Salvador Allende y el que estas líneas escribe, una propuesta para que se creara la Organización Latinoamericana de Solidaridad. Mis argumentos para convencerlos de la necesidad de ella nacían de mi contacto con Lázaro Cárdenas. Llevé en esa

ocasión una carta de Cárdenas a Fidel Castro. Antes había charlado largamente con el patricio mexicano de este siglo.

Argumenté entonces que la Organización Latinoamericana de Solidaridad debería aceptar a todos los latinoamericanos dispuestos a luchar por conquistar el dominio de la economía de nuestros territorios para ejercer nuestra soberanía nacional plena. Debían participar allí comunistas, socialistas, liberales, católicos progresistas y todos los que consideraran necesario expulsar al extranjero de nuestra gran patria, la América que decía Bolívar. Llovieron epítetos sobre mi persona durante varias horas en ese vigésimo piso del Habana Libre. Revisionista, pequeño burgués, fue lo menos que me dijeron. Agente del imperialismo fue lo más duro. Salvador Allende hizo una hermosa intervención. Tal vez conserven allá su grabación.



EL MAS ALTO EJEMPLO DE HEROISMO

Fidel Castro. Presidente del Consejo de Estado y Primer Ministro de Cuba.



No vamos a disputar por las banderas. Esta es la única vez en que las banderas se pliegan por mandato del pueblo.

Este aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución se ha dedicado al recuerdo del presidente Allende y a la solidaridad con el pueblo de Chile. Y nuestro pueblo, expresando su profundo afecto al presidente Allende y su profundo espíritu revolucionario, ha respondido colmando esta plaza en número superior a ninguna otra concentración anterior.

Hace apenas diez meses, el 13 de diciembre de 1972, en esta misma plaza nuestro pueblo tuvo el último encuentro con el presidente Allende. Cientos de miles de cubanos se reunieron con él en esta plaza para escuchar sus magníficas palabras y para expresar nuestra confianza, nuestras simpatías y nuestro apoyo al presidente Allende y al proceso revolucionario de Chile para expresar nuestra decisión de apoyarlo en la medida de nuestras fuerzas, demostrada, en aquella ocasión con un gesto que nosotros sabemos que caló profundamente en el corazón del Presidente Allende,

que fue aquella decisión de quitarnos un poco de nuestro propio alimento para enviárselo al pueblo chileno.

Recordamos cuán feliz se sentía el presidente en aquellos breves días en que nos visitó, porque se sentía entre amigos, se sentía entre verdaderos hermanos, se sentía en familia.

Profunda impresión le causó aquel recibimiento multitudinario, a pesar de la hora, a pesar de que el pueblo se había movilizadado para recibirlo por la mañana, cambió la hora de llegada, y aún de noche las calles de nuestra ciudad se llenaron del entusiasmo de nuestros hombres y mujeres para recibirlo, para saludarlo y para vitorearlo.

Podríamos decir que en los tres años de intenso esfuerzo, de gran tensión, en el gobierno, aquellos tres o cuatro días fueron para él como un sedativo. Y todos recordamos cómo en aquella visita, en su carácter de presidente de la República de Chile, no olvidó a nadie, no dejó de visitar a ningún amigo. Hombre profundamente humano, encontró tiempo para recorrer todos aquellos lugares donde había estado, donde había residido en sus numerosas visitas a nuestra patria cuando todavía no era presidente de Chile. Y a todos los compañeros que lo atendieron alguna vez, fue a

Castro, Fidel. *El mas alto ejemplo de heroismo*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

verlos, a darles las gracias y a expresarles su reconocimiento.

Esa es la imagen que nosotros recordamos de aquel hombre humano, de aquel hombre decente, de aquel hombre honrado, de aquel hombre firme, de aquel amigo leal que fue el presidente Salvador Allende.

Y en esta misma plaza nos dio la convicción de que él sabría comportarse revolucionariamente en las horas críticas; y en esta misma plaza nos dijo que ¡a la violencia contrarrevolucionaria, el pueblo chileno respondería con la violencia revolucionaria!

La figura del presidente Allende y el proceso revolucionario chileno despertaron profundas simpatías e interés en todo el mundo.

En Chile se desarrollaba por primera vez en la historia una experiencia nueva: el intento de llevar a cabo una revolución por las vías pacíficas, por los caminos legales. Y en ese esfuerzo encontró la comprensión y el apoyo de todo el mundo, no sólo del movimiento comunista internacional, sino de muy diferentes tendencias políticas. Digamos que encontró el reconocimiento incluso de aquellos que no eran marxistas-leninistas.

Y nuestro partido, nuestro pueblo —a pesar de que nosotros habíamos hecho la revolución por caminos diferentes—, y todos los pueblos revolucionarios del mundo le dieron el apoyo. Nosotros no vacilamos en un solo instante, porque comprendíamos que en Chile se daba la posibilidad de obtener un triunfo electoral, a pesar de todos los recursos del imperialismo y de las clases dominantes, a pesar de todas las circunstancias adversas. Y no vacilamos en el año de 1970 en exponer públicamente nuestra comprensión y nuestro apoyo al esfuerzo que la izquierda chilena realizaba para triunfar en las elecciones de aquel año.

La izquierda, la Unidad Popular, con su programa social y político, obtuvo un triunfo en las urnas. Claro que aquello no significaba el triunfo de una revolución; significaba el acceso a importantísimas posiciones de poder por las vías legales y pacíficas. No era, sin embargo, una tarea fácil la que tenía delante el presidente Allende. Desde el primer instante se iniciaron las conspiraciones. Se trató de evitar su ascenso a la Presidencia después de las elecciones. El imperialismo y sus agencias —la CIA y las compañías multinacionales— conspiraron para evitar que Salvador Allende fuera presidente de la república. Incluso asesinaron al jefe del Ejército de Chile para impedirlo.

El propio presidente Frei, hombre soberbio y profundamente reaccionario no se resignaba a que Salvador Allende ocupara la Presidencia de la República, como lo había determinado el voto popular. Pero a pesar de todas esas conspiraciones, a pesar de los esfuerzos del imperialismo, Salvador Allende, en nombre de la Unidad Popular, tomó posesión de la Presidencia de la República.

Pero, ¿con qué problemas se encontró? Se encontró, en primer lugar, con que el aparato estatal burgués estaba intacto se encontró con unas Fuerzas Armadas que se llamaban apolíticas, institucionales, es decir, aparentemente neutras en el proceso revolucionario; se encontró con aquel parlamento burgués, donde una mayoría de sus miembros respondía a las clases dominantes; se encontró con un sistema judicial que respondía por entero a los reaccionarios. Y dentro de aquellas circunstancias se veía obligado a realizar sus tareas de gobierno. Pero se encontró también con que la economía del país estaba totalmente en quiebra, con que el estado chileno debía cuatro mil millones de dólares.

Esas enormes deudas eran consecuencia de la política imperialista, eran consecuencia de los manejos de Estados Unidos, tratando de crear una vitrina con el gobierno de la Democracia Cristiana para enfrentar y frenar el avance del movimiento social.

Le concedieron a Chile enormes empréstitos cuando Frei era presidente. Pero no créditos para desarrollar el país, sino créditos para gastos suntuarios; para comprar automóviles, para comprar televisores, refrigeradores, y todo tipo de artículos suntuarios, que dieran una imagen de progreso y bienestar durante el gobierno de la Democracia Cristiana.

El presidente Allende se encontró con un país terriblemente endeudado; un país donde el imperialismo había introducido sus costumbres, sus hábitos de consumo; un país donde los medios de divulgación masivos —la prensa, la televisión y la radio— estaban en manos de la oligarquía y de la reacción. Y además, coincidiendo con un instante en que el precio del cobre bajada de 75 centavos a 48 centavos la libra.

Pero como además había urgentísimas necesidades populares que atender, puesto que existía un enorme desempleo, y era necesario buscar solución al problema de los desempleados, y era necesario atender las necesidades más urgentes del pueblo, las demandas más sentidas de la población, el gobierno de la Unidad Popular se encontró con enormes obstáculos económicos en su camino.

Cuando comenzaron a aplicar la reforma agraria, los latifundistas y los burgueses agrarios se dieron de inmediato a la tarea de sabotear la producción agrícola. Los burgueses, propietarios de los centros de distribución, propietarios de los almacenes, y propietarios de las tiendas, se dieron a la tarea de acaparar las mercancías y sabotear al gobierno de la Unidad Popular.

El imperialismo, tan pronto se aprobó la nacionalización de las empresas de cobre —empresas que eran de propiedades yanquis; empresas que habían extraído miles y miles de millones del trabajo y sudor del pueblo chileno— inmediatamente congeló todos los créditos de todos los organismos internacionales al gobierno chileno, y se dio a la tarea de asfixiar la economía de Chile.

Esas fueron las enormes dificultades que el presidente Allende se encontró al llegar al poder.

Los partidos políticos burgueses, esencialmente el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano, orientado por una dirigencia reaccionaria, se dieron a la tarea, en complicidad con el imperialismo y con las clases reaccionarias y con la prensa reaccionaria, de obstaculizar por todos los medios la gestión del presidente Allende. Y virtualmente no lo dejaban gobernar; virtualmente mantenían al gobierno con las manos atadas, para impedir su gestión.

Esos tres años de gobierno de la Unidad Popular fueron realmente tres años de lucha, de dificultades, de agonía, para poder llevar adelante el programa. Y junto a eso, unas Fuerzas Armadas —repito— que se llamaban apolíticas e institucionales.

Fueron tres años de conjura tras conjura, de conspiración tras conspiración. Las clases dominantes reaccionaron como era de esperarse, ellas y sus partidos. Los gremios de propietarios, de comerciantes, e incluso gremios de profesionales, integrados por ese tipo de profesional, que nosotros conocimos aquí, en su mayoría al servicio de las clases dominantes, sabotearon las tareas del gobierno: decretaban



paros y huelgas con carácter indefinido, y más de una vez paralizaron el país.

Y no sólo eso, sino que hacían constantes llamadas a las Fuerzas Armadas para derrocar al gobierno de la Unidad Popular.

Y en medio de esas enormes dificultades se realizaba la gestión del presidente Allende. Y en medio de esas dificultades trató de hacer e hizo muchas cosas por el pueblo chileno. Y al menos en estos tres años el pueblo chileno, en especial sus obreros y sus campesinos, comprendieron que allí, en la Presidencia de la República, no estaba un representante de los oligarcas, de los terratenientes y de los burgueses, sino un representante de los humildes, de los trabajadores: ¡un verdadero representante del pueblo, que luchaba por él a pesar de las enormes dificultades que tenía delante!

El presidente Allende comprendía las dificultades y vislumbraba los peligros; veía nacer el fascismo, veía sucederse las conspiraciones unas tras otras. Y frente a aquel conjunto de fuerzas creadas y alentadas por el imperialismo, sólo le quedaba aquella disposición de ánimo, aquella decisión de defender el proceso a su propia vida.

Recordamos aquella tarde en un estadio de la ciudad de Santiago, donde se efectuaba un acto de despedida a la delegación cubana, y las palabras que en esa ocasión, de manera terminante y categórica, expresó el presidente. Fue el 4 de diciembre de 1971:

...Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad; yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.

Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno po-

pular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.

Y esas mismas palabras las repitió al otro día en el diálogo que sostuvimos con el periodista Augusto Olivares, parte del cual ustedes acaban de escuchar aquí.

Pero aquellas palabras no eran simple retórica. Aquellas palabras demostraban la voluntad y la decisión de un hombre de honor. ¡Y Salvador Allende cumplió su palabra en forma dramática e impresionante!

Los fascistas han tratado de ocultar al mundo lo que ocurrió el 11 de septiembre. Nosotros, reuniendo el testimonio de los que estuvieron con el presidente aquella mañana y reuniendo los datos de algunos sobrevivientes, hemos reconstruido lo que ocurrió el 11 de septiembre alrededor del presidente Allende, y lo vamos a exponer aquí en el día de hoy, en forma breve y sintética. Una parte de esos hechos la hemos escuchado de labios de su propia hija en la tarde de hoy, que nos expresó con claridad todo lo que ella vivió aquella mañana junto a su padre, y que reflejaban esencialmente el aspecto humano del presidente Allende, su preocupación por los compañeros que estaban desarmados, su preocupación por las mujeres que podían morir allí inutilmente, consciente de la necesidad de que la lucha futura dispusiera de conductores y dispusiera de cuadros. ¡Y cuánta razón tenía!

Si la compañera Beatriz Allende hubiese muerto aquel día en el Palacio de La Moneda, este millón de personas, y la opinión pública internacional, no habrían tenido la oportunidad de conocer aquellos gestos, aquellas preocupaciones, aquellas inquietudes, sobre todo la inquietud por las fuerzas revolucionarias, aquel llamado a la unión, aquellos sentimientos y aquella inquebrantable decisión de luchar hasta morir del presidente Allende defendiendo su justa causa.

Hemos podido conocer por sus palabras cuál fue la ac-

itud y la disposición de ánimo del presidente Allende aquel día. Nosotros nos vamos a referir esencialmente al carácter de combatiente y de soldado de la revolución del presidente Allende el 11 de septiembre.

A las 6 y 20 de la mañana de ese día, el presidente recibió una llamada telefónica en su residencia de Tomás Moro informándole del golpe militar en desarrollo. De inmediato pone en estado de alerta a los hombres de su guardia personal y toma la firme decisión de trasladarse al Palacio de la Moneda para defender desde su puesto de presidente de la república, al gobierno de la Unidad Popular. Lo acompaña una escolta de 23 hombres armados, con 23 fusiles automáticos, dos ametralladoras calibre 30 y 3 bazucas, que traslada con el presidente en cuatro automóviles y una camioneta al Palacio Presidencial, donde llegan a las 7 y 30 de la mañana.

Portando su fusil automático, el presidente, acompañado por la escolta, penetró por la puerta principal de La Moneda. A esa hora la protección habitual de carabineros se mantenía normal en el palacio.

Ya en el interior se reunió con los hombres que lo acompañaban, les informó de la gravedad de la situación y su decisión de combatir hasta la muerte defendiendo al gobierno constitucional, legítimo y popular de Chile frente al golpe fascista, analizó los efectivos disponibles y dictó las primeras instrucciones para la defensa de Palacio.

Siete miembros del Cuerpo de Investigaciones arribaron para sumarse a los defensores. Las postas de carabineros, mientras tanto, se mantenían en sus puestos y algunos adoptaban medidas para la defensa del edificio. Un pequeño grupo de la escolta personal custodia la entrada del despacho presidencial con instrucciones de no dejar pasar a ningún militar armado, para evitar una traición.

En el espacio de una hora se dirige tres veces por radio al pueblo expresando su voluntad de resistir. Pasadas las 8 y 15, por los citófonos de Palacio la junta fascista conmina al presidente a la rendición y la renuncia de su cargo, ofreciéndole un transporte aéreo para abandonar el país en compañía de sus familiares y colaboradores. El presidente responde que "como generales traidores que son no conocen a los hombres de honor" y rechaza indignado el ultimátum.

El presidente sostiene en su despacho una breve reunión con varios altos oficiales del Cuerpo de Carabineros que habían acudido a Palacio, los cuales rehúsan cobardemente en aquel instante defender al gobierno. El presidente los reprocha duramente y los despide con desprecio, conminándolos a que abandonen de inmediato el lugar. Mientras se efectuaba esta reunión con los jefes de Carabineros llegaron los tres edecanes militares; el presidente les expresa que no era el momento para confiar en los uniformes y les pide que se retiren de La Moneda. No obstante, el presidente se despide con afecto del comandante Sánchez, que había sido su eficiente edecán por la Fuerza Aérea durante varios años.

Minutos después de retirarse los edecanes y los altos oficiales de los Carabineros, el teniente jefe a cargo de la Guarnición de Carabineros del Palacio Presidencial, obediendo órdenes de su jefatura, instruye a un carabinero que recorra el edificio impartiendo la orden de retirarse a los miembros de la guarnición, los cuales comienzan de inmediato a abandonar La Moneda, llevándose parte de su armamento. Lo mismo hacen los carros blindados de Carabineros, que hasta ese instante estaban en posiciones de defensa del palacio.

Un grupo de diez carabineros, acompañados del portador de la orden de retirada y cumpliendo sin duda, instrucciones, cuando se retiraban por la escalera principal y ya próximos a la salida, vuelven sus fusiles intentando disparar contra el presidente, siendo enérgicamente ripostados por el personal de la escolta. Son estos los primeros disparos que se cruzan con los golpistas.

Mientras estos hechos ocurrían, numerosos ministros, subsecretarios, asesores, las hijas del presidente, Beatriz e Isabel, y otros militantes de la Unidad Popular, van arribando al palacio para estar junto al presidente en esas horas críticas.

A las 9 y 15 de la mañana aproximadamente, se realizan las primeras descargas desde el exterior contra Palacio. Tropas fascistas de infantería, en número superior a doscientos hombres, avanzaban por las calles de Teatinos y Morandé, a ambos lados de la Plaza de la Constitución, hacia el Palacio Presidencial, disparando contra el despacho del presidente. Las fuerzas que defendían el palacio no pasaban de cuarenta hombres. El presidente ordena abrir fuego contra los atacantes y dispara él personalmente contra los fascistas, que retroceden desordenadamente con numerosas bajas.

Los fascistas introducen entonces los tanques en el combate apoyados por infantería. Un tanque avanza por la calle Moneda, otro por Teatinos otro por Alameda con Morandé y otro en dirección de la puerta principal por la Plaza Constitución. En ese instante, desde el propio despacho del presidente se abrió fuego de bazuca contra el tanque que estaba junto a la puerta principal, que fue totalmente destruido. Otros dos tanques concentran su fuego sobre el gabinete del presidente y un carro blindado dispara sus ametralladoras hacia la Secretaría Privada y la oficina de escoltas. Varias piezas de artillería, situadas por el lado de la Plaza Constitución disparan también contra Palacio. El presidente recorre las distintas posiciones de combate alentando y dirigiendo a los defensores. La lucha violenta se prolonga más de una hora, sin que los fascistas logren avanzar una pulgada.

A las 10 y 45 el presidente reúne en el Salón Toesca a los ministros, subsecretarios y asesores que habían acudido a Palacio para estar junto a él, y les expresa que la lucha en el futuro necesitaría de conductores de cuadros, que todos los que estaban desarmados debían abandonar La Moneda en la primera ocasión posible y todos los que tenían armas debían continuar en sus puestos de combate. Naturalmente que ninguno de los colaboradores que caracían de armas estuvo de acuerdo con esta tesis del presidente; tampoco las hijas del presidente y demás mujeres que se encontraban en La Moneda, se resignaban a abandonar el palacio.

El combate prosiguió violento. Por los citófonos de Palacio los fascistas lanzaban rabiosamente nuevos ultimátums, anunciando que si los defensores no se rinden emplearían de inmediato la Fuerza Aérea.

A las 11 y 45 el presidente se reúne con las hijas y restantes mujeres que en número de nueve se encontraban en el palacio, ordenándoles con toda firmeza que debían abandonar La Moneda, pues consideraba que no tenía sentido que murieran allí indefensas. Y de inmediato solicitó de los sitiadores una tregua de tres minutos para evacuar el personal femenino. Los fascistas no conceden la tregua, pero sus tropas comenzaban en esos instantes a retirarse de los alrededores de Palacio, para llevar a cabo el ataque aéreo, lo que



produjo un *impasse* en el combate que permitió la salida de las mujeres.

A las 12 aproximadamente comienza el ataque de la aviación. Los primeros rockets cayeron en el Patio de Invierno que está en el centro de La Moneda, perforando los techos y estallando en el interior de las edificaciones. Nuevas oleadas de aviones y nuevos impactos se suceden unos tras otros, inundando de humo y de aire tóxico todo el edificio. El presidente da órdenes de recolectar todas las máscaras antigases, se interesa por la situación del parque y exhorta a los combatientes a resistir firmemente el bombardeo.

El parque de los fusiles automáticos de la guardia personal del presidente se estaba agotando después de casi tres horas de combate, por lo que el presidente ordenó derribar de inmediato la puerta de la armería de la Guarnición de Carabineros del Palacio, donde podía encontrarse parte del armamento de aquélla. Al impacientarse por la tardanza de la información sobre dichas armas, él mismo cruzando el Patio de Invierno se dirigió a la armería y observando que se demoraban en derribar la puerta ordenó que se emplearan granadas de mano en la operación, lográndose abrir un boquete en el cuarto de armas, de donde extrajeron cuatro ametralladoras calibre 30 y numerosos fusiles Sik, gran cantidad de parque, máscaras antigases y cascos. El presidente ordena que todo se lleve de inmediato a los puestos de combate y personalmente recorre los dormitorios de los carabineros, recogiendo fusiles Sik y otros armamentos que allí quedaban. El propio presidente cargó sobre sus hombros numerosas armas para reforzar los puestos de combate exclamando: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto", lo que produjo profunda emoción a todos los que lo acompañaban.

Mientras el presidente transportaba pertrechos desde la armería, de nuevo se reanudaba el ataque aéreo con violencia. Una explosión quebró cristales próximos al sitio donde se encontraba el presidente, lanzando fragmentos de vidrio que lo hieren en la espalda. Fue esa la primera herida que sufrió. Mientras recibía atención médica ordenó que continuara el traslado de armas, y no cesaba de preocuparse por la suerte de cada uno de los compañeros.

Minutos después los fascistas reanudan violentamente el ataque, combinando la acción de la Fuerza Aérea con la artillería de los tanques y la infantería. Según los testigos presenciales, el ruido, la metralla, las explosiones, el humo y el aire tóxico convirtieron al palacio en un infierno. No obstante la instrucción dada por el presidente de que se abrieran los grifos y las llaves de agua para evitar el incendio de la planta baja, el Palacio comienza a arder por el ala izquierda y las llamas se propagan hacia la Sala de los Edecanes y el Salón Rojo. Pero el presidente, que no se desalentó un sólo instante, ni en los momentos más críticos, ordena hacer frente al ataque masivo con todos los medios disponibles.

Tuvo lugar entonces una de las mayores proezas del presidente. Mientras el palacio estaba envuelto en llamas se arrastró bajo la metralla hasta su gabinete frente a la Plaza Constitución, tomó personalmente una bazuca, la dirigió contra un tanque situado en la calle Morandé —que disparaba furiosamente contra Palacio— y lo puso fuera de combate con un impacto directo. Instantes después otro combatiente pone fuera de acción a un tercer tanque.

Los fascistas introducen nuevos carros blindados, tropas y tanques por la calle Morandé 80, intensificando el fuego

por la puerta de acceso a La Moneda, mientras el palacio continuaba ardiendo. El presidente desciende a la planta baja con varios combatientes para repeler el intento de los fascistas de penetrar al interior del palacio desde la calle Morandé, rechazándolo.

Los fascistas suspenden entonces el fuego en ese sector y piden a gritos dos representantes del gobierno con carácter de parlamento. El presidente envía a Flores, secretario general de Gobierno y a Daniel Vergara, subsecretario del Interior, quienes salen por la puerta de la calle Morandé y se dirigen a un jeep militar que se encontraba enfrente. Esto tenía lugar aproximadamente a la una de la tarde. Flores y Vergara conversan con un alto oficial que se encontraba en dicho jeep. Al regresar a Palacio y ya próximo a la entrada, desde el mismo jeep les disparan a traición, recibiendo Flores un impacto en la pierna derecha y Daniel Vergara varios disparos por la espalda, que lo abatieron, siendo recogido por sus compañeros bajo el fuego protector de otros defensores.

Los fascistas habían pedido el parlamento para exigir de nuevo la rendición, ofreciendo facilidades al presidente y los defensores para abandonar Palacio y dirigirse al destino que escogieran. El presidente reiteró de inmediato su decisión de combatir hasta la última gota de sangre, interpretando no sólo su deseo, sino el de todos los heroicos defensores de Palacio. Desde la planta baja resistieron embestidas procedentes de Morandé, mientras la entrada principal de Palacio estaba ya prácticamente destruida.

Próximo a la 1 y 30, el presidente sube a inspeccionar las posiciones de la planta superior. A estas alturas numerosos defensores habían perecido por la metralla, las explosiones o calcinados por las llamas. El periodista Augusto Olivares asombró a todos por su comportamiento extraordinariamente heroico. Habiendo sido herido grave, fue atendido y operado en la sala médica de Palacio, y cuando lo suponían yaciendo en una cama, con el arma en la mano ocupó de nuevo su puesto de combate en el segundo piso junto al presidente. Sería prolijo enumerar aquí los nombres y los actos de heroísmo de los combatientes que allí se destacaron.

Pasada la 1 y 30 los fascistas se apoderaron de la planta baja de Palacio, la defensa se organiza en la planta alta y prosigue el combate. Los fascistas tratan de irrumpir por la escalera principal. A las 2 aproximadamente logran ocupar un ángulo de la planta alta. El presidente estaba parapetado, junto a varios de sus compañeros en una esquina del Salón Rojo. Avanzando hacia el punto de irrupción de los fascistas recibe un balazo en el estómago que lo hace inclinarse de dolor, pero no cesa de luchar, apoyándose en un sillón continúa disparando contra los fascistas a pocos metros de distancia, hasta que un segundo impacto en el pecho lo derriba y ya moribundo es acribillado a balazos.

Al ver caer al presidente, miembros de su guardia personal contratan enérgicamente y rechazan de nuevo a los fascistas hasta la escalera principal. Se produce entonces, en medio del combate, un gesto de insólita dignidad: tomando el cuerpo inerte del presidente lo conducen hasta su gabinete, lo sientan en la silla presidencial, le colocan su banda de presidente y lo envuelven en una bandera chilena.

Aún después de muerto su heroico presidente, los inmortales defensores del palacio resistieron durante dos horas más de las salvajes acometidas fascistas. Sólo a las cuatro de la tarde, ardiendo ya durante varias horas el Palacio Presidencial se apagó la última resistencia.



Muchos se asombrarán de lo que aquí se acaba de narrar. Y así es, sencillamente asombroso. La alta oficialidad fascista de los cuatro cuerpos armados se había levantado contra el gobierno de la Unidad Popular y sólo cuarenta hombres resistieron durante siete horas al grueso de la artillería, los tanques, la aviación y la infantería fascista. Pocas veces en la historia se escribió semejante página de heroísmo.

El presidente no sólo fue valiente y firme en cumplir su palabra de morir defendiendo la causa del pueblo, sino que creció en la hora decisiva hasta límites increíbles. La presencia de ánimo, la serenidad, el dinamismo, la capacidad de mando y el heroísmo que demostró, fueron admirables. Nunca en este continente ningún presidente protagonizó tan dramática hazaña. Muchas veces el pensamiento inerte quedó abatido por la fuerza bruta. Pero ahora puede decirse que nunca la fuerza bruta conoció semejante resistencia, realizada en el terreno militar por un hombre de ideas, cuyas armas fueron siempre la palabra y la pluma.

Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable, hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y cómplices.

¡Así se es revolucionario!

¡Así se es hombre!

¡Así muere un combatiente verdadero!

¡Así muere un defensor de su pueblo!

¡Así muere un luchador por el socialismo!

Hace unos minutos a esta tribuna nos llegó el texto de las últimas palabras del presidente Allende.

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Los fascistas han tratado de ocultar al pueblo de Chile y al mundo este comportamiento extraordinariamente heroico del presidente Allende. Para ello han tratado de enfatizar la versión del suicidio. Pero incluso si Allende, herido grave, para no caer prisionero del enemigo hubiese disparado contra sí mismo, ése no sería un demérito sino que habría constituido un gesto de extraordinario valor.

¡Qué pretenden negarle al presidente Allende!

¡Qué puede negársele en esa hora suprema de sacrificio y de heroísmo!

Calixto García, una de las figuras más gloriosas de nuestra historia, cayó prisionero del enemigo. Y cuando a la madre le informaban que su hijo estaba prisionero, ella dijo: ¡ése no puede ser mi hijo! Pero cuando le dijeron: antes de caer prisionero se disparó un tiro para privarse la vida, ella dijo: ¡ah, entonces sí: ése es mi hijo!

Después de muerto el presidente Allende, han tratado de lanzar lodo sobre su limpia figura, de una forma baja, in-noble y ruin.

Pero ¡qué puede esperarse de los fascistas! Incluso han sacado a relucir el fusil con que combatió Allende, el fusil automático que nosotros le obsequiamos, tratando de hacer propaganda burda y ridícula con eso. ¡Pero los hechos han demostrado que ningún obsequio mejor al presidente Allende que ese fusil automático para defender al gobierno de la Unidad Popular!

Fue mucha la razón y la premonición que tuvimos al obsequiarle ese fusil al presidente. ¡Nunca un fusil fue empuñado por manos tan heroicas de un presidente constitucional y legítimo de su pueblo! ¡Nunca un fusil defendió

mejor la causa de los humildes, la causa de los trabajadores y los campesinos chilenos! ¡Y si cada trabajador y cada campesino hubiesen tenido un fusil como ése en sus manos, no habria habido golpe fascista!

Esa es la gran lección que se desprende para los revolucionarios de los acontecimientos chilenos.

Pero no solo han sacado a relucir el fusil. Días atrás, publicaron una carta que nosotros enviamos a fines de Julio al presidente Allende. Pero son sucios los fascistas: no publican la carta completa al menos de los cables que hemos leído deducimos que hay partes que han sido suprimidas. ¡Por eso nosotros vamos a leer la carta completa!

Habana, julio 29 de 1973.

Querido Salvador:

Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la Reunión de Países no Alineados, Carlos y Piñeiro realizan un viaje a ésa. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso.

La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.

Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la Democracia Cristiana en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de su edecán naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir.

Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pífida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercibida y lista para entrar en acción. Su fuerza y combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.

Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor, hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida constituyen la clave de la situación.

Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos

Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo.

Fraternalmente.

Fidel Castro.

Es absurdo, es ridículo, es estúpido, tratar de presentar esta carta —que llevaba la solidaridad, la amistad y el aliento de nuestro pueblo a un presidente acosado por el imperialismo, acosado por la reacción, y acosado por el fascis-



Presidente Allende y Presidente Osvaldo

mo— como un caso de intromisión en los asuntos internos de Chile.

Con este criterio, la condena universal, las palabras de incontables estadistas y hombres públicos de innumerables organizaciones, condenando el golpe, condenando las masacres y condenando los crímenes, constituyen una intromisión en los asuntos internos de Chile.

¡Los problemas de la lucha antimperialista, los problemas que afectan a la humanidad, nos incumben a todos los hombres revolucionarios y progresistas del mundo!

Y por Chile, como por Viet Nam, no sólo estamos dispuestos a dar nuestra azúcar quitándonosla de nuestras cuotas, ¡estamos dispuestos a dar nuestra propia sangre!

Cuando se hizo la independencia de Chile, hombres de otros rincones del continente no sólo enviaron cartas sino que fueron a combatir junto a los chilenos por la independencia del país.

Los fascistas el 11 de septiembre no sólo atacaron el Palacio Presidencial, sino que atacaron también, y bombardearon despiadadamente, la residencia del presidente Allende, donde se encontraba su familia. Y fue realmente una gran casualidad el que su esposa no encontrara allí también la muerte.

Los familiares nos han narrado el calvario de ese día y los días siguientes, cuando ocultaron al pueblo chileno la muerte del presidente Allende hasta mucho más de 24 horas después de ocurrida. El entierro lo hicieron en riguroso secreto. Por distintos medios localizaron a la esposa y a una hermana, las condujeron a un aeropuerto militar de Santiago de Chile, y en un avión militar de transporte las transportaron junto al féretro hasta un aeropuerto de Valparaíso, y desde allí —con un extraordinario despliegue de fuerza— hasta un cementerio de esta ciudad, donde estaba la tumba familiar del presidente Allende. Pero en ningún caso dejaron abrir aquel sencillo féretro envuelto con una manta militar. En ningún caso, ni en el avión ni en el trayecto hasta

el cementerio, ni en el cemeneterio, dejaron que los familiares vieran el cadáver del presidente Allende.

¿Por qué? ¿Qué pretendían ocultar? ¿No es evidente que ellos tenían desenmascararse? ¿No es evidente que ellos pretendían ocultar que el cadáver de Allende tenía más de 10 balazos, que el cuerpo de Allende fue acribillado aun después de muerto?

Los fascistas —como ustedes lo saben— se ensañaron también contra los cubanos, contra nuestra embajada. ¡Y eso no nos deshonra! Malo sería, grave sería que los fascistas se sonrieran con nosotros.

Ese odio fascista demuestra y expresa lo que es Cuba, y ese odio es por algo. Saben de la lealtad de la revolución, de la firmeza de la revolución, de la solidaridad de la revolución con el proceso revolucionario latinoamericano, y eso los asusta

El mismo día 11, alrededor de las 12 meridiano nuestra embajada recibió el primer ataque de los fascistas, y alrededor de la medianoche recibió un segundo ataque, pero ambos fueron rechazados enérgicamente.

Después de los ataques los fascistas trataban de intimidar a nuestra representación diplomática y amenazaban con que iban a emplear tanques, cañones y aviones; pero nuestros representantes diplomáticos, a unos cuantos generalotes y esbirros que los llamaron por teléfono, invariablemente les decían: "Defenderemos la embajada que es territorio cubano, hasta el último hombre". Y los fascistas sabían que tenían que matar hasta el último cubano en nuestra embajada. ¡No hubo vacilaciones!

Durante la madrugada del día 12 se dedicaron a realizar disparos esporádicos, pero el ataque final no llegó. Y nuestros compañeros de la embajada regresaron todos al país una vez rotas las relaciones diplomáticas.

De otros cinco cubanos, tres de ellos que ejercían como profesores en las universidades del norte y dos como instructores deportivos, hay noticias de una parte de ellos que están en Argentina, pero todavía no tenemos noticias de los cubanos que trabajaban allí como técnicos.

Pero los fascistas no sólo agredieron a nuestra embajada, sino que se comportaron groseramente y maltrataron a los funcionarios diplomáticos de otros países socialistas y maltrataron a otros técnicos socialistas que estaban prestando servicio en aquel país. Y no sólo maltrataron a representantes de países socialistas sino que incluso cometieron todo género de vulgaridades y groserías y maltratos con representantes de otros países capitalistas.

Pero si cobarde fue la agresión contra la embajada, mucho más cobarde todavía la agresión contra nuestro barco —barco mercante que había ido a llevar los suministros de azúcar al país—. Son tan desvergonzados que todavía han tratado de negar lo que hicieron con el barco.

Aquí nosotros hemos traído los datos, tal como quedaron registrados minuto a minuto en el libro del barco, de lo que ocurrió aquellos días.

Día 25 de agosto de 1973. El buque llega a Valparaíso, quedando fondeado.

Día 26 de agosto. Los fascistas explotan bombas en la embajada y en residencias de diplomáticos cubanos y en la escuela de niños cubanos.

Día 29. Atraca el buque al muelle. Empieza la descarga de azúcar.

Día 4 de septiembre. Los fascistas explotan una bomba en casa del representante de Navegación Mambisa en Santiago.

Día 6. Provocaciones de la prensa derechista en contra de la

motonave "Playa Larga".

Día 10. El buque queda fondeado fuera del puerto para que ocupe el muelle un granero en virtud de la falta de trigo en la ciudad.

Día 11 a las 10:00 horas. Se reúne el capitán con la junta de oficiales para analizar la situación provocada por el golpe militar. Se decide aguardar orden de la Mambisa. Falta un hombre de la tripulación, que debería regresar a la medianoche del día anterior.

11:00 horas. Regresa a bordo el compañero mayordomo, Gumersindo Pers Pers, denunciando haber sido detenido por una patrulla de la Marina de Guerra en la noche anterior y sometido a malos tratos por el hecho de ser ciudadano cubano. Las autoridades navales expresaron en esa oportunidad profundo odio al pueblo y gobierno cubanos.

11:25. Embarcan prácticos militares con una escolta de marinos cambiando al buque de fondeadero

16:30. Se recibe orden de la Empresa de Navegación Mambisa para que el buque gestione la salida del puerto junto a las autoridades chilenas.

17:00. El capitán convoca nuevamente la junta de oficiales, que por unanimidad apoya su decisión de abandonar el puerto por no ofrecer seguridad al buque y a la tripulación. Esta decisión fue influida por los malos tratos al tripulante cubano antes mencionado, no ofreciendo las autoridades locales ninguna garantía de respeto a los derechos humanos.

17:35. Se hace repentinamente el buque a la mar, a toda máquina.

17:55. Aviones de la Armada chilena realizan pases volando sobre nuestro buque.

18:02. Avión de la Armada chilena realiza vuelo de picada sobre el buque tirándonos con ametralladoras.

18:45. Siguen los aviones de la Armada chilena pases sobre nuestro buque.

19:00. Helicópteros de la Armada lanzan bombas a pocos metros de la proa de nuestro buque y nos ametrallan para evitar posibles maniobras por parte nuestra para salir del área donde dejaron caer las bombas.

19:05. Estalla una bomba de profundidad en la proa del buque.

19:32. Continúan las incursiones de dos aviones de la Armada chilena contra nuestro buque.

20:00. Se detecta por nuestro radar un buque de la Armada chilena que salió en nuestra persecución a 17.5 millas por la aleta de estribor siguiéndonos también los aviones que no cesan en su hostigación a nuestro buque. El capitán convoca una junta de oficiales que lo apoyan por unanimidad en su decisión de proseguir viaje a cualquier precio, sin aceptar rendición bajo ningún concepto.

20:30. Radar indica que estamos a 43 millas de la costa chilena.

20:40. Nos ordena el buque de guerra de la Armada chilena que paremos inmediatamente las máquinas, contestándonos que estamos en aguas internacionales.

20:43. El buque de guerra de la Armada chilena que nos sigue comienza a dispararnos con cañones de grueso calibre.

20:45. El buque de la Armada chilena nos sigue cañoneando, así como también dispara luces de bengala para iluminar el área en que navegamos.

20:55. Nos continúa tirando el buque de la Armada chilena.

21:00. Nos continúa cañoneando el buque de la Armada chilena que nos sigue. Punto de la costa chilena más próximo a nosotros se queda a 52.3 millas.

21:10. Vuelve a cañonearnos el buque de la Armada chilena que nos sigue.



Carlos R. Rodríguez, Presidente Allende y Clodomiro Almeyda suscriben reanudación de relaciones diplomáticas de Chile y Cuba, uno de los primeros actos de la Unidad Popular.

21:20. Se le comunica el siguiente mensaje al buque de la Armada chilena: "Ya informamos a nuestro gobierno de esta cobarde agresión en aguas internacionales, y ustedes son responsables por todas las consecuencias que puedan resultar. Patria o Muerte. Venceremos. Viva Cuba. Capitán y Tripulación". Como respuesta el buque de la Armada chilena nos cañoneó.

21:30. Nos sigue disparando cañonazos el buque de la Armada chilena que nos persigue. Punto más cercano de la costa chilena es de 61,5 millas.

22:00. Seguimos siendo perseguidos por el buque de la Armada chilena que nos sigue. Invitándonos ésta a que nos reintegremos al puerto de Valparaíso, enterándonos por esta comunicación que el buque corresponde a Blanco Encalada.

Se recibe un cable del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, y del Ministerio de la Marina Mercante y Puertos, dando total apoyo a nuestra decisión de no rendimos bajo ningún concepto, mensaje que nos da aliento a proseguir nuestro viaje a toda costa.

22:14. Hemos sido tocados por un proyectil de los que nos está tirando el destructor Blanco Encalada.

22:20. El buque es tocado nuevamente por un cañonazo en proa.

22:30. El buque es tocado por un cañonazo en la popa

22:38. El destructor Blanco Encalada cañonea el puente de nuestro buque, sin tocarlo, notándose caer los proyectiles en el agua por la banda contraria a la que se encuentra el destructor.

22:40. El destructor hace maniobras por abordar nuestro buque por la amura de babor, realizando nosotros maniobras evasivas para impedir el abordaje.

23:12. Fracasando la maniobra de abordaje por la amura de babor el destructor Blanco Encalada trata de situarse en la popa para disparar sobre nuestra hélice y timón, y nuestro buque realiza maniobras evasivas con el objeto de evitar sean dañadas las hélices y el timón. Empleando el V. H. F., el destructor comienza a transmitir todas las órdenes dadas por el oficial que dirige el control de tiro de las distintas piezas de manera que sean oídas por nuestro barco, con la finalidad de intimidarnos.

23:30. Fracasadas todas sus maniobras, amenazas y violencias, en el sentido de apoderarse del buque, el destructor Blanco Encalada empieza a alejarse gradualmente rumbo a la

costa chilena.

Día 12. 00:30 horas. Se hace una inspección en el buque y sondeo de sentinas de bodega, descubriéndose tres grandes perforaciones causadas por proyectiles en la bodega número uno. Se comienza a tapar los boquetes por la tripulación entrando enormes cantidades de agua en la referida bodega.

3:00 horas. Se ordena lastrar los Deep-Tanks, Peak de popa, y los Plan de la bodega número siete para mejorar la estabilidad del buque.

10:00 horas. Se terminan de llenar los Deep-Tanks y los Peak de popa. Se hace una inspección de las averías provocadas por la cobarde agresión de un buque de la Armada chilena encontrándose el siguiente resultado:

A) Perforaciones de dos por dos pies en el costado de estribor y perforaciones de dos por tres pies en la plancha de la cubierta contigua al área arriba mencionada provocadas por el impacto del mismo proyectil.

B) Perforaciones de uno por un pie en el costado de estribor.

C) Perforaciones de tres por un pie en el costado de babor.

D) Numerosas perforaciones por fragmentación de granada de alto poder explosivo en mamparo divisor proa.

E) Perforación de tubería sonda y avería de imbornal.

F) Perforación de cuatro por tres pulgadas en la plancha cubierta inferior.

G) Diversas abolladuras en el mamparo de proa estribor.

H) Pérdida de 199 624 kilos de azúcar granel provocada por la inundación de la bodega número uno.

I) Sospecha de impacto en la misma bodega por debajo de la línea de flotación y en la popa, así como otras abolladuras y averías menores.

10:35. Sobrevoló sobre nosotros un avión de la Armada chilena, para reconocernos y delatar nuestra posición a los militares chilenos.

22:00. Se hace encuentro con el buque cubano "Marble Island", continuando juntos la navegación con destino a Callao, Perú.

Este hecho relacionado con el barco "Playa Larga", constituye algo verdaderamente insólito y sin precedentes. Fue prácticamente la batalla de un buque desarmado que se negaba a rendirse, que se negaba a obedecer órdenes de los fascistas, a pesar de estar atacado por aviones, helicópteros y un barco de guerra capaz de destruirlo. Nosotros no he-

mos oído nunca mencionar siquiera un caso parecido de semejante desafío de un barco mercante que fue atacado y cañoneado, y casi hundido, puesto que realmente las perforaciones podían haber provocado el hundimiento del buque, que habría ocurrido si el capitán y los tripulantes no hubiesen ideado la fórmula de inundar otras bodegas para elevar la proa.

Y lo admirable de este caso fue la disposición de la tripulación de dejarse hundir en las aguas del pacífico antes que obedecer las órdenes fascistas.

Y hasta los propios fascistas estaban asombrados. Y no voy a transmitir aquí algunas de las cosas que dijeron en medio de su asombro. No nos interesan. No nos interesa la admiración de los fascistas; pero baste decir que estaban asombrados. Y ése es el comportamiento de los cubanos. Ese es el verdadero contenido de la actitud de un revolucionario, y de la frase "Patria o Muerte".

¡Eso es saber decir "Patria o muerte" cuando hay que decir "Patria o muerte"!

Y ése es el comportamiento de los cubanos, no por ser cubanos, sino por ser revolucionarios.

Y estos hechos habrán de tener más trascendencia de la que pudiera parecer ahora, porque los fascistas emplean la violencia y la fuerza con el ánimo de imponer el terror, y frente a eso hay remedio, un solo remedio: ¡no temer a los fascistas!

La conducta ejemplar del presidente Allende destruyó moralmente al fascismo en Chile porque ellos subestimaron al presidente Allende, ellos creyeron que el presidente Allende tomaría el avión, ellos creyeron que el presidente Allende se sometería a la fuerza. Estaban absolutamente seguros de eso. Y lo que los anonadó, lo que los sacó de quicio, fue la actitud del presidente Allende, su valor, su honor, su heroísmo, su dignidad, su disposición de combatir allí contra todos los tanques y todos los cañones y todos los aviones del mundo sabiendo que en aquel momento estaba defendiendo una bandera, una causa, aunque esa bandera y esa causa en ese momento luchasen en condiciones muy desfavorables y muy difíciles. Pero él sabía que había que defenderla hasta el precio de la vida.

Y esa fue la actitud de otros combatientes chilenos en Tomás Moro, en las universidades, en las comunas populares; y esa fue la actitud de nuestra representación diplomática, y esa fue la actitud de los tripulantes del barco "Playa Larga".

De modo que no le faltaron lecciones, extraordinarias lecciones al fascismo ese día, y que desde ya le dicen la resistencia que se van a encontrar, que desde ya le dicen lo que les espera cuando los pueblos no se dejan oprimir, cuando los pueblos no se dejan intimidar, cuando los hombres y las mujeres están dispuestos a morir.

El temor, el terror, puede intimidar a los cobardes, ¡pero no intimidará jamás a los revolucionarios, y mucho menos a los revolucionarios que luchan por su patria, por su pueblo, por los trabajadores, por los explotados, por los oprimidos; mucho menos jamás a los revolucionarios marxistas-leninistas!

La Junta Militar es fascista, pero no sólo es fascista por sus actos sino por sus ideas. Cuando nosotros estuvimos de visita en Chile, próximos a nuestra regreso nos llegó un librito de texto de las academias militares chilenas titulado Geopolítica, escrito por el Sr. Augusto Pinochet, jefe de los fascistas. Ya de regreso nosotros hojeábamos aquel libro, y veíamos con asombro que muchos de los conceptos conte-

nidos en aquel libro eran nazi-fascistas. En la introducción a su libro de Geopolítica dice Pinochet:

La geopolítica considera al estado como un organismo supra individual y como tal es un organismo vivo que se halla empujado en una lucha constante por la existencia

Más adelante dice:

Uno de los objetivos de la geopolítica es el de proporcionar antecedentes sobre la posible aplicación y utilización de las leyes espaciales en la política exterior del estado y en el período de desarrollo.

Luego añade:

La geopolítica ha llegado a considerarse como la herramienta del pensamiento y de la acción política; más aún, ella debe llegar a ser la conciencia geográfica del estado y la inspiración de los diferentes objetivos internos y externos que ésta debe alcanzar.

En la misma introducción, hablando con gran entusiasmo de un tal Haushofer, uno de los padres de esta ciencia fascista, y compartiendo enteramente su criterio dice:

Adoptó la Ley de Ratzel acerca de la extensión territorial de los pueblos y de su lucha por espacios siempre mayores. Habló de un 'destino espacial', y acuñó la muy definida expresión de 'espacio vital' y partidario de la conquista del espacio hacia el este antes de la guerra con Polonia.

Estos libros de texto son los que enseñan en las academias militares de Chile, y uno de sus más señalados profesores era Augusto Pinochet Ugarte.

En estos conceptos de geopolítica, de espacios vitales, de expansiones territoriales, que son nítidamente nazis, se educan los militares chilenos.

Con estricta justicia, no podemos decir que todos los oficiales chilenos son fascistas. Tenemos el ejemplo del general Prats, del general Pickering, del general Sepúlveda Esqueda, que hicieron grandes esfuerzos por mantener a los institutos armados dentro de la lealtad al gobierno constitucional y dentro de la ley. Desde luego, una mayoría de oficiales fascistas los hicieron saltar prácticamente de sus mandos.

Para que se tenga una idea de cómo operan las clases reaccionarias, baste recordar aquel episodio cuando la derecha, con su prensa, con sus órganos de divulgación masiva, sembraron incesante veneno, armando ideológicamente a los golpistas, movilizandolos a los reaccionarios, organizó nada menos que una manifestación de señoras de coroneles y generales para que fueran a la casa del general Prats para exigirle la renuncia del Ministerio de Defensa.

Esa mayoría fascista en la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, promovió la renuncia de estos tres generales. Y desde luego, esas renunciaciones desgraciadamente facilitaron el camino del fascismo.

Tenemos noticias también de que un oficial de Carabineros, de los que luchó contra el "tancazo", en medio del combate se dirigió al palacio y luchó allí junto a la guardia personal del presidente Allende contra los fascistas.

Es conveniente resaltar estos hechos. Porque aunque la composición de la clase de la oficialidad de las Fuerzas Armadas de Chile es reaccionaria, puesto que ellos se han cuidado de que sus oficiales procedan de las clases media y rica y puesto que no tienen acceso a esas posibilidades jóvenes de las clases humildes, y aunque la mayoría de la oficialidad es fascista, y han sido educados en el fascismo y la reacción, nosotros estamos seguros de que habrá oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas que tomen conciencia



del bochornoso, del criminal papel que la jefatura fascista está haciendo jugar a las Fuerzas Armadas de Chile, ¡y que en su día se sumarán al pueblo en la lucha contra el fascismo!

Con el golpe fascista las Fuerzas Armadas chilenas han sellado su destino. Se desenmascararon totalmente. Ahí se pudo ver su "apoliticismo", su "institucionalismo". Lo mantuvieron mientras los intereses de las clases dominantes no estaban amenazados. Pero cuando vieron en peligro los intereses de esa su clase, abandonaron el apoliticismo supuesto, el institucionalismo, y se pusieron de lado de los reaccionarios, se pusieron de lado de los explotadores contra el pueblo.

¡Entre el pueblo chileno, es decir, entre lo mejor del pueblo chileno —sus obreros, sus campesinos, sus juventudes combativas— y las Fuerzas Armadas chilenas se abre hoy un profundo e insalvable abismo! ¡Ese abismo es el mar de sangre de obreros, de campesinos, de estudiantes y de revolucionarios fusilados, masacrados y asesinados por las hordas fascistas!

¡Entre las Fuerzas Armadas fascistas y el pueblo chileno, se abre la sangre insalvable de Salvador Allende y de los hombres que murieron junto a él aquel día!

¡Y hay que decirlo sin temor y sin miedo! ¡Porque el pueblo tendrá que enfrentarse al fascismo, y se enfrentará al fascismo!

Pero la Junta Militar no sólo es fascista por sus ideas; lo es también por sus actos. Y los cables nos han traído noticias de fusilamientos masivos de obreros, de bombardeos a universidades, de quemas de libros, de campos de concentración, de atroces actos de terrorismo contra las masas y contra el pueblo. Nos traen noticias de la ilegalización de los partidos políticos, de la disolución de las organizaciones obreras, y nos traen noticias de vejaciones, de crímenes de todo tipo.

Los fascistas no sólo asesinan y matan, sino que en los registros de las comunas y de las universidades y de las casas de los revolucionarios, saquean despiadadamente, se ro-

ban cuantos objetos se encuentran a su paso, se comportan como verdaderos bandidos de sangre y de dinero.

El día de hoy llegó la noticia de que el secretario general del Partido Comunista fue arrestado por los esbirros de la junta fascista. Ya sabemos lo que eso significa. Sin la menor duda que a estas horas el dirigente comunista Luis Corvalán está siendo sometido a las más atroces torturas por los fascistas y que su vida está en peligro.

Es necesario levantar un poderoso movimiento internacional para pedir el respeto de la vida de Luis Corvalán, para pedir la integridad física de Luis Corvalán y de todos los revolucionarios combatientes de fila o dirigentes, de hombres y mujeres sencillos del pueblo que, en número de decenas de miles están en los campos de concentración creados por el fascismo.

Y todos estos hechos: fusilamientos de obreros, disolución de partidos, quemas de libros, violaciones de las leyes internacionales, ataques a embajadas, ataques a barcos indefensos, campos de concentración, son expresión pura de fascismo.

Pero entre la década del 30 y la del 70 han transcurrido 40 años, y no estamos como en los tiempos en que Hitler y Mussolini comenzaron sus andanzas por el mundo, porque hoy hay una conciencia universal, mucho más profunda, una humanidad mucho más avanzada y mucho más progresista, que repudia con toda su alma estos hechos vandálicos.

Y los únicos que se creen que estamos todavía en la década del 30 son esos estúpidos, ignorantes, cretinos, militarotes chilenos que escenificaron el golpe de estado. Ellos no saben todavía siquiera el mundo en que vivimos.

Cuando nosotros estuvimos en Chile pudimos ya vislumbrar el ascenso del espíritu fascista frente al movimiento revolucionario en el seno de la sociedad chilena. Y al despedirnos, el 2 de diciembre de 1971, del pueblo chileno, le decíamos:

Hemos aprendido una cosa, hemos apreciado una comprobación más de la ley de la historia: hemos visto el fascismo en acción y hemos podido comprobar un principio contem-

poráneo: que la desesperación de los reaccionarios, la desesperación de los explotadores en el mundo de hoy —como ya se ha conocido nítidamente por experiencia histórica— tiende hacia las formas más brutales y más bárbaras de violencia y de reacción.

Y todos conocen la historia del fascismo en diversos países, en los países que fueron la cuna de ese movimiento: cómo surgieron, y cómo los privilegiados, los explotadores, cuando aún sus propias instituciones inventadas y creadas por ellos para mantener el dominio de clase no les sirven, las destruyen ellos mismos. Inventan una legalidad, inventan una constitución, inventan un parlamento. Cuando digo "inventan una constitución" digo: inventan una constitución burguesa, porque las revoluciones socialistas establecen sus propias constituciones y sus propias formas de democracia.

Pero ¿qué hacen los explotadores cuando sus propias instituciones ya no les garantizan el dominio? ¿Cuál es su reacción cuando los mecanismos con que han contado históricamente para mantener su dominio les fracasan, les fallan? Sencillamente los destruyen. No hay nada más anticonstitucional, más antilegal, más antiparlamentario y más represivo y más violento y más criminal que el fascismo.

El fascismo en su violencia liquida todo, arremete contra las universidades, las clausura y la aplasta; arremete contra los intelectuales, los reprime y los persigue; arremete contra los partidos políticos; arremete contra las organizaciones sindicales; arremete contra todas las organizaciones de masas y las organizaciones culturales. De manera que nada hay más violento ni más retrógrado ni más ilegal que el fascismo.

Y eso, que dijimos entonces, desgraciadamente, es lo que sabemos que en estos días ha estado ocurriendo en Chile.

Destacados artistas populares han sido asesinados. Y uno de los cables trae la noticia de que un grupo folklórico completo fue fusilado por los fascistas. El imperialismo trata de rehuir su complicidad y su responsabilidad en el golpe fascista. El imperialismo es todo un sistema económico, social, político y cultural, destinado a la opresión de los pueblos, y el imperialismo ha tratado de crear en la América Latina todas las condiciones para impedir el advenimiento del movimiento popular y en Chile conspiró desde antes del triunfo de la Unidad Popular, movilizó millones de dólares, entregándoselos a los partidos burgueses, para tratar de aplastar a la Unidad Popular. Y más de una elección la ganó mediante el soborno, mediante el empleo de sumas masivas de dinero, mediante mentiras, mediante campañas de terror y de calumnias.

El imperialismo trató de corromper al pueblo chileno. Los monopolios trataron de corromper a los obreros de sus minas; apoyándose en los altos precios del cobre y sus enormes ganancias, abonaban salarios incomparablemente superiores al resto de los obreros chilenos. El imperialismo no cesó de conspirar un solo instante contra el gobierno de la Unidad Popular. Y está bien claro que mientras bloqueaba a Chile todos los créditos económicos, el Pentágono mantenía magníficas relaciones con las Fuerzas Armadas chilenas. Una gran parte de esos oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas ha sido educada en academias imperialistas. Y mientras se le negaba a Chile todo crédito, algunas semanas antes del golpe de estado el señor Nixon concedió un crédito de 10 millones de dólares a las Fuerzas Armadas chilenas para adquirir armas.

El imperialismo mantenía un juego descarado, separando al gobierno de las Fuerzas Armadas, bloqueando a aquél y apoyando a éstas.

El imperialismo ha creado instrumentos como la OEA,

la Junta Interamericana de Defensa, las maniobras navales conjuntas. Todas estas instituciones ha creado el imperialismo para conspirar y para realizar la contrarrevolución en este continente.

Y el gobierno de la Unidad Popular no pudo siquiera impedir, no pudo siquiera prohibir que la Marina chilena siguiera realizando maniobras conjuntas con la Marina de Estados Unidos.

Y el día del golpe, precisamente el 11 de septiembre, los barcos de guerra norteamericanos estaban frente a Valparaíso. Ese día comenzaban maniobras entre la escuadra chilena y la escuadra yanqui. Y los barcos de la escuadra chilena se hicieron a la mar aparentemente, y a las pocas horas volvieron a Valparaíso para encabezar el alzamiento. El golpe de estado, de hecho, se venía desarrollando desde hacía muchos días.

Como señalaba Beatriz que le dijo el presidente, al amparo de la llamada Ley de Control de Armas las Fuerzas Armadas venían realizando grandes despliegues de tropas contra las fábricas, contra los centros obreros, contra las oficinas de los partidos populares. En las últimas semanas del gobierno de Allende los grupos fascistas de Patria y Libertad realizaban decenas de atentados terroristas diariamente, y cometían crímenes de todos tipos; la prensa reaccionaria, el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano —que tiene una gran responsabilidad histórica en los hechos que acaban de suceder—, alentaban incesantemente el golpe de estado.

Cuando se escriba la historia de estos acontecimientos, habrá que señalar nítidamente la responsabilidad que tienen Frei y comparsa, Frey y toda la camarilla derechista de la dirigencia demócrata cristiana: la responsabilidad que tiene la prensa reaccionaria en todos estos hechos; la responsabilidad que tienen el Partido Nacional, el poder judicial y el Parlamento, en los sucesos que han tenido lugar en Chile, porque ellos tendrán que saldar esa responsabilidad con el pueblo chileno.

De los hechos ocurridos los revolucionarios tenemos nuestras conclusiones. Está claro que el imperialismo se mueve, que el imperialismo lleva a cabo una ofensiva estratégica en América Latina, en complicidad con Brasil. Primero fue el golpe de estado en Bolivia, después fue el golpe de estado en Uruguay, y ahora el golpe de estado en Chile.

Hace diez años, al menos las burguesías y el imperialismo se defendían con otros procedimientos: se defendían con el Parlamento, se defendían con las constituciones burguesas. Uruguay y Chile eran considerados como modelos de países legalistas, modelos de países constitucionales. Y las propias burguesías, el propio imperialismo, han echado abajo las constituciones y las formas democráticas burguesas en Uruguay y en Chile, y esos países hoy —junto con Brasil— constituyen un conglomerado de países reaccionarios al servicio del imperialismo en América del Sur.

Ese movimiento, esa ofensiva se dirige contra el movimiento popular en Argentina, para intimidarlo en primer lugar y para aplastarlo en segundo lugar. Pero ese movimiento se dirige también, muy especialmente contra el gobierno de la Fuerza Armada de Perú.

El imperialismo, al tomar el poder en Chile en forma desembozada con un régimen fascista, amenaza por el oeste a la Argentina y amenaza por el sur a Perú. Pero, sobre todo, con el golpe militar en Chile el imperialismo pretende crear el antídoto del movimiento de las Fuerzas Armadas en Perú.

El ejército peruano, al revés que el ejército chileno, viabilizó el ingreso en las escuelas militares de hombres procedentes de las filas humildes del pueblo, y la composición clasista del ejército peruano es diferente a la composición del ejército chileno. Estas circunstancias facilitaron la tarea de algunos jefes y oficiales prominentes que, encabezados por el general Velasco Alvarado, condujeron a las Fuerzas Armadas peruanas a la unión con el pueblo, las llevaron a posiciones progresistas, a posiciones antioligárquicas, a posiciones populares. Y no hay duda de que el ejemplo de Perú repercutió ampliamente en la América Latina.

Y el imperialismo, frente al ejemplo de las Fuerzas Armadas peruanas, quiere poner el ejemplo de las Fuerzas Armadas chilenas.

No hay duda de que estas amenazas se dirigen abiertamente, repito, contra el pueblo argentino y contra el pueblo peruano. A nosotros en estos instantes no nos importan las diferencias de ideología o de matices entre los movimientos en Argentina y en Perú y la revolución cubana.

Nuestra revolución es, sin duda, la más sólida de este continente. El Gobierno Revolucionario de Cuba es sin duda el gobierno más sólido en este continente. Nuestro pueblo es el pueblo más unido de este continente, porque después de la desaparición de la explotación del hombre por el hombre en este país se creó la verdad, la unidad del pueblo, una unidad sólida e indestructible. Este país no tiene los problemas que tienen otros pueblos hermanos de América Latina porque los explotadores han desaparecido de la faz de nuestra tierra ¡y para siempre!

Aquí la reacción y el fascismo sí que no tienen nada en absoluto.

Nuestras Fuerzas Armadas son nuestro pueblo armado.

Nuestras masas están organizadas y tienen la dirección de un partido marxista-leninista.

Hay algunos que se asustan de oír mencionar la palabra marxismo. También aquí, al principio de la revolución, mucha gente se asustaba, porque ésa es la cultura que el imperialismo le ha inculcado y los prejuicios que han sembrado en las masas latinoamericanas. Pero afortunadamente ya nadie se asusta de oír hablar aquí de marxismo-leninismo. Ya nadie se asusta de oír hablar de socialismo. Y marxismo-leninismo, socialismo, quieren decir definición política; definición política a la disposición del pueblo, es tener una guía, es tener un norte, es tener una brújula, es saber qué pasos hay que dar por la senda revolucionaria.

Es precisamente esta característica sin paños tibios, estas definiciones completas las que hacen sólida y fuerte a la revolución cubana. Es eso lo que la ha hecho resistir al imperialismo yanqui. Que ya llevamos una larga lucha con el imperialismo de unos cuantos años, sin importar los años que tengamos que luchar todavía.

El imperialismo conoce a la revolución cubana y sabe que contra ella se estrellaron todas sus artimañas y todas sus triquiñuelas. Y todos sus planes y todas sus ofensivas.

Y desde luego que ahora ya no se discute si la revolución cubana va a sobrevivir o no. Se discute si va sobrevivir o no la revolución latinoamericana. Eso es lo que se discute.

Y el imperialismo está empeñado ahora no en aplastar la revolución cubana, que luce algo difícil de aplastar a estas horas; trata de aplastar la revolución latinoamericana, aplastar el movimiento en Bolivia, aplastar el movimiento obrero en Uruguay, ilegalizar los partidos de izquierda, disolver las organizaciones sindicales, instaurar el fascismo,

destruir el movimiento popular chileno, liquidar los partidos, las organizaciones obreras, aunque tenga que acudir a las formas más retrógradas de gobierno.

Y ahora tratarán de golpear el movimiento argentino. No es un movimiento por el socialismo, no es un movimiento marxista. Todavía no han llegado tan lejos. Es un movimiento progresista, es un movimiento popular, es un movimiento que tiene propósitos de lucha por la soberanía nacional. Hasta hace unos años el gobierno argentino era un lacayo servil del imperialismo yanqui. Y hoy no existe esa situación.

Sin duda que ese movimiento popular con gran arraigo obrero se ha traducido en cambios importantes en Argentina. Incluso en la actual dirección de las Fuerzas Armadas argentinas se observan ciertas inquietudes, ciertas preocupaciones positivas, al extremo de que han planteado la necesidad de que salgan de aquel país los asesinos militares yanquis. Y eso sin duda significa un progreso.

Pero el imperialismo no está dispuesto a tolerar nada que huela a independencia nacional, nada que huela a movimiento popular, nada que huela a progresismo en América Latina, y por ello tratará de aplastar, o al menos apartar de su cauce, al movimiento popular argentino.

Y desde luego que hace rato que el imperialismo viene ya luchando contra el gobierno nacionalista de la Fuerza Armada de Perú. Una lección que hay que sacar de este ejemplo chileno es que con un pueblo solo no se hace la revolución: ¡Hacen falta también las armas! Y que sólo con armas no se puede hacer la revolución: ¡Hace falta también el pueblo!

Hemos hecho estas consideraciones para esclarecer a nuestro pueblo sobre la situación general en este continente.

Algunas agencias cablegráficas batían palmas hasta romperse las manos por el golpe militar chileno, y decían que ahora esta tendencia de acercamiento hacia Cuba, de apertura de relaciones diplomáticas, quedaba interrumpida.

Digamos: no vamos a negar que estos acontecimientos pueden asustar a alguna gente. Desgraciadamente hay alguna gente que se asusta. ¡Todos no son como el presidente Allende, todos no son como los defensores de Palacio, todos no son como los tripulantes del "Playa Larga"! Y uno de los primeros efectos de estos golpes imperialistas es poner nerviosa a alguna gente. Eso es indiscutible. ¡Pero pondrán nervioso a cualquiera menos a la revolución cubana!

Las relaciones de la revolución se amplían a pesar de eso, y seguirán ampliándose a pesar de eso. Se amplían con los países del Caribe, se mejoran nuestras relaciones con México, son muy buenas nuestras relaciones con Perú, se han iniciado con buenas perspectivas las relaciones con Argentina, y no hay duda de que, pese a los golpes, amenazas y a las furias imperialistas, otros pueblos desarrollarán las relaciones con nuestro país.

Pero desde nuestro punto de vista revolucionario, eso no es lo que importa. Hubo un momento que no teníamos relaciones más que con México. El imperialismo nos tenía bloqueados en muchas direcciones, e incluso diplomáticamente. Pero las relaciones de la revolución cubana se han desarrollado no sólo con América Latina sino que se han desarrollado y se desarrollan extraordinariamente con el resto del mundo. ¡Y son fuertes y son sólidas! El prestigio de la revolución cubana es hoy mayor que nunca en el mundo. Y nuestras relaciones con el campo socialista son hoy más sólidas que nunca.



De modo que para nosotros en el caso chileno lo que nos duele no es que un país rompa relaciones con nosotros: a nosotros nos honra la ruptura de relaciones con Chile —es un honor para nosotros—, porque las relaciones con ese régimen fascista habrían sido deshonrosas.

Ya ustedes ven cómo los fascistas se llevaron una gran sorpresa ante la reacción mundial, la repulsa mundial, la condenación mundial. Dirigentes y estadistas de todas las corrientes políticas han condenado el golpe fascista, en todo los continentes; y por supuesto, la Unión Soviética y muchos países del campo socialista rompieron inmediatamente sus relaciones diplomáticas con el régimen fascista.

A nosotros nos duelen los acontecimientos chilenos por el golpe que ha sufrido el pueblo chileno, y por la lucha dura y cruenta que el pueblo chileno tendrá que librar.

En el plano de nuestras relaciones con América Latina, nosotros valoramos altamente las relaciones con Perú, y las relaciones con Argentina, independientemente de las diferencias ideológicas representadas por estos gobiernos. Y desde luego que en la medida en que el imperialismo amenaza a esos países y a esos gobiernos, nuestra posición sin vacilación estará al lado de el pueblo peruano y del pueblo argentino, independientemente de las diferencias ideológicas con estos gobiernos, porque los consideramos movimientos y estados que llevan adelante una política independiente y una política progresista en relación con el imperialismo.

En cuanto a nuestras relaciones con el pueblo chileno, nosotros no tenemos ninguna duda de que el pueblo chileno luchará contra el fascismo. Conocemos al pueblo chileno. Hemos estado entre sus obreros, entre sus campesinos, entre sus estudiantes, y nunca podremos olvidar el espíritu del pueblo chileno: su entusiasmo, su patriotismo, su fervor

revolucionario, su actitud. No podremos olvidar a los obreros, a los campesinos, desde los obreros agrícolas de Magallanes hasta los mineros del norte; a los obreros de las minas de carbón, a los obreros de las industrias, a la juventud chilena, a los combatientes chilenos, a los revolucionarios chilenos.

Y nosotros tenemos la absoluta seguridad de que sabrán enfrentarse al fascismo. Nosotros tenemos la absoluta seguridad de que el 11 de septiembre se inició una contienda que sólo terminará con la victoria del pueblo. No será inmediata. Nadie puede esperar milagros en la situación chilena. El pueblo ha sido duramente golpeado; los partidos, las organizaciones, tendrán que recobrase del zarpazo fascista. Sin duda de ninguna clase que la lucha del pueblo chileno tendrá que ser una lucha prolongada. Sin duda que los revolucionarios chilenos reaccionarán, se organizarán, sin tregua al fascismo.

Los revolucionarios chilenos saben que ya no hay ninguna otra alternativa que la lucha armada revolucionaria.

Ensayaron los caminos electorales, ensayaron los caminos pacíficos y los imperialistas y los reaccionarios cambiaron las reglas del juego. Destruyeron la constitución, destruyeron las leyes, destruyeron el Parlamento, lo destruyeron todo, y de esa situación no podrán salir. Ya no podrán gobernar a Chile más que por la fuerza; ya no podrán gobernar a Chile más que mediante instituciones fascistas, y eso, desde luego, tiene sus límites.

Los fascistas dicen ahora que van a reconstruir la economía. Incluso hacen cosas ridículas: convocaron a las señoras de los coroneles y de los generales para que dieran unas cuantas joyas para reconstruir la economía chilena. ¿Quién va a creer ese cuento de caminos? Todos sabemos que los fascistas querrán desarrollar la economía capitalis-

ta y burguesa de Chile sobre la espalda y la sangre de los trabajadores chilenos. Todos sabemos bien que no es con las joyitas de sus señoronas con lo que ellos están pensando reconstruir la economía chilena, sino con la sangre y el sudor de los obreros chilenos.

El imperialismo seguramente ahora a través del Banco Mundial y otras instituciones les dará crédito enseguida y tratará de armar hasta los dientes a los fascistas. Los fascistas dicen que "reina el orden en el país". Y nosotros recordábamos del 10 de marzo: también después del 10 de marzo "reinó el orden en el país", ¡Hasta un día "reinó el orden" en el país! Y todos sabemos que el 10 de marzo precipitó la revolución en Cuba, como sabemos que el 11 de septiembre precipitará y profundizará la revolución en Chile.

¡Ah!, pero el 10 de marzo no fue un golpe contra un gobierno popular: fue un golpe contra un gobierno corrupto y, por supuesto, contra el pueblo. El 11 de septiembre fue un golpe contra un gobierno popular y contra un gobierno leal al pueblo, contra un gobierno limpio. Esa es la gran diferencia y la gran ventaja que tiene el pueblo chileno sobre el pueblo cubano, el 11 de septiembre sobre el 10 de marzo. El pueblo chileno conoció un gobierno popular que luchó por el socialismo, que nacionalizó el cobre que hizo leyes y tomó medidas, las que pudo hacer y las que pudo tomar, en favor del pueblo. Y el 10 de marzo no había ningún gobierno popular, ni se había nacionalizado nada, ni se había hecho ninguna ley, ninguna medida a favor del pueblo. Parecía mucho más distante la revolución en Cuba el 10 de marzo de 1952 de lo que puede parecer distante la revolución en Chile el 11 de septiembre de 1973.

Nosotros no teníamos ninguna bandera, pero a Chile le ha quedado una gran bandera, una extraordinaria bandera, una extraordinaria figura: ¡la bandera y la figura inmortal del presidente Allende!

El presidente Allende ha entregado a su pueblo el más alto ejemplo de heroísmo que se pueda ofrecer. Y es imposible que cada chileno honesto, cada chileno digno, no sienta hervir su sangre, no sienta arder la más profunda indignación ante los hechos que han ocurrido en su país y ante el ejemplo del presidente Allende, ante el ejemplo de los combatientes que cayeron junto a él.

¡El presidente Allende ha sintetizado lo mejor del patriotismo, del valor, del honor y del espíritu combativo del pueblo chileno!

Los cubanos no tuvimos esa bandera extraordinaria el 10 de marzo.

Los fascistas dicen que hay paz en Chile después del 11 de septiembre. Pero si hubo un 11 de septiembre, como en Cuba hubo un 10 de marzo, ¡en Chile habrá también un 26 de julio y en Chile habrá también un Primero de Enero!

Cuando nosotros llegábamos aquí y contemplábamos esta impresionante, gigantesca multitud, cuando escuchábamos el himno de Chile y el himno de Cuba, cuando un millón de personas eran capaces de guardar un silencio absoluto en memoria del presidente Allende, y en esos instantes de emoción, de profundo cariño y de respeto hacia el pueblo chileno, pensábamos que también algún día ellos reunirán multitudes como ésta en un pueblo sin explotadores ni explotados, en un pueblo en que Fuerzas Armadas y pueblo sean una misma cosa, en un pueblo también armado como nosotros, en un pueblo también unido como nosotros, en un pueblo organizado como nosotros y con un nivel de cultura política como el pueblo cubano de hoy, sin latifun-



distas, sin esbirros, sin explotadores de ninguna índole, sin fascistas, sin prensa burguesa, sin un solo radio, sin un solo medio masivo de divulgación que no esté en manos del pueblo; en un Chile sin Parlamento burgués, sin pacto de Río de Janeiro, sin maniobras conjuntas, y teníamos la convicción de que el pueblo chileno lo logrará, por su espíritu revolucionario, por sus virtudes cívicas, por su entusiasmo, por su calidad humana, por su valor; estábamos seguros de que de la misma forma en que lo ha logrado el pueblo cubano lo logrará también el pueblo chileno, y además porque representamos la causa justa, la causa del porvenir, la causa de la liberación de los pueblos, porque las fuerzas progresistas se desarrollan y crecen en todo el mundo y el imperialismo declina.

Nosotros vimos declinar el imperialismo en este continente, nosotros inciamos el declinar del imperialismo en este continente ¡Y nuestros pueblos verán el fin del imperialismo en este continente!

Y nuestro pueblo será solidario con el pueblo de Chile, y le dará toda la ayuda que esté al alcance de sus manos, en todos los terrenos.

Y si un día fuimos capaces de arrancarnos el azúcar de nuestra cuota para dársela al pueblo chileno, ¡estaremos dispuestos a arrancarnos hasta el corazón por ayudar a la revolución chilena!

Nosotros tuvimos fe, tuvimos confianza en el presidente Allende. Todo nuestro pueblo confió en él. Todo nuestro pueblo estaba íntimamente convencido de su integridad, de su valor, de que sabría morir defendiendo su puesto. ¡Y el presidente Allende no le falló a su pueblo chileno, no le falló a su pueblo cubano! ¡Del mismo modo, el pueblo chileno no le fallará al presidente Allende! ¡Los revolucionarios chilenos no le fallarán al presidente Allende! ¡Y sobre todo, escucharán sus llamados a la unión más estrecha para llevar adelante la lucha libertadora! ¡Y el pueblo cubano no le fallará a su amigo leal, a su amigo heroico, a su compañero, a su hermano de lucha, el presidente Allende!

¡Gloria eterna a Salvador Allende junto al Che, junto a Martí, Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Morelos, Hidalgo, Juárez y todos los grandes hombres que consagraron sus vidas a la libertad de este continente.

¡El pueblo chileno aplastará al fascismo!

¡Patria o muerte!

¡Venceremos!

SALVADOR ALLENDE GOSSENS

Nathaniel Davis. Embajador de EE.UU en Chile durante el gobierno del presidente Allende.



¿Qué tipo de hombre era Salvador Allende? Durante mis dos años en Chile vi al Presidente con bastante frecuencia, ya que me reunía con él cada dos o tres semanas por una u otra razón. Nuestros contactos fueron desde una inauguración en la que alegremente nos metió al embajador chino y a mí, uno a cada lado junto a él en el asiento trasero de su pequeño automóvil chileno, hasta el funeral de su amada hermana Inés, en el que sufrió amargamente. Le presenté astronautas, generales, almirantes y políticos americanos. Una vez me senté con él en una pequeña mesa redonda mientras nuestro anfitrión, el embajador mexicano, ejecutaba admirablemente el baile del sombrero. Habíamos conversado en innumerables recepciones, con cócteles de pisco en la mano, y también hubo encuentros serios en los que tuve que darle noticias desagradables sobre asuntos del cobre y de la "ITT". Y hubo muchas más ocasiones de encuentro, aunque un embajador norteamericano realmente no puede aspirar a ser amigo íntimo de un presidente marxista latinoamericano. Pero el contacto personal no fue mi único medio de información sobre el Presidente Allende, ya que

él dominaba la escena chilena y muchas de las conversaciones políticas entre chilenos y diplomáticos eran sobre él.

Allende tenía cualidades humanas extraordinarias y atractivas. Había manejado el negocio de la política durante casi cuarenta años y prácticamente no se había hecho ningún enemigo en el proceso. Tenía un instinto social y socializante por su personalidad política duradera y de gran categoría. Su elasticidad y su energía eran fenomenales, y siempre mantuvo un horario exhaustivo a pesar de su dolencia cardíaca crónica y problemas inevitables de más de sesenta años de vida. Pedro Ibáñez, un senador de un partido nacionalista de derecha, comentó tras la muerte de Allende: "Allende fue un político al estilo antiguo... leal a aquello que le daba su apoyo político..."

"En privado era afectuoso y amable... En los cuarenta años que le conocí, y a pesar de la intensidad de nuestras batallas políticas, nunca le vi actuar deliberadamente con mala voluntad o dejarse llevar por el odio y el resentimiento".

Salvador Allende, siendo como todos nosotros una mezcla de fuerzas y debilidades humanas, no tenía una personalidad endeble, y los que le conocieron lo sabían muy bien. Después de su muerte, Germán Picó, un viejo amigo



¿Era Salvador Allende un demócrata? ¿Quería verdaderamente llevar a Chile al socialismo a través de medios institucionales? ¿Era sincero cuando en mayo de 1971, presentó su visión de la “vía chilena” en su comparecencia ante el congreso? Creo que la respuesta es sí: Allende deseaba todo eso. Más de veinte años atrás, en 1948, Allende había criticado la restricción que hacían los soviéticos de la libertad individual y la negación de los “derechos que nosotros consideramos inalienables del hombre”.

suyo, propietario del diario Santiaguino La Tercera, dijo: "Allende era muy íntegro y fuerte, casi arrogante". Ibáñez lo dijo con otras palabras: era "tenaz y ambicioso".

¿Era Salvador Allende un demócrata? ¿Quería verdaderamente llevar a Chile al socialismo a través de los medios institucionales? ¿Era sincero cuando en mayo de 1971, presentó su visión de la "vía chilena" en su comparecencia ante el congreso? Creo que la respuesta es sí: Allende deseaba todo eso. Más de veinte años atrás, en 1948, Allende había criticado la restricción que hacían los soviéticos de la libertad individual y la negación de los "derechos que nosotros consideramos inalienables del hombre". Durante los años siguientes la mayoría de las posiciones que tomó hicieron justicia a esta constatación. No obstante, era solamente el camino hacia el socialismo lo que Allende quería hacer democrática e institucionalmente. No podía concebir la posibilidad de que los chilenos volvieran a llevar a las instituciones capitalistas y explotadoras al poder. Una vez que "el pueblo" asumía el poder por completo. Allende creía que seguiría mandando.

Salvador Allende tenía otra importante convicción política que había surgido de su experiencia y la de sus compañeros izquierdistas durante la presidencia de Gabriel González Videla, del Partido Radical. Este había sido elegido en 1946, con el apoyo comunista a una candidatura del Frente Popular y había incluido a tres comunistas en su gabinete. No obstante, en 1947 destituyó a estos ministros y declaró ilegal su partido el año siguiente, confiando en las fuerzas centristas y antizquierdistas para continuar gobernando. Ninguno de estos líderes izquierdistas olvidó lo que consideraron la traición de González Videla a las fuerzas progresistas chilenas. Allende tenía esta experiencia en mente cuando entró en las negociaciones que dieron como resultado su propia selección, como el abanderado de la Unidad Popular en 1970. De hecho, prometió "consultar" a los partidos de la UP respecto a las decisiones importantes si era elegido, otorgándoles prácticamente un derecho de veto

político. Allende tenía la absoluta determinación de no pasar a la historia como un nuevo González Videla.

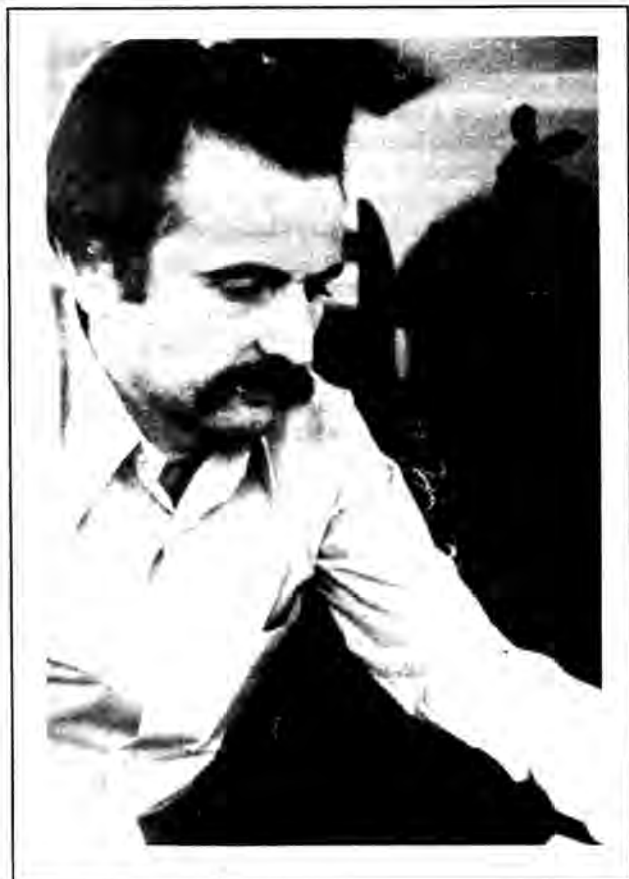
Otro elemento de la filosofía política de Allende era su relación con la francmasonería chilena, aquel poderoso imán de fidelidad de los círculos latinoamericanos. Su abuelo Ramón Allende Padín había sido un serenísimo gran jefe de la Orden Masónica Chilena, y Allende se unió a la logia de Valparaíso unos cinco años después de que contribuyera a la fundación del Partido Socialista chileno en 1933. Sus oponentes políticos utilizaban la ya demostrada incongruencia entre los principios marxistas y los masónicos para atormentar a Allende, pero él permaneció leal a ambos compromisos a lo largo de su vida y defendió enérgicamente su compatibilidad. Los lazos masónicos de Allende obstruyeron en más de una dirección e influenciaron su suerte política de varias maneras. Para muchos líderes y votantes del Partido Radical supuso un lazo de hermandad, pero provocó las sospechas de los demócratacristianos y de otros católicos comprometidos.

Sus enemigos podían señalar, con razón muchos de sus errores. Participó activamente en un gobierno tramposo y toleró la violación de las libertades, leyes y constitución chilenas. Su "muñeca" y su tendencia a incumplir los acuerdos, su voluntad de dejar que se hicieran los trabajos sucios, su hipocresía, todo esto formaba parte de Salvador Allende. Pero también fue llamado por algunos "el primer soñador de la República", y tenía sueños maravillosos, elevados. Su aspiración era conseguir un Chile mejor, feliz y la felicidad de sus compatriotas. No solamente de forma personal, sino también por su sentido político desinteresado. Allende amaba a las mujeres y niños de Chile y había trabajado toda su vida para su bienestar y felicidad. En todo momento mostró grandes cualidades personales, generosas y admirables. Pocas personas son enteramente coherentes en sus puntos de vista, y Salvador Allende revelaba más contradicciones que la mayoría. Sin embargo, fue un líder extraordinario y un ser humano profundamente notable.



MURIO EN SU LEY

Regis Debray. Polítologo francés. Autor de varios libros sobre política latinoamericana.



“Murió en su ley” se dice en español lacónicamente para rendir homenaje a aquellos a quienes la muerte no los toma de sorpresa. Extraña ley para un reformista, un adepto del compromiso y del diálogo, gustador de la vida, además. Sus pares en política, sus predecesores en la derrota —Arbenz, Goulart, Torres y tantos otros— no nos habían habituado a este tipo de salida. Por lo tanto es necesario decir ahora que el hombre iba de verdad, que era auténtico. Mañana será necesario hablar de política y hacerlo exhaustivamente; por el momento lo que quiero es saludar al hombre que fue mi amigo. No es una cuestión de personas, dirán algunos. Sí, hoy sí lo es.

Fidel, el “Che”

En él la voluntad vibraba más alto que las ideas. Salvador era principalmente un hombre de corazón, para quien todo lo que esta palabra implica —valor, rectitud, fidelidad,

Chile: los mil días de Allende. Colección fascículos del Camello No. 1 Caracas, 1973.

emoción—, contaba más que el resto. Un hombre que te hablaba de “tú” desde el primer momento y era necesario frenarse para no nivelarse con él. Todos admiraban en él al animal político, pero este era su doble, su papel, su imagen fatídica que lo hacía amargo por ratos. El tenía de sí mismo una imagen muy diferente y que guardaba en secreto, desarmante y desarmada. Movidito por un sentimiento infantil, testarudo y terco de “lo que se hace” y de “lo que no se hace”, de lo noble y de lo vil, él se veía como caballero de la esperanza, como Robin de montañas.

El había soñado con algo más y no aceptaba el tener que renunciar a su sueño, los militares le arrancaron concesiones verbales en el curso de los últimos meses, pero los enfurecía cuando engavetaba los decretos que mantendrían al M.I.R. fuera de la ley. La ley dice que un reformista rehén del poder burgués, debe tarde o temprano hacer fuego contra el pueblo para hacerle el juego a la burguesía. El quería ser la excepción y lo fue. En 1972 cuando la policía tiró sobre los habitantes de una población y mató a un obrero, él llegó al barrio al día siguiente por la mañana, solo y sin guardia, para presentar sus excusas a los “pobladores” y para explicarse hombre a hombre con ellos.

Algún día será indudablemente necesario (aunque sus enemigos saquen ventaja de ello) decir todo lo que este hombre hizo para salirse del carril que conducía la revolución armada continental que, sin embargo, lo atraía fuertemente, aun cuando su espíritu la rechazaba. Como presidente del Senado se jugó varias veces su porvenir político por ayudar y algunas veces salvar materialmente a personas clandestinas, con dificultades dentro de su propio país. Personalmente recogió a los escapados de la guerrilla boliviana, quienes habían atravesado los Andes a pie, perseguidos por toda la policía continental y los condujo a la isla de Pascua. Para la gran prensa chilena estos hombres eran "bandidos" y "terroristas sin patria".

Como presidente de la República arriesgaba su presente: no hay guerrillero latinoamericano que habiéndose dirigido a él no hubiese recibido los medios solicitados. Por ejemplo, y para limitarse a los hechos conocidos, él hubiera preferido cien veces más que la Argentina, de la cual dependía para solucionar necesidades vitales como el suministro de trigo y carne, le declarara la guerra, antes de devolver a la dictadura militar los refugiados de Trelew hace un año. Cosa de honor, de principio. El "Che" supo toda su vida que podía contar con él, a título personal, para cualquier cosa, incluso como portador de maletas, como en efecto lo fue.

Al salir de su oficina deseaba respirar un aire distinto. Tenía necesidad de contradecirse, repartirse entre sus objetivos políticos reales, y ciertos "ideales del yo" de los cuales no quería ni podía desprenderse. Una palabra de aliento de Fidel o una mirada de reproche de "Tati" su hija Beatriz (militante revolucionaria desde tiempo atrás comprometida en duras tareas y quien dirigía la secretaría de La Moneda), tenían para él mucha más importancia que una moción del congreso o una resolución de un comité central.

Yo vi por última vez a Salvador el Domingo 19 de Agosto. Me había invitado, antes de mi viaje a Cuba, a pasar el día con él en su casa de campo, con toda la familia y una media docena de amigos, entre los cuales siempre se encontraba el "perro". Bello día de invierno entre los árboles, con fuego en la chimenea y vino rojo. Estaba, como todos los días, jovial, cálido, relajado. Siempre igual a pesar de la crisis. Hacia el fin de la mañana se lee y se comenta la prensa (ya no había otra manera de informarse) y Salvador descubre en ese momento que el "New York Times" traía el viernes un recuento bastante detallado de una crisis en el seno de la armada de aire, la cual en efecto se produjo el sábado...

Un honorable corresponsal del periodismo de la C.I.A. sabía, evidentemente, mucho antes que el presidente, las intenciones de los militares. Furioso, Allende exige que desde el lunes se identifique y localice al "periodista". Pero el lunes se encontró con una serie de cosas nuevas que había que hacer; otro general que renuncia, otro golpe que dismantelar y el "periodista" impunemente continuará su trabajo. Después del incidente del periodista, Salvador de excelente humor, llama a algunos de entre nosotros para hablar en grupo alrededor de un camembert y nos cuenta sus entrevistas del día anterior con el general golpista. A quien para tratar de neutralizar había nombrado ministro de Transporte. Interroga, toma notas y madura un plan para el día siguiente.

Un poder político sin ningún aparato de coerción física, no es más que un poder sobre el papel; para arrestar a un terrorista de Patria y Libertad, para requisar un camión, era

necesario "Un destacamento especial de hombres armados", como dice Engels, es decir un aparato de Estado. Este no obedecía desde hacía ya varios meses y se deslizaba hacia la insubordinación declarada. ¿Cómo pedir a un aparato de Estado creado y dirigido por la burguesía que reprima a miembros de la clase que le ha dado origen y legitimidad? Allende veía desaparecer todos los medios de gobernar, consolándose en su soledad con puñetazos sobre la mesa con monumentales regaños a los generales a quienes hacía pasar uno tras otro por su despacho. Cualquiera otro que no fuese él hubiese caído hacía mucho tiempo. El era el último de la pollada y mantenía en pie un poder que no existía, mostrando un aplomo, una fuerza que no poseía. Pero él era rey, estaba desnudo, esto tenía necesariamente que terminar por saberse.

"Tu halagas mi vicio"

Enervación fúnebre o entercamiento sarcástico. Allende se aferraba con flema de jugador de ajedrez, a esas maniobras tácticas que cada día tenía que rehacer. Yo no me atreví y nadie lo hizo a preguntarle ¿Para qué? ¿Cuál es la estrategia de todo esto?. Eso hubiera sido de mala ley. Todos sabíamos que se trataba simplemente de ganar tiempo para organizarse, para armarse, para coordinar los aparatos militares de los partidos de la Unidad Popular. Carrera contra reloj que era necesario seguir semana tras semana.

Después del almuerzo de aquel domingo nos acostamos tranquilamente a dormir la siesta y jugamos una partida de billar con abundantes palmadas en la espalda y algunos chistes. A las siete de la noche Allende se fue a Santiago donde lo esperaba un consejo de ministros. "Adiós. Saludos a los amigos. Marcho a Argelia dentro de 10 días". El deseaba ir costara lo que costara. Nada alteraría su calendario, ni siquiera el hecho de haber desbaratado el golpe del sábado y de tener que enfrentarse al del lunes.

El no se engañaba con la fraseología del "poder popular" y no quería cargar con la responsabilidad de millares de muertos inútiles: la sangre de otros le causaba horror. Por esto se hacía el sordo ante su pardito socialista que lo acusaba de andar con rodeos y lo empujaba a pasar a la ofensiva. "La mejor manera de precipitar el enfrentamiento y volverlo, inclusive sangriento, — me decía al día siguiente Altamirano, exasperado por las maniobras de Allende—, es dejarlo solo".

"¿Desarmar a los complotistas? ¿Cómo? respondía Allende. Denme primero las fuerzas para hacerlo". "Movilízalos" le decían de todas partes. Era verdad que allá arriba en las superestructuras, él patinaba, dejando al pueblo sin orientación ideológica ni dirección política "solamente la acción directa de las masas parará el golpe de Estado. ¿Cuánta masa es necesaria para detener un tanque? preguntaba Allende.

Segunda referencia para Allende: no decaer ante la historia, no degradar la imagen que él se hacía de sí mismo y que deseaba dejar después de su muerte. En definitiva, no ceder, ante el chantaje militar, no ceder en los puntos esenciales del programa. Pero para mantener el honor era necesario arriesgarse a la guerra y para evitar la guerra, era necesario el deshonor. Allende se negó a escoger, creía todavía, o aparentaba que creía, que sus dos deseos fundamentales no eran contradictorios.



Los jefes de estado no tienen amigos. Otra admirable inconsecuencia, Allende tenía amigos y un sentido del afecto inexplicable y más poderoso que cualquier divergencia política. Era fácil llegar a ser su íntimo y en este caso sus relaciones eran de carácter tormentoso, exigente, pleno de resquemores y de pequeños pleitos rencorosos, inevitablemente seguidos de grandes reconciliaciones. Este hombre que en público se cuidaba mucho de las apariencias y era celoso de sus prerrogativas, tenía la religión de la franqueza y del calor de otros hombres. La libertad de expresión era total en su presencia.

La pasión del honor. La lealtad. La nobleza. La integridad. A esto se le llama "hombria". Intraducible. Salvador Allende era "un caballero" Como se dice en francés. En francés algo así como un Grand Monsieur. Valores en desuso, un poco ridículos, de otra época, quizás. Pero que fueron pagados de contado. Era necesario que este gran señor llegara al final de su tiempo y de su papel para abrir el paso a los tiempos modernos y crudos de la revolución que tendrá que hacerse de ahora en adelante con dolor y con sangre. He aquí la hora de los hornos. Esta será larga.

ALLENDE DESDE MEXICO

Socorro Díaz Palacios. Licenciada en Periodismo. Directora del diario El Día, Senadora de la República, dirigente nacional del Partido Revolucionario Institucional.



Con la honrosa representación de nuestro partido asistimos a este acto de firme y renovada combatividad a expresar la solidaridad activa y militante de los grandes sectores nacionalistas, progresistas y democráticos de México con la lucha creciente, llamada al triunfo, del pueblo de Chile.

Bajo la invocación de la figura luminosa y ejemplar del presidente mártir de América, del compañero presidente Salvador Allende, venimos hoy a ratificar compromisos solidarios y a reflexionar juntos en torno al presente y al futuro de los pueblos que habitan esta América nuestra.

Hace nueve años la traición facciosa y la intervención extranjera cegaron en el Palacio de La Moneda, la vida de un hombre cuyo nombre es historia. Símbolo de las luchas sociales de América Latina, combatiente por las causas que son comunes a todos los países que han padecido la impronta del colonialismo, de la expoliación de su riqueza humana, del saqueo de sus recursos naturales, Salvador Allende, encarnación del poder popular democrático de su Patria, emprendió un camino de transformación revolucionaria

Discurso; Homenaje a Allende, México DF. IX-1982. Cuadernos de Casa de Chile No. 35, México, 1982.

que no está cancelado. Está y seguirá vigente mientras los pueblos del mundo, en especial los del continente, padezcan el atraco, la opresión, las desigualdades y la injusticia.

Para los pueblos latinoamericanos en general, y el pueblo de México, en particular, los esfuerzos del gobierno "popular, nacional democrático y revolucionario" que encabezó Allende resultan extrañablemente comprensibles y cercanos. Somos producto de circunstancias históricas comunes y enfrentamos retos similares.

La concepción de Allende

En el liderazgo político e histórico de Salvador Allende, consolidado mediante un proceso electoral ejemplarmente democrático, aparece como signo inequívoco el afianzamiento, la expresión de la soberanía popular. Por voluntad soberana de su pueblo, único depositario de la soberanía nacional, Allende asumió constitucionalmente la Presidencia de su país con el compromiso de convertir en realidad, mediante acciones concretas, el programa de la unidad Popular.

Contra las visiones reduccionistas, la estrategia sostenida por el presidente Allende planteó como meta superior lograr la plena liberación social y nacional del pueblo chileno, porque está claro que en nuestros países la lucha por la justicia social está ineludiblemente vinculada a la lucha contra el expansionismo económico y las prácticas de dominación de la potencia hegemónica del continente.

En esta concepción clara se fincan los lineamientos fundamentales de su programa de gobierno. Al profundo, sincero nacionalismo capaz de rescatar para la soberanía popular las riquezas fundamentales del país, se agregó un importante ciclo de reformas profundas, encaminadas a abatir las desigualdades en el reparto de los frutos nacionales. Se trataba de limitar los privilegios de una minoría, atemperar la pobreza de los más y salvaguardar los intereses generales de la nación y del pueblo. De esta manera se plantearon los imperativos de combatir la acción lesiva de los monopolios que asfixiaban la economía chilena, de llevar adelante una sólida reforma fiscal, de romper la columna del latifundismo, mediante una reforma agraria que diere tierra y trabajo a los campesinos; se estableció, también, la conveniencia de nacionalizar los bancos.

El proceso de cambio revolucionario postulado por el presidente Allende tiene un sentido radical. Radical en su más exacta connotación etimológica. De acuerdo a su pensamiento, todo proyecto nacional de desarrollo es afán que corresponde delinear a cada pueblo, debe ser producto de una reflexión propia. Con raíces firmemente hincadas en la historia chilena, en la experiencia chilena, el camino que decidió recorrer para lograr que Chile dejara de ser —según sus palabras— un país rico con un pueblo pobre, para que fuera un país independiente con un pueblo próspero, fue el de las reivindicaciones nacionalistas y populares, en un marco respetuoso de la voluntad democrática, del pluralismo y de la libertad.

Propugnó la construcción de una nueva sociedad justa, democrática, independiente, en la que el valor de estos conceptos no apareciera gastado por el uso abusivo de las palabras que no están respaldadas con actos. A la sociedad que buscó modificar la caracterizó con rigor, en México, durante la visita de Estado que hizo en 1972. El imperativo es construir una sociedad diferente a la actual —dijo—, donde “hay violencia institucionalizada, cuando un madre tiene un hijo que se muere en sus brazos y no tiene atención médica, cuando los campesinos no pueden enseñar o hacer que se les enseñe a sus hijos, cuando el anciano no tiene una pensión que le garantice las últimas horas de su vida”.

Coincidencias innegables

Puede afirmarse, con objetividad, que la solidaridad decidida del pueblo y el gobierno de México con la dura lucha que encabezó el presidente Allende y mantiene, en medio de vicisitudes y dramas y esperanzas, el pueblo de Chile encuentra su raíz profunda en coincidencias innegables en cuanto a valores, aspiraciones y metas.

Aquí en México, los postulados fundamentales de nuestro partido, fincados en los valores del nacionalismo revolucionario, la libertad, la democracia y la justicia social están de pie y en marcha, vigorizados, renovados y puestos al día después del intenso período de consulta popular, propio de la campaña electoral recientemente terminada.



“Al concluir un proceso que conduce una vez más a México a la transmisión institucional y pacífica de los mandos de la República”, el presidente electo de México, Miguel de la Madrid, ratificó los compromisos de su programa electoral y precisó apenas antier: “México votó mayoritariamente por una sociedad más igualitaria. No cejaremos en nuestro empeño por avanzar en esa dirección. Combatiremos con la ley y con las acciones del gobierno todas las desigualdades que debilitan a la nación y que nos apartan de nuestro proyecto histórico. Sé bien que la libertad y la democracia requieren de una sociedad más justa”.

La voluntad de vivir y de luchar de México se reafirma en medio de circunstancias internacionales de enorme gravedad, pero también de esperanza. No resulta aconsejable fatigar a una asamblea integrada por ciudadanos informados y observadores atentos de la realidad nacional, continental y mundial haciendo un recuento de los signos ominosos y los impulsos vitales que caracterizan la vida política y económica de nuestro tiempo. Cuando mucho vale una referencia sintética.

La violenta embestida contra los propósitos nacionalistas, democráticos, justicieros y libertarios de numerosos pueblos del Tercer Mundo tiene como punto de partida a Chile, 11 de septiembre de 1973, también en los primeros años setenta se inicia la llamada “guerra económica”. Hoy asistimos al resquebrajamiento del orden económico internacional impuesto por Estados Unidos en su calidad de triunfador de la II Guerra Mundial. Presenciamos los esfuerzos para asfixiar la distensión internacional que empezó a disfrutarse en la década de los sesenta. Advertimos en contrapunto los renovados impulsos populares y una resistencia generalizada al propósito de colocar al mundo, otra vez, al borde del abismo. La contradicción es explicable. Los pueblos no pueden, no deben resignarse a un futuro de hambre y guerra. Exigen legítimamente pan, paz, trabajo y vida.

Un registro riguroso de todos esos hechos reales y encontrados aparece en la realidad mexicana de los últimos meses. El gobierno de la República que encabeza el presidente José López Portillo ha debido actuar desde hace alrededor de un año bajo el peso de dos fenómenos que eviden-



cion las distorsiones y los atropellos de un injusto orden económico internacional que privilegia los intereses de los países que más riquezas han acumulado y castiga al gran número de naciones y de pueblos que llegaron tarde a la revolución industrial y han vivido luchando contra las rémoras del colonialismo, de la opresión, de la expoliación de sus riquezas humanas, del saqueo de sus recursos naturales. El gobierno de la República enfrentó, en plazos acelerados, el derrumbe de los precios de las materias primas —el petróleo, la plata, el café, entre otras— y el alza desmesurada de las tasas de interés en los mercados económico y financiero internacionales.

Al mismo fenómeno se refería el presidente Allende, ante los estudiantes del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara, cuando reflexionaba en términos sencillos: "somos países productores de materias primas e importadores de artículos manufacturados, vendemos barato y compramos caro... Somos países en donde el gran capital financiero busca, y encuentra, por complacencia culpable muchas veces de gente que no quiere entender su deber patriótico, la posibilidad de acrecentarse... Somos países ricos potencialmente y vivimos como pobres. Para poder seguir viviendo, pedimos prestado. Pero al mismo tiempo somos países exportadores de capitales..."

Chile no está tranquilo

Hemos sido y seguiremos siendo aliento fraternal de las fuerzas políticas democráticas y revolucionarias de Chile que luchan por restaurar la democracia política, económica y social en su Patria. Al margen de los juicios subjetivos estamos ciertos —y aquí evocamos a Juárez, héroe antimperialista y victorioso— que el triunfo histórico de la reacción neofascista es moralmente imposible. La banda armada que tomó por asalto el poder en Chile no sólo está cubierta de desprestigio y de oprobio, también ha demostrado la incapacidad, la ineficiencia, la debilidad de los grupos de fuerza para cumplir la responsabilidad de conducir a una nación y a un pueblo. Está claro: se gobierna con el pueblo, por el pueblo, para el pueblo; no sin el pueblo o todavía más contra el pueblo.

Son nueve años de tiranía. También de resistencia y de lucha. Chile no está tranquilo y no puede estarlo. El dictador está intranquilo y tiene motivos suficientes para no encontrar paz en las calles y en la conciencia. El pueblo vive la efervescencia de la ira y la rebelión, y le asiste la razón y el derecho. El grupo autonombrado de reconstrucción nacional ha cometido a la nación y al pueblo de Chile, una lista interminable de agravios, que empiezan con la puesta en venta, literalmente, del país en su conjunto, que pasan por la represión sistemática y generalizada que ha causado decenas de miles de muertos y más de un millón de chilenos en el exilio y concluyen con la miseria y la explotación inícuca de los trabajadores.

Ha fracasado el modelo económico libreempresista aplicado con recetario por los alumnos ortodoxos de Friedman, ha fracasado el terror ejemplarizante que implementó la mano armada —las fuerzas populares y democráticas se

han reorganizado—; ha fracasado la intentona de imponer, a punta de cañones, la paz, el orden y el progreso. Aquí se cumple la frase atribuida indistintamente a Talleyrand y a Napoleón. En Chile, el militarismo antipatriótico y antipopular, plaga de América Latina, ha empezado a aprender que "para todo sirven las boyonetas, menos para sentarse en ellas". Tiene, pues, ese militarismo antipatriótico y antipopular en América Latina un presente difícil y carece de futuro.

Hemos aprendido mucho

La actividad política, la lucha democrática, es de suyo aprendizaje, autocrítica, experiencia y reafirmación. Tenemos la certidumbre de que los errores internos de apoyo y conducción por parte de las fuerzas revolucionarias no fueron —a menos que quieran magnificarlos— el factor determinante para retrasar el gran proyecto político de Salvador Allende. Resulta indiscutible el papel que jugó la presión económica, política y social ejercida, fraguada, organizada desde el exterior. La capacidad intervencionista fue más fuerte en la mayor parte de los casos que la organización, la eficiencia y la oportunidad de la voluntad solidaria.

De todo esto hemos aprendido. En los últimos años se han dado pasos relevantes para fortalecer y defender la democracia en el área latinoamericana. Mantener y ampliar los instrumentos de coordinación y solidaridad es imperativo. Lo exigen los principios vertebrales del derecho internacional que México defiende y sustenta de autodeterminación de los pueblos, de no intervención, y solución pacífica de las controversias. La Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, cuya presidencia y secretaría ejecutiva corresponden a dirigentes de mi partido, el Partido Revolucionario Institucional de México, y el Parlamento Latinoamericano, son posibilidades y paradigmáticas.

Las fuerzas nacionalistas, democráticas y revolucionarias del continente estamos enfrentadas a dificultades prácticamente inéditas pero también a grandes posibilidades de avance y de victoria. Con similitudes y diferencias los caminos del cambio histórico están abiertos para cada pueblo, de acuerdo a su circunstancia.

Para varias generaciones de latinoamericanos el ejemplo de Salvador Allende es llamado a la conducta consecuente, al establecimiento de compromisos indeclinables, a la defensa de principios y programas con palabras y con hechos. El 5 de noviembre de 1970, al día siguiente de su toma de posesión como Presidente Constitucional de Chile, el dirigente que hoy nos convoca y congrega en homenaje mercedísimo, afirmó, con voz que hasta nosotros llega:

"Tienen por eso el deber de dar impulso a nuestro avance

- Conviertan el anhelo en más trabajo
- Conviertan la esperanza en más esfuerzo
- Conviertan el impulso en realidad concreta".

Sabía el líder político, el luchador social, el estadista, que sólo así se abrirán las grandes alamedas para que transite el hombre nuevo.

ALLENDE: UN GIGANTE DEL PENSAMIENTO Y LA ACCION

José Díaz. Secretario de Relaciones Internacionales y Diputado del Partido Socialista Uruguayo; Secretario General de la Coordinación Socialista Latinoamericana con sede en Montevideo.



La última vez que conversamos con el compañero Salvador Allende, nos recibió, primero en La Moneda y luego, largamente, en su casa particular, dos lugares bombardeados puntual y ferozmente, por las fuerzas militares fascistas que acababan de dar un cruento golpe de estado en Chile.

Lúcido, llano, socialista, amigo, compañero, profundo conocedor de su país y de América Latina, todo lo nuestro le interesaba vivamente.

En esos días —febrero del pasado año— estaba recibiendo con enorme entusiasmo, los detalles de un invento de técnicos rumanos, de gran valor para la explotación del cobre chileno.

Pero su interés mayor, en la extensa conversación anterior y posterior a la cena, era explicar los resultados de su reciente viaje por América Latina, en un itinerario que lo llevó a Perú, Ecuador, Colombia y Argentina.

Si lo primero nos reiteraba la imagen de un Allende, formidable, conductor socialista chileno, lo segundo nos descubría su estatura de incomparable estratega latinoame-

ricano, el hombre de visión más completa y certera sobre América Latina que hayamos conocido.

Fundador en 1933 del Partido Socialista —uno de los más jóvenes partidos hermanos pero el más poderoso de nuestro continente—, junto a Eugenio Matte Hurtado, Marmaduke Grove —efímero presidente socialista—, Eugenio González, Oscar Schnake y otros, dentro de él ocupa todos los puestos de una larga y fecunda militancia, y reconoce en él, cuanto ha significado en la ascendente lucha revolucionaria del heroico y querido pueblo chileno.

Secretario de núcleo, dirigente intermedio, Secretario General del Partido Socialista, lo representó brillantemente como diputado primero, y senador después, desempeñándose como presidente de la cámara de Senadores durante, la administración de Frei.

En 1937 ocupa por primera vez, un escaño parlamentario, iniciando una larga carrera de hombre público al servicio del pueblo, que lo convertirá a través del tiempo, en el líder de masas más importante de Chile y en uno de los más grandes caudillos antimperialistas latinoamericanos.

Fue uno de los propulsores del Frente Popular en los años 30, frente que lleva al maestro y estadista don Pedro

Aguirre Cerda a la Presidencia de Chile en 1938. Allende fue su Ministro de Salubridad en 1939, cuando tenía sólo 31 años de edad. Fue un gran Ministro: crea los Servicios Fusionados, base del actual Servicio Nacional de Salud; transforma las leyes de Seguro Obrero Obligatorio y Accidentes del Trabajo; funda hospitales, policlínicas y casas de socorro y se le ha llamado justamente, padre de la Escuela de Salubridad, base del adelanto de las profesiones médicas y paramédicas de Chile.

Durante las elecciones nacionales de 1952, 1953 y 1964 fue candidato presidencial del movimiento popular chileno, en un proceso de creciente unidad de la que fue su principal arquitecto.

Finalmente, en septiembre de 1970 es elegido Presidente de Chile, y desde allí y en sólo tres años, acomete la empresa nacional popular más profunda a favor de su patria, que en otras partes del semanario, recogemos.

Su visión latinoamericana

Conocedor de la más grande concepción del mundo y de la vida, la socialista, supo aplicarla creadoramente, a las particulares condiciones de su país y de América Latina.

En la primera mitad de este siglo, su figura alterna con la de otros líderes antimperialistas de este continente.

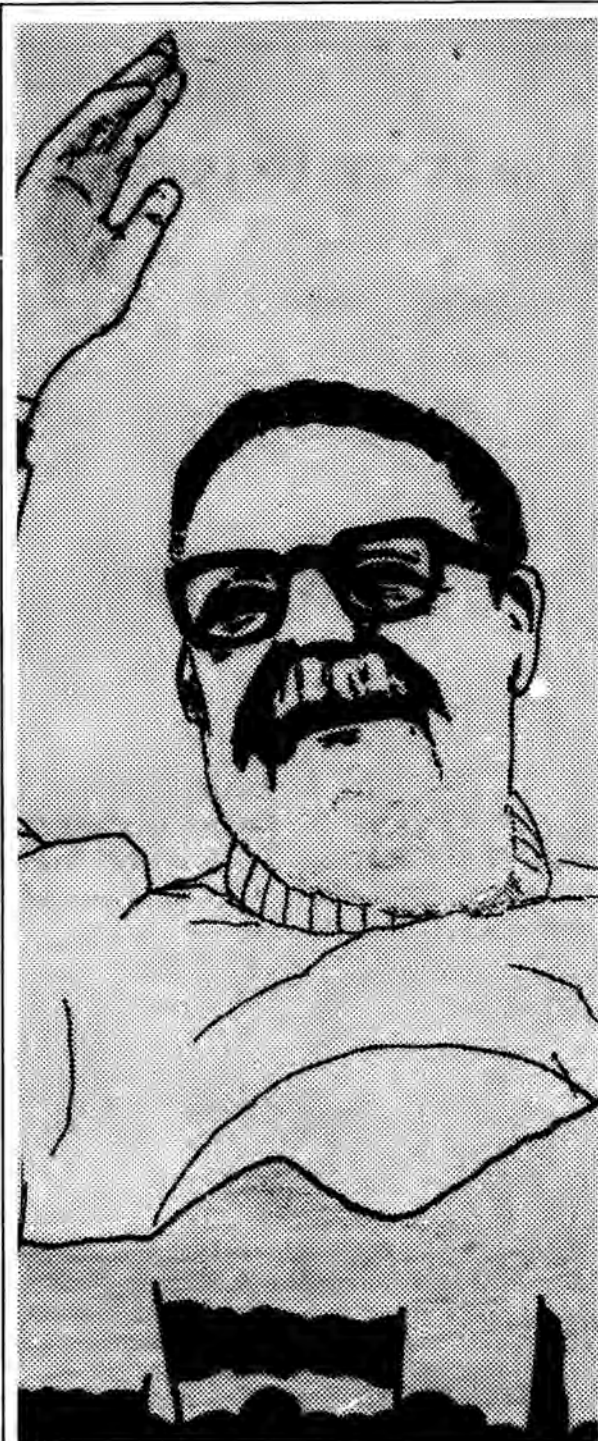
Pero a diferencia de ellos, se distinguía por la raíz socialista, anticapitalista de su antimperialismo y, por ello mismo de aquellos dirigentes, fue el único que se mantuvo consecuente hasta el minuto final, en la consecuencia suprema de ofrendar su vida, como el Che. Peleando y muriendo, por sus ideas, que es la más honrosa manera de luchar y de morir; la manera de vivir un socialista consecuente.

Y esa prosapia socialista de su antimperialismo lo identificó con los grandes luchadores y constructores del socialismo en América Latina y el resto del mundo.

Con ellos bregó en 1966 por la unidad de las fuerzas socialistas y nacionalistas en la Conferencia Tricontinental, allí lanza la iniciativa de reunir a los movimientos liberadores latinoamericanos al año siguiente y, entre ambos acontecimientos históricos, en plena Conferencia de Punta del Este, pronuncia una también histórica conferencia en nuestra Universidad, denunciando al imperialismo norteamericano y sus nuevas y modernas formas de penetración y agresión. Formas de agresión y penetración que no se escatimaron, precisamente, durante su gobierno y que, finalmente, terminaron por derribarle y asesinarle.

Recordando la claridad de su enfoque sobre la correlación de fuerzas latinoamericanas y el papel subimperialista del Brasil. La amplitud de su estrategia internacional, poco comprendida por cierta izquierda del continente, que lo llevó a fecundos contactos con Gobiernos tan disímiles como el militar —progresista de Perú y el militar — gorila de Argentina.

Pero de lo que se trataba y se trata, es de atender la desigualdad del proceso de desarrollo latinoamericano y sus contradicciones; de reconocer al enemigo principal y su forma de operar —vía Brasil— en los últimos tiempos; de unir todo lo que sea posible contra ese enemigo, sin mengua de los principios y de los propios objetivos nacionales de cada proceso revolucionario.



“Conocedor de la más grande concepción del mundo y de la vida, la socialista, supo aplicarla creadoramente, a las particulares condiciones de su país y de América Latina”



**"DETESTO
LA ARISTOCRACIA"**

O'HIGGINS

*fue derrocado y desterrado
por la derecha*

O'HIGGINS fue pueblo

O'HIGGINS es patria

**POR LA PATRIA Y POR EL PUEBLO
CONQUISTEMOS UN GOBIERNO POPULAR**

tú también decidete por el doctor

ALLENDE

Allende y el Che: Una misma consecuencia

La vida ha unido, para siempre, a estos dos gigantes de la Revolución Latinoamericana, más allá de las tácticas diferentes de los procedimientos de lucha distintos que protagonizaron.

Los dos, médicos que cambian su profesión por la más grande de todas: la de revolucionarios; los dos, abrazan la causa del socialismo y luchan y mueren por ella, dejando una herencia, la más rica y fecunda de todas: por lo que lucharon, por lo que construyeron, por lo que murieron.

Sin duda, y a partir de realidades distintas, lucharon con tácticas diferentes y emplearon procedimientos de lucha también diferentes.

Pero tuvieron un mismo objetivo estratégico: conquistar el poder para el pueblo y construir el socialismo. El Che lo logró en Cuba y fue derrotado en Bolivia. El Chicho, como con cariño lo llaman los chilenos que aún no pueden

conformarse con su muerte, lo empezó a construir en su patria, respetando las leyes del juego burgués hasta la última instancia pero poniendo sólidos puntales para una nueva sociedad que el pueblo encabezado por su clase obrera, construirá, definitivamente, y por la que están muriendo en estas horas cientos de compañeros.

Pero el traspie táctico de uno como el de otro, ni merece sus grandes aportes a la causa liberadora ni debilita aquellos irrenunciables objetivos estratégicos, ya invencibles en buena parte de la humanidad, que construye o marcha hacia el socialismo. La lucha liberadora continúa, en uno como en otro lado, por nuevos procedimientos. Y avanzará inexorablemente. Y el día en que esta sufrida y sangrante América Latina podamos construir y consolidar el socialismo, estos dos médicos y revolucionarios, soñadores y constructores del socialismo, serán, aún más que ahora, reconocidos como gigantes del pensamiento y de la acción revolucionaria de América Latina.



Presidente Allende y Ministro José Tohá dialogan con estudiantes; junto a Tohá, Alejandro Rojas, líder de la Federación de Estudiantes de Chile, FECH.

EL ASESINATO DE ALLENDE

Apolinar Díaz Callejas. Doctor en Derecho y Ciencias políticas. Ministro, senador, presidente del Comité Colombiano de Solidaridad con los pueblos de América Latina.



En el día de hoy, lo que debía haber ocurrido normalmente, era que algunos demócratas consecuentes hubiéramos dejado —para que constara en el acta de la fecha— la declaración conjunta que habíamos firmado 120 parlamentarios de distintos partidos, sobre la situación de Chile, formulando votos por el mantenimiento de la democracia y el sistema constitucional de ese país y solidarizándonos en el empeño de ese pueblo por mantener su tradición democrática.

Creo, de todas maneras, que es importante que esta declaración entre a formar parte del acta de la sesión de hoy, por lo cual me permito solicitar, respetuosamente, al señor presidente, que se inserte en el acta de la sesión de esta fecha, porque los demócratas consecuentes estamos agobiados por lo que acaba de ocurrir en Chile.

No podía ser extraño un golpe militar en Chile, cuando el *New York Times*, en la edición del 7 de marzo de este año, después de que el gobierno de Chile había logrado un gran avance en las elecciones populares, manifestó claramente, que el interés de los monopolios norteamericanos y de las

grandes corporaciones multinacionales, era el derrocamiento por la vía militar del gobierno chileno.

He traído también, para que se inserte en el acta del día de hoy, un recorte de *El Tiempo* del 7 de marzo de este año, donde se informa que el *New York Times* propone, como solución para el problema chileno, el golpe militar.

Esto, señor presidente y honorables senadores, no puede ser ajeno al interés de los colombianos, quienes hemos tenido una democracia formal, dentro de esa formalidad respetuosa de las libertades. No nos puede ser agradable lo que acaba de suceder en Chile. La casta militar ha dado un golpe contra un gobierno elegido por la vía constitucional.

Quienes hemos oído hoy la radio, hemos constatado las noticias más contradictorias. Hoy, a las diez de la mañana, alcancé a oír que la United Press anunciaba que el presidente Allende se había suicidado, después que se había entregado, después de que estaba refugiado en México, y ahora acaban de anunciar que lo encontraron muerto, porque se había suicidado.

Si esto es cierto, quiere decir, señor presidente y honorables senadores, que han “suicidado” a un presidente de



"Lo que nos importa, como demócratas, no es saber si estamos de acuerdo o no con las tesis del gobierno de Chile. Lo que a nosotros no importa es que, un gobierno elegido por la vía constitucional, puede ser derrocado por la vía de la fuerza".

América. Esto es, que lo han asesinado y esto no nos puede dejar indiferentes.

El Partido Liberal colombiano, por ejemplo, ha venido predicando que es posible lograr cambios sociales por la vía democrática constitucional, por la vía del sistema representativo. ¿Con qué autoridad moral, ética y política, le podemos decir nosotros a nuestro pueblo que puede tener confianza en nuestros partidos, porque estos son capaces de llevar al país a los cambios sociales por la vía constitucional si, cada vez que se trata de hacer un intento de esta naturaleza, lo que ocurre es que se presenta el golpe militar para impedirlo?

Lo que nos importa, como demócratas, no es saber si estamos de acuerdo o no con las tesis del gobierno de Chile. Lo que a nosotros nos importa es que, un gobierno elegido por la vía constitucional, puede ser derrocado por la vía de la fuerza.

Esto, señor presidente y honorables senadores, nos plantea un dilema filosófico de fondo, de autoridad moral y ética ante nuestro pueblo.

¿Con qué autoridad nos presentamos nosotros, a decirle a nuestro pueblo, que hay posibilidad de conseguir cambios sociales, de conseguir una sociedad mejor, más equitativa y más justa si, cada vez que se intenta, se presenta un golpe militar que impide que se cumplan esos objetivos del pueblo?

Con qué autoridad nos vamos a presentar, en estas campañas electorales en que estamos empeñados, para hablar de esa posibilidad al pueblo, si éste nos va a decir dos cosas:

Primero. Cuando eso se intentó en Guatemala, durante el gobierno de Jacobo Arbenz, también elegido popularmente, el cual aprobó una reforma agraria más tímida que la ley 135 de 1961 en Colombia, lo derrocó la United Fruit Company.

Segundo. Cuando en Chile eligen un gobierno popular por la vía democrática —por la vía electoral que es la que nosotros predicamos— también lo derroca otro golpe militar.

El senado de los Estados Unidos comprobó que la ITT estaba detrás de todos los golpes contra el gobierno de Chile para que no se cumpliera la Constitución. Y si, todo lo que nosotros predicamos, también lo derroca otro golpe militar, apoyado descaradamente desde el exterior.

Cuando aquí hay una declaración del *New York Times* donde predica como solución para Chile el golpe militar, cuando tenemos la experiencia de Guatemala y la dolorosa tragedia de Chile, ¿con qué autoridad nos vamos a presentar nosotros al pueblo, a decirle que la vía constitucional, que la vía de la legalidad, es una de las que permite resolver nuestros propios problemas?

Yo quisiera que los señores senadores meditaran sobre las consecuencias que esto va a tener. Porque no es posible que se pueda establecer la doble moral de predicar que es legítima la violencia y el sabotaje, contra un gobierno elegido constitucionalmente y al mismo tiempo, se hable de subversión ante toda demanda popular y se aplica la represión contra toda reacción popular.

No puedo dejar de señalar, por ejemplo, el caso de los tabacaleros de la Costa Atlántica. Hace apenas 8 o 10 días tuve que hacer un debate sobre estos trabajadores, que producen para la exportación tabaco, que representa para el país un ingreso de divisas equivalente a nueve millones de dólares al año. Aquí oímos, al señor Ministro de Agricultura, diciéndonos que el gobierno iba a intervenir en defensa

de los precios de los cultivadores del tabaco. Secora, una organización de la Reforma Agraria, iba a intervenir para la organización de cooperativas en defensa de los precios de los cosechadores de tabaco. Pues bien, la prensa de hoy — toda la prensa nacional— lo que registra, como respuesta a ese debate, es que han sido despachadas, a Carmen de Bolívar, a San Jacinto y San Juan, en el mismo departamento de Bolívar, las fuerzas de Infantería de Marina para reprimir los reclamos de los cosecheros de tabaco, en relación a los problemas de precios, a que están sometidos en este momento.

Entonces, señor presidente, el mantenimiento de la democracia no es un problema de un partido en Colombia. Es un problema de todos los partidos.

No es posible que nosotros nos mantengamos indiferentes ante los fenómenos que vienen ocurriendo en América Latina. El Uruguay dizque era la democracia —la Suiza de América— y está bajo dictadura militar. Del Brasil ni qué hablar, el cardenal Helder Camara nos está denunciando todos los días lo que está ocurriendo en ese país. En casi todos los demás países de la América Latina ha desaparecido el régimen representativo.

Quedaba Chile como un ejemplo de un país donde se estaba haciendo un esfuerzo histórico, por mostrar si era posible hacer los cambios sociales por la vía constitucional.

Tengo aquí la declaración hecha, apenas la semana pasada por la Conferencia Sindical de la Democracia Cristiana, el partido de oposición al actual gobierno de Chile, en donde declaran enfáticamente que están contra el golpe de estado como solución para Chile.

Tengo aquí la declaración de parlamentarios del Partido Demócrata Cristiano, en donde se manifiestan contra el golpe militar.

Entonces, ¿qué es lo que hay detrás de todo esto?

Hay una cosa muy clara: unas fuerzas reaccionarias, de tipo fascista —porque el fascismo no se acabó con la caída de Mussolini— han pretendido impedir que, por el procedimiento de la vía democrática y constitucional, se lograra la solución de los problemas de Chile.

No se necesita estar de acuerdo o en desacuerdo con el Gobierno de Chile, con su política económica, con el manejo de los problemas nacionales. Para nosotros el problema radica en saber si es posible que la democracia se cumpla hasta el final. Esa es la declaración que nosotros habíamos hecho: defender el procedimiento constitucional.

Pues bien, señor presidente, eso se acabó hoy en Chile.

No sé si a estas horas el presidente Allende está vivo o ha sido asesinado batallando en la Casa de La Moneda de Chile. Las informaciones son contradictorias. Pero hay una cosa muy singular, se anuncia primero que él se suicida, después que se entrega, luego que está en México. Bombardea la Aviación la Casa de La Moneda, entran los tanques y entran las tropas y ahora, aparece el señor Allende suicidándose ¡Qué manera tan elegante de asesinar a un presidente de América!

Si es que el doctor Allende ha muerto.

Señor presidente, ¿puede esto sernos indiferente? o ¿está, por el contrario, legitimando la violencia y la acción directa del pueblo?

No creo que tengamos autoridad para pedirle a la gente que respete un régimen constitucional y legal, cuando los poseedores de este régimen, cada vez que el pueblo trata de expresarse, lo oprimen y lo reprimen.

Si al pueblo de Chile le han negado la posibilidad de

expresarse, por la vía constitucional, quiere decir que, simultáneamente, se está autorizando a todos los pueblos de América a que se levanten y obren, en pro de sus objetivos, por cualquier procedimiento porque han sido legitimados.

Esto, señor presidente, es bueno decirlo, porque no nos podemos llamar a engaño.

Oí con profundo respeto las declaraciones del señor presidente del Senado, ante los acontecimientos de Chile, declarando que era un acontecimiento grave para la democracia en América y quiero felicitarlo por esa actitud tan erguida e independiente, frente a otras declaraciones de otros dirigentes políticos quienes afirmaban que "al fin la América se había librado de los marxistas de Chile".

A esos, quienes declaraban que la violencia, instituida en el golpe militar contra Chile, era legítima, se les puede notificar que la misma legitimidad tendrá la violencia del pueblo, contra el sistema que lo oprime y que lo explota y que lo reprime.

Señor presidente, no puedo quedarme callado —como liberal y como demócrata— en un día en que han acontecido cosas tan graves contra la democracia en América.

Aquí pasó desapercibido lo que ocurrió con Guatemala. Me acuerdo mucho de esa época, la United Fruit organizó un golpe de Estado contra el Gobierno de Jacobo Arbenz. Pues, allí está Cuba como respuesta.

Que no se hagan la menor ilusión quienes piensan que, tumbando al gobierno de Chile, o asesinando a Allende han arreglado sus problemas, porque saldrán otras Cubas y otros movimientos, para defender la independencia de nuestro pueblo.

Que no se equivoquen con esta simplicidad. Están cometiendo un error grave, se están suicidando estas clases dirigentes, cerradas y torpes, que no quieren ningún cambio social, que no quieren ninguna transformación de nuestra organización. Se están suicidando porque el pueblo responderá.

En un día como hoy, no podía olvidarme de lo que nos pasó a nosotros los colombianos. ¿Qué ocurrió después del grito de independencia de 1810? ¿Qué nos pasó, qué le pasó a los encomenderos? ¿Qué le pasó a los realistas que se hicieron la ilusión de que la llegada del general Morillo había liquidado la lucha del pueblo de América por la Independencia?

En la Iglesia de San Francisco tenemos muchas placas

en recuerdo a los fusilados por Morillo. Ahí están las placas, pero Morillo tuvo que regresar a España derrotado por el pueblo que siguió en la lucha, que siguió batallando y logró nuestra independencia.

¿Se cree acaso que la historia ha cambiado y que la gente ha cambiado?

¿Se cree que ahora las huestes militares de Chile, que han dado el golpe, mandadas y pagadas por las corporaciones de los Estados Unidos como lo ha demostrado el propio Senado de los Estados Unidos, han acabado con la lucha en Chile? No. Donde va a llevar esto, es a una mayor radicalización de la lucha en nuestros países.

Posiblemente algunos demócratas liberales, consecuentes como yo, van a quedar sin piso político, porque el pueblo ya no va a creer en nosotros como solución democrática y va a buscar sus propias vías, las vías de hecho, las vías de la revolución.

Esa puede ser una de las consecuencias, pero en buena hora que ello ocurra, si ello contribuye a la salvación y a la liberación de nuestro pueblo.

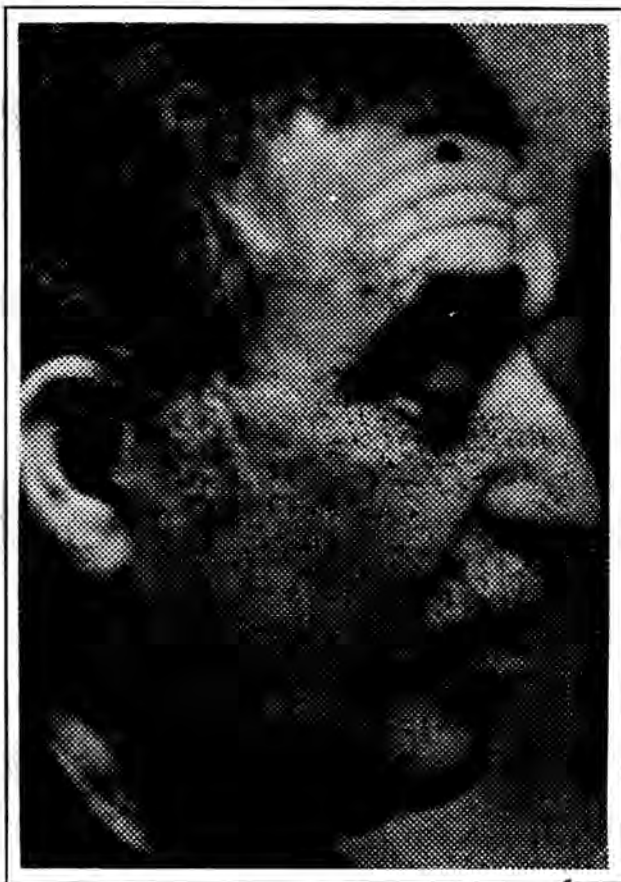
Bajo la emoción de los acontecimientos de Chile no pude acordarme sino de ese gran artista, ese gran creador que fue Goya, quien vivió y pintó la lucha del pueblo de España frente a la ocupación de los franceses. No puedo menos que señalar, en este momento, uno de sus cuadros que ustedes conocen muy bien, el cuadro del *Hombre de Chinchón*, el cual se encuentra en el Museo del Prado de Madrid. Torturado por las tropas francesas, ensartado por el recto, en un árbol, como símbolo de la represión, como símbolo de la fuerza, como símbolo del poder del ocupante. Pues el hombre de Chinchón, es el mismo hombre —ese que pintó Goya— es el que le permitió al pueblo de España derrocar al ocupante.

Y aquí, en América, que no se hagan ilusiones las clases reaccionarias. Que no se hagan ilusiones los latifundistas que andan hoy celebrando la victoria, porque un golpe militar ha tumbado o asesinado al presidente Allende. ¡Que no se hagan ilusiones! Lo que han creado es una gran provocación y le han notificado a nuestros pueblos que la lucha es legítima por todos los medios.

El *Hombre de Chinchón*, señor Presidente, se levantará en América, como consecuencia de esta indignidad de los militares de Chile.

LA ULTIMA CUECA FELIZ DE SALVADOR ALLENDE

Gabriel García Márquez. Escritor y periodista colombiano. Premio Nóbel de Literatura 1986.



A fines de 1969, tres generales del Pentágono cenaron con cuatro militares chilenos en una casa de los suburbios de Washington. El anfitrión era el entonces coronel Gerardo López Angulo, agregado aéreo de la misión militar de Chile en los Estados Unidos, y los invitados chilenos eran sus colegas de las otras armas. La cena era en honor del Director de la escuela de Aviación de Chile, general Carlos Toro Mazote, quien había llegado el día anterior para una visita de estudio.

Los siete militares comieron ensalada de frutas y asado de ternera con guisantes, bebieron los vinos de corazón, tibio de la remota patria del sur donde había pájaros luminosos en las playas mientras Washington naufragaba en la nieve, y hablaron en inglés de lo único que parecía interesar a los chilenos en aquellos tiempos: las elecciones presidenciales del próximo septiembre. A los postres, uno de los generales del Pentágono preguntó qué haría el ejército de Chile si el candidato de la izquierda, Salvador Allende, ganaba las elecciones. El general Toro Mazote contestó: Nos toma-

remos el palacio de La Moneda en media hora, aunque tengamos que incendiarlo.

Uno de los invitados era el general Ernesto Baeza, actual director de la Seguridad Nacional de Chile, que fue quien dirigió el asalto al palacio presidencial en el golpe reciente, y quien dio la orden de incendiarlo. Dos de sus subalternos de aquellos días se hicieron célebres en la misma jornada: el general Augusto Pinochet, presidente de la Junta Militar, y el general Javier Palacios, que participó en la refriega final contra Salvador Allende. También se encontraba en la mesa el general de brigada aérea Sergio Figueroa Gutiérrez, actual ministro de obras públicas, y amigo íntimo de otro miembro de la Junta Militar, el general del aire Gustavo Leigh, que dio la orden de bombardear con cohetes al palacio presidencial.

El último invitado era el actual almirante Arturo Troncoso, ahora gobernador naval de Valparaíso, que hizo la purga sangrienta de la oficialidad progresista de la marina de guerra, e inició el alzamiento militar en la madrugada del once de septiembre.

Aquella cena histórica fue el primer contacto del Pentágono con oficiales de las cuatro armas chilenas. En



“Resistió durante seis horas, con una metralleta que le había regalado Fidel Castro y que fue la primera arma de fuego que Salvador Allende disparó jamás” .

otras reuniones sucesivas, tanto en Washington como en Santiago, se llegó al acuerdo final de que los militares chilenos más adictos al alma y a los intereses de los Estados Unidos se tomarían el poder en caso de que la Unidad Popular ganara las elecciones. Lo planearon en frío, como una simple operación de guerra, y sin tomar en cuenta las condiciones reales de Chile.

El plan estaba elaborado desde antes y no sólo como consecuencia de las presiones de la Internacional Telegraph (ITT) sino por razones mucho más profundas de política mundial.

Su nombre era Contingency Plan. El organismo que la puso en marcha fue la Defensa Inteligente Agency del Pentágono, pero la encargada de su ejecución fue la Naval Inteligente Agency, que centralizó y procesó los datos de las otras agencias, inclusive la CIA, bajo la dirección política superior del Consejo Nacional de Seguridad. Era normal que el proyecto se encomendara a la marina, y no al ejército, porque el golpe de Chile debía coincidir con la Operación Unitas, que son las maniobras conjuntas de unidades norteamericanas y chilenas en el Pacífico. Estas maniobras se llevaban a cabo en septiembre, el mismo mes de las elecciones, y resultaban natural que hubiera en la tierra y en el cielo chilenos toda clase de aparatos de guerra y de hombres adiestrados en las artes y las ciencias de la muerte.

Por esa época, Henry Kissinger dijo en privado a un grupo de chilenos. No me interesa ni se nada del Sur del Mundo, desde los Pirineos hacia abajo. El Contingency Plan, estaba entonces terminando hasta su último detalle, y es imposible pensar que Kissinger no estuviera al corriente de eso, y que no lo estuviera el propio presidente Nixon.

Chile es un país angosto, con 4,270 kilómetros de largo y 190 de ancho y con 10 millones de habitantes efusivos, dos de los cuales viven en Santiago, la capital. La grandeza del país no se funda en la cantidad de sus virtudes sino en el tamaño de sus excepciones. Lo único que produce con absoluta seriedad es mineral de cobre, pero es el mejor del mundo, y su volumen de producción es apenas inferior al de Estados Unidos y la Unión Soviética. También produce vinos tan buenos como los europeos, pero se exportan poco porque casi todo se los beben los chilenos. Su ingreso per cápita 600 dólares, es de los más elevados de América Latina, pero casi la mitad del producto nacional bruto se lo reparten solamente 300,000 personas. En 1932, Chile fue la primera república socialista del continente, y se intentó la nacionalización del cobre y el carbón con el apoyo entusiasta de los trabajadores, pero la experiencia sólo duró 13 días. Tiene un promedio de un temblor de tierra cada dos días y un terremoto devastador cada tres años. Los geólogos me-

nos apocalípticos consideran que Chile no es un país de tierra firme sino una cornisa de los Andes en un océano de bruma y que todo el territorio nacional, con sus praderas de salitres y sus mujeres tiernas, está condenado a desaparecer en un cataclismo.

Los chilenos, en cierto modo, se parecen mucho al país. Son la gente más simpática del continente, les gusta estar vivos y saben estarlo lo mejor que es posible y hasta un poco más, pero tienen una peligrosa tendencia al escepticismo y a la especulación intelectual. Ningún chileno cree que mañana es martes, me dijo alguna vez otro chileno, y tampoco el lo creía. Sin embargo, aún con esa incredulidad de fondo, o tal vez gracias a ellos los chilenos han conseguido un grado de civilización natural una madurez política y un nivel de cultura que son sus mejores excepciones. De tres premios Nóbel de literatura, que ha obtenido América Latina, dos fueron chilenos. Uno de ellos, Pablo Neruda, era el poeta más grande de este siglo.

Todo esto debía saberlo Kissinger cuando contestó que no sabía nada del sur del mundo, porque el gobierno de los Estados Unidos conocía entonces hasta los pensamientos más recónditos de los chilenos. Los había averiguado en 1965, sin permiso de Chile, en una inconcebible operación de espionaje social y político el Plan Camelot, fue una investigación subrepticia mediante cuestionarios muy precisos, sometidos a todos los niveles sociales a todas las profesiones y oficios, hasta en los últimos rincones del país, para establecer de un modo científico el grado de desarrollo político y las tendencias sociales de los chilenos. En el cuestionario que se destinó a los cuarteles, figuraba la pregunta que cinco años después volvieron a oír los militares chilenos en la cena de Washington: Cuál será la actitud en caso de que el comunismo llegue al poder: la pregunta era capciosa. Después de la operación Camelot, los Estados Unidos, sabían a ciencia cierta que Salvador Allende sería elegido Presidente de la República.

Chile no fue escogido por casualidad para este escrutinio. La antigüedad y la fuerza de su movimiento popular, la tenacidad y la inteligencia de sus dirigentes, y las propias condiciones económicas y sociales del país, permitían vislumbrar su destino. El análisis de la operación Camelot lo confirmó: Chile iba a ser la segunda república socialista del continente, después de Cuba. De modo que el propósito de los Estados Unidos no era simplemente impedir el gobierno de Salvador Allende para preservar las inversiones norteamericanas. El propósito grande era repetir la experiencia más atroz y fructífera que ha hecho jamás el imperialismo en América Latina: Brasil.



Doña Cacerolina se echa a la calle

El cuatro de septiembre de 1970, como estaba previsto, el médico socialista y masón Salvador Allende fue elegido presidente de la república. Sin embargo, el Contingency Plan no se puso en práctica. La explicación más corriente es también la más divertida: alguien se equivocó en el Pentágono, y solicitó 200 visas para un supuesto orfeón naval que en realidad estaba compuesto por especialistas en derrocar gobiernos, y entre ellos varios almirantes que ni siquiera sabían cantar. El gobierno chileno descubrió la maniobra y negó las visas. Este percance, se supone, determinó el aplazamiento de la aventura. Pero la verdad es que el proyecto había sido evaluado a fondo: otras agencias norteamericanas, en especial la CIA, y el propio embajador de los Estados Unidos en Chile, Edward Korry, consideraron que el Contingency Plan era sólo una operación militar que no tomaba en cuenta las condiciones actuales de Chile.

En efecto, el triunfo de la Unidad Popular no ocasionó el pánico social que esperaba el Pentágono. Al contrario, la independencia del nuevo gobierno en política internacional, y su decisión en materia económica, crearon de inmediato un ambiente de fiesta social. En el curso del primer año se habían nacionalizado 47 empresas industriales, y más de la mitad del sistema de créditos. La reforma agraria expropió e incorporó a la propiedad social 2,400.000 hectáreas de tierras activas. El proceso inflacionario se moderó: se consiguió el pleno empleo y los salarios tuvieron un aumento efectivo de un 40 por ciento.

El gobierno anterior, presidido por el demócrata—cristiano Eduardo Frei, había iniciado un proceso de chilenización del cobre.

Lo único que hizo fue comprar el 51 por ciento de las minas, y sólo por la mina de El Teniente pagó una suma superior total de la empresa. La Unidad Popular recuperó para la nación con un sólo acto legal todos los yacimientos de cobre explotados por las finales de las compañías norteamericanas la Anaconda y la Kennecott. Sin indemnización el gobierno calculaba que las dos compañías habían hecho en 15 años una ganancia excesiva de 80,000 millones de dólares.

La pequeña burguesía y los estratos sociales intermedios, dos grandes fuerzas que hubieran podido respaldar un golpe militar en aquel momento, empezaban a disfrutar de ventajas imprevistas y no a expensas del proletariado, como había ocurrido siempre, sino a expensas de la oligarquía financiera y el capital extranjero. Las fuerzas armadas, como grupo social; tienen la misma edad, el mismo origen y las mismas ambiciones de la clase media, y no tenían motivo, ni siquiera una coartada, para respaldar a un grupo exíguo de oficiales golpistas. Conscientes de esa realidad, la Democracia Cristiana no sólo no patrocinó entonces la conspiración de cuartel, sino que se le opuso resueltamente porque la sabía impopular dentro de su propia clientela.

Su objetivo era otro: perjudicar por cualquier medio la buena salud del gobierno para ganarse las dos terceras partes del Congreso en las elecciones de marzo de 1973. Con esa proporción podía decidir la destitución constitucional de presidente de la república.

La Democracia Cristiana era una grande formación inter-clasista, con una base popular auténtica en el proletariado de la industria moderna, en la pequeña y media propiedad campesina, y en la burguesía y la clase media de las

ciudades. La Unidad Popular controlaba el poder ejecutivo. La polarización de esas dos fuerzas iba a ser, de hecho, la polarización del país. Curiosamente, el católico Eduardo Frei, que no cree en el marxismo, fue quien aprovechó mejor la lucha de clases, quien la estimuló y exacerbó con el propósito de sacar de quicio al gobierno y precipitar al país por la pendiente de la desmoralización y el desastre económico.

El bloqueo económico de los Estados Unidos por las expropiaciones sin indemnización y el sabotaje interno de la burguesía hicieron el resto. En Chile se produce todo, desde automóviles hasta pasta dentífrica, pero la industria tiene una identidad falsa: en las 160 empresas más importantes, el 60 por ciento era capital extranjero y el 50% de sus elementos básicos importados. Además, el país necesitaba 300 millones de dólares anuales para importar artículos de consumo, y otros, 450 millones para pagar los servicios de la deuda externa. Los créditos de los países socialistas no remediaban la carencia fundamental de repuestos, pues toda industria chilena, la agricultura y el transporte, estaban sustentados en equipo norteamericano. La Unión Soviética tuvo que comprar trigo de Australia para mandarlo a Chile, porque ella misma no tenía, y a través del Banco de la Europa del Norte, de París, le hizo varios empréstitos sustanciosos en dólares efectivos. Cuba, en un gesto que fue más ejemplar que decisivo, mandó un barco cargado de azúcar regalada. Pero las urgencias de Chile eran descomunales. Las alegres señoras de la burguesía, con el pretexto de racionamiento y de las pretensiones excesivas de los pobres, salieron a la plaza pública haciendo sonar sus cacerolas vacías. No era casual sino al contrario, muy significativo, que aquel espectáculo callejero de zorros plateados y sombreros de flores ocurriera la misma tarde que Fidel Castro terminaba una visita de treinta días que había sido un terremoto de agitación social.

La última cueca feliz de Salvador Allende

El Presidente Salvador Allende comprendió entonces y lo dijo, que el pueblo tenía el gobierno pero no tenía el poder. La frase era más amarga de lo que parecía y también más alarmante porque llevaba dentro una almendra legalista que era el germen de su propia destrucción: un hombre que peleó hasta la muerte en defensa de la legalidad, hubiera sido, capaz de salir por la puerta mayor de La Moneda, con la frente en alto, si lo hubiera destituido el congreso dentro del marco de la constitución.

La periodista y política italiana, Rossanna Rossanda, que visitó a Allende por aquella época, lo encontró envejecido, tenso y lleno de premoniciones lúgubres, en el diván de cretona amarilla donde había de reposar el cadáver acribillado y con la cara destrozada por un culatazo de fusil.

En víspera de las elecciones de marzo de 1973, en las cuales se jugaba su destino, se hubiera conformado con que la Unidad Popular obtuviera el 36 por ciento. Sin embargo, a pesar de la inflación desbocada, del racionamiento feroz, del concierto de olla de las cacerolinas alborotadas, obtuvo el 44 por ciento. Era una victoria tan espectacular y decisiva, que cuando Allende se quedó en el despacho sin más testigos que su amigo y confidente, el periodista Augusto Olivares, hizo cerrar la puerta y bailó solo una cueca.

Para la Democracia Cristiana, aquella era la prueba de

que el proceso democrático promovido por la Unidad Popular, no podía ser contrariado por recursos legales, pero careció de visión para medir las consecuencias de su aventura: es un caso imperdonable de irresponsabilidad histórica.

Para los Estados Unidos era una advertencia mucho más importante que los intereses de las empresas expropiadas; era un precedente inadmisibles en el progreso pacífico de los pueblos del mundo, pero en especial para los de Francia o Italia, cuyas condiciones actuales hacen posible la tentativa de experiencias semejantes a la de Chile. Todas las fuerzas de la reacción interna y externa se concentraron en un bloque compacto.

En cambio los Partidos de la Unidad Popular, cuyas grietas internas eran mucho más profundas de lo que se admite, no lograron ponerse de acuerdo con el análisis de la votación de marzo.

El gobierno se encontró sin recursos, reclamado desde un extremo por los partidarios de aprovechar la evidente radicalización de las masas para dar un salto decisivo en el cambio social, y los más moderados que temían al espectro de la guerra civil y confiaban en llegar a un acuerdo regresivo con la Democracia Cristiana. Ahora se ve con mucha claridad que esos contactos, por parte de la oposición, no eran más que un recurso de distracción para ganar tiempo.

La CIA y el paro patronal

La huelga de camioneros fue el detonante final. Por su geografía fragorosa, la economía chilena, está a merced de su transporte rodado. Paralizaron el país. Para la oposición era muy fácil hacerlo, porque el gremio del transporte era de los más afectados por escasez de repuestos, y se encontraba además amenazado por la disposición del gobierno de nacionalizar el transporte con equipos soviéticos. El paro se sostuvo hasta el final, sin un solo instante de desaliento, porque estaba financiado desde el exterior con dinero efectivo.

La CIA inundó de dólares el país para apoyar el Paro Patronal, y esa divisa bajó en bola negra escribió Pablo Neruda a un amigo en Europa. Una semana antes del golpe se había acabado el aceite, la leche y el pan.

En los últimos días de la Unidad Popular, con la economía desquiciada y el país al borde la guerra civil, las maniobras del gobierno y de la oposición tenían esperanzas de modificar, cada quien a su favor, el equilibrio de fuerzas dentro del ejército.

La jugada final fue perfecta: cuarenta y ocho horas antes del golpe, la oposición había logrado descalificar a los mandos superiores que respaldaban a Salvador Allende y habían ascendido en su lugar, uno por uno, en una serie de enroques y gambitos, a magistrales a todos los oficiales que habían asistido a la cena de Washington.

Sin embargo, en aquel momento el ajedrez político había escapado a la voluntad de sus protagonistas. Arrastrados por una dialéctica irreversible, ellos mismos terminaron convertidos en fichas de un ajedrez mayor, mucho más complejo y políticamente mucho más importante que una confabulación consciente entre el imperialismo y la reacción contra el gobierno del pueblo. Era una terrible confrontación de clases que se le escapaba de las manos a los mismos que la habían provocado, una encamizada rebatida de intereses contrapuestos cuya culminación final tenía que ser

un cataclismo social sin precedentes en la historia de América.

El ejército más sanguinario del mundo

Un golpe militar, dentro de las condiciones chilenas, no podía ser incruento, Allende lo sabía. No se juega con fuego, le había dicho a la periodista italiana Rossana Rossanda. Si alguien cree que en Chile un golpe militar será como en otros países de América, con un simple cambio de guardia en La Moneda, se equivoca de plano. Aquí, si el ejército se sale de la legalidad, habrá baño de sangre. Será Indonesia. Esa certidumbre tenía un fundamento histórico.

Las fuerzas armadas de Chile, al contrario de lo que se nos ha hecho creer, han intervenido en la política cada vez que se han visto amenazados sus intereses de clase y lo han hecho con una tremenda ferocidad represiva. Las dos constituciones que ha tenido el país en un siglo, fueron impuestas por las armas y el reciente golpe militar era la sexta tentativa de los últimos cincuenta años.

El ímpetu sanguinario del ejército chileno viene de nacimiento, en la terrible escuela de la guerra cuerpo a cuerpo contra los araucanos, que duro 300 años.

Uno de sus precursores se vanagloriaba, en 1620, de haber matado con su propia mano, en una sola acción, a más de 2,000 personas, Joaquín Edwards Bello cuenta en sus crónicas que durante una epidemia de tifo exantemático, el ejército sacaba a los enfermos de sus camas y los mataba con un baño de veneno para acabar con la peste.

Durante una guerra civil de siete meses, en 1891, hubo 10,000 muertos en una sola batalla. Los peruanos aseguran que durante la ocupación de Lima, en la guerra del Pacífico, los militares chilenos saquearon la biblioteca de don Ricardo Palma, pero que no usaban los libros para leerlos, sino para limpiarse el trasero.

Con mayor brutalidad han sido reprimidos los movimientos populares. Después del terremoto de Valparaíso, en 1906, las fuerzas navales liquidaron la organización de trabajadores portuarios con una masacre de 8,000 obreros. En Iquique, a principios del siglo, una manifestación de huelguistas se refugió en el teatro municipal, huyendo de la tropa y fue ametrallada: hubo 2,000 muertos.

El 2 de abril de 1957 el ejército reprimió una asonada civil en el centro comercial de Santiago, causando un número de víctimas que nunca se pudo establecer, porque el gobierno escamoteó los cuerpos en entierros clandestinos. Durante una huelga en la mina de El Salvador, bajo el gobierno de Eduardo Frei, una patrulla militar dispersó a bala una manifestación y mató a seis personas, entre ellas varios niños y una mujer encinta. El comandante de la plaza era un oscuro general de 52 años, padre de cinco niños, profesor de geografía y autor de varios libros sobre asuntos militares: Augusto Pinochet.

El mito del legalismo y la mansedumbre de aquel ejército carnicero había sido inventado en interés propio de la burguesía chilena. La Unidad Popular lo mantuvo con la esperanza de cambiar a su favor la composición de clase de los cuadros superiores. Pero Salvador Allende se sintió más seguro entre los carabineros, un cuerpo armado de origen popular y campesino que estaba bajo el mando directo del presidente de la república. En efecto, solo los oficiales más antiguos de los Carabineros secundaron el golpe.



Los oficiales jóvenes se atrincheraron en la escuela de sub-oficiales de Santiago y resistieron durante cuatro días, hasta que fueron aniquilados desde el aire con bombas de guerra.

Esa fue la batalla más conocida de la contienda secreta que se libró en el interior de los cuarteles a la víspera del golpe. Los golpistas asesinaron a los oficiales que se negaron a secundarlos y a los que no cumplieron las órdenes de represión. Hubo sublevaciones de regimientos enteros, tanto en Santiago, como en la provincia, que fueron reprimidos sin clemencia y sus promotores fueron fusilados para escarmiento de la tropa. El comandante de los coraceros de Viña del Mar, coronel Cantuarias, fue ametrallado por sus subalternos.

El gobierno actual ha hecho creer que muchos de esos soldados leales fueron víctimas de la resistencia popular. Pasará tiempo antes de que se conozcan las proporciones reales de esa carnicería interna; porque los cadáveres eran sacados de los cuarteles en camiones de basura y sepultados en secreto. En definitiva, sólo medio centenar de oficiales de confianza, al frente de tropas depuradas de antemano, se hicieron cargo de la represión.

Numerosos agentes extranjeros tomaron parte de el drama. El bombardeo del palacio de La Moneda, cuya precisión técnica asombró a los expertos, fue hecho por un grupo de acróbatas aéreos norteamericanos que habían entrado con la pantalla de la operación Unitas, para ofrecer un espectáculo de circo volador el próximo 18 de septiembre, día de la independencia nacional.

Numerosos policías secretos de los gobiernos vecinos, infiltrados por la frontera de Bolivia, permanecieron escondidos hasta el día del golpe y desataron una persecución encarnizada, contra unos 7,000 refugiados políticos de otros países de América Latina.

Brasil, patria de los gorilas mayores, se había encargado de ese servicio. Había promovido, dos años antes, el golpe reaccionario en Bolivia que quitó a Chile un respaldo sustancial y facilitó la infiltración de toda clase de recursos para la subversión. Algunos de los empréstitos que han hecho los Estados Unidos al Brasil han sido transferidos en secreto a Bolivia para financiar la subversión en Chile.

En 1972, el general William Westmoreland hizo un viaje secreto a La Paz, cuya finalidad no se ha revelado. No parece casual, sin embargo, que poco después de aquella visita sigilosa, se iniciaron movimientos de tropa y material de guerra en la frontera con Chile y esto dio a los militares chilenos una oportunidad más de afianzar su posición interna y de hacer desplazamientos de personal y promociones jerárquicas favorables al golpe inminente.

Por fin el 11 de septiembre, mientras se adelantaba la operación Unitas, se llevó a cabo el plan original de la cena de Washington, con tres años de retraso, pero tal como se había concebido: no como un golpe de cuartel convencional, sino como una devastadora operación de guerra.

Tenía que ser así, porque no se trataba simplemente de tumbar a un gobierno, sino de implantar la tenebrosa simiente del Brasil con sus terribles máquinas de terror, de tortura y de muerte, hasta que no quedara en Chile ningún rastro de las condiciones políticas y sociales que hicieron posible la Unidad Popular.

Cuatro meses después del golpe, el balance era atroz: casi 20,000 personas asesinadas, 30,000 prisioneros políticos sometidos a torturas salvajes, 25,000 estudiantes expul-

sados y más de 200,000 obreros licenciados. La etapa más dura, sin embargo, aún no había terminado.

La verdadera muerte de un presidente

A la hora de la batalla final, con el país a merced de las fuerzas desencadenadas de la subversión, Salvador Allende continuó aferrado a la legalidad. La contradicción más dramática de su vida fue ser al mismo tiempo, enemigo congénito de la violencia y revolucionario apasionado y él creía haberla resuelto con la hipótesis de que las condiciones de Chile permitían una evolución pacífica hacia el socialismo dentro de la legalidad burguesa. La experiencia le enseñó demasiado tarde que no se puede cambiar un sistema desde el gobierno, sino desde el poder.

Esa comprobación tardía debió ser la fuerza que lo impulsó a resistir hasta la muerte en los escombros en llamas de una casa que ni siquiera era la suya; una mansión sombría que un arquitecto italiano construyó para fábrica de dinero y terminó convertida en el refugio de un presidente sin poder.

Resistió durante seis horas, con una metralleta que le había regalado Fidel Castro y que fue la primer arma de fuego que Salvador Allende disparó jamás. El periodista Augusto Olivares, que residió a su lado hasta el final, fue herido varias veces y murió desangrándose en la Asistencia Pública.

Hacia las cuatro de la tarde, el general de división Javier Palacios, logró llegar al segundo piso, con su ayudante, el capitán Gallardo y un grupo de oficiales. Allí, entre las falsas poltronas Luis XV y los floreros de dragones chinos y los cuadros de Rugendas del salón rojo, Salvador Allende los estaba esperando. Llevaba en la cabeza un casco de minero y estaba en mangas de camisa, sin corbata, y con la ropa sucia de sangre. Tenía la metralleta en la mano.

Allende conocía bien al general Palacios. Pocos días antes, le había dicho a Augusto Olivares que aquel era un hombre peligroso que mantenía contactos estrechos con la embajada de los Estados Unidos. Tan pronto como lo vio aparecer en la escalera, Allende le gritó: traidor y lo hirió en una mano.

Allende murió en un intercambio de disparos con esta patrulla. Luego, todos los oficiales, en un rito de casta, dispararon sobre el cuerpo.

Por último, un sub-oficial le destrozó la cara con la culata del fusil. La foto existe: la hizo el fotógrafo Juan Enrique Lira, del periódico El Mercurio, el único a quien se permitió retratar el cadáver: estaba tan desfigurado, que la señora Hortesia Allende, su esposa le mostraron el cuerpo en el ataúd, pero no permitieron que le descubriera la cara.

Había cumplido 64 años en el julio anterior y era un Leo perfecto: tenaz, decidido e imprevisible. Lo que piensa Allende sólo lo sabe Allende, me había dicho uno de sus ministros. Amaba la vida, amaba las flores y los perros y era de una galantería un poco a la antigua, con esquelas perfumadas y encuentros furtivos.

Su virtud mayor fue la consecuencia, pero el destino le deparó la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués, defendiendo una Corte Suprema de Justicia que lo había repudiado y había de legitimar a sus asesinos, defendiendo un Congreso miserable que lo había de sucumbir complacido ante la voluntad de los usurpadores, defendiendo la libertad de los partidos de oposición que habían vendido su alma al fascismo, defendiendo toda la parafernalia apolillada de un sistema de mierda que él se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro.

El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que nos sucedió sin remedio a todos los hombre de este tiempo y que se quedó en nuestras vidas para siempre.



RENACE SALVADOR ALLENDE

Horacio Labastida. Senador, catedrático universitario, destacada personalidad democrática mexicana.



Hace siempre la historia cuentas claras aunque no espeso el chocolate, pero sin duda las cuentas claras acunan la justicia como las fantásticas olas del mar a la Venus mitológica. Puede injuriarse gravemente a los pueblos, perseguirlos sin piedad, en ocasiones engañarlos o traicionarlos, o bien intentar su extinción, o también venderlos a la esclavitud y la servidumbre, y cabe reconocer que estos propósitos, por negros y malévolos que sean, jamás han coronado en éxitos y glorias. No. Los traidores e indignos hallan en su traición e indignidad destino fatal que los hunde hasta las entrañas: al fin serán repudiados, exhibidos y condenados por sentencia ejecutoria hasta la desaparición de sus pestilentes huellas.

Sucedió en México cuando los bochornosos acontecimientos de la decena trágica. Se llamaba Victoriano Huerta el que disfrazó su odio en amistad al ofrecerse como cuidadoso militar en la custodia del presidente Francisco I. Madero. El círculo gobernante estadounidense deshacía en preocupaciones por el juego de sus intereses petroleros, recién ganados a Inglaterra, y de las otras riquezas que lentamente fue entregando la administración de Porfirio Díaz, a

los inversionistas. El poderoso núcleo americano, asociado a los científicos de entonces y de otras subsidiarias europeas, había tomado las riendas económicas y políticas del país en forma creciente desde los finales del siglo XIX. Los antirreleccionista no eran la debilidad de los miembros de ese núcleo ni, por tanto, del embajador Taft, cuyas intrigas e inclinaciones protervas combináronse con las de Félix Díaz en la gigantesca intriga que concluyó en el pacto de la embajada, a fin de destruir la rebelión popular de Emiliano Zapata y Francisco Villa, y detener así las demandas de tierra, aguas y salarios que ponían en peligro sus privilegios y sobre todo las concesiones petroleras de los monopolios de la Huasteca y sus compinches anglohollandeses. Concluiría la intriga estadounidense en la arbitraria detención de Madero y Pino Suárez, este último como vicepresidente, y en su repugnante asesinato, camino a la Penitenciaría, en uno de los días más negros y bochornosos de 1913. Encumbraríanse los huertistas con la sucia pretensión de asumir la jefatura del país, cuyo propósito fracasó ante la inmediata reacción de los revolucionarios y sus jefes, malgré tout la injerencia de los inversionistas extranjeros, animadores directos e indirectos del usurpador y sus hombres de La Ciu-

dadela. Tomaría el pueblo justa venganza en las azarosas pendientes de la Bufo, a la vista de Zacatecas, cuando la División del Norte correteó, derrotó y dio cuenta de las huestes nefandas del dictador.

Los altos círculos de la Casa Blanca repitieron semejantes ensayos en América Latina en otros escenarios malvados. Pretendieron en 1934 liquidar las protestas del pueblo nicaragüense contra el dominio de los invasores del Tío Sam asesinando a Augusto César Sandino, quien siete años antes desenmascaró en las Segovías sus propósitos imperiales. A cargo estuvo de esta herida más en el corazón del pueblo el primer Anastasio Somoza y su guardia nacional, organizada, equipada y preparada en el terrorismo represivo por oficiales yanquis. Los resultados son bien conocidos. La reacción de las masas maduró en 1961 con la fundación del Frente Sandinista de Liberación Nacional por los jóvenes universitarios y guerrilleros de Carlos Fonseca Amador, y se consumó en su primera fase luego de 18 años, hacia 1979, cuando descabezaron la dinastía somocista como careta al interior de los altos círculos financieros washingtonianos. La lucha sigue y el pueblo triunfa día a día por más de un septenio.

El otro caso fue del gigante Salvador Allende, el presidente que recibió la encomienda chilena de recobrar la soberanía nacional y asentar las bases de la justicia social. Ganó las batallas electorales no sólo por razones aritméticas de urnas, cuentas y recuentos de sufragio, sino muy principalmente porque los proyectos y actividades del go-

bienro popular coincidían con la voluntad unánime del pueblo, con la excepción de los asociados de las subsidiarias transnacionalizadas de la vieja y bien conocida metrópoli wallstreetense. Sus secretas maniobras ilícitas fueron completadas en días nefastos de 1973. Augusto Pinochet, aparente protector militar de las instituciones, al igual que Victoriano Huerta sesenta años antes, aprisionaría al presidente en La Moneda y propiciaría su asesinato por diabólica soldadesca.

Si se transforman en agentes de pavor y persecución de los de abajo, las guardias nacionales no sirven para basura. De nada sirvió la guardia nacional huertista, ni la somocista, ni ahora la pinochetista porque los pueblos decidieron derrotarlas y cobrar cuentas de sus sargentos alarifes. Una tras otra caen, sin excepción alguna: así sucedió en México cuando Madero renació en Zapata, Villa y Carranza, símbolos de las clases populares; y en Nicaragua al renacimiento de Augusto César Sandino en el Frente Sandinista de Liberación Nacional y sus líderes; y ahora ocurre del mismo modo en Chile al regresar a la vida Salvador Allende, acompañado de San Martín y O'Higgins, en la maravillosa multiplicación de jóvenes estudiantes y trabajadores como la mejor y más viril avanzada del pueblo patriota que ahora igual que ayer encarnase en la guía de Allende. Se ha iniciado la batalla contra la dictadura y seguirá adelante sin detenerse hasta el triunfo definitivo, a pesar de los amenazadores vientos y mareas que ya desatan el dictador y sus corifeos estadounidenses.



Presidente Allende en las calles de México, 1972.

ALLENDE SIMBOLO DEL PUEBLO CHILENO

Paligoric Ljubomir. Investigador del Instituto del Movimiento Obrero Internacional, Belgrado, Yugoslavia; profesor de la Escuela J. B Tito; especializado en historia y pensamiento del socialismo latinoamericano. Autor de numerosos libros y artículos.



Nadie puede negar el hecho de que los anhelos de la sociedad chilena por realizar profundas transformaciones sociales, tanto por su contenido como por sus métodos eran anhelos inminentemente humanistas. Formaban parte del objetivo, un proceso social que se había estado desarrollando en el país de largas tradiciones democráticas, parlamentarias y de continuidad institucional, de envidiable grado de respeto de la dignidad y libertad humanas. El camino socialista ofrecido como alternativa, con la libre definición del pueblo, obtuvo una mayoría relativa en libres elecciones dentro del marco de la legislación existente. Era una vía expresivamente democrática, parlamentaria, legal, considerando las reglas del juego político que aportó la democracia burguesa como lo mejor de sus conquistas. Todo el mundo siguió ese proceso socio-político chileno con gran interés y atención, ya que trafa consigo nuevas experiencias, importantes para países mucho más desarrollados que Chile.

La transformación social chilena resumía en enorme medida los anhelos y aspiraciones de la mayor parte de la humanidad. Con ello tanto más grande y trágico es el dra-

ma sufrido por el movimiento y las ideas del más hondo contenido humanista, en el enfrentamiento con las más siniestras fuerzas del imperialismo y la contrarrevolución. En este contexto, del escenario histórico no ha sido sacado el socialismo, para el cual recién se han edificado los supuestos históricos, sino que la misma democracia burguesa y sus instituciones políticas, edificadas durante tantos años. Las lecciones que se pueden extraer son grandes, no sólo para el pensamiento marxista y la práctica socialista, sino que también para todo pensamiento político que se fundamenta en la consideración de la democracia como postulado y conquista fundamentales de nuestra civilización.

Estos valores humanistas de nuestra civilización digna y orgullosamente, hasta el último instante de su vida, simbolizaba Salvador Allende, y eso lo demostró en su último mensaje al pueblo de Chile.

A esta reflexión se vincula la primera personalidad del socialismo chileno, las fuerzas políticas que representaba y el contenido básico, o mejor dicho, la característica política del proceso social que largamente fue madurando en la sociedad chilena y culminó los años 1970-1973. Esto, naturalmente, es un pensamiento personal, pero no carece de bases

Colaboración especial para el Archivo Salvador Allende.



“ La persona, después de haber conversado con él llevaba en sí la imborrable impresión de haber conversado con el chileno que respiraba la situación nacional, con la figura política de la edificada identidad socialista, cuyas concepciones llevaban expresivas características autónomas y la convicción de que la sociedad socialista en cada país debía vincularse creativamente a las realizaciones nacionales más valiosas del orden anterior, sobre todo si se trataba de las tradiciones democráticas del parlamentarismo burgués como conquista de civilización”.

científicas. Se basa en la circunstancia de que el autor de estas líneas se dedica profesionalmente a la investigación de América Latina; de haber tenido la suerte de conocer personalmente a Salvador Allende; de haber publicado un estudio sobre el Partido Socialista de Chile y después de su segunda estadía en Santiago, el año 1972, haber informado con una serie de estudios en forma de artículos al público científico y político yugoslavo acerca de los acontecimientos sociopolíticos en dicho país.

Se advirtieron cuatro factores: el conocimiento de la historia política de Chile, el Partido Socialista, Allende y la concepción de la vía chilena hacia el socialismo. Los resultados y puntos de vista de esas investigaciones se exponen en este texto.

El Pensamiento de Allende

El significado político del *Pensamiento de Allende* como veterano del Partido Socialista es de especial importancia, y aunque no se puede decir que siempre y hasta el último coincidía con las oscilaciones y concepciones del propio PSCH, una cosa es segura: pertenecía a su núcleo progresista, creador, histórico, que ha logrado conservar el pensamiento más valioso de este partido en su forma original y auténtica. Naturalmente que no se ha estudiado en la medida necesaria para poder apreciar en qué grado el propio Allende influyó en él. No se pone en dudas que como Presidente de la República en las numerosas veces que se dirigió a la nación puso su sello sobre lo que se llama "la vía chilena al socialismo", o hasta la "vía allendista". En esos momentos era el intérprete oficial de la concepción del gobierno de la Unidad Popular, aunque ello no signifique que detrás de él estaban automáticamente todas las fuerzas de la izquierda nacional. Lo que es más importante consiste en el hecho de que introdujo en ella el sentimiento de las tradiciones nacionales chilenas. Esto es lo más fuerte que, por ejemplo: un extranjero, yugoslavo, lleva en sí como impresión después de las conversaciones extraoficiales con él acerca del socialismo chileno.

Con su excepcional solicitud, franqueza y lucidez para interpretar la historia chilena, la situación política del país y de América Latina, Allende era un interlocutor extraordinariamente incentivo. Pero, no en el sentido de estímulos ideológicos o teóricos. El manifestaba algo mucho más valioso: una excepcional sensibilidad por el destino del chileno común, por la justicia humana y dignidad del hombre, por lo humano del proyecto socialista, con el carácter sugestivo del combatiente por el socialismo con una gran experiencia en los sucesos importantes en la historia nacional. Expresando el ente nacional chileno, interpretando políticamente brillante el cambio de relaciones de fuerza que se venía desarrollando durante decenios, sintetizando de la abundancia lo central y esencial él se presentaba como excelente político de ideas independientes, de gran ímpetu y capacidad para audaces cambios históricos, de los que, en ningún caso casual, precisamente él estuvo más tarde al frente.

La persona, después de haber conversado con él llevaba en sí la imborrable impresión de haber conversado con el chileno que respiraba la situación nacional, con la figura política de la edificada identidad socialista, cuyas concepciones llevaban expresivas características autónomas y la

convicción de que la sociedad socialista en cada país debía vincularse creativamente a las realizaciones nacionales más valiosas del orden anterior, sobre todo si se trataba de las tradiciones democráticas del parlamentarismo burgués como conquista de civilización. Para él, este enfoque en la búsqueda de la identidad socialista era condición sine qua non, de la misma forma que la unidad de las fuerzas revolucionarias las entendía como el imperativo histórico de toda transformación social.

Hoy, después de una serie de años, pero todavía una "distancia histórica" pequeña, esforzándome por sintetizar el recuerdo y conocimiento sobre Allende y la revolución chilena por la vía pacífica en algunas cuantas características esenciales; el hombre, quiéralo o no, necesariamente hace una reducción, lo que no es deseable para exponer la realidad, por regla compleja, de los acontecimientos sociales. Pero, consciente de asumir este riesgo y sin pretensiones a que sea integral, me parece que ningún análisis de Allende, como una de las figuras más destacadas del socialismo de la segunda mitad del siglo XX y de la revolución chilena puede carecer de estas *cuatro conclusiones generales*.

Un marxismo abierto y crítico

Así como el análisis de las fuerzas políticas que lo eligieron al frente del Estado entrega la base para apreciar que fue un auténtico presidente popular de la República, de la misma manera el hecho de que fue por muchos años candidato a presidente del partido y del movimiento de la izquierda chilena entrega la base para concluir que simbolizaba las concepciones ideo-políticas y teóricas características de esta agrupación política. Y estas concepciones, lo que es la *primera* conclusión ineludible, han tenido su apoyo en la teoría marxista. Aquí no se trata de que, al igual que en su Partido Socialista también en los otros partidos que lo apoyaban, hayan existido siempre otras influencias políticas. Se trata de que él solo y su partido en su núcleo más vital, a través de la marea y resaca de las influencias sobre la vida nacional, conservaron la visión marxista crítica del mundo y ello en la época cuando la crítica de las fuerzas tradicionales de izquierda no era el lado fuerte del movimiento, debido a las implicaciones negativas del estalinismo sobre el movimiento comunista. Tanto para Allende como para el PSCH (PSP), que tenían influencia sobre la vida política, el marxismo era un sistema de pensamientos, abierto para la experiencia propia e internacional de la práctica socialista y no un sistema cerrado de dogmas sagrados. Ellos dentro del marco de América Latina, junto a algunos otros partidos políticos, debemos decir pocos, fueron los continuadores de la corriente crítica del marxismo hasta cuando había sido totalmente desplazada, desde el período del fallecimiento de Mariátegui hasta el inicio de la Revolución Cubana. Este fenómeno, según mi parecer, es de amplia importancia en la historia del marxismo en América Latina. Es sorprendente que este papel de los socialistas chilenos no haya sido evidenciado en los raros intentos por reconstruir su historia.¹

Fuente Principal; el programa de 1947

La segunda conclusión ineludible, tanto sobre Allende co-

mo figura política que sobrepasó lejos las fronteras de su país, como también sobre el núcleo más vital de su partido, se refiere a la comprensión del socialismo como sociedad de nuevos valores humanistas. Este valor *programático* no siempre fue reconocido en la práctica política del Partido de la forma que tenía presencia en el propio Allende. Para el mencionado núcleo del Partido era característico que en la teoría política y en la práctica política trataba de evitar el peligro del sectarismo por un lado y el oportunismo de colaborar con la burguesía por el otro.

Aunque, en el movimiento en general que sufría frecuentes divisiones, no siempre lo lograba, hay que decir que la búsqueda de caminos y formas para unificar la lucha por transformaciones sociales con otros partidos de izquierda siempre estaba presente, que en ese camino se perduraba paralelamente con el anhelo de conservar y seguir desarrollando los derechos democráticos y la libertad de actuación de cada uno de ellos individualmente. En este aspecto el Programa del Partido Socialista de Chile del año 1947 es la quintaesencia de las visiones teorico-políticas, que pueden reconocerse en un gran número de discursos posteriores de Allende como presidente de la República. A esto hay que referirse con mayor atención, ya que, entre otras cosas, todavía siguen teniendo gran valor para el socialismo contemporáneo, que en la práctica de la imperante lógica del capital aún no se ha enfrentado con éxito a la lógica superior de los nuevos valores de la vida del hombre en el siglo XXI.

En una frase sintetizada estos puntos de vista ven al humanismo como el valor esencial del socialismo. El socialismo, como el mencionado programa veía al mundo, tenía como a uno de los principales obstáculos, exceptuando al mecanismo internacional de la explotación capitalista, imperante en las relaciones sociales, a las deformaciones sufridas por el propio orden socialista. La esencia del problema consistía en que la socialización del poder económico se había transformado en la estatización que acondicionaba el régimen del capitalismo y burocracia estatales. La burocracia —se dijo— ejerce el poder en forma despota, sometiendo a la clase obrera. De esta manera los objetivos auténticos del socialismo, iniciados con la Revolución de octubre, se transforman cada vez más en función de la política del estado burocrático, deformando los objetivos esenciales del socialismo. Recordemos que algo más tarde llegaron a ser los temas principales en todos los debates del movimiento obrero, y que lo siguen siendo también en la actualidad. Conjuntamente con la autogestión obrera que como forma de superar la burocratización del Estado socialista se inició en la práctica del sistema político yugoslavo, siguen siendo los temas clave que más se mencionan en la superación de los aspectos económicos, ideológicos y políticos de la crisis del socialismo contemporáneo. Los valores conceptuales cumbres del Programa del PSCH, por lo tanto, también en la actualidad tienen gran importancia.

El socialismo, según la comprensión de los socialistas chilenos de los años cincuenta, es producto de las contradicciones del capitalismo mundial, pero también de la evolución socio-económica que se condensa en los mas grandes valores de la cultura. El contenido más hondo de la acción revolucionaria no consiste solamente en el profundo cambio del sistema capitalista, sino que también en la formación de nuevas personalidades humanas. Si las condiciones de vida de la sociedad burguesa y del totalitarismo han conducido a un alto grado de enajenamiento del hombre; hemos

reemplazado los fines por los medios; si el hombre ha sido convertido en parte del proceso de producción, de las máquinas, tecnología; si la producción de bienes materiales en vez de servir al hombre ha sido transformada en fin (lo que hoy, yo agregaría de mi parte, acontece en todos los sistemas), entonces el socialismo tiene como función primordial la tarea de establecer diferentes valores de jerarquía, de concebir las necesidades humanas esenciales en el siglo XXI. "La tarea fundamental de nuestra época ...de la clase obrera... es la organización racional de las fuerzas de producción al servicio de los máximos intereses de los hombres y su vida". El progreso de la economía, por lo tanto no puede ser el último fin, sino que solamente la base del desarrollo cultural, a la inversa de lo que trae consigo la sociedad burguesa.

La técnica, manipulada con fines lucrativos por la minoría capitalista, subyuga al hombre con el trabajo asalariado, y la producción de bienes ha sido transformada en objetivos de intereses de clases, colocada por sobre todos los valores de la cultura. De este modo el programa socialista opone a la limitación del orden burgués en el sentido epocal, histórico, la edificación de nuevos valores. Pero, justamente por tales objetivos rechaza el control burocrataestatal de la vida espiritual y política por parte del gobierno, como algo ajeno al espíritu mismo del socialismo. El socialismo, según este concepto, tiene por fin el establecimiento de nuevos valores en el sistema de vida y trabajo donde se darán mayores posibilidades para perfeccionar a la personalidad humana, y el medio para lograr dicho fin es la socialización de los medios de producción y de intercambio y no el apoyo burocrático del poder económico, ya que conduce a una nueva forma de subyugamiento de la clase obrera y de los hombres de trabajo en general.²

Hemos tratado esta parte del Programa socialista, ya que en ella vemos *las fuentes* del pensamiento político del primer marxista elegido en el cargo de jefe de un Estado burgués, lo que de por sí solo no tiene precedente en la historia del socialismo.

La autonomía ideológica

La tercera conclusión general ligada a Allende como símbolo del socialismo chileno tiene un significado general muy indicativo para la vía chilena al socialismo, el movimiento obrero y su contenido autónomo. Es sabido que el núcleo más vital del socialismo chileno, al que pertenecía Allende y que le daba cursos sanos, estaba igualmente orientado de manera crítica hacia las dos grandes alas del movimiento obrero internacional, las que se enfrentaban enérgicamente entre sí. Es sabido, igualmente, que ello representaba un obstáculo insalvable a la amplia unidad del movimiento obrero en el mundo, en el conflicto con el capital organizado. El Partido Socialista de Chile y Allende surgieron políticamente en la época de agudos conflictos en el movimiento obrero internacional entre sus alas social demócrata y comunista. Pero ninguna de ellas ofrecía alternativa para las soluciones buscadas en las condiciones de un país subdesarrollado, como lo era en ese entonces Chile. La social democracia, según la interpretación de ese entonces del PSCH, se estaba alejando progresivamente de los objetivos socialistas y revolucionarios, se fundía en el sistema capitalista, y ese proceso era acompañado por una total ceguera con respecto al contenido del problema y la lucha de los "países coloniales y dependientes", como en el vocabu-



Tito en Chile, dialoga con Eugenio González, rector de la Universidad de Chile, principal inspirador del Programa de 1947 del Partido Socialista de Chile. Desde 1948 se estrecharon las relaciones del PSCH con la Liga de los Comunistas Yugoslavos en el marco de la autonomía de los procesos revolucionarios y del no alineamiento internacional.

lario de ese período denominaban a los países de la periferia capitalista mundial. Hoy dirían: se cerraba en el marco Europeo, del cual fluía su eurocentrismo. La Internacional Comunista, en la cual los partidos comunistas eran "seccionales" y no factores independientes de la lucha política, se caracterizaba por el centralismo riguroso, la estrategia rígida y la mentalidad sectaria. El ejemplo de la Revolución de Octubre era un ejemplo que todos debían seguir, la forma de transformación revolucionaria que había que aplicar en todos los países, el modelo sobre el cual no se podía discutir, sin que importase el grado de desarrollo del país donde actuaban los comunistas. Tanto los unos como los otros veían el futuro de los países subdesarrollados en su propio pasado, sin dejar a la historia la posibilidad de que los caminos de desarrollo brotaran de sus propias condiciones socio-económicas, tradiciones y culturas, características para cada país individualmente.

Los socialistas reaccionaron enérgica y abiertamente frente a las deformaciones provenientes de esta situación en el movimiento obrero. Pero, hay que señalar de inmediato, fueron capaces de evidenciar y saludar los resultados positivos que más tarde se desarrollaron en el movimiento comunista, sobre todo en dirección a la democratización, condena del culto de la personalidad, reconocimiento de los valores de las experiencias revolucionarias en otros países, que eran diferentes a las del "centro"; en una palabra, la aceptación del concepto de las distintas vías al socialismo.

Estos cambios fueron francamente saludados después del XX Congreso del PCUS. ¿En qué contexto menciono esto? Debido a que los hechos de esta posición política condicionaron dos características expresivamente positivas de los socialistas chilenos, casi únicas en el mundo. En primer lugar el constante empeño porque, paralelamente con la crítica constructiva, se logre la colaboración y unidad entre los dos partidos marxistas del país, comunista y socialista, y ello sobre cuestiones concretas; segundo, por que se encuentren formas de cooperación permanente que, como lo ha demostrado su propia historia, siempre han llevado a las fuerzas de los partidos obreros a la antesala de las posibilidades reales de conquistar el poder. No es necesario argumentar esta afirmación con los resultados estadísticos electorales. Ello es de mayor o menor conocimiento por parte de todos los chilenos que recuerdan el pasado, pero es necesario decirlo por los jóvenes. No me es conocido que en la historia de la lucha por el socialismo exista una lección tan evidente y precisa: siempre cuando estos dos partidos colaboraron fructíferamente como factores políticos independientes en su sociedad, siempre cuando en el plano nacional encontraron *formas de organización* para dicha colaboración en diversos frentes y en el plano sindical, su influencia en los círculos políticos de la sociedad crecía repentinamente. Esto tiene un significado indudable tanto para concebir la vía chilena al socialismo y la creación del germen de la idea sobre el pluralismo de las fuerzas socialistas como base real para la práctica del sistema político del socialismo, como también para la época actual y futura, para el mañana de Chile.

El anhelo de volcarse hacia su propio suelo, a la situación de su propio país y a las condiciones de América Latina con respecto al gran vecino del norte, que en estos espacios desde siempre ha tenido y por mucho tiempo más tendrá la influencia decisiva de no subestimar ante esto las tradiciones políticas más progresistas del propio país, sino que entren a formar parte de programas concretos de activi-

dades; en una frase, de que la realidad no se adapte a la teoría marxista, sino que ésta, comprendida ante todo como método de interpretación de la realidad, se extraiga de esa realidad y constantemente se enriquezca con los nuevos cambios surgidos, son las características fundamentales del movimiento del cual el propio Allende extrajo su concepción política y sobre el cual él mismo influyó.

Estas características explican, además, las relaciones casi espontáneas de amistad que tradicionalmente existen entre la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y los socialistas chilenos y Allende, como la personalidad más destacada de dicho movimiento. Dejemos de lado el hecho de que los eslabones de colaboración, consideración mutua y respeto entre los dos pueblos han sido edificados durante decenios gracias, entre otras cosas, a la relativamente numerosa y laboriosa emigración económica yugoslava, que ha conservado el cariño hacia la vieja patria; también dejemos de lado el hecho de que los socialistas tradicionalmente en el senado chileno han interpretado los valores de la liberación nacional y socialistas de Yugoslavia, sus éxitos de edificación económica, orientación no alineada en su política exterior, y ello cuando estaba aislada y sola. No son momentos de poca importancia y eso no se olvida en Yugoslavia. Pero, lo que es sustancial y más interesante se refiere al período del año 1948 (lo que significa, después de la adopción del Programa del PSCH cuando en el movimiento obrero internacional el Partido Comunista de Yugoslavia inició una lucha abierta contra el estalinismo). El conflicto de los comunistas yugoslavos con el fenómeno del estalinismo, luego de la conocida resolución de la Oficina de Información de los partidos comunistas en el año de 1948, en la cual el poder popular surgido de la revolución y sus representantes elegidos fueron proclamados fascistas y el pueblo fue llamado a derrocar al legendario líder de la lucha antifascista y de la revolución, el presidente y mariscal Tito, tuvo, según las palabras de los historiadores del movimiento obrero de Chile, "una poderosa repercusión en el Partido Socialista". Los socialistas chilenos llegaron, a saber, a ciertas conclusiones sobre el movimiento obrero internacional que coinciden con las yugoslavas, pero independiente y paralelamente con el desarrollo de tales evaluaciones sobre el estalinismo en el propio Partido Comunista de Yugoslavia. Estas coincidencias se evidenciaron y desde ese entonces data la mencionada tradicional amistad entre los dos partidos.

Allende ya como Senador fue en esa Cámara del Parlamento exitoso intérprete del sistema socialista autogestor en Yugoslavia (por ejemplo en el año 1965) y la llegada al gobierno de la Unidad Popular el año 1970 coronó esta colaboración con relaciones muy estrechas entre los estados. Estas llegaron a manifestarse especialmente dentro del marco del movimiento no alineado, al que también Chile pertenecía, entregando su mayor contribución en los preparativos de la Cumbre de Argel, a través de la gran influencia para concebir la plataforma económica antimperialista de dicho movimiento. La mencionada cumbre tuvo lugar un día antes del golpe militar-fascista en Chile, y en numerosos círculos internacionales éste se interpretó, entre otras cosas, como respuesta del imperialismo al enfrentamiento organizado del movimiento de la no alineación, ejerciendo presión sobre sus miembros.



“El programa del Partido Socialista de Chile del año 1947 es la quintaesencia de las visiones teórico-políticas, que pueden reconocerse en un gran número de discursos posteriores de Allende como presidente de la República.”

No alineamiento

La cuarta gran característica de la figura presidencial de Salvador Allende está unida precisamente al mencionado sector de política exterior y relaciones internacionales. Conociendo la compleja situación en el seno de la propia Unidad Popular, me baso en el supuesto de que el presidente Allende tuvo gran injerencia en la política exterior de su país. A tal propósito pienso, ante todo, en su definición de no alinearse en ningún bloque, de optar por la filosofía no alineada de política exterior y de brindar en un tiempo relativamente corto una significativa contribución a la política orientada hacia la aminoración y superación de la polarización bloquista en el mundo. En la época en que las dos corrientes básicas mencionadas en el movimiento obrero internacional se identificaron directamente con el enfrentamiento de las alanzas político-militares entre los estados, primero los socialistas chilenos, y luego también el

gobierno de la Unidad Popular rechazaron definirse por las agrupaciones bloquistas. Su inclusión entre los países no alineados era consecuencia de la vía chilena al socialismo, teniendo una gran repercusión en América Latina y en el mundo.

NOTAS

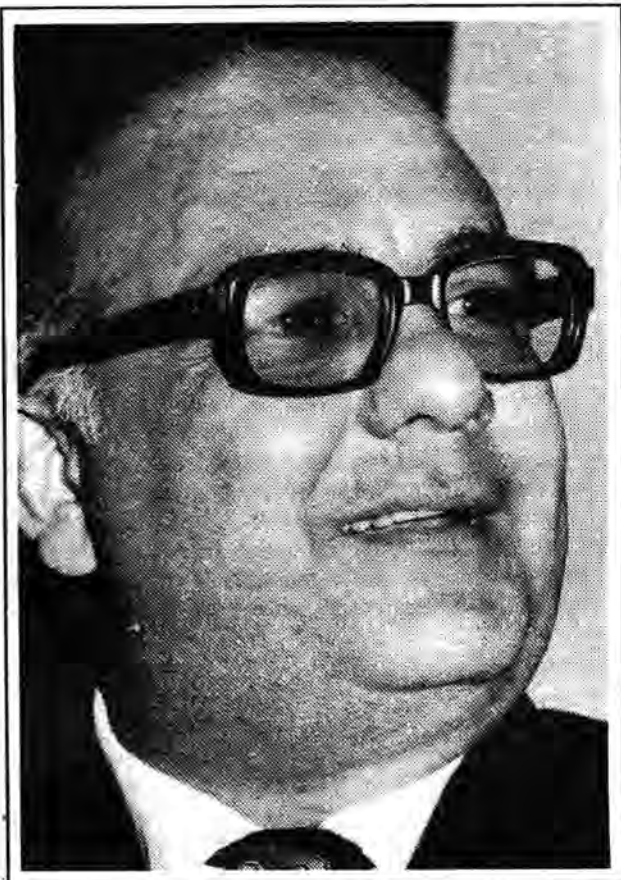
1. Por ejemplo en el libro de Michael Lowy. *El marxismo en América Latina*. Antología. Era, México, 1982.
2. Recordando el Programa en función de mi tesis sobre la unión de su contenido humanitario con la personalidad y método político de Salvador Allende, no puedo dejar de mencionar aquí la gran contribución que tuvo al formular estas ideas Eugenio González R. excepcional figura intelectual del socialismo chileno.



Presidente Allende en la Universidad de Guadalajara; a su derecha, Irma Cáceres, esposa del canciller chileno Clodomiro Almeyda, 1972.

ALLENDE Y LOS EXILIADOS VENEZOLANOS

Jaime Lusinchi. Presidente de la República de Venezuela.



Ciudadanos; presidente y vicepresidente de la Comisión Delegada; ciudadanos senadores, ciudadanos diputados: Permítanme estar de pie, porque creo que bien lo merece el dramático tema que está sobre la mesa.

Yo, señor presidente, he estado desde ayer profundamente conmovido por la dramática situación chilena, que en el caso mío me compete, como viejo amigo de Chile, como feliz habitante de esa tierra extraordinaria por largos años durante mi exilio y como amigo personal del presidente Salvador Allende, de quien recibí siempre atenciones generosas; y también, porque mi partido considera que el derrocamiento del régimen constitucional de Chile comporta en estos momentos una real catástrofe no sólo para la democracia chilena, sino también para la democracia continental, y hasta diría, para la propia perspectiva del desarrollo democrático y progresista de la humanidad.

Hace pocos días, me tocó asistir a una conversación del candidato de Acción Democrática, Carlos Andrés Pérez, con el Presidente Ceaucescu de Rumania. Ellos hablaron

durante largo rato con extraordinaria preocupación acerca de la perspectiva chilena, y coincidieron precisamente en esto que estoy apuntando: el de que en Chile estaba en juego un concepto que atañía no sólo a aquella tierra, sino al mundo entero. Allí radica parte del fondo de nuestra preocupación.

Soy de los que creen que si bien en el sector de la Unidad Popular se produjeron errores tácticos graves, no es posible negar en este momento que para la democracia cristiana chilena el compromiso con lo que allá está sucediendo es absolutamente inevitabile, y que su responsabilidad en esos sucesos es igualmente inevitabile. Esto deber ser dicho, porque nosotros no podemos andar, en esta hora dramática de Chile y de América Latina, por las ramas. Tenemos que centrar la situación, para poder llegar a su comprensión, y así sacar conclusiones valederas que puedan servir al desenvolvimiento histórico de nuestro pueblo dentro de cauces de normalidad democrática y progresista.

Por eso digo que el golpe militar de Chile ha sido alentado no solamente por los distintos sectores de la derecha chilena, en alianza con los intereses del gran capital internacional, desplazado por las medidas de nacionalización to-

Intervención como diputado del Partido Acción Democrática, Cámara de Diputados, 12-IX-1973.

madas por el Gobierno del Presidente Salvador Allende; y también seguramente por parte de esos aparatos que dentro de las fuerzas armadas norteamericanas no han comprendido todavía la evolución del mundo y se sitúan aun fuera de esquemas que su propio gobierno maneja o aparece como manejando quizá por razones de orden táctico. Aquí hay, pues, una confabulación de sectores militares chilenos (desgraciadamente mayoritarios, en apariencia), de sectores de la derecha chilena (de la que se presenta como tal y de la que se presenta reencauchada) y sectores del capitalismo internacional.

Es condenable lo que allí ha sucedido. Creo que así como se dieron pasos en un sentido por parte de la oposición, del otro lado también se dieron pasos hasta estadios de los cuales no se podía retroceder. Y lamentablemente llegamos a esto, que podría ser el comienzo de una guerra civil, o quizás más seguramente el germen de una tremenda conmoción política y social en Chile a plazos más largos. Eso depende de cómo esté la capacidad de reacción de los sectores que apoyan al presidente sacrificado.

Ha desaparecido el doctor Allende. Las noticias que nos llegan no son precisas. Se dice que ha sido muerto en combate, que fue asesinado, y que se suicidó. Personalmente me inclino por esta última posibilidad, pensando en que no se habrían atrevido los militares chilenos, existiendo el precedente glorioso de Balmaceda, a hablar del suicidio del presidente Allende si éste hubiese sido muerto en combate. Es, simplemente, una presunción. Pero de cualquier manera, suicidio, muerte en combate o simple asesinato por un oficial alzado, como se ha dicho, lo cierto es que ha fallecido un hombre de gran talla, un hombre de estupenda condi-

ción humana, que creyó lealmente en sus ideas y las sirvió hasta el sacrificio.

Nosotros, los exiliados venezolanos que vivimos en Chile, recibimos de él personalmente innumerables atenciones. Fueron innumerables sus gestos de solidaridad política y humana.

Allende llegó incluso, recuerdo, a abrir las tumbas de sus padres para que allí enterrásemos a Valmore Rodríguez. No pudo consumarse eso, porque la urna que estaba acondicionada de modo especial para un traslado posterior a Venezuela no cupo en estrechos nichos antiguos. Pero allí quedó el gesto, y abierta estuvo la tumba de los padres de Allende, esperando el cadáver de un venezolano que había muerto por la libertad.

Por todo esto, señor Presidente, en esta hora tan dramática, quiero rendirle homenaje de amistad, de aprecio a Salvador Allende. De igual manera quiero condenar a nombre de Acción Democrática el golpe de Estado que ha conducido al derrocamiento de un gobierno electo por el pueblo, que venía desarrollando un programa que había presentado, y que si bien venía cometiendo errores graves, de ningún modo se justificaba el que se atentara contra la expresión del voto popular, emitido en forma legítima y ampliamente reconocida y se vulnerara de paso la tradición democrática del pueblo de Chile.

Ese golpe de Estado militar crea profundas interrogantes en América, y por eso digo que quienes lo ejecutaron y que quienes lo alentaron desde fuera y desde dentro, tienen frente a la historia una responsabilidad que no es menos real, ni menos profunda que el inquietante y profundo drama que han creado para Chile, para América y para el mundo.

“Nosotros, los exiliados venezolanos que vivimos en Chile, recibimos de él personalmente innumerables atenciones. Fueron innumerables sus gestos de solidaridad política y humana”

VIGENCIA DE SALVADOR ALLENDE

Samuel Malpica Uribe. Maestro en Ciencias, investigador del Centro de Investigaciones Históricas del Movimiento Obrero. Actual Rector de la Universidad Autónoma de Puebla.



Conforme se enaniza la figura del dictador chileno Augusto Pinochet, crece la del patriota Salvador Allende. Al hacer la ineludible comparación entre el que fuera presidente de la nación andina y aquel que encabezó la revuelta homicida, las diferencias saltan a la vista y, como era de esperarse, se constata la enorme diferencia de estatura histórica entre ambos pesonajes.

Pinochet tiene cada día más dificultades para seguir en el poder. No le ha bastado con el respaldo abierto de las empresas transnacionales y de la oligarquía chilena, que al derrocar al mandatario legítimo prometieron resolver de cuajo la problemática económica, y a estas alturas tienen al pueblo sumido en la miseria y la desesperación. Tampoco han sido suficientes las fuerzas armadas lanzadas abierta y brutalmente contra su propio pueblo. El dictador pende de delgados hilos, que solamente sostiene el gobierno estadounidense por la inexistencia de la posibilidad de un recambio sin elevado costo para sus intereses.

Decir que Pinochet es un gorila no implica la formulación de un calificativo. Se está utilizando una categoría

política, con la cual se ha singularizado a los militares que con mayor dosis de bestialidad reprimen a su pueblo. En términos de la politología de fines del siglo XX, un gorila es un milico que, fingiendo cumplir una misión divina y enarbolando la doctrina de la seguridad nacional, comete contra el pueblo las peores aberraciones. El enemigo, para ellos, está al interior del país, y contra él descargan toda su furia genocida.

Para los soldados que se transforman en gorilas no existe la ley. Toda norma puede ser pisoteada, cuando se trata de preservar su privilegiada situación y servir a sus amos del norte del continente. Viven como en los tiempos en que se permitía que la fuerza fuese el único elemento de definición de problemas. Y cuando, como en el caso de Pinochet, recurren a disposiciones jurídicas, las desvirtúan de tal forma que las hacen perder su sentido. Así, por ejemplo, aquel decreto de la Junta Militar que sustituyó al Presidente Allende que decía que cumplirían la ley únicamente en cuanto lo permitieran las circunstancias de Chile.

Con propiedad, puede catalogarse el régimen de Pinochet como fascista. Su dependencia respecto de los intereses estadounidenses es estructural, su forma de gobierno es



“Allende se agiganta con el transcurso del tiempo. Su persistencia en la consecución de los altos valores de los chilenos, su valentía para defender la cause en que creía, su confianza en la fortaleza del pueblo son ejemplo para la lucha que pondra fin a la dictadura.”

típicamente dictatorial, pues no sólo anuló los órganos formales que caracterizan a la división de poderes, sino que prohibió la existencia de partidos políticos. Los organismos sociales, por otra parte, fueron restringidos de tal forma en su actividad, que muchos perdieron su razón de ser.

Los pinochetistas abrogaron el derecho de huelga y privaron con ello a los trabajadores de su arma más importante. Eso propició que los niveles adquisitivos del salario bajaran como nunca en la historia reciente del país. Mientras las ganancias del capital se incrementaron, las percepciones de los obreros disminuyeron casi hasta la insignificancia.

La dictadura volvió a las etapas más expoliadoras del capitalismo, privatizó un sinnúmero de actividades económicas y dio todo tipo de facilidades a los empresarios privados (tanto nacionales como extranjeros). Priorizó a cualquier precio el pago de la deuda externa, parte de cuyo monto se destinó a la adquisición de materiales de guerra contra el pueblo y a la corrupción de los altos mandos civiles y del ejército. Se "adelgazó" al estado y su participación en los procesos económicos se redujo al mínimo; casi retrocediendo a los tiempos del "estado gendarme".

Una política económica de esas características únicamente puede ponerse en práctica acompañada de la represión más brutal. Y eso fue lo que hicieron los militares: se convirtieron en los campeones de violación a los derechos humanos. Menudean en Chile los casos de ejecuciones extrajudiciales, de desapariciones forzadas, de encarcelamiento sin forma de juicio, de destierro. Pocos países han tenido la cantidad de exiliados que tuvo Chile, a donde todavía algunos están impedidos de volver.

El ejército genocida ha recibido condenas a lo largo y a lo ancho del planeta. Desde los primeros años de la dictadura, la Organización de las Naciones Unidas se ha pronunciado en tono de reprobación y demandado el retorno a la legalidad. Pinochet pretende eludir los efectos de esa desaprobación a sus actos, inventando conjuras internacionales en contra de su país. Pero no le queda el papel de víctima, porque el mundo entero conoce la ferocidad con que ha tratado a su pueblo.

Pero ni la ilimitada fuerza bruta ha podido doblegar el ansia de libertad de los chilenos. En las condiciones más desfavorables, en medio de la más atroz represión, la gente ha sabido ingeniárselas para crear medios de defensa. Con la sobrevivencia como prioridad fundamental, se mantuvo encendida la llama de la inconformidad y se consiguió derribar algunos de los muros más oprobiosos que levantó la dictadura.

A pesar de las irracionales prohibiciones, los partidos políticos están vivos. Y Pinochet tiene que reconocer su existencia, convocando a un ridículo plebiscito para que la población diga si quiere seguir siendo o no gobernada por un déspota. El caso chileno acredita que es imposible querer impedir la organización del pueblo, que siempre busca formas efectivas de participar en la cosa pública. A riesgo de su vida, los periodistas independientes hacen oír su voz. No los amedrentó el dictador cuando estaba en su punto más alto, y es improbable que ahora en su declive los haga callar. Los asesinatos a granel que de periodistas han ocurrido durante la dictadura, se pueden ejemplificar con el de José Carrasco, que fuera corresponsal de un diario mexicano. Pero aun así, la libertad de prensa es una exigencia en el Chile de hoy.

Asimismo, las agrupaciones gremiales combaten al gobierno del sátrapa. Los paros nacionales son muestra de la combatividad de la clase obrera y constituyen la esperanza de que reabran las alamedas como predijo Allende. También los pobladores pobres han sufrido la violencia, pero están presente en el combate.

Hay igualmente asociaciones de parientes de las víctimas de la represión. La Federación Latinoamericana de Familiares de Desaparecidos (FEDEFAM) tuvo entre sus pilares constitutivos a los chilenos, que no han descansando en su importante labor de denuncia ante la comunidad internacional.

La caída de Pinochet es cuestión de tiempo. No agrada ya ni a quienes lo colocaron en la presidencia: los Estados Unidos. La salida tipo Filipinas (de donde los norteamericanos recogieron a su dictador Ferdinando Marcos) no es adecuada para Chile, porque aquí existe un poderoso movimiento popular que se revelará formidable una vez que se aflojen los crueles lazos militares que ahogan al pueblo. Por eso, los estadounidenses sostienen a quien traicionó la confianza de Allende, a pesar de que es ya, un estorbo considerable.

Allende se agiganta con el transcurso del tiempo. Su persistencia en la consecución de los altos valores de los chilenos, su valentía para defender la causa en que creía, su confianza en la fortaleza del pueblo son ejemplo para la lucha que pondrá fin a la dictadura.

En este libro, se recogen materiales que tienen relación con Allende y con los chilenos. Hay entre ambos una identificación que adquiere ya perfiles de historia. Nadie podrá hacer la crónica de los que acontezca en Chile, sin tener presente a Salvador Allende.

EL PRESIDENTE OBRERO

SALVADOR ALLENDE TRABAJO DE CARPINTERO EN EL CAMPAMENTO "CHE GUEVARA" DE SANTIAGO DE CHILE



La jornada del domingo 16 de mayo entró en la historia de la República de Chile. De las 11 de la mañana hasta las 6 de la tarde, más de dos millones de chilenos trabajaron sin cobrar jornales, en adhesión al "Día Nacional del Trabajo Voluntario". El Presidente Salvador Allende (en la foto) se trepó al techo de una casa y colaboró en la "techada", clavando vigas. (Información y fotos págs. 16 y 17).

AÑO VI Nº 264
22 DE MAYO DE 1971
\$ 0,80 EN TODO EL PAÍS
\$ 80 — MONEDA NACIONAL
En Paraguay 45 Gs. (Vía Aérea)

ALLENDE ERA LA CONVIVENCIA DEMOCRATICA

Pompeyo Márquez. Senador, ex-secretario general y uno de los principales forjadores del Movimiento al Socialismo MAS, de Venezuela. Autor de numerosos libros, folletos y artículos.



Ciudadano presidente, ciudadanos senadores: Ha sido un acierto traer ante esta cámara lo que comúnmente se denomina ya el "drama chileno". Es necesario decir que no estamos ante un debate formal, de esos que forman parte de la rutina de la solidaridad de los pueblos que luchamos por unos mismos objetivos y contra unos mismos enemigos.

Porque lo que hacemos esta tarde en el Senado venezolano —podemos asegurarlo— va a tener repercusión directa en el interior de Chile, donde gobierna un grupo fascista en contra de la aplastante mayoría de los chilenos, con el repudio casi unánime de la comunidad universal. Porque es tal el grado de terror, de represión policial, de fusilamientos y persecuciones, de hostigamientos hechos de las maneras más diversas, que podemos decir que la resistencia chilena vive todavía un momento particular de reagrupamiento, de búsqueda de caminos y formas para enfrentarse al fascismo, mientras que nosotros desde el exterior estamos en capacidad de construir el cerco diplomático y político contra la junta facinerosa que des gobierna en el hermano país sureño. Decimos, pues, que todo cuanto se hace en este momento

en solidaridad con Chile tiene una incidencia directa en su interior, y es la forma más viable que tenemos los demócratas y revolucionarios de América Latina para dar, aun cuando sea modesta, nuestra contribución al esfuerzo que el pueblo chileno, dentro de circunstancias aterradoras, está haciendo para combatir la Junta fascista. El pueblo chileno, lo dijo en hermosas frases Miguel Otero Silva: "vive desgarrado" por odios fratricidas, por consignas que fueron lanzadas por las fuerzas más reaccionarias de Chile. Se les decía a los chilenos por esas fuerzas reaccionarias: "acumulad odios contra la Unidad Popular".

Era la siembra del odio contra todo aquello que oliera a democracia, a justicia social, a socialismo, a redistribución de una manera equitativa del ingreso nacional para un pueblo tan pobre, sobre el cual está montada una pequeña camarilla oligárquica, asociada a los grandes intereses monopolistas internacionales. Se les llamaba a acumular odio para que esos odios se desataran cuando triunfara la asonada fascista que desde afuera y desde adentro se preparaba contra el gobierno de la Unidad Popular que presidía ese héroe latinoamericano y mundial llamado Salvador Allende. Se ha demostrado toda la falacia de la propaganda reac-

cionaria y fascista a nivel nacional, occidental y mundial. Allende era la convivencia democrática, la única posibilidad que tenía Chile de seguir dentro de un régimen constitucional, la única posibilidad que tenía Chile de encontrar un camino justo para su pueblo, de reconstruir su sociedad sobre nuevas bases, de redistribuir sus riquezas sobre la base de la presencia de Allende hasta el término de su mandato presidencial.

El derrocamiento de Allende era la apertura del fascismo. Allende era la convivencia democrática y hoy eso lo está diciendo el propio drama que está viviendo el pueblo chileno. Muchos que no lo creyeron, y muchos que lo adversaron, que jugaron el salto al vacío, han tenido que darse cuenta, desgraciadamente tarde, de lo que apareció como una verdad elemental después de las elecciones, donde el gobierno de la Unidad Popular aumentó su votación a pesar de la escasez, a pesar del bloqueo invisible, a pesar del boicot, demostrando con ello que tenía la posibilidad real de volver a ganar las elecciones si se iba a una consulta electoral al término del período presidencial del presidente Allende. El proceso chileno tenía una proyección mundial; era un camino no explorado como lo dijo el presidente en su primer mensaje al Congreso: por vez primera se intentaba construir el socialismo, manteniendo un régimen de amplias libertades, sin haber llegado al poder por una conmoción revolucionaria, habiendo llegado a través de un proceso electoral con la existencia de una oposición, de un pluralismo ideológico y partidista.

Era la búsqueda de nuevos rumbos, de nuevas vías que a la vez indicaban la madurez de cambios profundos, de cambios revolucionarios en este continente latinoamericano, que esta vez tenían esa expresión allá en Chile con la victoria de la Unidad Popular y del socialismo aun cuando esa victoria haya sido transitoriamente sepultada por el golpe artero de los fascistas chilenos. Pero eso no quiere decir que ese camino esté bloqueado, que ese camino esté cerrado, que esa experiencia no pueda ser transitada por otros pueblos y esto era lo que veían los reaccionarios de Chile y de fuera de Chile.

El éxito del experimento chileno tenía una proyección muy grande en América Latina y hasta en Europa, como era el caso de España, de Francia e Italia, donde las repercusiones del proceso chileno eran también directas, tan directas como las que sufríamos nosotros acá en el continente latinoamericano; porque lo que se veía allí no era la fórmula específica que adoptaba esa unidad chilena, ni la forma específica como los chilenos había arribado al poder. Lo que se podía subrayar allí era la originalidad del proceso, la manera como en una forma no conocida entonces por la historia los socialistas habían conquistado una parte del poder y apoyándose en él tenían la posibilidad cierta de iniciar una reconstrucción por completo de la sociedad chilena. Esa experiencia sigue siendo válida, la búsqueda de esa originalidad en cada uno de nuestros países latinoamericanos y Venezuela entre ellos. Por eso los reaccionarios con la CIA y las grandes empresas; la ITT, la empresa del cobre y todos aquellos que cercaron a Chile estaban claros: había que impedir que ese proceso tuviera éxito, había que torpedearlo, acabarlo y lanzar a los militares chilenos a la aventura a la cual se han lanzado.

Digo a los militares chilenos y no a las Fuerzas Armadas Chilenas, porque ésta es otra manera como alguna prensa manipula las informaciones, tratando de dar la impresión de que allí han actuado de una manera unánime las Fuerzas

Armadas Chilenas contra el gobierno socialista de Salvador Allende. Los hechos indican, de por sí, y los nombres reseñados en la intervención de Miguel Otero Silva son eloquentes, cómo en el seno de las Fuerzas Armadas Chilenas había ya militares patriotas, militares que abrazaban la causa del socialismo, militares que comprendían que no podían ir en contra de la constitucionalidad chilena, porque ir contra esa constitucionalidad era caer en el foso en que se ha caído, en ese foso del fascismo que estamos contemplando hoy en forma dolorosa. Este es un hecho también importantísimo, el hecho de cómo a este proceso socialista fueron incorporadas capas importantes de las Fuerzas Armadas Chilenas. No soy yo el más indicado, y no es del caso aquí, para entrar a criticar los errores de los revolucionarios chilenos, de los socialistas chilenos, ni es éste el momento para entrar acá a analizar las causas por las cuales fue derrocado Salvador Allende, asesinado, y lanzado todo un pueblo a una situación tan desesperada como la que está viviendo hoy. Dejemos eso, principalmente, a los chilenos. Que sean ellos quienes extraigan sus propias lecciones; y de ellas, en consecuencia, los caminos que van a recorrer para recobrar la independencia, la soberanía y encontrar de nuevo el rumbo hacia un Chile socialista. A nosotros nos corresponde aprender de la lección; aprender la lección con un sentido latinoamericano, mundial y venezolano, para buscar esa originalidad a la cual me refería antes y para en esta hora dar nuestras más amplias, nuestras más persistentes y, si se quiere, minuciosas ayudas a los compañeros chilenos que viven horas dramáticas. Ellos dicen que hay más de quince mil prisioneros. El secretario general del Episcopado chileno, monseñor Carlos Camus, a nombre de una Conferencia de Obispos, que se acaba de celebrar, habla de siete mil; se reconocen oficialmente la presencia de siete mil. El número de víctimas es inverosímil; no hay cifras exactas acerca de ellas, pues sobrepasan las ochenta mil, según algunas estimaciones; las cien mil, según otras; en todo caso, son innumerables las víctimas que allí se han sucedido. El propio subdirector de la CIA, en una intervención ante un Comité Senatorial de Estados Unidos que abrió una investigación sobre el caso chileno, sobre la ingerencia de las empresas transnacionales, de la CIA, y del Departamento de Estado y del Pentágono en el asesinato y derrocamiento de Allende, el propio jefe de la CIA tuvo que reconocer que, en realidad, a los militares chilenos se les había pasado la mano; es decir, esto lo decía un hombre de esos que participan en todos esos genocidios que se suceden a escala universal, principalmente contra lo que ellos consideran los pueblos atrasados de nuestro mundo.

Por eso, el caso chileno tiene que sensibilizar no a un revolucionario solamente, sino a toda hombre y mujer con sensibilidad humana, porque aquí es el problema de cómo dar una contribución para detener la mano de ese grupo de asesinos que está gobernando allá en Chile, cómo nosotros creamos un clima internacional que asfixie, que obligue al gobierno de los generales chilenos a mitigar en algo siquiera los padecimientos de los prisioneros, de los que están perseguidos, de los que son arrojados de escuelas, de hospitales, de sus trabajos, de las mil maneras como se ejerce la presión y la represión en ese país.

Subrayadas ya estas proposiciones, voy a agregar una. La voy a agregar no para poner un tono acá de disonancia, sino porque considero que ella es lógica dentro de la propia política internacional que se viene siguiendo en los últimos años, que se está demostrando que no es la política interna-

cional de un determinado gobierno, sino, si se quiere, que es la política internacional que corresponde a un momento que es lo contemporáneo, es lo lógico, que un país que tenga un juego político adopte una política también pluralista de apertura hacia el mundo y no hacia adentro. Se trata —y esto lo voy a hacer con carácter de proposición— de recomendar al Ejecutivo Nacional el retiro del embajador venezolano como una expresión elocuente del repudio a las prácticas facistas que imperan hoy en la nación chilena. Esta es una práctica diplomática muy común. No se está pidiendo ruptura de relaciones, no se está pidiendo el cierre de la Embajada, sino dentro de esas modalidades y las sutilezas de la diplomacia lo que significa justamente eso que ha hecho México, retirar el embajador venezolano de Chile, indicándole al mundo que las relaciones de Venezuela con Chile están en una situación especial, en la situación en que se establecen determinadas relaciones dentro de la comunidad internacional, donde no se aprueba, por el hecho de

que se tengan relaciones, los regímenes que imperen en cada país. Pero eso es un hecho importante, que ya lo hizo México, que se estuvo estudiando en Colombia, y no está descartado que Colombia lo haga, no está descartado. En la prensa colombiana se ha planteado con mucha insistencia seguir el camino de México. Si se combina un retiro de embajador por parte de México, con Colombia, con Venezuela, y ahora existen esas posibilidades después de los resultados electorales colombianos, indudablemente que eso sería un hecho de gran impacto en América Latina, que tendría que ver con lo que está sucediendo en Chile. El hecho de que Venezuela no tenga embajador en Chile, pues, al lado de convertirse en un hecho político vendría a satisfacer los sentimientos de una inmensa masa de venezolanos.

En consecuencia, pues, doy a nombre de Díaz Rangel y del mío a nombre del MAS, nuestro fervoroso respaldo a las proposiciones hechas por Miguel Otero, y agrego, como quinta proposición, la que acabo de formular.



MEXICO: SOLIDARIDAD CON EL PRESIDENTE ALLENDE

Gonzalo Martínez Corbalá. Ingeniero, diplomático, senador; destacada personalidad del Partido Revolucionario Institucional; fue embajador de México durante el gobierno del Presidente Allende.



El proceso revolucionario chileno, que alcanza su máxima dinámica en el período comprendido entre los años 1970 y 1973, se caracteriza por una particularidad especial en relación a otros procesos: su desarrollo en el respeto a la legalidad vigente, que no era, ciertamente, la legalidad de las fuerzas revolucionarias sino que, por el contrario, estaba en permanente contradicción con aquélla.

En general, los procesos revolucionarios de carácter socialista transforman la legalidad burguesa, en el transcurso de la lucha contra el orden establecido, removiendo un obstáculo para la construcción del socialismo, al despojar al capital de una de sus principales herramientas de poder y dominación.

En el *Diálogo de América*, documental filmico conducido por el periodista Augusto Olivares y protagonizado en 1971 por Fidel Castro y Salvador Allende, durante el viaje del primero a Chile, cada uno de estos líderes se encarga de establecer las diferencias entre los procesos de los que son conductores.

Conferencia en la Escuela de Ingeniería Química de la Universidad San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich., 22-IV-1977; publicada en *El Día*, México, D. F. 28-IV-1977.

Decía el presidente del Consejo de Estado de la República Socialista en Cuba:

la llegada al gobierno ya se había suprimido, en el proceso de la lucha y al desplomarse virtualmente todo el sistema, los obstáculos principales. No quedó el Parlamento fraudulento que se había establecido como toda una máscara para darle forma legal al gobierno de Batista.

Todo eso se vino abajo con el régimen en el momento de la derrota, huyeron casi todos del país y entonces se establecía un gobierno revolucionario donde el Consejo de Ministros tenía facultades legislativas y ejecutivas.

En cambio, el presidente Allende, al hablar de las dificultades que encontraba en su desarrollo el proceso chileno decía:

...tres minutos para definir los obstáculos de una revolución que tiene que hacerse dentro de la democracia burguesa y con los cauces legales de esa democracia...

¿Los obstáculos nacen de quién? En primer lugar de una oligarquía con bastante experiencia, inteligente, que defiende muy bien sus intereses y que tiene el respaldo del imperialismo dentro del marco de una institucionalidad en donde el Congreso tiene peso y atribuciones y en donde el gobierno no tiene mayoría.



“El gobierno mexicano, en un acto estricto de respeto a un gobierno legítimamente constituido que buscaba nuevas vías de progreso para su pueblo, estuvo, como tenía que estar, en actitud de apoyo y de solidaridad al presidente Salvador Allende”.

Y agrega que, para enfrentar a los enemigos de la revolución chilena, había que hacerlo... "teniendo nosotros que respetar las conquistas que el pueblo alcanzó de las cuales lógicamente, se hace uso y mal uso la oposición al gobierno popular"

En síntesis, las diferencias estriban en que mientras la revolución cubana enfrenta a un enemigo cuya dominación es ilegítima y, por tanto, se inicia poniéndose en abierta oposición a la legalidad de la dictadura batistiana, para destruirla a través del desarrollo de la lucha que culmina con la toma del poder por la revolución, el proceso chileno no encuentra su fundamento de legitimidad en la rebeldía y búsqueda de la destrucción del régimen legal vigente, sino en su inserción y desarrollo dentro de él. Por otra parte, el proceso revolucionario chileno no culmina en la toma del poder total sino en la conquista de un instrumento del Estado capitalista que sería puesto al servicio de la táctica revolucionaria desde el ejercicio del poder: el gobierno y, más precisamente, el Poder Ejecutivo.

Las dificultades que derivan del hecho de avanzar en la lucha por el socialismo a través de los mecanismos de dominación de la clase antagonica a la revolución (vía chilena al socialismo), aumentaron en Chile por la falta de una cabal comprensión del proceso político por parte de algunos dirigentes populares.

Al respecto, es necesario profundizar un poco en la historia de lo acontecido entre 1970 y 1973 en Chile, al menos en los que se refiere a los hechos más significativos del período.

El movimiento obrero popular chileno se desarrolla en un marco legal e institucional relativamente estable en el cual lo atípico, los golpes de Estado y las dictaduras, es efímero y poco frecuente, excepción hecha en la década de 1925 a 35. El Parlamento tenía, antes del golpe final al gobierno de la Unidad Popular, 160 años de vida. Así las cosas, su forma principal de lucha será la electoral, la lucha reivindicativa, económica y política, dentro del sistema establecido.

La estabilidad institucional elevó el concepto de legalidad, entre los chilenos, a la categoría de valor fundamental, permanente e inviolable de ahí que, después de tres intentos frustrados por parte de la izquierda de alcanzar el gobierno a través de los procedimientos constitucionales (1952, 1958 y 1964), ésta persevera en sus esfuerzos intentándolo una vez más en 1970. No podía ser de otra manera en la medida que la legitimidad del ejercicio del poder en Chile se fundaba en los valores generalmente compartidos de su sociedad concreta, de los cuales el más importante era del consenso popular en torno al respecto de la Constitución y la ley.

En 1970, la ya tradicional alianza socialista comunista va a las elecciones presidenciales con un bloque social y político más amplio que la clase obrera, en el cual están representados sectores de la pequeña burguesía laica (Partido Radical y Cristiana (MAPU). Con el candidato socialista Salvador Allende encabezándola, la Unidad Popular, como se denominó al nuevo bloque, triunfa en las elecciones de septiembre de 1970.

El Partido Demócrata Cristiano, forzado por la presión popular, se ve obligado a apoyar a Allende en el Congreso Pleno al momento de su designación como presidente de la República.

Mientras tanto, sectores militares, la ultraderecha y el imperialismo se unen en la perspectiva de lograr un golpe militar reaccionario, montando una serie de provocaciones

contra las Fuerzas Armadas que culminan con el asesinato del comandante en jefe del Ejército General, René Schneider Cherau.

La desarticulación de la derecha representativa, y su desorientación a partir del triunfo de la Unidad Popular (UP), impidió un apoyo efectivo de ésta al complot, y, por otra parte, su pronto sofocamiento redundó en la neutralidad militar frente al conflicto político planteado. Pese a ello los sectores más destacados de la reacción chilena e internacional dejaron sentada, con este intento, su decisión de sobrepasar la legalidad en defensa de sus intereses si fuera necesario.

El gobierno de Allende, con estricto apego a la institucionalidad vigente, comienza a desarrollar aceleradamente su programa de reivindicaciones económicas, sociales y políticas favorecedoras de los sectores populares.

Este hecho, en lo inmediato, acarreará un sonado triunfo electoral al gobierno popular en las elecciones municipales de abril de 1971, en que la coalición de gobierno obtendrá el 51% de los votos: la mayoría absoluta.

Ante la actitud asumida por las Fuerzas Armadas en el intento de golpe de octubre de 1970, y con el triunfo de abril de 1971, se reafirmó la fuerza popular del camino seguido hasta entonces y la UP decide mantenerse en él transformándose en la más ferviente defensora de la legalidad chilena, sujetándose a ella estrictamente.

La VOP, organización de ultraizquierda, infiltrada y manipulada por agencias de inteligencia extranjeras, asesta un golpe provocador en junio de 1971, cuya consecuencia sería la de lograr la unidad técnica de las dispersas fuerzas contrarrevolucionarias: el asesinato del impopular ministro del Interior de Eduardo Frei, Edmundo Pérez Zujovic.

El gobierno, por otra parte, carente de los instrumentos legales que le permitieran crear el Área de Propiedad Social (APS), sector de la economía que debía comprender a las empresas industriales monopolísticas y estratégicas, o sea, al más dinámico de la economía chilena que sería capaz de determinar e influir en el carácter del desarrollo del resto de los sectores, recurrió para el efecto a la legislación dictada, en 1932 por la República Socialista, cuyo origen fue el resultado de la crisis imperialista mundial y la acción de los grupos socialistas y de una fracción militar progresista encabezada por el coronel Marmaduke Grove que mediante un golpe de Estado tomaron el gobierno.

Esta legislación, resultante de breves doce días de ejercicio del poder por la República Socialista, aportó "los resquicios legales" que permitieron a Allende requisar, intervenir y expropiar las industrias que debían pasar al APS. Sin embargo, en contrapartida la utilidad que prestaba al Gobierno Popular, recurrir a ella significó dar argumentos a la oposición en el sentido de que el gobierno de Allende vulneraba la legalidad.

El cuerpo de seguridad del presidente Allende, integrado por militantes del Partido Socialista, su partido, conocido como GAP (Grupo de Amigos Personales), será otro motivo de acusación al gobierno de violación de la legalidad al permitir la existencia de grupos armados no autorizados por la Constitución.

A partir de ahí, la reacción interna y el imperialismo usarán en la oposición al gobierno la dialéctica legalidad-ilegalidad. Apelando a la defensa de la legalidad actuarán ilegalmente.

Así, en octubre de 1972 convocan al "paro patronal" y a la resistencia civil contra Allende en aras de la defensa de

la legalidad. Denunciando al GAP, crean sus propios grupos paramilitares y, acusando al Presidente de ejercicio ilegal, ilegítimo y anticonstitucional del gobierno llaman a las fuerzas armadas a dar el golpe de Estado. Tildando al gobierno de incapaz de mantener el orden simultáneamente, crean el caos y practican masivamente el terrorismo en todo el país.

El gobierno de la Unidad Popular mientras tanto se aferra al sistema jurídico vigente, transformándolo en un fin y no en un medio como lo hace la oposición de derecha. Por otra parte, se muestra renuente a aplicar todo el peso de la ley contra la sedición para evitar una ruptura total. De esta manera la capacidad de acción y de respuesta de la izquierda chilena se anula prácticamente en la defensa de una legalidad que no solamente no le favorece sino que, por su carácter de clase, puede afirmarse que era contraria a los principios políticos fundamentales de la Unidad Popular.

En este contexto, en que se agudizaba por momentos la lucha política entre un gobierno legítimamente establecido a través de un proceso electoral democrático impecable y una oposición cada vez más violenta, que se valía de todos los medios a su alcance para vulnerar su acción y eventualmente llegar a su derrocamiento, el gobierno mexicano decide apoyar al de Salvador Allende en la medida de sus posibilidades.

Son boicoteadas las refineries de Concón y Concepción, en donde Chile procesaba 10 millones de metros cúbicos, con los que cubría una parte de su consumo anual. El presidente Allende el viernes 10 de mayo de 1973, en una reunión en la casa del senador Miranda, solicita al embajador de México la ayuda de su gobierno para proporcionar algún combustible y para reparar las refineries que habían sido saboteadas y estaban a punto de parar su producción.

El lunes siguiente a las 4 de la tarde, el presidente de México había ordenado que dos barcos mexicanos; "Plan de Ayala" y "Venustiano Carranza" buques tanque de Petróleos Mexicanos, cambiaran rumbo para regresar a México a cargar combustible a salir inmediatamente con destino a Valparaíso llevando el petróleo que era tan necesario en esos días.

Las dos cosas se hicieron, fueron técnicos de Petróleos Mexicanos a Chile, se trabajó en la reparación de las refineries, se normalizó la producción y, al saber que estaban llegando barcos mexicanos con combustible a Chile, se pararon las compras de pánico y seguramente se hizo abortar el primer intento de golpe que estaba programado para estos días, sincronizándolo con la escasez de combustibles que necesariamente tenía que presentarse, pues los vendedores tradicionales de combustible a Chile en esta ocasión se los habían negado o les habían impuesto condiciones inaceptables para el gobierno.

México da una muestra de amistad y solidaridad al presidente Allende y al pueblo chileno auxiliándolo en un momento que para ellos realmente era muy importante. Ante la escasez de viveres y dado que nosotros no teníamos trigo suficiente en nuestros país, se intentó establecer un mecanismo de compraventa triangulada para adquirirlo en otros países y enviarlo a Chile. Se les proporcionaron a precios que correspondían a los del mercado internacional tanto azufre como fertilizantes. México hacía lo que era factible dentro de nuestras posibilidades para aliviar siquiera algunos de los más serios problemas que se estaban presentado con carácter crítico, y el gobierno chileno contaba de esta manera con nuestra embajada para satisfacer, aun cuando

fuera muchas veces parcialmente, las necesidades más urgentes que se presentaban siempre con implicaciones políticas internas.

El gobierno mexicano, en un acto estricto de respeto a un gobierno legítimamente constituido que buscaba nuevas vías de progreso para su pueblo, estuvo, como tenía que estar, en actitud de apoyo y de solidaridad al presidente Salvador Allende.

Ciertamente, el embajador de México en Chile recibió, desde el primer momento de su nombramiento, instrucciones precisas en cuanto a dar el apoyo diplomático y activar el intercambio comercial como correspondía a un gobierno con el que se tenían magníficas relaciones y que había sido electo democráticamente y, a mayor abundamiento, ratificado en su elección por el Congreso Chileno en el que la mayoría estaba integrada por partidos de oposición a Allende y a la Unidad Popular.

La sola existencia de relaciones diplomáticas con cualquier país ya nos obliga, respetando la Doctrina Estrada, a que ésta sea una buena relación diplomática, y si a esto se agrega la solidaridad que México —especialmente— debe a los países de América Latina que luchan por encontrar sus propias vías de desarrollo y por ejercer el dominio que su soberanía les otorga sobre sus recursos naturales, creo que quedará muy claro el por qué el embajador de México —que tuvo el honor de haber sido yo en este caso— no solamente se mantuvo completamente al margen de los comentarios que creaban los rumores destinados a aumentar la tensión social en Chile, sino que rechazó invariablemente las presiones que sobre la Embajada de México se hacían, abierta o subrepticamente, para que cambiara su actitud de apoyo a las instituciones legítimamente establecidas de acuerdo con la propia Constitución chilena.

La ayuda al gobierno de la Unidad Popular que la Embajada gestionó ante las autoridades superiores del Gobierno Mexicano, se hizo, siempre que fue posible realizarla, teniendo presente, en primer lugar y por encima de todo, el interés fundamental de nuestra propia patria, de México, y con él, el del país hermano que, en plena crisis política y económica, en un momento en que se sometían a prueba todas las instituciones chilenas y fundamentalmente la de la democracia, la cual parecía ser, hasta entonces, el eje central de la historia de Chile, no encontraba muchas manos amigas que se le tendieran y si, en cambio, poderosos y ajenos intereses que estaban siempre al acecho de la primera oportunidad que pudiera contribuir en cualquier medida al derrocamiento del gobierno presidido por Salvador Allende.

Nuestra tradición en materia de política exterior y la propia historia de México y sus luchas libertarias por consolidar su desarrollo en el contexto de una interdependencia equilibrada y de respeto a su soberanía y a su derecho a la autodeterminación, legitiman la actitud solidaria de nuestro país con todos los pueblos en desarrollo que luchan de la misma manera por su emancipación política y económica, independientemente de la ideología que el mandato popular decida adoptar en el propio contexto histórico de cada país.

Por otra parte, en marzo de 1973 se habían realizado las elecciones parlamentarias, las cuales fueron garantizadas por la presencia en el gabinete de militares de alta jerarquía de las tres armas.

En efecto, desde octubre de 1972, la salida institucional al conflicto planteado por la reacción interna y el impe-

rialismo en contra del gobierno popular de Allende, fue la integración al gabinete de un representante por cada rama de las Fuerzas Armadas, de entre los cuales destaca el general Prats, Comandante en Jefe del Ejército, quien entonces asumió el cargo de vicepresidente en ocasión del viaje de Salvador Allende a México, la ONU y otros países.

La derecha fue a estas elecciones de marzo con el propósito de ganar los dos tercios de las bancas del Congreso para derrocar constitucionalmente a Allende. Sin embargo, la UP, pese a la crisis económica, social y política profunda por la que atravesaba el país, logra obtener el 44% de los votos.

Ciertamente, en lo inmediato, tal hecho constituía un triunfo para la UP, mas no sería así a largo plazo. El éxito relativo obtenido en estas elecciones llevó a las fuerzas de izquierda, una vez más, a sobrevalorar las posibilidades de avanzar en el proceso a través de la lucha electoral.

Así, por ejemplo, el Partido Comunista llama en un Pleno de su Comité Central a "ganar las elecciones presidenciales de 1976".

El día 6 de marzo mi familia y yo tuvimos la oportunidad de asistir a una cena a la residencia presidencial de Tomás Moro. El ambiente era de alegría y todos los asistentes felicitaban al presidente Allende por el triunfo obtenido en las urnas por la UP.

Al saludar al presidente Allende yo me excusé con él de no darle mi felicitación como lo estaban haciendo los demás invitados a la cena y, cuando él me preguntó por qué lo veía yo de esa manera, le dije: "señor presidente: ésta es la última instancia legítima que la oposición ha intentado para derrocar a su gobierno. De aquí en adelante usted puede esperar cualquier cosa, cualquier acción por parte de la oposición, porque no van a esperar cuatro años, hasta las próximas elecciones, sabiendo que del 35% pasaron ustedes al 44%, estando ya a 5 o 6% de distancia de poder obtener la mayoría absoluta".

El presidente Allende admitió que había razón en la observación que le hacía yo; sin embargo, entre las alternativas que él consideraba factibles que ejerciera la oposición, no figuraba la del golpe de estado; él tenía hasta entonces, aparentemente, una plena confianza en la lealtad de las fuerzas armadas. Pensaba que podrían intentar el atentado personal en contra de él o la paralización de la economía del país; pero no pensaba que fuera factible que llegara al golpe de estado.

En síntesis, no se veía lo evidente. La derecha abandonó definitivamente a la institucionalidad y sólo recurre a ella para apoyar su acción ilegal y la preparación de la insurrección burguesa y militar, manipulando a una clase media tan ensobrecida como engañada que actuaba como fuerza de choque.

En el mes de agosto de 1973, en el diario *El Mercurio*, probadamente antigubernista y financiado desde el exterior, la Suprema Corte de Justicia y el Congreso Nacional acusan al presidente Allende de haber roto al régimen jurídico del país por no promulgar la ley aprobada por el propio Congreso con base en el Proyecto Hamilton-Fuentealba, para definir las tres áreas de la economía y las facultades del

Poder Ejecutivo en materia de expropiación de industrias consideradas de valor estratégico.

Esta acusación pública es realmente el principio que habría de servir de fundamento legal y ético a los militares golpistas y a la oposición insurrecta.

El terrorismo, los paros locos, el desacato a la autoridad, los levantamientos parciales, el acoso a la oficialidad militar incitándola al golpe de estado son a partir de marzo de 1973, las formas de lucha predominantes que emplean la derecha y el imperialismo, en la preparación del levantamiento definitivo contra Allende.

La izquierda, en especial los partidos socialistas MAPU, Izquierda Cristiana y MIR, comprenden tarde el cambio de la situación, cuando ya es muy difícil remontar la tendencia general del desarrollo de los acontecimientos y desaprovechan oportunidades en que el estado de ánimo de las masas les habrían permitido golpear decisivamente al enemigo. El pueblo, sin conducción efectiva, se repliega iniciando un lapso de reflujo revolucionario.

En esas condiciones, los militares, el imperialismo y la reacción chilena dan el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973.

La resistencia opuesta al golpe con las armas en la mano por Allende, el GAP y el PS, fundamentalmente, es débil e insuficiente. La acción golpista es brutal lo que era de esperarse en cualquier circunstancia de triunfo militar contrarrevolucionario.

Es en medio de la represión masiva y sangrienta, que el gobierno de México instruye a su embajada en Chile para que proteja a los perseguidos por el nuevo régimen militar, mediante el mecanismo del asilo diplomático.

El respeto a los derechos humanos fundamentales es la inspiración esencial del asilo diplomático en los tratados que, para realizarlo han sido suscritos por casi todos los países de América Latina. La tradición que México ha creado al cumplirlo y exigir que se respete bajo cualquier circunstancia, es ya bien conocida en todo el mundo desde el gobierno de Lázaro Cárdenas durante el cual México, en repetidas ocasiones en la Liga de las Naciones, defendió a pequeños países que eran agredidos por las grandes potencias bélicas de entonces, como los casos de Etiopía y de Austria.

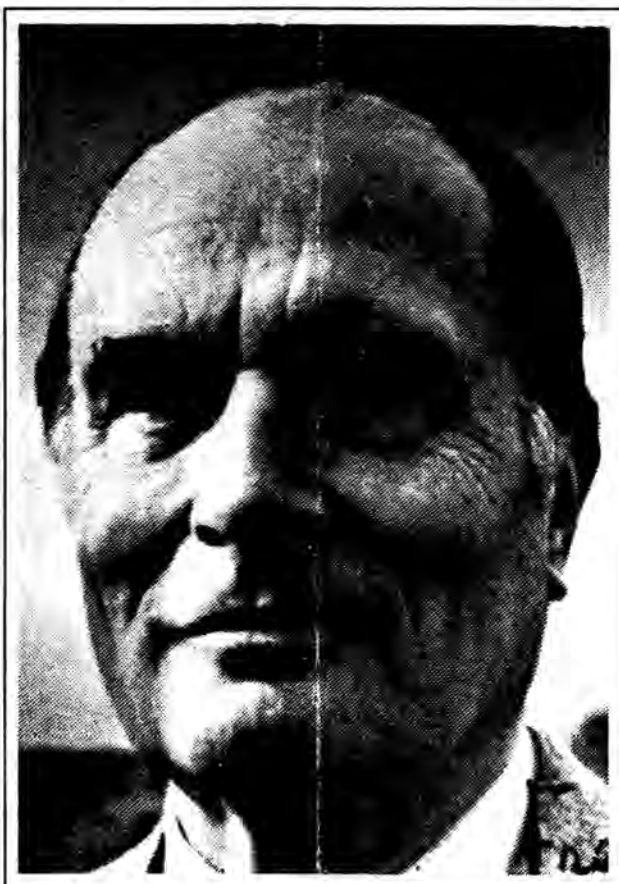
Es parte de esa tradición nuestra la fraternal acogida que se les brindó a los republicanos españoles, víctimas también de la intervención del nazifascismo en la Guerra Civil Española.

No ha habido, desde Cárdenas hasta ahora, un presidente de México que no hubiera respetado y fortalecido esta límpida y noble tradición. Así lo hizo el presidente Echeverría en el caso de Chile, y así lo ha hecho ya, en diversos casos, en el corto tiempo que tiene en la Primera Magistratura del País, el Lic. José López Portillo.

La experiencia chilena forma ya parte de uno de estos episodios históricos dolorosos para América Latina en los que la democracia ha sufrido golpes brutales, pero este episodio que es vergüenza para otros, para México es un motivo más de orgullo legítimo en la historia de su lucha por la defensa de los derechos humanos, de las instituciones democráticas del derecho a la autodeterminación y el pleno ejercicio de su soberanía nacional.

EVOCACION DE ALLENDE

François Mitterrand. Líder del Partido Socialista Francés. Presidente de la República de Francia.



12 de septiembre de 1973. Me enteré de la noticia ayer en Rennes, por los compañeros que me esperaban en el aeropuerto de Saint Jacques. Venía llegando de Lyon donde aún se ignoraba el golpe de los militares chilenos. Durante la conferencia de prensa del B.R.E.I.S esa Oficina Regional de Estudios e Información creada por nuestros diputados bretones, y luego en la reunión en la Sala de Lisses, los periodistas asistentes me comunicaban cada minuto los despachos de prensa. Poco antes de media noche supe la noticia de la muerte de Salvador Allende.

Esa mañana escucho las radios y leo los periódicos; las informaciones filtradas de los subversivos se reciben con dudas, pero es claro que se han apoderado de la capital y de los centros principales.

La historia de Chile desmentía la posibilidad de este golpe preparado sabiamente y que se presentía hace meses: dos golpes de Estado en ciento cincuenta años, de los cuales uno había fracasado en pocos días. El otro, que en 1891 había depuesto al presidente Balmaceda, aparecía como la

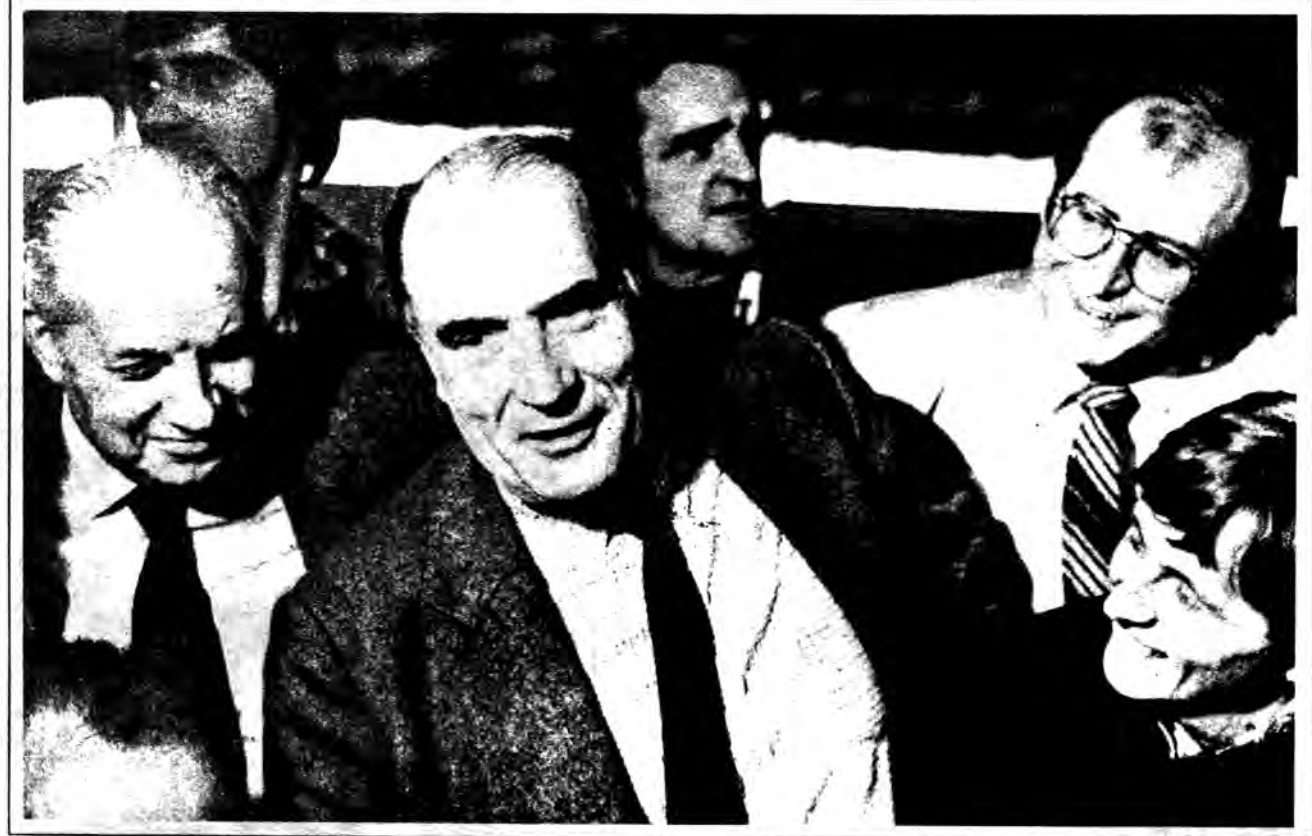
excepción que resaltaba las tradiciones democráticas del país.

En la galería de La Moneda que conduce al despacho del presidente, están alineados los bustos de los ex-jefes de Estado. Salvador Allende me los señaló uno por uno cuando lo visité en 1971 con Gastón Deferre y Claude Estier.

Me acuerdo que se detuvo delante del de José Manuel Balmaceda: "Era un conservador —me dijo— elegido por la derecha de la época, la derecha de siempre. Pero ese conservador, que también era un hombre amante de la ley no pudo soportar el atentado contra el derecho." Luego se calló: "todos los chilenos" agregó, "respetan su memoria. Su acto heroico pertenece a la conciencia de nuestro pueblo. Pienso que al eliminarse, Balmaceda salvó lo esencial".

Algunas horas antes de nuestra partida, Allende nos pidió volver a verlo. Gastón Deferre, Claude Estier y yo no olvidaremos nunca ese momento. De pie, apoyado al respaldo de su sillón, habló largo. Su tono grave, la descripción precisa de los obstáculos que encontraba, de las afrentas que recibía, ese sentimiento de soledad frente al bloqueo americano, ese apasionado llamado a la comprensión, a la amistad de las democracias, a la solidaridad de los hombres,

Texto escrito el 12-IX-1973, en su *Diario*, incluido en su libro *La Paille et le grain*



“Más tarde se discutirá lo que pudo ser respecto de lo que ha sido. Se harán las cuentas de los éxitos y de los fracasos. Pero, en esta mañana de duelo, pienso que si además del oro y de la insolvencia existen otras riquezas, hoy en el mundo ha amanecido más pobre.”



nos dejaron una impresión profunda. Estábamos delante de un hombre que encarnaba esa experiencia insólita de la Revolución dentro de la ley. La angustia que demostraba no disminuía en nada su resolución. La fe en la razón del hombre y en la marcha ineluctable de las sociedades hacia el progreso, ¿qué peso tienen si en el otro platillo de la balanza está la muerte de Salvador Allende? El día de mañana millones de hombres sobre la tierra harán la misma pregunta con mucha más impaciencia y cólera.

Un reportero me dice: "¿No es esto la prueba de que una experiencia socialista de este tipo no es viable? Le contesto: ¿No es esto más bien la prueba de que la derecha y cuanto ella representa, el poder del dinero y la dictadura de una clase, sólo reconocen como ley la suya, ley no escrita pero irrevocable?"

Salvador Allende fue elegido Presidente de Chile según las normas constitucionales. La mayoría popular que lo designó, fue confirmada por el voto del Congreso. El formó su gobierno de unidad popular con los socialistas, los comunistas, los radicales, los socialdemócratas y los cristianos de izquierda, que habían presentado y sostenido su candidatura. Yo no conozco el nombre de un sólo responsable político de la oposición, de un sólo sacerdote católico, de un sólo periodista que haya sido perseguido o encarcelado por sus opiniones.

El general Schneider, comandante en jefe del Ejército, fue asesinado poco después de la elección del nuevo presidente. Se acusó a la extrema izquierda, pero la verdad se impuso: la extrema derecha había querido sublevar al ejército valiéndose de ese crimen. Listo el "putsch" el General Viaux, instigador del atentado y condenado como tal, ha sido puesto en libertad después de dos años y medio de prisión. En estos últimos días se encontraba en un país cercano a Chile. Supongo que ya estará de regreso. Un complot fomentado por el grupo capitalista americano ITT y por la CIA fue desbaratado a tiempo. Un regimiento marchó sobre La Moneda disparando, abatiendo a transeúntes y a algunos

centinelas antes de rendirse. Un edecán de Allende, en su hogar fue destrozado, cortado en dos por balas de ametralladoras. Se le convirtió en el blanco de todo.

El Congreso votó por unanimidad la nacionalización del cobre. Los Estados Unidos de América congelaron el mercado. En ese país que siempre importó sus productos alimenticios y donde se perpetuaban inmensas propiedades agrícolas (una sola familia poseía 500,000 hectáreas) el Gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei, predecesor de Allende, había dictado una ley expropiando las tierras superiores a 80 hectáreas regadas. Allende aplicó la ley: se le reprochó entonces de organizar el hambre.

Una mañana en Santiago, bajo las ventanas de Allende, compré *El Mercurio*, el más importante de los periódicos, propiedad de un gran banquero, que rotulaba a ocho columnas, "Salvador Allende, mentiroso". No se le persiguió por "ofensas al Jefe de Estado". Libertad para la prensa. Dos estaciones de radio y televisión sobre tres, pertenecían a los partidos de oposición, que las aprovechaban para incitar a la violencia. Una de ellas fue cerrada por varios meses, no obstante, la última semana, Allende había autorizado su funcionamiento.

Escribo estas líneas con prisa. ¡Sobre Salvador Allende hay tanto qué decir! Joven ministro de Salud en el gobierno del Frente Popular en 1938, parlamentario, presidente del Senado, tres veces candidato a la Presidencia de la República antes de ser elegido, bien podía estar satisfecho de ser importante. Pero no; también ha sido el primero en unirse a Fidel Castro y al Che Guevara en el gran combate, que simboliza a su vez, entre los héroes de una revolución que anuncia mejores tiempos para América Latina.

Más tarde se discutirá lo que pudo ser respecto de lo que ha sido. Se harán las cuentas de los éxitos y de los fracasos. Pero, en esta mañana de duelo, pienso que si además del oro y de la insolencia existen otras riquezas, hoy en el mundo ha amanecido más pobre.

ALLENDE NO ERA UN VIOLENTISTA

Olof Palme. Líder del Partido Obrero Socialdemócrata Sueco y Primer Ministro; activo luchador por la paz y la cooperación entre los pueblos.



Con consternación e indignación hemos recibido las informaciones de que las fuerzas derechistas han tomado mediante la violencia el poder en Chile.

Los cambios pacíficos de la sociedad realizado por Salvador Allende han sido destruidos con el poderío militar.

El fue un presidente elegido por el pueblo. El accedió al poder mediante una elección democrática. Precisamente por eso él fue peligroso. A él no se le podía objetar como a un violentista. A él no se le podía presentar como una amenaza a la democracia.

Era manifiesto para todos que con el apoyo del pueblo chileno él trató de liberar al país de la explotación extranjera y llevar a cabo una reforma social en forma pacífica.

Ya antes de que asumiera el mando presidencial los golpistas trataron de derribarlo. Durante tres años los adversarios internos y externos trataron de aniquilar su gobierno.

No lo lograron. Por último se recurre a la violencia abierta; bombas y tanques.

Los golpistas, con ayuda de la violencia, han obtenido

una victoria. Se han echado encima una terrible responsabilidad. Pues ellos le aclaran a la gente que quienes tienen poderosos intereses económicos, poder y privilegios que defender, no toleran un cambio pacífico de la sociedad. La conclusión que la gente puede sacar de esto indica hacia un período de zozobra y revolución. La responsabilidad recae totalmente sobre aquellos que llevaron a efecto el golpe militar.

Hemos recibido la información que el camarada del partido chileno que es miembro de la internacional socialista, ha sido asesinado. Sentimos una profunda intranquilidad de que las fuerzas derechistas empiecen una acción masiva contra todas las fuerzas progresistas en Chile. Pero no podemos aceptar que el silencio caiga sobre Chile. Una vigilante opinión internacional debe seguir los acontecimientos y reaccionar con fuerza contra los desmanes de las fuerzas derechistas.

La tragedia chilena es una exhortación a todos a fortalecer la lucha por la democracia que en muchos lugares está expuesta a una creciente amenaza.

Fragmento de discurso, 12-IX-1973.
Traducción: Rudloff & Bongcam.

LA MUERTE DE ALLENDE

Sandro Pertini. Ex-Presidente de la República de Italia, figura histórica del socialismo italiano.



Salvador Allende, de veinte años, estaba preso por haber participado en manifestaciones a favor de los mineros, explotados por compañías extranjeras. Le fue negado el derecho a asistir al padre agonizante; sólo se le permitió visitar la tumba. Sobre la tumba del padre, Salvador Allende hizo un juramento: "No podré vivir si no me esfuerzo para hacer algo que cambie este país".

Allende tenía sólo 22 años. Inició entonces su lucha por aliviar la miseria de su gente.

Chile era el país más rico de Latinoamérica en materias primas, sin embargo, estaba entre los más pobres considerando el ingreso per cápita.

Dominaba el país una burguesía agraria de mentalidad feudal; funcionarios ávidos de privilegios; gerentes a sueldo de las compañías estadounidenses explotadoras de los minerales.

Salvador Allende, una vez que se tituló en medicina, se transformó en el médico de los pobres.

Hombre político, ministro en un gobierno del Frente Popular, consideró como primer problema a resolver el de

la independencia económica de su país "capaz —afirmaba— de enriquecer a extranjeros, mientras se empobrecía más y más".

Asumió la presidencia del senado lanzando la consigna, a la que sería siempre fiel: "Con la razón, democráticamente, pero sin ceder".

Era un socialista que aspiraba al socialismo del rostro humano. Jamás quiso recurrir a la fuerza, porque pensaba que no podía haber socialismo sin libertad.

Ganó las elecciones presidenciales de 1970 y fue ratificado por el Congreso como Presidente de la República.

Fiel a los principios que rigieron toda su vida y de los cuales nunca renegó, se puso en contra incluso de sus propios amigos, representantes de la mediana burguesía, prestos a caer en compromisos, y de los militantes de la extrema izquierda, que organizaron la guerrilla.

En su discurso de asunción a la Presidencia de la República, ante el Congreso dijo: "Queremos sustituir el régimen capitalista. Sabemos que esto no ha sido posible, hasta ahora, democráticamente. Pero ahora probaremos".

Salvador Allende nacionalizó las minas de cobre. Las compañías mineras estadounidenses pagaban el cobre a



“Hay un error que Salvador Allende jamás cometió: él nunca traicionó la democracia ni a la clase trabajadora de su país”.

Chile a menos de la mitad del precio a que lo vendían en el mercado mundial.

Realizó una reforma agraria radical.

Redistribuyó la renta nacional para elevar las condiciones de vida de las clases más pobres.

Construyó viviendas para los sin casa. Alivió la más negra miseria de un vasto sector de la población.

Todo fue hecho con el acuerdo del Congreso.

Las mujeres del pueblo solían decir: "Hoy podemos dar de comer a nuestros hijos. Antes, cuando Chile era el "país de la abundancia" y los negocios del centro estaban llenos, debíamos engañar el hambre de nuestros hijos con "aserrín" de huesos, esos restos que quedan a los lados de la sierra que usan los carniceros".

¿Se cometieron errores? Pero cuando se deben romper las lacras producto de largos años de explotación y egoísmo de las castas privilegiadas y de las compañías extranjeras, el trabajo no es fácil y los errores no sólo son posibles, sino que inevitables.

Hay un error que Salvador Allende jamás cometió: él nunca traicionó la democracia ni a la clase trabajadora de su país.

No fueron los errores los que mermaron la obra de Allende, fue la permanente hostilidad de los Estados Unidos y de la burguesía agraria que, infundiendo el pánico entre la población, orquestaron una campaña de sabotaje sistemático.

Allende trató de dominar la tempestad, permaneciendo en la legalidad, respetando las libertades democráticas, no persiguiendo a sus enemigos.

El sabotaje organizado logró ponerlo en contra hasta de la pequeña burguesía, a la cual le había garantizado el libre funcionamiento de la industria pequeña y mediana, aquella pequeña burguesía que se sentía desde hacía años, avasallada por las sociedades extranjeras.

Pero el sabotaje organizado lo estaba acorralando. El camino para construir el socialismo en la legalidad se le cerraba.

La exasperación se manifestó en amplias capas de la población cuando se difundió la noticia de que 20 millones de dólares serían usados para combatir a Allende; que los agentes extranjeros se habían triplicado en los últimos tres años y que el Fondo Monetario Internacional se negaba a ayudar a Chile.

La indignación cundió cuando se supo que el ejército —tradicionalmente subordinado al Parlamento— presionaba para que no se aprobase la promoción de generales leales a Allende. Un general, su fiel amigo Schneider, fue asesinado por elementos de la derecha.

El 24 de agosto, el general Prats, amigo de Allende, fue obligado por otros generales a abandonar el cargo de Comandante en Jefe del Ejército.

Se llega así al "golpe de Estado", obra de generales que renegaron del juramento de fidelidad a la República, estimulados, para realizar sus actos criminales, por fuerzas externas, con las cuales comparten los egoísmos, y no dudando en alzarse contra las instituciones democráticas y los intereses de la patria.

¡Aseguraron querer restablecer el orden!

Pero cuando se pisotea la libertad se instaura sólo el orden de las cárceles y de los cementerios.

Salvador Allende no quiso negociar con los traidores, prefiriendo sacrificar su vida por amor a la libertad. Instó a sus amigos, que querían permanecer a su lado, a dejarlo solo: "Ahora debo estar solo. No puedo hacer otra cosa".

Y fue asesinado por oficiales que, dejando de ser honorables, se transformaron en criminales.

En los últimos instantes, solo entre las ruinas del palacio de La Moneda, seguramente estuvo claro en su mente que: el sacrificio de su vida era necesario no sólo para ser

SANDRO PERTINI

MORTE DI SALVADOR ALLENDE

*colloquio con il presidente della repubblica
del 26 settembre 1973*

L'ESPRESSO - 11 OTTOBRE 1973 -
ROMA

consecuente con sus principios, sino también para que de su sacrificio el pueblo trabajador chileno sacase la voluntad y la fuerza moral para luchar por reconquistar la libertad.

Salvador Allende cayó en su puesto de combate, la libertad se extinguió en Chile y se extinguió también la voz del gran poeta Pablo Neruda, el poeta "de la dignidad humana violada". Esta voz que había denunciado al mundo entero la miseria de su pueblo frustrado, ha callado para siempre.

Su último poema fue un acto de acusación contra los generales traidores. Su casa fue destruida y sus libros quemados.

Así, sobre ese país trágico domina hoy la dictadura, que también nosotros hemos conocido durante largos años.

El Congreso fue cerrado; suspendida la libertad de prensa; marginados de la ley los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales democráticas.

Se realizó una despiadada caza al hombre, se llevaron a cabo deportaciones y ejecuciones sumarias; en el estadio de Santiago, transformado en campo de concentración "lager", miles de detenidos políticos fueron sacrificados como bestias en un matadero.

Los generales golpistas pisotearon la Constitución valorada por el pueblo, para sustituirla con una hecha a su medida de ellos, que impondrán por la fuerza.

Si, hoy los hombres y los partidos de izquierda son golpeados. Pero que ninguno se llame a engaño.

En Italia, los primeros que cayeron bajo el puñal fascista fueron socialistas: Piccinini, Di Vagno, Matteotti, Console, Pilati. Pero la tiranía no se aplacó y después fueron asesinados los liberales Piero Gobetti y Giovanni Amendola y el sacerdote "don" Minzoni.

La dictadura no perdona a quienes no reniegan de la libertad.

De los trágicos hechos de Chile debemos, entonces, sacar enseñanzas para nosotros.

Cuanto ocurrió en Chile —repito aquello que fue escrito por otros con tanta claridad— es una advertencia para cada conciencia humana sobre los peligros que pueden surgir para la democracia cuando el consenso civil y el acuerdo solidario son reemplazados por la ruptura y se pierde la vigencia de las libertades democráticas.

Seguro, debemos vigilar la libertad, que jamás es una conquista definitiva, que debe ser defendida día a día por las fuerzas antifascistas, fuerzas que, por encima de cualquier diferencia ideológica, deben mantenerse unidas frente al peligro fascista.

En Chile sucedió lo que había sucedido en Italia, donde el fascismo se impuso sobre todo por las diferencias y los desacuerdos entre los partidos democráticos.

Nos parece necesario aumentar la base de consenso y de alianza social, alianza sobre todo, entre obreros, campesinos y clase media.

Nos parece que queda clara una enseñanza: la libertad no se cambia por nada.

Salvador Allende cedió porque no quiso comprometer su dignidad y porque quiso seguir siendo él mismo.

Como Giacomo Matteotti, fue racionalmente al encuentro de su trágico destino. El, como Matteotti, interpuso su cuerpo —reducido ahora, por la salvaje agresión, a una mancha de sangre— entre la libertad y la dictadura, para que él fuera el primer peldaño de la lucha de los chilenos contra la dictadura.

Es el destino de los pueblos, que el camino hacia la libertad y la justicia social sea señalado con la sangre de sus mártires. Tal vez, para que así no se pierda el camino.

Nosotros no lo perdimos jamás en veinte años de lucha.

En el nombre de nuestros mártires combatimos sin desesperarnos nunca y el nombre de nuestros mártires se transformó para nosotros en una bandera. Su ejemplo nos estimuló en la larga lucha.

Quien muere por una causa justa, vive siempre en el corazón de quien combate por esa causa.

Salvador Allende, muerto, está más vivo que nunca en el corazón del pueblo trabajador chileno.

Los chilenos antifascistas ya han iniciado, en su nombre, la lucha contra la dictadura.

Será una lucha dura, difícil, pero de la noche que hoy ha caído sobre Chile resurgirá, estamos seguros, el alba de la libertad.

Acompañe a las fuerzas democráticas chilenas en su lucha nuestra solidaridad de antifascistas y de hombres libres.

HOMENAJE A SALVADOR ALLENDE

Gerard Pierre-Charles. Sociólogo haitiano. Destacada personalidad democrática, Premio Casa de las Américas, 1980, autor de numerosos libros y artículos especializados en política latinoamericana.



Es para mí un insigne honor y una gran responsabilidad, el haber sido invitado por las fuerzas de la Unidad Popular chilena a tomar la palabra, en este trascendental acto, en representación del exilio latinoamericano radicado en México. Estoy plenamente consciente de que al atribuir a mi modesta persona tan inmerecido privilegio, los compañeros chilenos han querido no sólo una muestra más de la solidaridad latinoamericana a su noble causa, sino también expresar su solidaridad con otros pueblos que son parte de esta América Latina oprimida, combatiente y heroica.

La invitación que me han hecho los compañeros chilenos para intervenir en este acto de recuerdo a la alta figura de Salvador Allende, es también un homenaje que he querido rendir al pueblo haitiano que desde hace más de 20 años está subyugado por la dictadura sanguinaria de los Duvalier al servicio de las mismas fuerzas que desde hace 5 años oprimen a Chile a través de Pinochet. Un homenaje a los cientos de compañeros haitianos, compañeros de generación, compañeros de partido, compañeros de generación, compañeros de lucha y de esperanza, que se han levantado

contra el fascismo, muchos cayendo heroicamente a lo largo de esta dura jornada que aún no ha terminado.

Es un homenaje a los hermanos de armas de Daniel Sansaricq, destacado revolucionario nuestro, cuya familia de 13 personas había sido asesinada en Haití y que cumpliendo tareas revolucionarias cayera preso en Santo Domingo. Desde allí recibió el asilo político en Chile en 1968, en una muestra de solidaridad que le fue brindada por la intervención personal de Salvador Allende, entonces presidente del Senado, Sansaricq vivió con una familia chilena. Regresó clandestinamente a Haití, en donde murió, peleando, teniendo en su corazón un pedazo de esa solidaridad revolucionaria, y humana que le había brindado el pueblo chileno y el senador Allende...

También esta participación latinoamericana el acto de hoy, es una muestra de la comprensión cada día más cabal, entre todos nosotros, de que la causa es una, de que los enemigos son comunes, de que más allá de las diferencias que se puedan dar entre nuestras diversas naciones, de mayor o menor desarrollo relativo, económico, social o político, de las diversidades culturales y étnicas, somos pueblos enfrentados a una misma problemática secular de opresión colo-



“Nos ha legado una mina inagotable de experiencias y enseñanzas que pertenece al patrimonio de todos los pueblos de América Latina y del mundo”.

nial y dominio oligárquico e imperialista, pueblos empeñados en conquistar nuestra determinación histórica en una lucha larga de las que han surgido líderes de gran envergadura como Tupac Amaru, Toussaint Louverture, Petion, Morelos, Hidalgo, Miranda, Bolívar, Sucre, Artigas, San Martín, Morazán, José Martí, César Augusto Sandino, Charles Peralte, Ernesto Che Guevara, Juan José Torres.

Desde luego, estos ideales y los hombres que los han abanderado se diferenciaban entre sí, en su definición, en su contexto histórico social, pero todos iban encaminados a romper con el yugo foráneo y promover el proceso de liberación nacional y social de nuestros pueblos.

Salvador Allende pertenece a este linaje de latinoamericanos que han sabido interpretar, en su momento histórico dado, el sentir de su pueblo, elevándose con las masas hasta los más altos niveles de lucha, entrega y sacrificio. Nos ha legado una mina inagotable de experiencias y enseñanzas que pertenece al patrimonio de todos los pueblos de América Latina y del mundo. Es por ello, que esta noche, al rendir este tributo latinoamericano, al revolucionario caído cuya figura se incorpora a la historia y al futuro de Nuestra América, recordaremos su obra en su significado y alcance. Sabemos que de esta obra se desprenden enseñanzas tan valiosas las unas como las otras, inseparables de la génesis y desarrollo de la experiencia de la Unidad Popular de Chile. Sin embargo, queremos destacar algunas de particular interés para nuestro combate, que nos llenan de reflexión, ayudando asimismo a situar el lugar histórico de Allende, de la Unidad Popular en el acontecer chileno y latinoamericano.

Al echar una mirada sobre la biografía de Allende, llama poderosamente la atención, cómo siendo médico, de extracción familiar acomodada, de filiación masónica, con tradición parlamentaria burguesa, este hombre conocido políticamente en la América Latina de las décadas 30 a 40 haya podido no sólo quedarse leal a la oposición progresista de su juventud, sino reforzar la misma, llegando a convertirse en el conductor de las masas populares chilenas.

Esta trayectoria luminosa contrasta el perfil de Allende con el de los líderes de los partidos socialistas de tendencia social demócratas de Europa, de numerosos de sus coetáneos latinoamericanos como Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, José Figueres, así como también de un sinnúmero de intelectuales y políticos de hoy que se apartaron de las banderas de su juventud convirtiéndose a menudo en adalides cuando no vulgares servidores del imperialismo y las burguesías criollas.

Esta verticalidad de Salvador Allende, por sí misma testimonia la calidad de la madera con que está hecho el hombre. También, tiene que ver con el marco histórico-social e ideológico de donde arrancó el líder chileno; una sociedad sacudida desde la primera década del siglo XX por las luchas de los trabajadores del salitre, por las primeras organizaciones políticas de la clase obrera, por la prédica revolucionaria de Luis Recabarren, y el Partido Comunista, por los recios combates clasistas que abrieron paso al primer gobierno que se reclamó progresista del socialismo en el continente, el de Marmaduke Grove, así como con la primera experiencia del Frente Popular. Es también el Chile de las violentas represiones antipopulares llevadas a cabo por el gobierno de González Videla, las cuales tuvieron efecto de templar al proletariado y a su partido.

En este contexto temporal y espacial, emergió Allende como el intelectual orgánico, fundador del Partido Socialis-

ta chileno, quien, entendiéndolo cabalmente las trampas ideológicas y políticas de la guerra fría y del anticomunismo desatados sobre América Latina en la posguerra y en los años 50, iba a convertirse en el apóstol de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias y populares chilenas.

Esta combinación de los factores sociales e individuales en la conformación del líder de la Unidad Popular, muestra hasta qué punto la fuerza organizativa e ideológica del proletariado, le aseguran, entre lo mejor de la intelectualidad progresista y pequeña burguesía, aliados fieles. Los mismos identificándose con el proyecto histórico proletario, pueden convertirse en portaestandartes ideológicos, cuadros científicos y técnicos dispuestos a sacrificarlo todo a la causa popular. La lección de la vida de Salvador Allende y del Partido Socialista de Chile resulta plenamente útil no sólo para la clase obrera, sino también y sobretodo para los sectores progresistas de la pequeña burguesía de nuestros países que no siempre llegan a hacer coincidir la aceptación teórica del papel de vanguardia del proletariado y su propia práctica política. La enseñanza de Salvador Allende coadyuvaba a comprender en la cuestión de la alianza revolucionaria, que es el proletariado y su consistencia ideológica, el que marca el paso a todas las demás organizaciones revolucionarias y avanzadas.

Conviene destacar al respecto el papel que le tocó desempeñar a Salvador Allende, para convertirse en el factor aglutinante del movimiento popular chileno a partir de la constitución del Frente de Acción Popular en 1964, durante el proceso formativo, y la exaltante experiencia de la Unidad Popular, hasta hoy día en el mantenimiento del espíritu y conducta unitaria que siguen animando a la izquierda chilena. Por sus cualidades políticas poco comunes, su transparente honestidad, su ausencia de sectarismo y su visión constante e insistente de las "grandes alamedas", Allende paso a ser uno de los principales constructores del "bloque histórico" que reclamaba la causa libertadora chilena.

Para ello, supo captar toda la riqueza de la nueva etapa de la lucha abierta en el Continente por el triunfo de la revolución cubana. Durante todo el desarrollo de ese proceso revolucionario, supo obtener las grandes lecciones del mismo, en cuanto a la necesidad de unificar todas las fuerzas revolucionarias y populares, en cuanto a la posibilidad de incorporar nuevas fuerzas sociales, en particular amplios sectores medios a la empresa libertadora. Entendió que la causa del socialismo se había convertido en un río caudaloso, crecido en América Latina, por los nuevos manantiales que bajaban o surgían de las montañas, que brotaban de las villas miseria, se abrían paso en las aulas de los colegios y universidades, configurando un sinnúmero de afluentes y afluentes que el dirigente revolucionario debía saber juntar para captar todas las fuerzas y la extraordinaria energía de este poderoso río, que es el socialismo contemporáneo.

Es así como Salvador Allende y el Partido Socialista, durante la década 60, tan llena de inquietudes socio políticas en el continente y marcada por tantas diferencias entre las organizaciones revolucionarias, supieron desarrollar la política de la mano tendida. Supieron asimismo aceptar la mano tendida que les ofrecían los comunistas así como las demás fuerzas democráticas, progresistas y revolucionarias emergidas del suelo chileno, que se radicalizaban al agudizarse la crisis del sistema y la cólera popular en lo más hondo de la cordillera. Allende también al quedar convencido de que en Chile el proceso de cambio podía desenvolverse por vías pacíficas no sólo supo suscitar el respeto de otros

revolucionarios como Fidel Castro, que no creía en ese camino, sino también profesó el mismo respeto hacia aquellos que piensan más bien que la lucha tiene que cobrar un carácter violento para responder a la violencia contrarrevolucionaria.

Es así que cultivó una gran amistad con Ernesto Che Guevara y que abrió sus brazos solidarios a numerosos guerrilleros sobrevivientes de las epopeyas conocidas o anónimas.

La Unidad Popular bajo la conducción de este líder se convirtió en una fuerza material, que no sólo pudo deshacer los complots enemigos, sino, sobre todo, permitió lograr esta descomunal victoria ideológica y política que implican la histórica jornada del 4 de septiembre de 1970, y los tres años de vida del Gobierno Popular. Al consumarse esta victoria, como aquella del 4 de marzo de 1973, que tuvo el privilegio de presenciar, al evaluar estos acontecimientos, se me ocurrió pensar.

“Si uno de los pueblos más avanzados políticamente de América ha optado en forma democrática por el socialismo, su voto traduce el sentir de la conciencia más diáfana del continente, que invariablemente elegirá el socialismo”. Pude entender y apreciar entonces, más que nunca, la magnitud de la obra política cumplida por el Doctor Allende y lo que representaba para Chile, para América Latina y para el mundo.

Pero este sentir del voto popular chileno no sólo lo habían entendido las fuerzas progresistas, también había sido captado por el imperialismo y por la reacción interna. Eso, además de la pérdida de privilegios que conllevaba para los monopolios y el gobierno norteamericano la implementación del socialismo en Chile. De allí, la gran conspiración de Wall Street, instrumentada por el Pentágono, la CIA y los verdugos que culminó el 11 de septiembre con el Golpe de Estado.

Cuál experiencia sacar de estas amargas páginas de la historia, escritas con la sangre de tantos patriotas chilenos, pero que pertenece al patrimonio del conjunto del movimiento revolucionario.

En las miradas críticas retrospectivas, que un movimiento revolucionario puede hacer de su propia experiencia, suelen surgir dos órdenes de preocupaciones: Preguntarse si la línea aplicada fue justa o errónea. O, en segundo lugar, si los errores se situaron a nivel de la aplicación errónea de una línea justa.

Al hacer estas preguntas, tenemos en cuenta que las mismas formaciones políticas chilenas han empezado con el valor y honestidad, desde la mañana de su derrota, a analizar las causas de la misma. Nuestro propósito es sacar las lecciones de esta experiencia para alumbar, fuera de las interpretaciones fatalistas y derrotistas, el sendero revolucionario por donde tendremos que transitar. Y en este atrevido intento de reflexión, nos parece que fuera de los errores, inevitables además en cualquier empresa revolucionaria, lo que hace falta reconsiderar, es la misma línea del tránsito pacífico, la cual en condiciones de tiempo y espacio de la experiencia chilena resultó inoperante.

Todos sabemos que el señalamiento teórico sobre la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo se da al fin de la década 50 y al principio de la década 60 como un gran avance de la teoría marxista-leninista que se fundamentaba en los cambios reales intervenidos en la correlación de fuerzas en el mundo, con el fortalecimiento de la Unión Soviética y el resto del mundo socialista, con el advenimiento de

**NIEDER MIT DEM
FASCHISTEN -PUTSCH**



DIE VOLKSFRONT LEBT

la China Popular al campo revolucionario y el reforzamiento de todos los terrenos, del socialismo mundial. Este planteamiento teórico, correspondiente a una etapa de la lucha de los pueblos, presupone en su aplicación una visión dialéctica de la imbricación entre la instancia del escenario local de la lucha de clases, es decir, de luchas políticas, y la instancia internacional, es decir, la correlación de fuerzas no sólo en su dimensión global sino también en su proyección local. Se nos hace hoy, reconsiderando los hechos, que si bien la relación de las fuerzas sociales en Chile, por muchos factores históricos, objetivos y subjetivos, podía parecer favorable a la aplicación de esta línea, que resultaba al alcance de la Unidad Popular y del pueblo de Chile. Sin embargo, teniendo en cuenta las condiciones de espacio y tiempo, en la correlación internacional de fuerzas, así como la incidencia de este poderoso factor económico, político y militar en el escenario chileno y latinoamericano de la década 70, dicho camino no resultaba transitable aún.

Esta consideración se fundamenta en el conocimiento que tenemos del imperialismo. Sabemos que la crisis es un fenómeno histórico irreversible. El sistema está carcomido por sus intrínsecas contradicciones y limitado en sus desmanes, por las poderosas fuerzas del socialismo. Sin embargo, sabemos también que el imperialismo es un fenómeno violento y que mientras exista su dominación es inseparable de la violencia e implica guerras, golpes de estado, matanzas, desembarcos, intervenciones. Además de la larga experiencia que de ello tenemos los pueblos de esta parte septentrional de América Latina, de América Central y del Caribe, la guerra a muerte desatada contra Cuba, Vietnam y Santo Domingo, son realidades que caracterizan la esencia del imperialismo contemporáneo. Y aun cuando en algunos escena-

rios locales se seguiría valiéndose de las formas legales y pacíficas de poder y representación, promueve eficazmente, a través de su control del estado, de las fuerzas armadas y de los servicios de inteligencia de los países dominados, mecanismo de violencia desestabilizadores, técnicas terroristas y golpistas, susceptibles de asegurar o por lo menos prolongar el dominio del capital financiero y del sistema. Y todavía, en América Latina y en la mayoría de los escenarios actuales, fuera del caso en que la destrucción del Estado por las fuerzas revolucionarias locales, le quita al imperialismo sus instrumentos locales, el intervencionismo, la injerencia imperialista, la desestabilización hace sumamente frágil y vulnerable cualquier empresa de paso al socialismo por los medios legales. Y al mismo estado burgués está dotado de un poder ilimitado de violencia cuando siente sus cimientos amenazados.

Estas reflexiones no llevan a considerar cómo la experiencia de Chile conlleva a un mayor rigor teórico en cuanto a la comprensión de las leyes de bronce de la lucha de clases plasmada por Marx y que Lenin ha desarrollado magistralmente en El Estado y la Revolución. Si bien es cierto que la infinita riqueza de las situaciones sociales y políticas del mundo contemporáneo requieren de cada militante una gran capacidad creativa para aplicar la teoría a las condiciones concretas de cada situación, quedan sin embargo algunas reglas fundamentales y esenciales propias del sistema de contradicciones sociales en que vivimos, que han de constituir nuestra guía para la acción eficaz en el actual período histórico.

Los pueblos están sacando cada día más, la lección de la conducta bochornosa del imperialismo y de la reacción chilena durante el desarrollo del golpe, contra la experiencia de la Unidad Popular. Salvador Allende, presente como dirigente y combatiente, indicaba cabalmente el significado del momento. Su última foto, lo muestra empujando el fusil que le había regalado Fidel, defendiendo la soberanía de Chile, y la opción socialista del pueblo. Esta imagen y el mensaje que dejó como suprema expresión de su fe inquebrantable en la victoria, proyectan en las páginas de la historia y en las paredes del futuro, la figura de un guía preclaro: figura del ideólogo integral dispuesto a llevar hasta sus últimas consecuencias el fulgor de sus ideas; imagen del dirigente político decidido a utilizar, hasta en el último combate, nuevos métodos de lucha; imagen del revolucionario dispuesto a pelear y que de hecho peleó hasta la última cartuchera.

Estas estampas del compañero presidente, con el fusil en la mano, en el palacio de La Moneda en llamas, se grabarán para siempre en la memoria de los pueblos de nuestro continente; transmiten el testamento postero de pelea del "hombre de la vía pacífica". Ya en enero de 1971, él había vaticinado "si me asesinan el pueblo seguirá su suerte, seguirá su camino, con la diferencia quizá de que las cosas serán más duras, mucho más violentas porque será una lección objetiva muy clara, para las masas, de que esta gente no se detiene ante nada".

La herencia política de Allende y las lecciones que se desprenden de ella, no podrían ser más claras en cuanto a la necesidad para las clases oprimidas de entender las leyes de bronce de la lucha de clases, así como el papel de la violencia como partera de la historia. Nos induce a regresar al ri-

gor de este principio fundamental del marxismo-leninismo que enseña que la "cuestión del poder es la cuestión esencial de toda revolución".

Con el golpe de estado, Chile puso de relieve un fenómeno que venía ocurriendo en el marco de la crisis del sistema de dominación imperialista en el continente, del auge de las luchas populares, de la emergencia de la revolución cubana, y del fortalecimiento del socialismo mundial; el fenómeno de la fascitización del Estado, de la imposición de nuevas formas de opresión clasista e imperialista en todos aquellos escenarios nacionales en que los medios de represión tradicionales y legales ya no servían para asegurar el orden. Este fenómeno se fue extendiendo a Uruguay y a Argentina, adoptando en cada país las particularidades impuestas por las condiciones específicas, pero a partir de un mismo molde dibujado por el Pentágono y las escuelas especiales para-militares latinoamericanas.

El caso contribuyó a llamar la atención de la opinión mundial sobre este nuevo fenómeno político y a promover la movilización de la opinión pública del mundo contra el genocidio, la tortura, y la absoluta arbitrariedad impuesta a nuestros pueblos. Todo lo anterior ha coadyuvado a presionar al imperialismo y a sus vasallos exigiendo el respeto por parte de estos regímenes, de las libertades humanas fundamentales. En este terreno de la solidaridad con los pueblos de América Latina, especial énfasis merece la obra de los países socialistas en particular Cuba y la Unión Soviética que han llevado a expresiones más genuinas la tarea de denuncia y repudio de las dictaduras asesinas de América Latina, de denuncia de la responsabilidad directa del imperialismo en el surgimiento y en el mantenimiento de estos regímenes, prestando una ayuda valiosa a la lucha de nuestros pueblos para su liberación. Asimismo merece ser denunciado, sin vacilación, la vergonzosa complicidad con el imperialismo y el fascismo de los dirigentes chinos, que apoyan desde su nacimiento a la dictadura pinochetista, actitud que ha representado para numerosos sectores progresistas, la primera y dolorosa demostración de que la política de los gobernantes chinos, se aleja más y más de los altos ideales del socialismo, confundiendo crecientemente con las intrigas de los círculos más agresivos del imperialismo y de la reacción internacional.

Chile está presente en la gran batalla que lleva a cabo América Latina por la democracia, la liberación nacional y el socialismo. El sacrificio de sus mejores hijos, la conducta heroica de su pueblo y la difícil tarea clandestina y anónima son tantos elementos que unen la lucha del pueblo chileno con la de los demás pueblos de América que se niegan a aceptar el reino de la barbarie y repudian las mismas causas que le han dado lugar.

Pueblos que se han sentido totalmente identificados con la gran empresa de recuperación nacional y de transformación social y humana que encabezó Salvador Allende enseñando desde entonces las grandes alamedas de donde habrá de surgir el hombre libre de América Latina para construir una sociedad mayor.

Al celebrar el setentavo natalicio de Salvador Allende, nos inclinamos, una vez más, ante este nuevo prócer que nos ofreció su ejemplo señalando el camino en la incansable lucha por la liberación y el socialismo.

ALLENDE Y LA IZQUIERDA DESVARIADA

Darcy Ribeiro. Científico social y político brasileño.



Escribo sobre un hombre bravo. Un héroe-mártir más que la historia nos brinda, cuando lo que hubiéramos querido era tenerlo con nosotros en las luchas por conquistar la condición de pueblos autónomos que existan para sí mismos y vivan según su propio proyecto.

Escribo sobre un estadista. El más lúcido con quien conviví y, el más combativo, que deja como legado para nuestra reflexión la experiencia revolucionaria más temeraria, generosa y avanzada de nuestro tiempo: edificar el socialismo en democracia, pluralismo y libertad.

Escribo sobre la muerte de un amigo queridísimo que amaba la vida, pero sabía y sentía que sólo vale la pena vivirla en dignidad y si ella es dedicada a una causa socialmente generosa.

Escribo, de hecho para meditar sobre este último y asombroso episodio de la historia latinoamericana: el asesinato de un presidente en el auge de su prestigio popular, aunque también bajo la más extremada odiosidad de los privilegiados.

Yo lo veo con sus cuarenta compañeros, armas en ma-

nos, tirando para defender, ya no al palacio de La Moneda bombardeado y en llamas, sino la dignidad del pueblo chileno y la coherencia de su liderazgo revolucionario. Oigo su última proclama como si estuviera allí a su lado: "Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto".

Escribo perplejo y apasionado. ¿Cómo no emocionarse frente a los cuadros de esta tragedia? El compañero presidente, primero abatido por balazos en el estómago y en el pecho, después acribillado. ¿Cómo no espantarse ante el último homenaje de los compañeros que sientan a Allende muerto en la silla presidencial, le ponen la banda simbólica de su mando constitucional y lo envuelven en la bandera patria para volver, en seguida, al combate sin esperanza? ¿Cómo no reconstruir, con espanto, la marcha fúnebre emprendida en secreto, con la familia andando bajo la mira de fusiles, detrás de un féretro sellado para esconder el crimen hediondo?

Pero no escribo para lamentar. Lo hago buscando ser digno de Allende, para dar aquí mi visión de nuestros errores, los de las izquierdas, que permitieron al imperialismo esta nueva victoria sobre nosotros. Mi preocupación es cla-



mar contra nuevos errores fatales que estrechen más aún esta Nuestra América, cada vez menos nuestra.

Por todas estas razones que nadie espere de mí un análisis frío ni contemplaciones, con quien quiera que sea. Yo, como todos los latinoamericanos que de hecho lo son, estoy impactado hasta la última fibra por la tragedia chilena; por la visión de los compañeros que fueron y siguen siendo masacrados; por la imagen del pueblo chileno acorralado y sometido a un horrible gorilaje

Un estadista pionero

Conocí a Salvador Allende en 1964, cuando él nos fue a visitar, a Goulart y a sus ex ministros exiliados en el Uruguay y me acordaré siempre de las largas conversaciones que tuvimos. Recuerdo sobre todo el encantamiento que produjo en mí —entonces un provinciano brasileño que sólo después aprendería a ser latinoamericano— la lucidez y la pasión con que él analizaba y evaluaba nuestro fracaso: “es como una inmensa montaña que se hunde dejándonos un hueco enorme, insustituible”. Por sus palabras percibí más claramente las dimensiones continentales y mundiales de nuestro fracaso y su terrible impacto sobre la lucha de liberación de América Latina.

Lo ví después muchas veces, principalmente cuando pasé a vivir en Chile, meses antes de que él asumiera la Presidencia. Fui por casi dos años, con Joan Garcez, uno de sus colaboradores, que estudiaba con él la situación política, analizaba las alternativas de acción y le preparaba notas inspiradas en su pensamiento. Salí de Chile hace un año —llamado para las tareas que me ocupan en Perú— pero cada una de las veces que volví para visitarlo, él me hizo sentir

generosamente su aprecio. Hablábamos durante horas que eran de enseñanza para mí y de viva percepción de la lucidez de Allende estadista que, frente a una ruta pionera, abría su camino, con tino, osadía y coraje.

Mi sentimiento fue siempre —y lo es más aún ahora— el de que Allende, en el plano ideológico, era un hombre solo, sin ayuda, incomprendido. Los mismos chilenos más cercanos a él se sorprendían cada día con la grandeza del hombre que los incitaba y comandaba. No les era fácil sustituir la imagen ingenua del viejo parlamentario, demasiadas veces candidato a la presidencia, por la figura de estadista que en él reconocía ahora, sorprendidos, a veces dudosos. Más difícil todavía era para muchos aceptar el liderazgo de un estadista, dentro de un proceso político dado, cuando lo que en realidad aspiraban era a un comandante dentro de un grupo de acción directa.

Aquel hombre solo, encabezaba, diseñaba y dirigía el proceso político más generoso y complejo del mundo moderno, elevando a Chile a alturas incomparables de creatividad teórica y a osadías impensables de repensar todo lo que las izquierdas tenían como dogmas. Su tarea era nada menos que abrir una ruta nueva, evolutiva al socialismo. Una tarea sólo comparable a la de Lenin cuando hostigando a su viejo amigo Kautzky, reivindicaba el derecho y el deber de intentar la edificación del socialismo en la Rusia atrasada, en lugar de esperar la tantas veces anunciada revolución alemana o inglesa.

Esta revolución que jamás ocurrió, pero parecía corresponder mejor a las previsiones de Marx de un socialismo maduro que superaría y trascendería un capitalismo plenamente desarrollado. La revolución concreta, viable, pensaban Lenin y Trotsky, era aquella la de la Rusia del atraso, en la cual el socialismo sería llamado a promover el desarrollo que el capitalismo era incapaz de lograr, para crear allí las

bases de expansión de la revolución mundial. Y así fue. Sin la URSS, el milenio hitlerista de la burguesía alemana en el umbral de la desesperación, habría degradado lo humano hasta el límite último de la iniquidad.

Allende, por un vuelco en la historia, tuvo que revivir el mismo destino pionero, llamado a concebir y a concretar la segunda vía al socialismo. Aquella que hubiera debido ocurrir en Francia o Italia con sus enormes, flojos y connivientes partidos de izquierda, pero se abría en Chile del cobre cautivo.

Trampa de la historia

Para esta gigantesca tarea político-ideológica, Allende estaba solo. Para unos, los ortodoxos, la vía chilena era una especie de trampa de la historia que ponía en riesgo conquistas y seguridades duramente logradas en décadas de luchas. A pesar de esto, fueron los que mejor comprendieron el proceso en su especificidad y los que más ayudaron a realizar sus potencialidades, como a reconocer sus limitaciones. Pero esto es decir muy poco cuando, en realidad, los comunistas chilenos fueron el único apoyo sólidos y seguro con que contó Allende en sus tres años de lucha.

Para otros, los desvariados, no existía ninguna vía chilena. En la ceguera de sus ojos, tapados por esquemas formalistas y el sectarismo de su disposición unívoca hacia un voluntarismo, tan heroico cuando ineficaz, sólo querían convertir a Chile en Cuba, concebida como único modelo posible de acción revolucionaria. Además de visiblemente inaplicable a las circunstancias chilenas, el modelo que tenían en mente no era más que una mala lectura teórica de la experiencia cubana. Inaplicable en cualquier parte, porque sólo veían en ella la acción armada, cerrando la percepción a toda la compleja coyuntura política dentro de la cual la acción guerrillera tuvo lugar y eficacia.

Alienados por su visión paranoica, negaron de hecho su concurso al proceso que Allende comandaba y le crearon sus primeros graves problemas internos. A cierta altura, en su oportunismo por actual a cualquier costo profundizando el proceso, se convirtieron en provocadores. Teniendo una línea de acción más bien etnológica que política, se hicieron agitadores eficaces de los seculares reclamos de los indígenas Mapuche, conduciéndolos a invasiones antes de que la Reforma Agraria en curso atendiera a sus reivindicaciones. Más tarde, con la misma postura alucinada, pasaron a agitar a los pobladores, creando crecientes áreas de roce con la legalidad, cuya defensa era la condición misma de llevar adelante, con éxito, el proceso chileno, en una coyuntura de dualidad de poder.

Su alucinación, común a tantos grupos ultriztas de todas partes, sólo es comparable a la alieneación religiosa de la que hablan los clásicos. Así como ésta impide ver el mundo real —porque sólo tiene ojos para ver demonios y santos en acción sobre los hombres— el desvarío ultrizta es también una alienación que imposibilita ver la realidad porque interpone, entre ella y el observador, dogmas y esquemas llamados marxistas pero que desesperarían a Marx si él tuviera que escucharlos.

Los socialistas, miembros de un partido electoralista, vivían del antiguo, renovado y creciente prestigio popular de Allende. Pero, vacíos de una ideología propia, pasaron a funcionar, por un lado, como una caja de resonancia de los

desvariados, creando con su radicalismo verbal y su inflexibilidad táctica, los mayores obstáculos a la conducción política. De hecho, la mayoría de sus fracciones actuó más bien en contra de Allende —a través de denuncias descabelladas, de exigencias infantiles y de propuestas provocativas— que en contra del enemigo, jamás reconociendo y ajustándose al carácter gradualista del proceso chileno y a sus requerimientos específicos de eficacia. Por otro lado entregados a disputas estériles con los comunistas, pusieron en eso más energías que en la lucha concreta contra el enemigo común. Ultriztas y socialistas parecían mancomunados para negar a Allende, por sectarismo y ceguera, toda flexibilidad táctica que hubiera abierto los horizontes de acción política indispensables para hacer frente a la contrarrevolución y a la sedición militar. Así, sus acciones, en lugar de frenar una escalada que sólo servía al enemigo desesperado, forzaba su intensificación en las áreas y sectores más inadecuados, facilitando la actividad contrarrevolucionaria que progresaba en todos los campos y la sedición milita que Allende buscaba frustrar con apoyo de los oficiales fieles al orden constitucional.

Las izquierdas alienadas

Lo más doloroso de mi experiencia chilena fue ver la soledad de Allende. ¿Dónde estaban, entre tantos teóricos, los efectivamente capaces de ayudarlo a definir los requisitos específicos de explotación de la vía chilena? ¿Dónde estaban, entre tantos marxólogos y politicólogos, tan habladores, los de hecho capacitados a diagnosticar los problemas concretos y a formular soluciones asequibles? ¿Dónde entre tantos izquierdistas facciosos, los cuadros indispensables para llevar a la práctica, en las bases, las palabras de orden de Allende?

Lo más doloroso fue ver los mejores revolucionarios, por su disposición generosa de entregar sus hígados a las balas en actos de voluntarismo heroico, negase a poner el hombre al proceso concreto que diariamente Allende llevaba adelante.

Lo que vi fueron los mejores teóricos —porque habían leído más esa tontería exegética que se autodenomina marxismo— deambulando por Chile como si estuvieran en la luna, incapaces de percibir y entender el proceso revolucionario que tenían delante suyo porque a sus ojos ciegos tratábase de un mero reformismo, unos y otros exorcizaban más que combatían, en actos más simbólicos que concretos y se alimentaban recíprocamente con su palabrería. Pero de hecho se negaban a las tareas de la historia concreta que protagonizaban a su pesar, suspirando por una revolución de quimera que algún día caería sobre sus cabezas.

Es cierto que hubo muchas excepciones. Aquellos que, a partir de su experiencia libresco pero trascendiéndola se entregaron a la lucha unitaria. A ellos, a su capacidad política, se debe el vigor extraordinario que el proceso chileno llegó a alcanzar. Por un lado, en la forma de un gigantesco movimiento de masas que por largo tiempo enfrentó y paralizó las maniobras fascistas. Por otra, en la forma de luchas de clases llevadas a un nivel sin precedentes que, bajo condiciones adversas, ganaron para la Unidad Popular el apoyo de la mayoría de la población, oponiendo crudamente el pueblo a las capas privilegiadas e imposibilitando que las huelgas políticas paralizaran la industria.

Lo que se veía en conjunto, sin embargo, era a Allende hostigado por las izquierdas alienadas, luchando contra una derecha que, sintiéndose herida de muerte, alcanzó una lucidez desesperada por saber que no podría sobrevivir a dos años más de gobierno de la Unidad Popular y se dispuso a hacerlo todo para derrocar a Allende.

Las izquierdas desvariadas jamás evaluaron esta situación. Por eso debemos reconocer que su radicalidad no se fundaba siquiera en los esquemas inspirados en textos referentes a los momentos más álgidos de la lucha revolucionaria. Ningún revolucionario consciente provocaría a la derecha buscando radicalizar un proceso político sin haber preparado previamente a los trabajadores y al pueblo para conducirlos, en una convulsión social generalizada, al enfrentamiento con la reacción, con posibilidades de victoria.

En efecto, la radicalización ultrizta de la izquierda, sumada al terrorismo de derecha, confluyeron en beneficio de una contrarrevolución orquestada por un comando unitario desde el punto de vista político y militar y conducida por agentes provocadores costeados y asesorados internacionalmente.

Desde el primer momento, Allende percibió con toda lucidez que eran falsos, o que no se aplicaban a la vía chilena, algunos de los célebres dogmas de las izquierdas desvariadas. Entre ellos, el de que se avanza hacia el socialismo exclusivamente por la lucha armada; de que el socialismo se construye sobre el caos económico; de que cumple derrocar previamente toda la legalidad burguesa para abrir paso al socialismo.

Tradición del ejército

El primero de esos dogmas se expresaba en la convicción generalizada de que entre el *statu quo* y el socialismo estaría el cadáver de las fuerzas armadas. Allende sabía que no podía enfrentarlas directamente, y las veía con más objetividad. Primero, como una burocracia tan jerarquizada que podría quizás ser sometida a los mandos institucionales. Segundo, como una institución eminentemente política, proclive al fascismo por lealtades clasistas, por su constitución y adoctrinamiento, pero susceptible de ser dividida y anulada políticamente por la acción disciplinada del pueblo organizado.

Dentro de esta concepción suponía que, bien conducido el proceso chileno, el brazo armado del viejo orden o parcelas ponderables de él, podrían convertirse en custodios, de un orden solidario. Esto si no se sentían amenazados en su sobrevivencia institucional ni perjudicados en sus privilegios. "Sufrirán crisis históricas en la transición", decía Allende, que concebía estas crisis como intentonas y golpes. Confiaba, sin embargo, en que podría, probablemente, controlar esos levantamientos a condición de que algunos cuerpos de las fuerzas armadas se mantuviese fieles a la legalidad institucional y de que los militares incorporados a las tareas del desarrollo nacional le brindasen apoyo político. Pero, sobre todo, demostrándoles fehacientemente que en Chile no se repetiría lo de Vargas en 1954, lo de Perón en 1955, lo de Goulart en 1964; quienes, frente a la alternativa de una convulsión generalizada y de una guerra civil prefirieron caer a luchar.

Allende actuó siempre, hasta el fin, dentro de esta perspectiva. Matuvo el poder por tres años, obligando a las

fuerzas armadas a ejercer sus funciones de garantes de la seguridad del Estado en la represión al terrorismo de derecha. Al mismo tiempo llamaba al pueblo a la defensa de las conquistas del gobierno de la Unidad Popular. Estas dos clases de directivas, dadas simultáneamente, aunque contrapuestas, pudieron, sin embargo, ser llevadas muchas veces a la práctica.

Así, por largo tiempo, Allende disuadió a los militares golpistas de la conspiración por la certeza que les infundió de que un golpe sumergiría el país en una guerra civil en que todo lo que eran y tenían sería puesto en juego. De esa forma pudo convocar generales para integrar ministerios, no porque tuviese afinidades con la orientación política del gobierno, sino en el cumplimiento de órdenes estrictas, dictadas en nombre de la seguridad del Estado. También de esa forma pudo contar con el apoyo de muchos oficiales, una minoría es cierto, pero una minoría que tendería a crecer si otro fuera el curso del proceso.

El momento más alto quizás de esta interacción del gobierno de la Unidad Popular con los militares fue cuando Allende logró, en su viaje a la Argentina, que Lanusse, en lugar de dirigirse a Brasil fuera a Chile. Ello significó no sólo una derrota de la política de fronteras ideológicas, sino también una victoria del derecho de los latinoamericanos al pluralismo ideológico y una enorme hazaña militar. De hecho, con esta distensión, Allende demostró a los generales que, por su acción política, garantizaba mejor el enfriamiento de las fronteras con la Argentina que con cualquier carrera armamentista y principalmente, que un poder socialista no tenía por qué debilitar la seguridad nacional.

Sin embargo, para proseguir en este control institucional de las fuerzas armadas sería necesario llenar un requisito indispensable: el de que Allende asumiera efectivamente el comando unificado sobre las izquierdas militantes y las pusiera en acción dentro del cauce del proceso. Esto jamás lo logró. Los actos desesperados de la izquierda desvariada, junto a la inacción y la palabrería de los confusos líderes socialistas, contribuyeron para minar estas condiciones, facilitando así la tarea de una derecha entregada francamente a la contrarrevolución.

El chantaje de la derecha

En estas condiciones, los liderazgos demócrata-cristianos aliados a la extrema derecha hicieron del Parlamento un órgano de provocación, chantaje y bloqueo al poder ejecutivo, al mismo tiempo las altas jerarquías del poder judicial cuestionaban la legalidad de las acciones del gobierno. Simultáneamente sus aliados ideológicos llevaban a las capas medias a la desesperación por el temor de perder, no lo que tenían, sino sus vanas esperanzas de enriquecimiento y de prestigio que, se les decía, en un régimen socialista serían rotundamente negadas. Por otro lado, los provocadores profesionales activaban a la *lumpen-burguesía* de los cien mil micro-empresario, camioneros, feriantes, etc. y a la enorme masa que estaba bajo su control, para toda suerte de acciones subversivas y de sabotaje contra el gobierno. Aparentemente se trataba de sectores desorganizados e impotentes frente al fuerte apoyo obrero de la UP. En realidad, incitados por sediciosos dispuestos a todos tipos de actos de terrorismo, sobornados por los acaparadores que montaron el desabastecimiento y coordinaban el mercado negro condu-

jeron, por dos veces, al país a la parálisis. En la primera pudieron ser contenidos por las fuerzas armadas y por las organizaciones populares. En la segunda prepararon el desastre final porque la conspiración militar ya había desarticulado el aparato represivo del Estado y las organizaciones populares, confundidas por los comandos radicales, habían perdido las condiciones de actuar.

Otra convicción de las izquierdas desvariadas que Allende negaba, era la de que el socialismo se construye sobre el caso económico total, partiendo de un comunismo de guerra, para una posterior reorganización institucional de la sociedad en nuevas bases. También esa estrategia era inaplicable a Chile y no era necesaria. La política económica de Pedro Vuscovich, fundada más en el uso práctico de las palancas administrativas disponibles que en la conquista previa de una imposible legalidad socialista, se reveló de hecho mucha más eficaz de lo que se podía prever. Estas conquistas fueron logradas dentro del marco general de la institucionalidad previa, pero aplicándola con sentido opuesto, mediante el uso de los instrumentos legales de la dominación clasista, ahora para contener el privatismo y avanzar, paso a paso, contruyendo las bases de una nueva economía colectivista.

Es cierto que, en su límite, la coalición parlamentaria centro-derechista y el poder judicial, jugando con la legalidad para debilitar la autoridad de Allende como comandante en jefe de las fuerzas armadas, así como la acción mancomunada de los políticos y los empresarios para provocar el colapso económico, crearon condiciones para una insurrección incontenible. Pero muchos otros factores además de las acusaciones de *legalismo o reformismo* por parte de la izquierda, se conjugaron para este efecto. Entre ellos, la indisciplina de las propias izquierdas que contribuyó, por igual, a erosionar el poder de comando del gobierno, la moral de las organizaciones populares, el poderío de los sindicatos y la acción de la oficialidad fiel al régimen constitucional.

Hay mucho que aprender de esta experiencia única de repensar con originalidad los principios de la política económica para brindar un cauce de transición al socialismo. Entre sus logros se cuenta el de acabar con el desempleo, el de elvar sustancialmente el patrón de vida de las capas más pobres; el de aumentar ponderablemente la productividad industrial; el de intensificar la reforma agraria; el de imponer el control estatal sobre la banca privada y el comercio exterior, el de socializar las empresas claves; y sobre todo, el de recuperar para los chilenos las riquezas nacionales, empezando por el cobre, sujeto desde siempre a manos extranjeras.

Allende logró probablemente más, en tres años, por esta vía, que cualquier revolución socialista en igual período. Por eso ganó elecciones, siendo Gobierno, lo que jamás había ocurrido antes en Chile. Pero también llevó a todos los privilegiados a la desesperación, desafiándolos a promover la contrarrevolución como único modo de garantizar su propia supervivencia como clase.

Aquí conviene recordar que Allende —aunque solo también en esta tarea— hizo lo posible para disuadir a las capas medias de profesionales de entregarse a la sedición. Sin embargo, el carácter del proceso, su marcha gradativa pero inflexible hacia el socialismo hizo imposible este enlistamiento. Una por una de las instituciones representativas de estas capas, los gremios de empresarios medianos, los colegios profesionales, las federaciones estudiantiles de ni-



vel medio, los universitarios fueron entregándose a la contrarrevolución.

La contrarrevolución en marcha

Frente a esta radicalización habría sido indispensable contar con los medios adecuados para vencer la contrarrevolución en marcha. Esto, dada la dualidad efectiva de poder, fue resultando imposible. ¿Cómo tratar con mano dura a los acaparadores y especuladores? ¿Cómo reprimir severamente al terrorismo de los grupos fascistas? ¿Cómo limpiar el medio financiero del capital aventurero que, fuera de la banca, especulaba libremente? Combatir a un tiempo todas estas fuentes se tornó políticamente impracticable desde que la DC, jugando con la inflación, el colapso económico y el golpe negaba todo al gobierno en el Parlamento y se hacía sorda a los llamamientos y denuncias de Allende sobre la marcha del golpe contra la democracia y las instituciones que ella pretendía defender. Habría sido por igual indispensable imponer un racionamiento en manos de las fuerzas armadas, lo que encontraba oposición hasta en las izquierdas radicales que jugaban con el desabastecimiento como técnica de control de las barriadas. Sería indispensables también haber enfrentado con más ayuda de la que tuvo Allende el cerco económico externo que, boicoteando las exportaciones chilenas y actuando sobre la banca internacional para presionar a Chile a pagar su astronómica deuda externa heredada de la DC, creó las mayores dificultades económicas al gobierno popular.

Nadie puede olvidar la contradicción flagrante entre la valoración imperialista del proceso chileno como de importancia trascendental y su subvaloración por las potencias socialistas. Excepto los cubanos, que hicieron lo imposible para comprender y ayudar a Allende —reduciendo incluso sus pocas raciones alimenticias para donar azúcar y otros artículos a los chilenos— el apoyo socialista en el campo económico, que era lo único requerido, fue menos que mediocre.

Bajo estas presiones adversas y las desastrosas huelgas en la gran minería del cobre, la política económica de Allende que permitió inicialmente alcanzar enormes victorias en la lucha por desmontar las bases del orden privatista, terminó por sucumbir desbaratada por una inflación galopante. Es decir, la economía hizo lo posible por sostener la política de la Unidad Popular, pero cuando necesitó medidas políticas para seguir adelante, éstas le fueron negadas.

Allende supo siempre que luchaba sobre el filo de la navaja, que su esfuerzo por encontrar el camino adecuado

para la transición evolutiva al socialismo involucraba un gran margen de riesgo que él debería aceptar. Recusar estos riesgos sería caer en componendas parlamentarias que desnaturalizarían al proceso chileno como vía hacia el socialismo o en aventurismos voluntaristas que lo habrían tumbado mucho antes. La dura verdad es que sólo llega a acertar en intentos grandiosos como el de Allende quien acepta el reto, siempre posible, de un error fatal. El resultado en Chile fue el desastre y el retroceso que hoy lamentamos. Sin embargo, pudiera haber sido otro, la victoria. La evidencia de esta posibilidad fue lo que unificó todo el centro y la derecha en la sedición.

Coraje para la autocrítica

Lo que pido es tan sólo que meditemos sobre la lección con el debido respeto por su grandeza y con el coraje necesario para la autocrítica. Todos nosotros, la izquierda de América Latina y del mundo fuimos derrotados en Chile. Cada uno de nosotros tiene por ende su autocrítica a hacer, tanto por lo que hicimos de dañoso al proceso chileno como por lo que dejamos de hacer en su apoyo.

Lo que no puede ser puesto en duda es que Allende explotó hasta los últimos límites las posibilidades que la historia abrió a los chilenos para edificar el socialismo en democracia, pluralismo y libertad. Tuvo posibilidades de victoria respecto de las cuales la derecha chilena y el imperialismo jamás dudaron. Su lección es habernos indicado un duro y difícil camino. Un camino que exigirá, mañana, de los que retomen, la misma lucidez, enterza, rectitud y coraje con que Allende marchó por él hasta la muerte con el propósito de, sobe su derrota, abrir un cauce unitario al nuevo y cruento proceso chileno.

En el Che, la historia nos dio el héroe-mártir del voluntarismo revolucionario que vino a dignificar la imagen desgastada de los liderazgos burocráticos de la vieja izquierda. Con Allende, ella nos da al estadista combatiente que llega hasta la muerte luchando en su esfuerzo por abrir a los hombres una nueva puerta hacia el porvenir que puede ser y que debe ser.

El será el héroe de los que tengan, en el futuro, que luchar de hecho por el socialismo, bajo oposición parlamentaria y bajo el riesgo de un golpe militar. Ojalá donde y cuando ello ocurra, exista una izquierda por fin políticamente madura y desacralizada de dogmas pueriles, tan combativa como lúcida y, sobre todo, capacitada para ver objetivamente la situación en que actúa y para aceptar y enfrentar las tareas que la historia le imponga.

ALLENDE EN MI MEMORIA

Liber Seregni. General de Ejército en retiro. Presidente del Frente Amplio del Uruguay.



Nos vimos por última vez, con Salvador Allende, en abril de 1973, cuando concurrí a Chile, a su invitación. Ya se cernían, sobre nuestras Patrias, las sombras del zarpazo reaccionario, que caería poco después sobre nuestros Pueblos. Mantengo todavía muy vivas en mi memoria, las conversaciones de aquellos días, el pensamiento claro y firme de

Allende, su vocación por la causa de su pueblo, su férrea voluntad de no ceder a las presiones del imperialismo. Y fue por su fidelidad a aquella causa y al compromiso con ella que entregó su vida, con la serena, porfiada y heroica actitud que sólo los grandes asumen.

ALLENDE: UN SIMBOLO PARA LA HISTORIA

Enrique Tierno Galván. Fue Alcalde de Madrid y destacada figura del Partido Socialista Obrero Español.



Tuve ocasión de conversar con Allende en dos ocasiones, unos seis meses antes de su trágica muerte, cuando asistía en Chile, a un simposio o coloquio sobre la transición política. Me impresionó profundamente la serenidad del presidente, en momentos tan graves en que era ya evidente que el golpe militar se acercaba.

Allende era un hombre cultivado, reflexivo, que había llegado a un nivel muy alto en el proceso de la meditación sobre nuestro destino en el mundo. Esto siempre da serenidad. Pero había algo más que la serenidad que nace de la reflexión en la actitud del Presidente de Chile. Me pareció entonces y me inclino a confirmarlo ahora que aquella serena serenidad, si me permite esta expresión, procedía del convencimiento de que lo que había de ocurrir estaba ya determinado. En otras palabras, Allende sabía que su destino personal en relación con el destino histórico le habían designado como víctima y símbolo.

De haber querido hubiera podido hasta el último momento evadirse de la muerte, pero no quiso porque hacía ya tiempo que estaba convencido que su muerte era un elemen-

to más del destino implacable. Se quedó en Chile esperando desempeñar su papel de símbolo para la historia y ejemplo para los hombres.

De aquí sin duda su serenidad. Según los temperamentos y las inteligencias, los humanos se alzan contra el destino o aceptan el destino. En ambos casos el principio trágico se cumple, pues lo ineluctable está siempre presente más que como una amenaza, como un hecho que se está realizando antes de cumplirse.

Allende no se rebeló contra el destino, lo aceptó. Esta aceptación asentaba en un principio fundamental, la lealtad con el pueblo. Allende, un burgués de nacimiento y burgués por educación, mostró una lealtad hacia el pueblo trabajador como cualquier héroe nacido en las propias filas de los trabajadores manuales.

Esta lealtad con el pueblo se traduce en lealtad con la nación y con ciertos principios revolucionarios, pero el supuesto esencial que mantuvo a Allende sujeto al sillón de la presidencia, hasta que se produjo la cuartelada y cumpliendo con el destino se mató, fue la lealtad al pueblo.

Lealtad fundamental y aceptación del destino que le llevaron a esa extraña y superior serenidad que dejaba so-

Colaboración especial para el Archivo Salvador Allende.



Oscar Weiss, periodista socialista chileno saluda en Madrid a Enrique Tierno Galván, 1985.

brecogido a todos sus interlocutores. En mi caso ocurrió lo mismo. Allende me habló de la política chilena, de la situación gravísima y la proximidad del pronunciamiento como quien contempla los hechos desde lejos, como si en cierto modo fuera ajeno a ello. Esta misma trágica actitud impedía dar el paso decisivo y preguntarle qué sería de él. Daba vergüenza formular una pregunta así, a un hombre que no tenía necesidad de dar una respuesta explícita, pues por su propia serena actitud y el convencimiento de que había que llegar hasta el final se colocaba por encima de las pregun-

tas sobre su destino que él sabía que estaba ya trazado y definido. Quizá lo supiera desde la famosa entrevista con Fidel Castro en la que éste le obsequió con un rifle comprendiendo y viendo con anticipación cuál había de ser el final de esta noble e iluminante tragedia.

El ejemplo de Allende se escapa del común encuadramiento político y pide algo más, pide un genio superior que escribe la gran tragedia de nuestro tiempo: "La muerte de Allende".

HA SIDO ASESINADO UN GRAN HOMBRE

Joseph Bros Tito. Líder de la Revolución Yugoslava, fundador de la República Socialista Federativa de Yugoslavia y del Movimiento de Países no alineados.



Veamos, camaradas, ya en el segundo o tercer día de nuestra reunión, hemos perdido a uno de los miembros más fieles de la no alineación —hemos perdido a Chile. Gracias a la ayuda de la reacción internacional y del imperialismo, allí ha sido derrocado el gobierno legal y generales mercenarios han asesinado brutalmente a un gran hombre, a nuestro camarada Allende. Gloria al hombre que quiso conducir a su país hacia un gran futuro y felicidad. Gloria a él.

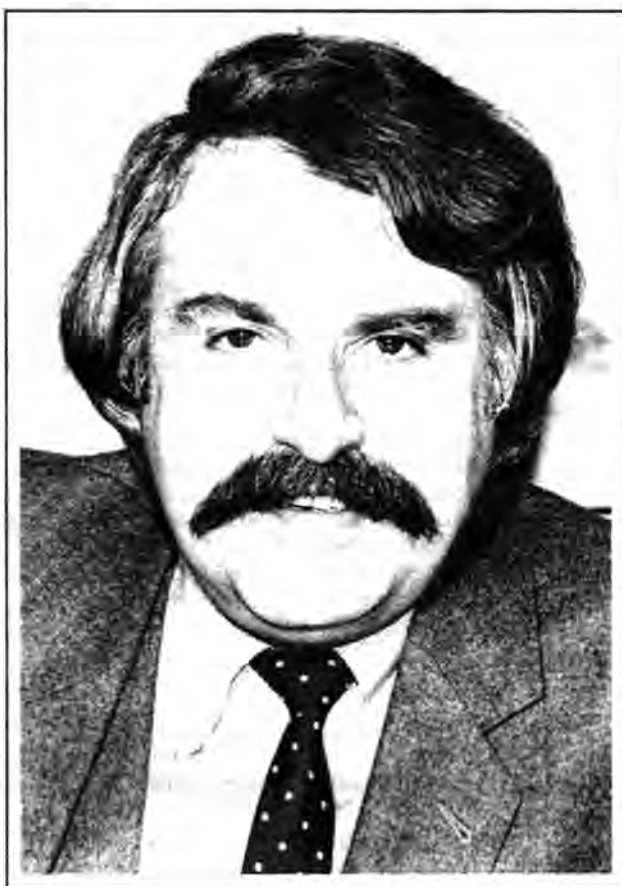
Vean, camaradas, esa ha sido la respuesta del imperialismo a nuestra conferencia. Nosotros sabemos lo que significa. Pero, sabemos que en América del Sur, la figura de Allende y su sacrificio serán como la bandera en la ulterior lucha de los pueblos de Sudamérica por su lugar justo en el mundo, así como lo merecen.



Allende y Tito en Belgrado 1966

EN LA TUMBA DE ALLENDE

Andre Van Der Louw. Destacado dirigente del Partido del Trabajo de Holanda. Ha sido Alcalde de Rotterdam, Ministro de Cultura y desde su fundación en 1977 ha sido Presidente del Consejo del Centro Salvador Allende de Cultura Latinoamericana que funciona en Rotterdam.



Personalmente, no conocí a Salvador Allende. Pero esto es solamente la constatación de un hecho.

La realidad, que está por encima de eso, es que, tanto sus ideas políticas como su estilo de trabajo me impresionaban y lo siguen haciendo. Por eso el hecho señalado pierde su importancia.

Cuando poco después del golpe de estado fui a Chile como presidente de una delegación de la Internacional Socialista, Allende ya no existía.

El envío de la delegación se había decidido inmediatamente después del golpe de estado, como parte de una dura declaración de condena emanada de la Internacional Socialista.

Los otros miembros de la delegación eran: Antoine Blanca, uno de los secretarios del Partido Socialista Francés; Bettino Craxi, en ese entonces vice-secretario del Partido Socialista Italiano; Anne-Marie Sundbom, secretaria general de las mujeres socialdemócratas suecas; Hans Jantschek, secretario general de la Internacional Socialista y

Rotterdam, IX-1980.

David Stephen, intérprete y miembro del Partido Laborista inglés.

Algunos fragmentos del diario de viaje que escribí en esos días dan una impresión de la manera cómo sentimos la atmósfera reinante.

Miércoles 3 de octubre de 1973.

Por la noche visitamos a la esposa del senador Miranda. El ha sido arrestado. Su señora —a pesar de repetidos intentos— no ha conseguido ninguna información sobre el paradero de su marido. También ella está bajo arresto domiciliario. Ella es una muy buena amiga de la familia Allende.

Poco antes de partir a México le dijo Hortensia Bussi de Allende un recuerdo, una especie de copa en donde está grabado: "A la señora Hortensia Bussi de Allende, primera dama de la Nación, 1971". Cuando en el momento de partir ella supo que al otro día por la mañana queríamos visitar la tumba de Allende, nos dijo esta representante del "marxismo ateo": "Por favor, recen por él"

Jueves, 4 de octubre de 1973.

Viajé en auto a Viña del Mar, en la costa, a unos 150 kilómetros de Santiago. En el mercado compramos 200 claveles rojos.

Nos acompañaban dos equipos de televisión. Se nos había dicho que en el cementerio de Santa Inés teníamos que buscar

la tumba de la familia Grove. Buscamos. En la oficina de la entrada no nos quisieron decir dónde era. Tampoco un empleado. "Carabineros", nos susurra. Un niño que mendigaba a la entrada nos dice que él sabe. El pequeño guía va delante de nosotros. Después de un pequeño paseo veo la tumba. E, inmediatamente a la derecha mía y de Anne-Marie Sundbom, que va adelante, nos grita alguien ¡Stop!

En los arbustos, a unos seis metros hay un policía apuntándonos con el fusil. Yo arriesgo un par de pasos y él se nos acerca rápidamente. Doy otro paso, él hace algo con el fusil —sacarle el seguro pienso después— y grita algo. Por la gente que entendía español supe después que era algo así como: "¡Un paso más y disparo!" Creo que dije algo en inglés sobre poner flores o algo así y que lo pude hacer, a dos metros del lugar en donde yo habría querido.

Entretanto, otro agente de policía mantenía a todos los presentes encañonados desde otro lado. Surgió una corta discusión sin sentido. Se agregó un tercer policía al grupo. Nos llevaron a la oficina de la entrada. Intentamos salir inmediatamente para afuera pero rápidamente salió uno de los miembros de la fuerza armada y nos condujo encañonados nuevamente al cementerio. Tuvimos que entregar todos los aparatos de fotografía y de filmar, tanto los miembros del equipo de televisión como los de la delegación.

Llegó una patrulla militar que había sido llamada a reforzar las fuerzas. Exaltación, discusiones. "¡Entreguen todos los pasaportes y papeles de identidad!"

De nuevo se usan intensamente el teléfono y los "walkietalkies". Pasan casi dos horas. Entonces llega la palabra salvadora de Santiago, en donde seguramente se quiere evitar un escándalo mayor: todos los nombres tienen que ser anotados y después podemos partir llevando todas nuestras propiedades, incluidas cámaras y películas. Un representante de la Junta había dado orden de que se nos dejara ir.

Hasta aquí algunos recuerdos del triste período de 1973.

Mi gran interés por las gentes y los partidos que habían luchado —y siguen luchando— por la renovación de la sociedad chilena se agrandó más bajo la influencia de la confrontación personal con las destrucciones causadas por la Junta.

Otros que conocen la situación de Latinoamérica más que yo, están en mejores condiciones para explicar cuáles eran y son las consecuencias para esta parte del mundo del sangriento bloqueo— del camino que Allende y la Unidad Popular querían seguir: una revolución pacífica sin un estadio de dictadura corrompida; el camino democrático hacia el socialismo, a través de politización, concientización, convencimiento y una política exitosa hacia la formación de la mayoría.

De nuevo, este camino fue bloqueado. Por medio de traición a la Constitución y una larga tradición democrática, por medio de líderes militares con simpatías fascistas, que estaban dispuestos a usar todos los métodos de represión posibles, ya sean físicos como mentales.

El golpe de estado militar ha sido más usado en Latinoamérica que en la parte "occidental" del mundo. Este tipo de intervenciones surge de la resistencia de determinados círculos reaccionario-capitalistas en contra de las reformas, aun cuando éstas sean realizadas de una manera no-violenta. No se vacila en asesinar a la democracia cuando están amenazados los privilegios existentes de los ricos y poderosos.

Naturalmente, en el mundo "occidental" existe también una fuerte resistencia a los cambios estructurales. Pero, afortunadamente, toma muy pocas veces una forma tan extrema, fascista.

Pero aquí también se pueden observar intentos de cortar el camino democrático a la renovación de la sociedad, aunque los métodos son más sutiles, en todo caso menos sangrientos.

La derrota del gobierno de Allende me ha hecho más crítico y alerta en cuanto a estos bloqueos —o los intentos de bloqueo en la sociedad política occidental.

Yo mismo soy un partidario convencido de una democracia pluralista, con una representación elegida libremente, que pueda dar una dirección al desarrollo social, según la mayoría lo encuentra necesario. Hay también muchos defensores del sistema capitalista que dicen ser igualmente sostenedores de tal democracia pluralista. La práctica es otra. Las más importantes decisiones financieras y económicas son arrancadas del terreno de las decisiones democráticas, también en las democracias europeas.

Para ello utilizan slogans de "libre mercado", que sugieren que este es un derecho democrático. No hay nada que sea menos verdadero, porque cuando se habla de "libertad" en este caso, se habla de la libertad de los más fuertes que, a costa de los más débiles, ocupan, defienden y refuerzan sus posiciones de poder.

Las grandes transacciones financieras no están casi limitadas por fronteras nacionales.

La Comunidad Económica Europea nos ofrece un ejemplo.

Los intereses de las multinacionales están de tal manera enlazados internacionalmente que muchas decisiones radicales en cuanto, por ejemplo, a nuevas inversiones, cierres de empresas y fusiones entre éstas, son tomadas en las plataformas internacionales.

Los órganos electivos europeos (también el Parlamento Europeo) tienen una estructura demasiado débil y demasiados pocos medios de poder (si es que siquiera los quisieran usar) para ofrecer una contrapartida apropiada.

Los gobiernos nacionales y los parlamentos tienen más significación, pero también aquí tiene la democracia sus fronteras en el terreno financiero-económico.

Hasta 1977 Holanda fue gobernada durante algunos

"No se puede pensar en otro camino cuando se quiere trabajar consecuentemente por una sociedad justa manteniendo la pluralidad como fuente de inspiración de continua renovación en un clima donde sean respetados los derechos fundamentales del hombre. También en este sentido fue el trabajo de Allende un ejemplo"

años por un gabinete progresista que fue reemplazado por un gabinete centro-derecha, a pesar de una ganancia de 10 puestos en la Cámara por parte del Partido de Trabajo del primer ministro Den Uyl en las elecciones parlamentarias.

En el momento que ese gobierno progresista dio a conocer algunas proposiciones de reforma, después de un período de preparación de éstas, recibió el Primer Ministro una carta de los representantes de las empresas más importantes.

La advertencia era clara y amenazadora; si seguía el gabinete Den Uyl por este camino de reformas los empresarios se verían obligados a invertir en otros países, con la consecuencia del aumento de la cesantía en Holanda. En este caso se trataba de reformas que sólo se podían realizar a través de una mayoría en el parlamento. Pero esto no les impidió a los empresarios el poner al gobierno bajo una presión absolutamente indecente. La Democracia parece ser sólo "santa" mientras los resultados de un proceso parlamentario global estén de acuerdo con los intereses propios. De más reciente fecha es la actuación del Ministro de Finanzas del gobierno de centro-derecha que siguió. El vaciló en tomar medidas contra el dinero "negro", ganado ilegalmente, por miedo a que este dinero desapareciera en inversiones en el extranjero.

Estas experiencias en Europa Occidental y la experien-

cia chilena —siendo diferentes en su fondo social y sus consecuencias— tienen que poner en alerta a todos aquellos que quieran hacer uso de instrumentos democráticos para llevar a cabo reformas. Tenemos que darnos cuenta de que la izquierda sólo puede llegar a soluciones cuando el internacionalismo no sólo sea una hermosa tradición sino también una necesidad viva de reflexión, estudio y cooperación sobre la base de la solidaridad.

Al decir esto, no olvido el hecho de que la izquierda está compuesta de manera pluriforme.

Esas diferencias internas serán solucionadas respetando las relaciones de fuerza de manera tolerante y democrática.

No se puede pensar en otro camino cuando se quiere trabajar consecuentemente por una sociedad justa manteniendo la pluralidad como fuente de inspiración de continua revaloración en un clima donde sean respetados los derechos fundamentales del hombre. También en este sentido fue el trabajo de Allende un ejemplo.

La mejor forma de honrar su recuerdo es ayudar a que se vuelva a abrir el camino de Chile, para después, tanto allá como aquí, seguir su ejemplo y encontrar las nuevas formas y pensamientos que se ajusten a los problemas del tiempo actual.



ALLENDE PREFIRIO CEÑIRSE AL CODIGO DEL HONOR

Alfredo Vásquez Carrizosa. Ex-Ministro de Relaciones Exteriores y destacada personalidad democrática de Colombia.



Me conmueve profundamente este acto que se organizó en nombre de una Colombia libre y democrática y quisiera expresar mi emoción, mi gratitud y mi esperanza. Emoción y gratitud porque se haya deseado exaltar la defensa del Asilo Político adelantada por el Gobierno del Presidente Misael Pastrana Borrero y esperanza en el renacimiento de la democracia chilena. Dentro del gran drama que vivió esa noble nación, los valores humanos que salvamos y los principios del Derecho Internacional que sostuvimos son nuestra mejor recompensa.

Para mi es un motivo de orgullo y de satisfacción que este homenaje esté patrocinado por personalidades tan destacadas como las de Pedro Gómez Valderrama, Belisario Betancur, Fernando Hinestrosa, Jaime Posada, Augusto Ramírez Ocampo, Andrés Holguín, Jorge Mario Eastman y Bernardo Gaitán Mahecha, lo mismo que por el Senador Apolinar Díaz Callejas y el Comité de Solidaridad con el Pueblo de Chile. A ellos y a quienes nos acompañan esta noche, va mi cálida voz de agradecimiento.

Fue una página de honor para Colombia aquella defensa del Asilo Político en Santiago que conmemoraba las escenas del Madrid lejano de 1936, convertido en campo de

combate. Al Embajador Juan B. Fernández Renowitzki estuvieron asociados otros funcionarios colombianos, pero a él principalmente, debe ir nuestro reconocimiento por su admirable tarea de servicio a la causa de los Derechos Humanos. Su serenidad y energía en todos los momentos merecen nuestro reconocimiento y la gratitud de quienes amamos la libertad y la democracia. A la Casa de Colombia convertida en verdadero hogar, llegaron numerosas personas cuyas vidas estaban en peligro y dentro de la mejor tradición colombiana recibimos en nuestro suelo como país de refugio a muchos ciudadanos chilenos.

Dimos cumplimiento a los principios rectores de una institución humanitaria que autoriza el Derecho Internacional aplicado en América Latina. El asilo político en las Embajadas o Legaciones que Europa considera abolido se practicó durante la Guerra Civil Española y lo admitieron varios países europeos en Santiago, porque las normas protectoras de los Derechos Humanos y de las personas perseguidas tienen su razón de ser y su justificación plena en las circunstancias de anormalidad interna de algún país, cuando se produce el vacío constitucional y la carencia de la legalidad protectora de la persona humana. Sería más lógico



El Presidente de la República Salvador Allende, saluda al Ministro de RR. EE. de Colombia, Alfredo Vásquez Carrizosa. Al centro, el embajador de ese país en Chile, Alvaro García.

“En América Latina el golpe de estado ha llegado a tener su código de procedimiento: la alborada, el sitio de palacio, la salida del primer mandatario, su exilio y su declaración de protesta en el extranjero. Nada de esto se cumplió en las formas habituales, el 11 de septiembre. El Presidente de Chile, que había sido elegido por el pueblo y estuvo refrendado por el Congreso de su país, prefirió ceñirse al código más estricto y más antiguo del honor”.

entonces, que los principios del Asilo político se incluyeran en una Convención universal complementaria de los pactos sobre Derechos Humanos. Al menos así, todos los países sabrían cuales son los derechos y deberes del Estado asilante.

Colombia le ha dado, de tiempo atrás, su fervoroso respaldo a esa institución y me correspondió, cabalmente, sostener esos principios del refugio temporal en la misión diplomática y de la "calificación unilateral" del Estado asilante en el caso que alcanzó dimensiones continentales del Jefe del Apra Víctor Raúl Haya de la Torre. La ardorosa defensa que entonces hicimos de las leyes interamericanas del Asilo Político en la Corte Internacional de Justicia de la Haya, permitió, en primer lugar, que se evitara la entrega de un perseguido político y que se afianzara el concepto de la protección a los Derechos Humanos por ese medio jurídico.

Ubicado personalmente en una ideología distinta de la de Haya de la Torre, no abrigué sin embargo duda alguna sobre mi deber de conciencia de asumir la defensa de una causa respaldada por la dignidad de la persona humana. Los Derechos Humanos no hacen parte de ninguna ideología en particular sino que se manifiestan como una de las bases esenciales de la civilización contemporánea; una de las mejores conquistas de la humanidad y el criterio con el cual puede medirse el equilibrio de los regímenes políticos. Para alcanzarlos ha trabajado sin descanso esa misma Humanidad desde los tiempos de las servidumbres feudales y de las desigualdades generadas para el capitalismo hasta los más recientes en que ha sido posible proclamarlos en la Declaración Universal de 1948, por consenso de todas las naciones.

Hay pues, una conducta jurídica consecuente de mi parte y una lógica espiritual en la política de Colombia hacia los Derechos Humanos. Pero esas razones eran todavía más imperiosas en las circunstancias de una nación como Chile, tan ligada a nosotros por los lazos del afecto y de la amistad, que, de pronto, se vio en el vórtice de una tragedia, sin duda, la más grave de su historia.

Las notas del recuerdo hacen estremecer el alma. Un día las casas chilenas se inundaron de lágrimas y los cementerios de coronas. La naturaleza y los hombres quedaron envueltos en una lluvia de fuego. Las vidas se aproximaron a la muerte y la esperanza se tornó en desesperanza.

Chile en agonía

Fue un 11 de septiembre del último año, cuando la Nación chilena vivió horas terribles de dolor y de angustia. El repaso de los sucesos deja en el ánimo la sensación de una agonía. Agonía de los principios que tutelan la democracia. Agonía de una Constitución, sus poderes, libertades y partidos. Pasión y muerte de un mandatario. Tañido de campanas. Paisaje desolado de las calles. Ruinas y escombros. La lucha civil de los meses anteriores terminaba en un gran silencio y por las proporciones del suceso y del poder del fuego desplegado, más que una revolución se había contemplado de cerca la guerra.

Hay pocos ejemplos de una más serena decisión de cumplir con fidelidad un juramento a una carta constitucional, que el del Presidente Salvador Allende. El gran drama de su vida y sin duda su momento más heroico fue el que se desarrolla ese 11 de septiembre. En América Latina el gol-

pe de estado ha llegado a tener su código de procedimiento: la alborada, el sitio de palacio, la salida del primer mandatario, su exilio y su declaración de protesta en el extranjero. Nada de esto se cumplió en las formas habituales, el 11 de septiembre. El Presidente de Chile, que había sido elegido por el pueblo y estuvo refrendado por el Congreso de su país, prefirió ceñirse al Código más estricto y más antiguo del Honor.

Caminó desde temprano Salvador Allende hacia la inmolación y el sacrificio. Al primer aviso de un levantamiento sale de su residencia en la calle Tomás Moro y se dirige al Palacio de La Moneda, es decir, al sitio del mando. Penetra en la Casa de Gobierno acompañado de un pequeño grupo de guardias, cuando el riesgo para él era previsible. Y no duda en afrontarlo. Se instala en el despacho y dicta las órdenes para la defensa. Sale al balcón y frente a la ciudad y la historia pronuncia sus últimas palabras de combatiente, la oración de la resistencia y el coraje.

Salvador Allende cumplía el juramento constitucional y pasaba a la historia con las palabras de las determinaciones irrevocables: "Pagaré con mi vida la lealtad al pueblo y tengo la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente".

Para Colombia la trágica desaparición de un mandatario que había visitado nuestra Capital y con el cual manteníamos las más cordiales relaciones entrañó una honda pena y significó el deber de asistencia y protección humanitaria a quienes buscaron el amparo de nuestra bandera.

Pasada la etapa inicial de aquella crisis y como ciudadano de Colombia; por haber regentado una cátedra de derecho y enseñado las nociones del "Habeas Corpus" que forman la base de la civilización política de nuestro tiempo por lo que hace a las relaciones del individuo frente al Estado y a sus garantías ciudadanas. Quisiera unirme a quienes ya han formulado un llamamiento por la liberación de los presos políticos chilenos. Desearía sumarme a la voz angustiada del Eminentísimo Señor Cardenal de Chile y manifestar, por mi parte, que causa tristeza en América el prolongado receso de las libertades fundamentales en el ilustre país donde Andrés Bello redactó el Código Civil latinoamericano.

Los gobiernos son grandes en la medida en que son justos, porque los impulsos de la fuerza y la venganza no son duraderos. Ni debe olvidarse que la Humanidad requiere la admisión de sociedades pluralistas, sin que sea posible extirpar las ideologías contemporáneas tan enraizadas en la conciencia de los hombres como el cristianismo o el marxismo, con la quema de libros o el encarcelamiento de toda una militancia política. Apelamos, entonces, a un sentimiento de humanidad y justicia. Las ideologías no desaparecen y tendrán siempre sus voceros y sus mártires.

El "Habeas Corpus" está contenido en la Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución francesa y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Ello vale decir, que toda una etapa de nuestra historia se ha desarrollado en torno de los principios según los cuales una persona acusada de un delito debe tener un recurso ante tribunales imparciales para ser oída y vencida en juicio o ser puesta en libertad. De este modo lo consagran los Artículos 8, 9 y 10 de la Declaración Universal, especialmente, los dos últimos que son del tenor siguiente:

"Artículo 9. Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso, ni desterrado.



“Artículo 10. Toda persona tiene derecho en condiciones de plena igualdad a ser oído públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal”

Frente a estos principios universales, ha conturbado a la opinión la denuncia hecha por la Comisión Internacional de Juristas sobre el empleo de medios coactivos, físicos o psicológicos, en los interrogatorios judiciales. Ni puedo ocultar el caso de Clodomiro Almeyda, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile hasta el 11 de septiembre, hoy en el infortunio y en la cárcel. Mi amistad hacia él permanece invariable cuando lo veo en la desgracia.

Tuve la oportunidad de ser recibido en Santiago por el Presidente Salvador Allende y por el Canciller Almeyda y de acoger, también, a quien era el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile en Bogotá, durante una visita oficial. Firmamos entonces en nombre de nuestros países una amplia declaración que proclamaba desde 1971 la doctrina del Pluralismo ideológico, considerada indispensable por Colombia a fin de orientar sobre amplias y nuevas bases las relaciones interamericanas. Respecto del Pacto Andino, estuvimos acordados al considerar la Decisión 24 sobre el tratamiento común al capital extranjero como esencial para la salvaguardia de la soberanía económica de la región y de América Latina.

El trato afable y la ilustración de Clodomiro Almeyda hacían de él en medio de los Cancilleres un profesor universitario. América Latina lo conoció y apreció como una de las personalidades directivas del nuevo orden interamericano, basado en la unidad de la América Latina y la liberación económica de los países en desarrollo de todos los Continentes.

La libertad de Clodomiro Almeyda la solicitamos varios Cancilleres en una de las últimas reuniones continentales a la cual me fue dado asistir en este año. Abogo por él y

por los prisioneros políticos de Chile. Es mi clamor de latinoamericano y de colombiano.

Chile, un laboratorio de ideas

Situándome al margen de la historia de Chile y no dentro de ella, sin entrar en el fondo de los incidentes que influyeron en su destino nacional, quisiera avanzar una idea.

Chile fue un gran laboratorio de programas económicos y sociales para los demás pueblos en desarrollo de América Latina. Por la calidad muy elevada de sus élites políticas; por la densidad y variedad de los comentarios de su prensa; por la inquietud permanente de las universidades y las alternativas modernas ofrecidas al electorado, la Nación chilena superó el atraso y la rutina de otros países.

En elogio de la intelectualidad chilena puedo decir que de ese país salieron los mejores estudios sobre la marginalidad de América Latina. Durante la década de los años 60 y hasta 1973 la Democracia Cristiana y el Socialismo fueron las corrientes mayoritarias de opinión y reflejaron, cada una a su manera, los criterios católicos y marxistas de avanzada, que América Latina recibió con marcado interés, y algunas veces, apasionados elogios o diatribas. En esa faja de tierra recostada sobre la Cordillera de los Andes existió un verdadero crisol de ideas sobre la pobreza y el mundo de los explotados.

La dicotomía de nuestras sociedades latinoamericanas caracterizadas por una superposición de culturas y de sistemas de vida; el colonialismo interno que deja de un lado a los que participan en el desarrollo y de otro a los que soportan una pobreza tradicional fue objeto de acertados planteamientos que guiaron el pensamiento de este Hemisferio. Del propio modo que la persistencia del atraso en la época posterior a la independencia, cuando se desata en las “Re-

públicas Latinas" de que habló Francisco García Calderón, la lucha de los caudillos. Así como la distancia entre la vida urbana y rural, condenada esta última a procesos secundarios y aún primarios de estancamiento.

Chile ocupó una posición de vanguardia sobre esos problemas. Superó por su madura precisión a las dos corrientes anteriores del pensamiento latinoamericano que se habían ocupado de la interpretación de la vida social y económica de esta parte del Mundo: el agrarismo mexicano de Madero y Zapata y el aprismo peruano de Haya de la Torre. El primero se situó en un tiempo de vigencia histórica anterior al período de industrialización y de urbanismo de América Latina y fue un grandioso episodio de rectificaciones de la preponderancia política y económica de los terratenientes ricos y el segundo cristalizó en fórmulas acertadas las metas de la unidad política de América Latina, la acción contra todos los imperialismos y la nacionalización progresiva de tierras e industrias.

En Chile se identificó la causa de lo que un autor de ese país llama "la tensión Norte-Sur", los Estados Unidos y América Latina, el Norte industrializado y el Sur subdesarrollado. La teoría de la dependencia encontró expositores de riguroso criterio científico, no solamente entre los medios socialistas, sino entre los sacerdotes católicos que estudiaban y lo hacen todavía, las teologías de la liberación en América Latina. Fue en Santiago donde Raúl Prebisch, como Director de CEPAL escribió en los años 50 los mejores ensayos de su época sobre los fenómenos de dependencia y de "estrangulamiento del comercio exterior" de América Latina. Investigadores contemporáneos como Medina Echevarría, Jaguaribe, Sunkel, dos Santos, han mirado hacia aquella nación, donde América Latina formuló en 1969 la Declaración de Viena del Mar sobre las deficiencias resultantes para su desarrollo del comportamiento de los países industrializados y donde se reunió la III Conferencia de UNCTAD, en 1972, en la cual los países pobres insistieron en sus reclamos por una mayor justicia económica en el Mundo.

¿Surgiría, acaso, un pensamiento de las proyecciones alcanzadas por la lucha de tendencias en el País del Sur? Como nación de avanzada cultura, Chile modeló una concepción no capitalista del desarrollo económico y social. Tan extraño como parezca, hay similitudes y analogías en las posiciones demócratacristianas y socialistas, que se translucen en los planteamientos relativos al desarrollo como una aspiración no solamente al consumo sino a la participación política de las masas en la gestión estatal y a la consideración del desarrollo como un proceso de liberación y de independencia económica.

El desarrollo se entiende, entonces, como una aspiración hacia lo social cuya finalidad es el hombre integrado a la comunidad. América Latina, en los últimos años, parece estar polarizada en torno del "desarrollismo" de los regímenes fuertes que estimulan el progreso a través de una rica clase empresarial y con la postergación de las conquistas populares de participación y distribución del ingreso o de nuevas orientaciones que advierten la estrechez de los mercados internos y las desigualdades de los ingresos y que tienden al crecimiento repartido y a la aceleración de la integración regional.

El capitalismo, como sistema de dependencia colonial respecto de una metrópoli, comienza a ser superado bajo la influencia de fenómenos que se registran no solamente en Chile sino en el conjunto de América Latina. De diversas

maneras se estudia el concepto de participación. El desarrollo se entiende como un proceso de liberación y con una finalidad primordialmente humana. En el centro de la economía está el hombre. Y no son éstas ideas propugnadas únicamente desde algún sector socialista, sino que también han sido recogidas en los medios católicos. Así podrá comprobarlo, quien conozca la obra del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, publicada en Bogotá, sobre la teoría y la praxis de la liberación.

"Dentro de la tesis no capitalista de desarrollo, escribe allí el sacerdote jesuita Renato Poblete, hay que situar el pensamiento social cristiano de los últimos decenios". Nuevas posiciones, para nuevos tiempos.

La intervención extranjera

Salvador Allende sabía lo que decía, cuando afirmaba poco antes de los acontecimientos de septiembre: "Chile es un Vietnam invisible y silencioso".

El gran mensaje de la historia chilena es la necesidad de rectificar en América la política de la intervención extranjera para servir intereses privados. Los métodos de la ingerencia foránea en los asuntos de este Hemisferio son ahora más sutiles y más refinados que los de principios de este siglo, pero no menos eficaces.

El desembarco de marinería ha sido sustituido por el control de los mecanismos financieros y de los préstamos bancarios a todo nivel, en forma de producir el agotamiento de la economía de un país subdesarrollado. Esta estrategia que se aplicó a Cuba sin lograr los resultados esperados, como ahora se advierte en la Organización de los Estados Americanos, en cambio operó en forma de asfixia financiera respecto de Chile.

La intervención extranjera de las corporaciones multinacionales en la República del sur ya nadie la pone en duda. A los papeles revelados por Jack Anderson sobre ese oscuro capítulo de la intervención planeada desde altos círculos privados y oficiales, se añade la obra del autor inglés Anthony Sampson, bajo el título simbólico "La ITT, Estado soberano", como se agregan las recientes declaraciones del propio Director de la CIA —la Agencia Central de Inteligencia— y las publicaciones hechas en órganos periodísticos como "The New York Times" y "Time".

La nacionalización del cobre que buscaba la recuperación de una riqueza perteneciente a un país soberano, tenía un antecedente en la "chilenización" proclamada en un gobierno anterior del mismo país y en el fenómeno de la descapitalización. Dos investigadores —lo que no quiere decir que sean dos agitadores— James Petras, director de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Pennsylvania, en los Estados Unidos y Marcelo Cavarozzi, del Centro de Investigación en Administración Pública en la República Argentina han señalado que el proceso industrial chileno agravó su dependencia económica extranjera y que en vez de aportar capital, las inversiones extranjeras permitieron exportaciones de beneficios cuatro veces mayores. Cuatro mil millones de dólares para un capital inicial de mil millones de dólares en un período de cincuenta años.

Constituido el Gobierno de Unidad Popular se puso en ejecución el plan de bloqueo económico, intensificado a medida que se veían comprometidos los negocios de las grandes corporaciones transnacionales. Anthony Sampson

describe el *memorandum* de dieciocho puntos elaborado con el objeto de obtener la interrupción y dislocación de la economía chilena. Puedo afirmar ahora que Colombia no estuvo de acuerdo con ese bloqueo, invisible a una nación amiga y soberana. En 1972, el Canciller Clodomiro Almeyda me hizo conocer su preocupación por el embargo del cobre chileno en puertos europeos y otras medidas análogas y como Canciller de Colombia le manifesté nuestro repudio de todas las formas de intervención.

Ningún latinoamericano, dígase colombiano, argentino, chileno, mexicano, peruano o de cualquier otro país de este hemisferio, podría consentir para su propia nación una interferencia semejante de otro gobierno o de corporaciones transnacionales. El bloqueo económico es un refinado instrumento de presión que agrava la pobreza de los pobres, sin disminuir la riqueza de los ricos.

En la política internacional de Colombia hay dos ideas

fundamentales: la No intervención y la defensa de los Derechos Humanos. Somos un país de muy arraigadas convicciones jurídicas que finca en los tratados la defensa de su soberanía. Pero en los cuatro últimos años estuvimos atentos a los problemas del desarrollo económico y social. Nos parece que la liberación económica de la América Latina es sinónimo de su independencia.

Anhelamos el fortalecimiento de la integración andina como instrumento para llegar a la integración latinoamericana. Apenas comienza la nueva fase de una política latinoamericana conjunta, de un Continente subdesarrollado. Nuestro ideal es la unidad latinoamericana para su liberación económica y su independencia política.

El sueño de Bolívar, de San Martín, de José Martí, de Hidalgo y de O'Higgins era cabalmente la plena libertad de América.

MARTES NEGRO: PERO ALLENDE ESTABA TRANQUILO

*Jacobo Zabudovsky. Destacado periodista mexicano.
Director del programa 24 horas de Televisa.*



Es el martes negro de la historia de América. Salvador Allende, traicionado por los soldados, abandonado por la guardia palaciega, acompañado sólo por un puñado de leales, muere en el palacio de La Moneda quemado y derruido por los sublevados.

“Todas las infamias nos acechan, pero tenemos un pueblo de pie y vigilante: me había dicho Allende y la frase me acompaña desde el martes como un eco inacabable, mientras pienso en las últimas horas de un hombre íntegro que tuvo el valor de ser, hasta la muerte, congruente con su postura de toda la vida.

Entre las ruinas del palacio mancillado un Allende sereno habla con sus amigos y colaboradores hasta que los soldados entran y los capturan. No creo en la tesis del suicidio, aunque prometió que sólo muerto saldría de La Moneda. Quizá ocurre que no quiero creer en esa versión. Junto a él esas últimas horas el perro Olivares, el viejo, corpulento, bonachón Augusto Olivares que conocíamos tan bien. Cuatro o cinco fieles amigos con Allende mientras lo rodean los soldados. Y luego la muerte.

Y al día siguiente un entierro furtivo, vergonzante para los culpables. “Tenemos la tranquilidad de los fuertes, me había dicho el compañero Allende, ningún auto quemado, ningún vidrio roto, ninguna tienda asaltada”. Enemigo de la violencia fue víctima de ello. Profeta del camino pacífico, como Gandhi, muere luchando, como Gandhi. El hombre que nos hablaba con tono y palabras casi paternas, alcanza hoy la dimensión de los héroes homéricos, universales, permanentes.

Pienso en su casa de Tomás Moro, donde una mañana platicamos largas horas. Pienso en esa casa hoy destruida por soldados y carabineros. Pienso en las palabras de Allende: “Tenemos otro aspecto que es muy nuestro, orgullo de Chile, las fuerzas armadas. Los carabineros son fuerzas profesionales, son fuerzas obedientes, a la expresión de la voluntad popular manifestada en la constitución política y en las leyes chilenas. Como este gobierno ha estado y estará dentro de la Constitución y la Ley, se han mellado los dientes la reacción, internacional y nacional, al pretender —sin lograrlo por cierto y no lo lograrán jamás— que las fuerzas armadas dejen su papel que es para nosotros una expresión, como el perfil de Chile que no es muy corriente en el mun-

do". Los carabineros. Y una vez más vagan por América Latina las panteras engalonadas de que hablaba Darío.

Reviso, obsesionado por el martes negro de La Moneda los apuntes de mis pláticas con Allende. "Miro con tranquilidad mi presente y mi futuro, me dijo. Un hombre puede influir, construir, quizá hasta conducir pero sobre la base de la conciencia colectiva porque en Chile el gran actor, el gran realizador es el pueblo". Me recordó Allende que durante 40 años mantuvo su misma línea política, que fue cuatro veces candidato, que fue fundador de su partido. Para que haya triunfado la Unidad Popular se requiere, me dijo el compañero presidente, "que haya fuerzas armadas respetuosas de la ley y eso no ocurre en muchos continentes". Me lo dijo. Lo dijo en abril de 1972 en esa especie de sala y biblioteca de la casa de Tomás Moro.

Repito en mi mente, estremecido, el comentario que le hice: compañero presidente, lo veo muy tranquilo y hasta de buen humor; quién sabe si yo en su lugar estaría igual. "Primero ensaye a ser presidente y vera lo que ocurre —me dijo sonriendo—, yo tengo que estar tranquilo y le voy a decir las razones". Y poniendo su mano sobre mi antebrazo fue enumerando las razones de su tranquilidad: el apoyo de los obreros, el apoyo del pueblo, las manifestaciones en su favor, las tiendas bien surtidas en ese entonces y me dijo que fuera a las boites y conociera el país y viera que no había motines ni disturbios. Y otra vez las causas de su tranquilidad la lealtad de los soldados.

Le dije a Allende que él había perdido tres veces antes de ganar la presidencia. "No perdí, gané tres veces antes, gané experiencia, gané conocimiento. Me di cuenta de la tenacidad del pueblo y la obligación de un político de ser leal a su conciencia y a la voluntad popular. Así que gané". Me habló de las manifestaciones en su contra "el gobierno garantizó con la fuerza pública, que le obedece, la tranquilidad de esa manifestación". Y evocó la tesis que lo llevó a la presidencia: "siempre sostuve que la victoria popular chilena, si el pueblo llegaba por las urnas al gobierno para conquistar desde el gobierno el poder, era la derrota más dura de los imperialistas y pro-imperialistas porque les amarraba parcialmente las manos.

"La toma violenta del gobierno habría significado la autorización —en el sentido de metáfora— para poder actuar contra los sectores populares chilenos. Pero habiendo cumplido con los cánones de una democracia burguesa, habiendo alcanzado el gobierno a través de las urnas, ratificando la victoria por el congreso, esto significaba una extraordinaria derrota y señalaba un camino que otros pueblos podrán seguir".

"Yo creo en el hombre, me dijo Salvador Allende, y pienso que el hombre entenderá que no es el camino de la agresión, de la violencia en donde va a encontrar la posibilidad de su desarrollo pleno de gran perfil humano que debe tener". Eso me dijo, confiando siempre en el camino pacífico que había iniciado cuatro décadas antes. Pienso en las horas últimas de La Moneda.

En un mundo donde los valores humanos se han invertido donde aumenta el número de habitantes y disminuye el de hombres, donde los rígidos principios se hacen elásticos y fangosos y donde las palabras han perdido su contenido, la figura de Salvador Allende destaca con perfiles profundos. Ha muerto un hombre. Y en el calendario de América el martes negro queda para siempre, como queda en nuestra memoria, en nuestro afecto, en nuestro respeto el recuerdo del compañero Allende.



"Yo creo en el hombre, me dijo Salvador Allende, y pienso que el hombre entenderá que no es el camino de la agresión, de la violencia, en donde va a encontrar la posibilidad de su desarrollo pleno de gran perfil humano que debe tener".